INMA ROIZ

Manuela



Lectulandia

A mediados del siglo XVIII un joven vizcaíno embarca rumbo a la Nueva España. En San Miguel el Grande encontrará su nueva vida, a caballo entre la intensa vida social y política mexicana y el recuerdo permanente de su tierra y su gente. Ésta es la historia de tres jóvenes, Domingo Narciso de Allende, José Ignacio Aldama y Bernardo Abasolo, que se instalaron para siempre en la tierra de Guanajuato, donde sus hijos acabarían luchando como insurgentes por la independencia de México. Pero, sobre todo, es la historia de Manuela, la hermana que se queda en Gordejuela; la hija que luchará por mantener el nombre, la tradición y la casa a la que pertenece; la mujer fuerte e independiente que se enfrentará a la sociedad cerrada y opresiva de un siglo cambiante y convulso como pocos.

Esta novela, rica en matices, cuenta una historia en gran medida verdadera. La obra camina por sí sola a través de la vida cotidiana de sus personajes a ambos lados del Atlántico. Un relato costumbrista que ofrece, con detalle, el perfil de una sociedad que se transforma.

Lectulandia

Inma Roiz

Manuela

ePub r1.0
Arnaut 28.10.13

Inma Roiz, 2013
Ilustración de portada: Didier Petit de Meurville (186?)
Diseño de portada: Unai Arana
Digitalización: Arnaut

Editor digital: Arnaut
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Al final de libro, y para facilitar su lectura ante la cantidad de personajes y topónimos, la autora ha dispuesto unas tablas genealógicas de las familias de los protagonistas, y el editor digital ha añadido unos mapas para saber por donde discurren las andanzas de estos personajes.

A mis padres, Eva y Jacinto, por su amor incondicional
y a mi hermano Héctor

Detrás de esta historia existe una extensa labor de investigación llevada a cabo por Rosario Lanzagorta, Maestra en Antropología por la Universidad Nacional de México, basada en la información proporcionada por testamentos, censos y contratos, juicios y pleitos, además de los libros eclesiásticos de nacimientos, matrimonios y defunciones.

Su amplio y fructífero trabajo de investigación y su vasto conocimiento sobre los hechos acaecidos en torno a una época histórica sin precedentes, como lo fue el movimiento de insurgencia mexicano, han servido como fuente inestimable para la elaboración de esta novela.

Llovía. La mañana amanecía blanquecina bajo el plañir de las campanas que inundaba el valle. El rocío que días atrás cristalizaba por un instante la vida bajo su agua helada había desaparecido y no regresaría hasta mediados de agosto, con la cosecha más tardía. La lluvia resbalaba por las piedras y los muros de iglesias y casas. Los caminos y andurriales embarraban las ruedas de los carros entorpeciendo su paso y desanimando a caminantes y animales.

El sonido incesante del agua al encontrarse con la tierra mecía los sueños de todos los moradores de la casa menos de Manuela, que esperaba otra mañana bajo las penumbras de la vista cansada. Desde su alcoba intuía la vida, la sentía, la oía reír y llorar, la añoraba y la despedía. No quedaba tiempo, el cuerpo le hablaba con una claridad que nunca hubiera imaginado, se sabía final.

Juan de Iñarritu cruzaba el umbral de la oscura alcoba sacudiendo el agua retenida en el ala de su sombrero. Al hacerlo se encontró en presencia de varios hombres que como él habían sido citados para servir de testigos de lo que allí se relatara. En la cama, sentada a duras penas, la incansable Manuela, la hija pequeña de la saga Allende y Ayerdi, esperaba una señal que le indicara que todos los requeridos se encontraban en su presencia. La contraseña se la dio Martín de Beraza, el escribano real, que desde su posición de conocedor de lo que a continuación sucedería tenía relajado el gesto y el cuerpo ocupando la única silla, junto a un pequeño escritorio habilitado cerca de la ventana. En el tintero una pluma elevada señalaba hacia el cielo de mayo. Un tímido sol despertaba de su letargo con la intención de secar la tierra y reverdecer el campo.

Todos los demás presentes se hallaban en pie, apoyados en las paredes de la habitación, manteniendo con severa prudencia las distancias que habían de separarles de la cama y de la enferma que en ella se hallaba. En la puerta, cerrando el círculo, su marido, Francisco de Palacio y Amabiscar.

—Señores, ante todo agradecer su presencia hoy aquí —la voz de Manuela sonó suave y tranquila—. Es mi deseo descansar finalmente de esta grave enfermedad que Dios ha querido enviarme, y dejar bien dispuesto todo aquello que a mi persona y a mi nombre concierne —se irguió un poco más, hasta lograr agravar el tono de su voz —. Los he hecho llamar para que sean testigos, en presencia de éste nuestro escribano real, de la entrega que hago de estos dos cuadernos —sobre la cama dos pergaminos, ambos cerrados con obleas y cosidos con hilo blanco, que Manuela alzó y volvió a dejar junto a ella—. El primero y más amplio es mi testamento y últimas voluntades, que algunos de ustedes ya conocen por haber visto en otra ocasión en que los reuní

aquí mismo para ser testigos de su entrega. Hoy, ocho de mayo de 1803, los vuelvo a requerir para que atestigüen mi cabal juicio, memoria y entendimiento natural en este nuevo otorgamiento del codicilo añadido a aquel testamento. En el transcurso de estas tres semanas mi razonamiento me ha llevado a crear un nuevo documento que modifica sin anular el anterior. Asimismo, expreso ante ustedes mi deseo manifiesto de que ambos cuadernos se mantengan cerrados hasta mi fallecimiento, cuando Dios lo tenga a bien disponer.

Manuela aguardó unos instantes antes de continuar hablando. Poco le quedaba por decir, se sentía cansada, pero disfrutaba de aquella curiosidad morbosa que embargaba el gesto y el pensamiento de todos los allí reunidos, en su propia alcoba. Hacía meses que no se levantaba de la cama, su cuerpo ya no respondía a estímulos exteriores, pero se sabía fuerte y se sentía ganadora, incluso ahí, postergada y doblegada al servicio y la ayuda de otros.

—Señores míos, esta dama los estima y los tiene en gran valor, por eso les ruego firmen como testigos de la entrega de ambos documentos testamentarios donde el bueno de Martín de Beraza les indique y, abusando de su voluntad, les ruego confirmen que son los mismos y sin haber sufrido quebranto alguno el día que hayan de ser abiertos ante mis herederos.

Aquella media docena de hombres recostados en las paredes de la alcoba de Manuela parecía no respirar. Un completo mutismo se había apoderado de ellos, que inmóviles la contemplaban sin ser capaces de reaccionar. Fue Martín de Beraza una vez más el encargado de dar paso a la firma del documento ya preparado. Uno a uno recibieron de manos del escribano la pluma alargada que poco antes apuntaba mayo, y dejaron escritos sus nombres y con ellos el de sus casas.

Ninguno fue capaz de despedirse al abandonar la habitación. Salieron despacio y ordenados, taciturnos y pensativos. Las escaleras del caserío se volvieron empinadas y peligrosas, salvo algún joven resuelto la mayoría se apoyaba en la piedra fría que envolvía la pared para ayudarse en el descenso. Al llegar al portal soltaron el aire retenido en el cuerpo durante aquellos largos minutos. Salieron a la calle y sintieron el llanto mohoso del suelo aún lluvioso de abril bajo los pies.

—Si ya estamos en mayo, ¿cómo se entiende esta agua que mana incansable del suelo blando? —el comentario lo hizo Manuel de Arechavala, quejoso del largo invierno de lluvia y viento que había marcado aquel penoso año de comienzos de siglo. No esperaba respuesta y sin embargo sonó muy cerca la voz vieja y arrugada de Juan de Lambarri.

—Es la tierra, que se despide de una hija.

Todos guardaron silencio aceptando aquel pensamiento común. Lambarri acababa de escribir sobre el agua de la primavera la inevitable muerte de Manuela.

En ese momento el sol surgió de entre las nubes, completo y cálido. Desde el

portal se vislumbraba la plaza de Molinar, bulliciosa y alegre. La media docena de hombres miraba en aquella dirección dejando a sus espaldas la solemne casa. Pronto alcanzaron a la comitiva de testigos el escribano y el marido de Manuela, y todos juntos avanzaron hasta la taberna, cada vez más animosos en el paso y el semblante.

Asomada a la ventana, Nela, la sobrina tocaya de la enferma, iba relatando a su tía los detalles de un paisaje mil veces repetido, vivido, sentido, y ahora añorado.

—La plaza de Molinar está a rebosar, tía. Han salido ya todos de misa. El señor cura habla con Benita Otaola, a saber si sobre la próxima boda de su hija Magdalena; he oído que se casa con uno de los de Alday.

—Es lista esta Benita, conoce bien el suelo que pisa. ¿A quién más se ve?

—Hay también muchos hombres en la entrada de la taberna, alguno usa uniforme. Y entre ellos seguro están Pedro de Aldama, y otros de Oquendo, lo sé porque los he visto en la ferrería hace unos días, me dijo la de Zabalburu que andan arreglando las barquiñeras.

—Y las mujeres, Nela, ¿cómo van vestidas?

—Pues como siempre, con sus basquiñas y sus chambras, casi todas con pañuelo y también veo a alguna que ya no se quita la mantilla de encima. ¿Sabe lo que dicen, tía?

—No hija, ¿qué dicen?

—Que ninguna cose y luce como usted las chambras.

—Tampoco sería para tanto, ¿no crees?

—Pero sí es cierto que son muy bonitas, tía, ninguna mujer en el pueblo ha tenido nunca tanto interés y tanto lucimiento, con esos encajes y esos colores que sabía poner a cada chaqueta.

—Puedes aprovecharlas, Nela, ya lo sabes, ahí las tienes si te gustan. Yo va no voy a hacer uso de ellas.

—No diga esas cosas, tía, quién sabe si se ponga mejor y le apetezca salir un día de estos.

—Habría de darse un milagro, Nela. ¡Qué cosas se te ocurren! Yo de esta cama saldré con los pies por delante, como debe de ser, y vestida con el hábito de la orden de San Francisco, según la costumbre.

Nela se giró y la vio sonreír tranquila. Le seguía sorprendiendo aquella actitud en Manuela, siempre tan segura de lo que tenía que ocurrir. Se acercó a la cabecera de la vieja cama y le acomodó la toquilla sobre los hombros.

—Voy a traerle una sopa caliente, ha de haber hecho hambre con tanto jaleo. ¿Cierro ya la ventana?

—Deja abierta la madera central, que entre un poco de luz a esta oscura alcoba. No siento frío hoy.

Nela ajustaba las contraventanas dejando abierto el asimétrico hueco en la madera, que permitía el paso de la luz y el aire de la primavera, cuando Manuela la interrumpió para hacerle la misma pregunta que un día tras otro le repetía:

—Dime algo, hija, ¿cuándo ha sido la última vez que la has visto?

—La vi ayer, tía. Me acerqué al atardecer, cuando más bonita está, con el resplandor de la última luz que se esconde por Berbiquez. Usted lo decía siempre, es un lugar mágico a esa hora. Me siento bajo la parra y una paz inmensa me envuelve de pies a cabeza.

—Es una casa hermosa. Cuánto desearía pasear por la calzada hasta alcanzar su portal, asomarme a su fachada…

Primera parte:

LOS VALLES

CAPÍTULO I

Domingo Narciso ocupaba un camastro estrecho y frío al lado de otros jóvenes y hombres que llenaban el suelo de aquel viejo buque español. La humedad, el intenso frío y la sensación de mareo le embriagaban el cuerpo desde hacía días. Se sentía débil y triste, y sólo el recuerdo de la casa de Zubiete le mantenía vivo en el umbral de la conciencia al que había llegado.

La lumbre encendida, el sabor de las castañas asadas, la voz de *ama*, la sonrisa de Manuela, la pequeña Manuela. Si se concentraba podía oír su llanto con claridad, y verla correr tras él por el puente, llamándole, gritando que no se fuera, que no la dejara, que se moriría de pena. Era entonces, con la imagen de esa cara tan querida, cuando un inquietante escalofrío recorría de punta a punta su columna vertebral, evitando que las lágrimas que se le agolpaban en la cuenca de los ojos resbalaran finalmente por sus mejillas.

Un hondo dolor por lo que amaba se manifestaba en la mirada de la pequeña de los Allende. En ella se reflejaba todo menos la resignación. Anhelaba la calma de conformarse a medida que se alejaba, cada día un tramo más, cada vez más lejos, y también más cerca, cada vez más confuso, más mareado y, quizá, hambriento. Su mente sabía jugar con los recuerdos, acercándole despacio, tanto que había aprendido a esperarlo, el susurro alegre de aquella risa de niña, sus manos temblorosas descubriendo las letras que él le enseñaba en largas tardes de abrigo, su porte altivo y elegante, sus torpes ademanes de chica grande. Todo el paisaje verde del valle en sus ojos, destellos de una luz intensa que no había vuelto a ver. Agua fresca, árboles, animales, y gentes conocidas y semejantes se dibujaban en su pensamiento con una nitidez desmedida, mientras aquel navío avanzaba contra corriente, luchando en su propósito frente al viento y las olas.

Se sentía mareado. Casi desde el principio de la travesía, desde que se le hizo consciente aquel mar de agua bajo los pies sustituyendo la serena y tan bien conocida tierra firme. Había otros muchos como él, incapaces de alzarse, de incorporar la cabeza si no era para expulsar una bilis amarga que sus cuerpos exhaustos fabricaban a un ritmo más lento del que deseaban. Fueron jornadas difíciles. Domingo vivió momentos de desesperación en los que llegó a pensar que no aguantaría. No soportaba el sudor frío sobre la piel, el viento cálido del sur que lo embadurnaba con su brisa salada, los gritos de los hombres del mar, el cacareo de las gallinas y otras aves coreando a ovejas y cabras, de día y de noche, sin más alimento que la sucia sopa que en ocasiones alguien le acercaba y él rechazaba con una nueva arcada.

Hacía tiempo que había dejado Gordejuela para emprender aquel largo viaje. La idea sobrevoló su imaginación juvenil en varias ocasiones, pero nunca creyó que los

sueños se cumplirían. Por eso se sintió feliz cuando supo de aquella carta, un pliego escrito con elegancia, releído una y mil veces, que alteró de forma inesperada la sosegada vida de Zubiete.

Fue una noche clara y templada de diciembre, cuando María y Antonio, con sus hijos reunidos a la mesa, expusieron los próximos acontecimientos sin preámbulos ni adornos, asumiendo el hecho de que la noticia era de interés para todos los miembros de la casa: *Domingo Narciso partirá en unas semanas hacia la Nueva España*. Lo dijeron así, sin detenerse, en la voz del padre y el asentimiento de María. Y todos, sin excepción, se mostraron felices con la buena nueva, con aquel reclamo hecho por un pariente de Arracico, don Pedro de la Puente, para que Domingo Narciso acudiera a su servicio y ayuda en su casa y hacienda de San Miguel el Grande. En ningún momento dudaron de la disposición del hijo. Aquella era una oportunidad para él y para los Allende, una inversión a largo plazo, una garantía de éxito para quien emprendía viaje y también para los que se quedaban, padres y hermanos, conservando y acrecentando la sucesión del linaje.

Durante algo más de un mes la vida de la familia se convirtió en un sin fin de idas y venidas. Lo más urgente era formalizar los trámites necesarios para el embarque rumbo a aquella tierra lejana, todos los documentos que atestiguaban su limpieza de sangre, su hidalguía vizcaína y el requerimiento desde Indias. Todos ellos salvoconductos que le permitirían inscribirse en la Casa de Contratación y poder comprar un pasaje para el primer navío con destino a la Nueva España.

Se intensificaron los recados y las reuniones en casa de su tío y su abuelo, escribanos reales del valle, que se entregaron a la labor, tantas veces repetida con otros jóvenes del pueblo, de disponer lo necesario para que no hubiera ningún impedimento legal que quebrara las intenciones del joven Allende por tomar tierra en el otro lado del mundo.

Tuvo que partir solo. Aquel año no había nadie en el valle que emprendiera viaje, como en muchas otras ocasiones en que la aventura podía ser compartida rumbo a Cádiz. Domingo Narciso salió de Gordejuela por los senderos que se adentraban en el valle de Oquendo, cruzando las angostas tierras de Ayala hasta llegar a la ciudad de Orduña, y de ahí a los reinos de Castilla. Apenas barajaba más información que el nombre de algunas ciudades por las que debía transitar y la orientación, siempre hacia el sur.

Con él llevaba, además de los reales necesarios para cubrir los gastos del primer viaje, una carta de pago en su favor otorgada por su padre, Antonio de Allende, en la que dejaba constancia de haber entregado ya una cierta suma de dinero a Juan de Zamudio, vecino de Cádiz, para adornos y vestidos para Domingo Narciso de Allende, y más dinero con que sacar el pasaje y enviarlo a la partida de Indias. La suma correspondía a la legítima y al adelanto que Castaños y Cenarro, mayordomo de

la iglesia de Molinar, le había facilitado por la compra de la próxima cosecha de *txakoli*.

Y así, mientras se ultimaban los detalles, en la casa de Zubiete los ánimos jubilosos del principio se fueron tornando en pesadumbre y tristeza conforme se aproximaba el momento de la despedida. En primavera Domingo Narciso debía estar en el puerto gaditano, listo para embarcar en el primer navío que zarpara rumbo a aquellas tierras lejanas.

Desde entonces, desde que dejó su hermoso verde valle, una sensación de vacío ocupaba su interior. Todo había sucedido demasiado de prisa. Los dos últimos días los vivió alternando la euforia y la tristeza, según mirara hacia la montaña y el camino real, o hacia la cara triste de Manuela y el semblante serio de *ama*, cada vez más callada, más pálida, ocultando el llanto de su mirada clara.

Cuando por fin llegó la diligencia era muy de mañana, una niebla blanquecina envolvía las aguas del Ibalzibar en su curso lento y firme hacia el mar de Vizcaya, desperezándose así un nuevo día en el valle de Gordejuela. De aquella dirección llegaba el carro en el que había de subirse para empezar a alejarse. Al ocupar su asiento, en el estrecho tramo de madera dispuesto a tal fin, algo se encogió en su interior. Sabía que no regresaría, nadie lo hacía. La aventura comenzaba con el sabor amargo de aquella única y definitiva despedida. A su espalda, Manuela gritaba su nombre, se deshacía en lágrimas mientras cruzaba el puente envuelto por la niebla espesa de la mañana. Su figura, apenas cubierta por una camisa larga de lino blanco y una manta arrebujada sobre el pecho, se iba haciendo diminuta, se perdía, se quedaba anclada a la tierra, sobre las aguas sinuosas y frías del río.

Después de días sin probar bocado consiguió incorporarse y levantar por fin la jarra de agua que alguien le había dejado cerca de la cara. Recuperó el aliento un instante y se reclinó de nuevo sobre la madera húmeda del suelo. Ya no sentía el movimiento del oleaje dentro del estómago con tanta furia, y el sudor frío que insistentemente emanaba por los poros de su piel había cedido aceptando la calidez de la brisa que se filtraba por las rendijas del viejo navío; le parecía imposible poder respirar mientras descubría las sombras dibujadas por los rayos de un sol lejano.

Tan sólo unas horas después se tambaleaba sobre sus propias piernas buscando el equilibrio perdido hacía varias jornadas. Aquellos primeros instantes de consciencia quiso pasarlos al aire libre. Apenas recordaba la división de la embarcación, las estancias que ocupaban unos y otros, el camino recorrido hasta el catre donde había permanecido inmóvil durante casi una semana. Una vez erguido, deambuló entre cuerpos tan mareados como él. El espacio era extraño a sus ojos. Finalmente, encontró una escalera estrecha que anunciaba un cielo amplio cargado de oxígeno limpio. Alcanzó la cubierta del buque con una agradecida sonrisa que se fue tornando

en sorpresa e impresión conforme descubría el mundo vivo y caótico que se había apoderado del barco.

Había aves enjauladas, y ovejas. Le sorprendieron un par de cerdos ruidosos caminando entre marinos rudos y malolientes que no dejaban de gritarse unos a otros y reír a carcajadas, mostrando indiferentes los huecos de sus dientes ausentes. Se apreciaba un orden extraño, fuera de todo sentido, pero orden al fin, que adjudicaba un espacio a cada hombre y a cada animal, como si cada quién supiese de antemano qué hacer y dónde colocarse.

Al principio se sintió perdido en aquel pintoresco caos. Avanzó lentamente, observando cada movimiento, cada gesto y actitud. Un joven, más bien un niño, fregaba el suelo mientras otro de edad similar guisaba algo en un fuego cubierto. Se sentó en un rincón, sobre un trozo de madera astillada en el que poder reposar el mareo que amenazaba con regresar a su estómago, y allí permaneció hasta que el cielo se cubrió de negro, en una noche fría que le devolvió al camastro abandonado apenas unas horas antes.

El sueño lo arrastró de regreso a Zubiete, donde su casa, la casa de los Allende, no era la misma de siempre, no tenía luz, no había ventanas, y llovía dentro de la propia alcoba. Estaba solo. El viejo y oscuro caserío de piedra lo recibía frío y ajeno, sin fuego, sin lumbre en el hogar, con las cenizas muertas, sin rescoldos ni crepitar. Nunca faltaron brasas allí, no conseguía entender cómo habían dejado apagar el fuego, cómo *ama*, *aita*, Joseph o sus hermanas lo habían dejado morir. Intentó encenderlo de nuevo pero no lo logró, falló una y mil veces, se sintió agotado y desesperado. Y entonces un golpe seco le despertó. Sudaba, y una angustia nueva le abrazaba la garganta. Necesitó un instante para reponerse, para saber dónde se encontraba, qué hacía en ese espacio nauseabundo que le era extraño pero no ajeno.

Aquella mañana almorzó por primera vez desde que salió de Cádiz, apenas una abreviada ración de bizcocho blanco mojado en un caldo espeso con sabor a ave de corral. Y también entabló conversación con algunos pasajeros, que al igual que él no sabían muy bien qué hacer y cómo moverse sin caer sorprendidos por un golpe de la embarcación, o acabar remojados por una ola ruidosa y grande que sobrepasaba sin avisar los límites menos elevados de la nave. Supo que habían superado un mar que los marinos llamaban Las Yeguas, y recordó haber oído decir que hasta el más veterano de aquellos bravos hombres se revolvía en sus entrañas con el balanceo del navío sobre estas aguas. La esperanza llegó con el aviso del próximo arribo en las Islas Afortunadas. En un par de jornadas más estarían nuevamente frente a puerto, donde los esperaban para reponer las despensas de agua y leña.

Domingo Narciso sentía que las fuerzas perdidas volvían lentamente, regresaban a sus jóvenes músculos alentando paseos, conversaciones y divertidos ejercicios de equilibrio para no ceder al balanceo del suelo que pisaba. Un equilibrio que también

se ajustaba, cada vez con más éxito, a los sentimientos de alegre incertidumbre por lo que le aguardaba y de honda tristeza por las añoranzas que apenas comenzaban. El sonido del agua y el tintineo del velamen se fueron haciendo cada vez más presentes, y más agradables a sus oídos. Empezaba a disfrutar observando aquel caos, tratando de comprender lo inexplicable del funcionamiento de aquella turba de marinos que resolvían la faena diaria con chocante agilidad.

De vez en cuando traía a su mente los días vividos en Cádiz. Sevilla había sido para él la gran ciudad. Antes tuvo que viajar por tierra castellana durante interminables días de sol sin sombra, en los que no se detenía más tiempo del necesario, lo justo para reponer fuerzas y poder rehacer la marcha. Algunas posadas en el camino, diligencias o carretas esperadas durante días en pueblos desconocidos, palabras nuevas, otros olores y sabores, distintos colores y diferentes tierras. Se había sentido cansado, desorientado, confundido y nervioso, una inquietud que no conocía se instaló en su cuerpo mientras atravesaba los reinos españoles. Sólo ahora, con el crujir de las arboladuras y el rechinar lento de los cables, parecía disiparse. Por aquellos caminos no vio más horizonte que una larga y extensa tierra llana, alimentada por un sol que crecía día a día, que se agrandaba y se esparcía por la roja arcilla de la que brotaban los árboles más pequeños, más redondos y más oscuros que nunca habían visto sus ojos.

A veces surgía una aldea en mitad del paisaje, un pueblo o una villa cruzada por ríos y arroyos de aguas tibias, en la que se detenía durante un día o varios para reponer fuerzas mientras esperaba el siguiente carro de pasajeros que le llevara un poco más lejos del valle verde, más lejos del norte, más cerca del sur y del final del viaje.

Se encontró con buenas gentes que le indicaron veredas y le anunciaron cuidados y peligros. Hizo algunos compañeros de travesía, caminó durante días enteros con ellos y otros en completa soledad, conoció pastores de rebaños tan grandes que superaban con creces los que poblaban los caseríos de Gordejuela y Oquendo.

Y por fin llegó a Cádiz con todos sus documentos y algunos reales aún en la bolsa atada a la cintura, a buen recaudo tras la faja y el calzón. El forro de la chupa o las albarcas habían sido también buenos para dividir y esconder los caudales con que presentarse ante ese tal Zamudio. La carta de pago firmada por Antonio de Allende fue suficiente para que se le abrieran definitivamente las puertas a la tierra de Indias.

Fue la ciudad de Sevilla la que más lo impresionó, sus calles estrechas y embarradas, las pequeñas casas pegadas unas a otras, sus gentes alborotadas, risueñas, que mostraban su particular ajetreo en el no hacer nada. Allí, en un lugar que llamaban el arrabal de Triana, se acomodó durante tres días, que le parecieron los más cortos de su corta vida. El mesón pertenecía a una familia que descendía de la tierra de Álava, Arrieta se llamaban, y aunque había transcurrido más de un siglo

desde que se instalara el primer Arrieta en este lugar, sus descendientes, que poco tenían ya que ver con aquel, acogían en la misma posada a los paisanos que arribaban a esta ciudad extraña, cada vez en más número, para embarcarse rumbo a las Colonias de Ultramar.

Sevilla no dormía. Eso fue quizá lo que más sorprendió al joven Allende. La ciudad se mantenía despierta también de noche, y lo mismo ocurriría en Cádiz. Las gentes de estas latitudes no se retiraban hasta muy entrada la madrugada. Las calles seguían iluminadas, transitadas y alborotadas. Había mujeres, muchas mujeres, de noche y de día, en cualquier calle o portal, y niños, niños de todas las edades, circulando a su libre albedrío, correteando, gritando y cantando. Unas y otros sembraban del mismo modo las calles de abandono y pobreza.

Tres días después el curso del Guadalquivir le fue acercando al último tramo de tierra que pisaría antes de sentir el balanceo del agua bajo los pies. Cádiz era una ciudad tanto o más bulliciosa y extravagante que Sevilla: la Casa de Contratación, el pago del pasaje, la indumentaria y los enseres que necesitaría para el viaje, otros pasajeros que subirían junto a él al navío rumbo al puerto de Veracruz, los marinos que iban llegando de todas partes para hacerse un sitio en las labores de la embarcación, los grumetes y niños que se enrolaban sin dilación a las órdenes de desconocidos. Prisas, carreras, últimas disposiciones para zarpar en la fecha prevista con todo lo necesario para un viaje que podría llegar a durar dos largos meses.

Pasó las últimas horas observando el llenado de las despensas del viejo barco. Parecía imposible que aquel buque de madera, por grande que se mostraba a los ojos de cualquiera, pudiera soportar un cargamento de tal magnitud. Sin embargo, cupo, y sólo cuando todas aquellas telas, ceras, papel, aceites y especias, reses y aves, agua y leña; cuando todo lo inimaginable a sus ojos estaba ya dentro, llegó el turno de los pasajeros, que se fueron acomodando al interior, según indicaciones expresas, en espacios comunes, sobre catres sueltos que ocupaban todo el suelo. Allí, falto de espacio y oxígeno, sin poder reponerse en varios días, sufrió Domingo Narciso la indisposición que le mantuvo al margen hasta casi alcanzar puerto en las Islas Afortunadas.

El atraque, apenas dos breves jornadas de quietud, sirvió para rellenar las cubas de agua y el almacén de madera. Unos y otros, la embarcación y sus habitantes, retomaron fuerzas y equilibrio para comenzar un nuevo periplo que les llevaría por el mar de Las Damas hasta las Antillas, con los vientos alisios soplando de popa.

Sin embargo, pese a que el inicio se había anunciado prometedor, conforme avanzaban los días el viaje se fue volviendo monótono, insípido e insalubre. Un hastío hasta entonces impensable se apoderó de todos ellos, también de los marinos, que dejaron de faenar con el apremio de días pasados. Los naipes y los dados ocupaban buena parte de la jornada, mientras el casco avanzaba lento, sin sobresaltos

ni balanceos.

Aquella quietud instalada dentro y fuera del navío, aquella interminable y lánguida travesía que parecía no tener fin, iba apoderándose del ánimo y la paciencia de todos ellos. El calor resultaba sofocante, por momentos insoportable, en un espacio tan reducido en el que se empezaban a estorbar sin llegar a tocarse.

Por la noche, cuando Domingo Narciso regresaba al interior buscando su sucio y estrecho camastro, el olor nauseabundo de aquel agujero oscuro se incorporaba irremediablemente a su paladar y no lo abandonaba hasta el día siguiente, con un desayuno a base de duro bizcocho, que hacía las veces de pan, disuelto en un caldo de vino agrio.

Era un muchacho alto, moreno, de espalda y manos grandes, que apenas sobrepasaba los quince años. La barba asomaba oscura y se anunciaba espesa en el rostro aún inocente de aquel Allende. El pelo le caía suelto sobre los hombros y, aunque a primera vista podía parecer un joven rudo, los ojos verdes, casi trasparentes, suavizaban hasta lo inexplicable sus rasgos.

Pasaba los días sentado sobre la cubierta del buque, mirando la espuma del agua, su movimiento inagotable, sintiendo el leve balanceo y saboreando la sal que le cubría el rostro, las manos, las vestimentas. Le sorprendía el olor, su sabor, el color blanquecino que habían adquirido el suelo y los aparejos de trabajo, las muchísimas cuerdas, telas y cosas extrañas que había por cualquier parte.

Todo le sabía, le llevaba a aquello, al salitre que el mar despedía en su particular pelea contra la embarcación en que navegaban. También la comida, las sopas con sabor rancio que le ofrecían y en las que deshacía el duro bizcocho blanco, amargo, y el bacalao, salado y pegajoso, que horas después continuaba separando de su reseco paladar. Los días en que le servían carne, casi siempre conservada en salazón, no lograba diferenciarla del sabor del resto de alimentos, a la postre tocino y bacalao. Eso era todo tras un mes de viaje. Las frutas y verduras se habían convertido en un recuerdo lejano de aquellas primeras jornadas en que zarparon del último puerto, al igual que el sabor de gallinas y otras aves de corral, que perecieron la mayor parte de ellas con el primer balanceo. Aún quedaba algún cerdo por sacrificar y una docena de viejas ovejas. Nada más. El resto, raciones en salazón. Hasta el agua dulce empezaba a saber asquerosamente mal. Había tardado muy poco tiempo en dejar de ser el bien más preciado para transformarse en un líquido putrefacto y nauseabundo al que sólo se acercaban aquellos que no podían soportar la sed del mar. La maldita sed del mar, porque no había otra sed como aquella, otra angustia reseca y amarga como la que entonces sentía en la boca, en los ojos, en la piel. Nada se podía parecer a la falta de agua dulce y cristalina, de agua que corría por las cuencas de ríos ágiles, de caudales amplios saltando por las abruptas grietas de la tierra.

A veces le pedían ayuda con algún ramal, para sujetar con fuerza un cabo o asir un mástil mientras otros estiraban por aquí y anudaban por allá. Le llamaban a viva voz *¡vizcaíno!*, y él se ponía a la orden sin más espera. Cuando no sabía qué otra cosa hacer volvía a sentarse en alguna esquina a mirar y sentir cómo la sal iba formando costra sobre su cuerpo; se había metido dentro de sus ropas y se le había pegado a la piel con tanta insistencia como a la saliva espesa que le llenaba la boca.

Entonces, cuando creía que ya no podría aguantarlo más, aquel muchacho tan flaco y pálido aparecía con su cubo de agua y un cazo ofreciendo un trago a todos los que se iba encontrando. Domingo procuraba evitar el olor pestilente del mineral corrompido y bebía con vehemencia mientras sus sentidos se refugiaban en las aguas del río que corrían frente a casa, los saltos y las presas del Ibalzibar.

Aquel mismo grumete se le acercó un atardecer, mientras arrebujaba en torno a su cuerpo una vieja manta.

—Hola, mi nombre es Rodrigo, ¿y el tuyo?

La pregunta le cogió por sorpresa, y al levantar la vista vio al chico del cubo que se sentaba frente a él extendiendo una mano llena de galletas. Mientras cogía uno de aquellos ásperos bizcochos le contestó:

—Domingo Narciso de Allende y Ayerdi.

—¡Vizcaíno! —más que una pregunta fue una afirmación que Domingo corroboró.

—Así es.

Se quedaron en silencio, contemplando la línea que el sol dibujaba sobre el horizonte para esconderse tras él. Con la negrura de la noche ya anunciándose Rodrigo se levantó.

—Regreso al trinquete, tengo que alimentar el fuego.

—*Agur* —le despidió.

El joven castellano reapareció ante su mirada atónita la mañana siguiente. Corría, agitaba enardecido sus espigados brazos tras una rata peluda que escapaba despavorida por el suelo de la cubierta sin reflejos para divisar un escondrijo a tiempo. La extravagante escena le hizo recuperar las carcajadas olvidadas en los rincones donde se había instalado la añoranza. El roedor patinaba, tropezaba y corría sin lograr orientarse mientras Rodrigo le seguía de cerca, blandiendo en el aire un enorme cazo, acompañándose de gritos enloquecidos, hasta que el inmundo animal cayó preso dentro del cucharón un segundo antes de salir volando por los aires y acabar sumergiéndose en el mar. Sólo entonces alzó la vista y dedicó una mirada triunfal a todos los presentes, que aplaudían y vitoreaban al improvisado cazador.

En los últimos días el navío se había convertido en un gran nido de ratas y cucarachas. Resultaba difícil caminar sin encontrarse alguno de estos indeseables seres vivos royendo y afilando dientes. Aunque todos trataban de pisar o patear a los

intrusos, nada se podía hacer ante una plaga que se adueñaba de la embarcación, anidando entre las legumbres y la leña, las salazones y el agua. Solían abundar cuando las reservas comenzaban a hacerse más necesarias, más vitales y racionadas, y la suciedad se incrustaba en cada esquina y en cada morador que transitaba sobre las balanceantes tablas saladas. Entonces proliferaban éstas y otras plagas, aprovechando las fuerzas diezmadas, el hastío y la falta de agua dulce y clara con que poder, al menos, refrescarse la garganta.

Esa noche Domingo Narciso no pudo dormir. La quietud era tal que no se oía otra cosa que el respirar profundo y ronco de los habitantes del mugriento buque que se mecía silencioso sobre el mar. Se irguió despacio, y tras tomar conciencia de la luz con que contaba se decidió a subir a cubierta. Las temblorosas llamas de un par de lámparas alejadas varios metros entre sí dibujaban sombras cruzadas de los largos mástiles vestidos con su blanco velamen.

En medio de aquel oscuro y desconocido mundo, la tierra que había dejado tras de sí se abría paso, cada vez con menos violencia, para llenarle el pensamiento. Rodrigo se aproximó a él ofreciéndole una mano rebosante de migas de galleta dulce y seca.

—¿En qué piensas, vizcaíno?

—En mi patria.

—Ha de ser una tierra hermosa esa tuya que te tiene tan entristecido.

—Sí, es buena tierra. No he vuelto a ver montañas como aquellas desde que salí de mi valle.

—¿Quién te espera en la Nueva España?

—Un pariente de mi madre que me requirió para que fuera a ayudarle en la administración de su hacienda. Vive en un lugar que llaman San Miguel el Grande, hay muchos vecinos de mi pueblo afincados allí. ¿Lo conoces?

—No, no lo conozco, pero puede ser por el camino de los arrieros en dirección a Jalapa, es el más transitado por los que venís del norte. Yo únicamente he estado en el puerto de Veracruz el tiempo que tardamos en preparar el viaje de retorno. La última vez fueron varios meses, y te aseguro que sienta bien aquella tierra. Si no fuera por el clima, tan sofocante y húmedo que a veces te hace perder el seso.

—¿Para tanto es?

Y Rodrigo hizo un gesto que afirmaba el exceso de calor y el bochorno que les iba a descomponer apenas se acercaran a puerto, y continuó hablando.

—Allí todo es de muchos colores a un mismo tiempo, sobre todo en las mujeres, que se visten con trajes muy alegres, son muy morenas y casi siempre están riendo. Los mercados son de lo mejor que he visto, llenitos de gente que parece feliz esperando durante días a que arriben los navíos españoles con todas sus mercancías.

Domingo veía los ojos del grumete cada vez más abiertos, más entusiasmados, hasta sentirse él también arrastrado hacia la colorida tierra que le describía.

Escuchaba atento la atropellada narración queriendo creer que el final del viaje estaba cerca.

—Me imagino que tu pariente habrá mandado por ti, porque si no es así yo podría mostrarte lo que te hablo —se ofreció Rodrigo, con la esperanza de poder compartir algunas jornadas en tierra firme.

—No estoy seguro, pero tampoco tendré mucho tiempo que perder, parecía urgente la carta que envió a casa y ya llevo meses de viaje. Sólo quiero llegar para empezar a trabajar.

—Bueno, dicen que toda la Nueva España es así, muy colorida y con mucho bullicio. Ya tendrás oportunidad de conocerlo.

Sonreían mientras se levantaban del suelo y avanzaban en dirección a sus sucios y estrechos camastros. Una breve mirada les sirvió de despedida sabiendo que en escasas horas volverían a encontrarse frente al mismo horizonte de agua.

Domingo Narciso vagabundeó entre decenas de cuerpos dormidos. Todos estaban exhaustos por el calor y la infrahumana disposición de aquel habitáculo en el que apenas cabían extendidos de forma ordenada, unos al lado de otros. Se sintió abrumado una noche más por la falta de aire, de espacio, de intimidad incluso para pensar. No era fácil conciliar el sueño entre tantos otros como él, cansados de un viaje que parecía no acabar nunca.

Los marinos, a diferencia de los pasajeros, dormían en hamacas que colgaban en el entrepuente, telas suspendidas en el aire, de colores ya perdidos, que se disponían en ordenadas filas y que de día se retiraban, arrinconándolas contra la pared. Desde que sintió el corretear nocturno de las ratas por la madera anhelaba poder ocupar una hamaca volante de aquellas que no tocaban el suelo, manteniendo alejados a los roedores, cada vez más grandes y asquerosos, de sus apreciadas orejas.

El insistente desvelo de la noche lo empujó por segunda vez a cubierta. Allí, bajo un manto de estrellas, acurrucado entre cuerdas y envuelto en la vieja manta pensó en Manuela, en su risa alegre y sonora, en las muchas veces que sus hermanas y *ama* reprendían el descaro de sus carcajadas. Ahora las traía a su cabeza desde la lejana tierra vasca para que lo guarecieran del frío que sentía, de la soledad que le helaba el alma.

Fue su primera noche. Al despertar supo que ya no volvería a dormir en el interior del buque, elegiría el raso bajo las estrellas, cada vez más cálidas y templadas, que iluminaban la quietud lánguida de aquel mar de Las Damas. Pronto descubrió que no era el único, al amanecer otros como él se desperezaban por los rincones, estirando brazos y piernas, formando largas colas para alcanzar cuanto antes las malolientes letrinas. El uso comunitario de aquellas maderas con agujeros las había convertido en un espacio despreciable, siempre húmedo y repugnante, donde cadáveres de insectos, bichos y objetos difíciles de identificar se acumulaban en el transcurso de la noche.

Resultaba insoportable acudir a aquel lugar a cumplir con unas necesidades que, en el mejor de los casos, se habían vuelto poco corrientes o inexistentes gracias a una alimentación excesivamente salada y a la considerable escasez de agua potable.

Según iban pasando las jornadas las diferencias que antes saltaban a la vista entre unos hombres y otros, los ajetreados marinos y los pasajeros que vagabundeaban ociosos, se iban disipando. En aquellas filas largas de personas esperando su turno, apenas les distinguían las cicatrices y las bocas desdentadas de los marinos más veteranos. Todos empezaban a oler igual, a inmundicia salada, a sequedad, al cúmulo de jornadas enteras transpirando por los poros el salitre que respiraban en el aire, que resecaba su paladar y se pegaba a su piel como una fina capa de cal.

Domingo Narciso se sentía abatido por aquella quietud, maloliente calma. Sin embargo, cada vez con mayor interés, contagiado por el resto, esperaba la tarde para ver aparecer a las silenciosas señoras que cubrían una muy pequeña parte del pasaje. Como si fueran damas de la corte en aquel vergel de suciedad humana, las cuatro mujeres que ocupaban un espacio privilegiado en las estancias de popa, caminaban con prudencia hacia proa tras los hábitos santos del capellán encargado de los oficios religiosos. Ver a aquellas damas, intocables, avanzar despacio con sus largas ropas, arrastrando mugre y agua, seguidas por un séquito de criadas y sirvientas, que igualmente se asemejaban a elevadas señoras dada la inmundicia que les rodeaba, extasiaba a tripulantes y pasajeros en lo que llamaban entre ellos *la hora del ángelus*. Todos los habitantes de aquel singular universo marino se retiraban formando paseíllo hasta que el ministro rogaba silencio y comenzaba a oficiar el rezo. Entonces, los hombres, que ya habían cumplido con sus obligaciones religiosas bien de mañana, se sumaban a la nueva ofrenda con fingida devoción, para entregarse, en miradas y gestos escondidos, a las señoras que milagrosamente los acompañaban.

Domingo nunca tuvo más contacto con ellas que aquel que le proporcionaba la oración del atardecer. Las altas damas se cuidaban mucho de dejarse ver, y sólo algún grumete y pajes más inocentes acudían a su reclamo y cubrían sus encargos. Por supuesto, mediaban criadas que alguna vez aparecían brevemente, provocando tras de sí un tremendo alboroto que se alargaba durante horas. Por ellas florecían las apuestas, que de forma irremediable crecían tras los dados o los naipes.

A lo largo de aquellos días de harto hastío, el cotilleo y los rumores se apoderaron de los hombres del navío. El alto honor de las señoras, y el cuidado que les dispensaban general, maestre, escribano y capellán, las protegía de cualquier intento de asalto. Pero no parecía ocurrir lo mismo con alguna de sus sirvientas, que según las bocas mugrientas de los hombres de mar, ofrecían favores por no pocos reales.

Después de semanas de total calma el viento apareció sin avisar, como el prólogo de un suceso que se anuncia, sonando igual que cien ruedas de molino corriendo colina abajo. Y tras largas jornadas sometidos a su violencia, se desató una lluvia

tormentosa, intensa, incansable, que duró dos largos días con sus implacables noches. Las primeras gotas les volvieron locos de alborozo y, agradeciendo la tupida lluvia del Caribe, se expusieron peligrosamente a su rigor. La intensidad del agua que iba cayendo del cielo se sumaba a la que entraba por las fisuras de la vieja madera desde un repentino mar embravecido. Achicarla fue una dura labor a la que se sumaron todos sin excepción. *Las Antillas están cerca*, se decían unos a otros, *pronto veremos puerto*. Y así sucedió. La tormenta se fue como había llegado, sin anunciarse, despejando el cielo y descubriendo ante ellos la tierra exuberante de la isla Dominica. Se encontraban ya en la segunda y última escala de la larga travesía a Indias.

El verano se anunció con las primeras y más tempranas cerezas. Manuela aprendía las letras con tesón gracias a la buena disposición de una monja del beaterio de Ibarguti, que reunía a algunas de las niñas más afortunadas del valle para instruirlas en la escritura. Esto enorgullecía enormemente a María, que seguía con devoción el progreso de su hija pese a su total falta de conocimiento para la lectura. Era una ventaja poco habitual, y que no se podían permitir otras muchas casas del entorno, el proporcionar algún estudio también a las hijas. Pero el empeño de Manuela y el deseo expreso de Domingo Narciso fueron más fuertes que la costumbre.

Día a día la vida transcurría apacible, sin sobresaltos, en la casa de los Allende de Zubiete. Joseph, el primogénito, continuaba su formación de herrero en casa del maestro Taramona, mientras su padre, Antonio, se las arreglaba con la ayuda de un único criado para atender el viñedo y el ganado. Francisca se repartía entre su devoción parroquial y las uvas, que anunciaban una vendimia de grano abundante para el próximo otoño, y Josefa procuraba satisfacer las necesidades de unos y otros tras los pasos certeros de su madre. Nada anunciaba lo que estaba por llegar, y sin embargó llegó y asoló aquella paz y aquella calma que envolvía la vida privilegiada y abundante de la familia Allende.

No hizo falta que transcurriera mucho tiempo desde la partida de Domingo. Una vez fuera del entorno familiar, el joven emigrado nunca se imaginaría lo que los años depararon a la casa segura y confortable de su infancia. En aquellas paredes de piedra y aquel hogar siempre encendido, las generaciones de sus antepasados habían construido sobre suelo sólido la pervivencia de un apellido, el de los Allende, y sin embargo, se acercaba otro tiempo que amenazaba con cambiarlo todo sin remedio.

Con sólo trece años Manuela era una joven que apuntaba maneras para ocupar una de las casas más principales del valle. Más alta que el resto, con hermosos rasgos dibujados en un rostro claro, de extraños ojos verdes como los de su hermano, le gustaba mostrarse bien vestida y adornada, por encima incluso de la apariencia que usaban las otras hijas de propietarios. Ya entonces cosía con esmero basquiñas y chambras bajo la mirada orgullosa de María, y aprendía el gobierno de la casa acatando las recomendaciones de su hermana Josefa. Era observadora, risueña y temperamental, y desde hacía unas semanas no cejaba en su empeño por viajar hasta la cercana villa de Bilbao. Había oído cosas, a su entender maravillosas, sobre aquel lugar en el que vivían tantas personas que resultaba imposible conocer a todas. Tras insistentes ruegos logró ablandar el corazón de su madre, que le prometió, sin mucho entusiasmo, una visita a la ciudad con los días más largos del verano.

—Podré ver los barcos de los que tanto me hablaba Domingo Narciso, y el mar, que dicen llega hasta la misma Catedral.

Su hermano le había contado que viajaría en un gran navío con velas, pero no sabía lo que eso significaba, nunca había visto nada semejante y tampoco alcanzaba a comprender lo que era un mar o un océano, por mucho que intentaran explicárselo. Sólo conocía el río a su paso por las ferrerías, y se imaginaba el mar como una crecida presa por la que navegaban pesados barcos de madera, avanzando muy lento hasta alcanzar la otra orilla. Y allí, en el puerto, como decían, estarían esperando a su hermano todos los que vivían en Indias.

No dejaba de pensar en cómo sería aquel lugar, tan lejano y extraño. Miraba hacia las montañas, se quedaba largo rato escudriñando lo que éstas podrían esconder tras sus altas cimas; sus pupilas seguían la calzada real, sabía que por allí comenzaba el largo viaje hasta esa Nueva España, y soñaba con subirse algún día a un carro y transitar por aquella vía que siempre traía y llevaba cosas nuevas a Zubiete.

La que escuchaba sus anhelos no era otra que Juana, su inseparable amiga y, como ella, última descendiente de la casa vecina, la de la familia La Presa. Las dos niñas crecían juntas, una al lado de la otra.

—Dicen que las casas están pegadas, todas unidas, y que son altas. También que hay arena al lado del río, barcos, puentes y un montón de cosas bonitas. Pienso fijarme bien en las chambras que usan para coserlas igual para mí. *Ama* ha dicho que comprará alguna tela, y quizá algún adorno, aunque será para el ajuar de Josefa.

—Pero ¿Josefa tiene hecho contrato matrimonial?

—No, aún no, pero ella está preparando un gran ajuar para cuando llegue el momento.

—¿Y por qué no tiene contrato?

—Porque *ama* dice que primero se tiene que casar Joseph.

—¿Y con quién se va a matrimoniar tu hermano?

—No lo sé. Como está en Güeñes, con el maestro Taramona, parece que hasta que no se examine de oficio no se va a arreglar eso.

—¿Irán también tus hermanas a Bilbao?

—No creo, las dos andan muy atareadas. Además, a *ama* no le gusta dejar la casa sola y alguien tiene que atender a *aita*. No, seguro que no vienen.

—Qué suerte tienes, Manuela, ojalá fuera tan fácil de convencer mi madre.

—Dile que vamos nosotras, quizá se anime.

—Se lo diré, pero sé muy bien lo que va a contestar: *a nosotras no se nos ha perdido nada por esas callejuelas estrechas donde no corre ni un mal aire*.

La voz fingida de Juana las hizo estallar en una carcajada. El agua de la fuente de Oxirando salía cristalina y muy fría pese a la hora del mediodía en que se encontraban. La tarea de cargar con las herradas para transportarla hasta casa era

nueva para ambas, una labor que les encomendaron esa primavera y que cumplían con exagerada alegría. Aquellos recién estrenados momentos de libertad, fuera de la presencia de padres y hermanos, suponían toda una novedad en sus vidas.

—Yo va he llenado suficiente, no quiero que se me caiga. ¿Estás lista para irnos?

—Sí, vamos.

Las dos alzaron a un mismo tiempo, con movimientos casi sincronizados, aquellas vasijas de cobre reluciente sobre sus cabezas y salieron de la fuente una detrás de la otra, con los brazos aún en alto, avanzando despacio para no perder el equilibrio hasta alcanzar la calzada. Por el camino se tropezaron con un grupo de mozos algo mayores que no les dedicaron ni una curiosa mirada. Sólo uno de ellos se giró a su paso para verlas alejarse de espaldas.

—Vamos, Txomin, no te quedes rezagado que nos están esperando en Molinar —le gritaron los demás.

Al oír aquel nombre Manuela se dio lentamente la vuelta para descubrir la figura de su primo Domingo de la Torre correr en dirección al grupo. Algo, no sabía bien qué, le hizo cosquillas dentro del estómago.

El 26 de junio de 1746, antes de asomar las primeras luces del día, María atizaba la lumbre del hogar después de extender sobre la mesa el talo de maíz recién cocido. El resplandor del fuego le daba un aire misterioso, ocultándola bajo las sombras de la noche y dejándola aparecer, poco después, próxima a la hoguera. Su marido la contempló unos segundos desde el umbral de la puerta antes de acercársele despacio. Al llegar hasta donde estaba, aceptó de buena gana la sopa de ajo con manteca y el trozo de talo aún caliente que sus manos le ofrecían. Sentados uno al lado del otro, comían en silencio cuando apareció Joseph, desperezándose aún de los ritmos de la noche. María se levantó y recogió de la mesa el desayuno que le tenía preparado.

—Hoy es el día de tu nacimiento, hijo —le anunció.

—¿Cuántos años tengo, madre?

—Uno más de veinte.

El joven sonreía mientras devoraba trozo a trozo el pan elaborado con mijo de las Indias y sorbía con cuidado la sopa caliente que desbordaba el tazón. Aquella mención acerca de su edad le había hecho sentirse bien, *¡ya soy un hombre de más de veinte años!* Siguió pensando en ello y sonriendo momentos después, mientras cruzaba junto a su padre el campo en dirección a la montaña.

El largo año en Güeñes, en casa de Eugenio Taramona, le había cambiado, se sentía y mostraba diferente, más seguro de sí mismo, y ahora que sabía de su edad nada le parecía imposible. Había regresado a Zubiete aquellos días para ayudar a su padre con el arreglo de un cercado en el monte, pero tendría que volver en menos de una semana a la herrería a cumplir con el contrato de aprendiz y, aunque algunos

domingos y fiestas de guardar se acercaba por Gordejuela, no se instalaría en el hogar familiar hasta el otoño, para el tiempo de la vendimia.

María los vigilaba desde una ventana, distinguiendo sus delgadas siluetas en las largas sombras de la mañana. No podía ver a Gerardo, el criado que llevaba tantos años trabajando mano a mano con ellos, pero sabía que marchaba unos metros por delante, abriendo el paso y previniendo la aparición de jabalíes, lobos o cualquier alimaña nocturna.

Fue en este ir y venir cuando el joven Joseph conoció a Narcisa, una muchacha del barrio de Sodupe, en Güeñes, que caminaba a diario por los senderos del pueblo llevando y trayendo un cesto de pan alzado sobre su cabeza. Sujetando con destreza éste con una mano, y la otra apoyada en la cintura, avanzaba airosa por la calzada, de un vecindario al otro, vendiendo hogazas recién hechas. En ocasiones, cuando el calor apremiaba y no encontraba sombras que cobijaran su tez, elegía sigilosa las veredas de la montaña.

La víspera de su 21 aniversario, Joseph regresaba a casa cuando descubrió a aquella Narcisa refrescándose en la orilla del río. Descalza, y con la falda y la saya remangadas, introducía lentamente los pies en el agua helada para salir poco después y dar rienda suelta a una divertida danza que la hacía girar y girar sobre un brevísimo tramo de hierba. Empeñada en desprenderse a toda prisa de las gotas que resbalaban por sus pantorrillas no se fijó en la mirada atónita del joven que la observaba. Nuevamente se calzó las alpargatas, tomó en jarras la cesta y continuó canturreando bajo las sombras que le ofrecían los árboles del camino. Nada le previno del público con que contaba, y Joseph no quiso o no supo cómo acercarse sin asustarla. Siguió desde lejos sus pasos un rato y después regresó al lugar donde la había visto mojarse. Se aproximó a la orilla y, desnudándose, se introdujo él también en el agua. Una sensación nueva, desconocida, le embargaba por dentro y por fuera. Tras el baño retomó el sendero sin dejar de pensar en la muchacha del río.

En Zubiete, Manuela se acababa de sentar en la piedra que, como un promontorio, asomaba a la fachada de casa, irregular y fría. Aquel improvisado banco, característico de muchos caseríos del valle, había sido el lugar preferido de su abuelo en las tardes soleadas. Le contaba su padre que siempre estaba allí, sentado, con los ojos acuosos y la pipa humeante, invitando a la charla a todos los transeúntes que pasaban por la calzada. Ahora el que se sentaba a esperar el atardecer era Antonio, que reposaba el día viendo perderse el sol tras las cumbres de las montañas. En aquella misma piedra, bajo el emparrado que cubría la fachada, Manuela rememoraba a Domingo Narciso, queriendo retener su rostro, su voz, sus palabras. En este lugar se convencía cada día de que ya no volvería a ver, a sentir la cercanía protectora de su hermano más querido.

Jugaba con un roído carboncillo entre las manos cuando el carro de pasajeros pasó frente a la accesoria. Iba veloz en dirección a Molinar, o al menos así se lo pareció a la pequeña de los Allende, que intrigada por aquella urgencia, y por las personas que pudieran viajar en su interior, se le ocurrió seguir las huellas que las ruedas imprimían sobre la calzada.

Lo hizo sigilosa, convencida de que nadie la observaba. Su madre siempre insistía en que una joven de buena familia no debía ser vista sin la compañía adecuada. Aquellas palabras, que acudieron a su mente como la advertencia que eran, se disiparon tras las prisas por alcanzar a tiempo, y sin que la descubrieran, el descenso de los viajeros que llegaban en la apresurada diligencia.

Sentía verdadera curiosidad por todo lo que venía de la ciudad, y la feria de San Andrés o un inesperado carro con pasaje eran fuente de continuas sorpresas que avivaban su imaginación. Por eso siguió las ruedas del carro, por eso y porque en Zubiete nunca ocurría nada, o al menos así se lo parecía a ella.

Antes incluso de cruzar el puente pudo distinguir a un señor alto y bien vestido, un hombre que no había visto nunca, con sombrero de copa y bastón. Cojeaba ligeramente, lo que hacía su caminar lento mientras atravesaba la plaza. Manuela avanzó por el puente y se quedó quieta, muda, al cobijo de la fachada trasera de una casa vieja, esperando ver qué de nuevo traía un forastero como aquel al pueblo. Cuando éste llegó a la altura de las tejavanas, las mismas que alojaban a transeúntes y gentes sin casa, comenzó a llamar a viva voz:

—¿Quién mora en este lugar?, ¿hay algún zagal por aquí?

Dos muchachos despeinados y poco aseados asomaron sus caras de incredulidad a las tablas que hacían las veces de puerta, y al mirarse, tanto el forastero como los jóvenes, se sorprendieron de encontrarse. Aquel señor les hizo señal de que salieran a la plaza a entrevistarse con él; ellos se interrogaron incrédulos al tiempo que lo observaban detenidamente, inmóviles.

De pronto, como si alguien los hubiera empujado, dieron un gran salto ante los ojos pasmosos del desconocido que les invitaba sin éxito, y cada vez más exacerbado, a una conversación sosegada. Pero aquellos muchachos, castellanos que habían llegado buscando un jornal que sacar al mineral que se extraía de las cercanas montañas vizcaínas, desaparecieron de la vista de cualquiera, como si se los hubiera tragado la tierra. Sólo Manuela, desde su escondite tras la vieja casa, a un paso del puente, pudo ver cómo uno de ellos se dirigía por el río hacia Sandamendi, mientras el otro trepaba veloz por la ladera del monte en dirección a Berbiquez.

Con cautela, esperando que nadie recayera en su presencia, comenzó a desandar las huellas del carro que le habían llevado hasta allí. En la plaza, frente a las tejavanas, el forastero se deshacía en aspavientos y gestos de enfado. Su charlatanería se mezcló rápidamente con la de las mujeres que vivían en los mismos barracones de

madera mal aireada, que le increparon sin recato ni decoro hasta conseguir que se alejara de la vista de todos.

Las viejas maderas crepitaban quejosas al alejarse de aquella tierra fértil, espléndida a los ojos del joven Allende. Lentamente fue retornando la melodía armonizada del viento meciendo las velas, y sonaron una vez más los acordes de cables y el arrastre de cuerdas. La recalada en la isla Dominica había sido breve, demasiado breve, después de lo vivido y ante lo que vendría por vivir, nuevas jornadas de tedio hasta el infinito. Veracruz quedaba tan lejos aún, y hasta allí el horizonte se dibujaba porfiado de azul y sal.

Las despensas, rebosantes de agua dulce y madera; el navío algo más limpio, más lleno, más fatigoso; la tripulación nuevamente enardecida y risueña; los pasajeros extasiados por la apariencia de aquella tierra recién abandonada; y el mar, tranquilo de nuevo, sereno, abriendo paso al viejo cascarón español.

Sin embargo, aquellas sensaciones no duraron mucho tiempo. Una semana después ya nadie se acordaba de la isla y del alborozo de sus extrañas gentes. Domingo Narciso deseaba tener la mente ocupada, cansar el cuerpo, sudar la añoranza, pero no era mucho lo que podía hacer, apenas un corto paseo, una charla animada o la lectura de alguno de los libros de aventuras y vidas de santos que un pasajero dispuesto leía en voz alta para el resto. Sentía los músculos agarrotados, anquilosados, y la mente confusa bajo el implacable sol.

El trabajo en el navío era cosa de los hombres de mar, y aunque algunos se aventuraron a pescar, el escaso éxito y las continuas burlas desanimaban al más atrevido. Sólo cuando algún banco de peces se acercaba lo suficiente, descendían dos hombres en un bote y regresaban con canastos repletos de brillantes y plateados pescados que mejoraban sustancialmente los rigores de una dieta cada día más escasa.

Al final de la jornada, cuando el resto descansaba o sencillamente se entretenía en naipes y charlas, él seguía contando con la compañía endulzada de Rodrigo.

—Pareces feliz, vizcaíno, nunca pensé que te oiría silbar. La voz del español llegaba jocosa y risueña una noche más al rincón de cubierta que ya habían hecho suyo.

Con las manos extendidas mostraba su tesoro en forma de panecillos que Domingo Narciso se apropiaba con avidez.

—¿Qué tal te ha ido hoy la caza?

—Mal, qué quieres, no tengo tiempo para perder tras esas asquerosas ratas peludas, así que a la mayoría las tengo que dejar escapar. Me conformo con mantenerlas fuera del puchero. Eso ya es un trabajo duro.

—Entonces, ¡mañana tampoco comeremos carne!

—No te rías, que si un día te cocino alguna de esas ratas vas a creer que comes conejo. Te vas a chupar los dedos, ya lo verás —y la amenaza sonó jactanciosa en la voz del español.

—Creo que sería capaz de comerme una de tus asquerosas ratas por no volver a tragar esas salazones rancias.

—No me tientes, vizcaíno, no me tientes.

Los dos rieron y miraron hacia la oscuridad del mar mientras saboreaban con calma el aroma dulce de galleta que les llenaba la boca, desplazando por un instante el implacable sabor a sal que les ocupaba el paladar.

Rodrigo era charlatán, animoso, y gustaba de contar su vida a todo el que le daba oportunidad. Esto venía bien a Domingo Narciso, que prefería escuchar a hablar. Apenas le mencionó Zubiete y a la pequeña Manuela, y obtuvo a cambio el detalle de una existencia que nada tenía que ver con lo que él había conocido. Con una extensa lista de hermanos, nueve en total, que sobrevivían a duras penas en una aldea al sur de Sevilla, Rodrigo había tenido que salir a trabajar con sólo ocho años. Dos días estuvo merodeando en los muelles de Cádiz antes de enrolarse hacia Indias. La experiencia y las sucesivas travesías le fueron dando posiciones y, aunque todavía no tenía edad para superar la de grumete, acabaría convirtiéndose en un hombre de mar.

Se enorgullecía de su vida sobre el océano. Decía necesitar el vaivén del agua bajo los pies y echarlo de menos cuando se veía obligado a permanecer demasiado tiempo en puerto. Aseguraba que no conocía otra forma de vivir, y se sentía libre y feliz de haber dejado aquel pueblo lejano y hambriento, abandonar aquella tierra inerte, aquel hogar sin padre, y ponerse a las órdenes de extraños que le contrataban para cumplir cualquier servicio en el primer navío que soltara amarras.

Sólo había un temor incontrolable para Rodrigo: perder su dentadura. A Domingo Narciso, la primera vez que se lo oyó decir, le provocó una carcajada que el joven español atajó con un oportuno refunfuño. El origen de la pesadumbre estaba en la peste de mar, el escorbuto, una miserable enfermedad que acababa con hombres fuertes y sanos, hombres que perdían todos los dientes, que se volvían viejos y cansados a los treinta años. Rodrigo le temía más incluso que a los piratas y filibusteros que habían recorrido durante décadas aquellas mismas aguas para hacerse con los tesoros de la Corona; corsarios de todo origen que dejaron a su paso rumores y leyendas de sanguinarias muertes y terribles naufragios.

Muchos de sus encuentros bajo las estrellas se llenaban con historias de piratas, aventuras cargadas de misterio que atraían a la conversación a otros pasajeros y a algunos marinos empeñados en adornar el relato con un exceso de vísceras y sangre.

Habían transcurrido varias jornadas desde que retomaron rumbo en las Antillas y Domingo les había oído decir que el tiempo se acortaba, que cada día se aproximaban un poco más a la última parada de aquella interminable travesía marítima. Rodrigo se lo confirmó, aunque no supo precisar cuántos días y noches faltaban aún.

Cada vez más impaciente y cansado, ya no encontraba entretenimiento en los relatos e historias de asaltos. Tampoco los recuerdos, cada día más vagos y

desdibujados, le ofrecían consuelo. De vez en cuando le asaltaban insistentes las voces de antes, la mirada alegre de Manuela, el frescor del río y las palabras dichas en otra lengua, en su lengua. Entonces hacía lo imposible por desecharlo, alejar de su mente todo aquello para no flaquear, para no volver a padecer el temblor que se apoderaba repentinamente de sus piernas y sentir de nuevo las mismas lágrimas aguando sus ojos.

Una tarde oscura, sin luna ni estrellas, escucharon el sonido sordo de algo cayendo al mar, una zambullida seca en aquella balsa de agua inmóvil. Después un silencio sepulcral lo envolvió todo otorgando un protagonismo poco usual a la noche. Las historias de piratas que había oído narrar tantas veces a los marinos, la exageración en sus asaltos, la saña con que saqueaban, violaban y mataban, su aspecto grotesco, todos los espeluznantes detalles de las leyendas de piratería y naufragios ocuparon la mente de Domingo Narciso en tan sólo un segundo. Nuevamente sonó otro golpe seco al costado del buque, y luego otro. Después nada. Silencio. Estaba convencido, de un momento a otro oiría los cañones, habría mucho fuego, humo, gritos de gente muriendo, ahogándose… Creía que no le quedaba sangre en las venas, sintió el pánico, sus músculos se paralizaron, su mente lloró la lejanía de la tierra firme. Cerró los ojos e intentó escuchar algo, cualquier cosa que le diera una pista de lo que podía estar a punto de suceder, pero sólo reconoció la respiración de su amigo rompiendo el silencio de la oscura y huérfana noche.

—¿Qué ha ocurrido? —y la pregunta sonó como un susurro.

—No estoy seguro, amigo, pero piratas no son, estate tranquilo, se les oiría desde muy lejos.

Pero no se quedó tranquilo, no le gustaba la sensación de quedar suspendidos en una noche como aquella en medio del océano. Quería saber qué había detenido al buque, y sobre todas las cosas quería llegar a tierra firme cuanto antes. El viaje empezaba a ser demasiado largo. No se movió de donde estaba y, aunque lo intentó, no logró conciliar el sueño. Apenas unas cabezadas, a la postre insuficientes, le devolvieron a la luz del alba con un gesto cadavérico. Tras varios intentos, encontró al fin respuesta a sus recelos en un viejo marino que se rió burlón al percibir el temor a los piratas en la mirada del joven vizcaíno: *nada de eso, hijo, más bien bajas en el rebaño*. Y le explicó que los golpes secos de la noche anterior no eran sino los cadáveres de dos ancianos y un paje que no resistieron el inframundo que se había apoderado de los departamentos habitados en el interior del buque.

Al atardecer se había ofrecido un responso por sus almas, pero lo que Domingo no se preguntó fue qué ocurriría con sus cuerpos. Nunca hubiera imaginado que, con un lastre al cuello, acabarían sumergidos en las profundidades del mar para alimento de tiburones y otras alimañas que poblaban el océano.

Sintió cómo regresaba la arcada del primer mareo. Se alejó tambaleante por cubierta hasta encontrar un trozo de suelo en el que sentarse y ahuyentar el desasosiego instalado en su cuerpo. Debió quedarse dormido, porque cuando recuperó la conciencia estaba ya atardeciendo de nuevo y oía la voz de Rodrigo que le llamaba a gritos. Se levantó despacio y salió del escondrijo que le había servido de madriguera para dormir sus miedos marinos por última vez. Cuando consiguió erguirse del todo se encontró con la mirada chispeante de su amigo que le señalaba con mano inquieta el horizonte:

—¡Tierra a la vista, vizcaíno, tierra a la vista!

Los apacibles días estivales transcurrían sin sobresaltos. El sol y las temperaturas tibias habían aliviado el peso de la ropa de gruesa lana, dejando espacio a las faldas más delgadas y al lino suave. Aquellas prendas, que Manuela celebraba como nuevas sin serlo, le hacían sentir ligera, ágil y más feliz.

Como cada año, el 29 de agosto Gordejuela celebraba sus fiestas patronales, varios días de música y misas que congregaban a todo el valle y a muchos visitantes en torno a San Juan de Molinar. La familia Allende vivía un buen momento. La situación del caserío no era de total abundancia, pero el futuro se presentaba prometedor, o al menos así lo preveían María y Antonio, que se mostraban alegres y sosegados ante la fortuna de aquellos hijos sanos, enérgicos y en edad de ir tomando estado.

Fueron también las primeras fiestas para Manuela. Este año, además de las continuas celebraciones religiosas, pudo disfrutar del bullicio y la animación que cubrían a diario la plaza de Molinar, de la alegría que transmitían el *txistu* y el tamboril con su tintineo mil veces repetido, y del juego de pelota en la pared de la iglesia, que siempre se iniciaba con alguna envalentonada apuesta entre mozos.

—Juana, ¿te has fijado?

—¿En qué?

Inseparables, Manuela y Juana iban y venían tras los pasos firmes de Josefa, encargada esta última de salvaguardar el honor y las buenas formas de las más pequeñas. La eucaristía había terminado y la plaza rebosaba de gente. Los danzantes, que con ocasión de la celebración el ayuntamiento tenía a bien contratar, se iban acercando y tomando posiciones. Desde una esquina del pórtico, expectantes, las dos niñas divisaban al elenco de autoridades del Concejo, y a sus mujeres reunidas por separado, entregados todos a una charla animosa y relajada.

Entre aquellas señoras, vecinas de éste y otros valles colindantes, se encontraba una mujer elevada, con atuendo y actitud muy destacados, que escuchaba atenta al resto sin apenas decir palabra, asintiendo con la cabeza y mostrando exagerado recato y prudencia. En ella se fijaba Manuela más que en nadie.

—En esa señora, ¿la ves?, la que usa hebillas adornando sus zapatos.

—Ah, sí. Nunca antes la había visto por aquí. Parece alguien importante.

—Seguro que lo es. ¿Con quién crees que habrá venido?

Juana no compartía la intriga de su amiga, prefería no perder de vista la plaza y la señal de Josefa para correr hacia ella. Se moría de ganas por ver a los bailarines danzando y haciendo piruetas.

—Mira, ahí está tu hermana, parece que nos llama. Vamos, vamos, ¡qué ya va a empezar!

En ese momento Manuela también se olvidó de las hebillas, de aquellos zapatos y

de todo lo demás. Las dos salieron de la sombra que proporcionaban las frías piedras del pórtico para alcanzar en unos segundos el centro y acercarse junto a Josefa al grupo allí congregado. Los primeros acordes del *txistu* sonaron acompañados por el alegre castañeteo del tamboril, y los jóvenes, vestidos de un inmaculado blanco, comenzaron a saltar y rodearse unos a otros con movimientos ágiles y rápidos. Fueron tres días intensos en que se combinaron las ofrendas y la música hasta bien entrada la tarde. Después, la vida sosegada y tranquila acabó por regresar a Molinar y al valle. Pero todavía hubo tiempo para el regocijo, animando conversaciones y tertulias en tabernas y fuentes. Manuela y Juana se fueron sumando, cada vez con mayor frecuencia y libertad, a las reuniones de otras jóvenes y mujeres que repasaban los detalles de los días festivos alargándolos hasta la saciedad.

La próxima cita con la música y el gentío pisando las calles de Gordejuela no llegaría hasta noviembre, cuando la feria de San Andrés ocupaba la plaza llenándola de actividad y ruido. Entre tanto habría que recoger las uvas y cosechar el campo. Manuela seguiría soñando con la promesa del viaje a Bilbao, para el que María no lograba fijar una fecha. Se dilataría tanto su cumplimiento que para cuando Manuela conoció aquellas calles, sus arenales, puentes y barcos, no necesitó de nadie que la llevara de la mano.

Entre tanto, esperaba ansiosa la llegada de Joseph. Estaba previsto que el primogénito regresara a finales de septiembre, para la vendimia. Y el último día del noveno mes inició éste el camino de regreso a Gordejuela. Apenas quedaba tiempo para que comenzara el trabajo, así se lo había hecho saber su padre por un recado que le envío a casa del maestro Taramona: *la uva está casi madura. Prepara vuelta en unos días*. Ese mensaje era la llave al trato apalabrado: el primogénito regresaría a ayudarles con la cosecha y el *txakoli*. Cuando las barricas estuvieran llenas podría continuar con el aprendizaje de herrero, mientras tanto todos los brazos eran pocos para recorrer las vides.

Por el camino se animó a tomar el último baño del verano en el mismo recodo escondido del río en que aquella primavera descubrió a la joven refrescándose. La volvió a encontrar semanas después. Fue de nuevo aquel canturreo alegre lo que le anunció su proximidad y le hizo detenerse a esperar. Pero cuando Narcisa lo vio parado, en mitad del sendero, aguardándola, no se lo pensó dos veces, se dio la vuelta y apresuró el paso hacia la calzada. En su mente repicaban las advertencias constantes de su madre acerca de los peligros que podía correr una mujer sola por el monte. Joseph no alcanzó a decir nada, y se quedó inmóvil sin saber cómo reaccionar.

Aquel último día del mes de septiembre braceó en el río hasta sentirse cansado. Se estiró, se tendió sobre el agua a merced del sol y de su suave balanceo. Nada ocupaba su mente cuando Narcisa le gritó desde la orilla. Salió de su ensimismamiento con un movimiento brusco, sumergiéndose sin quererlo. Sólo

cuando logró sacar la cabeza y abrir los ojos, la reconoció, era la misma muchacha, con el cesto apoyado en la cintura, observándolo a tan sólo unos metros de distancia. Joseph levantó una mano.

—Pensaba que te había ocurrido algo, estabas tan quieto. Lo siento, no quería asustarte —Narcisa decía esto mientras se alejaba.

—No, espera, no te vayas, deja que me presente, soy Joseph de Allende, de Zubiete —hablaba y avanzaba hacia su ropa tan veloz como el peso del agua escurriéndose por la larga camisa se lo permitía.

Narcisa aligeró el paso y antes de regresar a la vía que salía a la calzada se volvió a mirarle. Sintió el deseo de esperar, pero en su lugar comenzó un caminar lento que concedía tiempo al apresurado y torpe joven. Cuando éste la alcanzó, tan sólo unos metros después, jadeante y con el pelo enmarañado, acomodándose la faja y con una alegría espontánea desbordando sus ojos, ella no pudo evitar una sonrisa complaciente.

—¿Te puedo acompañar?

—Sólo por la calzada.

—De acuerdo, ve por delante que enseguida te alcanzo.

Narcisa continuó hacia la vía principal. Lo hacía sola y, sin embargo, se sentía contenta por la compañía a su espalda. Durante un instante quiso calibrar las consecuencias de aquel paseo con un hombre a la vista de todos, pero no pudo o no quiso detenerse mucho tiempo en ello. Enseguida estaba Joseph a su lado, observándola, preguntando:

—¿Cuál es tu nombre?

—Narcisa de la Puente y Bueno de Basora.

—Yo soy Joseph de Allende y Ayerdi, de la cuadrilla de Zubiete.

—Sí, ya sé quién eres, y que estás de aprendiz con el maestro Taramona. ¿Vas a tu casa?

—Sí, unos días, a recoger el *txakoli*.

Recorrieron despacio el suelo de tierra polvorienta que los acercaba a Sodupe, en completo silencio, dejando que los rayos de sol que se filtraban por sus espaldas dibujaran reflejos de luz en la calzada. El camino transcurría zigzagueante entre las villas de Balmaseda y Bilbao, a la orilla de un caudaloso río, en la vaguada de otro valle, también verde, aunque el destello rojizo del cercano mineral le hacía mostrarse diferente. Era muy transitado por arrieros, caminantes y jinetes debido a la intensa actividad comercial de ambas villas y su carácter fronterizo, Bilbao con el mar y Balmaseda con tierra castellana; una vía amplia, empedrada en algunos de sus tramos.

En Sodupe se enlazaba otra calzada, asimismo real, que transcurría sinuosa hacia el verde valle de Gordejuela, abocado a las orillas húmedas y ruidosas del curso del

Ibalzibar. Y en el mismo vecindario de Padura, un tercer camino ascendía por Ascari y Zaldu hasta encontrarse con la noble tierra de Ayala, en una garganta de profundas y fértiles colinas que se iban adentrando por Oquendo, haciendo correr las aguas frías del cauce Izalde entre ferrerías y molinos, al abrigo de altas y frondosas montañas.

Cuando Joseph y Narcisa alcanzaron el cruce por el que se adentraban en el barrio de Sodupe, trataron de separarse el uno del otro y no lo consiguieron. Sin llegar a rozarse en ningún momento, como habían caminado hasta entonces, pero tan próximos que sus respiraciones se habían acompasado al ritmo de sus pasos iguales, avanzaron silenciosos por una calle estrecha hasta que ella se despidió, con un gesto alegre y un largo *agur* que Joseph guardaría en sus oídos hasta volver a escuchar su voz. La vio alejarse, con la cesta casi vacía sobre la cabeza y ambas manos apoyadas en la cintura, y lo hacía por un sendero de polvo que mostraba al final el dibujo gris e incierto de unas casas lejanas, pegadas unas a otras, presumiblemente oscuras y pequeñas.

Al verla desaparecer, convirtiéndose en una miniatura del paisaje, retomó el camino en dirección a Zubiete. Las últimas luces de la tarde iban cayendo sobre las montañas que poblaban el valle, un viento suave y cálido le acariciaba sigiloso el pelo y la piel. Se llenó de una ilusión extraña y sonrió al aire. Escuchó el susurro de los castaños allá arriba, en lo más alto, madurando los erizos que guardan su fruto; casi podía oler la miel de los higos perdidos, oír las flexibles ramas de los avellanos mecerse en el aire, todo bajo el rítmico tintineo metálico del martillo pilón que trabajaba incansable en la ferrería Zabalburu. Canturreó durante todo el trayecto hasta entrar en el viñedo. Enseguida divisó a su hermana Francisca, cerca de la cima, revisando las largas hileras que cubrían frondosas las vides. Un racimo de uva blanca sobresalía del resto a su paso, invitándole a probar su jugo. Tomó un grano, lo presionó contra el paladar y sintió el sabor dulce del otoño adueñándose de su olfato.

—¡Están ya para recoger, Francisca! —se dirigió a ella sin que ésta lo esperara.

—Joseph, no te había visto. Algunas ya están, sí, pero aún quedan muchos racimos que necesitan sol. Has venido demasiado pronto, faltan unos días para la vendimia —le anunció Francisca, contenta de verle.

Paseó durante largo rato entre las parras, comprobando la calidad del grano y la cantidad de vino que prometían. Dispuestas en largas filas paralelas, se extendían hacia la montaña, a la entrada de un sombrío bosque de hayas y castaños, en una colina empinada, despejada de arbolado, a la que se llegaba por un sendero estrecho que ascendía desde la misma calzada real. Aquel camino tantas veces transitado había sido lugar de juegos, de secretos y de trabajo toda su vida, siempre despejado, una estrada antigua, un paso de vecinos que, como tantos otros, subía inclinado desde su primer tramo.

Regresó por él hasta casa, cruzó el portal y se perdió en el interior de la cuadra

buscando calzado apropiado para faenar con el ganado. A la postre una vaca, una buena pareja de mulas, cerdos y gallinas era todo lo que conservaba un caserío en fechas estivales, cuando la climatología permitía a la mayoría de los animales comer y dormir al raso. Joseph pensó que quizá Francisca tenía razón y debía haber esperado, el trabajo en la ferrería se había acumulado en los últimos días y el maestro Taramona iba a echar de menos sus brazos, cada día menos inexpertos y más seguros. Sin embargo, sonrió para sí recordando el encuentro con la joven Narcisa y se alegró de estar allí.

Mientras el hijo se movía distraído entre los aperos de la accesoria, el padre se alejaba despacio, taciturno, de la plaza de Molinar. Aquella misma tarde se había llevado a cabo una dilatada reunión entre los hombres principales del valle para comenzar a calibrar la cantidad de *txakoli* que cosecharían ese año, y barajar los precios de su venta. Antonio de Allende entraba en el viñedo cuando el sol empezaba a ponerse. Ni Francisca ni Joseph estaban ya allí, sólo Gerardo, allanando el sendero por el que las mulas habrían de bajar la carga de uva. El semblante del amo le alertó sobre las malas noticias que traía. Lo que trataron en la reunión del Concejo no le había dejado muy satisfecho. En su opinión la cosecha se preveía abundante, aunque el grano no había ganado suficiente azúcar, para ello eran necesarios unos días más de sol, mediodías fuertes con temperaturas altas, y entonces sí, entonces obtendrían un excelente *txakoli*. Sin embargo, Pedro Eguia había anunciado la amenaza de tormentas y fuertes lluvias, un temporal que podía llegar en cualquier momento. Al escuchar aquello en la voz del pastor de Biquirrio, Antonio quiso recordar el pronóstico de las últimas témporas. Efectivamente la lluvia iba a venir, pero no tan pronto, no aún. A no ser que aquel prolongado viento del sur hubiera adelantado el otoño. Fue la duda lo que lo arrastró directamente hasta el monte, a calibrar y precisar cuándo debía comenzar su propia cosecha, la que ya había vendido y cobrado para enviar a Domingo Narciso a la Nueva España.

Se deslizaba encorvado entre las hileras de vides, observando sigiloso la delicada fruta que mostraban generosas, a manos llenas. Echó de menos el cántico dulce, pegajoso, la melodía lenta y sensual entonada por los granos de uva madura que a menudo se hacía la ilusión de escuchar.

—Hay que empezar cuanto antes, Gerardo —anunció al criado, sin dejar de acariciar los racimos y mirar al cielo, incorporándose a cada instante, observando aquellas cimas que anunciaban el tiempo venidero.

—Si amo, cuanto antes. El cielo se va quebrar en cualquier momento.

—Así es, y después poco o nada se va a poder hacer con el *txakoli*.

—Es una pena, amo, porque aún quedan muchos racimos sin sazonar.

—Habrá que cosecharlo todo de cualquier forma. Saldrá un vino más flojo, pero

qué remedio, no podemos esperar. Tendré que apremiar a Joseph, enviarle un nuevo recado para que se apresure.

—No será necesario, a su hijo de usted lo he visto en la cuadra esta misma tarde. Ya lo tiene en casa.

A Antonio se le quiso dibujar una sonrisa en la cara, aunque había que conocerle bien para saber que únicamente era el amago de un breve alivio a la situación desesperada a la que se enfrentaba. Si la cosecha se perdía, Castaños y Cenarro, con quien se había endeudado, le exigiría la devolución de aquel dinero que había llevado a Domingo Narciso a Indias. Aún era demasiado pronto para que éste enviara algún caudal, y el contrato de matrimonio que estaba tratando de establecer para Joseph no acababa de cerrarse. Lo peor es que no sabían por qué, por más que María y él pensaban en ello no daban con las razones que llevaban a los padres de la pretendida novia a alargar la respuesta. Aún no había hablado con su primogénito, prefería esperar a que se confirmara el contrato. Mientras tanto, más les valdría a todos que el *txakoli* cubriera su propia deuda, porque una nueva hipoteca sobre la casa sería un lastre demasiado grande. En todo ello pensó Antonio de Allende mientras se le dibujó aquel gesto extraño en el rostro.

—Entonces, en dos días podemos empezar a vendimiar. Baja cuanto antes a la accesoria, Francisca debe estar aún por allí, y díselo a ella también, para que empiece a prepararlo todo. Yo voy a hablar con Jauregui y los otros.

—Así sea.

Gerardo descendió presuroso la cuesta. Encontró a Francisca tal y como la había imaginado su padre, atareada con los cestos y las cubas.

—Me manda su señor padre a decirle que pasado mañana se comenzarán a recoger las uvas.

—¿Cómo? Es muy pronto todavía, Gerardo. ¿Dónde está mi padre? Pero, si aún queda mucho por preparar, no he limpiado ni la mitad de las cestas, y las mulas…

Francisca dejó de hablar al darse cuenta de que Gerardo no había modificado su expresión desde que entró en la accesoria y se dirigió a ella. Parecía tan seguro de lo que estaba diciendo que la joven se sintió imprudente rebatiendo las palabras que traía con él.

—El amo ha ido a entrevistarse con el señor de Jauregui y alguno más.

—¿Y por qué quiere vendimiar ya?, no todas están maduras.

—Porque el cielo se quiebra en cualquier momento, en cuanto pare este maldito viento caliente.

Gerardo era un hombre rudo, que no gustaba de conversaciones ni charlas. No se le conocía otra familia que aquella y, aunque no participara de la vida íntima, su trato y fidelidad le garantizaban un lugar en el caserío de Zubiete. Debía superar al amo en más de dos décadas, pero nadie sabía exactamente cuántos años sumaba, y su aspecto

desaliñado y poco aseado en nada ayudaba a precisar su edad.

Reconocían en él un don especial para el campo, y Antonio siempre dio muestras de confiar en su criterio por encima del de muchos otros propietarios. Dormía en la accesoria, donde contaba con un breve espacio acomodado de manera más bien precaria, apenas un jergón de paja en el que estirar y descansar los huesos, y un arcón de madera cerrado con correas de cuero que le servía para guardar sus escasos vestidos. No leía y no firmaba, no comía con la familia y nunca preguntaba nada que no le sirviera para hacer mejor su trabajo. Trataba con igual respeto y distancia a mujeres y a hombres, y sólo una vez al año, el 24 de mayo, traspasaba la puerta de la taberna y pedía una jarra de vino. Cuando el amo le preguntó por aquella extraña costumbre, Gerardo confesó que no sabía cuando cumplía años y que aquella fecha era tan buena como cualquier otra para celebrar su santo. Sólo una vez acompañó Antonio a su criado a la taberna, allí el mutismo al que le tenía acostumbrado en el caserío y en las montañas se le hizo insoportable y no volvió. En su lugar, pidió a María que sumara un plato más a la mesa cada veinticuatro de mayo a partir de aquel año.

En el momento más frío de la mañana, cuando la luz del día ha desbancado por completo a la noche oscura, la familia Allende concluía la oración con que abrían y bendecían la cosecha de 1746. Rezaron en voz queda, un rezo apenas perceptible tras las pausas marcadas por María, bajo el manto de una lluvia fina que se había desatado por la noche y que permanecería con ellos durante días.

Antonio esperaba tormentas, y en su lugar el cotidiano *sirimiri* les calaba hasta los huesos y embarraba la tierra con su cadencia incesante, convirtiéndola en un fango pesado y difícil de manejar.

El ambiente se había enfriado de repente. La brisa cálida del día anterior cedió por fin ante las nubes que llevaban jornadas insinuándose sobre las cimas. Se acabó el sol, la luz y el sabor más dulce de la uva, que sin duda hubiera mejorado el *txakoli*. La vendimia, normalmente amena en las primeras jornadas, resultó tediosa y agotadora desde sus primeras horas, obligándoles a redoblar esfuerzos ante la humedad que se acumulaba en la tierra, bajo aquella lluvia cansina que rociaba sus encorvados cuerpos.

Las mulas perdían agilidad con cada nuevo ascenso hasta la colina donde se extendía el viñedo. Sus torpes patas se escondían en el barro, tropezaban con las piedras y las ramas caídas, haciendo tambalearse la carga. Gerardo y el joven Joseph salían a su encuentro cuando las veían aparecer tras la espesura del sendero. Acumulaban la uva recogida y cargaban a los animales ante la mirada experta de Antonio, que vigilaba que no se perdiera ni uno solo de los racimos cortados. Quiso encargarse él mismo de guiar los descensos por el infierno de aquella cuesta

resbaladiza, desnivelada, apenas visible tras el manto envolvente de la bruma en un día húmedo como pocos.

Llevaba la carga a la accesoria, donde iba llenando las cubas como podía, recogiendo del suelo buena parte de lo que se le caía a ambos lados del cuerpo. Este era un trabajo para dos hombres, y el de arriba, en lo alto de la colina, se volvería interminable con tan pocas manos recorriendo y cortando las vides. Tan sólo la familia y Gerardo. Este año no había cómo hacer cuadrilla.

El viñedo de los Allende se remontaba a un tiempo muy lejano. Antonio siempre lo había conocido y trabajado, desde niño, desde que tuvo uso de razón recorrió aquellas largas calles que formaban las vides, una seguida de otra, ordenadas en una pendiente amplia y despejada que se cortaba en su parte más alta con la espesura de un monte también de la casa. Una vez quiso contar las filas, recordaba que eran muchas más de cincuenta. En invierno se quedaban peladas de hojas y fruta, y entonces podaban las ramas y las ataban, una a una. Recorrían las estrechas veredas que las separaban con los pies helados y las manos rígidas por el frío, sin apenas sentir los arañazos y la sangre que brotaba de los dedos magullados. Antonio las vigilaba, controlaba los brotes de las hojas nuevas y de la fruta, de aquellos racimos con granos tan pequeños como cabezas de alfiler. Su padre apenas tuvo tiempo de enseñarle a caminar por allí, sin embargo él se había convertido en un buen viticultor, y su *txakoli* era apreciado por buenos compradores, como lo era el mayordomo de Molinar.

Con el sol las vides se abrían, se extendían, se llenaban de vida verde, se volvían frondosas y enrevesadas. Entonces el tiempo seco allanaba el camino y las hileras se recorrían fácilmente, aguardando con ansia el momento de poder cortar los racimos y obtener el *txakoli*. Todos los propietarios del valle tenían un viñedo, o al menos un emparrado del que sacar algo de caldo para el consumo de la casa. Antonio poseía uno de los más extensos, mirando al norte, en una tierra protegida de vientos fuertes, soleada y seca. Era el salvavidas al que pudo agarrarse para cubrir algunas de las deudas adquiridas por sus padres años ha, cuando aún no se había casado, y para sumar a la dote de algún hermano. Lo último que habían cubierto aquellas vides era el pasaje de Domingo Narciso a la Nueva España.

Durante la quinta jornada, antes de que la mañana se descubriera por completo, subían la ladera del monte, cada vez más cenagosa e intransitable, con el cansancio acumulado de los días anteriores. Al alcanzar la cima pasaron de largo las primeras cepas ya cosechadas, pero aún quedaba otro tanto por recoger. Caminaban agachados, buscando los racimos y llenando las cestas que arrastraban con esfuerzo por el suelo. El agua continuaba cayendo del cielo, lo hacía sin prisa, insistente, humedeciendo los huesos de todos ellos. Joseph trataba de correr, era el que más carga acumulaba, y aún

le quedaba brío para animar al resto a que apresuraran el paso. El cielo gris y plomizo de mediodía les había anunciado que la lluvia fina se convertiría en tormenta en cualquier momento.

Era incluso más alto que su padre, de piernas largas y manos muy grandes. Tenía los ojos oscuros y profundos, y siempre llevaba barba; una barba espesa y desaliñada que le daba un aire salvaje al juntarse con la melena que le sobrepasaba revoltosa la altura de los hombros. Solía atarse el pelo con una cuerda, lo hacía con un gesto rápido, casi imprevisible, y con ello conseguía aclarar su mirada. Era un joven atractivo, se sabía candidato para hijas y padres de otros caseríos, primogénito y heredero universal de la hacienda de los Allende. Sin embargo, aquello le parecía una pesada carga, y ahora más que nunca hubiera deseado no tener el futuro escrito en las líneas de su linaje.

Sin acabar el día la negrura del cielo se ciñó sobre el valle. En aquella penumbra sin luna, sus sombras silenciosas, dobladas sobre sí mismas, se confundían con las de animales y alimañas. Empezaba a ser insensato permanecer allí, al pie del monte, en una prematura noche como aquella, recogiendo uvas que hacía tiempo habían dejado de ver con los ojos y únicamente adivinaban por el tacto. La brisa que acompañó al *sirimiri* los días anteriores se había retirado con las últimas luces, ya nada se movía, todo era quietud y silencio prediciendo un apresurado final de cosecha.

Un rayo cayó muy cerca de donde estaban, extendiendo un haz de luz gélida sobre la tierra que les estremeció a todos con un tronido ensordecedor. Las dos mulas, poco antes pacientes y tranquilas en la entrada del viñedo, dieron rienda suelta a su temor con unos relinchos espeluznantes. En ese momento todos estaban de pie, mirando el cielo que cubría las cimas de Padura. Antonio trataba de sujetar a los animales sin mucho éxito cuando sintió aquel viento en la cara y reconoció los aires del norte, fríos y fuertes. Levantó los brazos para que todos pudieran verle, alzando y agitando una canasta sobre sus hombros, apremiándoles para que corrieran en aquella dirección. Tenía que sacar a su familia de allí cuanto antes. Cuando lo alcanzaron les indicó con un gesto Zubiete, la tormenta se desataba con furia también en aquel punto. Se extendía, acotaba el cielo amenazante, cercándoles.

Sin tiempo para recoger, arrearon a las mulas y descendieron por la ladera. Corrían, se tropezaban, rodaban, bajaban de cualquier manera por aquel barrizal de tierra y ramas. La opaca noche, rota sólo por el destello de los relámpagos, les obligó a transitar a tientas la mitad del camino. Supieron que estaban cerca de la calzada y de casa cuando el ensordecedor ruido de la tormenta se mezcló, acrecentándose, con el del salto de la presa. Ya no se podía oír otra cosa que no fuera la violencia del agua al alcanzar el suelo una y otra vez, agolpándose, corriendo en cualquier dirección y aumentando apresurada su caudal en charcos y pozos.

Llegaron fatigados, sudorosos y empapados de lluvia torrencial. Frente a la puerta

de casa se miraron sin poder decirse nada. Parecía que el cielo se estaba rompiendo en mil pedazos sobre el valle y sobre ellos. Quisieron cruzar el portal corriendo al interior, buscando un mayor refugio para sus cuerpos ateridos de miedo y frío, pero el barro había cubierto la entrada y tuvieron que empujar con fuerza la puerta hasta lograr arrancarla de aquella amalgama de tierra, ramas y piedras que la envolvía sujetándola, inmovilizándola.

Pusieron a buen recaudo a las nerviosas mulas en el interior y subieron corriendo las escaleras en busca de cobijo. No se oía ni el ladrido de un perro, el caserío estaba en completo silencio. María se inclinaba ya sobre el hogar avivando la lumbre con el aire de sus pulmones cuando su marido, el anteúltimo en entrar, dejaba a sus pies un brazado de leña seca. Tras él, Gerardo repetía el mismo gesto depositando a un lado más troncos con que avivar el fuego. Cuando quiso salir de la estancia Antonio se lo impidió, invitándole a acercarse al hogar para entrar también él en calor.

Manuela, Francisca y Josefa estrujaban y escurrían un montón de ropa entre sus manos encima de la piedra que servía para desagüe. Fuera llovía con fuerza y la luz de los rayos parecía querer partir el cielo, filtrándose por las rendijas de las ventanas, iluminando y dejándoles a la espera de impactantes truenos que les cortaban el aliento.

Aquella noche Gerardo estuvo con ellos, en silencio, mientras comía y bebía lo que María y Antonio le iban ofreciendo. No solía permanecer en la misma estancia en que se encontraba reunida la familia, pero la intensidad de la tormenta desanimaba al más valiente a abandonar la solidez de aquella casa. Aún así, no esperó a que amainara y acabó por despedirse agradeciendo la cena y la manta seca que le cubría la espalda. Al bajar las escaleras se acercó a la cuadra a comprobar el estado de las mulas, algo más tranquilas a esa hora, cerró la puerta con cuidado y abrió la de la accesoria, avivó el fuego y se tumbó exhausto sobre el jergón de paja.

Francisca fue la primera en levantarse y anunciar que se retiraba a descansar; tras ella salieron Manuela y Josefa. Los padres y Joseph no tardaron en abandonar las luces de la lumbre en aquella noche sin luna. Todos se sentían agotados.

En San Miguel el Grande, Nueva España. Año de 1146.

Amados padre y madre, muy señores míos, les escribo estas mis primeras letras desde la Nueva España para informarles de mi afortunada llegada a la hacienda de nuestro pariente don Pedro de la Puente y Santibáñez, que me ha acogido como a un hijo en su casa y me ha ofrecido todas sus comodidades para que las haga también mías.

Les recuerdo en mis oraciones diarias, les tengo presentes y espero en breve poder remitirles algún dinero, que bien les vendrá después del importante desembolso que han tenido que realizar para enviarme hasta estas lejanas tierras. Es por ello que me siento en deuda con ustedes y con mis hermanos, y confío en que tendré oportunidad y sabré cómo corresponder a su esfuerzo.

Espero que se encuentren bien de salud y que la cosecha haya dado una buena cantidad de txakoli. Sé que mis hermanas les ayudarán en todo lo que esté en su mano, y que Manuela se irá convirtiendo poco a poco en una mujer fuerte y resuelta. Les pido por favor que le expresen mi cariño inquebrantable y mi deseo de que continúe con el aprendizaje de las letras, para que algún día ella y yo nos podamos escribir y mantener informados de las noticias que a nuestras vidas conciernen. Me saludan a mi primo Domingo de la Torre y a mi hermano Joseph, que confío siga en casa del maestro Taramona concluyendo sus estudios de herrero.

Les ruego no sientan inquietud alguna por mi persona, dado que me encuentro en cualquier forma privilegiado y agradecido por la decisión que ustedes tomaron respecto a mi futuro. La ciudad en la que ahora vivo es grande y muy hermosa. Lo que más me conmueve es el mercado que aquí se instala cada semana para deleite de sus habitantes. Las gentes pasean por entre los puestos que llenan las plazas, charlando y comprando alimentos ya cocinados que se consumen de inmediato, a pie de calle. En mi caso, nunca disfruté de comidas tan sabrosas y jugosas como las que se sirven en casa de nuestro pariente. Sobre manera me he de referir al chocolate, de cuyo aroma y sabor el paladar guarda recuerdo durante horas. No pierdan la oportunidad si la ocasión se les presenta, ya que no hay nada semejante que pueda compararse al deleite de ese líquido caliente.

La vida en estas latitudes está iluminada por un sol radiante que aparece a primera hora de la mañana, sin faltar ni un solo día de este cielo azul que me cubre desde que pisé la tierra de Indias. Esa misma luz entra por las ventanas de las estancias de esta hacienda en la que vivo desde que llegué, que bien parece un palacio. Son tantos los criados y sirvientes que la vida resulta cómoda y alegre, gracias al ajetreo diario al que se entregan los hombres y mujeres del lugar.

He querido aprovechar la oportunidad que se me presentaba de enviarles estas letras con un vecino de Menagaray, a quien las circunstancias obligan a abandonar

San Miguel el Grande y regresar a las tierras de Ayala. Sin tiempo para otra cosa que instalarme me he dispuesto a comunicarles mi llegada, pero nada les puedo participar sobre otros hijos de esas nuestras montañas que residen en esta misma ciudad en que me hallo. Por voz de mi tío don Pedro de la Puente sé que son numerosos los afincados en torno a estas soleadas tierras, y frecuentes las reuniones que celebran para mantenerse unidos e informados de los aconteceres de nuestro valle. Parece que aquí todo son noticias de allí, como sucede allí con los que están aquí.

Les pido sírvanse comunicarme las novedades de esa mi amada patria, que yo las transmitiré con gusto a todos en este lugar, y del estado de mis hermanas y hermano, muy especialmente de mi pequeña Manuela y de sus progresos en la vida. Me encomiendo a ustedes y rezo por su buena salud. San Miguel el Grande, Agosto 22 de 1746.

Su más amartelado hijo que de corazón les ama,
Domingo Narciso de Allende y Ayerdi

CAPÍTULO II

Como tantos otros antes que él, Bernardo de Abasolo esperaba impaciente en el pórtico de la iglesia. Vestido con traje nuevo, aguardaba el momento en que hiciera su aparición en la plaza el carro con el arreo tirado por una engalanada pareja de mulas. Era el día de su matrimonio. Al fin se concretaban sus expectativas, la pretendida joven de los Arechavala de Gordejuela cumpliría hoy con el contrato matrimonial apalabrado entre ambas familias para unir casas y linajes.

La firma y la ceremonia, por este inquebrantable orden, estaban por celebrarse aquel segundo viernes de diciembre de 1748 en San Juan de Molinar. Escribano, cura y demás testigos espantaban el frío de la dura helada caminando animosos frente a la puerta de la iglesia. Bernardo, el más impaciente de todos, se mantenía firme junto a la mesa dispuesta con los documentos del contrato; el semblante impasible, el gesto frío.

El linaje de los Abasolo había ocupado un espacio privilegiado entre las familias más antiguas del valle de Oquendo. El caserío, al abrigo de las altas montañas de Ayala, fue construido en tiempos remotos por alguno de los miembros originarios de aquella saga de rudos hombres de campo. Parcos en palabras y en relaciones con los otros hogares, guardaban aún el aire de grandeza de épocas mejores en que formaron parte del privilegiado grupo de familias principales.

Hoy su hacienda se encontraba diezmada, pero no los miembros de la estirpe, que conservaban su reserva a mezclarse con los más humildes del pueblo. Mantenían, pese a todo, su sepultura en la segunda fila de la iglesia de Santa María, en Unza, y continuaban dirigiendo la vida en aquel lejano lugar de Otaola, salpicado apenas por media docena de rudimentarias edificaciones y una pequeña ermita dedicada a San Sebastián.

El primogénito, Bernardo, hacía honor a su apellido comportándose como el incuestionable heredero, aunque no fuera tan elevado el privilegio. Resultaba altanero y no se le conocían amigos, pero contaba con el respaldo de la vieja hacienda de los Abasolo para garantizarse un matrimonio adecuado.

Ana María de Arechavala, como se llamaba la novia, no había cumplido aún los veinte años. Era una joven reservada, silenciosa y de buenos modales. Bernardo puso sus ojos en ella meses atrás, cuando la casualidad le llevó a comer en la hospedería de Ramón de Arechavala. Tomó la decisión de desposarla en cuanto supo de la dote con que sería beneficiada. Enseguida ató los cabos del contrato con el padre de ésta, y también los del noviazgo. La joven no volvería a servir mesas ni a mostrarse en público, no si se casaba con Bernardo de Abasolo. La obligaron a permanecer en casa, salvaguardando su honestidad y decencia, hasta el día del matrimonio, y sólo la

misa, y en compañía de su madre, permitía a Ana María ver la calle. Aquel contrato la dejó al margen de cualquier celebración que no fuera la del recato.

Aún así, se sentía dichosa por su buena fortuna. Era la mayor de cinco hermanas y muy probablemente la única de todas ellas que se casaría con un heredero. Quizá también la única en tomar estado. En los últimos años cada vez más mujeres se veían avocadas a una madurez solitaria, al cuidado de padres, hermanos y sobrinos, a falta de marido e hijos propios. Las minas, el ejército, y sobre todo la larga carrera de Indias alejaban a los posibles candidatos varones de una vida junto a ellas.

Al fin consiguieron uncir los animales. El carro asomaba rebosante, alegre, colorido al frente de la casa, esperando que se iniciara la marcha de un momento a otro. Madre e hija habían pasado parte de la noche cubriendo las ruedas y los travesaños con lanas de colores, ramas y flores. Era un buen arreo, en el que no faltaban telas, vestidos, jubones, sudario, un arcón de madera de nogal y hasta un par de gallinas. Se había estipulado que otros muebles y alhajas se le harían llegar al matrimonio a la casa de Oquendo una vez firmado el contrato, tales como una cama vestida según la costumbre de la época y algún adorno que acompañaba a la legítima materna. La paterna, los 400 reales de vellón con que Iñigo se había comprometido con la contraparte, se entregarían por plazos durante los próximos dos años.

Salieron despacio, rodeando la casa. La novia, de estreno, lucía hermosa y alegre. Durante meses había tejido la lana con que coser cada puntada de aquellas prendas que estrenaba. Las dos basquiñas, una sobre otra, abultando y coloreando sus pasos, le hacían sentirse nueva y diferente frente al resto de la comitiva. Por debajo la saya y por encima el delantal en el que tantas horas de sueño había perdido, apurando cada hilo hasta lograr el encaje deseado. Todo era nuevo para aquel día salvo los zapatos, que formaban parte de una herencia de generaciones. Habían pertenecido a su abuela, a su madre y por fin a ella. Sentía la presión que ejercían sobre sus pies como una alegre penitencia que volvía sus andares más cuidados, más elegantes. La chambra que ceñía su joven cintura tampoco era nueva, pero sí lo era el pañuelo de fino lino blanco con que cubría su negra cabellera, por primera vez y para el resto de su vida.

Era el día de su matrimonio. A partir de ahora tendría casa propia, marido y gobierno. Su madre reconocía la ilusión en sus ojos y se sentía feliz. Las hermanas y otras jóvenes solteras revoloteaban en torno a ella, celebrando su buena fortuna y anunciando próximos herederos. Tomar estado y que el elegido fuera un primogénito, propietario de casa y hacienda, suponía un golpe de suerte para cualquiera de ellas.

Al llegar al centro de la plaza, la esperada prometida buscó hasta encontrar la mirada de Bernardo. Apenas se habían conocido en alguna reunión familiar, y más recientemente con motivo de la última feria de San Andrés, momento en el que pudieron intercambiar algunas palabras sin ninguna intimidad. En esa ocasión la novia reconoció en el que sería su marido a un joven taciturno y poco atractivo, y aún

así mantuvo viva la ilusión por el nuevo orden de cosas que se le presentaba. En San Juan de Molinar se encontró de nuevo con los ojos de aquel hombre que iba a acompañarla el resto de su vida y quiso ver en él una expresión amable y sincera esperando por ella.

Una vez alcanzado el pórtico, novia y comitiva ocuparon su lugar en torno a la mesa en que se hallaba dispuesto el escribano, bajo la mirada severa de los Abasolo. Sobre aquel trozo de madera vieja se extendieron los documentos, se leyeron obligaciones y deberes, y los que sabían plasmaron su firma. El aire gélido que se filtraba por las gruesas ropas que los cubrían les hacía apresurar el paso en los trámites, codiciando el interior de la iglesia, que sin embargo tampoco les ofrecería mayor cobijo. El templo resultaba un lugar muy frío en los meses más severos del año, ni las capas ni los mantones utilizados como prendas de más abrigo lograban su cometido. La continua ventilación del edificio entumecía a los feligreses, que aguardaban estoicamente el final de la misa para correr de nuevo al exterior, intentando encontrar una gota de sangre sin helar en las venas.

Cuando salieron era ya mediodía y un tímido sol les saludó queriendo celebrar con ellos, pero el hielo no cedió a su tibio anhelo. Ramón de Arechavala abrió de par en par las puertas de la hospedería y animó a todos los presentes a guarecerse del intenso frío. Allí, en la taberna, donde con motivo de la celebración también acudieron las mujeres, las jarras de vino pasaron de mano en mano durante largo rato. Los sonidos de una pandereta amenizaban las conversaciones, que continuamente hacían referencia a los novios, alabando un nuevo lazo de unión entre ambos valles, el de Gordejuela y el de Oquendo. Ambas familias compartieron previsiones de futuro, acordaron fechas y finalmente se despidieron. Ana María salió por la puerta de la que había sido hasta entonces su casa con una sonrisa, mirando a su madre y hermanas, sintiéndose dichosa y bien dispuesta a comenzar su nueva andadura. Poco después ningún Abasolo permanecía en Gordejuela. La impasible oscuridad de otra noche que se anunciaba también helada fue despejando de almas la hospedería y los senderos del verde valle.

El carro tirado por las mulas, con el arreo intacto, avanzaba, aunque despacio, por los caminos de la montaña en dirección a Oquendo. La novia, callada, seguía las pisadas de Bernardo arropada por algunas de aquellas mujeres que no había visto nunca antes en su vida, y que, según parecía, pertenecían a la casa y el linaje de Abasolo. Había sentido el aguijón de la nostalgia antes incluso de dejar la calzada real, y aunque trataba de disimular, la sonrisa desapareció por completo de su rostro al descubrirse sola entre extraños. Sentía frío, un frío helador que traspasaba albarcas y polainas, y que la lana del nuevo vestido no era capaz de alejar de su piel. Bernardo no se dirigía a ella salvo para animarle el paso, apurando la marcha antes de que el

cielo se volviera del todo negro. Ana María trataba de avanzar a duras penas por el barro, haciendo un gran esfuerzo por no aminorar el paso de los demás, pero el desánimo se había apoderado de ella y un temor inconfesable a lo que tendría que suceder aquella noche le restaba resuello.

Llegaron al caserío por una vereda escarpada que se ensanchaba en la vaguada de un riachuelo, casi en la misma cima de la montaña. Aquel lugar, abierto en mitad de la apretada espesura que dibujaban la noche y el castañar, perfilaba un paisaje mágico gracias a las velas que permanecían encendidas alumbrando la entrada de cada casa. La tenue luz se reflejaba oscilante en el agua que se deslizaba silenciosa entre piedras y hierba. En el portal más grande, el que se abría al centro de la fachada más solemne, intuyó Ana María que esperaban las generaciones mayores. Al descubrirla, tras las mulas, se arremolinaron en torno a ella, acercaron velas, la reconocieron y seguidamente la invitaron a entrar la primera. Aquel recibimiento, a todas luces amistoso, logró impregnar algo de confianza y calor a la escarchada novia, que enseguida ocupó un lugar de honor junto a la lumbre de su nuevo hogar.

Celebraron la unión con cánticos y *txakoli*. Alguien había preparado comida abundante, una buena mesa con carne, verduras y queso. En mitad de aquella fiesta, entre padres, hermanos y vecinos que no conocía, la joven novia pretendió disipar las sombras que la acechaban, hasta que las brasas cedieron y todos se retiraron a un justo descanso.

En aquella noche de diciembre, a las puertas de la Navidad de 1748, Ana María de Arechavala había dejado atrás todo lo que conocía para empezar la vida nueva. Al desatar el corpiño con que ceñía cintura y pecho, el delantal y la basquiña, al desprenderse del pañuelo, la saya y la chambra, y sentir el lino ya flojo de la camisa blanca envolviendo su cuerpo, un escalofrío se apoderó de su interior y no la abandonó hasta mucho tiempo después, cuando supo de su incipiente preñez.

Las campanas de San Sebastián repicaban insistentes llamando a los feligreses a la oración de la mañana. Se había despertado temprano, todavía de noche, en aquella cama fría y vacía. Oyó a Bernardo cerrar la puerta tras de sí, y se sintió aliviada con la intimidad en la que quedaba la alcoba. No supo calcular el tiempo que estuvo allí quieta, despierta, sin saber cómo actuar, hasta que algo la empujó a levantarse, vestirse y asomarse a la cocina. Las mujeres la esperaban ansiosas; sintió las prisas en sus miradas mientras tomaba el tazón de sopa caliente que le animaron a apurar. Las campanas seguían sonando cuando descendían presurosas las escaleras de la fachada.

La ermita era pequeña, diminuta si la comparaba con la iglesia de San Juan. En su interior descubrió la espalda de Bernardo junto al resto de hombres, a la derecha. Ellas pasaron por el centro y se situaron en la primera línea frente al altar. Escuchó la puerta cerrarse a su espalda y la voz del cura se alzó dando paso al oficio.

Una vez fuera varias mujeres que no conocía se acercaron a ella, se presentaron reseñando sus casas y nombres, la felicitaron y desearon que le llegara pronto la bendición de un hijo. Bernardo no se dirigió a ella, ni la buscó con la mirada, sencillamente había desaparecido. Pero no se comportaría igual al día siguiente, después de escuchar misa mayor en la iglesia de Santa María, en Oquendo, donde la tomó del brazo y la mostró a varias familias, hombres incluidos. Aquella mañana conoció a los Unzaga y a los Aldama; supo de Marina de Sauto, y compartió conversación con Maricruz Olabarrieta; los hermanos Alday, solteros aún pese a sus más de cincuenta años, no dudaron en preguntar por las hermanas de la recién casada haciendo reír a todos los presentes, incluso al propio Bernardo. Aprendió por indicación de su marido a quién debía saludar y con quiénes no intercambiar más que un gesto rápido, le aleccionó sobre cada apellido y casa, sobre propiedades y propietarios, y todo lo decía con una dulce autoridad que no dejaba de sorprenderla.

Aquel primer domingo regresaron tarde, el sendero hacia Otaola se perdía en una montaña quebradiza y rugosa, inclinada sobre sí misma, áspera y fatigosa. El ascenso revivió los dolores ya adormecidos en las piernas de la joven, que trataba de no perder el paso sin lograrlo. Sufría temiendo que Bernardo se enfadara, le gritara e incluso que la dejara allí, sola en mitad del monte, sin conocer los caminos. Sin embargo, eso no ocurrió más que en su imaginación, porque Bernardo se mostró paciente y hasta la invitó a sentarse en un par de ocasiones, aprovechando un tronco o una piedra en un ribazo. Rieron juntos por primera vez aquella mañana, y Ana María lo recordaría siempre, porque no tuvo muchas oportunidades después de sentirle tan cercano y relajado.

La casa de los Abasolo sí era la más grande, pero también era rudimentaria, básica en su ornamento. Las viejas vigas se habían doblegado al peso de los años dándole un aspecto endeble y poco seguro, tanto que amenazaba con caerse en cualquier momento. La puerta principal, la que daba entrada a la cuadra donde se guardaban aperos y animales, era un espacio abierto en la piedra de la fachada que antiguamente debió lucir un excelente arco. Por él se filtraba la única claridad con la que se podía contar en el interior. Sin llegar a traspasar el umbral, en la misma fachada, una escalera ascendía por la pared, al aire libre, hasta llegar a otro agujero en la piedra que anunciaba el paso al espacio de la vivienda. Sólo tres rendijas de madera completaban la imagen principal de aquel caserón frío, oscuro y desalentador a los ojos de la recién casada. El camarote se adivinaba bajo las tejas como lo que era, un espacio amplio, húmedo y lóbrego, destinado a conservar la cosecha para todo el año y por el que un adulto sólo podía caminar encorvado.

La imagen del hogar de los Abasolo, que su mente había ilustrado como un lugar solemne y regio durante todo el tiempo que duró el noviazgo, le parecía una estafa, el

mayor de los engaños. *¿Y aquí han de nacer mis hijos?*, se preguntó decepcionada mientras ascendía por los peldaños que sobresalían de la pared principal de la casa. Cuando alcanzaron la cocina ya estaban todos sentados. Comieron deprisa y Bernardo se fue el primero, Ana María lo pudo ver alejarse por la orilla del riachuelo. Recogió las sobras que los perros no habían querido llevarse y salió tras ellos, dejando al resto en torno a la luz de la lumbre. Quiso recorrer de nuevo la alcoba que había ocupado junto a su marido las dos noches anteriores. Sintió su amplitud desalentadora. La escasa claridad, que se filtraba por una apertura en la piedra, envolvía en tonos grises la cama apoyada en la pared. A sus pies halló el arcón que formaba parte de su dote. Imaginó a Bernardo con aquel cajón de madera pegado a la espalda subiendo por las ridículas escaleras que adornaban la fachada, y se lo agradeció en silencio. Abrió las correas de cuero que lo cerraban, levantó la cubierta y creyó ver, a través de las telas y puntadas de las ropas que guardaba, el ajetreo y la vida de la hospedería, a sus hermanas faenando en la cocina, a su madre y a su padre, la plaza y la iglesia de Molinar. Dejó caer la tapa y salió corriendo de la habitación. Fuera nadie la había echado en falta. Se incorporó al círculo y no dijo nada.

En Gordejuela, en el caserío de los Allende de Zubiete, se libraba aquellos días una batalla que comprometía el futuro de la casa y su buen nombre. Joseph, el primogénito, debía tomar estado de casado en cuanto regresase del examen de oficio que libraría en apenas unas semanas en la villa de Madrid. Sus padres, previendo la proximidad de esa fecha, habían iniciado negociaciones con los Jauregui, de la cuadrilla de Alday, con la esperanza de apalabrar un buen matrimonio para el heredero. Ricarda era la elegida, una moza de buena edad y actitud recatada, que conocía del hacer y gobierno de una casa, y que, sobre todo, contaba con una dote más que adecuada para garantizar un buen futuro a las hijas aún solteras.

Todas las expectativas que los padres pusieron en el hijo se torcieron en cuanto éste supo del matrimonio que arreglaban. Rechazó cualquier propuesta y con ello a todas las candidatas. Enseguida se conoció en Zubiete de las relaciones de Joseph con aquella Narcisa de la Puente, lo que supuso un duro golpe para María, que no daba crédito a la insensatez del hijo, criado y educado para ser el siguiente en la línea sucesoria de los Allende.

—Y todo por ese empecinamiento suyo de cumplir la palabra dada a esa muchacha. No es posible que no llegue a otro razonamiento, me cuesta creerlo en un hijo de mis entrañas.

María se lamentaba una y otra vez, sintiendo que la vida se precipitaba sin remedio en los últimos tiempos. Tras la marcha de Domingo Narciso a la Nueva España hubo un periodo de letargo, como si tuvieran que acomodarse, ocupando el espacio vacío del hijo lejano. Las primeras noticias, la ansiada misiva que llegó a Zubiete meses después de que fuera escrita, reavivaron los sentimientos de pérdida de todos ellos, sobre todo de Manuela. Sin embargo, el tiempo mece la pena hasta someterla y también la pequeña de los Allende se habituó a aquel espacio vacío, y acabó convirtiendo la ausencia de su hermano en una presencia lejana.

A la distancia había que sumar la mala cosecha y la consecuente deuda contraída con Castaños y Cenarro, con quien Antonio no logró un acuerdo diferente al firmado inicialmente. El *txakoli* no era el mismo después de la gran tormenta, y la deuda aumentó en lugar de decrecer. La negativa de Joseph a la propuesta matrimonial de sus padres era más de lo que la heredad podía soportar.

—¿Y quién dices que es esa muchacha, María?, ¿nuestras hijas la conocen?, ¿qué habéis escuchado acerca de ella y de su familia? —Antonio trataba de encontrar una respuesta, algún argumento que lo convenciera de la decisión tomada por su hijo. Le dolía la desobediencia, pero más aún que actuara sin criterio, movido por el impulso de un capricho.

—Es una joven que vive en Sodupe, una moza dicen que muy lozana que vende pan por la calzada de Balmaseda. Su nombre también es La Puente, pero nada tiene

que ver con mi linaje, eso es evidente, los de su ralea son arrendatarios, creo que de una de las muchas casas que los Urtusaustegui poseen por la zona —la voz de María empezó a sonar más firme—. Si ha de ser ella, nuestro hijo tendrá que renunciar a todo lo que por derecho le pertenece, porque no voy a consentir que una mujerzuela así entre a tomar gobierno de esta casa. ¡Eso nunca!

—Hemos de meditar muy serenamente qué decisión vamos a tomar, mujer, no podemos correr riesgos. Hay que atar todos los cabos, piensa que tenemos tres hijas aún sin matrimoniar.

—También a mí me preocupan, y mucho. Josefa y Francisca están pasando ya la edad buena para establecer un contrato provechoso. En cuanto a Manuela, ella aún es joven, pero no podemos dormirnos, con lo agraciada que viene temo por su doncellez.

Antonio miró de frente a María, a sus risueños ojos, y sintió que había envejecido una década en el último año. Y como si descubriera algo en ella que hasta entonces le había pasado desapercibido, aceptó que ya no se movía con la ligereza de antaño, que le costaba enderezarse en aquella eterna silla de paja trenzada. Se había vuelto menuda y torpe como una anciana. Sintió temor y compasión por ella, y también por él, porque sabía que aquella temperamental mujer no resistiría lo que sus palabras anunciaban.

La Navidad ocupó todo su tiempo en esos días. Los actos religiosos se sucedían con una insistencia fatigosa. María acudía a cada cita con la iglesia sin demasiado interés, aunque cumplía devotamente con los obligados rezos. En silencio, sus hijas la arropaban acompañando sus pasos por la calzada, mientras sentían el ojo ajeno puesto sobre ellas y sobre su casa. Las habladurías habían comenzado pocas semanas antes en boca de los Jauregui, y ya nada pararía aquel ovillo de lengua suelta que se tejía en torno a los Allende y el futuro de su hacienda.

Procedente de uno de tantos ritos a los que nunca faltaba, una tarde Francisca entró en casa acompañada por el capellán de San Juan de Molinar, don Pedro de Basoco. Cuando Antonio lo observó acomodarse en lugar privilegiado, frente al fuego del hogar, quiso hacerse invisible. Nada le gustaba menos que tener que escuchar las palabras vacías de un cura, y sin embargo sabía que nada lo salvaría de aquel monólogo insensato que el sacerdote traía a su casa para, en lugar de apaciguar los ánimos, envolverlos en hiel.

Nunca fue muy amigo de clérigos. Sentía devoción por ciertos santos y acudía los domingos a misa, según era costumbre, dando ejemplo a la comunidad, con el pelo suelto y sin sombrero. Ahora bien, aquellos ministros de Dios resultaban incomprensibles a los ojos de un hombre como él, que procuraba no blasfemar más de lo que su intuición le permitía y no trabajaba los domingos si la urgencia no lo

exigía.

Lo que nunca hubiera pensado que iba a tener que oír fueron aquellas palabras en el hogar encendido por sus antepasados, palabras sobre la decencia de su casa y su familia, puestas en tela de juicio por los vecinos del valle.

—Hijo, no es para que te enfades, es sólo que he de advertirte de lo importante que es hacer valer tu palabra sobre la de tu primogénito. De lo contrario, las consecuencias pueden ser nefastas para todos vosotros, principalmente para tus tres hijas. Piensa en ello, Antonio.

—Hay cosas, padre, que un hombre ya sabe, y no tiene que venir nadie a su casa a recordárselas.

El duro tono con que hablaba alertó a María, que quiso intervenir con intención de apaciguarlo.

—Don Pedro sólo quiere prevenirnos de lo que se habla en la calle y del perjuicio que puede acarrear al futuro de nuestras hijas.

—¡Calla, mujer! Lo que se habla hoy en el valle se olvida mañana con cualquier otro acontecer. Siempre ha sido así y eso no va a cambiar. Sobre lo que el señor capellán quiere advertirme es sobre mi falta de autoridad y gobierno, y no es ésta cuestión que a la iglesia atañe.

—Yo no tengo nada más que añadir. Si tú consientes en esto te verás indudablemente afectado en todos los sentidos. No te estoy diciendo nada que no sepas, sólo que creo debes hacer entrar en razón a ese hijo que te ha faltado tanto y en tal manera. Un hijo desagradecido, al que has dotado de un oficio y un futuro, y que bien debe responder o dejar de ser hijo.

—¡Qué sabrá un cura de hijos!

Aquellas últimas palabras resonaron contra las piedras que recubrían las paredes de la cocina durante décimas de segundo, pero se alargaron durante días. Antonio salió sin mirar a nadie, enfurecido y disgustado. Un minuto más en presencia del capellán y explotaría sin contenerse. Mejor alejarse, al menos hasta encontrar algo de calma en su interior. María quiso aplacar los ánimos del clérigo, que torcía el gesto mostrando desaprobación, pero no encontró las palabras, estaba pensando lo mismo que su marido, *qué podía saber un cura de hijos*. Cuando por fin se quedó sola miró su reflejo en la lumbre, y sintió cómo el cuerpo se le desvanecía sin poder sujetarlo. No llegó a perder la conciencia, pero tampoco pudo dirigir los movimientos de sus músculos, que cedieron a las articulaciones que se doblaban sin remedio.

Aquel mareo la mantuvo acostada durante dos largos días en que nadie se atrevió a mencionar el encuentro con el párroco de San Juan de Molinar. Al recobrarse, pese a las pocas fuerzas que sentía, mandó a Josefa con un recado a Arracico pidiendo a su hermano Juan que acudiera a visitarlos. Antonio no quiso oponer resistencia a aquel deseo repentino de su mujer por temor a un empeoramiento, pero él no necesitaba

consejo alguno, había tomado una decisión.

Juan de Ayerdi y la Puente era el varón heredero de los Ayerdi de Arracico. Junto con la hacienda y el nombre adquirió el buen juicio y el deseo de estudio que su padre le inculcó desde niño. Hijo y nieto de escribanos, Juan se había hecho un lugar en las causas administrativas del valle. Su hermana María, que conocía de su buen criterio, había requerido su presencia para rogarle que intercediera con su hijo y tratara de hacerle entrar en razón, a lo que su marido añadía una dosis de pesimista realidad.

—¡Eso es tan difícil, mujer! Joseph no va a cambiar de opinión ni pidiéndoselo el mismísimo rey. No ves cómo ha respondido a nuestros últimos requerimientos. Olvídalo, María, nuestro hijo ha renunciado ya a su primogenitura. Sólo es cuestión de tiempo que te convenzas.

—Creo que tu marido tiene razón en lo que dice. Si tú me lo pides yo trataré de hablarle, pero debéis buscar una solución al margen de él, una solución que os beneficie a vosotros y a vuestras hijas, sobre todo a ellas, que sin la dote adquirida a través del primogénito van a ver reducidas sus expectativas de casamiento.

—Es cierto lo que dices, la legítima no cubrirá las previsiones que teníamos para ellas. Por eso es tan necesario hacer entrar en razón a Joseph, y si no a ella, a esa tal Narcisa. Quizá ofreciendo a esa muchacha algunos reales…

Antonio no quiso escuchar el resto de la frase. Aquella propuesta le pareció inadmisible y así se lo hizo saber.

—No. Eso no, mujer —se levantó del banco que ocupaba junto a la mesa y miró a María desde arriba, sorprendido de aquel pensamiento—. No voy a consentir éso en mi casa. Si tu hijo ha decidido que es ése el matrimonio que quiere no intervendremos en su vida, no lo voy a permitir. El tendrá que solucionar el problema que ello le cause, y nosotros el que nos deja.

—¿Y qué vamos a hacer, Antonio? Sin Joseph, ¿quién tomará gobierno de la casa y del nombre de los Allende?

La voz de María sonó cansada, como un ruego buscando respuestas. Su hermano Juan, desde la autoridad que las letras le inferían, quiso aplacar su desánimo con lo que él entendía era la mejor solución, por no decir la única.

Quizá pudierais pensar en la posibilidad de heredar en Josefa o Francisca, Manuela aún es muy joven…

Un silencio compacto y frío se adueñó de la habitación. Nadie dijo nada. Aquellas últimas palabras quedaron suspendidas en el aire, sin dueño que se las apropiara. María se inclinó sobre la lumbre para azuzar la madera, regresando al instante al asiento de mimbre en el que se acurrucó, al abrigo de la lana que cubría su encogido cuerpo. Su hermano sentía que había tocarlo hierro ardiendo. Miraba a Antonio, a aquel hombre grande y amable que se sentía traicionado y humillado en lo más

profundo de su ser. Sabía que no había consuelo para él, para la desobediencia de un hijo, del hijo, del que desde su nacimiento había sido elegido para avanzar en la línea sucesoria. Si heredaba una de las hijas su linaje pasaría a un segundo plano, la casa de los Allende dejaría de serlo para convertirse en la de La Presa, Garay, Lanzagorta, o cualquiera de los posibles candidatos para un contrato.

—No, Juan. Agradezco tu buena intención, pero éso no nos ayudaría. Yo ya he tomado una decisión: enviaré cuanto antes una carta a Domingo Narciso para que regrese y sea él mi legítimo heredero —y la voz de Antonio sonó como una sentencia firme.

María no pudo disimular una sonrisa fugaz, el brillo de la ilusión tiñendo sus ojos un instante, hasta que escuchó nuevamente la voz de su hermano.

—¡No puedes hacer éso! Es tan improbable que ese hijo regrese como que el otro acepte el contrato que le propusiste. No te das cuenta de que con esa decisión alargas la espera y condenas a tus hijas al paso de un tiempo para ellas decisivo. No hagas eso, hombre de Dios. Piénsalo de nuevo. Piénsalo.

Pero Juan comprendió enseguida que no le escuchaba, comprendió que la decisión estaba tomada, que enviaría esa carta a la Nueva España y reclamaría al hijo emigrado. Una epístola que tardaría meses en llegar a su destino y meses en obtener una respuesta, la que fuera.

—Antonio, quizá habría que pensarlo mejor. No es otro mi deseo que volver a ver a ese hijo que no olvido, pero piensa también en él, en lo que puede encontrar aquí cuando regrese. Esta casa y esta hacienda ya no son las que eran, en buena parte por lo invertido en ese viaje a Indias. Está la deuda y…

—¡No hay otro camino! Es Domingo Narciso quien debe hacer frente a la situación que se nos presenta, y lo hará como el buen hijo que es, regresando de aquellas tierras para responder por esta hacienda y su apellido. Sé lo que digo, y confío plenamente en él.

En los días sucesivos a aquel primero de un nuevo tiempo, Antonio acudió en repetidas ocasiones a Arracico. María deseaba acompañarle pero la debilidad de sus piernas y el cansancio de su cabeza no se lo permitían, obligándola a moverse despacio entre la cama y la silla al lado de la lumbre. Sus huesos aullaban al sentir la humedad de la calle, donde el agua incesante que caía del cielo se acumulaba en la tierra y el aire. Sólo el calor del fuego y la cama calmaban los dolores de su espalda, logrando desentumecerle manos y pies.

Cada tarde esperaba con impaciencia las noticias que su marido habría de traer de aquel continuo ir y venir, saber de los trámites que junto a su hermano estaba llevando a cabo. Sin embargo, empeñado en ocultar la situación a sus hijas, poco o nada contaba, apenas asomaba a su rostro un gesto con el que no lograba acallar la inquietud de María. Era por la noche, en la intimidad de la alcoba, cuando compartía

los avances en los documentos que habrían de servir para donar en vida, al ausente Domingo Narciso, todos los bienes que hasta la fecha eran suyos. Y fue la víspera del fin de aquel año cuando Antonio confirmó a María que ya estaba todo concluido, también la carta que haría conocedor a su hijo en Indias de las nuevas circunstancias que la vida le presentaba. Aún así, tardó días en dar la noticia al resto de miembros de la familia.

El 1 de enero de 1749 Antonio acudió temprano a la reunión del Concejo para elegir el nuevo ayuntamiento. Al llegar a Molinar, a cobijo del árbol donde se celebraban las votaciones, encontró al capellán don Pedro de Basoco y se maldijo a sí mismo por haber madrugado en exceso. La conversación la inició el párroco, que atajó directamente cualquier malentendido pasado.

—Buenos días, Antonio. Me alegra mucho verte de nuevo. Confío en que nuestro último desencuentro no deteriore las buenas relaciones que los Allende han tenido siempre con la Iglesia y sus ministros. ¿Cómo van las cosas por tu casa?

—No se preocupe, don Pedro, la Iglesia siempre tendrá su lugar entre los Allende. En cuanto a mi casa, todo en orden. La decisión ya está tomada y la solución en camino.

—¿Es cierto eso, hijo? Pues me alegro mucho de que así sea. ¿Y qué decisión has tomado, si se puede saber?

—Voy a donar en mi hijo Domingo Narciso, el que reside en Indias, todos nuestros bienes raíces para que regrese a tomar posesión de ellos.

—Pero Antonio… —y el clérigo no se atrevió a continuar hablando.

En ese instante, debajo de la encina en que se daban cita, comenzaron a congregarse el regidor, alcalde, juez, síndicos y todos aquellos miembros del valle que acudían puntualmente a la votación del nuevo ayuntamiento de cada día primero del año.

Hasta mediodía no regresó a Zubiete con los nombres de los próximos vecinos que ocuparían los cargos más relevantes del Concejo, entre ellos el sobrino de María, hijo de Juan, que había sido elegido síndico prior general. Aquella y otras noticias amenizaron el almuerzo preparado minuciosamente por Josefa y Manuela bajo la supervisión atenta de su madre, que no perdía detalle en el aprendizaje de la más pequeña. Paso a paso le fue indicando como guisar los caracoles que durante días había recocido en los alrededores del caserío. Un plato que en otro tiempo sólo se servia en las cocinas de los pobres, y que empezaba a ser valorado por propietarios y nobles. Hacía años que María había incorporado el guiso a las celebraciones navideñas y siempre obtuvo el aplauso de los comensales. Ahora sus hijas debían aprender a cocinarlo, éste y otros pucheros que algún día habrían de ofrecer al que fuera su marido. La berza, siempre en la mesa por estas fechas, acompañaba aquella

comida en la que no faltó una buena sopa de capón y el cocido de su carne. El *txakoli* que bebieron esas navidades les supo amargo, más de lo habitual, y sólo la compota de manzana logró endulzar el comienzo del año, que traía al paladar el recuerdo del buen vino de otro tiempo.

Por la noche, cuando ya nadie esperaba que saliera, Antonio se cubrió con la capa y el sombrero alto de lana y se aventuró a la negrura del campo. Su caminar era firme por la calzada en dirección a Molinar. Cruzó por delante de la iglesia y la encina donde se habían reunido y votado esa misma mañana y se dirigió, con pasos decisivos, a Isasi. Tras superar los primeros metros del camino que ascendía, comprobó que la lluvia había cejado al fin en su empeño por calarle hasta los huesos. Se sentía mojado y apesadumbrado, pero la charla con el bueno de Manuel de Braceras era lo mejor que le podía suceder en una noche como aquella.

Esa misma mañana se habían reencontrado en la elección del nuevo Concejo, después de años sin saber nada el uno del otro. De jóvenes compartieron servicio al Señorío y, aunque su posición entre las casas principales del valle no era ni parecida, se forjó entre ellos una estrecha relación que perduró pese a la lejanía. Mientras que el linaje de los Allende disfrutaba de un lugar privilegiado entre los propietarios, don Manuel de Braceras era un hombre de posición elevada, señor de la Torre de Urrutia, donde varias casas se aglutinaban en torno a la ermita de Nuestra Señora de Isasi. Su fundador, Ignacio de Vitoria y Urrutia, amasó fortuna en la Nueva España llegando a convertirse en gobernador de la jurisdicción de Cuernavaca. A partir de él, la estirpe de los Urrutia disfrutó de su buen nombre y extensa hacienda también en estas tierras nobles de Vizcaya.

El candil que iluminaba la entrada al portal de la casa sorprendió al visitante, que en ese momento cayó en la cuenta de los muchos años que habían transcurrido desde que pisara aquel lugar por última vez. Alzó la aldaba, y antes de dejarla caer oyó el ruido que llegaba del interior al abrirse los cerrojos de la pesada puerta. Tras ella, una mujer mayor, a todas luces al servicio del amo de aquella hacienda, sujetaba la larga llave de hierro con la mano derecha mientras mantenía ligeramente inclinada la hoja de madera con la izquierda, cediéndole el paso para que se adentrara en aquel recinto que mantenía intacto su aspecto del pasado.

Antonio cruzó el umbral y el olor de antaño le embriagó. Cerrando los ojos quiso guardar en su interior el aroma de la juventud que regresaba sin avisar. Manuel apareció frente a él con una amplia sonrisa, invitándole a subir al amplio comedor donde la intensa lumbre calentaba e iluminaba por igual la estancia. El visitante se desprendió de capa y sombrero, que la silenciosa mujer guardó, mientras su amigo le ofrecía asiento al lado del fuego y le tendía una jarra de vino rojo. Se lo acercó ansioso a los labios, y al tragar el primer sorbo sintió como si todos los olores de la tierra pasaran por su garganta en ese instante. La sensación era placentera, y su piel, y

el gesto, todo él se relajó ante aquel recobrado calor.

—Hace tanto tiempo, Antonio. Cuánto me alegra volver a verte.

—Y yo, Manuel, yo sí que me alegro. Se echaban de menos tus palabras en el Concejo, y en las votaciones. ¿Has regresado para quedarte?

—Sí, ya no tiene sentido permanecer en Güeñes, al fin y al cabo mi casa y mis bienes raíces están aquí, y desde que enviude poco se me ha perdido a mí en otras veredas que no sean las propias de mi linaje.

—Razón tienes, cada hombre ha de ocupar el lugar que le pertenece. Tu padre, don Mateo, que en paz descanse, siempre quiso que regresaras a tomar posesión de estas tierras.

—Tres años se cuentan ya desde que enviudé. ¡Qué rápido pasa todo! Si no hubiera sido por ese hijo.

—¿Qué ha sido de él? ¿Lo has traído contigo?

—Bien sabes que un hombre sólo no es bueno para la cría de un hijo. Lo he dejado al cuidado de mi cuñada hasta que tenga edad de entrar a estudiar con los jesuitas, en Orduña. Ya está todo apalabrado.

—¿Y no has pensado en un nuevo casamiento? No han de faltar mujeres dispuestas a cuidar del hijo y de su padre.

—No estoy para eso ahora, Antonio, no es algo que ocupe mi mente.

—Mala cosa, amigo, mala cosa.

El eco de aquellas palabras bailó en la atmósfera del salón mientras la conversación declinaba hacía otros asuntos que tenían que ver con la ley foral, el precio del *txakoli* o el recuerdo de lejanas cacerías. Se habían conocido en unos años en que la juventud y las escasas preocupaciones los llevaban de un vecindario a otro, ofreciendo servicios al Señorío y participando en las Juntas de estas tierras encartadas. Fueron tiempos afortunados en los que el futuro se mostraba lejano.

Conversaron durante largo rato, deteniéndose en las graves faltas cometidas por el primogénito de los Allende, en las hijas aún sin tomar estado que permanecían en casa a la espera de una solución adecuada, y en la difícil decisión de Antonio de donar en vida todos sus bienes raíces al hijo enviado a Indias tan sólo dos años atrás.

Manuel no se atrevió a contradecir aquella medida, sabía que eran muchas y graves las consecuencias que un hijo desobediente podría acarrear a una casa, tan dependiente de un buen contrato y su dote. Lo que Manuel pudo ofrecerle en aquella ocasión fueron palabras de consuelo y el apoyo necesario para que María contara con las medicinas y el cirujano que había tratado a su familia desde tiempos atrás.

—No hay ninguna razón para que el cirujano del que hablas pase a analizar el estado de salud de María. Lo que ella padece es el enfriamiento de los huesos, y eso, amigo mío, ademas de doloroso no tiene remedio. Te lo agradezco, pero poco se puede hacer en estas lunas tan húmedas y frías. El verano calentará la casa y mejorará

el ánimo de mi mujer, ya lo vas a ver.

—Para cualquier cosa que necesites, sabes dónde encontrarme, no tengo que recordártelo.

Antonio salió por segunda vez a la calle en la primera noche de aquel año. Bajo la copa alta de su sombrero y cubierto con la larga capa, que con un brazo pasaba sobre el hombro contrario, se asemejaba a una de aquellas oscuras almas que vagan por los caminos sin un destino definido. Cuando llegó a casa era tarde. Las brasas apenas se oían y antes de acostarse alimentó su hambre con nuevas leñas. Yació junto al cuerpo menudo de María, en silencio, despierto durante horas sin poder conciliar el sueño. El encuentro con Manuel de Braceras le había reconfortado, se alegraba de su presencia en estos años torcidos, pero no lograba deshacerse de aquella duda que ensombrecía su pensamiento: *y si me he equivocado y Domingo no regresa, qué será entonces de estas hijas y de esta casa*. El descanso llegó con las primeras luces de la mañana, y aunque no consiguió retenerlo más de un par de horas, Antonio sonrió al ver a María inclinada sobre la lumbre, preparando el pan de talo para el desayuno.

En Zubiete, Gordejuela, Noble Tierra de Vizcaya. Febrero 3 de 1749.

Amado hijo, sangre de mi linaje, las letras que te escribo, yo que soy tu padre, desde ésta tu amada patria y bien querida casa, son de ruego y necesidad por las circunstancias que nos acontecen y que nunca debieron darse. Supe de tus buenos aciertos y mejor disposición para los negocios, y con tu pariente y mentor en esas tierras de la Nueva España. Las noticias que llegan de una y otra parte en este sentido me llenan de orgullo y me resarcen por la distancia en que te encuentro.

Más, muy a pesar de mi deseo, he de pedir tu retorno a la mayor brevedad posible, aún sabiendo que ello irrumpe de manera inesperada en la vida que ahora te acontece. Las razones se acompañan a esta carta con un documento de donación en tu favor de todos nuestros bienes raíces, ante la imposibilidad de heredar en nuestro primogénito, tu hermano, por haber desobedecido el contrato matrimonial que para él teníamos apalabrado y elegir una esposa que no es de nuestro agrado para el gobierno de esta casa y hacienda.

Tu madre, que siente tu ausencia como una larga pena, desea verte pronto pisando estas tus tierras, recogiendo sus granos, y disfrutando de todos los bienes que en ellas hemos mantenido para tu disfrute y acrecentamiento. Al igual te esperan tus hermanas, que han apoyado nuestra decisión con la devoción propia de las hijas que son. Y tu querida Manuela, la más pequeña, que te extraña cada día y te ruega vengas con prisa. Ellas son las más perjudicadas por la grave falta cometida por el hermano primero, y por ellas rogamos tu generosa disposición para venir a tomar posesión y gobierno de todos nuestros pertenecidos.

En el goce de la buena salud en que nos encontramos, y con el deseo de que tu viaje de regreso se realice lo antes posible y en las mejores condiciones, encomendamos a tu buen discernimiento el futuro de esta hacienda y del buen nombre de los Allende.

Tu padre que te ama, Antonio de Allende y Villamonte

La primera vez que nevó aquel invierno nadie lo esperaba. La noche que Antonio leyó ante su mujer y sus hijas la carta en la que reclamaba a Domingo Narciso el necesario regreso a casa, tampoco nadie esperaba la respuesta que los años trajeron consigo. Aquellas letras, pronunciadas a la luz de una oscilante llama, sonaron generosas y firmes, alentadoras y esperanzadas. Cuando Antonio concluyó el breve pliego en el que pedía a su hijo la vuelta al caserío, María y Manuela apenas lograban contener la emoción, Josefa se entristecía por la suerte del primogénito, y Francisca se entregaba a otro largo rezo. Esa noche, víspera de la víspera de Santa Águeda,

siguió nevando hasta cubrir todos los rincones y agujeros del verde valle. Nada se resistió al crujir del espeso y blanco manto.

Manuela llegó a Lartundo muy temprano, con las polainas y las albarcas cubiertas de nieve, la nariz roja y las manos heladas. Iba acompañando a Francisca, que cumplía con el cometido de disponer la ermita para celebrar la misa en honor a la Santa. Era de noche cuando cerraron la puerta de casa y siguieron los pasos firmes de Gerardo, ascendiendo por el sendero de la montaña. El criado, unos metros por delante, y siempre a un lado, vigilaba las sombras que acechaban a las muchachas por expreso deseo del amo y recomendación de María. Cuando llegaron a Lartundo ya había amanecido, y lo hizo bajo una cubierta de nubes bajas, blanquecinas, que auguraban más nieve para la jornada.

La ermita se vislumbraba desde la loma, la primera de una barriada solitaria en aquel paraje fronterizo con el valle de Oquendo. Apenas le acompañaba el humo de las chimeneas de un par de caseríos mezclándose en grises con el cielo cercano. Todo estaba en silencio a aquella hora temprana. El sendero, que se adivinaba por el desnivel en la nieve, los llevó a la misma puerta de la ermita, asegurada ésta con un travesaño que Gerardo se apresuró a quitar de en medio para que las jóvenes se pusieran a cobijo del frío.

Francisca entró la primera, y comenzó a sacudir con energía el agua que retenía la ropa que llevaba puesta. Manuela la imitó, dando saltos y trotando con energía manos y brazos, mientras Gerardo se alejaba sin haber siquiera entrado. La pequeña de los Allende lo contemplo un instante, tratando de adivinar a dónde iría con aquel frío y aquella nieve que engullía a cada paso sus piernas hasta la rodilla. Enseguida Francisca la sacó de sus pensamientos. Extendieron telas, encendieron velas, barrieron y colocaron en orden hábitos y mantos, pero nada hizo posible que entraran en calor, dentro del templo el frío era gélido, incluso mayor que el que se sentía al abrigo de los árboles nevados. Manuela se ofreció a encender una pequeña hoguera donde calentarse las manos y los pies, doloridos de tanta rigidez. Se fijó en su hermana, tenía cristales de agua en las mejillas, entonces se dio cuenta de que sus propios ojos lloraban lágrimas que se helaban. Realmente era una mañana cruda de invierno.

Salió a la calle de nuevo y, por un instante, creyó sentir algo de calidez. Miró en todas direcciones con el deseo de encontrar a Gerardo y pedirle ayuda para recoger la leña con que encender un fuego, pero no lo vio, en su lugar descubrió unas pisadas en la nieve que se juntaban y mezclaban con las de su hermana y las suyas propias, y no correspondían a las del criado, que había llegado hasta allí por un lado del camino, próximo pero inmerso en la espesura del monte. Rodeó la ermita y tras ésta las pisadas iban y venían por la ruta de Oquendo. Alguien también había madrugado y

mucho para cruzar de un valle al otro, probablemente queriendo evitar el encuentro con los feligreses que esa mañana recorrerían los senderos.

Recogió algunas ramas, que sacudió y abrazó con su cuerpo antes de regresar al interior de la ermita a toda prisa, ahora ya con un único pensamiento, el de encender el fuego que le devolvería la vida a la sangre casi congelada de sus dedos. Removió un poco la tierra del suelo, en el centro, a medio camino entre la puerta de entrada y el altar desde el que el párroco ofrecería la eucaristía tan sólo unas horas después. Rodeó con piedras la leña, y de cuclillas, soplando con cuidado, empeñada en sacarle calor a la fría madera, intuyó la presencia de alguien cerca. Sin apenas moverse alzó la vista y se encontró con los ojos de un muchacho sucio, desarrapado, desconocido, que la observaba escondido tras la puerta. Un grito se ahogó en su garganta, sin poder tomar forma, mientras sus manos abrigaban el calor de las primeras llamas que empezaban a quemar la hojarasca que había acumulado a sus pies. Sólo al sentir la piel arder lanzó un aullido que trajo hasta ella a Francisca. Cuando volvió a mirar ya no estaba, el extraño muchacho había desaparecido.

Acurrucadas junto a la lumbre, las dos hermanas trataron de secar la humedad acumulada en la ropa; estiraban piernas y brazos, se frotaban y friccionaban hasta sentir el hormigueo de la sangre que reacciona. A lo lejos, en la distancia, se volvía a oír el cántico de la noche anterior, el sonido seco de los palos contra el suelo marcando el ritmo de las voces que entonaban el romance a Santa Agueda. Manuela despertó de su ensimismamiento, olvidándose por completo del fortuito encuentro con aquel desconocido, y puso todo su pensamiento en el deseo de ver a Txomin aparecer. Esperó impaciente, con las llamas a los pies, alargando el cuello, hasta que lo divisó, aún lejos, con el resto de mozos del valle, *makila* en mano, cantando y riendo, por el mismo camino que horas antes había subido ella.

La gente que llegaba desde el cercano Oquendo se iba arrimando a la hoguera encendida en el suelo de la ermita, saludaban a las muchachas, estiraban las manos aproximándolas al fuego, y daban rienda suelta a una charla amena y alegre mientras esperaban al párroco de Gordejuela, que alcanzaba en ese momento el pórtico junto a los mozos, al son de sus cánticos, arrastrando la pesada sotana cargada de agua.

La vieja campana silenció el barullo y abrió paso, a una eucaristía rápida, gracias a que el humo de la hoguera encendida ahogaba a los presentes, que ya no aguantaban la tos y el picor de ojos; por la puerta abierta de la ermita entraba el demonio disfrazado de viento helado, y hasta el cura sintió su gélido contacto por debajo del hábito. Quizá queriendo paliar aquella sensación, recordó a la Santa, que sufrió el martirio de verse amputada de sus pechos y arrojada sobre carbones al rojo vivo.

Tras la eucaristía el *txistu* entonó los primeros acordes de la romería. Por fin Domingo de la Torre se acercó a saludar a sus primas, que lo animaron a sumarse al

baile. En círculo, los jóvenes danzaban y bebían ajenos a cualquier infortunio. Pero el intenso frío y las nubes que se mantenían al acecho auguraban un final rápido y así fue, antes de lo esperado la noche cayó sobre todos ellos con una nueva nevada que los hizo correr camino abajo, buscando la protección del valle, sus casas y lares.

Mientras descendía por la ladera, con aquel manto de nieve nueva a los pies, Manuela oyó un grito que procedía de la espesura del bosque. Se quedó quieta un instante, aprovechó la curvatura del camino y se arrimó a los árboles que lo cercaban. Nadie siguió sus pasos, lo que la dejó a solas frente al monte cerrado que se extendía ante sus ojos. En él descubrió al mismo joven desarrapado de aquella mañana, estaba tirado en el suelo y dos muchachos le increpaban y lanzaban algo que él recogía y guardaba con premura junto al pecho. Uno de los mozos que se mantenía en pie sacó un cuchillo del chaleco y le amenazó aproximándoselo al cuello. Manuela se quedó inmóvil, casi sin respiración, temerosa del trágico desenlace, hasta que la voz ronca de Gerardo la alertó a su espalda. El viejo criado se encontraba pegado a ella, indicándole con un gesto severo el camino, mientras alzaba un gritó ilegible con el que espantó las amenazas de sangre puestas en el filo de aquel arma. No se entretuvo más, al ver que Manuela no se había movido se volvió hacia ella y la obligó a descender por el sendero por el que ya habían bajado los demás.

Nevaba. El viento arrastraba con él la copa de los árboles. La mirada de Gerardo era huidiza, su silencio ensordecedor. La acompañó largo rato, hasta alcanzar a todos los que bajaban de Lartundo. Iban alegres estrenando con sus pisadas la nieve recién caída. Manuela se adentró en el grupo mientras Gerardo se alejó monte arriba, de regreso a la cima. La joven de los Allende escudriñó, mientras estuvo al alcance de su vista, la figura del hombre que se alejaba a toda prisa.

El viejo criado se aseguró de que Manuela se sumaba al grupo, y sólo entonces ascendió de nuevo por la ladera, sumergido en la espesura del monte, decidido a no dejar de caminar hasta encontrar al muchacho que un rato antes había visto tendido en la nieve. Lo descubrió al fin en una cueva próxima a la ermita, en uno de los caminos que descienden al valle de Oquendo, cobijado de la ventisca por la abertura de la piedra, sin atreverse a encender una pequeña hoguera por miedo a que el humo delatara su escondrijo. Tiritaba de frío y miedo cuando el viejo dio con su escuálido cuerpo; le castañeaban los dientes como sonajeros. Apenas era un muchacho de doce o trece años, con la nariz aguileña y el pelo escarbado. Vestía desarrapado y la tela de sus alpargatas dejaba ver la carne amoratada de sus pies por decenas de roturas y desgarros.

Se aproximó despacio hasta él. Cuando le tocó en el hombro el joven reaccionó con una mirada asustada. Gerardo insistió y le ayudó a incorporarse. Le indicó las huellas en la nieve y le animó a que lo siguiera. Los dos se pusieron en marcha sin

mediar una palabra entre ellos. Durante largo rato caminaron juntos por la montaña nevada, hasta que las escasas fuerzas del chico les obligaron a parar. El viejo sacó entonces del zurrón un trozo de tocino seco y se lo ofreció, mientras le sujetaba con fuerza del brazo y le apremiaba a continuar bajo la luz blanquecina de la noche nevada. Le vigilaba, le observaba en los pasos vacilantes que iba dando, y de vez en cuando le agarraba para que no cayera al suelo, abatido por el cansancio y el desánimo.

Llegaron a la cabaña después de una hora entre árboles y ramas, exhaustos, hartos de frío y nieve. La lumbre comenzó a arder con fuerza en poco tiempo y los dos se arremolinaron en torno al fuego. Cuando Gerardo entró en calor y miró detenidamente la cara de aquel inocente, sintió piedad por él y por tantos otros que sabía pasaban a la intemperie noches infernales como aquella. Preparó un caldo espeso con algunos trozos más de tocino que quedaban en su saco. Le ayudó a tumbarse en el catre, sólo cubierto con una manta, y extendió su andrajosa vestimenta cerca de las llamas.

Antes de agachar la cabeza para salir de la choza se aseguró de que dormía profundamente. Sólo entonces inició su regresó a la accesoria de los Allende, donde le esperaba su propio camastro, un fuego reconfortante y algo de comida con que volver a calentarse.

Aquella noche durmió inquieto, y antes incluso que el amanecer ya estaba en la cabaña de la montaña, recogiendo las ropas secas del suelo y avivando la lumbre. Cuando el muchacho abrió los ojos, sin tiempo apenas para recordar el lugar en el que se encontraba, el viejo le preguntó por su nombre y al ver que tardaba en contestar le cristianó con un apodo.

—Está bien, si no tienes nombre te llamaré Zurrape. Sí, Zurrape es un buen nombre.

Y le tendió la mano ofreciéndole un trozo de pan con carne, que agradecido y hambriento éste tragó sin masticar. Gerardo añadió a su ropa seca unas polainas de lana gorda y unas viejas albarcas que rellenó con paja, hasta conseguir que aquellos estrechos pies de niño no se salieran a cada paso que daba. Después se marchó para regresar con la noche, y continuó haciéndolo cada madrugada y cada atardecer durante semanas. Sentía una necesidad feroz por proteger a aquel muchacho, por evitarle una vida errante, deambulando por los montes de estas tierras duras y frías, sin nada caliente que meterse a la boca. Ahora que despuntaba su vejez, con la prisa con la que transcurre el tiempo a determinaba edad, se sentía privilegiado porque, sin saberlo, la soledad le había ido ganando terreno y ante aquel niño se reconocía menos solo, más acompañado de lo que en su larga vida se había encontrado.

Al día siguiente de Santa Águeda Joseph subió las escaleras de la casa de su padre

con pesadumbre, una tras otra, pidiéndose permiso a sí mismo para alcanzar un peldaño más, para ascender al hogar encendido dónde sabía encontraría a la mujer que le dio la vida, encorvada hacia delante, con las manos entrelazadas, en una plegaria de dolor por los huesos que ya no giran, que ya no responden, que se niegan a un movimiento tan natural en otro tiempo.

—Hola, madre, ¿cómo se encuentra?

—Hijo, qué te puedo decir, ya me ves, cada invierno con menos fuerzas. Y tú, Joseph, ¿cómo te encuentras tú? Dice tu padre que has de viajar cuanto antes a la villa de Madrid a examinarte.

—Sí, ya está todo en orden, no se preocupe por eso, en apenas unas semanas me pondré en camino. Lo que vengo a buscar es su bendición, madre.

—¿Y para qué es buena mi bendición, Joseph?

—Para mi matrimonio.

María se quedó muda un instante, pero su silencio no logro ahogar la tristeza que asomaba a su rostro cansado, arrugado en exceso. Joseph sintió un aguijón en el corazón que también le enmudeció. Nada le dolía más que aquel dolor.

—Dios te bendiga, hijo, y te acompañe en tu suerte. De corazón te lo deseo, como madre tuya que soy y tú mi legítimo primogénito.

—Gracias. Dios me la guarde muchos años.

Permaneció sentado junto a ella largo rato, deseando que le preguntara por la muchacha, por su embarazo, por el futuro de ambos. Después le dijo lo mucho que deseaba que asistieran al oficio, el lunes 24, un rezo de mañana sin otro anhelo que la bendición de Dios. Se celebraría en la parroquia de San Vicente Mártir, en Sodupe. Y esperó en vano, porque su madre no pronunció otra palabra en todo el día, y tampoco en los días sucesivos. Después de aquel engañoso instante en que quiso creer que su hijo primero se acercaba de nuevo a ellos, María perdió las pocas fuerzas que le restaban y regresó a la cama, donde se quedó postrada hasta que brillaron los primeros rayos de sol y emergieron los brotes más tiernos de la primavera.

Antes de abandonar Zubiete, Joseph buscó a sus hermanas para anunciarles su casamiento.

—Me gustaría que asistierais. Madre y padre no acudirán, pero vosotras podríais venir, no os van a poner impedimento.

—Tendremos que preguntárselo, pero si es como dices allí estaremos.

Josefa hablaba por las tres y su hermano lo sabía. Se sintió satisfecho, y acarició el mentón de Manuela mientras se alejaba de ellas.

—¡Hasta ese lunes!

Cuando avanzaba por el puente oyó unos gritos que le hicieron girarse. A escasos metros, cerca ya de él, jadeante, Manuela trataba de detenerle.

—¿Qué sucede?

—Joseph, yo si voy a ir, aunque no me dejen y se enfaden mucho. Yo quiero estar contigo y conocer a esa Narcisa que dicen es tan guapa y buena moza. Dile que voy a ir a verla y a estar contigo. ¿Se lo dirás?

—Claro, se lo diré y se va a poner muy contenta. Pero no contraríes la voluntad de los padres, no los disgustes, que yo no me enfadaré si finalmente no puedes venir.

—Si voy a ir, yo voy, ya lo verás.

El joven se aproximó despacio hasta ella y la rodeó con sus brazos. Aquel instante, tan efímero como el aleteo de una mariposa, se agarró a ellos como una segunda piel.

El 24 de febrero de 1749 amaneció despejado, y Joseph de Allende se casó en la iglesia de Sodupe, en Güeñes, con Narcisa de la Puente y en presencia de sus tres hermanas. La celebración, que no se demoró más que lo que ocupó la breve eucaristía, sirvió para reconocer a aquella hermosa joven, que ya no podía disimular su prominente embarazo, como la legítima mujer del primogénito desheredado de los Allende de Zubiete.

Cuando se despidió de sus hermanas, Joseph les lanzó un deseo contenido:

—Ojalá esté pronto Domingo Narciso entre todos nosotros.

Y la más pequeña agradeció aquellas palabras como si la salvaran de sus propios sentimientos.

Al día siguiente de su matrimonio Joseph partió hacia la villa de Madrid. En las caballerizas reales de la ciudad española debía presentar el examen que le permitiría acceder a la titulación y el oficio de herrero. Tardó poco más de un mes en regresar a Sodupe, donde le esperaba impaciente Narcisa para comenzar la vida que ambos se habían prometido.

Cuando se acercó a Zubiete estaba contento, y traía noticias que sorprendieron a todos. Hablaba sin descanso de rentables negocios fuera del valle, de una nueva forma de vida en torno al hierro de las montañas, y de las mulas que hacían falta para transportarlo hasta el puerto.

—Santurce está cerca, Manuela. Podrás venir y quedarte en mi casa siempre que quieras. Allí el trabajo abunda y el transporte con mulas se paga a buen precio.

—Pero tú eres herrero, Joseph —Manuela no comprendía cómo su hermano mayor prefería el trabajo de mulero y la vida entre gentes extrañas.

—Y trabajaré también como herrero.

—Me apena pensar que tendrás a tus hijos en ese lugar, lejos de nosotros y del valle. ¿Cómo vamos a conocerlos?

—Visitándonos siempre que quieras.

María y las dos hermanas mayores no se atrevieron a interrumpir aquel alegato sobre las bondades de las minas. Sabían poco, pero algo les decía que no era lugar

para aquel Allende, no en tal forma, con un hijo por llegar y sin una propiedad en la que hospedarse.

—¿Dónde vivirás? —quiso saber su madre.

—De momento, en una casa que he arrendado, es vieja y necesita algún arreglo, pero está bien para empezar. Una vez allí podré encontrar algo más propio.

—Que así sea, hijo, que sea como dices.

—Les mandaré recado en cuanto me establezca, para que sepan dónde hallarme dicho lo cual, Joseph apuró el *txakoli* y se puso en pie dispuesto a marcharse.

—¿No vas a esperar a tu padre?

—Cuéntele usted, madre.

Los peldaños de las escaleras de Zubiete crujieron uno tras otro. Cuando en la cocina dejó de oírse aquel quejido de la madera vieja, Manuela echó a correr. Lo alcanzó frente a la accesoria, pero no encontró las palabras que quería decir, ni logró disimular el gesto de disgusto que se le dibujaba en la cara.

—En cuanto llegue Domingo Narciso vendrás con él a visitarnos ¿verdad? Prométeme que vendrás —le pidió su hermano.

—Te lo prometo, iremos a conocer a tu primogénito.

—Así lo espero.

El segundo abrazo no resultó tan inesperado como aquel primero, pero sirvió para soldar una fidelidad que los sorprendería y reconfortaría con los años.

Esa misma tarde Juana esperó a Manuela en la puerta de casa. Junto a ella, sobre la hierba, había dejado apoyada en una piedra la herrada vacía. Se extrañó al escuchar la voz de su hermano Iñigo que le hablaba desde la calzada.

—¿Qué haces ahí, Juana?

—Estoy esperando a Manuela. Vamos a Ibarra a por agua, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada. Imagino que madre ya lo sabe.

—Claro, es ella quien me manda.

—Pero, la fuente de Ibarra está más lejos que la de Oxirando.

—Sí, pero nos gusta más, se llena mejor la herrada y el agua está más clara.

—Mejor di que hay más jolgorio, ¡eso es lo que os gusta a vosotras dos!

Iñigo no se movió de donde estaba hasta que apareció Manuela. Los dos se miraron largo rato sin decir una palabra, y finalmente el joven se volvió hacia la calzada y continuó su camino.

—¿Por qué te has puesto tan seria? —le preguntó Juana a su amiga cuando ya avanzaban una junto a la otra.

Manuela contestó a aquella pregunta con un *por nada*, pero no la convenció.

—Es por Iñigo ¿verdad? Últimamente aparece mucho cuando estamos juntas, pensaba que era para cuidar de mí pero creo que es más bien por ti.

—No lo sé, Juana. Desde la romería de Lartundo lo veo continuamente. Nunca me dice nada, pero está siempre por ahí, al acecho, cuando voy a tomar las clases de letras o con mi hermana Josefa a lavar al río. Sé que siempre anda cerca, aunque no lo vea.

—¿Qué pasó en Lartundo?

—No pasó nada, pero cuando bajábamos todos corriendo por la nieve se me puso cerca y fingió un tropezón para abalanzarse sobre mí pretendiendo tirarme al suelo. Gracias que no me caí con él.

—Pero no lo haría con intención, seguro que se tropezó.

—No lo creo, Juana. Desde entonces no dejo de verlo en todas partes. No sé qué hacer, porque no me habla, sólo me vigila.

En torno a la fuente de Ibarra se congregaban a diario las jóvenes del pueblo. Aquel era su espacio privilegiado, reservado a ellas mientras llenaban una tras otra las herradas de agua. En una conversación animosa y alegre comentaban sobre los mozos, dotes, noviazgos y encuentros fortuitos a la sombra de ciertos caminos. Era el mejor lugar para estar al corriente de los aconteceres del valle, aunque a menudo se exageraran. La persona que más interés suscitaba desde hacía varias semanas era sin lugar a dudas don Manuel de Braceras, que había regresado viudo y solo a la Torre de Urrutia. A más de una le hubiera gustado poder poner sus ojos en aquella fortuna, pero todas conocían bien hasta dónde alcanzaba su dote, y ninguna lograba las exigencias de un contrato semejante.

Provistas de agua y entretenidas en animadas charlas, una a una fueron saliendo a la calzada, con las herradas sobre la cabeza y las manos en la cintura. En el puente las aguardaban hombres de todas las edades para verlas desfilar en aquella pose airosa, riendo y hablando con la soltura que les daba la fuerza del grupo. Manuela se encontró de nuevo con la mirada de Iñigo de la Presa y quiso alertar a Juana, pero ésta no la escuchaba, entretenida como estaba en la conversación que Ramona de Sojo mantenía sobre las hermanas Arza y dos jóvenes que habían ocupado tiempo atrás las tejavanas de Molinar.

Al parecer, los muchachos se enzarzaron en una trifulca con las dos hermanas en alguno de los caminos que cruzan la tierra de Mena. La razón no estaba del todo clara, aunque las malas lenguas apuntaban al contrabando de tabaco, cuando no a la carrera despavorida de una de las Arza, vestida sólo con camisa, huyendo de las deshonrosas pretensiones de sus perseguidores.

Manuela intuía que había poco de cierto en lo que se relataba, más conociendo la sucia lengua que caracterizaba a Ramona de Sojo, dada a la exageración y la desventura. Pero aún así no podía dejar de pensar en el episodio que se había narrado en torno a los dos jóvenes. Algo le decía que eran los mismos que vio días atrás en Lartundo, cuchillo en mano.

Le hubiera gustado preguntar a Gerardo por lo que encontró en la montaña a su regreso aquella tarde de Santa Águeda, pero no se atrevía. Agradecía la discreción del criado, que no había comentado nada a sus progenitores, y con eso debía conformarse. Sin lugar a dudas todo quedó zanjado en el descenso precipitado hasta alcanzar al grupo y dejarla con ellos. El resto, lo que ocurriera allá arriba después, no era cosa suya.

Gerardo no volvió a dormir tranquilo en mucho tiempo, la inquietud por el joven que protegía en secreto le mantenía en vilo. Más ahora que intuía que el tiempo en la montaña tocaba a su fin, con el buen clima los pastores regresaban con sus rebaños a ocupar cabañas y pastos, y urgía buscar otro lugar para él, algo más seguro y duradero. Cada vez que pensaba en ello sólo veía una salida: la accesoria de la casa de los Allende. Sin pretenderlo, casi de forma inconsciente, había acomodado el espacio para un nuevo catre, y arreglado una vieja silla que colocó al lado de la que él usaba, cerca del luego. Una noche puso otros cubiertos junto a los suyos y le gusto lo que vio. Coció carne para dos y subió a buscarle.

—Zurrape, recoge tus cosas que nos vamos al pueblo.

—¿Al pueblo?, ¿y qué voy a hacer yo en el pueblo?

—Vamos, no me entretengas, que la noche acecha. Haz lo que te digo, coge sólo lo que es tuyo y salgamos cuanto antes al camino.

—Ya se explicará usted si quiere, señor Gerardo, porque no entiendo nada. ¿Y dónde voy a dormir yo en el pueblo si no tengo un mal real con que pagarme cama?

—Dormirás donde duermo yo, ya no puedo tenerte más tiempo aquí, los pastores están al caer, ¿o acaso no ves la buena hierba que asoma bajo las últimas heladas?

—Sí, pero no quiero problemas, mejor me busco algún agujero en la montaña.

—No digas tonterías, muchacho, las cuevas son para las alimañas. Déjate de remilgos y apresúrate, ¡haz lo que te digo!

Las últimas palabras de Gerardo sonaron con suficiente autoridad como para que Zurrape no volviera a dudar. No había nada allí que le perteneciera, y no le costó abandonar el lugar donde más seguro se había sentido en mucho tiempo. Descendieron la ladera escondidos en la espesura de los árboles, con la vista puesta en el valle surcado por el caudal del Ibalzibar, en dirección a la calzada real. Antes de llegar, Gerardo le advirtió:

—En el pueblo eres mi sobrino, el hijo menor de mi hermana Amalia, ¿entendido?

—Si usted lo dice.

—Y olvídate del paso del monte, del contrabando y de todo lo que has estado haciendo hasta que te encontré. Eres Zurrape, mi sobrino, y llegas de tierras de Guipúzcoa para hacer cestos en algún castañar del valle. Luego ya veremos por

dónde salimos, ¿te ha quedado claro? Es la única forma que se me ocurre para sacarte de esa vida miserable. Sólo espero que merezca la pena —y aquello sonó como la advertencia que era.

—Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—La muchacha de Lartundo, ella me vio en la ermita aquel día y me reconocerá cuando me vea.

—No te preocupes por Manuela, no te delatará, si yo no he hablado ella no lo hará. Más me preocupan los dos contrabandistas que te atacaron, y los trapicheos que te traías con ellos. Ya puedes ir olvidándote de todo eso, ¿te has enterado bien?

—Sí señor, no se preocupe que eso ya está olvidado y enterrado.

Llegaron a Zubiete cuando todos dormían. La accesoria resultaba una estancia mucho más acogedora que la cabaña del monte y Gerardo aquella noche logró descansar sin sobresaltos ni temores. Por la mañana hablaría con el amo, ya vería cómo, ahora no tenía ánimo para otra cosa que reposar sus viejos huesos junto al fuego.

Tal como el viejo criado esperaba, Antonio no presentó inconveniente en aceptar la situación de aquel sobrino desmadejado surgido no se sabía de dónde. En Zubiete no había trabajo para él, pero se ofreció a hablar con el señor de Urrutia, que a buen seguro tendría lugar y labor para el recién llegado. María, sin embargo, intuyó algún tipo de engaño en la inesperada aparición de la familia del criado, pero prefirió callar ante la duda que le sobrevino y dejar que las cosas siguieran su curso.

La realmente sorprendida fue Manuela al reconocer en el nuevo inquilino de la accesoria al joven que había sorprendido tras la puerta de la ermita de Lartundo. Lo miró atónita, cubriéndose la boca con ambas manos para ahogar el grito que trataba de salir y alertar a todos de la extraña circunstancia. Sintió el cuerpo rígido y los ojos huidizos de Gerardo sobre ella, y para ayudarse a sí misma a contener la incertidumbre lanzó, como si nada, aquella pregunta al aire:

—¿Tú eres el sobrino de Gerardo?

Bastante asustado, reconociendo en ella a la muchacha de Santa Águeda, asintió en silencio y bajó la mirada al suelo.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Me dicen Zurrape.

—Eso no parece un nombre.

—Sí, lo sé.

—Yo soy Manuela.

—Sí, también lo sé.

Manuela esbozó una sonrisa, debía reconocer que la situación resultaba excitante, nadie salvo ella sabía en realidad de dónde había salido aquel Zurrape. Su madre y

sus hermanas censuraron una vez más su atrevimiento de hablar con extraños sin ningún reparo, y con un gesto la urgieron a entrar en casa.

De pronto no podía dejar de pensar en otra cosa que en ese Zurrape, en las hermanas Arza y en los jóvenes que habitaban las tejavanas. Un pensamiento la llevaba inmediatamente al otro hasta obsesionarla, inquietándola de tal forma que por las noches el sueño no llegaba. Lo que menos cuadraba en todo ello era la actitud de Gerardo y aquel misterioso parentesco que, estaba convencida, se había inventado.

Una de aquellas intranquilas veladas soñó con sus hermanos caminando por Molinar, con la escopeta al hombro, en dirección a Berbiquez, tras una manada de lobos. En la pendiente se les unían los dos muchachos de las tejavanas provistos con palos y tiragomas. Los cuatro avanzaban contentos, seguros de sí mismos y de la fuerza de sus armas, hasta que uno de los lobos se giró y los miró de frente. Manuela se despertó en el momento en que el animal reflejó la cara nítida de aquel hombre que tiempo atrás apareció en la plaza vestido con sombrero alto y bigote, el forastero que la miró desde la puerta de su carruaje, al pasar a toda prisa por la calzada.

Incorporada sobre el lecho, sudando y temblando, dejó que Josefa la calmara. Intentó dormir de nuevo pero ya no pudo. El sueño le había traído nuevas incógnitas, pero también más información sobre los sucesos que se escondían en la espesura del valle verde en el que tan apaciblemente parecía que transcurría la vida.

Y por fin llegó la mañana en que los primeros rayos de un tímido sol se dejaron entrever por las grietas de unas nubes cada día menos compactas. Mientras se ceñía la basquiña de lana oscura a la cintura, Manuela deseó volver a lucir las ropas ligeras del verano, los linos suaves y blancos. Avanzaba otra primavera encargada de despejar la humedad, secar las tierras y colorear nuevamente el paisaje. Habían transcurrido semanas desde que Zurrape se instaló en la accesoria. Ahora trabajaba para el señor de Isasi, pero cada noche regresaba junto a Gerardo, a dormir en el catre que éste le tenía reservado. El viejo criado nunca había sonreído tanto, y Antonio compartía aquella alegría que le anunciaba la propia el día que su hijo Domingo Narciso estuviera por fin de regreso en casa. *Aún es pronto para impacientarse*, pensaba.

Manuel de Braceras descendió despacio del caballo, ralentizando cada movimiento hasta alcanzar con ambos pies el suelo. Nadie lo esperaba en la casa de los Allende de Zubiete. Tiró del animal y alcanzó con él la entrada de la accesoria, pero allí tampoco encontró a nadie.

La aldaba adornaba la puerta principal invitándole a tocar, sin embargo no lo hizo, prefirió sentarse en la piedra sobresaliente de la fachada a contemplar el atardecer, deslumbrante en su descenso, cayendo sobre el monte, ensombreciendo veredas y riachuelos. *Privilegiado Antonio,* pensó, *hermoso lugar para envejecer*.

Cuando Manuela llegó a casa de sus clases de letras, lo primero que vio desde la calzada fue a aquel alto caballo pastando en la misma puerta de entrada de la accesoria, y el corazón le dio un vuelco. La imagen de su hermano Domingo Narciso de nuevo entre ellos le hizo correr hasta quedarse sin aire. Alcanzó el portal de casa justo en el momento en que don Manuel se levantaba del banco de piedra contemplándola atónito.

La joven frenó en seco su estrepitosa carrera al encontrarse con el señor de Urrutia en persona. Miró al caballo y le miró a él nuevamente, comprendiendo que jinete y montura se pertenecían. Un color sonrosado tiñó sus mejillas y aquel inesperado calor la incomodó. Con movimientos lentos y elegantes, el hombre se desprendió de su sombrero para presentarse.

—Buenas tardes, perdone mi intromisión. Soy Manuel de Braceras y vengo buscando a Antonio de Allende. Temo haberla asustado, ¿es usted su hija?

—Sí, así es, soy Manuela, señor. Pero, ¿acaso no hay nadie en mi casa para recibirle y atenderle? —preguntó extrañada.

—Apenas he llegado y la vista que se contempla desde aquí me ha retenido, es increíble lo despejado que se aprecia Isasi ¿no le parece? Por eso no he llamado aún.

—En ese caso voy a avisar.

Manuela hizo sonar la aldaba insistentemente, esperando que apareciera pronto alguna de sus hermanas. Se sentía nerviosa en presencia de aquel hombre. Sabía de él por lo que había oído decir, en casa y en la fuente de Ibarra, pero nunca había imaginado que se lo encontraría así, de una manera tan inesperada, y a solas. Se miró su propio atuendo y se disgustó, aquella ropa corriente, de aldeana, le hacía sentir pequeña ante el traje elegante y la postura confiada y firme de persona tan principal.

—¿Quién llama con tanta insistencia?

La voz de Josefa se escapaba por el hueco de la escalera.

—Soy yo, Manuela, ¿está padre en casa?

—No, ¿para qué es bueno?

—Le requiere don Manuel de Braceras, que viene buscándolo.

—¿Cómo?, ¿estás segura?, mira que no tengo tiempo que perder en tus fantasías.

El eco de la última frase de Josefa provocó un gesto en el visitante, que permanecía allí, próximo a Manuela, de pie junto a la piedra. Las dudas expresadas por la voz que se filtraba desde la vivienda le invitaron a intervenir.

—Señorita, perdone mi atrevimiento, pero he venido buscando a su padre y me he encontrado con su hermana en la puerta. ¿Podría usted indicarme dónde puedo alcanzarlo?, necesitaba conversar con él.

Inmediatamente después se escapó un crujido en la madera, y después otro, y otro más, hasta que el propio don Manuel adivinó que eran los peldaños de las escaleras. Josefa y Francisca bajaban a toda prisa, a la par, y tras ellas, instantes después, María descendía con paso seguro y lento. Al verla, todos descubrieron los andares de antaño, los ademanes elegantes y la ropa de calle.

—Buenas tardes, doña María, ¿cómo se encuentra? Siento haberme presentado así, sin avisar, en su casa. Deseaba conversar con Antonio, pero no es nada urgente, no tema. Puedo regresar otro día, en otro momento, no quiero importunarlas.

—¿Cómo se le ocurre? Es muy grata para nosotras su visita. Pero debió mandar recado y le hubiéramos recibido como es debido. De todas formas, Antonio no ha de tardar. Dígame qué le puedo ofrecer.

—Nada mejor que esta espectacular vista, doña María. Me deslumbra el atardecer que se disfruta desde tan privilegiado lugar.

—Pues si usted lo prefiere esperaremos aquí. Está agradable la tarde.

Sin que nadie se lo pidiera Francisca acercó una silla a su madre, que no resistía el frío de la piedra en sus delicados huesos. Manuel volvió a tomar asiento en el mismo banco, mientras Josefa y Manuela salían del portal con una jarra de *txakoli*, pan, queso y nueces con que agasajar a aquel impensado invitado.

María, erguida y orgullosa como no la habían visto desde hacía años, las fue presentando una a una. Habló animosa y en todo momento dirigió la conversación, entreteniendo a su visita con buenas dotes de anfitriona, sosegada y segura de sí misma. Manuela, cada vez más sorprendida, escuchaba y observaba cada movimiento, cada gesto y cortesía que emanaban con una naturalidad innata de una madre que se transformaba con cada palabra. Sin pensarlo, cerró los ojos para recordar los zapatos con hebillas que calzaba aquella señora en Molinar. Su imaginación los trasladó bajo la tela de la falda de María, para sustituir por un instante las viejas alpargatas que usaba mientras hablaba como una señora importante.

Antonio les alcanzó en animada conversación un rato después. También él se sorprendió de la presencia de su amigo y sobre todo de la actitud de María, que le trajo a la memoria tiempos ya lejanos, cuando la visitaba en su casa de Arracico, a la espera de poder concretar su propio contrato matrimonial. Enseguida dejaron a los hombres solos, primero se despidieron las muchachas, y poco después ella, que

agradeció de corazón la visita del señor de Isasi, y le ofreció su casa y su mesa para cuando tuviera a bien disponer. Antonio la vio alejarse, se apoyaba suavemente en el bastón, con el paso firme y la cabeza erguida, y sonrió para sí ante tal alarde de coquetería. Sabía, conocía la postura natural que había ido adoptando aquel cuerpo con los años, la misma postura que lo encorvaría al alejarse lo suficiente de los hombres que la despedían en el portal.

—Y bien, ¿qué te ha traído hasta mi casa, Manuel? Espero que nada grave.

—No, tranquilízate, nada tan grave. Vayamos a cenar y te cuento. He dejado aviso para que nos preparen guiso, y tengo un buen vino esperándonos.

—Está bien, deja que coja la chupa y el sombrero, la noche viene fresca.

Antonio alcanzó las ropas en su alcoba. Antes de volver a salir se acercó al hogar donde las cuatro mujeres de su casa reían y hablaban alborozadas, a buen seguro con motivo de la visita inesperada de aquella tarde. Sonrió a María, que le respondió con un indicio de dulzura, rescatada ésta de los buenos tiempos.

Era tarde y las huellas del vino se sentían en la conversación, que continuaba en una sobremesa larga y amena frente al fuego de la chimenea. Habían hablado de todo un poco, de la inesperada actitud de María, y de las hijas de ésta, sobre todo de la pequeña, que había sido, sin lugar a dudas, la que más había impresionado a Braceras.

—¿Y dices que estudia las letras?

—Y no te imaginas con qué empeño, aunque no sé bien para que han de servir a una mujer.

—Las cosas están muy cambiadas, Antonio, nunca se sabe.

—Ya te lo diré. Pero ahora, cuéntame, ¿para qué me buscabas?

El señor de Isasi sacudió los restos de su pipa sobre las brasas y bebió antes de comenzar a hablar.

—Por lo visto, hay una cuadrilla de bandoleros y contrabandistas actuando por los caminos del Señorío. Han venido dando el aviso.

—No te puedo creer, ¿me estás diciendo que os están alertando a vosotros los *jauntxos* y en el Concejo no se sabe nada? —soltó indignado Antonio.

—Así parece, pero sabiéndolo nosotros lo sabe el Concejo, no te impacientes. Un oficial del ejército llegó por aquí hace dos días para informarme, y no parece cosa de nada, más bien es un asunto serio que llevan tiempo sin saber cómo atajar.

—¿Será que han perdido algún alijo importante?, ¿de qué crees que puede tratarse?

—Tienes razón, es algo gordo, porque me han llegado rumores de que Pedro Ortiz está metido hasta el cuello en todo ello.

—¿El famoso bandido de Sopuerta? Pero, yo creía que seguía preso en Durango,

con el otro contrabandista, el tal Ellacuriaga.

—Pues parece que ya no. Dicen que han escapado los dos, y que no han tardado ni un día en encontrar hatajo de cuatreros que les sigan. El caso es que quería que te mantuvieras alerta, sobre todo que tengas cuidado por esos caminos por los que andas. Más te convendría llevarte siempre escopeta y criado.

—Está bien, no te preocupes, me mantendré vigilante. ¿Pero tan cerca crees que andan contrabandeando?

—Estas montañas son espesas, y ofrecen buenas guaridas para esconder según qué delitos. El oficial me confirmó que hay más de una cuadrilla asaltando los caminos, y algunas se están haciendo fuertes en las tierras encartadas y en el valle de Ayala. Ve con cuidado, Antonio, hazme caso que las cosas están revueltas. Y protege a tus hijas, parece que un par de desalmados atacaron hace algunas semanas a dos mujeres en tierra de Mena. Ignoro la naturaleza del asalto, pero no las pierdas de vista, sobre todo a la pequeña, que parece la más inquieta.

—Ni te imaginas cuánto. No sé qué voy a hacer con tanta mujer en casa. Espero que Domingo Narciso no demore mucho ya, porque empieza a ser demasiada responsabilidad para un hombre de mis años.

—¿Y si no regresa, Antonio? ¿Lo has pensado?

—Claro que lo he pensado, pero regresará, ya lo verás, regresará, Manuel, es mi hijo y lo conozco bien. En cuanto a lo otro, habrá que convocar una reunión del Concejo, ¿has hablado ya con el presbítero de Molinar?

—No, pero mañana me acerco hasta la iglesia para que dé aviso desde el púlpito. Tú ponte en contacto con los que te quedan más cerca.

—Está bien, me pasaré por la hospedería, para que se extienda la voz y este sábado todos los hombres del valle se presenten en Aspuru a primera hora.

—Así sea. Allí nos veremos. Para entonces espero tener noticias procedentes de la Junta de Avellaneda.

Antonio escuchó el sonido de la pesada puerta de la torre de Urrutia cerrarse tras de sí. Había ido a pie y, con el sonido de sus pasos quebrando la escarcha que cubría el suelo, sintió cómo la noche se extendía sobre el valle. Manuel lo contempló hasta perder su silueta en la oscuridad. Después de eso, cada quién regresó a sus propios pensamientos.

Tras el encuentro con el señor de Isasi la curiosidad y la excitación se apoderaron del espíritu de Manuela. Todavía resurgía el color sonrosado en sus mejillas al recordar aquella tarde, y crecía la intensidad de aquel repentino calor al comparar su atuendo de campesina con el vestido elegante que él usaba. Quizá fue esto lo que la empujó a coser y recoser sin descanso encajes a las mangas de sus chambras, el revés de alguna basquiña y otros arreglos que mejorarían el aspecto de su gastada indumentaria; aquellas ropas que sin remedio heredaba año tras año de sus hermanas

y que tanto la enojaban. Deseaba con todas sus fuerzas estrenar nuevos vestidos, ponerse adornos, pañuelos y mantillas de colores, hebillas y botones, cualquier cosa que la distinguiera del resto de aldeanas envueltas en oscura lana. Sin embargo, nada hacía cambiar aquel rutinario desfile de chambras y faldas de diario que se había empeñado en transformar.

María se percató de la mirada distinta que iluminaba la cara de su hija y enseguida comprobó el deslumbramiento que Braceras había producido en ella. La ayudó complaciente a ultimar las tareas de costura que se había propuesto, y antes de darse cuenta acabó cediendo a las súplicas y ruegos para cortar un trozo de tela nueva con que recomponer una vieja chaqueta. La tela salió del arcón donde se guardaba el ajuar de Josefa, y eso trajo el enfado de la mayor de las hermanas. Aún así, María ayudó a Manuela a sacar partido de la extraña pieza, que acabó luciendo en la menor de sus hijas como no lo hubiera hecho en ninguna otra joven del pueblo.

Transcurrieron semanas antes de que sucediera lo que realmente inquietó el espíritu de la pequeña. Aquel domingo María le permitió por fin estrenar la chambra renovada y se sentía feliz dentro de aquel traje de tonos verdes que realzaba sus ojos por encima, incluso, del color del valle. Llegaron a San Juan de Molinar a tiempo para acomodarse antes de que comenzara el primer rezo. Allí estaba Francisca, en el lugar que correspondía a la familia, sobre la sepultura de los Allende de Zubiete, en la tercera fila contada desde el evangelio.

Tras la eucaristía, las mujeres salieron por la izquierda y los hombres por la derecha del templo. Una vez fuera, se mezclaron, reencontrándose, y comenzaron la ronda de saludos a la que todos estaban más que habituados: los parientes de Arracico, el capellán, también el médico que atendía el estado de salud de María, primas y amigas de edades similares que habían compartido y compartían con ellas buenos ratos en la fuente de Ibarra. Pero aquel domingo ocurrió algo distinto, algo que llamó imperiosamente la atención de todos los avecindados del valle: Antonio reclamó la presencia de sus hijas para saludar formalmente a don Manuel de Braceras, señor de la torre de Urrutia y dueño indiscutible de Isasi. Mientras Manuela sentía los ojos dulces de aquel hombre maduro acariciándole el pelo, un silencio abrumador se apoderó de la plaza. De nuevo el calor del sonrojo la invadió y se sintió incómoda. Sabía que todas las miradas recaían en ellos. Aquel instante, apenas un segundo de reencuentro en público, logró saltar todas las alarmas sobre el futuro de la fortuna y hacienda de don Manuel. María se alertó, pero no supo o no quiso hacer nada al respecto. A partir de ese primer encuentro toda la familia se reuniría para saludar al señor de la torre de Urrutia tras la misa mayor, y siempre se dejaba sentir a sus espaldas un murmullo silencioso cuando la solicitada era Manuela.

Domingo de la Torre apareció de nuevo en su vida los primeros días de aquel

mismo verano. Fue con motivo de otra romería, la que anualmente se celebraba en las cimas de Oquendo. Por primera vez Manuela había conseguido permiso para asistir, siempre bajo la tutela de su hermana mayor, Josefa, que la vigilaba con exagerada exigencia en los últimos tiempos.

El paso por Oquendojena maravilló a la pequeña de los Allende, entusiasmada al descubrir caminos que ni imaginaba y sorprendida con el tamaño de los caseríos que salpicaban el horizonte. Junto a ella caminaban Josefa, Juana y la mayoría de las jóvenes solteras del pueblo. Las Arechavala encabezaban el grupo con la esperanza de encontrarse al fin con su hermana Ana María, casada meses atrás con Bernardo de Abasolo. Poco antes de alcanzar la cima sonaron los primeros acordes del *txistu* con que la comitiva abría la jornada festiva. Para entonces la loma del monte hervía de gentes procedentes de los pueblos y valles circundantes. Manuela se dejó llevar por las demás hasta la ermita, y tras un breve rezo se adentraron en la fiesta buscando caras conocidas. Enseguida descubrió a Txomin avivando una hoguera. No estaba lejos y quería dejarse ver por él, por eso aprovechó la ronda propuesta por las Arechavala para dar con el paradero de la hermana casada. No fue la única ocasión que Manuela tuvo de mostrarse ante los ojos de su primo, durante horas acompañó a aquellas desilusionadas muchachas a recorrer las piras, una a una, en busca de los Abasolo, hasta que un vecino de Otaola, del caserío Urquijo, les anunció el avanzado y delicado estado de preñez en que se encontraba la mujer del primogénito, Bernardo, motivo por el cual toda la familia había renunciado a la romería. Esto no consoló a las muchachas, pero al menos detuvo aquel peregrinaje sin frutos en el que habían invertido buena parte de la mañana. Después comieron, rieron y escucharon algún que otro *bertso* antes de que la fiesta llegara a su fin, cuando don Pedro de Basoco marcó con la sombra de su sotana el inicio del descenso. Tras él todos los que debían regresar a Gordejuela emprendieron el camino de vuelta al valle.

Manuela bajaba en compañía de Juana, animada por la conversación que ésta traía acerca de algún joven de Oquendo que le había hablado aquel día y que ahora no sabía cuándo ni dónde volvería a encontrar. Juana hablaba y hablaba, excitada por los acontecimientos de la jornada, mientras su amiga, absorta en el paisaje, trataba de atender sin conseguirlo. Su mirada recorría a un lado y a otro la espesura de la montaña, tan parecida y sin embargo diferente a la del valle de Gordejuela, y sus pensamientos se escapaban de Juana para centrarse en Txomin. No habían llegado a hablarse, pero sí se habían mirado y saludado con más de una sonrisa. Fue a la altura de la presa Mayorga, envueltos por el ruido del molino y la ferrería, cuando su primo se acercó a ellas por la espalda, sorprendiéndolas. Llegaba con bromas y anécdotas, haciéndolas reír, hasta que la luz tenue de la tarde cayó sobre Oquendojena y se ciñó sobre el valle, volviéndolo un poco sombrío y frío. Cruzaron el río Izalde y pisaron Zaldu. Ya estaban de nuevo en Gordejuela, pero aún faltaba un buen tramo por

recorrer para alcanzar Zubiete. En procesión, siguieron los pasos del presbítero, a ratos en alegre conversación y a veces también en silencio. Txomin aprovechó algunos descuidos de Juana para acercarse más a Manuela. Rodeados de gentes que como ellos seguían los sonidos roncos de un tamboril que pretendía marcar el paso, pudieron disimular el encuentro, el roce apenas perceptible de sus ropas y manos, las miradas escurridizas y las sonrisas vergonzosas.

Casi alcanzaban Arracico cuando se deshizo el hechizo. Josefa, alertada por Ramona, se giró y buscó con mirada anhelosa a su hermana pequeña rogando a Dios que no fuera cierto lo que acababan de anunciarle. Al verla caminar por una orilla, separada del grupo, disimuló a duras penas la contrariedad que se marcaba en su rostro. Esperó impaciente a que llegaran a su altura para colocarse ágil entre ambos. Txomin se quedó rezagado, silencioso, mientras Manuela se previno para el reclamo que traía aquella voz retenida tras unas mandíbulas apretadas en exceso.

—¡Manuela! Cada día me sorprendes más. Con lo lista que pareces y a veces se diría que eres tonta.

—No he hecho nada malo, Josefa. ¡Otra vez estas exagerando!

—Sí, exagerando. Creerás que no me doy cuenta de las intenciones de Domingo de la Torre. ¡Por si fuera poco lo que se habla de ti y de don Manuel en el pueblo!

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente. Espera que se entere madre de esto. Va a poner el grito en el cielo.

—No le digas, Josefa. La vas a disgustar sin motivo.

El camino hasta Zubiete se volvió repentinamente pesado y cansado. Las emociones del día convirtieron sus pasos en, una larga letanía de esfuerzos por seguir las prisas de Josefa, que ya se situaba entre las primeras filas del séquito que bajaba en romería. Subió las escaleras de casa aliviada por desprenderse de la inquisidora mirada de su hermana, y temerosa por su promesa de hacer sabedora a su madre de la imprudencia que había cometido.

Sin embargo Josefa no dijo nada a María aquella noche ni en los días sucesivos, pero si antes cuidaba de las apariciones en público de la pequeña, a partir de entonces mantenerla vigilada y fuera de todas las miradas se convirtió en su cometido. No dudó en requerir la ayuda de Francisca, que, aunque algo más condescendiente, de cuando en vez la obligaba también a acompañarla en sus devotos quehaceres eclesiásticos.

Desesperada, Manuela no encontraba un momento de sosiego. Por dejarla, no la dejaban ni a solas con Juana. Acabó por elegir la compañía tranquila de su madre, las tardes de costura junto a ella, sin moverse de al lado del hogar, antes que soportar la obsesión de sus hermanas, dispuestas a preservar el buen nombre de la familia en la casta decencia de la más pequeña. A menudo oía a Josefa suspirar y lamentarse por el

mal que acarrearía a la casa la desobediencia del mayor y el atrevimiento de la menor.

Pasaron semanas sin que la joven de los Allende acudiera a la fuente de Ibarra a por el agua diario para el aseo y la cocina. Juana insistía en ir a buscarla, pero era Josefa la que se colocaba sobre la cabeza la herrada y caminaba en silencio junto a ella por la calzada.

Fue la intuición de María la que la salvó de aquel encierro desproporcionado. Apoyándose en la mayor para realizar determinadas tareas de peso, insistió hasta que logró volver a colocar a cada hija en su apropiado espacio. Al fin Manuela pudo regresar poco a poco a la vida dinámica y alegre de antes.

Eso sí, salvo aquellos ratos de libertad controlada, Josefa le impuso una vigilancia casi permanente, impidiendo cualquier ocasión de encuentro con Txomin aquel verano. Sin embargo, no pudo evitar que ésta alimentara su ilusión en las miradas y los tropiezos nada fortuitos que él provocaba en la plaza, la salida de la fuente o el paseo. Manuela esperaba con ansia la feria de San Andrés y la Inmaculada, que se celebraban finalizando noviembre y comenzando el último mes del año. Durante una larga semana el pueblo entero se transformaba, rebosaba de gentes venidas por todos los caminos, andando, en carro o a caballo, forasteros buscando una buena pareja de bueyes, arrieros ofreciendo mercancías que habían obtenido en tierras de Castilla, comerciantes, señores de la ciudad, aldeanos y vecinos, curanderos y charlatanes. Tenía puestas sus esperanzas en esos días de jolgorio para que Txomin se aproximara a ella y aclarara sus intenciones. Mientras tanto, el verano desfiló silencioso en sus tardes cálidas, sin mayores sobresaltos, salvo la mañana aquella en que un grito desolador los despertó a todos.

Era media noche cuando sintió la primera punzada de dolor que se le agarró al pecho sin dejarlo apenas respirar. Intentó inclinarse una y otra vez, quiso llamar al chico, alertarle para que le socorriera, deseo con ahínco que aquello no fuera el final y aguantó a duras penas el último envite que la vida le largaba.

Allí, recostado sobre el jergón de paja, sin poder alzar la voz, observó la placidez del sueño de la juventud, escuchó su respiración pausada, su inocente calma, y aborreció el inexorable paso del tiempo, ese cruel aliado que se acaba convirtiendo en el enemigo final. La compañía de Zurrape había rejuvenecido su espíritu, pero nada se podía hacer con un corazón tan viejo y cansado. Otra vez el dolor volvió a insinuarse, pero en esta ocasión logró alejarlo con cuidado, sin que sospechase del engaño.

Recordó la nieve blanca que cubría Lartundo aquella mañana de Santa Agueda, la cueva en la que encontró a Zurrape, su cara de frío y hambre, la cabaña en la montaña. Los días se volvieron veloces en aquel tiempo, y antes de darse cuenta ya estaban en Zubiete, compartiendo el rincón de la accesoria que era como su casa. Pensó en Manuela, que nunca desveló la verdadera procedencia del inesperado sobrino del criado. Y en la generosidad del amo, en los años vividos y en los buenos ratos. Las imágenes venían y se iban una detrás de otra, insistentes, hasta que no volvieron más. Se sintió profundamente solo y triste, porque no quería irse, no ahora, no ya.

Lo miró de nuevo. Tan distinto como lo encontró. Era un niño aún, con demasiadas preguntas sin respuesta. Le pedirían información acerca de su familia, nombres, direcciones, y Dios sabía qué. *Pero, ¿qué familia?, si mi familia es ésta, yo nunca he tenido otra. Tengo que hablar con el amo, hay cosas que no pueden esperar*. Se sintió calmado, tranquilo, al menos durante un instante. Observó al chico, el pelo desaliñado, los pies al aire, las mejillas coloradas. Un nuevo zarpazo lo estremeció por dentro. Trató de agarrarse el pecho, encogerse y aguantar. *La mañana llega pronto, antes de lo que uno siempre espera, y el sol volverá a calentar los campos y a este cuerpo cansado. Tengo que resistir, las luces del alba no tardarán mucho más*. Dejó de sentir las manos, un hormigueo extraño se apoderó de él, el aire se volvió espeso y la mirada turbia. Temió no poder gobernar aquella embestida, la última, y, sin saberlo, dejó de respirar.

Zurrape salió de la accesoria tambaleante, incapaz de mantenerse firme sobre sus dos piernas. Inclinado, doblado hacia delante, una arcada llegada desde el recóndito escondite del miedo lo tiró al suelo y sobre la tierra húmeda de la mañana rompió a llorar. Aquel lamento profundo se fue elevando por las paredes de piedra de la vieja

casa. Cuando Antonio llegó hasta él lo encontró descompuesto sobre el barro. Su delgado cuerpo se agitaba en un rebote continuado de hipos y sollozos incontrolados. Enseguida reconoció el desasosiego de la muerte en la piel y se asomó temeroso al interior de la accesoria. Al fondo, sobre un viejo colchón, la mirada ausente de Gerardo en un rictus sin igual le devolvió a él también a la calle. Tuvo que sujetarse para no caer. Las mujeres de su casa se arrodillaban ya en el suelo, abrazando y consolando sin éxito al chico, que arrastraba un llanto largo, lejano, desconocido para ellos.

María se incorporó y avanzó hacía su marido, lo miró de frente y confirmó enseguida lo que significaba aquel gesto en su rostro. No necesitó entrar en la accesoria hasta mucho después, cuando don Pedro de Basoco disponía las últimas bendiciones al cuerpo sin vida de Gerardo de Ussía.

Antonio la observaba, la miraba esperanzado, porque sabía que ella se ocuparía de todo, y él no tendría que responder, estar o resolver. María sabía de antemano lo que debía hacer, igual que lo supo cuando dieron sepultura a sus antepasados, y cuando nació cada uno de sus hijos. Él la miraba mientras ella, sin dudarlo un instante, indico a Francisca el camino de la iglesia, había que avisar al sacristán y al capellán, y a Josefa la mandó a dar noticia a los vecinos para que llevaran recado al señor de Isasi.

Las mujeres gobernaban esos mundos ocultos que tenían que ver con el alumbramiento y la muerte, y Antonio no quería saber como lo hacían, de dónde sacaban las fuerzas y el conocimiento. Nunca había escuchado a ninguna mujer hablar de ello, tampoco a María ilustrar a sus hijas sobre tales asuntos, pero éstas conocían bien qué hacer, dónde colocarse, cómo mirar y vivir un momento así. Sin embargo, él prefería desaparecer. Por eso sujetó con fuerza a Zurrape y le tiró del brazo, para llevárselo. Pero no se lo permitieron. *Es demasiado joven, padre, mejor déjelo con nosotras, no se preocupe, sabremos cuidar de él*. Se sintió desolado. Tomó la calzada real y por ella se adentró en Molinar, encaminándose directamente hacia la taberna. Antes de sentarse oyó el tañido fúnebre de las campanas de San Juan. Francisca ya estaría de regreso. Permaneció allí hasta mediodía, bebiendo vino, sin explicarse por qué aquel fiel criado se había ido al mundo de los muertos.

Cuando regresó a casa comprobó con desánimo que varias vecinas se habían adueñado ya de la accesoria, tomando posesión del finado y del canto de los pájaros. Ataviadas con riguroso negro, apenas asomaban sus picudas narices de entre aquellos telares del infierno. Siempre le habían parecido cuervos acechantes, esperando darse un festín al caer la noche.

Zurrape dormitaba en una silla junto al fuego del hogar mientras Manuela, silenciosa, cosía algo a su lado. Antonio no cruzó el umbral, prefirió buscar un lugar escondido al que retirarse a descansar. Cuando despertó, unas horas después, su mujer

estaba en la cocina con ese aspecto impávido con el que envuelve la muerte a aquellos que la adornan. Había lavado y vestido al cadáver, avisado y concertado a plañideras, curas y feligreses, encendido velas por toda la accesoria, que relucía limpia a esa hora, y había sentido todo el peso de la incertidumbre ante aquel joven que no soltaba prenda sobre el origen y aposento de su familia.

—Antonio, tenemos un serio problema. Si Zurrape no nos dice dónde encontrar a su parentela, difícilmente podremos avisarles de la muerte de Gerardo. Por más que le he insistido no consigo sacarle una palabra.

—Hijo, por qué no nos cuentas dónde vive tu madre. Aunque quede lejos hallaremos la forma de llegar hasta ellos para comunicarles el fallecimiento de tu tío.

La voz del amo sonó como un ruego firme, pero Zurrape no despegó los labios. De vez en cuando miraba a Manuela, que permanecía sentada junto a él, y ésta levantaba los ojos del lino que enredaba sus dedos y le sonreía. Antonio y María insistieron hasta exasperarse sin conseguir nada a cambio. Al fin decidieron que habría que hablar con el capellán para que dispusiera sepultura en la última fila de la iglesia de San Juan. Los oficios fúnebres habrían de celebrarse igualmente. *Después veremos*, concluyeron para sí.

Dos días y dos noches tardaron en dar tierra al cadáver. Por fin llegó la hora en que el sacristán alzó la cruz y el cortejo que transportaba al criado de los Allende se adentró en silencio por el camino de los muertos. Vestido con las únicas ropas que poseía, el cuerpo de Gerardo avanzaba hacia el lugar que ocupaban los pobres en la tierra sagrada del templo. Sobre ella colocó Francisca una oblea de pan y una candela, hasta que todo terminó con la retirada callada de los escasos vecinos que se habían sumado al rezo.

De regreso a casa, Zurrape seguía de cerca el movimiento zigzagueante de las faldas oscuras de María. Sentía protección a su lado, y eso le mantenía a escasa distancia. Antonio saco de la accesoria ambos catres, el del chico lo trasladó a la cuadra, donde a buen seguro descansaría más tranquilo, y prendió fuego al que había servido a Gerardo hasta su último aliento mientras la campana de la iglesia entonaba el Avemaría. Tras esa última oración todos se retiraron. Zurrape se acostó en su nuevo emplazamiento, con los ojos enrojecidos y el semblante descompuesto, mientras el resto de la familia se sentaba en torno al hogar. Cuando Josefa bajó a la cuadra y le acercó un plato de comida, el chico ya dormía, agotado.

Fue Manuela la que habló por él esa noche. Mientras las añoranzas se mezclaban con las sombras sobre el calor de la paja en la cuadra, en la cocina de los Allende Manuela trataba de explicar lo que Zurrape no pudo horas antes. Les relató cada detalle de aquel cinco de febrero en que Lartundo se llenó de nieve blanca, de la confusión de las pisadas, la mirada huidiza de un desconocido tras la maleza, la paliza que le propinaban horas después dos jóvenes cerca del camino, y la precaución

del criado de dejarla a buen recaudo antes de regresar a buscarlo. Su mayor sorpresa fue hallarle, semanas después, saliendo de la accesoria. Inmediatamente supo que no era cierto el parentesco que se anunciaba entre ellos, pero no pudo decir nada. Gerardo, con su silencio, selló entre ellos un pacto tácito hasta su muerte.

Después fue repitiendo las palabras que Zurrape le había confesado entre lágrimas, mientras Gerardo dormía su descanso eterno y todos le pedían, le exigían el nombre de un lugar, una procedencia a la que mandar aviso. Su verdadero nombre era Jacinto Pereda, y lo único cierto es que procedía de las tierras más hambrientas y húmedas de Guipúzcoa. Todo lo demás formaba parte de la argucia de Gerardo. El criado regresó en su auxilio a la montaña aquella noche de Santa Águeda, lo encontró exhausto por el frío y el hambre y decidió guarecerlo en una cabaña alejada. Durante meses se ocupó de que no le faltara de nada, alimento, abrigo y protección, hasta que consideró que era tiempo de traerle con él a Zubiete. La idea del parentesco fue acertada, porque como tal se profesaban cuidados y cariño. Ahora bien, Zurrape aseguraba que nunca fue su intención, ni la de su mentor, faltar u ofender a los señores de tan buena casa.

Manuela, incapaz de descifrar lo que reflejaban las caras de sus padres y hermanas, trató de concluir aquella historia con el último ruego de Zurrape, o de Jacinto si finalmente recuperaba su legítimo nombre. Quería quedarse, continuar entre ellos, con la única familia que Gerardo le había asegurado una y mil veces tener, y que si sabía comportarse él también tendría. Estaba dispuesto a lo que fuera necesario para no volver a vagar solitario por la fría montaña.

Había llegado al final de la historia. Ella esperó paciente alguna reacción, pero nadie dijo nada. La miraban atónitos, como si no pudieran creer una palabra. Se sintió enrojecer de impotencia. Aquella verdad era disparatada. Quiso comenzar a hablar de nuevo, deseó que la creyeran más que nada en el mundo, pero no sabía cómo iba a convencerlos. Temía que reaccionaran contra ella, por haber callado lo que sabía, por su falta de sinceridad y prudencia. Le temblaron los labios y sintió flaquear las piernas. En ese momento, sin que todavía nadie hubiera dicho nada, Zurrape cruzó el umbral de la cocina y se colocó a su lado. Su cuerpo menudo apareció ante todos ellos más grande y voluminoso de lo que había sido nunca. El resplandor amarillo de las llamas ascendía por su espalda y se enredaba en paredes y techo proporcionándole una mirada oscura y profunda, unos ojos más grandes y negros, una seriedad y serenidad de la que nunca había sido dueño. Y desde allí, desde su pena más honda, con ese halo mágico que le daba la lumbre a la espalda, proclamó su ruego: *que preguntaran como a un reo antes de la condena*.

La carcajada fue sonora. Era imposible no reírse ante tal alarde de imprudencia, recordaría Manuela muchos años después, frente a otro fuego distinto, con aquel mismo Jacinto compartiendo otras ausencias.

CAPÍTULO III

El suelo de la ermita de San Nicolás de Bari seguía siendo de tierra, una tierra fría y suelta, buena para la labranza, demasiado húmeda y fértil para los muertos y los sudarios. El río tenía la culpa de aquello; cercano, se filtraba por debajo de los cimientos del templo y pudría los cuerpos enterrados en el lecho santo de esta tierra vizcaína, con una rapidez asombrosa, en un convite de insectos ávidos, hambrientos. No era aquí donde correspondía yacer a este muerto, en el hueco abierto de la sepultura de su mujer. Ella sí, Juana de Arechederra, pertenecía a este lugar y yacería en él el descanso eterno cuando tuviera Dios a bien disponer su hora. Aún era joven. El que había muerto era su marido, y aunque pertenecía a San Román de Oquendo, las circunstancias, y un extraño empeño de la vida por separarle de la sepultura debida, lo arrojaron bajo la tierra del vecino valle de Gordejuela, de donde era ella.

Juana de Arechederra y Chivarria había parido ocho hijos en beneficio de aquel matrimonio que sus padres se empeñaron en celebrar un lejano día de verano de 1719. Lo recordaba bien, fue en esta misma ermita de Zaldu, en la que hoy enterraban al hombre que un ambicioso contrato le impuso para recorrer junto a él el camino de la vida que entonces comenzaba, al lado de los 45 gastados años de un viudo con nueve hijos a sus espaldas.

Ignacio Aldama había muerto el 29 de septiembre, de madrugada, y por esos azares extraños que tiene la vida le llegó la hora en la casa troncal de los Arechederra, en el valle de Gordejuela. Juana, su viuda, decidió que sería esa tierra y no otra la que habría de otorgarle el descanso eterno. Corría el año 1749 y coincidió su sepelio, al día siguiente, con la correspondencia más abundante que hasta la fecha se había recibido desde la Nueva España.

El caserío de los Aldama se asomaba al camino desde la colina que lo ensalzaba. Era un solar de prestigio, infanzón, en el ascenso a San Román de Oquendo. Los 75 años bien cumplidos de aquel hombre dejaban a la postre tantos hijos que en un tiempo se vio obligado a construir añadidos a la casa principal para poder albergarlos a todos. Ahora ya no vivían muchos allí, pero este día estaban con él; no los diecisiete que llevaron con orgullo su apellido por el mundo, pero sí aquellos que mantenían cercana su hacienda y casa.

Se había casado en primeras nupcias con una joven del pueblo con buena dote y vientre, que le llenó el hogar de hijos, hasta nueve, antes de morir. Pero el luto por la pérdida no era algo que entretuviera a Ignacio Aldama. Enseguida encontró éste moza apropiada para compartir el lecho y atender la prole.

La casa solariega de los Arechederra adornaba con su inusual altura la cuadrilla

de Zaldu, en el valle de Gordejuela. Era un solar con cierta notoriedad, un nombre que sonaba cercano al de los Villanueva, padrinos y benefactores, señores de elevado rango con los que siempre mantuvieron buenas relaciones. Allí buscó y encontró a su segunda mujer: Juana de Arechederra, una joven sin muchas gracias que cuando parió el octavo hijo se cruzó de piernas para siempre. En el noveno había muerto su antecesora; no tentaría a la suerte. Por más ruegos y amenazas que lanzó el viejo Aldama, la puerta de aquella alcoba se le cerró a cal y canto, obligándole a acomodarse en un viejo catre al lado de los vástagos solteros.

El sepelio se celebró con las puertas de la ermita abiertas de par en par, para no excluir a los que no cabían ya en el interior del templo. No se veían entierros tan concurridos salvo en aquellas ocasiones en que el muerto era cura o señor de señores. No era exactamente el caso de éste, quién, sin sufrir grandes estrecheces o necesidades, en esta vida había sido, sobre todas las cosas, padre.

Los grandes ausentes aquel día fueron Domingo y Juan, hijos de su segundo matrimonio, que habían iniciado años atrás su particular carrera de Indias. El primero se había instalado ya México, allá en la Nueva España, mientras que Juan nunca se decidió a dejar Cádiz, aquellos enormes barcos parecían intimidarle. Aldama había pasado los últimos meses de su vida documentando la limpieza de sangre, nobleza e hidalguía que por ley natural de su fuero, nombre y casa infanzona les correspondía. El extenso legajo elaborado, justificado y atestiguado por numerosos vecinos y parientes era, a día de su muerte, un hecho que había logrado enviar a sus destinos, allí donde residían sus hijos emigrados.

El enterramiento sacó a los feligreses del templo para dejar sitio a quienes manipulaban el hueco en el que descansaría eternamente el cuerpo de Ignacio Aldama. El anteúltimo responso por su alma alejó a la viuda y a sus hijas de San Nicolás de Bari, mientras que el resto de los presentes discutían sin mucho criterio un extraño rumor acerca de la correspondencia que había llegado aquella misma tarde.

—¿Una saca? Estás exagerando hombre, ¡no puede ser tanto!

—¿Quién dijo una saca? Eso es una patraña, ni aunque se hubieran puesto de acuerdo, no hay tantos de los nuestros en la Nueva España.

—Haberlos sí los habrá, pero no todos están dispuestos…

—Os digo que era una saca. ¡Apostad si no me creéis!

—¡No! Nada de apuestas, no empecemos que os conozco. Cómo es posible que sin haberse enfriado aún el cuerpo de Aldama ya estéis con envites. Si llega a oídos del alcalde se va a armar una gorda.

La reprimenda era propiedad de don Francisco de Ugarte, cura beneficiado de las iglesias del valle de Oquendo. Aún así, los parroquianos no se quedaron tranquilos, quitándose la palabra en un último intento por descubrir la verdad de aquella saca de la que tanto alardeaba Juan de Mendieta.

—Padre, usted ha de saber cómo está eso de la correspondencia, ¿es tanta como dicen?, ¿tanto como una saca llena hasta los topes, como asegura Mendi?

—Calma, dejad ya la discusión. En verdad si debe ser más de la que ha llegado en ocasiones anteriores, pero nada de sacas, eso es exagerar, y mucho. El que espere noticias de tierras lejanas que se pase mañana por la iglesia, después del oficio repartiré lo que tenga entre los bienaventurados.

—¿Habrá también algo para el Concejo, padre?

—Cierto es que no he tenido tiempo de revisar lo que me han traído, pero si algo urgente hubiera yo me encargo de que llegue a las manos debidas. Y ahora, mejor retiraros a vuestras casas, descansad y dejad descansar al muerto, que ha de andar a tientas con tanto revuelo.

—¿A tientas, ése? No diga, padre, que ése donde puso el ojo puso la bala.

Los ojos como platos se le pusieron a don Francisco, pero eso no impidió, más bien alentó la sonora carcajada con la que todos los presentes aplaudían la ocurrencia.

—¡Un respeto!

—Si padre, usted perdone, lo he dicho sin pensar…

Era imposible, el coro de risas ahogadas contagió incluso al cura, que se alejó con prisa por la calzada tratando de disimular su propio ahogo. Aún debía pasar por la iglesia de Santa María, y subir después a San Román a acompañar con un último responso a la familia del difunto.

El último hijo varón de éste no tardó en ponerse a la altura del párroco y caminar a su lado. El campo se volvía amarillento, ocre, jaspeado durante el otoño, y de eso hablaron, también de Juana, y de los hijos que aún quedaban en casa, hasta que mencionaron a Domingo de Aldama. Desde que embarcó para la Nueva España, el joven José Ignacio aguardaba ansioso la llamada que dirigiera sus pasos en la misma dirección. Por eso estaba allí, porque no podía esperar a mañana para saber si había o no entre aquella correspondencia una carta de su hermano que cambiara definitivamente el rumbo de su vida.

Don Francisco de Ugarte quiso mostrarse intransigente, pero de nada le sirvió. Antes incluso de llegar al molino de Olabeaga terminó cediendo y ofreciendo un trato de favor a aquel muchacho que acababa de enterrar a su padre.

—Está bien. Vayamos a comprobar si hay algo de tu hermano entre las misivas que han llegado.

A partir de ahí, el camino hasta Unza fue una estrepitosa carrera que los 17 años de José Ignacio impusieron al maduro beneficiado, que arrastraba la sotana mientras se empapaba de sudor.

Eran varios los caminos que subían empinados hacia San Román, desde donde la iglesia dominaba el horizonte. Por uno de ellos, escarpado en la montaña, corría José

Ignacio, sin aliento por las prisas. Sujeto en una mano, un pergamino estrecho y largo, impregnado de tinta, se arrugaba y alisaba por la fuerza del viento que exigía la carrera.

… y para ello providenciaré el remitirle por la conducta más segura otros cien pesos fuertes, para que pueda facultar a mi hermano José Ignacio a que inicie viaje a estas tierras donde yo le estaré esperando. Deseo que su venida sea con brevedad, porque para él guardo un buen trabajo como mi ayudante en el obraje de don Balthasar de Sauto. Como usted bien sabe, la prosperidad del negocio de telares que su vecino de usted ha desarrollado en estas tierras es grande y…

Sonreía. Por fin tenía entre sus manos el futuro esperado. Inició nuevamente la carrera en dirección a casa, cruzó por bosques y arroyos, dejando atrás el campo de Escoriaza, buscando con la vista la torre de la parroquia asomar tras las copas de los árboles. Eran las mejores letras que había leído nunca, las mejor escritas, las que sonaban como versos cantados. Su mente se mostraba ágil y confusa a la vez, los pensamientos se desataban como un torbellino de ideas precipitadas en mitad de esa marcha estrepitosa, de las pocas que le quedaban ya por trazar hacia la cima de la montaña, hacia la casa troncal de los Aldama.

Don Francisco, incapaz de detenerle, se había quedado un rato más en la sacristía, revisando el resto de cartas, sus destinatarios y remitentes. Ciertamente, algunas de aquellas misivas llegaban con meses de retraso. Abrió las dos que se dirigían a su persona, y enseguida hizo recuento de los pesos fuertes que sumaban los donativos. Satisfecha la primera curiosidad, cerró con llave el arca con todos los documentos dentro y encauzó la vía en dirección a San Román, algo más descansado y feliz de viajar sin las prisas del joven a su lado, que a buen seguro ya estaba con un trozo de pan entre los dientes. Sintió que se le arrugaban las tripas y apresuró un poco el paso, recordando que le esperaba mesa opulenta en casa del finado.

Viuda e hijos recibieron durante toda la tarde a vecinos y familiares, soportando una velada ruidosa y casi festiva que las buenas temperaturas y noticias de Indias alargaron hasta bien entrada la noche.

—¿Y dices que Domingo ha reclamado a su hermano José Ignacio para que vaya a trabajar con él en el obraje de Sauto? Pues eso sí que es una buena oportunidad para el chico, señal de que al otro le va bien. ¿Y no habrá dispuesto también algún peso para ésta su parroquia? Temo que el próximo invierno caiga más nieve y nos eche el tejado abajo.

—¿El tejado, don Francisco? Pero, yo creía que había quedado completamente nuevo después del derrumbamiento del veintinueve.

—Sí, sí, hija, si bien está, es más por prevenir…

Catalina buscó en su cabeza cualquier excusa con la que alejarse del cura.

—Perdóneme, padre, voy a atender a *ama*, que ha de estar exhausta a estas horas.

—Ve, hija, ve, y no te olvides de preguntar por lo nuestro, que estoy seguro de que tu hermano no se ha olvidado de los donativos que le encomendé.

Las conversaciones en la casa de los Aldama aquella tarde noche versaron más sobre la Nueva España que sobre el fallecido. No es que se hubieran olvidado tan pronto del padre, abuelo, tío y vecino, es que la vida se volvía un poco más esperanzada cuando había noticias del otro lado. Después todo volvía a ser como antes, como siempre había sido en estas latitudes: trabajoso, frío y más bien escaso.

Esa misma madrugada, antes del amanecer, se volvió a oír por todo el valle el repique de campanas sonando a muerto. Las de Santa María, contagiadas por las de Lartundo, Otaola y Zaldu, dirigían aquella orquesta fúnebre que anunciaba un nuevo fallecimiento. Cosme se estremeció en el catre y sintió el vacío que había dejado Maricruz a su lado. Estaba levantada, con Fabián en brazos y el pequeño Luis gateando a sus pies. Desde el hueco abierto de la ventana observaba la casa de enfrente, extrañamente iluminada a esa hora, y temió por la vieja Marina.

Hizo sonar la aldaba con prudencia, temiendo quebrantar el descanso de las sombras, y enseguida apareció ante ella Domeca, la hija de la vieja Marina, sorprendida por la llamada.

—Maricruz, ¿ocurre algo en tu casa?, ¿hay alguien enfermo?

—¡No!, yo… —titubeó, sin entender muy bien lo que le preguntaban—. Pensé que pasaba algo aquí, no sé, al oír tantas campanas y ver velas encendidas… Perdóname si te he asustado.

—Oh, no es aquí, Maricruz, no suenan por nosotros los badajos. Acaba de llegar mi hermano del monte, de las ollas, y nos ha contado que repican por el hijo de mi sobrina, la de Arechavala, la que se casó con el primogénito de los Abasolo. La pobre criatura apenas ha aguantado una semana en este mundo. Dicen que Ana María está como loca, que no reacciona.

—No me extraña, Domeca. ¡Qué desgracia! Entonces, doña Marina está bien —quiso asegurarse Maricruz antes de volver a su casa.

—Sí, está bien. Más viva y despierta que cualquiera de nosotras. ¿Quieres pasar a saludarla?

Maricruz sintió el brazo de Domeca sobre el hombro invitándole a entrar hasta la habitación donde su madre, Marina de Sauto, llevaba postrada años, sin poder abandonar la cama, casi tan vieja como ella. Las recibió contenta, y enseguida, a la menor oportunidad que se le presentó, retomó los tiempos antiguos, volviendo una y otra vez a aquellos malditos años en que perdió a tantos que quiso volverse loca.

—Mira hija —comenzó la anciana—, por esas mismas escaleras que has subido tú ahora bajé yo una noche a toda prisa. Sí, a recoger a mi hermano, que del golpe que se dio al caer tenía la cabeza abierta por el medio, igual que una nuez. La sangre ya se escapaba por el portal de la casa cuando yo llegué a donde él estaba.

—Por Dios, *ama*, ¡otra vez está usted con lo mismo!

—¿Esta que está aquí no es Maricruz de Olabarrieta?

—Sí, señora Marina, la misma —contestó la recién llegada.

—¿Y no has venido a visitarme a mí, hija?

—¡Claro! Continúe, siga contándome.

Domeca hizo un gesto de cansancio a Maricruz antes de salir de la alcoba en dirección a la cocina, mientras la voz de la anciana se alzaba de nuevo.

—Qué te voy a contar, hija, aquello fue espantoso. Solos estábamos entonces mi hermano y yo en este caserío. Yo aún sin casar, mis padres fallecidos, que Dios los guarde, y los otros hermanos cada uno por un lado, algunos casados y otros viajando por tierras castellanas. Quise morir con él. Me pasé toda la noche a su lado, en las mismas escaleras, sujetándole el cráneo para que no se le esparcieran los sesos por el suelo.

—Pero su hermano tenía un hijo, ¿no es cierto, doña Marina? —Maricruz ya sabía lo que tenía que preguntar para que la historia siguiera su curso. Conocía bien aquel suceso, y otros que asolaron a la familia Sauto en esos años. Durante mucho tiempo, en la sepultura que estos poseían en Santa María, en Unza, las ceras ardieron una detrás de otra.

—Sí, tenía un hijo: Balthasar de Sauto y Villachica. El pobre perdió a su madre con sólo siete años. Era una muchacha tan endeble, siempre se lo dije a mi hermano, mira que esa moza no tiene buen color, pero nada, ya se sabe, para él no había otra como aquella. Y ahí que se le muere, tan joven como era, y le deja con un hijo que no había quién gobernara, un demonio de crío.

—Cuénteme qué fue de él.

—Pues que mi hermano, que era muy burro, y más que se volvió después de enviudar, lo mandó a las Indias. Doce años tenía cuando le hice el traje nuevo. Parecía cualquier cosa, todavía lo estoy viendo, ahí mismo donde tú estás, vestido de estreno. Recuerdo que se fue llorando de aquí. Se giraba y me miraba con una tristeza el pobre crío. Por más que insistí para que no lo alejara, y nada, él erre que erre. Yo creo que le recordaba demasiado a ella, no lo soportaba, apenas hablaba con él, ni se preocupaba de lo que necesitaba. Gracias a mí no se murió de hambre después de faltar su madre.

—Fueron años duros, doña Marina.

—Aquellos y los anteriores, y los que luego llegaron. La vida puede ser muy cruel, hija, muy cruel. Después de todo lo que luchó mi pobre hermano en esta vida, y

mira para qué, para acabar muriéndose así, de una mala caída por las escaleras de su propia casa. Aún recuerdo como si fuera hoy el pleito que mantuvo con Antonio de Larrea por los reales que le correspondían a su hijo. Años duró aquello, y muchos le acusaron por pedir lo que no era suyo, pero él llevaba toda la razón, y estaba empeñado en enviar al pequeño Balthasar a la Nueva España. Y mira si lo consiguió que allí sigue, y dicen que con muy buena hacienda.

—Mucha ha de ser, doña Marina. Y aquí, en nuestro valle, también tiene buena posición, que este año le han nombrado nada menos que alcalde. Todavía el otro día lo recordaba don Francisco desde el púlpito.

—Ese cura algo esperará que le caiga de aquellas tierras. ¿Y dices que es alcalde?

—Sí, alcalde honorífico. Dicen que allá, en la Nueva España, posee tierras y empresas de ganado y lana, y que no alcanza a conocer el total de los caudales que atesora.

—Y pensar que le hice aquel traje con las telas que guardaba para mi ajuar. El muy desagradecido nunca mandó un real a esta casa; aunque no le culpo, era tan niño el pobre, y daba tanta lástima verle partir, ver cómo se resistía.

Unas horas más tarde, en la cima del monte Otaola, la comitiva, encabezada por un padre que llevaba en brazos el cuerpo inerte de su hijo, comenzaba un largo descenso hasta la iglesia principal del valle. A su lado, una muchacha con los ojos hundidos no dejaba de mirar el envoltorio de blanco lino, aquel trozo de vida que, irremediablemente y sin sentido, había perdido para siempre. Llegaron a Santa María, en la cuadrilla de Unza, en Oquendo, a primera hora de la tarde, cuando todo estaba dispuesto para el enterramiento. Como era costumbre, las casas del valle permanecían reunidas en el pórtico, esperando al cortejo fúnebre, que avanzó en silencio por el interior del templo para ofrecer un breve rezo por aquel alma que apenas había tenido tiempo para acomodarse en el regazo de su joven madre.

Al salir al exterior la tarde ya tenía luna. Dentro quedaban encendidas las velas sobre la sepultura de la familia Abasolo, en la segunda fila frente al evangelio. Ana María lloraba en brazos de hermanas y madre, mientras Bernardo trataba impaciente de alejarla de aquel tumulto de pesares. Quería regresar a casa cuanto antes y empezar a vivir como si nada de aquello hubiera ocurrido, al fin y al cabo no era cosa de tanto, en muchas casas morían hijos que después se olvidaban.

Manuela caminaba a un lado de la mula. Lo hacía despacio, tratando de mantener ese ritmo lento que había terminado por provocarle un dolor desconocido en las piernas, acostumbradas como estaban a un paso más largo y ágil. Junto a ella, María de Sollano no se apuraba, sus andares eran pausados y continuos, sin permitirse un mínimo descanso a lo largo del camino tantas veces recorrido a través de las montañas, uniendo el valle con los embarcaderos de mineral. Un viaje de ida y otro de vuelta, con la mula cargada en ambas direcciones, siempre llevando y trayendo, comiendo sobre la marcha, y a menudo también dormitando sobre los pasos pausados de sus pies errantes.

La joven viuda no alcanzaba la treintena y sin embargo arrastraba con ella kilómetros de tierra y lluvia. Con frío o calor, en cualquier estación del año, la Sollano, como se la conocía por las montañas del hierro, aparecía tres veces por semana con el pan que se cocía en los hornos de Gordejuela. Cargaba la acémila de hogazas, castañas y lo que le pedían allá arriba, donde no había de nada y nada era mucho. A menudo se hacía con viejos cestos que ofrecer a buen precio a aquellos hombres sucios y malolientes. Los necesitaban para arrastrar el mineral que sacaban de agujeros hechos en la misma tierra, semejantes a las sepulturas que se abrían en los suelos santos de las iglesias. El agua les iba cubriendo el cuerpo mientras picaban incansables el corazón del hierro, abriéndose paso por estrechas y cortas galerías que una vez inundadas abandonaban para comenzar de nuevo en otra vena próxima. Sus ropas, manos y caras aparecían cubiertas por un manto de polvo color ocre, que les daba un aire cómico y triste en mitad de aquella humedad infernal que les iba enfermando y matando lentamente.

Habían salido de casa cuando todavía era noche cerrada y la luz del día les acompañaba desde hacía tiempo. La pequeña Allende quiso parar en algún momento de la larga caminata pero María de Sollano no atendió a sus ruegos, y cuando Manuela ya no pudo aguantarse más y se desvió para desahogar la dolorida vejiga, no la esperó. Tampoco eso detenía su paso, le advirtió mientras se ahuecaba la basquiña con ambas manos y avanzaba con las piernas separadas durante un largo tramo que le sirvió de demostración.

La joven Sollano se había presentado en Zubiete tan sólo dos días antes. Llegó llamando a voces y aporreando con urgencia la aldaba del caserío de los Allende. Todas las mujeres de la casa se encontraban en ese momento en el interior, y corrieron a conocer el motivo de tanto alboroto.

—Pero ¿qué sucede ahí afuera? —bajaba diciendo María por las escaleras.

—No sé, *ama*, pero el recado viene con prisa.

Josefa fue la primera en ver a la viuda, sentada ésta en el banco de piedra y la mula junto a ella, olisqueando y eligiendo la hierba más fresca.

—Hola, mi nombre es María de Sollano. Vengo de Santurce y traigo recado de tu hermano mayor. ¿Están tus padres en casa?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Josefa insistente—. ¿Qué le sucede a Joseph?

—¿Está tu madre?

—Sí, aquí estoy. Dime, ¿qué le acontece a mi hijo? —María se adelantó un paso colocándose frente a la desconocida.

—Me ha pedido que les mande aviso de una desgracia. Joseph les ruega que envíen en su ayuda a la menor de sus hermanas para socorrer a su mujer en los días que le restan hasta el alumbramiento.

—Pero ¿de qué desgracia me hablas, muchacha? No te entiendo, trata de aclararte.

—Narcisa, la nuera de usted, señora, es ella la que ha sufrido una caída y, al encontrarse en avanzado estado de preñez, la situación es grave. Su hijo me ha mandado a decir que necesita a su hermana menor para que cuide de ella por lo menos hasta que ésta traiga al mundo a la criatura que espera.

—Pero, ¿qué sabe Manuela de partos? ¿No hay mujeres que se dediquen a eso allí donde viven?

—Sí, claro que las hay, señora, pero es más la necesidad de atender a la enferma hasta entonces, no en el parto, sino hasta que llegue ese momento y quizá después, porque ella no puede moverse.

—Entonces, ¿es que se ha quebrado algún hueso?

—Uno no, señora, varios, y debe permanecer muy quieta para que suelden antes que el crío quiera salir al mundo y ella tenga que empujar con él. Ahí sí se descompone del todo, figúrese.

—¿Y dónde se ha caído? —Josefa no aguantaba la curiosidad.

—Eso no lo sé. Yo sólo les transmito lo que su hermano de usted me dijo.

—¿Y queda mucho tiempo para el alumbramiento? —se interesó Manuela.

—No se sabe, pero el cirujano confía que Narcisa disponga al menos de otra luna.

—¿Y si el crío llega antes? —preguntó inquieta.

—Pues mejor que no sea así, creo yo.

—Bueno, Manuela, no nos pongamos en lo peor. De cualquier forma habrá que ir a socorrer a esa muchacha, que parece no tiene a nadie quien la ayude en estos trances —la ironía acompañaba la voz de María—. Esperaremos a contárselo a tu padre esta noche, pero casi seguro está de acuerdo conmigo en que tendrás que salir hacia Santurce cuanto antes.

Aquellas palabras pronunciadas con tanta firmeza por su madre la dejaron perpleja. No esperaba, no suponía que tendría que marcharse justo ahora.

Pero… —Manuela dudó, no se atrevía a continuar—, pero… ¿no sería más acertado que fueran Josefa o Francisca en mi lugar? Al fin y al cabo yo no sé nada de enfermos ni alumbramientos, y quizá no sea de gran ayuda allí —fue toda su protesta, apenas un balbuceo que de nada le sirvió.

—Hija, tu hermano te ha requerido a ti, así que no se hable más. Podrás hacer lo que esté en tu mano, y con eso será suficiente. Hablaremos con tu padre esta misma noche y saldrás lo antes posible.

—Señora, yo regreso en dos días. Si quiere, y le parece bien disponerlo para entonces, ella puede acompañarme en el viaje. La llevaré hasta la misma casa de su hijo de usted —se ofreció María de Sollano.

—¿Caminar por esas montañas dos mujeres solas?

—No es tan peligroso como parece. Yo lo hago desde bien chica y nunca he encontrado percance. Todos me conocen por esos caminos. Además, soy fuerte y sé cómo defenderme.

—Bueno, Antonio decidirá. En cualquier caso mañana te mando recado a tu casa.

—En Sandamendi, señora. *Agur*.

—*Agur* —dijeron todas a una y se retiraron hacia el interior del portal mientras la joven viuda tiraba de la perezosa mula hasta encaminarla de vuelta a la calzada.

Manuela no acababa de hacerse a la idea. Un día, sólo disponía de un día antes de comenzar el viaje propuesto por aquella extraña. Tenía que darse prisa, encontrar a Txomin, decirle que se marchaba sin saber por cuánto tiempo. ¿Y si él no estaba ya en el valle a su regreso? No hacía ni una semana desde que llegaron al pueblo aquellas cartas, demasiadas para traer algo bueno. Había muchas de la Nueva España, pliegos y más pliegos que reclamaban a hermanos, parientes y vecinos para que siguieran sus pasos en la carrera de Indias. Parecía que se habían puesto todos de acuerdo, todos menos Domingo Narciso, que no había respondido aún a las últimas letras enviadas por su padre.

Sabía que Txomin sería uno de los que partiría hacia aquellas tierras, se lo había dicho su amiga Juana, y todos lo confirmaban. Decían que estaba ilusionado como un niño, que era el que más alardeaba de la fortuna que en el futuro traería de vuelta al valle. Pero nadie se creía lo de su regreso, porque nadie regresaba. Manuela lo buscó con empeño aquel día, sin encontrarlo. Le dijeron que estaba en Oquendo, hablando con el párroco, y pudo saber que allí también había muchachos preparando viaje, que saldrían todos juntos, eran varios, a principios de año.

Las horas parecían volar, el tiempo no llegaba para todo lo que querían hacer en una única jornada. María preparaba algo de comida para la larga caminata en la que finalmente les acompañaría Zurrape. Antonio había decidido que el ficticio sobrino de Gerardo las custodiara durante buena parte del trayecto, al menos hasta que el día

estuviera bien abierto y los peligros fueran menos. Por un instante barajó la posibilidad de ir él mismo en persona, pero algo de resentimiento por la desobediencia de Joseph frenó la generosidad de su pensamiento.

Josefa organizó una canastilla con ropas y telas que irían bien para el nacimiento del niño, y Francisca dispuso hortalizas frescas, huevos y queso. Cuando llegó con su mula, María de Sollano casi se muere del susto al comprobar la carga que aquella entusiasta familia pensaba montar sobre los lomos del desdichado animal. La mitad no cupo, así que hicieron prometer a la viuda que regresaría a por ello en dos semanas.

Zurrape salió el primero, feliz en su papel de vigía. Tal y como había visto hacer a Gerardo, se adentró por un lado del camino para avanzar unos metros por delante, previniendo cualquier asalto. Ascendieron con cuidado por la colina de Berbiquez, dejando atrás Zubiete y Molinar. Manuela iba desanimada y confusa, quería acudir en ayuda de Joseph, pero no ahora, no sin saber la fecha de regreso. Al alcanzar un claro, en mitad del camino, echó la mirada atrás y entre las sombras de la noche, aún cerrada, vislumbró la torre de la iglesia de San Juan, la chimenea humeante de la posada, un claroscuro que le ayudaba a divisar su casa ya lejana, y el lugar donde sabía se levantaba la de su primo Txomin, seguro dormido a esas horas sin ni siquiera imaginar que ella se alejaba. *Espera a mi regreso, no te vayas sin despedirte de mí,* le rogó en silencio antes de maldecir la costumbre de esta tierra, en la que nunca sucede nada hasta que sucede, y entonces todo es demasiado precipitado, sin darle tiempo a uno a tomar conciencia.

Cuando el cielo se despejó por completo y no quedaba ni un atisbo de bruma rasgando el horizonte, Zurrape reapareció en el camino y anduvo junto a ellas mientras se repartían el pan y el tocino. Habían dejado atrás iglesias y ermitas que les marcaron el sendero de ascenso hacia los montes de Sopuerta. En adelante la subida se insinuaba tediosa. Las dos muchachas le animaron a abandonar ya la marcha y comenzar el regreso; continuarían solas. Con una manzana en cada mano Jacinto Pereda, Zurrape para ellas, se despidió retomando sus propias huellas a un lado del sendero. Manuela y la Sollano le miraron perderse entre los árboles, y de alguna manera sintieron su ausencia durante un breve instante.

Reemprendieron la marcha animadas por el anuncio de un día de sol, avanzando en su peregrinaje por veredas cerradas y sombrías, donde surgió una intimidad cómplice entre ellas. María, lenta y charlatana, como la definiría después Manuela ante su amiga Juana, era una mujer decidida y no dejaba con facilidad la charla.

Enseguida se descubrió tal cual, con su historia de viuda joven que no había conocido otra cosa que el trabajo y la necesidad, sobre todo después de parir una hija sin apellido que comía más de lo que ella era capaz de ganar. Al principio, Manuela no comprendía bien lo que escondían sus palabras, pero poco a poco la misma

Sollano fue desgranando los desaciertos de su corta vida.

—Tomé estado siendo todavía una niña. Mis padres necesitaban sacar a sus hijas de casa cuanto antes porque allí nos moríamos todos de hambre, y enseguida apalabraron un matrimonio que no sé por dónde les convenía, porque a decir verdad, el hambre siguió siendo el mismo. Mi marido, bastante mayor que yo, había arrendado una casa en el valle, en la cuadrilla de Sandamendi, y ahí fuimos a instalarnos. Al principio todo iba bien, él trabajaba el campo y yo procuraba vender algo de pan aquí y allá, como había hecho siempre, y así nos arreglábamos. Hasta que un día enfermó y, después de una semana con tisanas y remedios que no daban ningún resultado, quise llamar al cirujano, pero no me dejó, dijo que mejor guardara los pocos reales que teníamos para la cosecha, que él se pondría bien para la misa del domingo. Pobrecito mío, dos días después salía de casa con los pies por delante. Ni un año me duró el matrimonio. A Dios gracias que hijos no me dejó, pero sí algunas deudas que se sumaron al sepelio del difunto. Tuve que abandonar nuestro hogar e instalarme de nuevo con mis padres. Casi se descomponen cuando me vieron aparecer en el portal con las manos vacías. Por un momento creí que no me iban a admitir, pero no tuvieron valor de echarme a la calle. Fueron tiempos difíciles. El luto era como una penitencia añadida, yo tan joven y con tantas ganas de vivir, y aquel hábito aislándome del mundo. No podía hablar con nadie, ni trabajar, mucho menos salir si no era para acudir a la iglesia y en las ocasiones menos concurridas. Me sentía extraña, siempre triste, callada bajo la mirada atenta de mi madre y mi abuela. Yo que había sido una niña risueña. Hasta que las cosas se pusieron muy feas para todos, no había qué llevarse a la boca, así que una mañana me harté y les anuncié que pensaba ponerme a trabajar, que el luto no nos daría de comer a ninguno. Fue entonces cuando empecé a hacer viajes a las minas con la mula, que es arrendada también, de tal modo que la mitad de lo que gano se lo lleva el propietario del animal. No es un mal trabajo, me gusta caminar, y sobre todo me gusta estar en la calle, no soporto las paredes frías de las casas. Cuando estoy dentro temo que el caserío entero se me caiga encima. En los primeros viajes que hice me sentía la mujer más feliz del mundo. Eso debió de ser lo que más llamó la atención de Juan, un buen mozo de Lanzagorta que enseguida me vio quiso frecuentarme. Traté de disuadirle, aún estaba de duelo por mi marido, pero insistió tanto y de una forma tan alegre que acabé aceptando. Nos veíamos en la montaña, escondidos de todos para ahorrarnos el escándalo. Hasta que me dejé arrastrar por sus promesas y, tonta de mí, no tardé nada en quedarme encinta. Mira que no me cansaba de advertirle, yo creo que de alguna manera hasta lo intuía. El día que le dije que me había hecho un crío no me quería creer, pero luego ya se convenció. Peor lo pasé cuando mis padres se percataron de ello. No dudaron en echarme de casa, no podían soportar una deshonra así, dijeron. Aunque más bien creo que no querían más bocas que alimentar. Yo pensaba que Juan

iba a resolverme, que iba a cumplir con sus promesas de matrimonio, pero él sólo me pedía tiempo, decía que necesitaba tiempo para enfrentar la situación en el caserío, con sus padres. Así que me quedé en la calle, sola, deshonrada y con una criatura en el vientre. No sé porqué decidí dirigirme hacia Sandamendi, donde había vivido con el difunto. La casa la arrendaba entonces una familia de campesinos que no dudaron en realquilarme una habitación. Ahí sigo viviendo, con esa misma familia. A Juan lo veo de vez en cuando, suele salir a buscarme a los caminos y me promete cosas que sé no va a cumplir; parece que sus padres tenían ya apalabrado su matrimonio con una familia de Zalla y no lo puede romper. Suele preguntar por la niña y a veces me ayuda con unos pocos reales, aunque eso no es suficiente. Lo que yo quiero, lo que necesito, es que cumpla su promesa y se case conmigo como juró que haría.

Cuando la narración llegó a este punto Manuela estaba más perpleja que cansada. Callada, con la vista puesta en el barro del camino, avanzaba por inercia. No sabía qué decir, casi no sentía los músculos de las piernas y un dolor sordo se le había instalado en las plantas de los pies, que añoraban la suela nueva que una vez disfrutaron aquellas viejas y desgastadas alpargatas.

Una vez más fue María quien rompió el silencio alzando su alegre voz para anunciar que ya estaban muy cerca del pueblo de Santurce. Por primera vez en horas Manuela recordó cuál era el sentido de tan larga caminata, y pensó en Joseph, en Narcisa, y en el hijo de ambos. Quiso acelerar el paso, pero sus acompañantes, la joven viuda y la mula, no variaron ni un ápice su ritmo pausado, y ante la posibilidad de perderse si se alejaba de ellas optó por mantenerse a su lado.

Desde el alto de Triano María quiso mostrarle la ubicación exacta de Ortuella, un remolino de sucios tejados que cubrían las piedras de varias casas, entre ellas la que habitaban Joseph y Narcisa. Pero toda indicación era en vano, la pequeña de los Allende apenas podía distinguir nada en la ladera que se extendía inmensa ante sus ojos. El paisaje le pareció gris y pobre en aquella tarde que se volvía oscura. No sabía si era su cansancio o el aspecto de esa tierra arañada por senderos y caminos que se dilataban en cualquier dirección, cruzándose una y mil veces. Sólo quería llegar, alcanzar al fin el hogar de su hermano y sentarse, sentarse recostando la cabeza sobre cualquier pared. Quería dormir, soñar con Zubiete y con Txomin, y quizá después, con más calma, rememorar todo lo que aquella extraña mujer le había contado en uno de los días más largos de su vida, del que ya no podía recordar cómo ni cuándo había comenzado.

Joseph no la vio llegar. Estaba de pie, delante de la puerta de una casa pequeña y vieja, resquebrajada, conversando con un hombre mayor que él. Ella lo reconoció en un gesto que nunca hubiera pensado que echaba de menos hasta ese momento. Lo descubrió de espaldas, atándose el pelo a la nuca con la familiar agilidad de sus grandes manos. Sólo entonces dejó atrás a su compañera de viaje y corrió, corrió con

las pocas fuerzas que le quedaban tras la interminable caminata, con los pies doloridos y el pecho encogido por la extrañeza que sentía ante todo lo que la rodeaba. Antes de alcanzarle Joseph respondió a las indicaciones del anciano y se dio la vuelta. Al descubrirla, desaliñada, inundada en lágrimas sonrientes, corriendo hacia él, la esperó con los brazos abiertos, generoso y agradecido, queriendo acogerla en su pecho y allí consolar su cansancio.

La casa de Joseph era diminuta, con espacios demasiado estrechos para cruzarse unos con otros, las escaleras se inclinaban hacía un lado e incluso habían perdido algún peldaño, obligando al que las transitaba a dar más de un improvisado salto. Mientras Manuela vivió allí, su hermano no se hartó de decir que en cualquier momento repondría las maderas que faltaban, pero no lo hizo. Casi no había mobiliario y el ambiente era tan húmedo que Narcisa pasaba su convalecencia diurna en un camastro en la cocina, próxima al fuego. Por la noche, su marido la acompañaba a la cama que compartían en la habitación contigua. Entonces Manuela ocupaba el jergón vacío junto a la lumbre y trataba de buscar su propio descanso. A decir verdad, le gustaba el canturreo de las últimas ascuas, una nana larga que iluminaba el albor del sueño.

Al despertar, con la primera luz del día, volvía a sentirse triste, perdida, y ansiaba que la oscuridad la alcanzara cuanto antes, con la calidez de su lumbre. No le gustaba aquella casa, aquel pueblo, aquella montaña. Joseph y Narcisa lo sabían desde mucho antes que llegara, pero ella no, ella se sorprendió de lo que vio un día tras otro durante los meses que vivió con ellos.

Narcisa, que guardaba total reposo sin moverse del jergón de la cocina o el de la alcoba, según la llevaran o trajeran, agradecía los cuidados que Manuela le profesaba mostrándose alegre, dispuesta a quedarse sola en cualquier momento para que la joven saliera a ver la calle, a hablar con las vecinas y pasear por los senderos por los que se llevaba el mineral. Sólo en una ocasión, aprovechando una visita de María de Sollano, llegó hasta el puerto de Galindo, y regresó a casa afligida. En mitad de un paraje desolador descubrió a mujeres de todas las edades dejándose la piel de las manos en las sirgas, mientras avanzaban todas a una, por ambas orillas del río, arrastrando gabarras cargadas de mineral. Intentó no volver a bajar al puerto para no tener que ver aquello.

Y entonces una noche le despertaron los gritos de dolor de Narcisa. Manuela corrió a avivar las brasas. Antes de darse cuenta, una mujer mayor, vestida entera de negro, se metía apresurada en la habitación de la parturienta. Debió de mandar a Joseph a buscar a otra porque pronto eran dos, y al mediodía hasta tres desconocidas trataban de apaciguar las voces de sufrimiento que salían de la alcoba. Manuela no sabía qué hacer, lo mismo empezaba a rezar que presentía que le pedirían agua y se

iba corriendo a llenar la herrada a la fuente. Se encontraba perdida, e inquieta, casi tanto como su hermano. Joseph, incapaz de soportar los gritos de su mujer, pasó aquellas interminables horas al raso, entre el portal y la calle, esperando que alguien le dijera o le mandara hacer algo. Cualquier trabajo hubiera sido mejor para ambos que esa terrible espera.

Una nueva noche se impuso. Sólo entonces empezaron a precipitarse los minutos, cuando la más anciana de las mujeres que atendían a la primeriza se asomó a la cocina y le ordenó, con voz áspera y tajante, que mandara avisar al cirujano, porque aquello no se resolvía. Manuela salió en busca de su hermano, que esperaba en el portal ansioso ante cualquier cambio. Cuando supo el encargo corrió por los caminos como un alma en pena. No tardaron tanto, pero cuando al fin llegaron era ya muy tarde, el crío había muerto y la madre se desvanecía. Fue su propia fortaleza la que salvó a Narcisa, pero nada se pudo hacer por el pequeño, que pereció en el intento de ver el mundo. Después de eso, los cuidados para con la madre tuvieron que extremarse. El trance le había descompuesto por completo las heridas mal curadas en la caída, y la pérdida le había arrancado de cuajo el ánimo y las ganas de vivir. Manuela se volvió su sombra, de noche y día permanecía junto a ella, consolando su pena y cubriendo el dolor de sus entrañas con cataplasmas y ungüentos.

Pasaban las jornadas juntas y solas, horas silenciosas que llenaban con suspiros entre los escasos quehaceres que las entretenían. Aquella monotonía, que llegó sin aviso a sus vidas, sólo se rompía de vez en cuando, con los alegres gritos de María de Sollano anunciando los encargos que traía de Zubiete: hortalizas frescas y fruta que recibían agradecidas. En varias ocasiones llegó a compartir con ellas el puchero antes de tomar de nuevo el sendero de regreso. A Manuela le gustaba verla, escucharla y acompañarla un tramo. Era el único momento que se permitía alejarse de la enferma, y lo aprovechaba para preguntar por Juana o indagar sobre aquellos que partirían a tierra de Indias. Así supo que finalmente eran siete los jóvenes de Oquendo y Gordejuela que saldrían el próximo año para la Nueva España. La fecha en que dejarían sus casas todavía no se había fijado, pero todo apuntaba a que sería para principios de 1750. El Perú era otro de los destinos que se mencionaban por el pueblo, según le contó, y eso alertó a Manuela, que hasta entonces había confiado en que Txomin y Domingo Narciso se encontrarían en la Nueva España. Preguntó a Joseph por aquel lugar del Perú, y éste poco le pudo decir salvo que estaba lejos, demasiado lejos.

Cerca ya de la fecha de la Navidad la Sollano trajo a la casa de Joseph de Allende otro tipo de encargo, tenía que ver con el regreso de Manuela a Zubiete. Para Narcisa resultó un duro golpe, no se sentía con fuerzas aún de prescindir de la ayuda y sobre todo de la compañía de su cuñada. Joseph y Manuela trataron de demorar la marcha

un par de semanas más, hasta que el requerimiento de sus padres se volvió una exigencia.

La quinta mañana de enero de 1750 María de Sollano se presentó en Ortuella con el cometido explícito de acompañar a Manuela a su casa. Nadie intuía las razones de tanta exigencia, pero la partida era inminente. Antes de iniciar el descenso por las imposibles escaleras aún sin arreglar, Joseph abrazó a su hermana pequeña por cuarta vez en su vida, y Narcisa, aunque triste, dibujó en su cara una sonrisa mientras les prometía que la primera hija que pariera llevaría con orgullo el nombre de su tía.

Nuevamente caminaba a un lado de la mula, y lo hacía despacio, con ese paso lento que la Sollano y su acémila nunca variaban, igual daba que subieran o bajaran. Entre las muchas cosas que la joven viuda pronunció durante el largo camino de regreso, Manuela sólo tuvo oídos y atención para dos. Supo que su primo Domingo de La Torre había salido de viaje hacia la Nueva España apenas una semana antes, y por más que trató de no pensar en ello, no lo logró. Hubo algo más: la noticia de su inminente traslado a la casa de Urrutia, en Isasi, bajo la tutela de don Manuel de Braceras.

Llegaron de noche cerrada. Una luz en la puerta anunciaba la impaciente espera de padres y hermanas. La negrura de las sombras obligó a la Sollano y a su mula a reposar los huesos en la accesoria, o al menos así lo pensaron los Allende, porque al alba ya no estaban donde las habían acomodado.

Manuela despertó con un calor en la piel que conocía bien. Había añorado su casa, los rincones de sus habitaciones, grandes y amuebladas, las escaleras amplias y ordenadas, las piedras de la fachada, el portal y la mirada de las ventanas despidiéndose del día que se esconde tras la montaña.

Segunda parte:

TIERRA ADENTRO

CAPÍTULO IV

San Miguel el Grande. Cuando llegué a este lugar no me conocía, esta villa me fue dando nombre y haciendo hombre. La tierra aquí se extiende por un espacio que mis ojos no logran abarcar. El maguey y el nopal acompañan el galope de mi caballo, que conoce los caminos sin yo habérselos enseñado.

Balthasar observaba con detenimiento los cuerpos moribundos tendidos ordenadamente sobre el suelo de tierra. Habían llegado más en las últimas horas, todos procedentes del obraje. Domingo de Aldama iba y venía, sudoroso, desencajado.

—Señor, los batanes se quedan sin brazos que los atiendan. Cada día enferman más y más trabajadores. No vamos a poder mantener el ritmo de los telares. Caen como moscas; aquí se los traigo, como usted me pidió.

—Calma, muchacho. Hay que dar atención a los enfermos, y el casco de esta hacienda es un buen lugar para ello. Que no les falten cobijas y agua limpia.

A un lado las mujeres y los niños más pequeños, al otro hombres de todas las edades. Descompuestos y afligidos, indios y mulatos habían perdido su color tostado y en su lugar lucían amarillentos, con un tono ocre que se cebaba sobre los huesos del rostro, convirtiéndolos en calaveras vivas. Ofrecían el aspecto de una delgadez extrema, y a Balthasar le recordaron a los esqueletos y cráneos que se brindaban jocosos por la festividad de los difuntos. Aquella costumbre, la de celebrar la muerte con ofrendas de todo tipo, siempre le había parecido un sin sentido. Pero le gustaba el pan de muertos, y otros dulces que por esas fechas inundaban casas, calles e iglesias.

Vio de lejos a su mujer, Juana Petra, hablando cordial con el administrador Domingo de Aldama mientras le ofrecía un paño limpio para que se aseara. Aquel muchacho atendía el obraje como propio, era previsor y responsable. Hacía ya algunos años que mandó aviso a su padre, Ignacio, para que le enviara uno de los muchos hijos que poblaban su casa, y no se arrepentía, había sido una buena decisión, y muy pronto llegaría un hermano de éste que, según supo aquel mismo día, se encontraba ya en camino.

Eso le llevó directamente a pensar en la edad que tenía, en aquellos cuarenta años que le teñían el pelo y que le obligaban a reducir los chiles de las comidas debido a las malas digestiones que padecía desde hacía algún tiempo. No era viejo, ni estaba cansado, sólo era un hombre en la plenitud de la vida, con una riqueza inimaginable cuando llegó a estas tierras, procedente de aquel lejano caserío en el valle de Ayala. Entonces, un niño aún, aprendió bien la lección y se lanzó a por su futuro como una hiena hambrienta. Enseguida cuajó su buen hacer y visión para los negocios, y su

suegro, don Severino de Jauregui, un hombre con muchas luces, le entregó junto con su hija el gobierno y mando de aquel obraje que tantos quebraderos de cabeza y satisfacciones le estaba dando. Algunas de las haciendas donde criaba ganado y cultivaba cereal eran fruto de su esfuerzo y trabajo, al igual que sus negocios y comercios con la Ciudad de México, así como las tiendas en esta misma villa donde residía. Balthasar de Sauto y Villachica se sabía un hombre poderoso, uno de los más influyentes en el Cabildo español, y desde hacía algún tiempo también formaba parte de la explotación de las minas zacatecanas, lugar en el que había llegado a ser nombrado regidor. Sin embargo, toda la riqueza atesorada en la Nueva España, el nombre de su linaje entre los hombres de honor y poder, no le habían hecho olvidar la punzada de excitación y justiciera alegría que sintió al conocer la estrepitosa muerte de su progenitor. Lo odió tanto en aquel tiempo en que le separó de su lado, de las seguras piedras del caserío, se sintió tan huérfano y desheredado, que no pudo reprimir el amargo placer de la venganza aliviando lo más profundo y escondido de sus entrañas. Ahora, con los años surcándole la piel de la cara, en su lugar reconocía una profunda añoranza.

Hace tanto tiempo va que casi no recuerdo cómo era aquello. Sé que había bosques, espesos y húmedos, montañas cerradas y sombrías, había nieve y agua, manantiales de agua rápida. La tierra olía a vida como ninguna otra conocida, aquel aroma perdura en mi memoria, es de las pocas cosas que no he podido olvidar.

Balthasar subió de nuevo a su caballo y avanzó despacio por el camino real. Le hubiera gustado poder ir en busca de Manuel de la Canal, y valorar con él la situación a la que se enfrentaban. Recordaba el episodio de tifus que vivieron en 1736, devastador sobre todo con la población india, los mestizos y las castas, pero cualquiera podía contagiarse del demonio del *matlazáhualt*. En San Miguel el Grande también hubo afectados, y entonces, como ahora, los amos improvisaron hospitales en los patios de sus casas, atendiendo a los enfermos y tratando de evitar una propagación mayor de la sarna que inundaba todo el norte desde la ciudad de México. Manuel de la Canal y él mismo no dudaron en dar cobijo al mal que se apoderaba de los cuerpos más débiles, y pagar a médicos y cirujanos para que acabaran con aquello. Ahora estaba solo, su buen amigo había muerto apenas unos meses antes y Francisco José de Landeta se había convertido en albacea y guardián de los hijos de La Canal tras la muerte de éste. Sin saber bien porqué, Sauto nunca tuvo buena sintonía con el apoderado de tantos y tan excelentes bienes. Aún así, avanzó haciendo sonar los cascos de su caballo, mirando a un lado y a otro, los mesones cerrados, las obras paralizadas de aquel colegio a medio edificarse, la calle desierta de gente, sólo transitada por perros y gatos. Y de pronto recordó cómo en el 36 acabaron con los animales callejeros, los mataron a todos, sin dejar uno vivo. Fue una medida extraña,

extrema, y poco popular, que los médicos impusieron y Manuel y él mismo ordenaron acatar.

En la casa de La Canal le informaron de que el cercano lugar de Dolores estaba sufriendo las peores consecuencias de la epidemia, ya casi no quedaba mano de obra en los obrajes ni en las haciendas, y los españoles empezaban a valorar la necesidad de trasladar a sus familias tierra adentro, donde no corrieran peligro alguno de contagio. Landeta había abierto también su casa a los enfermos, aunque a regañadientes, y otros muchos se sumaban a aquel intento desesperado por frenar la dolencia que se extendía. La calle del hospital y la capilla de los caciques indígenas era un hervidero de gentes, tanto que prefirió retroceder y pasar un último rato de aquel largo día frente al altar de San Francisco, rogando por la suerte de todos ellos. Después regresó a la hacienda, Santa María la llamaba, como la iglesia de Unza, donde descansaban los restos de su madre, María de Villachica.

Ignacio de Aldama y Txomin de la Torre no se decidían a abandonar la ciudad de México. Aquel lugar de jardines flotantes, donde las trajineras iban y venían cargadas de flores, comida y música, les había enamorado. Hasta allí llegaban las noticias de la epidemia que asolaba San Miguel el Grande, su último destino, y eso acrecentaba su desánimo para abandonar el ajetreo y la buena mesa de la que disfrutaban en la capital del virreinato. Visitaron casas solariegas que no cabían en su imaginación, estuvieron sentados en algunas de las salas más famosas y prestigiosas de la ciudad, supieron de la fortuna de un Castañiza y pudieron estrechar la mano de un tal Basoco, Ibarrola y otros muchos ayaleses y vizcaínos que habían instalado allí su residencia. En estos casos Ignacio seguía los pasos seguros y certeros de Txomin, mucho más atrevido y ambicioso. Hasta aquella mañana en que decidieron que debían partir hacia San Miguel el Grande, donde los esperaban desde hacía semanas.

—Es hora ya de que nos pongamos en marcha. Mi hermano espera por mí y las últimas noticias sobre la epidemia son buenas, parece que remite —se aventuró a proponer el joven Aldama.

—Sí, creo que tienes razón, es hora de irse. ¿Qué te parece si nos apresuramos y llegamos al barrio de San Ángel antes de que apriete el sol?

—¿Hoy? Eres imprevisible, creía que querrías despedirte de todos esos… Por mí, perfecto, no se hable más, ¡en menos que canta un gallo estoy listo!

Dejaron la ciudad horas después, desde aquel barrio apretado de casuchas y gentes, avanzando por el camino real, tal y como les habían indicado, siguiendo la ruta de la plata. Durante días compartieron pasos con negros, mestizos e indígenas que se dirigían a Zacatecas, a trabajar en las minas. Personas de piel oscura, de pelo negro y ensortijado, y también individuos de piel más clara y con el pelo largo y lacio. Procuraban imitar a los demás, sin llamar mucho la atención de ninguno de

ellos, escuchando sin entender una palabra de lo que hablaban. A veces, las recuas de mulas cargadas de mineral o madera, en una dirección u otra, les obligaban a retirarse del camino durante largos tramos en los que se sentían inseguros, vulnerables, y recordaban sin remedio las advertencias de los peligros que tenía aquel trayecto, con continuos asaltos, robos e inesperadas muertes.

En Querétaro pudieron descansar del polvo que se levantaba del suelo por encima incluso de sus cabezas. Las calles volvían a ser un hervidero de gentes yendo de un lado a otro, españoles bien vestidos seguidos por indios y mulatos que cargaban sobre los hombros enseres, alimentos y adornos. La mezcla de sonidos diferentes, palabras en otras lenguas que se cruzaban unas con otras sin entenderse, hizo recordar a Txomin una antigua canción vasca que comenzó a tararear. Ignacio se llevó un susto de muerte cuando un hombre alto, fornido, de aspecto rudo, y con una larga y espesa barba negra, se acercó a ellos y les preguntó por su procedencia.

—¿Vizcaínos?

—Sí señor, vizcaínos y recién llegados.

—Eso se nota de lejos, hijo, no hace falta que lo juréis. Tal y como lleváis a cuestas vuestras pertenencias, extrañado estoy de que todavía las conservéis.

—Mi nombre es Domingo de la Torre, y éste es José Ignacio de Aldama. Para servirle, señor…

—Yo soy Marcos de Alday, y por mi progenitor sé que mi familia procede de Murga, en las tierras de Ayala. ¿Lo conocéis?

—¿De Ayala? —Ignacio no daba crédito. Aquel barbudo bien vestido procedía de las mismas montañas que él—. ¡Somos del mismo lugar! Yo vengo del valle de Oquendo y mi amigo del de Gordejuela. Nos dirigimos a San Miguel el Grande, allí me espera mi hermano Domingo de Aldama, que trabaja con don Balthasar de Sauto y Villachica…

Ignacio cogió carrerilla y no dejó de hablar hasta que Txomin le puso una mano sobre el hombro y con una leve insinuación le señaló la cara de su interlocutor. El hombre estaba parado en mitad de la calle, con los ojos muy abiertos, mirándole atónito.

—¿Con don Balthasar de Sauto? —preguntó queriendo cerciorarse de lo que había oído. Después les invitó a comer y charlar durante horas en uno de aquellos mesones a rebosar de gentes y aromas.

Allí supieron los jóvenes vizcaínos que Sauto era Capitán reformado de Caballos y Corazas, y un hombre muy popular e influyente en Tierra Adentro. Poseía el estanco del tabaco y el alumbre, y unas relaciones muy sólidas y fructíferas con los estamentos de poder y comercio del Cabildo español. Para Alday, aquella era una buena carta de presentación, pese a que el último brote epidémico había dejado los obrajes más productivos con la fuerza de trabajo bien mermada. Al igual, o peor que

San Miguel, se encontraba Querétaro.

—Nos salvamos gracias a las largas caravanas de carretas y arrieros que siguen pasando a diario por esta vía. Es un punto imprescindible en la ruta de la plata.

—Hemos oído decir que aquí también hay minas, ¿es eso cierto? —se interesó Txomin.

—Sí, así es, algo hay. Pero lo que más vais a encontrar por aquí y hasta San Miguel son haciendas de ganado, y algo de tabaco y cereal. Y trapiches y telares, eso también hay. Esta tierra es buena para la lana.

La tarde se alargó en una amena conversación que instruyó sobremanera a Txomin, que llegaba con la mente ágil y despierta ante cualquier posible vía de negocio. Desde que salió del valle de Gordejuela no había dejado de decir que regresaría con una gran fortuna, pesos fuertes con los que comprar, invertir, ser señor de poder y orden allí donde había nacido segundón y, a la postre, pariente pobre.

Salieron de Querétaro temprano, dejando tras de sí la imagen de las cúpulas del convento de San Francisco rasgando el cielo, que un día más se anunciaba azul y despejado. *Aquí huele a primavera todos los días del año*, pensó Ignacio echando la vista atrás. Dejaron a un lado la vía norte, más árida y peligrosa, que se dirigía a Zacatecas por San Luis Potosí, y tomaron el ramal del sur en dirección a San Miguel. Cada paso les acercaba un poco más al final del camino. Supieron que habían llegado cuando dejaron atrás un valle de maíz y se refrescaron con el agua de un manantial que brotaba junto a una pequeña capilla. La vista de la villa desde esa altura era reconfortante, como si en aquel pequeño laberinto de calles polvorientas y casas extrañas encontraran al fin sentido a su viaje. Sólo tuvieron que cruzar un campo de huertas hasta alcanzar, en un descenso tortuoso, el centro de su nuevo mundo. En lo que ellos todavía no sabían era la plaza de la Soledad, donde varios hombres se afanaban en la construcción de un edificio que parecía iba a ser importante, les indicaron el lugar en el que encontrar a los parientes que les esperaban. Así fue como los dos jóvenes encaminaron sus pasos, por primera vez después de meses, por senderos diferentes.

Domingo Narciso dejó la toronja que estaba comiendo y miró en dirección a la puerta. Allí estaba, observándole risueño, su primo Txomin, con el pelo alborotado, las manos extendidas hacia él y una expresión de desenfado que le pilló por sorpresa, dejándolo incapaz de decir o hacer nada, inmóvil en su asiento.

—¿Pero ésta es forma de recibirme? Después de tanto viaje, ¿no hay una alegría mayor para este primo que tantos deseos tenía de encontrarte?

—¡Txomin! ¡Eres tú! ¡Estás aquí, en San Miguel!

—¿Ah, sí? ¡Figúrate que no me había dado ni cuenta!

Rieron y se abrazaron largamente, separándose para reconocerse y volverse a

abrazar. Realmente, aquella era una buena noticia para Allende, que no dejaba de preguntar:

—¿Cuándo has llegado?, ¿por qué no me avisaste?, ¿con quién?, ¿cómo?,…

—Para, para, no sigas haciendo preguntas que no tengo todas las respuestas. Apenas llego, no me ves qué aspecto traigo, si parece que acabara de pelearme con dos bueyes en el pajar de mi padre. Ofréceme aseo y después te cuento.

—Eso está hecho, espera aquí un momento.

Juanita entraba segundos después en la habitación anunciando que todo estaba previsto para que aquel señor se pudiera acomodar en una de las estancias de la casa, asearse y cambiar el atuendo sudoroso y lleno de polvo que arrastraba. Ella se encargaría de lavar sus ropas mientras el viejo Chava le preparaba una comida apropiada a los largos caminos recorridos en los últimos meses.

Al tiempo que Txomin se sumergía en una tina llena de agua clara con una pastilla de jabón oliendo a flores entre las manos, no muy lejos de allí, Ignacio engullía hambriento un plato de carnes y frijoles mientras su hermano Domingo esperaba ansioso a que le contara de casa, cómo estaban todos, qué hacían, qué noticias le encargó para él su padre.

El recién llegado tragó el último trozo de carne y miró con mucha seriedad a su hermano, que encogiendo los hombros intuyó el anuncio de una mala noticia.

—El mismo día que lo enterramos llegó la carta que tú mandaste. Estaba cansado ya de vivir, eran muchos años los que albergaba bajo el sombrero, pero siempre estuvo lúcido y cuerdo, más que ninguno. Madre se ha quedado afligida con la pérdida, aunque creo que sabrá sobreponerse, aún es joven y las hermanas se encargarán de ella. Te manda muchos abrazos, todos te envían saludos, hasta el cura, que como siempre espera tus buenos pesos,…

Ignacio volvía a coger carrerilla, y hablaba sin freno, sin acordarse ya de lo que había comenzado diciendo. A su lado, Juana Petra le observaba cariñosa, risueña, aunque no había dejado de mirar con detenimiento a Domingo, a quien le había cambiado el semblante al escuchar el anuncio de la muerte del padre.

—Si os parece oportuno, mañana podemos ofrecer una misa en la parroquia en su memoria. Nada me complacería más que recordarle ahora que tengo a dos de sus hijos sentados a mi mesa.

El que hablaba era Balthasar de Sauto que, atento a la petición de su esposa, había roto aquella charla en la que el joven Ignacio se había perdido hacía tiempo. Domingo le dio las gracias, y tras saludar debidamente a la señora animó al recién llegado a abandonar las estancias principales de Santa María para ocupar las suyas, las destinadas al administrador del obraje. Aquella noche los dos hermanos compartieron jergón pero no sueños, ya que mientras el mayor trataba de recordar aquello que hacía tanto tiempo había dejado atrás, el otro, el recién llegado,

imaginaba la próxima mañana, y la siguiente, y otra más en aquella tierra en la que, sorprendentemente, olía a cacao, a maíz y a primavera todos los días. Ignacio de Aldama no había descubierto aún el árbol *pirul* y su penetrante aroma de limón.

Gordejuela, Noble Tierra del Señorío de Vizcaya. A día segundo del año de 1750.

Mi muy estimado hijo Domingo Narciso, aprovecho la oportunidad que se me presenta de enviarte unas letras con tu primo Txomin de la Torre, que parte en esta ocasión hacia las tierras de la Nueva España donde tú te encuentras. Cada vez sois más los jóvenes que salís del valle para embarcaros en esos buques españoles que os alejan irremisiblemente de esta noble Vizcaya y de nosotros, apenados padres.

Desde ésta tu casa nos sentimos orgullosos de tus progresos y estimamos el esfuerzo que estás realizando por abrirte camino en las Indias. Sabemos que continúas próximo a tu tío y mentor, don Pedro de la Puente y Santibáñez, de quien esperamos hayas aprendido y copiado su buen hacer y honradez, que siempre te serán útiles en la vida. Nuestro mayor empeño ha sido veros crecer fuertes y sanos, y ayudaros a encaminar un futuro libre de penurias y carencias. Sin duda, tu actitud de obediencia, respeto y disposición a cumplir con nuestros requerimientos ha satisfecho por completo el deseo y orgullo con que nos encomendamos a la tarea de ser padres.

Es por ello que, ante la ausencia de respuesta por tu parte a nuestro último ruego, me veo en la obligación de insistir en el hecho necesario e ineludible que te atañe a ti tanto como a nosotros, y que no es otro que tu regreso, a la mayor brevedad posible, para atender esta casa y todos sus bienes raíces. Tu legitima madre, María de Ayerdi y la Puente, y yo, que soy tu padre, Antonio de Allende y Villamonte, asimismo legítimo, hemos donado en tu persona todos nuestros pertenecidos para que vengas a tomar posesión de ellos y defender con tu trabajo y buen discernimiento el nombre y la herencia que corresponden a tu linaje.

Tu hermano mayor, elegido desde su nacimiento para el desenvolvimiento de semejante labor, ha rechazado con su desobediencia e ingratitud la sepultura y el apellido de sus antepasados. Ahora nuestra mayor preocupación es el futuro de esta casa y por ende el de tus hermanas, que se encuentran sin tomar estado aún.

Debes saber que la salud de tu madre se ha visto afectada y disminuida, dado que el mal de huesos se ha adueñado de su pobre cuerpo y la mantiene postrada en cama en estos meses tan fríos y húmedos. Tu primo se encargará de ponerte al corriente de los sucesos que han asolado el valle y a esta familia en los últimos años, y de la repentina muerte de nuestro inestimable criado, Gerardo de Ussía. Así se lo pido y sé que me cumplirá palabra y te hará conocedor de todo lo que pueda instruirte.

Sin más deseo que el que estas letras lleguen a tus manos y ellas te traigan de

regreso a ésta tu casa, se despide tu padre que tanto te ama.

Antonio de Allende y Villamonte

Domingo Narciso apoyó en silencio el documento sobre la mesa y dirigió la vista hacia la ventana. Fuera, el cielo intenso de la Nueva España se dibujaba caprichoso de nubes y trazos de una noche nueva. No había un horizonte definido, una montaña cubierta por la espesura de los árboles, un límite a sus pupilas. Sólo la extensa estepa, esa tierra ajena y sin cultivar que le hacía sentir cómodo, feliz en este paisaje que había aprendido a contemplar con otros ojos, los de la curiosidad.

Antes de enfrentar la mirada interrogante de su primo, acarició con las yemas de los dedos el trozo de papel arrugado que tenía delante. Hubiera querido mancharse con aquella tinta seca, sentir el frío de enero en las manos, escuchar la risa alegre de la pequeña Manuela. Lo miró de reojo, Txomin esperaba en un respetuoso silencio la señal que le indicara el comienzo de la conversación que tanto deseaba entablar. Al fin le sonrió, y sólo tras un lento y largo trago de aguardiente formuló la pregunta que rondaba su cabeza desde que lo vio aparecer, apenas un rato antes, en el quicio de la puerta, cansado y sediento.

—Dime algo, ¿cómo es Manuela? Hace cuatro años la dejé niña y hoy imagino debe ser una mujer completa.

—¿Manuela? —Txomin se mostró confuso, sorprendido, y respondió con prudencia—. Sí, es cierto, es una mujer hecha y derecha, muy buena moza si he de decir la verdad.

—¿Sabía ella que tú vendrías a la Nueva España?

—Claro, todo el valle conocía de ello. Ya sabes cómo es eso.

—Entonces, ¿no te ha mandado ningún recado para mi, nada, ni unas palabras que acompañen a esta carta? ¿Acaso ya habrá olvidado a este hermano? —se quejó afligido.

—No creas eso. Si alguien te recuerda y te nombra es ella, y si no te ha enviado letras junto a éstas que has recibido es porque yo tampoco he podido despedirme como es debido. A mi partida Manuela llevaba ya un tiempo viviendo en Santurce, en casa de tu hermano Joseph, acompañando y ayudando a la mujer de éste, que se encuentra enferma de una grave caída y de la pérdida del hijo que esperaba.

—¿En Santurce? ¿Mi hermano mayor no vive en nuestro valle?

—No. Se fue a las montañas del hierro después de examinarse de oficio en la villa de Madrid. Pero hasta lo que yo sé no le está yendo muy bien.

Domingo Narciso no quería pensar en Joseph, se sentía desconcertado respecto a él. Su desobediencia había llevado a su padre a realizar aquel ruego insistente que le mordía las entrañas. Preguntó por sus otras hermanas, por sus padres y la muerte de Gerardo. Fue sabiendo cómo habían transcurrido aquellos largos cuatro años en

Zubiete y en la casa de los Allende, los detalles de la tormenta que destrozó las vides y los altos precios del *txakoli* desde entonces; los inesperados contratos matrimoniales que trataban de salvar la deficitaria economía de muchos caseríos; las romerías y las ferias; alguna gran cacería; y la presencia, cada vez mayor, de bandoleros y asaltantes de caminos. Al final de la noche el joven Allende tenía la abrumadora sensación de que en aquellos cuatro años se habían producido en el valle más sucesos que en toda la vida que él vivió allí, cuando el tiempo transcurría tan lento que nunca sucedía nada.

Su primo habló durante horas, demostrando intacta su habilidad para atrapar en una conversación amena a cualquiera. Domingo Narciso no le había echado especialmente de menos, pero ahora que le tenía tan cerca, que le escuchaba tan entusiasta y convincente, exagerando y gesticulando cada escena como si la estuviera viviendo, se alegró de su presencia. Y cuando el recién llegado le confesó que el viaje que apenas había comenzado acabaría algún día, porque estaba determinado a regresar al valle convertido en un rico hacendado y concluir allí sus días, no le creyó, sencillamente no pudo o no quiso creerle.

La jornada siguiente la parroquia se llenó de gente con la esperanza de encontrar entre ellos las voces nuevas que llegaban de las tierras lejanas del pasado. Aquella misma mañana un par de jinetes a lomos de sus caballos salieron al galope de la hacienda Santa María, iban a anunciar a todos los españoles avecindados en la villa y alrededores la celebración de una eucaristía por el alma del viejo Aldama, a la vez que informaban de la presencia de los dos recién llegados desde la amada patria.

Ignacio entró en el templo acompañado por su hermano, detrás de los pasos firmes de sus patronos, los Sauto. Txomin lo hizo junto a su primo Domingo Narciso y el tío de éste, don Pedro de la Puente. La devoción por San Francisco era unánime y ferviente, semejante a la que se vivía en las nobles tierras de Vizcaya y Ayala. La villa había sobrevivido a uno de sus muchos episodios epidémicos y más de una veintena de clérigos seculares cantaron la misa que inauguraba un nuevo tiempo.

San Miguel el Grande se reconstruía. Aquel año culminó la obra del colegio de San Francisco de Sales y se iniciaron otras. Las casas reales, frente al Oratorio de San Felipe Neri, no eran dignas de la época de esplendor que vivía la villa y su Cabildo español. El nuevo emplazamiento se decidió frente a la parroquia de San Miguel Arcángel, donde un jardín presidiría pocos años después el emergente núcleo social y político de la ciudad, desplazando irremediablemente la antigua plaza de la Soledad a un segundo lugar.

La polvareda que levantaban las nuevas construcciones tornó grisácea y sucia la ciudad de los colores por un tiempo. San Miguel se recomponía día a día. Aparecieron nuevas calles y plazas, paso a paso los arcos de cantera, las jambas y las rejas de hierro forjado dieron forma y fama a una villa que florecía bendecida por el

nuevo revestimiento que iba cubriendo la vieja parroquia.

Las fortunas ya fraguadas en el pasado, como lo eran las de Landeta, La Canal o Sauto, celebraban el contagioso crecimiento del que se hacían gala nuevos nombres como el de Berrio, Unzaga, Lanzagorta, y en última instancia Allende y Aldama. Las haciendas y sus huertas proliferaban en los barrios alejados del núcleo más urbano, y poco a poco los más jóvenes fueron adquiriendo la forma y el trato de sus predecesores. Criollos y españoles gobernaban un mundo de ellos y para ellos, en el que producían y comerciaban sin límite para la Colonia y la vieja España.

En un escenario así, resultaba difícil plantearse el regreso a casa. Zubiete estaba muy lejos ya de la mente del joven Allende, se perdía tras los cerros de Moctezuma y San Antonio que protegían la villa de San Miguel. Ninguna de las siete entradas y salidas que cruzaban la ciudad le devolverían a su origen, al verde valle. No podía, no quería regresar.

Trataba de olvidar aquel asunto, se perdía en parrandas con su primo y otros, conversaciones banales y tropiezos tontos con las mulatas que se ofrecían en cantinas y mesones. No le gustaba pensar en Zubiete, no ahora que el reclamo se había hecho tan explícito, sin permitirle dormir a pierna suelta, como lo hiciera desde que atisbo su futuro en esta tierra.

—Debes contestar a esa carta y exponer tus razones. No hay nada peor que la incertidumbre cuando la necesidad asola a una casa.

—Ellos no esperan una carta, tío, ellos me esperan a mí. En las letras de mi padre se revela su convencimiento de que voy a regresar a tomar posesión de los bienes de los Allende. No cabe alternativa para él.

—Por eso mismo debes informar, para que pueda tomar otra vía, solucionar su problema cuanto antes. Piensa en tus hermanas, en esa pequeña Manuela de la que tanto hablas, y en su futuro. Quizá ella pueda ocupar tu lugar…

Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de Domingo Narciso. Sabía que el futuro de Manuela estaba en entredicho. Si los dos hermanos varones no se hacían cargo de la hacienda de los Allende, la casa y todos sus pertenecidos pasarían a manos de Josefa, la primogénita. En cualquier caso, Manuela, por ser la más pequeña, sería la última en optar a la herencia. Una legítima, que iba mermando conforme la situación no se solucionaba, sería a la postre su única pertenencia.

Pensaba en ella a menudo, más desde que Txomin había llegado a la Nueva España. Le gustaría volver a verla, oírla reír, sentirla cerca. Hablaba de ella con su primo, le imaginaban un futuro distinto y se atrevían a traerla hasta estos cerros.

—No sería feliz aquí, estoy seguro.

—¿Por qué dices eso, Txomin?

—Porque Manuela es mujer de aquellas tierras, de sus montañas y sus aguas.

—Hay verdad en lo que dices, en sus ojos he visto reflejarse el valle como en

nadie. Aún así, podría ofrecerle…

—¿En qué estás pensando, muchacho?, ¿qué locura es esa? —intervino repentinamente don Pedro—. No consentiré que hagas tal ofrecimiento, ¡pues en buen lugar dejarías a los tuyos! Una cosa es que no regreses a tomar posesión de lo que te ofrecen, con lo que estoy totalmente de acuerdo, pero esto es algo muy distinto. Deja que ellos solucionen el problema, ayúdales con buenos pesos si crees que eso puede aliviar su situación, pero no les despojes de lo único que les queda, la continuidad que les permita llevar erguida la cabeza. Bastante han perdido ya, ¿no crees?

Domingo Narciso se sintió avergonzado ante la inesperada reprimenda. Sabía que lo que había dicho era sólo una ilusión, un pensamiento sin reflexión, una pequeña quimera. Estaba echando de menos a todos ellos, y soñar con Manuela, acercarla hasta él, hasta aquí, en este momento, era como respirar aire fresco, el aire húmedo que manaba de la tierra de las montañas de su infancia.

Escribió una y mil cartas en aquellos días, rechazó de una y mil maneras el ofrecimiento que se le hacía. Pero no fue capaz de enviar ninguna. Desde que era niño supo que no tendría nada, que la amada tierra de sus antepasados era para Joseph, y que a él le quedaban las milicias, o con suerte las Indias. Y hubo suerte, llegó aquel documento, enviado por un pariente lejano, un desconocido que le reclamaba, el mismo que le había enseñado a amar estos campos de cereal, estas haciendas, sus gentes distintas, y las muchas oportunidades que ofrecía la Nueva España. Pensó en el Fuero, esa ley inquebrantable que obligaba a cada uno de sus hijos a un único destino. Joseph se había atrevido a desafiar la costumbre, había elegido otro camino, y ahora él también lo hacía. Cuando comprendió que no podía culpar a su hermano mayor rechazando él mismo aquel patrimonio que dejaba en manos de un destino incierto, supo que jamás regresaría. Entonces deseó que fuera Manuela, que se resolviera en ella el futuro de los Allende de Zubiete. Intuía, conocía la fuerza que guardaban sus ojos verdes como el valle.

Al igual que ocurría en las nobles tierras de ayaleses y vizcaínos, también aquí era el primer día del año cuando se reunía la Alcaldía Mayor para elegir a sus nuevos miembros. Todo parecía surgir de la improvisación, y sin embargo todo estaba dicho y concertado de antemano. La visión del portal de las casas reales, frente al Templo del Oratorio, ofrecía una imagen clara de lo que se podía encontrar al interior del viejo edificio, a todas luces insuficiente para el crecido número de hacendados con intereses en el gobierno de la villa.

Balthasar de Sauto se apeó de su caballo y se lo entregó al mulato encargado de atenderlo en su ausencia. Antes de cruzar el umbral revisó el resto de cabalgaduras, sabiendo que lo que estaba a punto de presenciar al interior no era sino otra farsa más. Doblaba a muchos de ellos en edad y conocía bien la trama urdida décadas atrás,

heredada hoy por descendientes y allegados, que trataban de acaparar y controlar los accesos a los puestos de la alcaldía y del ayuntamiento. Hubo un tiempo en que señores de fortuna, como Manuel de la Canal y el propio Landeta, participaron en aquella estrategia de mantenerse al margen, ejerciendo el poder desde el exterior, nombrando y dirigiendo un Alcalde Mayor a conveniencia.

Joaquín de la Cuesta, un extraño en la villa, ocupó a partir de ese año el cargo de máxima autoridad. Se nombraron regidores, alcaldes ordinarios y repitieron escribano, y todos, sin excepción, estaban bien relacionados con aquella élite de poder económico y social que gobernaba la ciudad y por ende también el campo. Cuando horas después Sauto subió a su caballo y retomó el camino del norte en dirección al obraje, un pensamiento ocupaba su mente: *no me fío de ninguno de ellos, sin duda han de traer confusión y dificultades.*

Alcanzó el alto desde el que la vista descubría el admirable portalón de Santa María. A la derecha del camino se alzaba la capilla de San José del Ángel, un pequeño templo que hizo construir para devoción de los habitantes de su casa y hacienda. Salían del rezo de la mañana mujeres mulatas e indias perseguidas por sus retoños. Caminaban despacio, haciendo tiempo para dejar paso al jinete que llegaba. Todas saludaron al amo con una leve inclinación de cabeza, excepto una. Aquella mulata de piel tostada, de ojos grandes, blancos como el nácar, le mantuvo la mirada en un silencio cortante que paralizó al resto en la todavía postura inclinada de sus cuerpos menudos y sigilosos.

A esa misma hora cruzaban el puente viejo, sobre el mismo río que bañaba las huertas del obraje, tres hombres al galope. Se dirigían al vecino pueblo de Dolores. Eran Domingo Narciso de Allende, Txomin de la Torre y Andrés de Berrio. Inseparables desde el primer contacto, los tres jóvenes se habían acostumbrado a recorrer los senderos de San Miguel, sus cerros y cañadas, sus mesones y pulquerías a la primera oportunidad que se les presentaba.

Allí, en Dolores, les esperaba don Pedro, ansioso por conocer las novedades del nuevo ayuntamiento que se había formado en la villa. Apenas unos años mayor, el tío de Allende era un hombre avispado, hábil para los negocios, convencido de su acérrima soltería, que estaba dispuesto a encarrilar y beneficiar en todo a su sobrino. Aquel primer día del año le citó en Dolores para mostrarle una vaquería. Según su teoría, la lana tenía los días contados y en su lugar el ganado mayor traería la verdadera riqueza a estas tierras, como la plata a las de Zacatecas. Cuando don Pedro vio llegar a tres jinetes, sudorosos, con la boca tapada para evitar masticar el polvo que las pezuñas de sus jamelgos levantaban del camino, supo que el año comenzaba con una buena correría. De Dolores a San Miguel no hubo hacienda que no les abriera puertas y patios donde beber y celebrar. Ya en la villa se les juntaron los hermanos Aldama y no quedó mesa sin pan en la que no se oyeran sus alegres voces.

A aquellos primeros años de la década de los cincuenta se les llamaron los de la racha buena. San Miguel el Grande cambiaba, mudaba su cobija vieja por una nueva, más resplandeciente. Crecían las haciendas, el número de cabezas de ganado, la lana y los telares, los obrajes y los templos. El comercio florecía y la vida surgía en barrios estratégicamente ubicados al lado de generosos y abundantes ojos de agua clara.

Las oportunidades eran tantas que cada uno de aquellos jóvenes entusiastas y libres fue tomando sus propias decisiones y encaminando su futuro en direcciones bien diferentes. Mientras Txomin, tras los pasos firmes de Berrio, se interesaba por los intercambios comerciales, fascinado frente a los artículos que llegaban procedentes de las Filipinas, los que salían de los telares y los muchos pesos que se lucían en el intercambio, su primo Domingo Narciso se empeñaba en aquel trozo de tierra, a todas luces inmenso, en el que levantar el casco de una gran hacienda, un rancho rodeado de ganado y gentes, de trabajo y vida. El caso de los hermanos Aldama era bien distinto. El mayor de los dos ocupaba con celo el puesto de administrador en el obraje más conocido y codiciado, el obraje de don Balthasar, y lo hacía con holgura desde que Ignacio se convirtiera en su mano derecha. Juntos lograron los mayores índices de producción, pero también las peores condiciones de vida al interior de aquellos largos, gruesos y húmedos muros que no decían lo que escondían.

Enseguida llegaron los aires renovados de un nuevo abril. La primavera inmortal de aquellas tierras no sorprendía a Domingo Narciso, que se había acomodado fácilmente a sus brisas suaves y repentinas lluvias torrenciales, tanto que apenas recordaba la rigurosa inclemencia de los inviernos de su infancia. El viaje por las llanuras del norte había terminado. Por fin podría iniciar el camino de regreso después de un mes cabalgando, casi sin descanso, a la cabeza de un grupo de hombres que seguía sus indicaciones en silencio, sin más interés que el de obedecer las órdenes que se les daba. Qué diferente era todo aquí, en esta tierra inhóspita donde la vida de un hombre se mide por las balas que carga en su cinto. Concluía otra más de las agitadas incursiones que solía realizar por los terrenos áridos y polvorientos que se extendían en dirección a la ciudad de Zacatecas, por el camino de Tierra Adentro, en la ruta de la plata. De allí partían las largas caravanas de mulas que a menudo veía desfilar en dirección a la ciudad de México. Aquellos famélicos animales, lentos y con la vista puesta en el polvo del suelo, arrastraban con ellos ingentes cantidades de plata extraída de unas minas que parecían inagotables, enriqueciendo a la Corona y, sin que ésta se diera apenas cuenta, también a la Colonia, cada vez más independiente y rica en las personas de su propio gobierno.

Domingo Narciso comprobó que todos se encontraban en sus puestos, listos para emprender al fin el regreso a casa. En total sumaban diez jinetes, si se contaba a sí

mismo y a Salvador. Quizá no les hubieran venido mal más brazos y varas que arrearan el ganado, pero nunca imaginó que se haría con un rebaño de tal envergadura.

—Salvador, es hora de partir o se nos echará la noche encima. Da la orden ahí atrás para que se pongan en marcha.

¡Como mande, amo Allende!

No le había resultado difícil acostumbrarse a la compañía continua de aquel joven de piel oscura. Había sido empeño de su tío don Pedro que tuviera un hombre de confianza desde el primer momento, como lo tenían el resto de hacendados y rancheros, y había acertado de lleno en la elección. Salvador era fiel y discreto, pero además era hábil con la tierra, sabía de ganado y de cultivos, y, aunque más bien serio, también solía reír y entonaba, cánticos que sonaban a tiempos muy lejanos. De origen otomí, tenía por costumbre cabalgar un paso por detrás de su patrón. Así se mantenía vigilante, atento a cualquier imprevisto, mientras chiflaba alguna melodía indígena, de esas que Domingo Narciso no conseguía retener en la memoria y mucho menos interpretar después. Envuelto en aquella manta vieja y oscura, se apreciaba con claridad el bulto del machete colgado a su espalda. No era el único que viajaba armado, todos lo hacían, sobre todo transitando por esta sabana inquieta. En su lugar, el joven Allende cargaba con pistola y balas cada vez que salían al campo, montado a lomos de aquellos caballos altos y rápidos como el viento, disfrutando de la intensidad con que se vivía cada minuto en este lugar, recorriendo distancias en una y otra dirección.

Llegaron a la hacienda cuando las sombras de la noche se dibujaban sobre la tierra seca. Dejó a los hombres allí, al cuidado de las ovejas, y él se encaminó hacia San Miguel. La distancia entre una casa y otra la cubría un hombre a galope en poco más de media hora, si era buen jinete y el animal joven; Domingo Narciso solía ocupar en tal empresa la mitad de ese tiempo. Frente al portalón de entrada se bajó del caballo sin esperar a que le alcanzara el mozo que venía en dirección a él. Le dolían todos los músculos del cuerpo y le ardía la boca de sed. En el zaguán se tropezó con una muchacha que salía a su encuentro ofreciéndole una jarra de agua fresca. Bebió con urgencia antes de dar órdenes precisas para que le prepararan una tina templada y un almuerzo copioso. Su tío no regresaba de México hasta el día siguiente, así que se dispuso a cenar solo y acostarse temprano. Por la mañana le despertaron gritos de júbilo.

—¡He visto el rebaño! ¡Santo cielo, es inmenso!

El joven se vistió de prisa y salió al corredor a encontrarse con el dueño de aquellas voces que le aclamaban. Era mediodía. Don Pedro había regresado según la fecha prevista, y con tiempo para haber visitado la hacienda y conocido las dimensiones del rebaño.

—Buen trabajo, muchacho, buen trabajo. Ahora sí has cumplido y superado todas las expectativas. ¡Esa lana te va a hacer rico!

—Eso espero, porque ya he visto las reses que quiero para mi rancho. Voy a criar ganado grande, ganado de verdad. En estas tierras cabe todo, absolutamente todo.

—¡Hasta cereal!

Don Pedro llegaba de la ciudad de México con un buen negocio entre manos, había vendido, y a muy buen precio, más cereal del que podía imaginar floreciendo en las huertas de San Miguel. La mesa se fue llenando de frutas, frijoles, tamales, carnes y tortillas de maíz, y los dos hombres se sentaron en rededor dispuestos a darse un festín.

—Lo que daría por una jarra de nuestro vino, amargo y bien fresco, arrastrando la arena que llevo pegada a la garganta —se quejó Domingo Narciso.

—Pues tendrás que conformarte con un trago de pulque, porque el *txakoli* que llega a la Nueva España no sale de la ciudad de México; Castañiza y los otros se encargan de beberlo en sus salones. Llega poco, pero la mesa está muy elegida, hazme caso y conformarte con un trago de este pulque, muchacho.

—Esa leche ácida y pastosa que sacan del maguey resulta demasiado mareante. Creía que me acostumbraría, pero cada vez me cuesta más esfuerzo tragarla. Prefiero mezcal.

—Pues mezcal entonces, y no se hable más.

Debatieron e hicieron planes sumando y restando los réditos del recién instalado rebaño en la hacienda la Trasquila, donde Domingo Narciso esperaba ampliar sus horizontes criando reses con que llenar, a buen precio, las despensas de la tierra del norte. Don Pedro se mostraba feliz y lo celebraba. Le gustaban las vaquerías, los ranchos donde hombres y animales se retaban en fuerza y valor.

Siempre quiso que su sobrino se aventurara en esta empresa y por fin se veía decidido, aunque con todo el camino por andar aún.

—Y dime, ¿por qué dejar a un lado la lana? Es un negocio excelente, y ese rebaño te va a traer muy buenos pesos. Los trapiches y los obrajes están a todo dar, han llegado nuevos indios y mulatos de las tierras del interior para cubrir todo el trabajo. La fama de los paños que aquí se hacen llega hasta la vieja Europa. Hazme caso, un animal no excluye al otro y ambos son rentables, al menos por el momento.

—Pero no hay tierra para tanto. La Trasquila tiene sus limitaciones, bien lo sabe.

—Pues busca otra hacienda, compra un rancho apropiado, un lugar donde las reses puedan criar sin estrecheces.

No lo había pensado, no imaginaba poseer otro rancho, no aún. Se quedó callado, meditando las últimas palabras que seguían flotando en el aire. Finalmente se levantó y se acercó despacio a una de las ventanas, desde donde observó a Juanita arreglar algunas ropas y telas al sol, extendiéndolas primero para luego doblarlas. Encontró en

su expresión distraída algo que le enterneció y le animó, tenía una cara risueña y un cuerpo joven, y aquellas trenzas enredadas en cuerdas y lazos de colores le llamaban imperiosamente la atención.

—¿Cuántos años cree que tendrá Juanita?

—Pues no sé, pero es probable que más de quince.

—Su madre me ha asegurado que diecisiete, pero dudo de su palabra. ¿Sabrá ella misma los años que cumple?

—Ella sabe lo que le dice su madre y para de contar. Y aquella estará encantada si te has fijado en su hija y tratará de convencerte de lo que sea.

Don Pedro, incitado por la curiosidad, también se acercó a la ventana. Los dos hombres se quedaron allí, parados, contemplando caer el último resplandor de la tarde sobre las telas que la india desdoblaba, extendía y volvía a recoger. Aquellos colores intensos rodeando las manos y el espíritu de la muchacha transmitían alegría y hasta ganas de bailar. Con el último sorbo de mezcal de aquella tarde que languidecía tras los muros de la casa de don Pedro de la Puente, en la villa de San Miguel el Grande, se retiraron por fin a descansar.

Percibió un pequeño temblor, un temblor que le hizo agarrarse al jergón, asirse con fuerza a la ropa sobre la que yacía su cuerpo sudoroso, cansado, satisfecho. Quiso asegurarse de que Juanita ya no estaba a su lado, se dio la vuelta con brusquedad perdiendo por completo el equilibrio. Sintió el balanceo del océano bajo la piel, la primera náusea, el regreso del miedo, aquel temor incierto. Una luz tenue iluminaba la estancia, la india había cerrado la puerta al salir de la alcoba. Allí no había nadie más que él, recuperando el aliento, tratando de acomodar sus ojos a la cama, ya quieta, a la puerta, cerrada. Una vela había caído al suelo; oyó voces en el corredor, los habitantes de la casa se habían levantado, se movían sin conseguir el sigilo que pretendían. Por fin todo quedó en silencio y una ficticia calma envolvió la noche y la casa.

Domingo Narciso ya no pudo conciliar el sueño. Aquella pesadilla empezaba a ser recurrente, le sobresaltaba agitándole, acelerándole el corazón sin sentido, era como si el mar reclamara su cuerpo ya vencido. Solía creer que había una premonición en todo aquello, que el final de su vida irremediablemente llegaría con el balanceo inquietante del agua del océano, aquel agua salada que seguía oliendo en su interior cuando la noche oscura temblaba y con ella todo él, todo lo que le rodeaba. La inquietud dirigió su pensamiento hasta el valle de Gordejuela, a la casa de Zubiete y los ojos de Manuela. Y a la carta, la carta escrita con una tinta ya vieja, una tinta casi antigua, la que utilizó su padre para reclamar su regreso, un regreso que no sería, porque nunca iba a volver, ya nunca abandonaría la tierra y la existencia que le brindaba la villa de San Miguel. Lo sabía y aún así no había sido capaz de responder a los ruegos, de malograr definitivamente las esperanzas del hogar de los Allende. Lo

había intentado, una y mil veces trató de dejar impresa su negativa, y ni una ni mil veces que el pergamino se le ofreció a sus pupilas verdes logró dibujar en él la línea de su destino.

Se levantó al alba. Sobre los fogones de la rudimentaria cocina se movía sigilosa Juanita. Aquel hogar se alzaba sobre un fuego espléndido que ardía al interior de una abertura cóncava. Encima las ollas bullían y la india agitaba con energía algo que Domingo Narciso no lograba ver. Cuando le dio los buenos días la joven se asustó.

—Discúlpeme, señor, ahora mismo le sirvo su desayuno.

—Dime Juanita, ¿cómo haces para no quemarte las ropas con esa lumbre encendida bajo los fogones?

La muchacha, sorprendida por la inesperada pregunta, se encogió de hombros y dirigió la mirada por detrás de él. El viejo Chava, que observaba la escena en silencio, intervino sin dilación.

—Amo, madrugó hoy más de lo habitual. Cuál es el apremio, no tiene buena cara.

—Chava, necesito que me ensilles el caballo, voy a salir en cuanto Juanita me sirva ese desayuno que me ha prometido dirigió una mirada sonriente a la muchacha que tenía enfrente.

—Pase, patrón, pase que enseguida se lo llevan —dicho lo cual el indio se volvió hacia la joven, que observaba paralizada a los dos hombres—. ¡Anda, muchacha, no te duermas que el amo va con prisa!

Poco después salía Domingo Narciso por el portal de aquella casa montado en su cabalgadura. A pocos metros por detrás, Salvador, su fiel criado, le acompañaba y protegía, con el machete bien sujeto a la cintura. En el zurrón del amo sonaban con un tintineo impreciso los pesos fuertes que esa misma noche había separado de la caja de caudales que guardaba en su alcoba. Como ya hiciera en otra ocasión en que las aguas del océano se filtraron y empaparon sus sueños, enviaría dinero a Zubiete a falta de aquellas letras de renuncia a los bienes de los Allende que nunca en su vida fue capaz de escribir.

El olor a aceites rancios y a piel seca de las curtidurías se mezclaba con el de animal muerto que desprendían los mataderos, volviendo denso y pegajoso el aire de las tardes de calor como aquella. En los últimos años las calles se habían llenado de artesanos curtidores, tejedores y matarifes. La cría de ovejas proliferaba en haciendas y ranchos, se extendía por las llanuras y los cerros, y a su alrededor surgían y se improvisaban telares sueltos y familiares que competían directamente con pequeños talleres llamados trapiches, donde se tejían sarapes y colchas de vivos colores. Los comerciantes llegaban a la villa por docenas, buscando las famosas manufacturas de lana y cuero al mejor precio. Había una calle, la de los mesones, que se mantenía ruidosa y con mucha vida todas las horas del día y parte de la noche, sin descanso, atendiendo a la vez a vecinos y transeúntes.

Era viernes, y el cielo lucía de un color azul intenso, despejado, sin viento. La noche se anunciaba cálida y los cuatro jóvenes rodeaban con sus cuerpos la mesa donde conversaban desde hacía horas. Habían pedido algo de comida para frenar la embriaguez producida por el tequila, mientras mantenían una conversación animada sobre la compra de ganado, la obtención de nuevas tierras y la intensa actividad comercial que se filtraba por todas las áreas de la vida. Hasta que uno de ellos trajo a la mesa la última nota de la sociedad local: el convento que la hija del difunto Manuel de la Canal se había empeñado en construir en San Miguel el Grande.

—Dicen que ella misma quiere convertirse en monja.

—¡Una religiosa de alcurnia! En ese caso no hay duda, se hará el convento que desee. Ni la iglesia ni el rey dejarán escapar semejante dote.

—Txomin, deberías pretenderla, no permitas que una joya de tanto valor se pierda detrás de los muros de un convento, por muy nuevo que éste sea —le provocó jocoso Domingo Narciso.

—Tiene razón tu primo, ¿por qué no vamos el domingo al Chorro? Quizá puedas hablarle y hacerle cambiar de idea.

Estas palabras de Berrio hicieron estallar en carcajadas a todos ellos. Desde que llegó a estas tierras, Txomin de la Torre había roto corazones y probado todo tipo de jergones, pero ninguna moza parecía cubrir sus expectativas o, como él decía, ninguna era buena para acompañarle a las tierras de las que venía y donde pensaba regresar algún día. Pero menos que ninguna ésta.

—¿Estáis locos?, cualquiera se acerca a las hijas del difunto Manuel de la Canal. Landeta me sepultaría vivo. Acaso no veis que las tiene elegidas y reservadas para sus hijos. ¡Y la que no quiera un Landeta, para la iglesia!

Rieron de nuevo. Había mucha razón en lo que el alegre y despreocupado La Torre anunciaba. Francisco José de Landeta había hecho el mejor negocio de su vida al convertirse en albacea del Mayorazgo de la Canal y Hervás. Cada movimiento aseguraba un poco más el futuro de los suyos. Los últimos rumores llegaban desde Guanajuato, acerca del más que posible título que iba a convertir de la noche a la mañana a don Francisco José en el primer Conde de Casa de Loja. Todavía no se había confirmado, pero nadie dudaba de que la noticia tuviera visos de ser cierta.

El mejor lugar para hacer circular los secretos a gritos era el paseo vespertino y dominical, el que transcurría por los barrios del Chorro, Guadiana y Ojo de Agua. Entre aquellas huertas, las más grandes y mejor regadas de los españoles, paseaban las jóvenes casaderas, siempre debidamente acompañadas, y se lucían ellos, ataviados con sus mejores galas. Allí acudían todos, *gachupines* y criollos de San Miguel, a comprometer su futuro con la mejor opción. El matrimonio, al igual que ocurría en las tierras de las que venían, era un negocio al que sacar la mayor y mejor rentabilidad. Ninguna unión solía ser fortuita, desinteresada o nefasta para los

caudales y el futuro de los españoles en la villa. Eso tampoco impedía romances, enamoramientos y ciertos tropiezos con las pasiones que desataba la juventud.

Txomin, Ignacio, Berrio y Allende acostumbraban a dejar sus caballos atados a un árbol que custodiaba la antigua capilla. Paseaban por entre los campos, saludaban a las muchachas y sus amas, y se divertían sobremanera con aquellas poses que no se diferenciaban tanto de las que se servían en las plazas de los pueblos de su pasado. Si no fuera por el clima, siempre cálido, y la ropa, vistosa y alegre, parecerían las mismas. Después de un rato de lucido paseo, se subían nuevamente a sus monturas y recorrían los campos, las veredas, las haciendas. Atotonilco solía ser uno de los destinos más frecuentes en las calurosas tardes de los domingos. Allí, en las aguas termales que los antiguos indios pobladores de estas tierras descubrieron y disfrutaron, tomaban baños interminables que les devolvía recuperados y hambrientos a los mesones de San Miguel.

Pero no todo era divertimento y relajo. También trabajaban y lo hacían con dureza, destreza y empeño. Unos con el ganado y otros con el comercio, no había descanso cuando se trataba de hacer negocio y hacienda. Según avanzaba el siglo San Miguel se convertía en centro productivo y manufacturero. Las inversiones adquirieron una importante dimensión en este tiempo y los poderosos vecinos, dueños indiscutibles de la región y en poder del aparato político del Ayuntamiento, supieron cómo aprovechar el capital comercial que llegaba desde la ciudad de México. Las haciendas se multiplicaban en el territorio de los tres distritos que formaban la alcaldía: San Miguel el Grande, San Felipe y Dolores. Mientras que en el primero las ovejas y la lana salpicaban de blanco el paisaje, las haciendas de Dolores y San Felipe se llenaban poco a poco de ganado mayor, vacas y toros que cubrían las necesidades en las labores de teñir la lana, junto a madres y hermanas. A Ignacio le gustaba ese espectáculo al sol. Sobre todo cuando aquella negra de dimensiones más que considerables entonaba sus cánticos, lejanos y graves, que las demás coreaban con voz suave, casi callada. Verdaderamente, le impresionaba aquel espacio más que nada en el obraje, cuando por un instante ni la miseria, ni el agotamiento, ni el hambre parecían tener que ver con su nueva vida y el trabajo que había venido a desempeñar en este lugar.

Observó a Jimena alejarse del resto, buscando la sombra del *pirul* que encabezaba la larga hilera de árboles que bordeaban el río. Desde donde él se encontraba podía escuchar el sonido de las ramas, dejándose arrastrar por la brisa suave, en un gemido intenso, dilatado, insinuante. De pronto, la negra se agachó con brusquedad, escondiéndose de algo o alguien que Ignacio no alcanzaba a reconocer. Con esa postura, más incómoda para su voluminoso cuerpo que para ningún otro, la mujer trataba al mismo tiempo de no ser vista y ver. La curiosidad se removió dentro del joven Aldama, que buscó un lugar más propicio para descubrir el secreto que se

escondía por el camino del río. La azotea era, además de discreta, un buen prismático. Subió sigiloso, siguió con paso firme el borde desde el que se apreciaban los intensos colores de la tintura, y cuando llegó a la esquina agudizó la vista. Enseguida dio un respingo hacia atrás, se tapó la boca para no gritar, y corrió hacia el suelo firme y llano del obraje. Los tintoreros le observaron con temor, sorprendidos por la presencia del ayudante del administrador entre ellos. Cuando llegó al patio donde se impregnaba de color la lana vio a Jimena, sumergía de nuevo sus anchas manos en el azul, en el verde, en el rojo. No le dijo nada, no quiso mencionar lo que estaba seguro ella también había descubierto.

Aquella fue la primera vez que Ignacio los vio. Apenas un segundo de su vida que llenó de incertidumbre y temor los días con sus noches. No sabía cómo enfrentarse a esta nueva circunstancia, cómo encarar a su hermano mayor, pedirle una explicación, advertirle de las consecuencias. Los espió, se convirtió en su sombra y la sombra del *pirul* en su guarida. El árbol, con aquel intenso aroma a limón, lo protegía a la vez que le mostraba una realidad confusa, sórdida, que lo obligaba a mantenerse alerta.

La primera vez que descubrió a su hermano y a su patrona en una actitud más que comprometida para la salvaguarda del honor que se debían, se sintió traicionado, y enfermó de miedo y obsesión. Si el amo llegaba a conocer la situación, si por una de esas casualidades de la vida se encontraba con los amantes o llegaban a sus oídos argumentos válidos para creer en la posible perfidia, nadie podía poner en duda la muerte segura del administrador. Esa firme idea de que acabaría sólo, sin familia ni futuro en estas tierras, convirtió su existencia en un infierno, y cuando no vigilaba y protegía a los amantes, lo hacía con la negra Jimena, de quien estaba convencido sabría cómo hacer uso de tan valiosa información si se le presentaba ocasión.

Entonces, en mitad de aquel desasosiego que tenía encogido el corazón del más pequeño de los Aldama, se desató la furia del amo. Era muy de mañana, apenas se oían los cascos de un caballo que se alejaba de la puerta que cerraba Santa María, cuando comenzaron a escucharse los gritos que Sauto lanzaba al aire, descompuesto y salvaje, a medio vestir, luciendo apenas un calzón largo y en parte desabrochado. Durante unos minutos inciertos, en mitad de la soledad temprana del patio, estuvo arrojando improperios al cielo. Ignacio lo contemplaba atónito, escondido tras las sombras de su alcoba, temeroso del momento en que el amo decidiera ir en busca de su hermano Domingo. Pero no sucedió tal cosa. Después de un rato, que se le hizo eterno, Sauto entró en las habitaciones principales de la casa. Sólo dos personas hubieran podido acercarse a él en una circunstancia como aquella, doña Juana Petra y el administrador de su hacienda, pero el temor los mantenía lejos, cobijados en la incertidumbre de las causas que habían provocado su ira.

Horas después supieron con alivio que la bravata venía, no de la infidelidad de las personas en que tenía depositada su confianza, sino de la decisión del Conde de Casa

de Loja de edificar un convento de monjas en uno de los principales accesos a la ciudad. Aquel altercado enfrentó definitivamente a Balthasar de Sauto con la población de criollos ricos que dominaba la esfera política y buscaba la forma de dominar también la económica. El enclave donde estaba previsto edificar el santísimo recinto, en el que se recluirían de por vida algunas de las hijas más acaudaladas de la ciudad, cerraba una de las principales entradas al tráfico de arrieros y comerciantes, y sin lugar a dudas devaluaba las propiedades que Sauto poseía en torno a aquel específico lugar. Denunció a Casa de Loja y encontró enfrente a todo el Cabildo español.

La primera reunión se celebró en la sala del estrado de la casa de don Francisco de Landeta y Urtusaustegui. Las razones que llevaron hasta allí aquella tarde de verano a los hombres más influyentes de la ciudad tenían que ver con la necesidad de una revisión de las leyes que regían los obrajes. Sin embargo, nadie se extrañó por la ausencia de don Balthasar de Sauto, propietario de hasta tres haciendas, miles de reses y más telares que ninguno de los presentes.

En compañía de sus mujeres, que fumaban sentadas sobre cojines de colores, los hombres conversaban de pie mientras bebían e intercambiaban opiniones. No hubo un discurso ni una votación, tampoco se alzaron las voces de forma pública, pero al final de la tarde, cuando las personas más ricas de la villa, que formaban una sólida red de familiares criollos bajo los nombres de La Canal, Lanzagorta y Landeta, abandonaron la casa del Conde de Loja, tenían un enemigo común y un único objetivo: cerrar el obraje de Sauto.

CAPÍTULO V

La carta llegó meses después. La escribía una mano firme, una pluma ligera, una tinta nueva. No eran las letras de su padre, no eran los mismos trazos alargados y tensos. Estos eran más finos y menos espesos, redondeados y unidos unos caracteres a otros por lazos casi invisibles que Domingo Narciso trataba de seguir sin levantar la vista, ávido de noticias.

La noche había caído sin anunciarse, descendiendo sigilosa de las cumbres, cubriendo con su negro manto la llanura, la planicie que circunda San Miguel el Grande. En la hacienda Los Manantiales un viejo y cansado indio abría la puerta a las sombras oscuras de la noche, que irremediablemente entraron junto al amo.

—Joven, no debería transitar por las negruras, las noches cerradas como ésta no son amigas de los hombres.

—No temas, viejo, ahí afuera no para ni un mal perro.

—Los perros son más inteligentes que las personas, saben guarecerse al abrigo de las iglesias cuando llegan las oscuridades. Pero ustedes, usted y los otros patrones con los que se ve, no tienen conocimiento paseándose por ahí a estas horas. Nada bueno entra en casa cuando se abre la puerta a la penumbra.

—Y dime, viejo, ¿qué haces levantado aún?, te he dicho mil veces que no esperes por mí.

—¿Y por quién si no, mi patrón? Pero hoy también por su tío, que lo aguarda desde hace horas para platicarle.

Domingo Narciso torció el gesto en una mueca de preocupación, aquello no era habitual, don Pedro nunca se presentaba así, sin mandar aviso.

—Salvador está en las cuadras, habrá que preparar comida también para él. Venimos con hambre, no escatimes.

Dijo esto mientras apresuraba el paso por el corredor, para llegar cuanto antes a la sala donde su tío cabeceaba a la luz de una lámpara que se consumía sin remisión.

—¿Qué ocurre, qué razones son tan urgentes como para perder sueño y descanso?

—¡Muchacho, no pensaba que trasnocharas tanto! No tenía sueño y se me ocurrió esperarte, pero ya ves, me he convertido en uno de esos viejos que se duermen cuando cae el sol.

—¿Ha cenado?

—No, ni siquiera. ¿Y tú?

En ese instante entró Juanita en la habitación y se afanó con la mesa. Les anunció que la comida estaría lista en breve y volvió a desaparecer por la misma puerta, tan

suavemente como había entrado. Desde que Domingo Narciso se acomodó definitivamente en la hacienda Los Manantiales, la joven india de trenzas como el agua se había trasladado con él, empeñada en ser ella y no otra quien gobernara aquella casa donde el patrón residía por temporadas, según el trabajo y las ocupaciones de cada momento. En la villa de San Miguel continuaba manteniendo el lugar que ocupó desde su llegada, en el hogar de don Pedro de la Puente, que le recibía siempre con entusiasmo.

—Y dígame, ¿qué le ha traído por aquí, si apenas hace dos días lo dejé en su casa bien atareado?

Por toda contestación obtuvo el sobre cerrado que su tío acababa de sacar del morral y le ofrecía en silencio. Leyó la palabra *Allende* impresa en tinta sobre el papel arrufado y un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo, como un calambre interminable. Durante un largo instante la mano que alzaba el documento permaneció suspendida en el aire.

—Acallemos el grito de mis intestinos primero, después habrá tiempo, ¿no le parece? —y dejó así a un lado las letras que sabía llegaban desde Gordejuela.

En ese instante entraba de nuevo la mestiza en la sala con un recipiente sobre ambas manos que rebosaba carne humeante.

—Juanita, ¿has visto a Salvador?

—Está en la cocina, ¿quiere que le haga llamar?

—No, no —y dirigiendo a don Pedro una mueca que buscaba su participación añadió—: sólo recuérdale que mañana saldremos temprano.

Las hectáreas habían crecido considerablemente en los últimos años desde la adquisición del primer rancho, el que llamaban San José de la Trasquila, donde criaba el ganado grande. Gracias a los préstamos que la Iglesia otorgaba a plazos largos y cómodos intereses, también había podido hacerse con la hacienda Los Manantiales, y tenía ovejas, y cultivaba abundante cereal, poseía caballos y había contratado aparceros, peones y algunos vaqueros para hacer el trabajo. Salvador era el encargado de todo aquello, el mayordomo, y bajo su mando se encontraban el caporal, el capitán de labor, los artesanos que iban y venían, y todos los que trabajaban y vivían en la hacienda. Por ello, porque su nombre sonaba con la importancia y distinción que su posición le otorgaba, aquel indio destacaba del resto en vestimenta y alimento como ningún otro. Su primera compra fueron unas botas por las que llegó a pagar hasta seis pesos, que superaban en casi dos el sueldo que cobraba por un mes de trabajo.

Juanita, la bella mestiza que antes vivía en la casa de la ciudad, se le había unido nada más conocer la noticia de su traslado. En sus manos depositó Domingo Narciso todo el gobierno del casco de Los Manantiales; ella disponía y dispensaba, organizaba el trabajo y se ocupaba de que todo fuera de su agrado. Y de noche,

cuando el resto dormía el cansancio del trabajo, solía deslizarse como una sombra por los pasillos, al abrigo de puertas cerradas, para envolverse bajo las mismas mantas que su patrón.

Esa noche, al salir de la alcoba aprovechando la confusión del sueño que todavía reinaba en la casa, él le pidió que encendiera una lámpara. Domingo Narciso esperó a que se cerrara la puerta y sólo entonces, en la penumbra de aquella luz oscilante, con la sensualidad de la joven aún pegada a su piel, se dispuso a leer la primera carta que la pequeña Manuela le escribía desde la aldea de su infancia.

Mi más amado y querido hermano Domingo Narciso, más que nunca anhelo tu cariño y consuelo en estas fechas en que las circunstancias nos obligan a la tristeza más profunda que puede sentir un hijo, que no es otra que la más grande de las pérdidas. Siento que mis primeras letras sean para anunciarte las malas noticias que acontecen a nuestra casa y familia. Nuestra amada madre ha muerto en el consuelo de la iglesia y la bendición de Dios nuestro señor. El mal que le aquejaba en los últimos años se vio en parte aliviado gracias a los caudales que a tal fin enviaste desde esas tierras de la Nueva España, mejorando la estancia de su alcoba y añadiendo abrigo y atenciones a las ya ofrecidas y dilatadas por todos sus hijos y por su marido, nuestro padre, que no se ha separado de su lecho hasta el último momento, dándole el consuelo de su amor.

María de Ayerdi, que en la paz de Dios descanse, recibió la sepultura que corresponde a su casa y linaje en el mes de diciembre de 1755, con todas las ofrendas de pan y ceras que a día de hoy mantenemos encendidas en la iglesia de San Juan de Molinar. Yo se que tu amor hacia ella era el más generoso y hoy tu corazón se sentirá apenado y solo. No tengo consuelo posible porque mi tristeza es honda ante esta pérdida que nos deja huérfanos de madre. Pedirte quiero, aunque sé que de tu mano está seguro, un ruego por su alma en esa tierra de la Nueva España donde resides, porque su anhelo por volverte a tener entre sus brazos, por recibirte de nuevo en ésta tu casa y tierra, lo mantuvo vivo hasta el último aliento.

Domingo Narciso saltó de la cama y así, como estaba, desnudo de pecho y piernas, con el pergamino aún en la mano, corrió por los pasillos de la hacienda hasta encontrar la puerta por la que salir a la noche. Forcejeó con los hierros hasta lograr abrirla de par en par, dejando que la penumbra que tanto temía el viejo Bernabé Santos atravesara y entrara en la casa mientras él salía a mitad del campo en sombras. Allí, sólo como nunca antes lo había estado, bajo la mirada alta de los magueyes, vomitó todo lo que había ingerido aquella noche, y otras anteriores, vomitó cada palabra, cada miedo, cada temor y cada recuerdo. Cuando Juanita y Salvador llegaron hasta él lo encontraron de pie, mirando desafiante al cielo negro, como quien espera una lluvia torrencial que le arrastre entre agua y lodo. La mestiza, en un movimiento

rápido, se desprendió del rebozo con que cubría sus brazos y lo abrigó con gesto maternal, al tiempo que Salvador lo empujaba lentamente hacia el interior. Fue don Pedro quien recogió el documento de la tierra antes de regresar con ellos.

La madrugada encontró la hacienda Los Manantiales con las lámparas prendidas, iluminada como si dentro se reunieran las más altas damas de la corte de España. Nadie podía dormir después de las noticias recibidas, y la pesadumbre que asolaba el rostro del amo se había contagiado al resto de habitantes. Pudo reponerse del primer impacto, pero una inquietud interior lo había desvelado por completo y todos, sin excepción, le acompañaron en su vigilia. El olor dulce del chocolate apenas consolaba el aire entristecido por la mala noticia. Fue la lectura de la carta escrita por Manuela, retomada por su tío, un intento acertado por hallar, en el resto de palabras que llegaban de aquellas manos femeninas, el calmante para el primer desaliento.

Otras noticias has de recibir de mi mano, mi amado Domingo Narciso, que no te apenen tanto, porque son alegres y por ello bien has de recogerlas, aunque la primera te haya dejado desolado. No son muchas las cosas que suceden en esta tierra nuestra como ya conoces, donde la vida transcurre lenta y sin sobresalto, pero sí hay algunas nuevas que acontecen a nuestra familia y que me es grato anunciarte por los medios que tengo. Quizá la más importante es que han nacido los dos primeros de nuestros sobrinos gracias a la mejorada salud de Narcisa, la mujer de nuestro hermano mayor. El día veintitrés de febrero de 1752, en Santurce, vino a la vida Manuela Antonia, y el once de marzo de 1754, otro Joseph Antonio que sumar a la familia. Con ellos se inicia una nueva generación de nuestro linaje, que espero y deseo continúe creciendo. Nuestra madre, que en paz descanse, abrió su corazón a este nieto en el final de su vida con una alegría inusitada, llenando de esperanza e ilusión el último tiempo que la tuvimos entre nosotros. Este es fuerte como su padre y se ve muy sano. Mi mayor empeño es que nuestro hermano regrese al valle y se instale definitivamente entre nosotros, pero pienso que aún no se siente con fuerzas para enfrentar la vergüenza que le impone la decisión que tomó en otro tiempo y que le llevó a desobedecer la autoridad de los padres.

Ha de alegrarte saber también, como nos llenó de dicha a todos nosotros, que el uno de enero de dos años atrás fuiste nombrado Alcalde de honor por la cuadrilla de Zubiete. Ese día celebramos con misa y buena mesa tu buen hacer y la dicha de saber que llevas nuestro nombre en alto.

Y por último, decirte debo que hace unos años abandoné la casa de nuestros padres para instalarme en la Torre de Urrutia, que como bien recordarás otea el valle desde Isasi. Es un lugar hermoso, y me gusta la distancia tomada con el hogar de nuestra infancia. Me instalé aquí para liberar en algo a nuestros padres y poder reportarles alguna ayuda con mi trabajo. Don Manuel de Braceras, mi señor, me ha tomado en gran estima y me trata con la mejor de las consideraciones. No te aflija

pensar que ha sido la penuria la que me ha llevado por este camino, aunque la situación de nuestra casa no es la mejor, como tampoco lo es la de muchos de nuestros vecinos en estos tiempos difíciles que corren. Si bien es cierto que con una parte de los reales que aquí gano puedo ayudar a mantener su prestancia, es también cierto que mi deseo de emancipación me empuja a cumplir con esta labor de ama de gobierno, que me llena de satisfacción y me reporta un caudal del que pronto tendré a bien disponer para algún negocio de ganado o similar.

Don Pedro alzó la vista y cruzó con su sobrino la misma expresión de sorpresa. Domingo Narciso abría los ojos queriendo ver a través de aquel papel pintado, descubrir al otro lado a la niña que había dejado atrás, a su pequeña Manuela, que de pronto aparecía ante él como la más extraña de las mujeres. Nada había sabido de posibles contratos matrimoniales, de compromisos y dotes, y sin embargo ella hablaba como una mujer casada, incluso más, una gobernanta con autoridad para disponer de dinero y poder emprender algún ministerio que le reporte caudal.

—Vuelva a leer, tío. ¿No se habrá confundido? No puede decir eso.

—Pues eso es lo que dice. Toma, léelo tú mismo. Es aquí —don Pedro señaló la línea en la que Manuela comenzaba a narrar aquello y Domingo Narciso leyó en voz alta, con cuidado, sin precipitarse. Cuando llegó al mismo punto se detuvo, ambos se miraron y rieron extrañados—. Tu hermana ha de ser una mujer de armas tomar. ¿Cuántos años crees que tendrá?

Cuatro menos que yo, veintidós.

Pero, ¿con esa edad no debería estar pensando en un buen matrimonio?

Pues ya ve que de eso por el momento no dice nada. Siga usted leyendo, a ver si nos saca del asombro.

Echo de menos tu presencia cada día de mi vida. Sé que tus consejos y cariño serían el mejor de mis consuelos, sobre todo en estos tiempos tristes que nos toca vivir. Nada conozco de tus labores en esas tierras lejanas, pero espero que pronto me lleguen letras escritas por tu mano para contarme de tus avances, de tu fortuna y tu buen hacer. Comunícale a nuestro primo Txomin de la Torre mi estima y el deseo de que él también triunfe junto a ti en la Nueva España, como sé es su mayor empeño.

Desde el amor que te profeso, cuida de tu espíritu y no me olvides nunca. Tu hermana que desde siempre tanto te ha amado,

Manuela de Allende y Ayerdi

La misa por el alma de María de Ayerdi y la Puente se celebró al domingo siguiente en la parroquia de San Francisco, ante los ojos nostálgicos de todos los hombres y mujeres cuyos orígenes pertenecían a los valles de Oquendo y Gordejuela, y que las circunstancias propias o de sus padres les habían traído hasta la tierra de la Nueva España. Durante la ceremonia, a la que acudió con una cera encendida en

honor a su tradición, el joven Allende ocupó un lugar de distinción acompañado de su tío, su primo y los amigos más cercanos.

Fuera del templo no quedaba nadie. Domingo Narciso echó la vista atrás y quiso reconocer en aquellos rostros silenciosos y solidarios los de sus hermanas y su padre, a Joseph con sus hijos, al viejo Norzagaray levantando bien alto la cachava para evitar que le robaran los higos más dulces de Vizcaya, también estaban allí los amigos con los que jugaba a pelota contra la pared de la iglesia, la hija de Lambarri, y los de Arracico sin faltar uno. A todos los que hacía meses habían acompañado al cuerpo inerte de su madre a tomar sepultura bajo la tierra húmeda de San Juan de Molinar los encontró en aquellas gentes que llenaban la parroquia, los mismos nombres, el mismo origen, la misma patria.

Volvió el rostro hacia el altar y cerró los ojos un instante queriendo guardar para siempre esa imagen, más real, del entierro de su madre. Y sólo entonces, muy despacio, sin ninguna prisa, recorriendo mentalmente las piedras de Zubiete, abandonó Gordejuela y regresó a San Miguel el Grande. La eucaristía había terminado y junto a él descubrió la mirada fraterna de Tomás de Unzaga y Alday, que acompañado de su esposa e hija aguardaban con interminable paciencia el momento para ofrecerle su mayor respeto y acompañarle en el duelo de la pérdida sufrida. Aquella niña, que no tendría entonces trece años, le despertó definitivamente de su ensimismamiento con una sonrisa tímida asomando a sus ojos negros.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él con curiosidad.

—Anna Josepha de Unzaga y Menchaca —le contestó ella antes de girarse y comenzar a andar hacía la luz que entraba por la puerta del templo. En mitad del largo pasillo se volvió sobre sí misma y encontró el hueco idóneo para cruzar su mirada con la del joven, que recibía con resignada paciencia las interminables condolencias de todos los asistentes a la misa por el alma de su difunta madre.

La pelea fue rápida, tan ágiles los contrincantes cómo el filo del machete, que sin más fuerza que la que le infería la mano que lo sujetaba, partió en dos aquel vientre contraído por un espasmo de dolor inhumano. El dueño de tanta sangre cayó al suelo con todo su peso dividido, con el cuerpo malogrado para siempre, los ojos cerrados y el corazón quieto. Nadie se acercó al muerto, nadie pisó su sangre caliente, la superstición se enredó con la lana, sumió a todos en un largo y profundo silencio, y ninguno confesó quién había sido, pese al ayuno impuesto por tres días y tres noches. Los niños más pequeños lloraban arrullados por sus madres hambrientas, los niños más grandes dormitaban por las esquinas. Sólo cuando la producción comenzó a descender por falta de brío en los telares, regresó la comida a sus estómagos vacíos.

Así fue como murió el primer hombre, bajo las luces de un día claro de octubre de 1756. La noticia sorprendió sin llegar a alarmar, aquella todavía fue una muerte sin valor para los españoles que gobernaban y dirigían San Miguel el Grande. Los telares recuperaron en tres días el ritmo perdido tras el asesinato de un alma desconocida; la negra Jimena regresó al azul, al verde, al rojo; sonó una vez más el agua en la presa; y las ramas del *pirul* volvieron a cobijar bajo su sombra a los eternos amantes. Indefectible, la vida continuó su curso en el barrio del obraje. El muerto era sólo eso, un muerto, un reo de los muchos que habían llegado con la última cuadrilla enviada desde México a ocupar un puesto de fatiga en los telares de don Balthasar de Sauto.

Transcurrió el otoño, y un invierno cálido se extendió por estas tierras trayendo consigo pocos cambios en el gobierno del ayuntamiento, las mismas viejas rencillas, otras nuevas, y más muertos. El obraje parecía endemoniado. En los meses que siguieron a aquel primer asesinato se sumaron otros dos, y a mediados de 1757 ya eran tres los cuerpos que encontraron la peor de sus suertes al interior de estos muros. El obraje y el propio Balthasar parecían estar malditos.

La negra Jimena fue la encargada de dar la voz de alarma. En su opinión, la mala sombra del primer cadáver, que acabó con el cuerpo partido en dos gracias a la saña de su verdugo, y enterrado con las vísceras fuera de su conveniente espacio natural, estaba sembrando el mal de la muerte en el interior de aquel infesto recinto en el que vida y trabajo se confundían en un mismo acto.

—Sólo el chamán podrá librarnos del maleficio que ha entrado en esta casa, necesitamos que limpie las sombras del muerto partido.

Los días pasaban y la retahíla de Jimena calaba cada vez más hondo en el resto de hombres y mujeres que trabajaban junto a ella. Su soniquete se volvió siniestro, insistente, e Ignacio se decidió a hablar con su hermano sobre la posibilidad de hacer llamar al hechicero que la negra solicitaba.

—Quizá así se calmen. Entre tanta muerte y tanto miedo el trabajo ha mermado y no veo la forma de hacerles reaccionar. Están demasiado nerviosos —dijo, tratando

de convencerle.

—¿Me estás diciendo que un chamán nos va a librar de las reyertas entre esos infelices?

—No, te estoy diciendo que un chamán va a calmarles, les va a dar serenidad, se sentirán más tranquilos y podrán trabajar sin discutir ni lloriquear por los pasillos.

—Eso son pamplinas, creencias de indio. Si lo que propones llega a oídos del amo estamos perdidos.

—Y si no también.

—¿Por qué dices eso?

Ignacio no sabía qué le había empujado a enfrentar la situación de una vez por todas, pero ahora que lo había hecho se sentía liberado de un peso que cargaba sobre los hombros desde meses atrás. Aquella relación entre su hermano y doña Juana Petra tenía que terminar, si Sauto les descubría la represalia también caería sobre él. Había que calmar los miedos de la negra Jimena, procurarle al hechicero que pedía antes de que acabara hablando más de la cuenta. A él los chamanes también le resultaban ridículos, inverosímiles, pero sabía que para ellos, para la negra y los suyos, eran la salvación, los sanadores de todos los males que les acechaban. Si su hermano no traía a aquel hombre ante ellos y permitía las limpiezas que pretendían, Jimena acabaría delatando al administrador. Eso es lo que Ignacio temía de verdad, no a los muertos que ya estaban bajo tierra, si no a los que podían venir si Sauto se enteraba del deshonor del que estaba siendo objeto.

Se armó de valor y fue contándole cómo descubrió su secreto meses atrás, cómo cubría sus andanzas con el ama por la orilla del río, cuando creían que su escondite era el más seguro. Le hizo saber que no fue otra sino la negra Jimena quién le marcó la pista, y cómo estaba seguro de que ella no callaría por siempre, hablaría, lo delataría si con ello obtenía el favor del amo, así que lo mejor que podían hacer era calmar los ánimos tras aquellos muros, e inmediatamente después abandonar una locura que ponía en peligro no sólo su futuro, sino también sus vidas.

Domingo tardó en reaccionar. Al principio no quería creer que su secreto, la razón que movía sus días y sus noches, fuera conocido por Ignacio o por aquella enorme mujer de piel tan oscura como el carbón de arder. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al calcular el tiempo que su hermano había permanecido callado.

—¿Por qué no me habías dicho que lo sabías?

—Dime, ¿de qué hubiera servido? Además, no quería convertirme en tu cómplice, que me pidieras esconderte, relevarte,…

—¡Pero es lo que has estado haciendo!

—Sí, pero tú no lo sabías y eso me protegía.

—No te comprendo —se quejó Domingo.

—No hace falta, en lo único que tienes que pensar ahora es en acabar con esto.

De lo contrario el amo terminará por enterarse y te va a colgar, te colgará del palo más alto que encuentre y va a dejar que los carroñeros se adueñen de tu cuerpo. No habrá justicia ni entierro, lo sabes.

El escalofrío recorrió el cuerpo de Domingo. Su hermano pequeño estaba acertado, ese sería el final que le esperaba si el patrón se enteraba de la infidelidad de la que estaba siendo objeto. Pero, ¿qué pasaría con ella, con doña Juana Petra?

—Está bien, habla con la negra y que te diga dónde buscar al brujo. Asegúrate de que sepa que la orden la he dado yo, y dile que el amo no se puede enterar de nada de todo esto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero, ¿y si después de todo vuelve a haber otro asesinato en el obraje?

—Vendrá otra vez el chamán. Dile a Jimena que las veces que haga falta, hasta que no haya nada que limpiar en esta maldita casa —sentenció mientras salía presuroso de aquella habitación que le ahogaba.

Mientras Balthasar de Sauto buscaba la mejor manera de resolver aquel entuerto que le estaba costando mucho dinero y generando muy mal humor, Ignacio de Aldama trataba de encontrar la forma de alejar a su hermano de doña Juana Petra. El barrio del obraje había dejado de olerle a primavera, y casi cada día necesitaba salir un rato de allí, acercarse a la calle San José a sentarse en un mesón, para volver a sentir el sol más cálido de la tierra, sus aromas y el canturrear de las aves.

Domingo Narciso y Txomin lo encontraron en el mismo lugar de siempre, la misma cantina y la misma moza sirviéndole agua con limón y un vaso de tequila. Se unieron a él buscando una sombra que les protegiera del calor sofocante de la mala hora del medio día. La conversación fue trivial hasta que, por sorpresa, un niño descalzo y desarrapado, con la cara sucia y las uñas teñidas de azul, de verde, de rojo, trató de hablarles sin conseguirlo. Ignacio sólo tuvo que ver aquellos dedos delgados, pequeños, manchados por el color de los tintes, para saber que era la negra Jimena quién lo enviaba. Dejó que la silla cayera al suelo cuando se puso en pie, y desde allí, desde toda su altura, enfrentándose a la mirada temerosa de un niño que sólo era capaz de asentir con su cabeza oscura, el joven Aldama lanzó una pregunta que se afirmaba a sí misma: *¿otro muerto?* Txomin y Domingo Narciso se miraron y ambos, mentalmente, trataron de sumar cuántos eran ya.

Quizá lo que más llamó la atención o lo que despertó el interés de la Corona por lo sucedido en el obraje de Sauto arrancó de la mano de éste mismo, al escribir a la Audiencia Real de la ciudad de México para pedir la excarcelación de los homicidas, alegando que se trataba de trabajadores convictos con deudas que pagar. Sauto hizo

hincapié en que éstos habían cometido los asesinatos con el único objetivo de no volver a trabajar, por lo que estaba de más permitir que holgazanearan en la cárcel a costa del tesoro público. Y por si esto fuera poco, añadía su disgusto por la pérdida de una inversión que, a todas luces, no iba a producirle rédito alguno.

Confiado en las buenas relaciones que siempre había mantenido con el virreinato, esperaba paciente una respuesta favorable a su última petición mientras, en su casa y hacienda, en su obraje y en su cama, se vivían acontecimientos bien distintos. El chamán regresó sin que la negra Jimena tuviera tiempo de solicitarlo, para limpiar una vez más de espíritus partidos los corredores del obraje. Ignacio andaba rápido en decisiones aquellos días. También fue él quien habló con Francisco José de Landeta cuando supo que este estaba buscando un nuevo administrador. No tardó en convencer al Conde de Casa de Loja del daño que ocasionaría a su mayor enemigo, Balthasar de Sauto, si lograba arrebatarle a su protegido. Y así fue como Domingo de Aldama recibió una oferta imposible de rechazar. Ignacio había sabido al fin cómo alejarle del amancebamiento que se traía con la patrona.

Doña Juana Petra escuchaba a su amante con ojos acuosos, incrédula ante la inesperada noticia de su partida, amenazándolo con envenenar a su marido para que él, el verdadero amor de sus días y sus noches, ocupara el lugar que el corazón le pedía. Entre halagado y confundido, el mayor de los Aldama se despidió del ama con promesas que no pensaba cumplir. Para Balthasar de Sauto, que desconocía la verdadera razón, la partida de su administrador supuso una doble traición, la del joven que se pasaba a filas enemigas y la del enemigo, don Francisco José de Landeta, que había tocado una pieza fundamental en el engranaje de su vida. Pero éste sólo sería el primero de una larga lista de agravios que el viejo Sauto iría sorteando en los años venideros.

Las peticiones de excarcelación para sus trabajadores no cayeron en saco roto. Muy al contrario, fueron escuchadas y tenidas en cuenta por el mismísimo virrey de la Nueva España, el Marqués de las Amarillas, quién se propuso llevar a cabo una investigación en torno al obraje. Así fue como en agosto de 1758 entró en la villa de San Miguel el Grande don Diego Antonio Fernández de la Madrid. La pesadilla no había hecho sino comenzar. De la Madrid se presentó con el título de Alcalde del crimen. Era joven, espigado, demasiado delgado para el gusto de la mayoría, y presumía como nadie de su largo y fino bigote rojizo. Vestía de pantalón y chaleco, y se protegía del sol incluso de noche, con un sombrero alto, demasiado alto, que alargaba su figura desmesurando las dimensiones de lo que se podía conocer por un hombre de altura.

Ignacio, que ocupaba el puesto de su hermano desde que éste se puso a las órdenes de Landeta, tuvo largos encuentros con aquel extraño mientras le mostraba, entregaba y explicaba los documentos oficiales y libros de cuentas que pertenecían al

obraje. De la Madrid exigió revisar textos y cifras desde cinco años atrás, y sin aviso previo dio orden a don Balthasar de abandonar la villa de San Miguel e instalarse en Puebla, a unos 500 kilómetros al Sur, mientras se confiscaban y estudiaban los comprometidos documentos.

La noticia del regalo llegó desde Querétaro. Alguien que pasó por allí dejó dicho que don Juan de Castañiza había regalado un órgano a la Iglesia de San Juan de Molinar, en el valle de Gordejuela. La villa de San Miguel y muy especialmente don Antonio de Lanzagorta recibieron la nueva con gran alegría. Había traído a Castañiza desde las lejanas tierras vizcaínas siendo un niño y se había convertido, gracias a él, en un rico comerciante. Eran hombres libres, ricos y poderosos, que seguían amando la patria, y reconfortando con sus fortunas a los que allí quedaban, defendiendo los fueros y guardando el descanso eterno de los antepasados.

Aquel nuevo tema ocupó los salones de San Miguel durante varios días, removiendo los sentimientos de añoranza y alejando de sus conversaciones el proceso abierto contra Sauto. Este había acatado la orden recibida sin alboroto alguno, ante el desconcierto de los habitantes de San Miguel, y partió para Puebla dejando a aquel extraño Alcalde del crimen en manos de su nuevo administrador, Ignacio de Aldama.

Txomin comenzó por entonces a sentir más que nunca la distancia con Vizcaya y su tierra verde, húmeda y fértil como ninguna. Había hecho un buen negocio con el comercio de las armas, gracias al empeño de la Corona por participar en todos y cada uno de los encuentros bélicos que poblaban la tierra. España ardía por los cañones que la defendían, escupía fuego y balas, cortaba y sesgaba vidas, propias y ajenas; vivía devastada, ciega, imparable en la carrera de su Armada. Pensó en el nuevo órgano sonando en Molinar, entonando un Avemaria, y vio a todos allí, de pie, frente al altar, escuchando por primera vez aquella melodía del viento. Imaginó a las mozas ataviadas de invierno, su olor a pan y a heno, y sintió un escalofrío al reconocer en su recuerdo a Manuela más nítida que a ninguna; llegó a sentir el lejano abrazo de su padre, recordó el sabor amargo del *txakoli*, y creyó oír el crujir de la escarcha de la mañana sobre la hierba alta. Así fue como supo que el tiempo en esta tierra de oportunidad y fortuna había llegado a su fin.

Mientras Txomin calculaba los meses que le distanciaban de las montañas vascas, San Miguel celebraba varios festejos a la vez. Quizá el más importante o el que más relevancia acabó teniendo fue el bautizo de un vástago, el primero en unir las sangres de La Canal y los Landeta. La ceremonia, vestida con todo el poderío de la Colonia, ocupó gran parte del día, seguida por una nutrida feria de alimentos y bebidas que criollos y españoles disfrutaron sin excepción, e incluso hubo un aparte para los caciques indígenas afincados en estas mismas calles.

Txomin esperaba el momento en que Ignacio, Berrio y su primo Allende

estuvieran reunidos para hacerles partícipes de la decisión de regresar a la tierra de sus padres. Pero había demasiada gente en la calle, todos agitados, comiendo y bebiendo, danzando y buscándose. Y así fue como pudo ver al mayor de los Aldama escabullirse por un cantón, se iba abrazado a una cintura delgada de la que pendía una falda plegada en cientos de frunces, de una calidad que saltaba a la vista era propia de una joven criolla. Sintió un recelo cariñoso por su mayor competidor en aquellas lides. Para desconcierto de todos, Ignacio era la antítesis de su hermano. Se mostraba serio, distante con las mujeres, y aún no se le había conocido amorío o desliz ni con india ni con mulata alguna. Sólo le habían oído hablar con deleite de aquella negra voluminosa y teñida de colores que trabajaba en el obraje, pero nada se sabía de sus desahogos carnales. Berrio y Allende eran de otra pasta, los dos habían encontrado quién les calentara la cama hasta el día en que una adecuada esposa se encargara de ello.

Encontró a Domingo Narciso frente al Oratorio, inmerso en una conversación sobre toros y encierros. Aquello apasionaba a Allende, sobre todo desde que criaba ganado grande, reses de carne y lidia. Txomin, impaciente por compartir su inmediato futuro, fue hacia ellos decidido a sacarle de allí para ir en busca de Ignacio y Berrio. Dejaron el grupo de hombres y se encaminaron hacia la parroquia. Y entonces sucedió, Domingo Narciso se tropezó con los ojos negros de ella. Sus formas habían cambiado, su aspecto era otro muy distinto, pero lo miraba con la misma sonrisa rasgada y una determinación que le dejó sin habla. Txomin requería su atención una y otra vez sin conseguir una respuesta en él, hasta que se dio cuenta de lo que sucedía.

—¿Quién es esa?

—¿Quién?

—No te hagas el tonto, esa que te mira, no la había visto en mi vida.

—Sí, si la habías visto, y yo también, pero con otros ojos. Es como si se hubiera hecho mujer de un día para otro.

—No te quita ojo, ¿te has dado cuenta? —y alzando el brazo, llamó la atención de Berrio, que avanzaba distraído por el otro lado de la calle—. ¡Eh, Berrio!, ven, que aquí se está cociendo algo.

Tardaron tiempo en encontrarse con Ignacio. Desde que su hermano se fue a trabajar con Landeta y Sauto vivía un incomprensible exilio, el joven Aldama se perdía en un caos de actividad tratando de mantener los niveles de producción y, al mismo tiempo, contentar al inspector del Virrey. Ya no necesitaba vigilar a los amantes, en su lugar ahora tenía que cuidar de que la patrona no pasara la noche al raso, vagando llorosa por la orilla del río. Había días en que se ponía sentimental, como ida, y no hablaba con nadie, ni con el mismísimo don Diego de la Madrid, que se había convertido en un asiduo a aquella casa. Llegaba de mañana, muy temprano,

y se enfrascaba en los libros de cuentas, pidiendo y exigiendo premura en la atención de sus necesidades. Quería terminar cuanto antes el encargo que le habían encomendado en México: *elaborar un informe*, decía, *que saque a la luz la esclavitud a la que están sometidos estos pobres infelices*. Cuando Ignacio le oía hablar así algo se le encrespaba por dentro, sentía odio y temor, culpa y desasosiego. Él nunca se preguntó por el modo en que se enriquecían sus paisanos en la Nueva España, pero cuando escuchaba aquello en la voz del hombre larguirucho y medio pelirrojo tenía que aceptar la razón que había en sus palabras.

Los cuatro amigos se sentaron alrededor de una mesa cuando ya se partía la tarde por la mitad, agradeciendo todavía la sombra de un buen laurel. Pidieron bebida y tacos que habían aprendido a comer con las manos sin pudor ni remilgo alguno. Con el primer trago Txomin comenzó a hablar del valle, retornó a los campos verdes, a la hierba y al agua de los molinos, hasta que logró decirles aquello que le quemaba en la garganta:

—¡Regreso a casa!

Todos sabían a qué casa se refería. Por más empeño que pusieran en sentirse dueños y propios de estas tierras, siempre había una sombra recordándoles que pertenecían a otro lugar, a un sitio lejano, empapado de lluvia y tierra húmeda, a una casa y un hogar de piedras gruesas y frías, a un altar y una tumba con nombre propio.

—¿Cuándo? —preguntó su primo.

—No lo sé aun, tengo que cumplir algunos encargos, cobrar deudas y cerrar negocios con la Corona. Cuando todo eso esté listo, entonces me iré.

—¿Por qué? —inquirió Ignacio, pese a conocer la respuesta.

—Tú mejor que nadie sabes que salí de allí diciendo que regresaría algún día, y ese día ya está llegando.

—Quizá no sea el mejor momento, ¿por qué no esperar un poco más, a ver qué traen los Borbones con tanta reforma? Berrio, que siempre estaba al tanto de las últimas novedades en política, no tuvo que acabar la frase, Txomin lo hizo por él incluyendo en la conversación un chiste sobre el final de los buenos tiempos que todos rieron.

El resto de la velada la dedicaron a su amada patria, a los valles de Gordejuela y Oquendo llenándoles el espíritu y la boca de recuerdos de la infancia. Brindaron muchas veces, hasta perder la cuenta, y también un poco la consciencia. Al día siguiente, antes de partir a la hacienda Los Manantiales, Domingo Narciso le informo a don Pedro de la decisión de su primo Txomin y de la suya propia.

—¿Y cuándo dices que saldrá de San Miguel?

—No, aún es pronto para eso, tardará meses en arreglar todos los asuntos que tiene pendientes. Pero lo importante es que esta convencido y en cuanto llegue el momento se irá sin mirar atrás. No sé si siento envidia, nostalgia o tristeza ante esa

partida.

—Un poco de todo, muchacho, un poco de cada. Siempre añoramos, por mil años que vivamos lejos de casa, siempre sera aquella y no esta nuestra tierra. Los que vinimos de allí somos de allí, como los que nacen aquí son de aquí. Y si no fíjate en esos criollos, no sienten ninguna nostalgia, cada día que pasa veo más claro en ellos el orgullo de la Nueva España. Tus hijos, si algún día los tienes, amaran nuestra tierra por nosotros, pero ellos se sentirán de ésta.

Aprovechando aquel lance, Domingo Narciso compartió con él la decisión que había tomado apenas unas horas antes y dejo caer, así como si tal cosa, el nombre de la criolla que pensaba convertir en esposa algún día.

¡Anna Unzaga! Bien pensando, sí señor. Eso te asegurará un puesto en el Cabildo. ¿Y dices que es hermosa? Tanto no ha de ser si yo no he reparado en ella.

—Ni usted ni nadie, tío. Hasta ayer no era más que una niña, y hoy si la ve… deslumbra por su seguridad y firmeza. Es muy agraciada, se lo aseguro, usted mismo lo comprobará.

—¿Y qué dice ella?, ¿sabe ya de tus intenciones?

—No puede decir nada aún porque nada le he preguntado, pero dirá que sí, no me cabe duda de que me aceptará de buen grado. Si le soy sincero, creo que la elección la ha hecho ella y no yo.

Don Pedro estalló en una carcajada ante tanta franqueza, y no dudó en prevenirle frente a la determinación de una mujer.

—Por joven que esta sea, muchacho, si sabe lo que quiere puedes darte por perdido.

El último tiempo que Txomin vivió en San Miguel ocurrieron algunos de los sucesos que marcarían la segunda mitad de aquel siglo extraño, variable y cambiante. Un día, sin que nadie lo esperara, las campanas de la parroquia quisieron volverse locas bailando su danza más fúnebre durante horas. A aquel tintineo ensordecedor se sumó el de otros templos, y su insistencia retumbó en los oídos de todos los habitantes de la villa a lo largo de una semana de sepelio y exequias que paralizaron casi por completo la actividad comercial de la ciudad, entregada en despedir de este mundo al Conde de Casa de Loja. Don Francisco José de Landeta había fallecido sin que nadie lo esperara. Apareció muerto, inerte, sin aliento, una tarde de siesta, mientras la vida transcurría legítima, intensa, en el patio y en los alrededores de la fuente del Conde.

El hecho conmocionó a los habitantes de San Miguel, y no fueron pocos los visitantes que se acercaron a acompañarlo con todos los honores que su vida y fortuna exigían. Había muerto el primer Conde, y también el enemigo número uno de don Balthasar de Sauto, que por lo poco que se sabía de él continuaba su encarcelamiento en la ciudad de México. A principios de año había sido requerido por la Real Audiencia para que prestara declaración, por lo que dejó Puebla y se trasladó a la capital del virreinato, donde inmediatamente quedó arrestado. Los cinco asesinatos que se produjeron en el obraje entre octubre de 1756 y enero de 1758 habían despertado serias sospechas acerca del trato cruel y poco humano que Sauto empleaba con sus trabajadores.

Con el patrón recluido en una lejana cárcel y Fernández de la Madrid husmeando entre los documentos pertenecientes al obraje, la hacienda Santa María se había convertido en un lugar silencioso y entristecido. Doña Juana Petra trataba de mantener el porte altivo tras un primer momento en que se descompuso, más por la traición del amante que por el exilio impuesto al esposo, mientras Ignacio de Aldama procuraba igualar los niveles de producción a los de antaño, confiando en mantener la hacienda que habían dejado a su cargo en la posición desahogada que siempre disfrutó. Sin embargo, no resultaba fácil, la economía estaba venciendo uno de sus periodos más críticos, y todos sin excepción se veían afectados por el exceso de telares y trapiches que poblaban las calles.

El día en que finalmente el cuerpo inerte de don Francisco José tomó sepultura frente al altar de San Francisco, el mayor rebaño de ganado que se había visto en este lugar inició su avance en dirección a México. La cabeza de la manada salió de las tierras de Sauto al mismo tiempo que el féretro del muerto abandonaba su casa para siempre, con la primera luz, en la hora más fría de la mañana. Una comitiva solemne y lujosa, vestida de gala negra, acompañaba al Conde difunto en su último paseo por las calles de la villa. Fue al doblar la esquina, en la rúa Salsipuedes, cuando el cortejo

mortuorio se topó por vez primera con el rebaño. Esperaron, y siguieron esperando hasta que tomaron la decisión de regresar por el mismo empedrado que habían venido, y continuar su lastimero peregrinaje en dirección opuesta. Volvieron a toparse con aquella interminable hilera de ganado inquieto en el cantón del convento, y tras largo rato de espera no les quedó más opción que la de retroceder de nuevo. Los badajos de San Francisco parecían llamar a gritos a un muerto que, remolón, demoraba en llegar, mientras un sol de mediodía calentaba el cuerpo fallecido de un Conde y las testas de todo su séquito. El olor penetrante y pestilente de los animales que avanzaban en dirección a Oriente empezó a mezclarse con los olores del cortejo fúnebre que se tostaba al sol sin lograr llegar a la parroquia. Cuando alcanzaron por fin el portalón del templo la tarde estaba avanzando hacia su primera oscuridad, y el rebaño se perdía ya por la calzada real de México.

Fue sin intención, pero fue la mejor venganza, lo que se recordaría siempre en San Miguel el Grande como el día de la gran burla. A las pocas semanas de su encarcelamiento en la ciudad, Sauto había mandado aviso a Santa María para que prepararan y enviaran lo antes posible las 6.000 cabezas de ganado que había dejado criando en sus haciendas. Al parecer, había hecho negocio con un rico comerciante de México en medio del sinsabor que le suponía estar allí retenido contra su voluntad. La orden la trajo un mensajero en un documento lacrado, y por recomendación expresa del remitente se la entregó en mano a doña Juana Petra. Aquella tinta impresa era una declaración de intenciones, los réditos de la venta servirían para sufragar los gastos de su inmediata excarcelación. Lo que nadie esperaba fue la demora del libramiento de Sauto, que no se produciría hasta un año y medio después, al final de la primavera, en el tiempo de las lluvias. Entonces, cuando entró en la villa por el oriente y se encontró con la capillita de Loreta bendiciendo su retorno, las rodillas de aquel hombre de lucha hicieron amago de doblarse sin lograrlo.

Desde que el Conde de Loja reposara su inerte cuerpo en la tumba, después de toparse y tropezarse con las 6.000 ovejas que emprendían viaje a México, sus hijos tomaron las riendas del Cabildo y, junto con los de La Canal y Lanzagorta, continuaron alimentando las intrigas contra Sauto. Su objetivo era cerrar el obraje a cualquier precio y el Alcalde del crimen, que hurgaba a diario en las cuentas del *gachupín*, sé convirtió rápidamente en su mejor aliado.

La hacienda Los Manantiales se transformó por entonces en un centro de reuniones y negocios. Domingo Narciso había acumulado en los últimos tiempos un buen número de reses, ganado bravo que empezó a exportar a las tierras del norte. La carne y las pieles de aquellos animales inmensos empezaban a dar su fruto, aunque buena parte de los pesos fuertes que recibía iban a parar a los prestamistas. Nadie en la Nueva España hacía fortuna sin haber pasado antes por las interesadas manos de la

Iglesia. Al igual que en la tierra de la que venían, la húmeda Vizcaya, aquí también frailes, monjas y curas funcionaban como financieros a largo plazo, que aliviaban la premura de los pagos con más intereses y nuevos prestamos. Era la Iglesia y no otra institución la que soportaba de buen grado el peso de la deuda, mientras se enriquecían sus arcas, de por sí bastante llenas.

Su tío don Pedro llegó a Los Manantiales con el apremio que le traía una reciente visita realizada por don Tomás de Unzaga a su casa de San Miguel. No le cabía duda que tan elevado señor esperaba impaciente la entrada de Domingo Narciso como yerno en su familia. El joven Allende se había prometido con Anna desde el primer momento, desde que supo que sería ella y no otra. Y casi sin esperarlo, pidió y obtuvo el consentimiento del padre. Ahora éste le requería en la villa, y según don Pedro, con prisas.

—Mandó a buscarte a casa, y al saberte fuera me pidió que te enviara recado. En su lugar he preferido acercarme y respirar un poco de este aire.

—¿Y no le dejó dicho para qué he de regresar? ¿Anna se encuentra bien?

—Sí, de eso no tengo duda, la vi ayer mismo entrando en la tienda del viejo Sauto, que no deja de funcionar aunque el dueño esté en el mismísimo infierno. Por lo que sé, allí se siguen encontrando alhajas y prendas propias de un monarca. No temas, la novia estaba igual de hermosa que siempre. Desconozco lo que su padre quiere de ti, aunque intuyo que hay negocio de por medio. Yo en tu lugar no le haría esperar.

—En ese caso mañana mismo saldré a caballo. ¿Se viene usted conmigo o prefiere aguardar aquí mi regreso?

—No. Iré contigo, y si se me permite te acompaño en esta empresa.

—Esa es una buena idea, su posición avalará mi palabra sin ninguna duda.

Los dos hombres charlaron durante largo rato. Hablaron de la próxima boda y del futuro del obraje, también de la inminente partida de Txomin, pero, sobre todo, de los negocios que el joven Allende estaba estableciendo con los comerciantes que llegaban desde las tierras del norte.

—Parece que no tienen qué comer, piden y piden carne. En el rancho, en la Trasquila, tengo criando un buen número de reses, y ya están prácticamente vendidas, sin llegar aún a su peso.

—No sé cuánto durará la demanda, pero debes aprovechar el tirón.

—En eso estoy, no voy a dejar pasar esta oportunidad de hacer dinero de verdad.

Y siguieron hablando de reses, de los préstamos que había que cancelar, de la Cofradía de la Vera Cruz, y también de Gordejuela. El anuncio del regreso de Txomin revolvía los recuerdos de todos ellos, hasta de los más veteranos, como La Puente, que había aprendido a enfrentarse a la nostalgia con un buen trago de aguardiente. La noche se echó encima y los dos hombres se fueron a dormir. Cuando a la mañana

siguiente galopaban hacia San Miguel, don Pedro le advirtió a su sobrino de la necesidad de empezar a pensar en prescindir de los favores de la mestiza Juanita. Éste frunció el ceño antes de soltar una risotada, confirmando que su tío siempre sabía más de lo que parecía.

Aquella misma tarde avisaron de su inmediata visita a la familia Unzaga. La casa de éstos era una bonita construcción de piedra en el camino del Hospital de indios. Al lado, se alzaba la obra de un inmenso edificio que resplandecía ya desde sus cimientos, el Mayorazgo de La Canal había elegido aquel emplazamiento como el lugar idóneo para construir su nuevo hogar. Todavía faltaban algunos remates en sus fachadas, soportales, arcos y herrajes.

Enseguida vio a Anna, que les recibía con una amplia sonrisa. Se sintió relajado en su presencia, en los últimos tiempos su relación había cambiado, se habían vuelto los mejores confidentes y amigos. Estaban cumpliendo los plazos para celebrar su matrimonio por puro convencionalismo, porque ambos sabían que no los necesitaban, pero el padre de ella era un hombre recto, severo, que exigía el mayor decoro y veneraba las buenas maneras. Domingo Narciso lo sabía bien y por eso procuraba no torcer la voluntad de aquel hombre, al menos por ahora.

La reunión, reservada únicamente a los varones, se celebró en el salón del estrado, donde fumaron y bebieron durante horas. Cuando salieron de allí su voz sonaba embotada y sus mejillas lucían enrojecidas, pero nada dijeron a las damas que con tanta paciencia los aguardaban. Los invitados se despidieron y avanzaron en silencio por la calle. Ya en casa de don Pedro, Domingo Narciso y éste pusieron en común sus impresiones acerca de lo escuchado y decidido aquella inesperada tarde de mayo.

Unzaga les contó cómo había sabido que un solar próximo, a tan sólo unos metros de su casa, estaba en venta. La información le llegó sin querer, en una conversación sin relevancia, pero enseguida comprendió que debía frenar en lo posible aquel jugoso negocio con la esperanza de que su futuro yerno lo adquiriera. En su opinión, y ésta la formaban los años y la experiencia, era el mejor emplazamiento para levantar en él un nuevo hogar: era céntrico, con terreno amplio, frente a la parroquia y el distribuidor de aguas de la villa, en una de las esquinas que erigían la nueva plaza y epicentro de la actividad social de San Miguel el Grande. *El mejor lugar, a mi entender, para traer al mundo a los nuevos hijos de este pueblo,* fueron sus palabras.

Sus interlocutores trataron de asimilar la información con rapidez, antes de comenzar a lanzar una batería de preguntas que Unzaga fue resolviendo una a una. Hablaron de la casa, la fragua que podría construirse adyacente a ésta, y las alturas que tendría la vivienda, hasta de la posibilidad de contraer un nuevo préstamo con la Iglesia. No dejaron sin atar un cabo, y por eso, cuando lo volvió a escuchar en la voz de su tío, Domingo Narciso sintió que se volcaba toda su vida en un día, como si

girara sin equilibrio por un precipicio. Encontró la calma en una cama bien conocida, la primera que le recibió en esta villa hacía ya trece largos años, y aunque esa noche no echó de menos a Juanita la urgencia por tomar en brazos a Anna le hizo tambalearse de deseo y prisas.

A la mañana siguiente Allende se anunció como el más interesado en adquirir el terreno que se extendía desde el lateral de la casa de Malo, contigua a la de su suegro, por el mismo camino del Hospital de indios, hasta la nueva plaza. Confirmó el precio y aseguró su pago, que después negoció al interior de las puertas del templo de San Francisco en un nuevo préstamo. Don Pedro lo acompañó en cada encuentro, negocio y decisión, y al final de aquella misma semana ya estaban buscando un buen maestro constructor que levantara el futuro hogar de los Allende en San Miguel el Grande.

La vida corría deprisa, y la villa soportaba con valentía los intereses de unos y otros. Mientras Domingo Narciso sentaba las bases de un nuevo tiempo junto a Anna, Ignacio de Aldama se enfrentaba al temido informe de aquel incómodo visitador real, que no había dejado de asediarle desde que se presentó en la hacienda Santa María y despachó de ella al amo. El documento se materializó ese mismo año en que Allende adquirió la tierra donde asentar los cimientos de su futuro. Fernández de la Madrid estiró su rojizo bigote lo más que pudo antes de mandar un largo y extenso texto a la audiencia real de México. En él denunciaba y señalaba como culpables a Balthasar de Sauto, Domingo de Aldama y dos mayordomos del obraje de los severos malos tratos infligidos contra los trabajadores. Hablaba de latigazos hasta la muerte, de salarios ínfimos, de la venta de un licor ilegal en la tienda del obraje, el bingarrote, y de apuestas, apuestas prohibidas y consentidas. Les acusó de unas cuentas manipuladas sistemáticamente, y de cómo las deudas de los padres, maridos y abuelos se usaban como excusa para retener a hijos, esposas y nietos.

Se tomaron declaraciones en San Miguel y en México, y sin explicación alguna el proceso judicial fue haciéndose cada vez más y más lento, mientras que Fernández de la Madrid seguía ahondando en un nuevo informe, esta vez sobre el estado deplorable en que funcionaban, de manera general y sistemática, los obrajes de la Nueva España. El de Sauto era sólo una muestra más, el modelo que sirvió para comprobar la injusticia que se extendía por las industrias textiles del virreinato.

La incertidumbre invadió el espíritu del más joven de los Aldama, que en la soledad de su jergón pasó noches en vela recordando la tierra de sus padres y dudando si regresar o no a ella, ahora que Txomin preparaba el equipaje de vuelta. Supo que no se iba la misma mañana que escuchó de nuevo la voz de la negra Jimena entonando sus ancestrales melodías. Era el primer día que De la Madrid no se presentaba en Santa María, después de meses de insufrible asedio. Hasta doña Juana Petra parecía haber vuelto a la vida cuando reconoció en el portal de la pequeña

capilla de la hacienda a Domingo. Traía noticias de la ciudad de México, sabía por los Landeta que Sauto no tardaría en regresar, en una libertad con cortapisas pero libertad al fin.

—Entonces, ¿ya no es culpable? —preguntaba incrédulo Ignacio a su hermano.

—Lo que yo he oído es que le van a dejar regresar a San Miguel, pero le tendrán vigilado. Conoces tan bien como yo al viejo, tiene muchos hilos para mover y una fuerza de hierro, no van a acabar tan fácilmente con él.

—¿Y a ti?, ¿qué pasa contigo?

—De momento no sé mucho, sólo que también estoy en el ojo de mira. Al parecer no puedo abandonar la villa sin dar aviso, pero mientras cumpla con mi trabajo no creo que se metan conmigo. El objetivo siempre ha sido cerrar el obraje, no tienen nada contra mí salvo el informe del larguirucho ese. Ya veremos qué sucede, es cuestión de esperar, no te impacientes, las aguas volverán a su cauce, ya lo verás.

Las palabras esperanzadas de su hermano se mezclaron con la voz de Jimena e Ignacio supo que estaba en el lugar que le correspondía y que siempre había querido ocupar. Había hecho un buen trabajo en estos meses al frente de la administración del obraje, ahora necesitaba que Sauto regresara y mostrarle su buen tino y la fidelidad que le profesaba.

—Dime, ¿cómo está ella? ¿te pregunta alguna vez por mí?

—¡Olvídate ya, maldita sea, deja al río correr en paz!

Domingo montó de nuevo en el caballo y dio la espalda a su hermano. Ignacio le observó hasta verle doblar la esquina al final de la cuesta, y regresó a toda prisa a la hacienda para dar la buena nueva a su patrona, que aguardaba agazapada tras la puerta de entrada. Supo que se alegraba, pero también que esperaba algo más, alguna palabra para ella del hombre que cabalgaba a esa hora por el barrio del Tecolote.

Mientras, en la casa de La Puente, Txomin aprovechaba sus últimos días en San Miguel. Había decidido partir en el mes de septiembre, quería recorrer la tierra de Indias, conocer lo que a su llegada no pudo. Entonces apenas era un chaval, tenía prisa y poco caudal. Ahora que sabía de las infinitas y extensas tierras que poblaban la Colonia, quería conocer más.

—¿Y cuando regresarás finalmente a Gordejuela?

—No lo sé, no tengo prisa. En un par de años quizá.

—¡Eso es una locura! —gritó Domingo Narciso sin darse cuenta.

—No, mi querido sobrino, eso es lo más interesante, que cuando nada obliga ni ata todo cabe.

Don Pedro aplaudía la buena decisión del joven. Este había hecho negocio, y parte de ello lo mantendría durante un tiempo más, dejando a su primo como administrador de sus bienes en San Miguel. Ahora quería vivir, conocer y llevarse algo más de regreso al valle. Era un joven decidido e inteligente, y sobre todo

ambicioso.

—Quién sabe, tanto entretenerte quizá sólo sea una excusa para no marcharte. Al fin y al cabo, sigo sin comprender ese empeño tuvo de volver allí.

Domingo Narciso se resistía, no admitía las razones de ese deseo de regreso en Txomin. Una sensación de acidez se instalaba en su estómago cada vez que pensaba en ello. Le dolía despedirse, pero sobre todo le dolía recordar las cartas en las que Antonio de Allende, su padre, le donaba en vida toda su hacienda para que volviera a tomar posesión de ella. Nunca respondió. Y ahora imaginaba a Txomin entrando por la puerta de la casa de Zubiete, subiendo las escaleras hasta el hogar, sentándose entre Manuela y Antonio para contarles cómo era la vida de esta villa, cómo era él aquí, siempre a caballo entre sus haciendas y la ciudad, seguido de cerca por un indio al que llamaba Salvador, y esperando celebrar una boda entre ricos hacendados y ocupar al fin una casa propia que todavía no había comenzado a levantar.

—Despierta, que no sé dónde se han ido tus pensamientos.

—¡Por tu culpa hasta Zubiete!

Rieron el sobresalto de Domingo Narciso, todos sabían de la trampa que siempre arrastraba con ella la nostalgia.

—Te decía que avises a Berrio, en tres días nos vamos a Querétaro. Tengo organizada una cacería, y también viene el ayalés ¿te acuerdas? El que conocimos Ignacio y yo cuando llegábamos.

—Sí, ya hemos estado más veces con él.

—He cerrado todos mis negocios allí y vamos a celebrarlo. Don Pedro también viene, y si quieres invita a Unzaga, será un buen día para que estreches lazos con tu suegro. Yo voy ahora mismo a Santa María a hablar con Aldama.

Era inevitable darse cuenta de que Txomin estaba despidiéndose de todos ellos. Poco a poco lo fueron aceptando hasta que una mañana, a finales de septiembre, desapareció. Nadie supo nada de él en San Miguel hasta algunos meses después, cuando escribió desde la fértil tierra de Oaxaca. Antes de acabar aquel año de 1759 un nuevo rey ocupaba el trono de España y la orden de los padres jesuitas comenzaba a balancearse sobre un futuro incierto; más de mil frailes de Portugal y sus colonias fueron deportados con destino a los Estados Pontificios. Aquel siglo, extraño y cambiante, avanzaba a una velocidad de vértigo.

Tercera parte:

EL REGRESO

CAPÍTULO VI

Le oyó salir temprano. La pesada madera de la puerta se quejaba con un lamento muy viejo, difícil de ignorar. Manuela se desperezó, se estiró y volvió a acurrucarse encogiendo todo el cuerpo bajo las mantas aún calientes. Hacía frío fuera, lo sentía en la piel de la cara. Sería una de esas heladas que cubrían todo de escarcha. Bostezó e hizo ademán de levantarse. Se palpó el vientre, liso y plano, subió las manos hacia el pecho, lo acarició despacio. Sonrió para sí un segundo antes de decidirse a enfrentar la fría mañana de aquel primer día de enero de 1764.

En Molinar, las llamas de tres velas oscilaban bajo el gélido ambiente invernal, esperando a que las votaciones dieran a su fin. El juramento de los nuevos cargos electos del Concejo fue más rápido de lo habitual, tenían prisa por abandonar el árbol que les daba cobijo y calentarse al lado del fuego encendido ya en la taberna, donde las hermanas Arechavala los aguardaban con un buen caldo caliente. Como cada comienzo de año, se reunían aquí los hombres del valle para tomar parte en los comicios que designaran el nuevo ayuntamiento. Tras escucharse su nombre, las manos alzadas de los presentes confirmaron el nombramiento de don Manuel de Braceras y Urrutia como primer Alcalde. El señor de Isasi se levantó y agradeció con ferviente alegría el apoyo unánime de todos. Enseguida alguien sopló las velas, y aquella turba de hombres escarchados corrió a refugiarse.

La casa era un témpano a esa hora. Manuela atizaba el fuego para poder calentar algo de alimento con que acallar los gruñidos de sus ávidas tripas *El frío siempre llega con hambre*, pensó mientras soplaba insistente las débiles llamas que trataban de apoderarse del aire. Se había vestido con esmero, con dos basquiñas superpuestas que abultaban sus caderas, a la vez que tapaban la saya gastarla y polvorienta por el barro acumulado en la calle durante los últimos días de lluvia. Lo mejor de aquel atuendo era la chambra que había terminado de coser y rematar la noche anterior. Una prenda muy especial que despertaría la mirada envidiosa del resto de mujeres, sobre todo por las puntillas que asomaban bajo las mangas. No eran nuevas, apenas un apaño hecho con algunas prendas de su madre que, durante los largos años de luto obligado, había mantenido escondidas para no caer en tentaciones. Después del duelo siguió sintiendo la pena por la pérdida durante mucho tiempo, hasta que se decidió a abrir el viejo arcón donde guardaba esa parte de su herencia. Era certera con las puntadas, hábil para pasar el hilo, pero además poseía un gusto especial por el vestido, algo que no le perdonaban fácilmente sus vecinas.

En la iglesia, aquella tarde, mientras los feligreses esperaban el comienzo de una eucaristía que bendijera el nuevo año, el murmullo ascendía hasta los rincones más altos del templo. Nada hizo suponer a Manuela que era ella y no otra la causante de la

inapropiada charla, hasta que su hermana Francisca, de camino a Zubiete, no dudó en tacharla de imprudente.

—No te entiendo, ¿qué tengo que ver yo con la gente que habla en la iglesia? —protestó.

—Hablan de ti. ¡No seas tan ciega!

—¿De mí?, ¿y qué razones tiene nadie para hablar de mí?

—Es por tu ropa, te vistes como señora siendo criada.

Manuela no quería seguir escuchando, ya sabía lo que venía a continuación. Miró a su otra hermana, y en la expresión de Josefa comprendió que aún faltaba un reproche mayor.

—De lo que no te quieres dar cuenta, Manuela, es que la gente murmura tu relación con el señor de Urrutia. Parece que te has vestido de estreno para celebrar su nombramiento. ¡Solo Dios sabe lo que hay de cierto en eso!

—Sois peor que ellas. Siempre dejándoos arrastrar por las habladurías. Lo que yo celebro es el nuevo año y no otra cosa, por mucho que esas viejas cotorras se empeñen en manchar mi honor y el nombre de mi señor. Nunca he faltado a nadie y no he hecho cosa alguna que merme mi honra. Cualquier acusación en ese sentido es falsa.

Se giró sobre sus propios pasos, malhumorada. Pensaba acercarse a casa y esperar a su padre, pero la discusión le hizo cambiar de idea. Desde la muerte de María, siempre que podía y el tiempo acompañaba, le gustaba sentarse junto a Antonio y su cachaba a ver el sol esconderse por el alto de Berbiquez. Aquel primero de enero, que había amanecido tan frío, despejó temprano y la luz se dilató en una tarde corta pero agradable. Pronto oscurecería y volverían a sentir la primera escarcha sobre la piel. Se encontró con su padre en el puente, con la torre de Oxirando observándolos.

—Hija, ¿ya vas de regreso?

—Sí, no puedo demorarme más. Mañana me cuenta cómo ha ido la votación en el Concejo.

—Tu señor es el nuevo alcalde, eso ya lo sabrás ¿verdad?

—Sí. Pero nada sé de los que han sido nombrados en Indias. ¿Estaba alguno de los nuestros entre ellos?

—Sí hija, ha salido primer regidor un primo tuyo, Francisco Antonio de Ayerdi.

Eso es una alegría para los parientes de Arracico. Mañana regreso, *aita* descanse y procure abrigarse que la noche viene mus fría.

—Ve con Dios, Manuela.

Antes de llegar al otro extremo del puente creyó oír su nombre y se giró sobre sí misma. Allí seguía Antonio, en el mismo en el que lo había dejado, observándola. Retrocedió unos pasos hasta alcanzarle.

—¿Qué le ocurre?, ¿necesita alguna cosa?

—Nada, sólo que… —y una mueca le torció el gesto—. Me alegra ver que has sabido sacar buen partido a los viejos vestidos de tu madre.

Antonio continuó su camino, algo que a su hija le costó reanudar, y cuando por fin dejó a su espalda Oxirando una sonrisa se dibujó agradecida en su cara. Poco después, mientras escuchaba el quejido de la pesada puerta que cerraba la torre de Urrutia tras de sí, sintió la calidez del ambiente en una casa en la que al menos tres chimeneas quemaban carbón y leña para salud de sus habitantes.

Don Manuel aún no había vuelto. Finalizada la votación salió a caballo hacia la villa de Bilbao y nada se sabía de la hora de su regreso. Jacinto Pereda, el joven Zurrape que Gerardo halló un buen día en una cueva de Lartundo, se encargaba de las caballerizas del señor, y esperaba en la cocina con la confianza de que éste no se retrasara más de lo conveniente.

—El frío es gélido ahí afuera, pero más temor me dan los asaltantes de caminos.

—No digas tonterías, Zurrape, nadie va a atacar a don Manuel. Además, ¿no me habías dicho que iba acompañado?

—Sí, había otro señor con él, pero quién sabe si éste regrese también al valle.

—Aún es temprano para impacientarse, tengamos calma. No empieces a imaginar lo que no es, que te conozco bien.

Manuela recorrió la casa comprobando que todo estaba en orden. Nada le pareció extraño a primera vista, y entró en la cocina con una vestimenta más doméstica, dispuesta a preparar una cena copiosa por si Urrutia regresaba hambriento y quizá con algún invitado que añadir a la mesa. A menudo la sorprendía con comensales, obligándola a improvisar.

Después de aderezar los pucheros se sentó, como tantas otras noches, a esperar entretenida con algo de costura entre las manos. Horas más tarde Zurrape entraba en la cocina anunciando el sonido de los cascos del caballo que se acercaba al portal de la casa. Manuela se incorporó sobre el fuego para avivar la llama que empezaba a languidecer a esa hora.

—Buenas noches, ¿hay algo caliente por aquí que entone este pobre cuerpo helado?

—Enseguida —se apresuró a contestar.

Don Manuel ocupó un lugar junto al fuego del hogar. Solía comer en la habitación contigua, salvo raras excepciones como esta noche, en que le apetecía más que nada la compañía cercaría de ella. *A la luz de la hoguera parece más joven de lo que seguramente es*, pensaba mientras la contemplaba en silencio. A Manuela le gustaba aquella mirada, entre protectora y cómplice.

—¿Cuántos años tienes?

—Muchos. Mejor no me haga recordar.

—Vamos, mujer, dime el año de tu nacimiento.

—Nací en el treinta y tres, en el mes más frío, febrero. Dicen en mi casa que fue una noche gélida. A la abuela de Arracico le gustaba contar que nunca vio otra luna igual ni escuchó un llanto de vida como el mío.

—¿Tanto?

—Decía que mi grito se desvaneció por las rendijas que dejaban las piedras altas de la casa, recorrió los valles y se adentró por chimeneas y ventanas, llegó a los muros de las iglesias y entro a besar con su susurro las almas en ellas guardadas. Eso decía, y también le gustaba anunciarme como la quinta y última hembra parida en la casa de los Allende de Zubiete. Como si no fuera nunca a haber otro nacimiento bajo ese mismo techo. Recuerdo que hablaba bonito, como quien te cuenta la historia que has de vivir.

—Tu padre dice que le recuerdas a ella. Que luces la mirada aguda de tu abuela materna.

—Cosas de él. Siempre le gustó la abuela, y le llevaba la contraria sólo por escucharla hablar. Cuando ella decía estas cosas de mi nacimiento, él recordaba mi bautizo por el olor pestilente que se escapaba de las sepulturas de caridad que hay en Molinar. Las de pago se habían encajonado y enlosado años atrás, pero las tres últimas filas, las reservadas desde siempre para los pobres, se mantuvieron en tierra hasta entonces, y el día de mi bautizo el suelo de la iglesia debía estar removido, y según dicen había huesos por todas partes y un olor nauseabundo proveniente de los muertos más recientes. Para mi padre esa era la razón de mi escandaloso llanto, y no otra.

Los dos rieron un instante antes de que Manuela quisiera conocer los detalles de la votación de aquel día y de su elección como alcalde. Él fue terminando la cena mientras describía la escena bajo el árbol de Molinar, los cargos y hombres elegidos a mano alzada, la unanimidad y el vino con que celebraron, discutieron y rieron. Se mostraba contento y feliz compartiendo con ella los avatares del día, sabiendo que le escuchaba paciente y complacida. Les gustaban esas charlas en la intimidad, sin más testigos que el fuego y la oscuridad de la noche asomando tras las rendijas de la madera.

Del viaje a Bilbao no dijo nada, pero sí anunció la próxima visita de un joven que regresaba de Indias, y que le había enviado recado solicitando el alquiler de la casa que mantenía vacía en Isasi.

—En ese caso tendré que ponerme con la limpieza cuanto antes, lleva años cerrada y Dios sabe la suciedad que se habrá acumulado allí dentro. No estará habitable hasta que no se le de un buen repaso. ¿Cuándo cree que llegará el inquilino?

—Parece que en breve. El recado me lo ha mandado desde la villa de Madrid, y según ha dejado dicho emprenderá viaje en unos días.

—¡Pero, eso es muy poco tiempo!

—Dispon lo necesario, Manuela, no quiero perder una oportunidad así. Es una buena casa y una vez aseada estará en inmejorables condiciones. Podemos pedir un buen precio por el alquiler. Además, he oído decir que el joven en cuestión ha hecho fortuna en la Nueva España, así que no presentará problemas para el pago.

Don Manuel se levantó y se frotó la cintura con las manos. El día había sido largo, y el viaje a caballo hasta Bilbao le había dejado dolorida la espalda. Los ojos sonrientes de la muchacha le ayudaron a abandonar aquella postura quejosa y estirarse al fin. Antes de que su silueta se perdiera por completo en la oscuridad del pasillo, por el que avanzaba con la inseguridad de quien deja escapar otra oportunidad, Manuela alzó la voz para preguntarle:

—¿Y conoce el nombre de ese joven?

—Sí, La Torre, Domingo de la Torre y Ugarte.

Aquel nombre retumbó en su cabeza mientras retrocedía sobre sus propios pasos. Cuando alcanzó la silla, se sentó tratando de apaciguar el temblor que se había apoderado de sus piernas, sin poder ver más que las llamas queriendo trepar por el hueco de la chimenea. Una ilusión juvenil se apoderó de ella, dejando resbalar por sus mejillas las lágrimas que liberaban la tensión guardada durante años.

A la mañana siguiente, muy temprano, Juana de la Presa escuchaba atónita a su amiga, ella tampoco podía creer que Txomin, el mismo que desapareció de sus vidas catorce años atrás, regresara de nuevo al valle.

—¿Y sabes si viene casado o soltero?

—Ha de hacerlo soltero, porque de lo contrario don Manuel me lo hubiera advertido.

—No te fíes, que con los hombres ya se sabe.

Pero mujer, aunque sólo fuera porque la casa esté preparada para recibir a una señora, algo me hubiera dicho, ¿no te parece?

—Quizá tengas razón, pero aún así no debes confiarte. A ver qué nuevas trae, Manuela, es mejor no precipitarse —le advirtió precavida.

—Ya lo sé, Juana, no te aflijas. Es que ya no esperaba nada de aquellas tierras y de pronto…

—Te traerá noticias de tu hermano Domingo Narciso.

—Confío en ello, y en que me cuente todo lo que en las escasas cartas que me llegan de él no cabe.

—¿Y para cuándo dices que estará aquí?

—No tardará muchos días, así que mejor me apresuro con la limpieza de la casa. No se me ha encomendado otra labor más urgente. Por lo pronto ya he pedido a Teresa que se ponga hoy mismo a sacar buena parte de los trastos que hay allí dentro.

Manuela se levantó y antes de marcharse se asomó a la cuna al lado del hogar. Juana había hecho un buen matrimonio con un joven de Irazagorria que la preñaba

cada año. Se la veía feliz con aquella prole de hijos que se sucedían uno detrás de otro en su regazo. La joven Allende tuvo ocasión de compartir con ella algunos partos y muchos largos desvelos a causa del ahogo que sufría uno de ellos, pero nunca sintió un deseo semejante por parir y amamantar a sus propios hijos. Tampoco se le presentó la ocasión. Al igual que sus hermanas, la falta de una dote que aliviara las condiciones de un contrato más o menos ventajoso les había dejado a las puertas de un matrimonio que no acababa de formalizarse.

La noticia del regreso se extendió como pólvora. También en Oquendo se supo del retorno de Txomin de la Torre desde la tierra de Indias. Quien más y quien menos contaba con algún pariente afincado en los territorios del virreinato español y a todos les urgía conocer fechas, razones e intenciones. La expectación despertó la imaginación adormecida, sin faltar un púlpito desde el que se mencionara el hecho y se bendijera la pronta y feliz venida de aquel joven que regresaba a casa, previsiblemente con encargos, misivas e importantes caudales.

Manuela no tuvo más noticias que las que recibió de su señor la primera noche del año. Después de la precipitada charla con Juana, se concentró en el arreglo y acomodo de la casa de Isasi. Junto a Teresa, hicieron acopio de fuerzas y empeño y poco a poco lograron limpiar y barrer el abandono acumulado durante años. Cuando consideró que el momento había llegado, pidió a don Manuel que la acompañara a supervisar el mobiliario y le convenció de la necesidad de incluir una buena cama, una mesa nueva y algún arcón con que llenar las habitaciones más desocupadas. A mediados de enero la casa estaba lista para recibir al nuevo inquilino, y a finales de mes Manuela empezó a impacientarse. La Torre no había llegado y tampoco había mandado recado anunciando su demora. Sólo la intensa nevada que había cubierto durante las últimas semanas las cimas de las montañas hacía pensar que el retraso podía deberse a las malas condiciones de los caminos.

El ocho de febrero se despertó temprano. El cielo seguía encapotado, de un gris oscuro, opaco, pero no llovía ni nevaba. Todo estaba quieto, parado en el tiempo muerto del invierno. La casa callaba sus secretos a esa hora de la mañana. Apenas se vistió de forma rudimentaria para alcanzar la cocina y encender un buen fuego, cuando el ruido de unas ruedas pisando el camino le hizo incorporarse y asomar la mirada a la pequeña ranura que era la ventana. Desde allí divisó un carruaje aproximándose. Se acercó todo lo que pudo a la hendidura y entonces lo reconoció. Cabalgaba a un lado del sendero, con la mirada agudizada de aquel que va buscando algo. Llevaba el pelo largo, una melena desenfadada que cubría sus hombros con bucles claros. Le sorprendió la barba espesa y la piel curtida. Se quedó muda y quieta, protegida por la madera que oscurecía el interior de la casa, hasta que le perdió de vista. Iba a echar a correr a su alcoba, segura de encontrar algo más adecuado con qué vestirse, cuando oyó la voz de Zurrape en la calle indicando al

recién llegado la dirección de la casa que había alquilado.

—No tiene pérdida, la encontrará al final del sendero. Doy aviso y le alcanzo en un momento para ayudarle con la carga.

En torno a la ermita de Isasi se extienden la tierra y el campo robado a la montaña. Allí, al pie de las casas que pueblan la colina, Manuela se instaló en 1750, en la antigua torre perteneciente al linaje de los Urrutia. Un caminito de hierba unía la vivienda con la ermita, apenas cincuenta metros que recorría cada día, en ambas direcciones, buscando consuelo o agradeciendo alegrías a la virgen de la que se volvió devota a la semana de estar allí arriba.

Desde la parte alta de la torre podía divisar Zubiete y, casi por intuición más que por certeza, reconocer el tejado de la morada de los Allende. Lo descubrió al poco de llegar, cuando la distancia aún le parecía larga, pero fue en los años en que la enfermedad de su madre se volvió más exigente con todos ellos cuando más veces ascendió por esas escaleras empinadas. Desde allí vigilaba, esperaba y aceptaba las indicaciones de sus hermanas, que cuando la necesitaban colgaban una sábana blanca en el balcón de la fachada que ella divisaba entre el arbolado y las piedras de otras casas. Entonces, corría por el sendero de Berdugal, y ya sin resuello alcanzaba Zubiete y la habitación de María. Más de una vez sintió el miedo de no llegar a tiempo, de no tener el aliento que necesitaba para dar consuelo al cuerpo menudo y dolorido de su madre. La noche que al fin descansó en paz ella también estaba en casa, y aún así, salió al balcón y extendió la sábana blanca con un pañuelo negro prendido en el centro. En la torre de Urrutia no falto quien viera el anuncio, y aquella noche don Manuel llegó a Zubiete con la intención de acompañar en su desconsuelo a Antonio y el deseo de estar cerca de ella.

El regreso a Isasi fue un descanso reconfortante. Apenas se cumplieron los ritos del sepelio Manuela volvió a sus quehaceres en la torre, deseosa de ocupar sus manos y su mente, de entretenerse y de volver a escuchar a Jerónima de Llaguno las historias que contaba de antes. La anciana había servido en esa casa toda su vida, incluso cuando no hubo señores habitando estas paredes. Ahora se encargaba únicamente de la cocina, y a veces ni eso, porque si no estaban pendientes de ella se adormecía por las esquinas olvidando el guiso que se consumía sin remedio al calor de la lumbre. Manuela cubría con cariño sus despistes y escuchaba con atención sus largas charlas. Los muchos años le habían dado el conocimiento de los mayores secretos de la familia, las razones de sus casamientos y los arreglos ofrecidos por algún vástago ilegítimo. Sabía de rarezas, mañas y tretas que componían lo irreparable, y de fisuras en la voluntad de muchas personas que otros aprovechaban para engrandecerse.

Fue esa misma Jerónima quien inculcó a Manuela la devoción por la virgen de

lsasi, y también fue ella la primera en darse cuenta del interés que la muchacha despertaba en Braceras. Sobre eso la previno y la indujo a un buen entendimiento y hábil manejo: *Nunca le des todo lo que quiere, pero se cautelosa, que no vea que le niegas lo que cree le pertenece*. Al principio Manuela no entendió el significado de tales palabras, pero la memoria las guardó y el tiempo le ayudó a descifrarlas.

Se lo encontró la primera vez en la puerta de la cocina, con una mirada intensa y decidida. Era de noche cerrada y apenas resplandecía una llama en el hogar. Sintió que se acercaba, le oyó respirar tan próximo a su piel que se erizó como un pollo al que van a degollar. Se quedó quieta, muda, temerosa de sí misma, dejándose hacer. Apenas un instante después él le acariciaba la mejilla y la sonreía, alejándose de su piel con la misma delicadeza y cuidado con que se había acercado. Esa misma noche, cuando se desprendió de la basquiña y la chambra, quedándose en camisa debajo de las mantas, palpó la piel aún erizada de su cuerpo y creyó echarle de menos. Fue poco a poco cediendo a aquel cuidado, a aquellos encuentros esporádicos que duraron años y que le dieron algunos momentos buenos, y más de un sonrojo ante las miradas inquisitorias que le parecía ver en el resto de habitantes del valle. Las formas y el trato eran severos en público, distantes y cordiales, pero a pocos se les escapaba que Manuela, con ese gesto altanero y la soberbia marcada en las puntadas de su vestido, se mostraba superior a la condición que desempeñaba.

Lo vivido despertó su ingenio, y no tardó en conseguir del señor de Urrutia el apoyo que una mujer soltera requería para lograr con éxito su propósito. Pocos meses después del primer encuentro le pidió consejo para la compra de un ganado que ya tenía visto y apalabrado. El sueldo acumulado cubría el precio, pero necesitaba que él formalizara el trato, y que la ayudara a negociar un contrato con algún aldeano de la zona dispuesto a cuidar de las reses. Así fue como a sus 26 años se convirtió en la primera mujer de Gordejuela con una aparcería de ganado en propiedad.

En más de una ocasión sintió cómo callaban a su paso y volvían a retomar la conversación a sus espaldas. Nunca bajó la cabeza, nunca se excusó por nada o dio razón. Después, tal y como había pronosticado la anciana, dejaron de darse los encuentros, los roces y hasta las habladurías. Manuela no preguntó y él no se explicó, pero continuó apoyando cada sueño, cada desvelo y cada momento que la pequeña de los Allende habría de vivir.

El resto de casas que salpicaban la colina de lsasi también eran propiedad del señor de Urrutia. Próximo a la torre antigua se levantaba un rudimentario caserío de campo ocupado por Juan de Villachica, un hombre amable y distendido que en más de una ocasión había compartido *txakoli* y guiso con Manuela. Al norte, un camino angosto se dirigía hacia la casa de Chavarri de Urrutia y la torre de Larrimburu. La primera la habitaban Fernanda de Otaola Urruchi y sus padres, mientras que la

segunda, elevada sobre un terreno llano poco habitual a esta altura de la montaña, fue alquilada hace algunos años por Martín de Beraza para acomodar en ella a su extensa familia.

La casa alquilada por Txomin a su regreso de San Miguel el Grande era la más alejada de la ermita, y se la conocía como la casa de Isasi. Rural y poco cómoda en sus orígenes, había ido adquiriendo ciertos ornamentos que la diferenciaban del resto de caseríos que poblaban el valle. Con la fachada orientada al sur, vigilaba desde su altura las otras edificaciones. Su nuevo inquilino llegó el mismo día que Manuela cumplía treinta y un años, y se instaló por tiempo indefinido en el lugar más alto y aireado de Isasi. Se bajó del caballo y esperó en la puerta a que Zurrape lo alcanzara. Pisó el portal con pie firme, se adentró en la cuadra, ascendió por la escalara interior y revisó cada habitación sin prisa, sintiendo el frío de la piedra de nuevo envolviendo su cuerpo, el valle metido dentro de aquellas cuatro paredes, bajo las tejas rojas y viejas que se inclinan en prolongadas pendientes a este y a oeste. Subió hasta el camarote y reconoció en el crujir del suelo los años transcurridos lejos. Desde una ventana divisó el pueblo, contempló el paisaje, se llenó de verde y de agua. Fue posando sus ojos en las casas que mejor reconocía. *La de mis padres y la de La Presa, en Zubiete. La torre de Oxirando junto al puente, y la iglesia de Molinar. Parece que hay gentío ya en la hospedería de la plaza, aunque no estoy seguro de que sea esa y no la que está pegada. Tanto tiempo, tanto que me cuesta reconocer las chimeneas de mis paisanos. Será la distancia, que no es corta desde aquí. He venido a establecerme en la casa más alejada, eso me gusta. Isasi, la bella loma en la montaña. Era Manuela la que me observaba desde la ventana, tenía que ser ella, nadie tiene los ojos tan claros en estas tierras*.

Un grito de Zurrape arreando al caballo al interior de la cuadra alertó a Txomin. Encorvado, atravesó el camarote hasta alcanzar las escaleras que descendían al portal de su nueva morada. El carro estaba ya vacío de carga, y el hombre que había contratado para que lo acompañara esperaba paciente el dinero prometido. Zurrape le anunció que don Manuel lo aguardaba en la torre antigua con un almuerzo apropiado. Pero su inquilino tenía otros planes y así se lo hizo saber.

—Dile a tu señor que no podrá ser hoy ese almuerzo, aunque el hambre aprieta al viajero. Antes de nada he de visitar el hogar de mis padres. Comprenderá que han sido demasiados años de ausencia para demorar un instante más el encuentro con los míos. Anúnciale que la casa me parece adecuada y que no habrá problema con el precio del arrendamiento.

Apenas bebió agua el caballo, montó ágil sobre su grupa y retrocedió por el mismo sendero por el que había llegado. Al pasar por delante de la torre de Urrutia miró hacia la fachada y, aún sin llegar a ver a nadie, se desprendió del sombrero y saludó al aire. Manuela, sigilosa tras una ventana, sonrió a la calle.

No se encontraron aquel día ni al siguiente, pero se vigilaban. Txomin cabalgaba por allí siempre a deshoras, lejos de poder toparse con Manuela. Ella rondaba el camino e interrogaba a Zurrape, que apenas sabía o conocía los negocios en los que andaba el nuevo vecino. Por don Manuel supo que no estaba casado, y por su padre que con él habían llegado algunos pesos fuertes enviados por Domingo Narciso.

Desde el púlpito de Molinar, días después, don Pedro bendijo al recién llegado y todos se giraron en busca de la figura señalada por el párroco. Todos menos Manuela, que esperó a que el resto regresara su atención al orador para observarlo de soslayo, a solas entre la multitud. Lo encontró más alto de lo que recordaba, más erguido, y con el gesto ensanchado. Cuando salió a la plaza lo rodeaban tantos vecinos que su persona sólo se adivinaba en el centro, pero ella no se acercó. Fue a encontrarse con sus hermanas, y después con Juana, que trataba de reunir a toda su descendencia para regresar a Irazagorria. Tomaron el camino juntas, una al lado de la otra, vigilando que los más pequeños no se desperdigaran por las huertas cercanas.

—Parece que el presbítero está satisfecho con el recién llegado. He oído decir que ha sido bastante generoso con la iglesia y también con sus padres. Todos a su alrededor están contentos, Manuela. Al parecer ha hecho fortuna como predijo —comenzó Juana.

—Eso dicen, yo también lo he escuchado.

—¿Has hablado va con él? ¿Sabes a qué ha venido?

—No, aún no nos hemos encontrado, apenas ha parado por Isasi desde que llegó.

—¿Y no te ha traído noticias de tu hermano?

—A mí no, pero ya ha estado con mi padre y le ha entregado algunos pesos que Domingo Narciso envío a través de él.

Cuando llegaron a Irazagorria Juana la invitó a pasar, pero ésta rehusó: *debo regresar temprano a Isasi*. Le faltaban pocos metros para el llano que se abría al sendero de la ermita y entonces lo divisó a lo lejos. Estaba de pie, frente a ella, en una postura de larga espera. El caballo y el sombrero retirados a un lado del camino. Manuela respiró profundo y continuó avanzando, como si aquella mirada no estuviera detenida en ella, en el movimiento de sus caderas. Llegó a su altura queriendo parecer serena. Se aproximó despacio, con el semblante risueño y las manos inquietas.

—Manuela, la pequeña Manuela —la recibió él.

—Hola Txomin. Cuánto tiempo. ¿Cómo estás?

—Con ganas de encontrarte desde que llegué. Se te ve muy bien. A tu hermano Domingo Narciso le gustará saber que luces tan buena moza como te dejé.

—¿Y cómo está él?, ¿qué noticias me traes?

—Está bien, y con una buena hacienda, sí señor. He de darte la carta que te escribió.

Una sonrisa amplia se dibujó en la cara de Manuela. Aquellas letras eran su

mayor anhelo y se hacían esperar por años. Saberlas tan cerca le producía una excitación incapaz de disimular.

—¿Cuándo será eso?

—En este momento me esperan en San Román de Oquendo. Pero viviendo tan próximos no faltará oportunidad de entregarte lo que te traigo, y de que entablemos conversación tu y yo. He oído decir que eres una mujer de empresa.

La intención de él no era provocarle sonrojo, pero sucedió que ella sintió el calor adueñándose de sus mejillas, torció el gesto y se giró para retomar el camino diciendo:

—¡Envidia de aldeanos infelices!

Él no pudo evitar una risotada por el alarde de orgullo que le recordaba a otro tiempo y se despidió con un:

—¡No tardaremos en volver a vernos, Manuela de Allende!

El paisaje lo envolvió en su frondosa espesura cuando todavía no había hecho más que cruzar al otro lado de la montaña y bajar al fondo del valle, por donde el río Izalde dibujaba sus curvas. El agua sonaba a vida como en ninguna otra parte. Había recorrido mares, tierras y pueblos, pero ningún lugar le pareció nunca como este: los valles de Gordejuela y Oquendo partiendo la montaña, abriéndole las venas, llenándola de vida, de verde y agua. Disfrutaba recorriendo los senderos cerrados, casi inexistentes, que funcionaban como vasos comunicantes. Sólo un hombre caminando o un jinete con una buena cabalgadura podía transitarlos, saltando obstáculos, evitando encuentros. Si Gordejuela era hermoso, Oquendo hacia enmudecer al visitante. El primero resultaba acogedor, abierto, amable; el segundo era un enigma, un mundo inquietante y misterioso, inabarcable, que atraía por lo espléndido de su vegetación y la altura que alcanzaban sus cimas. En Oquendo las casas no se veían pero estaban, insuflando vida a sus montañas cerradas.

Txomin se llenó de aire, de oxigeno verde, y una repentina dulzura embriagó sus vísceras al recordar a Manuela poco antes, de pie, frente a él, con toda la firmeza de la mujer en que se había convertido y la frescura de una niña, sonrojada y altanera. Ella era esta tierra, en sus ojos estaban dibujadas estas montañas, las más hermosas, y toda la profundidad de los hombres que habitaban en ellas. *No hay más que mirarla para darse cuenta*, pensó mientras cabalgaba por Ascari en dirección a Zaldu. Había prometido a Ignacio de Aldama entregar una alhaja en la iglesia de San Nicolás de Bari, un plato de plata que había hecho grabar con la imagen de San José, y un saco de pesos fuertes con los que reconfortar la sepultura que guardaba los restos de su padre. Habló con el párroco, le entregó lo suyo y continuó avanzando por el sendero que le sumergía en Oquendo, dejando Zaldu, el peso de las monedas y el encuentro con algunos recuerdos.

Ascendió desde el campo de Escoriaza hasta Oquendojena. Cuando dejó atrás el caserío de los Sauto le pareció ver a una mujer en uno de los lados del camino, escondida tras la maleza. Al girarse y mirar en aquella dirección ya no la encontró. El caballo resopló nervioso y Txomin sintió un frío nuevo en los huesos. Una nube blanquecina se había instalado en las cimas más altas queriendo descender deprisa. Lo interpretó como el anuncio de próximas nieves y se alegró de alcanzar al fin la casa de los Aldama. Se apeó y se dirigió hacia un muchacho que arreaba sin entusiasmo a una terca mula, que por más que la azuzara no se movía. Le ayudó hasta lograr introducirla en la cuadra y entonces se presentó:

—Soy Domingo de la Torre, vengo buscando a los Aldama. ¿Es ésta su casa?

—Sí señor. Enseguida aviso a mi padre.

Un hombre viejo y torpe se asomó al portal poco después.

—Dice mi hijo que me busca. Soy Sebastián de Aldama, ¿bueno para qué?

Era el padre. El muchacho se colocó a su izquierda sin intención de moverse. Txomin comprendió que la diferencia de edad entre ambos era una vida entera.

—Mi nombre es Domingo de la Torre, recién llegado de las tierras de la Nueva España. Un hermano de usted le envía algo de caudal con que ayudar a mantener abierta la casa paterna.

Txomin aceptó la invitación y pasó al interior del viejo caserío, necesitado de un buen apaño para sostenerse en pie otros tantos años. Frente al fuego las mujeres calentaban un puchero. Se presentaron como hermanas y sobrinas de Ignacio, salvo una de ellas, que permanecía en silencio a un lado de la lumbre, con una rueca que hacía girar y girar. La observó sin disimulo, aquella mujer no pertenecía a aquel lugar. Dejó de hilar, se puso en pie y se presentó:

—Antonia Reyna Forti y Gil, para servirle.

Era seria, distante, y estaba preñada. Se percibía en sus ojos el disgusto que le producía todo lo que la rodeaba. Volvió a sentarse y a hacer girar la rueca. Entonces entró en la estancia un hombre de unos treinta años, moreno y bien parecido.

—Juan de Aldama y Arechederra, para servirle —se presento ofreciendo la mano al visitante.

Juan había vivido durante mucho tiempo en la ciudad de Cádiz. Llegó hasta allí junto a Domingo Aldama, su hermano mayor, para embarcarse a la Nueva España, pero le retuvo el gran temor que le produjo el mar nada más verlo. Txomin lo conoció en aquella ciudad, cuando llegaron Ignacio y él a su casa, antes de iniciar viaje a las Indias.

—¡Juan, benditos los ojos! A mi regreso te busqué por Cádiz y me dijeron que habías vuelto a la tierra de tus padres. Tenía que encontrarte. ¿Me recuerdas? Soy yo, La Torre.

—¡Santo cielo, si pareces otro! Cómo no voy a acordarme, Ignacio y tú me disteis

los mejores días de mi juventud. ¿Cómo es que has regresado? Y mis hermanos, ¿cómo están ellos? ¿Has conocido ya a mi mujer?

Antonia se levantó de nuevo y Txomin comprendió de golpe la primera impresión que le produjo la dama. De pronto su semblante había mudado, estaba más relajada. Juan hablaba, trataba de explicar a todos quién era aquel visitante. Un rato después los dos salían del caserío y tomaban el sendero de Oquendo.

—Tienes que ver las obras, son una maravilla.

Hablaba de la nueva iglesia de Santa María que se estaba construyendo. La vieja, la que dirigió la vida religiosa del valle desde el lugar de Unza durante siglos, se encontraba medio derruida. Un accidente, le contó, un desplome casi completo del tejado que acabó matando a tres beatas que rezaban al interior del templo. *Al menos la muerte las encontró en paz con Dios*, pensó su amigo en silencio. Ahora se construía la nueva iglesia gracias a la donación de un Ibarrola que había hecho fortuna en Indias.

—¿Qué haces viviendo en la casa de tu padre? —La pregunta fue directa. Txomin había accedido a hablar de San Miguel el Grande, y de la vida que sus hermanos llevaban allí. Pero la incertidumbre le quemaba por dentro desde que vio a Juan en aquella casa y comprendió quién era su mujer—. Dime, ¿por qué has vuelto? Y casado con una mujer que de lejos se ve no pinta nada en el caserío de tu hermano mayor.

—Tienes razón, nada en absoluto pinta. Y una sonrisa incomprensible se dibujó en la cara de aquel Aldama. Pero tendrá que aguantar todavía unos días, hasta que consiga arreglarlo todo para establecernos en Bilbao. Es cosa de un mes más o menos.

—¿Y tu madre?, ¿cómo se encuentra? Traigo presentes también para ella —le anunció Txomin.

—Anciana pero fuerte. Vive en Guaza. Yo mismo se los llevaré.

La nieve comenzó a empapar las capas de los dos hombres, que cabalgaban despacio en una tarde que se volvía oscura y húmeda. Próxima a una de las torres que pertenecían a los Señores de Ayala, empezaban a tomar altura, a izarse hacia el cielo, en su búsqueda del Dios venerado, las paredes de la nueva iglesia. Con los brazos descubiertos, la cabellera empapada y la blanca nieve tropezando con las piedras de la fachada y con sus cuerpos, formidables ejemplares de seres humanos se afanaban en un trabajo al que los animales hacía tiempo se habían negado. Entre cuatro alzaban una piedra inmensa, con sus inmensos brazos tensados hasta lo imposible, avanzaban unos pasos y volvían a depositarla sobre el suelo, a un ritmo lento y cadencioso, con la expresión del sufrimiento marcándoles el rostro. Un nuevo grito gutural y la roca volvía a elevarse sobre las rodillas de aquellos musculosos hombres, para unos

centímetros después volver a tocar suelo con la suavidad de un lienzo. Era una labor interminable hasta lograr aproximar la piedra al lugar donde debía ser colocada. El último esfuerzo les obligaba a rodear el pedrusco con gruesos ramales de cuerda trenzada, y una serie de gritos ilegibles, que emitían al unísono, marcaba cada instante del último trabajo que acababa por dejarles exhaustos. Después, un maestro cantero ajustaba y pulía la roca sobre el nuevo emplazamiento, en uno de los ejes principales de aquel templo que empezaba a dibujase como una gran cruz en el suelo.

En la taberna Juan entabló conversación con el presbítero, que se calentaba el gaznate con una jarra de vino humeante.

—Padre, ¿eso no será pecado? —le provocó.

—El frío, hijo, el frío y la humedad obligan.

Juan presentó a su acompañante y ambos se sumaron a la mesa con sendas jarras de vino caliente. Realmente, el cielo estaba siendo inclemente con ellos ese invierno. Habían dejado de contar las nevadas, y la sensación de humedad lo envolvía todo con su mohoso olor a viejo.

Como cabía esperar, la conversación se ciñó a las obras del nuevo templo de Santa María. Le contaban entre sorbo y sorbo cómo la antigua parroquia había sufrido tantas crecidas que hubo inviernos en que no se pudo celebrar ni una sola misa.

—En una ocasión el río subió hasta la segunda grada del altar, y en sólo dos días teníamos a los muertos más recientes flotando entre los santos.

—Bendito sea Ibarrola y su santa fortuna —añadió el presbítero haciendo esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—¡Si levantara la cabeza! Seguro se ha estado removiendo en su tumba de la Nueva España todo este tiempo. La primera noticia de la inmensa herencia que había dejado para la construcción de la nueva iglesia llegó a Oquendo cuando yo era apenas una moza, y mira ahora que vieja soy ya.

La que hablaba era la mujer del tabernero, que quiso explicar a Txomin cómo ese tal Juan de Ibarrola y Castañiza era un paisano que siendo niño se embarcó rumbo a las Indias. *Igualito que usted, pero él nunca regresó*. Su acompañante continuó el relato explicando cómo allí logró forjar una inmensa fortuna como mercader, principalmente de hierro. Sin matrimonio ni hijos, fue llevando con él a hermanos y sobrinos que, sin embargo, no recibieron la herencia que esperaban. En su lugar, a su muerte, en el año 1743, aquel ilustre oquendano señaló como principal beneficiaría de su inmensa fortuna a la iglesia de su infancia, para que se levantara en lugar idóneo una nueva parroquia de Santa María. Veinte años después iniciaban las obras del ansiado templo.

Había dejado de nevar y la niebla empezaba a descender por la ladera de la

montaña, mezclándose con la bruma espesa que emanaba del río. El regreso se insinuaba peligroso, pero deseaba volver, dormir en el hogar de Isasi que era suyo, en la cama que esperaba a su cuerpo aterido para calentarlo y reconfortarlo hasta el amanecer. Caballo y jinete cruzaban ya por Ascari, con más de medio camino recorrido, cuando empezó a neviscar de nuevo. Enseguida todo se cubrió de un blanco luminoso y la mañana amaneció nevada una vez más aquel invierno, volviendo los caminos intransitables para aldeanos y carros. Durante los diez días que continuó aquel llanto blanco Manuela se mantuvo alerta, esperando un nuevo encuentro con su primo y, sobre todo, ansiando la carta, aquellas letras que Domingo Narciso le había escrito y no acababa de tener entre sus manos. La tentación de acercarse a la casa de Isasi sobrevolaba su imaginación cada mañana, pero la prudencia se imponía apenas pisaba la madera del suelo y comenzaba a vestirse.

Cuando al fin cedió el temporal, corrió a Zubiete a encontrar en las piedras de los Allende el sosiego que empezaba a faltarle a su espíritu. Halló a Antonio entretenido con el emparrado de la fachada, podando y atando las delgadísimas ramas que durante el verano habrían de soportar el peso dulce de las uvas. Sus hermanas no estaban en casa y, después de una breve charla con su padre, Manuela continuó camino para encontrarse con la familia de su hermano. Joseph había regresado al valle hacía algunos años.

La casa que ocupaban pertenecía a Mateo de Escarzaga, y aunque junto a ella había una herrería en la que atendía su oficio, la dificultad para cumplir con el arrendamiento le obligaba a ausentarse durante días en que recorría los caminos buscando quehaceres y trabajos que sumaran reales a la maltrecha economía de aquellos difíciles tiempos. Por su parte, Narcisa había recuperado la lozanía de su juventud gracias a la compañía y el consuelo de sus cinco hijos. Hoy era una mujer distinta a la que años atrás se consumía en las montañas del hierro. Desde la calzada divisó la figura de la pequeña Nela.

—¡Tía!, dice madre que hoy es el día de mi nacimiento. ¿Dónde has estado? Se te ve distinta. ¿Tú sabías que nací este día? Y tú, ¿qué día naciste? Tenemos que ir enseguida al molino…

—Nela, por Dios, descansa, ¡así no hay quién te siga!

Manuela se rió, sintiéndose abrumada por la expresividad de su sobrina. Había nacido el 23 de febrero de 1752, trayendo con ella una alegría que nadie se esperaba. Después de la pérdida del primer hijo, Narcisa se entristeció tanto que dejó de vivir. Era difícil imaginar un nuevo embarazo, pero apenas dos años después paría una criatura tan pequeña que todos temían que no resistiría la primavera. La bautizaron enseguida y le pusieron por nombre Manuela Antonia. Eran dos ojos enormes, brillantes y redondos como dos lunas llenas, que lo miraban todo desde el brazo de su madre. Narcisa la llevó a cuestas durante los tres primeros meses de vida,

obsesionada con la idea de que si la alejaba de su cuerpo la perdería. Poco a poco las dos fueron recobrando las fuerzas para enfrentarse a la vida, y cambiaron la suciedad de las minas por el verde valle donde Manuela les esperaba desde siempre. Joseph Antonio era el segundo de la saga, fuerte y decidido como su padre. Le siguió Nazario, que apenas duró entre los vivos una semana. Juan Antonio y Domingo resultaron ser los más traviesos, con cinco y tres años. Nela era su guía, les llevaba con ella a todas partes y la seguían allá donde fuera. Y el último, Juan Francisco, ocupaba todavía el regazo de su madre, entre alimento y sueño. Ya nunca faltaban risas y mocos en la casa de Joseph y Narcisa, aunque su precaria situación económica no los acompañara.

Narcisa, como siempre, se alegró al ver a Manuela siguiendo los pasos cortos de Nela por la escalera. Nunca olvidó el tiempo vivido con ella en la casa oscura y húmeda de Santurce. Le gustaba creer que su primogénita se le parecía, era muy despierta y los ojos de la niña miraban como los de su tía, aunque no eran tan claros y luminosos.

—¿Qué se sabe de tu hermano, el de la Nueva España? Joseph me dijo ayer que ha regresado vuestro primo y que a buen seguro trae noticias.

—Sí, pero aún no he podido leer las letras que envía. Txomin anda recorriendo los caminos y no parece encontrar el momento para entregarme la carta que dice ha traído con él.

—He oído que se ha instalado en Isasi, en una de las casas de tu señor.

—Así es. ¿Qué tal estáis por aquí? ¿Y Joseph? —preguntó queriendo cambiar de conversación.

—Anda en el monte, recogiendo algo de leña. Con la nevada lo hemos quemado todo. Espero que encuentre con qué mantener prendida la lumbre los próximos días, porque me temo que todavía va a hacer mucho frío.

Charlaron de cosas sin importancia durante largo rato, y cuando Narcisa cogió el saco de trigo y dijo que debía ir a buscar al molinero, Manuela se despidió de ellos y emprendió el camino de regreso. En la ermita, frente a la virgen de Isasi, reconoció las siluetas de Fernanda de Otaola Urruchi y de su madre. Quiso pasar de largo sin que la vieran, pero el sonido de la basquiña rozando la nieve que se había endurecido a las orillas del sendero la delató. Apresuradas, salieron del templo interrumpiéndole el paso.

—Hola, Manuela, ¿vienes de Molinar?

—Si —respondió sin mucho entusiasmo.

—¿Has oído algo de los hombres esos que se han presentado en la plaza y han preguntado por el alcalde y el párroco?

—No, no he oído nada. ¿Por qué lo dices?

—Porque aquí arriba nunca llegan las noticias completas. Pensaba que igual tú

sabías algo, como parece que vienes de allí y además es a tu señor a quien buscan…

—Puede ser cualquiera, en la torre de Urrutia se recibe a mucha gente.

—Parece que venían en uno de esos carros de pasajeros que se usan en la ciudad. Debían ser dos señores muy importantes, con sombrero alto y bigote largo.

—¿Con bigote?, ¿y tú por qué lo sabes, acaso los has visto?

—No, yo no, pero me lo ha dicho mi prima, la de Alday.

Manuela continuó caminando por el sendero, pero ya no podía pensar en otra cosa. Era cierto que desde que fue nombrado alcalde del valle don Manuel era requerido por muchos señores de la villa, pero ¿por qué buscaban también al párroco? Una vez en casa Zurrape se lo confirmó, pero lo hizo sin tanto misterio en la voz y sin esperar que Manuela añadiera más información a lo poco que él sabía. Al fin y al cabo, eran cosas del señor.

Dos días después el pequeño misterio se agrandó. Mientras avivaba las brasas con intención de calentar sobre ellas el primer alimento de la mañana, entró don Manuel con el anuncio de la celebración de una reunión, una comida en la que trataría de reunir a algunos hombres principales que manejaban información que le convenía conocer.

Ella, con la sorpresa de la hora temprana, lo miró perpleja.

—Aprovecharemos la ocasión para dar la bienvenida a nuestro nuevo vecino.

—¿A quién? —preguntó sin caer en la cuenta de que estaba hablando de Txomin.

—Mujer, estas como dormida. Me refiero al inquilino de la casa de Isasi, al que ha llegado de las Indias hace cosa ya de un mes, el señor de La Torre. Creo que es tiempo de recibirle como merece, a él y a la fortuna de la que tanto alardea.

Cuando Braceras dejó la habitación, Manuela no sabía bien lo que había escuchado en aquella extraña conversación. Si tenía que preparar una comida para personas tan importantes al menos debía conocer la fecha de la celebración, cuántos iban a ser y un gran número de detalles que de momento no se habían mencionado. O quizá sí pero la sorpresa no le dejó retener esa información. El día transcurrió lento, como si las horas no acabaran de pasar. La comida anunciada ensombrecía su mente de la misma forma que el cielo gris y encapotado de marzo escondía el valle.

Por la noche conoció algunos pormenores más sobre la reunión.

—Necesitaremos una buena bacalada. Tendrás que ir a Bilbao. Y quizá algo de jabalí. Quiero que sea una comida copiosa, que no falte de nada.

Manuela miró con detenimiento a su señor, y creyó ver en sus ojos una emoción que no llegaba a comprender bien. *¿Tan importante sería aquella reunión?*, y por primera vez intervino tratando de aclarar lo que más directamente le afectaba.

—¿Cuántos comensales serán?

—Calculo que media docena, quizá siete u ocho, incluyéndome a mí.

—¿Y el día, ha pensado ya en el día de la celebración?

—El segundo domingo de marzo. Esa es la fecha más adecuada. Para entonces todos estarán avisados y a ti te queda tiempo suficiente para preparar los guisos y acomodar el comedor. No quiero demorarlo más, me urge conocer la situación de ciertos cambios que se están dando en el Señorío.

Apenas contaba con una semana para tenerlo todo listo. Había que limpiar y disponer la habitación donde se serviría la comida, ir a comprar a Bilbao, macerar el jabalí y desmigar el bacalao, además de pensar en revisar bien los manteles, los cubiertos y los platos. No se atrevió a preguntar qué temas eran esos que se iban a tratar en la vieja mesa de los Urrutia, pero sentía verdadera curiosidad por conocer lo que estaba tramando, qué inquietudes le movían a organizar aquel encuentro y porqué había invitado a Txomin utilizando la excusa de un recibimiento de acuerdo a su fortuna. Se sabía que había acumulado buen caudal en la Nueva España, pero nada comparable con la heredad de los Urrutia.

Nela y ella se sentaron muy calladas y muy juntas, la una pegada a la otra, en la madera roída de la carreta. Llevaban sobre el delantal las cestas vacías que tenía previsto llenar con la mercancía que iba a comprar en la Villa. Manuela no se atrevía a sacar la mano de debajo del mantón de lana negra que le envolvía los hombros y el pecho, protegiendo así los cuantiosos reales que escondía entre la camisa y la chambra. La idea de compartir aquel viaje con Nela se le ocurrió de pronto y se entusiasmó con ella. No se le olvidaba la primera vez que estuvo con su madre en Bilbao; todavía sentía la impresión vivida aquel lejano día.

La ciudad dibujaba una hendidura prolongada en la montaña, rodeada de cimas verdes y vertebrada por una vena de mar. El ascenso al alto transcurría lento y resultaba cansado, pero una vez alcanzada la cima la perspectiva de la villa despejaba toda somnolencia llenando de incertidumbre al visitante. En ese instante, como siempre le ocurría, Manuela empezó a sentir un hormigueo en sus extremidades que la obligaba a levantarse una y otra vez. No veía el momento de bajar de aquel duro y maloliente carro para respirar cuanto antes los aromas que se acumulaban en el mercado. El *sirimiri* era intermitente y el gris del cielo una constante, pero no hacía excesivo frío y el regocijo por la aventura no les dejaba sentir la humedad acumulada en la ropa que vestían.

En la ribera de San Antón comprobó, con satisfacción, que las mujeres que vendían toda clase de mantenimientos eran muchas más que la última vez. De todas las edades, estaturas, pesos y hábitos, ofrecían a los viandantes pescados, verduras, fruta, aves y pan. En tan reducido espacio se juntaban aldeanas procedentes de cualquier punto del Señorío, guardando un peculiar orden que sólo ellas comprendían. Las observó con detenimiento, absorbida por el bullicio de sus ofertas

y requerimientos. Y cuando quiso mostrar a Nela los arenales y los barcos que se divisaban a lo lejos, sobre las aguas de la ría, comprobó aterrorizada que no estaba a su lado. Miró alrededor, la buscó entre los puestos cercanos y sintió que el corazón se le daba vuelta en el pecho. No la veía, no lograba dar con su figura menuda y distraída. Corrió hacia un grupo de niños que más o menos tendrían su estatura, pero tampoco estaba allí, entonces corrió en otra dirección, y luego en otra y en otra, tratando de hallarla entre tanta basquiña, salazones y verduras. Gritó varias veces su nombre, miró con espanto a las mujeres que empezaban a arremolinarse en torno a ella, y de pronto la descubrió. Sus pulmones recibieron una bocanada de aire que la obligó a detenerse. La contempló en la distancia, había dado vuelta al cesto que traía y se había sentado; miraba atónita y de frente a un grupo de mozas trasquiladas que ofrecían sus arenques, voz en grito, a todo el que pasaba por delante. Disimulando las lágrimas que trataban de escapar aliviadas, se acercó despacio, se agachó, la observó y se reconoció en ella. A menos de dos metros de distancia las regateras continuaban con sus voces, repitiendo una y otra vez la buena pesca que llenaba sus canastos.

—¿Qué miras con tanto detenimiento, Nela? Tenemos muchas cosas que hacer y sólo unas horas antes de regresar al valle.

La niña se levantó, recogió el cesto y la siguió en silencio, hasta que no pudo contener la curiosidad y lanzó la pregunta en voz tan alta que varias mujeres que caminaban a su lado rompieron en carcajadas.

—¿Tía, por qué esas aldeanas van sin cabello y descubiertas? ¡Son las más feas que he visto nunca!

Manuela, queriendo ser discreta hizo caso omiso a la sinceridad de la pequeña. Se lo explicaría en el viaje de regreso, le prometió, ahora tenían que andar de prisa. Pero no sabía cómo iba a solucionar la curiosidad de Nela, aquella era una costumbre muy antigua que mantenían sólo algunas aldeanas que procedían de los valles más profundos del Señorío, y ella desconocía por completo las razones que les llevaban a raparse el pelo de esa manera, por encima de las orejas, formando un casco de cabeza descubierta. Estaba totalmente de acuerdo con su sobrina, se las veía horrendas. Pasaron el resto del día corriendo de un lugar a otro, queriendo verlo todo o casi todo, hasta sentarse de nuevo en la dura madera de la carreta. Exhausta, Nela se durmió apoyada en su regazo y no despertó hasta que entraron en Zubiete.

Partió el bacalao y lo puso a remojo aguardando con paciencia que se desprendiera de la primera y más gruesa capa de sal que lo envolvía. Esperó durante días a que se reblandeciera la carne blanca, mientras le cambiaba el agua que traía cada mañana de la fuente de Isasi, y sólo cuando creyó que había perdido la mayor parte de la salazón incluyó algunos puerros y pimientos secos al remojo.

Aquel último caldo lo utilizaría para una sopa de pan con la que pensaba abrir el

convite.

Estuvieron acomodando cada rincón de la habitación. En el centro, una mesa alargada de madera ocupaba buena parte de la estancia, presidida por un fuego bajo y ancho en el que Manuela nunca había visto colgar una olla. Los guisos se preparaban exclusivamente en la cocina. Dos arcones guardaban la ropa y el menaje con que se cubría la mesa en ocasiones como aquella: manteles, cubiertos y platos de estaño que, generación tras generación, habían sido utilizados por el linaje de los Urrutia. Dos candelabros con brazos y ceras asegurarían el alumbramiento del comedor, incluso después de caer la noche.

Teresa se ocupó de la limpieza mientras Manuela invertía sus horas en la cocina. Tras la sopa de pan les pensaba ofrecer un guiso de bacalao condimentado y sazonado con las verduras que habían acompañado el último remojo. Don Manuel observaba el movimiento de sus manos desmigando con parsimonia la carne tersa y blanca del pescado. Era la víspera de la celebración y todo estaba casi a punto. En un caldero se cocían los trozos del jabalí, envueltos en verdura, castañas y ramas de laurel. El olor del vino amargo que había utilizado para macerarlo impregnaba toda la casa. *Quizá es eso lo que le tiene tan embriagado,* pensó Manuela cuando Braceras se acercó a ella esa tarde y le rozó el muslo con cuidado. Hacía meses, o quizá ya se cumplía el año, que no la tocaba de esa manera. Después se alejó en silencio y ella continuó con el trajín de los guisos que habría de servir al día siguiente.

Las chimeneas de la antigua torre de Urrutia se encendieron a una hora muy temprana esa mañana. Había que caldear la casa antes de que los invitados comenzaran a llegar. A las cinco de la madrugada ya estaba Manuela trajinando en la cocina mientras Zurrape aprovisionaba de leña los hogares. Teresa entró un poco más tarde, y los tres se sentaron junto al fuego a tomar un trozo de talo y una sopa caliente antes de comenzar con el ajetreo propio del acontecimiento que estaba por celebrarse. Acudieron a San Juan de Molinar al primer rezo de la mañana, para regresar a Isasi a tiempo de ultimar los detalles. Mientras la sopa hervía lentamente en las ascuas, la criada la ayudó a desplegar el mantel de hilo blanco destinado a cubrir la mesa del comedor. Manuela acarició con el envés de ambas manos el bordado que lo revestía casi por entero; era de un valor incalculable, según le contó en alguna ocasión Braceras, que recordaba se trataba de una pieza que las mujeres de su familia habían conservado durante generaciones, y que fue adquirida en alguna ciudad del norte cuyo nombre Manuela era incapaz de pronunciar.

Colocaron platos, cubiertos y jarras. Los candelabros ocuparon el centro, con las ceras nuevas que había comprado en Bilbao aún sin encender. No los esperaba hasta después del oficio de la misa mayor de Molinar, e incluso más tarde. El primero en llegar fue Antonio de Allende. A su hija le gustó verlo envuelto en la capa, bajo aquel sombrero que apenas usaba y le sentaba mejor que ningún otro, con la cara lavada y

el semblante risueño. Quiso salir a recibirlo, pero antes de alcanzar el portal Zurrape le anunció a gritos que lo llevaba con él a supervisar las cuadras, donde estaba atareado procurando espacio para los caballos que, previsiblemente, habrían de traer a los comensales.

Continuó mirando la calle desde la rendija de la cocina, esperando encontrar alguna señal que la alertara de la presencia de Txomin en los alrededores, cuando don Pedro de Basoco entró en la estancia anunciándose.

—Hija, es una bendición el aroma que emana de esta santa casa, ¿qué es lo que nos preparas?

Con el susto de aquella voz asomando a su semblante, Manuela miró hacia la puerta y comprobó que el cuerpo del presbítero había aumentando considerablemente en los últimos tiempos.

—Hola, don Pedro. ¿Qué tal se encuentra? No lo esperaba aún.

—He subido tan pronto he terminado en la iglesia, hija, no quería hacer esperar a tu señor. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Manuela no tuvo tiempo de responder a su pregunta, la voz juvenil y alegre de Txomin ascendía por el hueco de las escaleras rompiendo el aire. No hubiera podido decir qué palabras se escucharon entonces en casa, porque un zumbido ensordecedor se apoderó repentinamente de sus oídos y un nudo de nervios bloqueaba su garganta. Para cuando quiso asomarse al pasillo, Braceras ya estaba recibiendo al nuevo inquilino de Isasi y dirigiendo sus pasos hacia el comedor. Sintió que la miraba al pasar por delante. El siguiente movimiento correspondió al párroco, que los siguió por el corredor despidiéndose de la cocinera con un leve movimiento de manos.

Minutos después, y ya con el cuerpo inclinado sobre la lumbre, escuchó las primeras palabras que intercambiaban Braceras y La Torre. Había logrado serenarse y trataba de ocupar la mente y las manos en la olla de sopa, pero lo poco que le llegaba de la conversación tenía que ver con la tierra de Indias, y la curiosidad la arrastraba inevitablemente hacia la puerta de entrada. Trató de alejarse del fuego y del sonido burbujeante que salía del caldo hirviendo, e hizo enormes esfuerzos por escucharles, pero comprendió que sería imposible si no estaba presente. En ese momento Teresa apareció oportuna con una jarra de vino entre las manos. Venía de la accesoria. Manuela no lo dudó, y arrebatándole el recipiente salió por la puerta para colarse precipitadamente en el comedor.

—Si lo que dices es cierto y se ha recuperado el dominio sobre la isla, no se comprende el descontento del que hablas —comentaba don Manuel.

—Cómo va a estar el pueblo de la Nueva España contento viendo que todo lo que produce se embarca para La Habana, da igual que sea carne, maíz, arroz, harina o pólvora. Todo el dinero y centenares de hombres de las tierras de las que vengo se dirigen a la fortificación de esa maldita isla. Cuánto mejor si hubiera seguido siendo

de los ingleses.

—No hables así, muchacho, ¡al rey lo que es del rey! —las palabras del párroco no serenaron el tono de la disertación de La Torre, más bien al contrario, lo ensalzaron.

—Usted no ha visto lo que yo, don Pedro. Tenía que haber estado en Veracruz para comprobar la verdadera esencia del dominio español. Allí tienen hacinados durante meses a cientos de reos, enfermando y muriendo, mientras esperan el traslado a La Habana, donde los ponen a trabajar como esclavos para fortificarla. ¡Están despojando a la Nueva España de lo que es suyo! ¿Es que nadie se da cuenta de eso?

Manuela salió de la estancia tan sigilosa como había entrado. Dejó el vino sobre uno de los arcones y regresó a la cocina sobrecogida por el tono de la conversación. En alguna ocasión Braceras le había hablado de una isla que en la última guerra, la que según decían se había prolongado durante siete largos años, Inglaterra se la había ganado a España. Según creyó entender, había vuelto a manos de la Corona, y por eso estaban levantando una fortaleza en torno a ella, para defenderse si volvían a atacarles los ingleses. Hubiera preferido que hablaran de los vecinos del valle que vivían en la Nueva España, y de lo que allí hacían hombres como su hermano. Sobre todo quería oír de él, de Domingo Narciso.

Los asientos que aún permanecían libres en torno a la mesa fueron ocupados enseguida por el resto de comensales. Miguel de Oxirando, según pudo entender Manuela al oír a su señor presentarlo, vivía en Bilbao y desempeñaba el cargo de Alguacil Mayor de las Órdenes Militares. No era un hombre joven y su mirada resultaba severa. Caminaba muy erguido, apoyándose en una cachaba que hacía sonar el suelo a cada paso que daba. Braceras le ofreció asiento a su derecha.

Teresa, con un ojo en la olla y otro en la grieta de la ventana, descubrió que se aproximaban por la ermita de Isasi dos caballos traídos a galope. Manuela comprobó que se trataba de los dos comensales que faltaban. Zurrape los acompañó hasta el portal y ahora se alejaba arreando a los animales hacia la cuadra. Acomodándose la ropa con las manos, descendió por la escalera una vez más y recibió a los últimos invitados del día. Conocía a uno de ellos, se trataba del licenciado de la Real Chancillería de Valladolid, don Francisco Antonio de Murga y Braceras, primo de su señor y que, según tenía entendido, procedía de la Torre de Murga de Llanteno, en la tierra de Ayala. No era la primera vez que comía en esta casa, y tampoco era la primera vez que se encontraban. Así se lo hizo saber a su acompañante:

—Cristóbal, si las manos de esta mujer se han encargado del alimento que nos aguarda, te aseguro que no se te va a olvidar fácilmente.

—Don Manuel los espera con el resto de invitados a la mesa —los animó.

—Eso significa que somos los últimos. Démonos prisa, que no se impacienten más por nuestra culpa.

No habían ascendido la mitad de los peldaños cuando don Francisco, con un brillo casi infantil en los ojos, se giró hacia ella y le preguntó:

—Dime, muchacha, ¿disfrutaremos hoy de una de tus inmejorables nogadas?

Manuela sonrió amable y no contestó, pero su interlocutor interpretó aquel silencio como una afirmación y se relamió, anticipándose así al postre. Antes de alcanzar el umbral del comedor Braceras salió a buscarlos para llevarlos con el resto. La joven no pudo saber quién era el hombre que acompañaba a don Francisco.

Había llegado el momento. Esperó a que se acomodaran y comenzara la amena charla para aparecer ante ellos con la sopa de pan. Fuera hacía frío. El viento sonaba con fuerza entre los árboles de la montaña próxima. Don Manuel trataba de descubrir las razones que habían traído de vuelta a Txomin a la tierra de sus antepasados.

—¿Por qué no quedarse allí donde las oportunidades son incalculables?

—Siempre supe que regresaría, que no soy de los que saben vivir lejos de sus raíces, y éste era el mejor momento. Ya les he explicado antes que han cambiado mucho las cosas, demasiada milicia y un aumento intolerable de las presiones fiscales. Tenía que proteger mis intereses antes de que estos se vieran irremediablemente perjudicados.

—Tampoco aquí las cosas son como antes. Los gravámenes se están volviendo insoportables para muchos caseríos.

Todos confirmaron el descontento que se sentía en el Señorío por la subida de los impuestos en los últimos años, culpando de ello a las sucesivas guerras en las que la Corona tomaba parte sin ningún reparo.

—No se puede mantener el gasto de una guerra tras otra. Sumamos años de cuantiosas pérdidas, eso sin contar la de vidas humanas que se llevan los campos de batalla.

—Es intolerable. No hay conflicto en el que la Corona no tenga intereses que defender. Gane o pierda, las consecuencias son nefastas para la población, que acaba devastada por el hambre, la muerte y la desesperación.

Manuela se sintió incómoda. Había terminado de servir la sopa y, aunque quería quedarse y seguir escuchando, la prudencia le ganó y se retiró a la cocina a esperar el momento de ofrecer el bacalao. De vez en cuando se asomaban ella o Teresa a supervisar si había algún encargo, al tiempo que comprobaban con satisfacción la buena apariencia de los guisos que se mantenían calientes junto al fuego.

—Algo ha de quedar, Teresa, no creo que puedan terminar con todo lo que hay preparado.

Cuando llegó el momento de regresar al comedor la conversación había girado en otra dirección. No hablaban de reformas fiscales ni de guerras de la Corona. En su lugar, don Miguel de Oxirando defendía con vehemencia la necesidad de crear un grupo armado que supervisara los caminos, las aduanas y las fronteras.

—Es intolerable la cantidad de bandoleros que se están asentando en nuestra Vizcaya. Hay que limpiar de malhechores esta noble tierra y regresar al tiempo de paz en que hemos vivido antes.

—Entonces, ¿es cierto? —se aventuró La Torre.

—¿El qué, joven?

—Lo que dicen de que hay bandidos durmiendo en las montañas, esperando a arrieros y pasajeros para robarles todo lo que portan —se explicó.

—Si sólo fuera eso. Ya ni los campesinos están seguros. No hay pastor que no cargue con escopeta al hombro en estos tiempos.

Por primera vez Antonio de Allende intervino en la conversación. Hasta ese momento había permanecido en silencio, escuchando a los demás, pero si alguno de los presentes sabía lo que ocurría en la espesura del monte era él. Todavía guardaba algo de ganado allá arriba, y si no era por eso era por la leña o la viña, pero casi a diario transitaba los caminos con un arma a la espalda, por si se encontraba algún indeseable que quisiera lo que no era suyo, como en una ocasión le ocurrió a Benito Basabe. El pobre viejo quiso defenderse de dos bandoleros con un simple palo y acabó con más de un hueso quebrado y atado a un árbol. Tardaron un día entero en encontrarlo.

Mientras les iba narrando aquel desagradable suceso, que la mayoría ya conocían, Manuela aprovechó para salir a rellenar la jarra de vino. Entraba y salía del comedor escuchando sólo parte de las opiniones que los hombres reunidos a la mesa alargaban, modificaban, aplaudían o criticaban. Trataba de entender lo que decían, cada vez en voz más alta, mientras iba y venía de una habitación a la otra, sigilosa, intentando pasar desapercibida, llenando platos, partiendo pan y ofreciendo bebida.

Con el guiso de jabalí humeante entre las manos les escuchó anunciar la pérdida a la que se enfrentaban algunos propietarios, obligados a malvender por no poder pagar las cargas a las que estaban sujetos irremediablemente de por vida, cada año más altas e injustas. La Torre, acalorado, criticaba una vez más la actuación de la Corona de España, mientras don Pedro y Francisco de Murga defendían la política reformista que el rey Carlos III trataba de imponer desde que se sentó en el trono, cinco años atrás.

Entonces, entre voces, mientras equilibraba la bandeja de carne a un lado de la mesa, creyó escuchar su nombre. Levantó la vista y miró alrededor. Todos callaban, y la observaban. Alguien repitió las palabras de Txomin felicitando a su señor y envidiando la suerte de poseer un ama de gobierno con tan excelente mano en la cocina. Las sonrisas complacientes y los ojos brillantes del resto confirmaron sus palabras, y don Manuel supo responder con la sabiduría de los años y la posición que ostentaba. Una vez servido el jabalí se retiró de nuevo y no volvió a entrar en el comedor hasta mucho después, cuando el anfitrión requirió el postre aprovechando

que Teresa les servía otra jarra de vino.

Era media tarde y la luz del día se apagaba fuera de la casa. Manuela colocó la nogada en el centro, aquella pasta oscura y brillante que olía a nuez y miel acaparó por un instante todas las miradas. La había hecho la mañana anterior, cuando todavía la casa dormía, recordando y siguiendo los pasos que su madre trató de enseñarles a Domingo Narciso y a ella la última Navidad que éste vivió en Zubiete. Él cascaba las nueces que la pequeña Manuela intentaba, sin mucho éxito, moler en el viejo almirez. Después la pusieron a desmigar pan duro, y cuando *ama* decidió que había suficiente lo mezcló todo con el agua del bacalao y la miel. Domingo removía y removía la masa, cada vez más espesa, mientras les hacía reír. Ahora era ella quien removía y recordaba la misma escena con cada nueva nogada.

Prendió algunas ceras más y avivó el fuego antes de abandonar el comedor. En la cocina, Zurrape y Teresa la esperaban impacientes para empezar a comer. El sonido del intenso viento agitando las ramas de los árboles se filtraba por las chimeneas y la madera de las ventanas. Se asomó un instante a la incipiente noche y contempló a las nubes en una carrera estrepitosa que cubría el firmamento de sombras y primeros claros de luna. La brisa resultaba agradable al roce con la piel, un ligero y cálido viento del sur hacía esfuerzos por desplazar al frío del norte. Volvió al lado del fuego y tomó de las manos de Teresa la sopa de pan que ésta le ofrecía. Poco después los señores abandonaban la torre de Urrutia y un silencio placentero envolvió la casa de nuevo.

Todo sucedió deprisa. Llegó muy de mañana, con la urgencia de un niño, excitado, hambriento y risueño. Ella no lo esperaba, en realidad nadie esperaba a Txomin en aquella casa. No le habían visto desde los días en que se celebró la reunión, y de eso hacía meses. La primavera, la más lluviosa que creía recordar, había dado paso al verano, que transcurrió sin más noticia hasta este momento, en que su primo entraba precipitándose en la cocina de la torre antigua de Urrutia, donde ella vivía.

—¡Manuela, mira, mira lo que te traigo!

Su expresión era alegre y cansada. Le brillaba la mirada y el pelo le caía enredado sobre los hombros. Lo observó atónita, sin saber qué decir, esperando encontrar un espacio propio en aquellas palabras que llegaban a buscarla. Entonces él, con un movimiento rápido, extrajo del zurrón que le colgaba del brazo un trozo de tela oscura que se anudaba en uno de sus extremos, protegiendo de esa forma un objeto pequeño, previsiblemente delicado, valioso. Lo posó sobre la mesa. La última vez que se miraron así, con las palabras escondidas tras las pupilas, fue el día después de la reunión, cuando, sin desmontar del caballo, le entregó la carta que Domingo Narciso le enviaba desde San Miguel el Grande. Eran palabras hermosas, cariñosas y lejanas. No fue una carta completa, ni contaba en ella nada que Manuela no supiera o hubiera imaginado ya. La guardó junto a todo lo que venía de allí, sin encontrar el momento para sentarse a contestarla. Quería hacerlo, pero su mente estaba entretenida y sus manos desanimadas para empuñar la pluma y desgranar su vida en tinta una vez más.

Transcurrió el tiempo, cinco meses largos en los que la incertidumbre y la esperanza se mezclaban a menudo con la desilusión. Le gustaba recrear esa última escena, y revivir el roce de sus manos antes de su marcha. Ahora Txomin aparecía de nuevo, y la contemplaba de la misma manera. Continuaron así, mezclándose en el mirar del otro durante largo tiempo, paralizados, quebrantando las leyes del movimiento, ignorando la vida que fluía imparable alrededor. Él desvió la atención un instante para comprobar que no había nadie en la estancia, y regresó a ella, a sus ojos del color del valle, a sus pupilas verdes. Con suavidad se fue acercando, le tomó las manos y puso en ellas aquel trozo de tela oscura.

—Es un presente, Manuela. ¡Ábrelo!

Sólo entonces se atrevió a cogerlo y, con cierta inquietud, deshacer el nudo que lo ataba. La visión de lo que escondía le sacó un grito sordo, casi inaudible, que le hizo sonrojarse. Alzó el alfiler a la escasa luz que se filtraba por la ventana abierta, lo giró, lo contempló, y rió, primero a la joya y después a Txomin.

—¿Te gusta?

Estaba más cerca de lo que le había tenido en sus muchos sueños de adolescente.

Le sentía respirar sobre su piel, le olía y, aún así, le hubiera querido más próximo, más pegado a ella, más dentro, si eso era posible. Y de pronto, como si hubiera adivinado sus pensamientos, él se fue juntando despacio, unió su cara a la de ella, y le habló en un susurro quedo, en un silencio cómplice, en un tono nuevo.

—Quiero que seas la más hermosa de las mujeres de este valle, que luzcas más orgullosa que ninguna, más señora y más dama que las que transitan por los pasillos de la Corte.

Ella lo observó incrédula y, sin moverse de donde estaba, le lanzó la pregunta que le quemaba en la garganta desde hacia meses:

—¿Dónde has estado?

—En el puerto de Pasajes. Esperando para recoger un envío que se estaba retrasando. He tenido que hacer un montón de trámites, pero por fin está todo conmigo.

—¿Todo este tiempo has estado esperando un barco?

No. El barco llegó hace muchas semanas. Donde más me he entretenido ha sido en tierras de Navarra. Fui con unos marinos que conocí en el puerto. Hombres de buen vivir que saben cómo moverse por el mundo y hacer negocios. Es posible que haya en esas tierras algunos asuntos de mi conveniencia. Nunca se sabe, Manuela, hay que estar abierto a los nuevos tiempos. Pero no quiero hablar de eso, más tarde pondré un poco de orden en todos los asuntos que traigo conmigo.

Ella mantenía entre las manos el alfiler y la tela en que había estado envuelto. No quería parecer imprudente pero, no había escuchado sus últimas palabras, los ojos se le iban a la joya que empezaba a adquirir la temperatura de su cuerpo. Una fina línea de brillante metal, con una perla casi blanca engarzada en su mitad componían aquel hermoso tesoro.

Txomin se aproximó un poco más. Posó la mano sobre su cuello desnudo y fue descendiendo lentamente por uno de sus costados, hasta alcanzar la cintura. Ella hizo ademán de retroceder pero él la sujetó con fuerza antes de besarla. El ímpetu de su boca, la suavidad de sus labios, la fuerza de sus movimientos, y la humedad que la inundó por dentro la entregaron sin reservas a aquel primer beso, y cuando por fin quiso desprenderse del impulso que emergía de su interior y responderle, él se separó, la sonrió y se despidió con el susurro de un *agur* que aventuraba nuevos encuentros.

Minutos más tarde Teresa entraba en la cocina y se sorprendía al descubrirla de pie, apoyada en la piedra de la pared, contemplando embobada algo de metal que brillaba entre sus dedos.

—Manuela, ¿qué haces ahí? Creía que estabas en la huerta. ¿Por qué estás tan silenciosa?, ¿en qué piensas?

Entonces reaccionó. Salió de su letargo y de la cocina perdiéndose por el pasillo en dirección a la alcoba, donde guardó con cuidado el alfiler, envuelto de nuevo en su

improvisado traje de tela oscura, junto a las cartas de su hermano.

No le volvió a ver hasta dos días después. Salía de casa con la herrada vacía cuando le tropezó en la misma puerta. Un rubor intenso tiñó sus mejillas contraídas por el susto que le provocó el inesperado encuentro.

—Hola, ¿te he asustado?, ¿tan feo se me ve? —y estalló en una carcajada corta, rápida—. ¿Vas a la fuente?

—No, sólo sacaba la herrada para que Teresa la vea y no se olvide de ir a llenarla.

—¿Y por qué no vamos tú y yo? Deja que te acompañe y me cuentas sobre esas aparcerías que he oído posees.

—No sé si estará bien que nos vean juntos —dudó.

—¿Y qué van a ver? No hay nada que esconder Manuela, no seas como ellas.

Txomin continuó hablando hasta vencer sus miedos. La embaucó con su facilidad de palabra, una dialéctica bien entrenada que solía servirle para convencer al más reacio. Aunque un paseo a la luz del día no hacía daño a nadie, Manuela sabía, intuía, que con ello se levantarían falsos testimonios y desafortunados comentarios entre las vecinas. *Espero, al menos, que Fernanda no tenga falta de agua a estas horas*, pensó mientras recogía la herrada de donde la había dejado y comenzaba a andar a su lado.

Fue un paseo lento, lleno de palabras y de gestos. Ella se fue relajando hasta mostrarse más risueña y cómplice que en ocasiones anteriores, y cuando él dejó que su mano se tropezara con la pierna de ella, y más tarde le retiró un mechón de pelo que escapaba libre de la atadura del pañuelo, ya no se ruborizó, aunque sí reconoció el hormigueo que le bailaba en la boca del estómago. No hubo besos ni más contacto que las caricias imprevistas robadas al paso.

Pero había excitación, y el pulso acelerado. La conversación amena y entusiasta de su primo la sumergió directamente en el corazón de la Nueva España. A través de sus gestos exagerados, Txomin fue recreando alguna de las escenas más sorprendentes y divertidas. Le describió al joven Salvador, y la hacienda Los Manantiales que Domingo Narciso había levantado y enriquecido a fuerza de trabajo. También le habló de las largas trenzas que lucían las mestizas, y no dudo en mentir sobre su casta decencia, jurando no haber puesto los ojos en ninguna mujer de aquellas tierras.

Por la noche, cuando Manuela se acostó en su colchón de lana, acarició el mismo tramo de muslo que él había tropezado con toda intención horas antes. Sentía la piel repleta de sensaciones y la mente llena de imágenes nuevas, de casas con flores y plantas espinosas tan altas como iglesias, personas de piel cobriza, ojos oscuros y blancos dientes. Imágenes que no había visto pero que su imaginación recreaba con una luz intensa, brillantes como la plata del alfiler, radiantes como el sol de la Nueva España.

Los últimos días del verano de 1764 resultaron excitantes, al menos en el espíritu y la mirada de Manuela. Despertaba con una sonrisa radiante y se acostaba con la sensación de haber vivido el mejor de los días cada día. Txomin solía aparecer a media mañana, la acompañaba a la fuente de Isasi a llenar la herrada, y de regreso encontraba algún pretexto, una excusa que la hiciera detenerse, reír, mirarlo de frente, para acabar besándose y confesándose amores largos y duraderos. A veces no llegaba de mañana sino de tarde, y trataba de convencerla para que se acercara con él a su casa, a admirar un baúl que trajo de las Indias, alguna tela adquirida en Madrid, o la mejor imagen del valle desde cualquier ventana de su fachada. Ella se resistía, evadía sus tentativas de encuentros más íntimos, tiempos más largos y roces más profundos, y trataba de acomodarse la basquiña después de rápidos y escondidos escarceos que sólo incrementaban su deseo.

En aquellos tiempos dulces para Manuela, el valle, sin embargo, se estremecía ante la llegada de una de las crisis más profundas que habrían de vivir sus habitantes. Las malas cosechas se empezaban a acumular un año tras otro, y la inoportuna medida de liberalizar los precios agravó la ya de por sí penosa situación que se sufría en innumerables caseríos. Se echaba de menos el sonido constante de las ruedas de los molinos deshaciendo el grano, y el olor a talo y a guiso bien condimentado en las cocinas. Las tabernas apenas despachaban, y las ferias y mercados dibujaban una estampa gris de lo que en otro tiempo habían sido.

La noble tierra de Vizcaya empezaba a verse amenazada por la escasez de alimentos, la carestía de los precios, el hambre y la muerte de sus hijos. En un escenario así, Gordejuela vivía su particular crisis, producida por años de gran sequía seguidos de temporales que inundaban los campos y arrastraban puentes y vías. Las nieves espesas y largas de los dos últimos inviernos habían quemado la tierra, que tampoco respiraba con el abrazo de la primavera, lluviosa y fría a su vez. Las vides se esforzaban por florecer bajo un cielo color ceniza la mayor parte de los días, y cuando al fin aparecía un rayo de sol, no duraba el tiempo necesario para secar las aguadas. Los animales se acostumbraron a sacar del barro los escasos brotes que, espigados y delgados, trataban de encontrar la luz y la energía que el cielo les venía negando.

La penuria, el trabajo improductivo y la melancolía con que se instalaba la estación otoñal preocupaban a los hombres que componían el Concejo. Manuel de Braceras y Urrutia, el señor de Isasi, alcalde electo desde el primer día de aquel oscuro año, había convocado al ayuntamiento esa mañana. Se debían tomar medidas urgentes para que el invierno no resultara tan devastador como se preveía. No iba a haber cereal suficiente, la tierra se volvía estéril, baldía, y la deuda acumulada durante el año por censos y arrendamientos seguía creciendo en todos los caseríos del

pueblo. La presencia de mendigos en las calles y plazas, niños dejados al abandono de la caridad, bandoleros y ladrones, prostitutas y rufianes, teñía poco a poco con los colores tristes de la pobreza la apacible vida de antaño.

Al mediodía, cuando don Manuel cruzó el portal, su rostro anunciaba el desánimo y el cansancio que le producía la situación a la que se enfrentaban.

—Ha sido el peor Concejo Abierto que recuerdo. No se han presentado ni la mitad de los propietarios, están cansados, y ya adivinan por sí solos el futuro que se dibuja en el desolador paisaje de otro invierno sin suficiente grano almacenado. Los pocos que han venido se han enfrentado entre sí, gritaban y se peleaban como nunca me hubiera imaginado en personas siempre tan pacíficas y cordiales. Tenías que haber visto a uno de los hijos de Romarate, Manuela, si no le llega a detener nuestro inquilino, Txomin de la Torre, se hubiera liado a golpes con Bartolomé, el de Escarzaga. Tu hermano Joseph también estaba allí, ha pedido turno para ocupar la taberna del Pontón, según dice casi no paran animales delante de la herrería y fuera de aquí tampoco encuentra con qué sacar un real. Puede ser una alternativa, aunque tu padre le ha pedido que lo piense bien, pero Joseph tiene la decisión tomada y cuenta con el apoyo de su mujer. No sé, no estoy seguro de que sea la mejor idea, pero tampoco se me ocurre otra que pueda salvar a su familia. ¿Cuántos hijos tiene ya?

—Cinco.

—Cinco hijos son demasiados en los tiempos que corren. Esperemos que esta situación cambie antes de que sea tarde y empiecen a morírsenos los niños por falta de alimento.

Manuela sintió que caía de una altura descomunal, que se precipitaba al vacío y se hundía en lo más oscuro de su propio ser. Llevaba semanas abstraída por las sensaciones que Txomin le transmitía, y olvidada absolutamente de todos y de todo lo que la rodeaba. Descubrió que hacía mucho tiempo que no visitaba a su hermano mayor, y que no pasaba la tarde sentada junto a Juana y su prole, o charlaba con su padre bajo el emparrado de la fachada de Zubiete. El final del verano había sido sólo de ella y de Txomin, de los planes y las ilusiones puestas en un futuro próximo, el deseo en la piel, su mirada haciéndole arder por dentro y el calambre que le recorría las entrañas cada vez que se imaginaba acostada bajo su cuerpo en el lecho.

—No diga eso, cómo puede decir algo así. Para los niños siempre habrá alimento, no ha de faltar qué ofrecerles. —La expresión de angustia que se reflejó en su cara serenó el tono de Braceras, que, sin embargo, no quiso esconderle la realidad que con tanta claridad intuía.

—Manuela, los niños son los más débiles, y cuando la situación se vuelve insalvable son los primeros en perecer. Pero tienes razón, estamos lejos de eso, mejor será guardar la calma.

—Dios proveerá, ya lo verá, y los hijos de estas tierras lucirán hermosos en la

próxima primavera. No tengo ninguna duda de ello.

Esa tarde Manuela esperó a Txomin largo rato, pero por primera vez éste no llegó. Antes de que avanzara sin remedio el día abandonó Isasi y dirigió sus pasos hacia Irazagorria. La conversación le había revuelto el estómago y una sensación de intranquilidad se había apoderado de ella. Entró al portal de la casa de Juana como siempre había hecho, sin vacilación y sin golpear la puerta con la aldaba. Pero antes de poner un pie en el primer peldaño de la escalera que ascendía hasta la vivienda se detuvo, las voces que provenían de arriba sonaban fuertes y disgustadas. Matías de Solaun, el marido de Juana, vociferaba palabras incomprensibles que llegaban al portal envueltas por el llanto de alguno de los pequeños. La voz de su mujer no se oía, pero no había duda, era a ella a quien se dirigían los gritos. Manuela vaciló, no sabía qué decisión tomar, se sentía violenta allí quieta, escuchando la discusión, pero tampoco se animaba a salir de nuevo a la calle y esperar, o hacer sonar la aldaba para alertar de su llegada. Algo en aquel griterío la paralizaba.

Unos segundos después el propio Matías se precipitaba por la escalera a grandes saltos hasta el portal. Salió enfurecido a la calle al tiempo que Manuela echó a correr por la misma escalera en dirección a la vivienda. No sabía si la había visto, apenas la rozó al pasar junto a ella, que se había retirado a un lado para que no la arrollara. Cuando entró en la cocina las lágrimas rodaban por el rostro de Juana, y sus hijos más pequeños parecían hacerle coro, llorando a su vez el susto y el miedo de algo, seguramente, incomprensible para ellos.

Poco a poco los niños fueron cediendo al consuelo que les ofrecía la recién llegada, que se prodigó en abrazos y besos, palabras suaves y dulces. Les ofreció agua y acabaron saliendo a la calle a jugar sin hacer preguntas, como si la escena que acababan de presenciar no hubiera ocurrido. Sólo entonces Juana comenzó a serenarse y Manuela se sentó junto a ella esperando que se sintiera con fuerzas para empezar a hablar. Un rato más tarde las palabras llegaron a su garganta con el desconsuelo de quien por primera vez expresa en voz alta la causa de su aflicción.

—Estoy preñada, Manuela. Lo supe hace semanas, pero no se lo había dicho, no me atrevía, sabía que se iba a enfurecer. Y le comprendo, sé que no es un buen momento, que no podemos, no debemos tener más hijos. Casi no hay qué dar de comer a éstos. Las cosas están muy mal, y otra boca que alimentar es algo impensable. No sé qué voy a hacer, no lo sé —Juana quiso contener las lágrimas pero no pudo. El llanto volvió a inundarle el rostro y tardó en recomponerse. Ya me imaginaba que se iba a poner así, y sé que tiene razón, que no se puede, que no podernos con uno más. Ha sido empezar a hablar y zas, ha caído sobre mí como un loco, con toda su rabia y su desesperación. Pero qué quiere, si hecho está, y no ha venido por gracia divina, eso también lo sabe él, que si fuera por mí… Dice que habrá que entregarlo a la iglesia, Manuela, a la iglesia, un hijo mío en el hospicio,…

¡Antes muerta, antes muerta que abandonar a un hijo!

—Cálmate, Juana, lo habrá dicho en un arranque de rabia, no lo habrá pensado, Matías siempre ha querido a todos los hijos que le has dado.

—Sí, me va a obligar a entregarlo, aunque eso me mate. No va a consentir que nos lo quedemos, porque pondría en peligro a éstos, que ya están medio criados. Ay, Manuela, no sé porqué extraña razón Dios se ha empeñado en que yo sólita repueble la tierra.

Juana había parido siete hijos a sus treinta y dos años, y todos vivían bajo el sabio manto de su protección. Matías era un hombre alto, delgado y de trato tosco, que cosechaba fama de honesto, un hombre sensato y trabajador que, sobre todas las cosas, quería y cuidaba de su familia. Así lo creyó siempre Manuela, hasta esa tarde, al escuchar las voces de él mezcladas con el llanto de los niños. Una sensación de pánico que hasta entonces desconocía, un escalofrío en la columna la enfrió por dentro. El augurio de Braceras aquella mañana regresó intacto a su mente. Trató de consolarla, y cuando parecía más serena salió a la calle a buscar a sus hijos, zurció algún roto en las cortas basquiñas de las niñas y esperó que las horas transcurrieran sin más tropiezos esa tarde.

Después de Molinar el sendero se estrechaba en el ascenso a Isasi, zigzagueando durante un tramo más o menos largo. Se percató entonces del inminente regreso de otra estación otoñal en la corta luz del día, que permitía a la noche oscura ceñirse sobre el valle. Una idea sobrevoló su cabeza como el paso de una sombra, y se sintió aliviada al advertir que se alejaba. Intuía que aquel pensamiento no era cristiano. Franqueó la ermita con prisa y llegó al portal casi corriendo. Al entrar agradeció una vez más la calidez de aquel ambiente seguro y amable que la cobijaba.

La noche jugó con ella, arrastrándola por largos desvelos que no la dejaron conciliar el sueño. Giraba a un lado y a otro tratando de encontrar sosiego en el recuerdo de Txomin, en sus manos cálidas y su voz pausada que volvería a escuchar esa misma mañana, pero nada lograba serenar la inquietud que se había apoderado de su espíritu. Las sombras se deshacían con la luz del día cuando logró un sueño profundo y largo. La despertó el ruido que hacía Teresa en la cocina abriendo paso a los primeros fuegos. Se levantó azogada, y con un extraño mal humor. La misma idea que la tarde anterior sobrevoló su pensamiento, ahora parecía abrirse paso para quedarse definitivamente en él. Recuperó la imagen del ultimo sueño de la noche: en el que aparecía la vieja Jerónima sentada en la misma esquina de siempre, junto al hogar, envuelta en mantas, arrugada y tan delgada y pálida que se confundía con una fantasía. Ya al final de su vida hablaba y hablaba sin descanso. A Manuela siempre le gustó escuchar sus historias antiguas, sus relatos del pasado. Esta noche había regresado para recordarle un nombre, el de Lucía de Arechaga, la bruja de Zalla que

la Santa Inquisición tuvo a bien quemar en la hoguera.

—Lucía de Arechaga era beata y no bruja. Aquellos hijos del demonio se equivocaron una vez más y quemaron viva a una de las mujeres más sabias de nuestra tierra. Vivía en una casita próxima a la ermita de San Pantaleón, y cuidaba de aquel recinto santo como una madre de sus hijos. Allí se calcinaron sus huesos, en la campa frente a su casa, con su hija presente, un bebé que berreaba como si comprendiera. Mi abuela decía que aquella niña se convirtió en la viva imagen de su madre, y con el mismo don del conocimiento de aquella. Desde muy pequeña y sin que nadie la instruyera, sabía de remedios y adivinaciones. Todas las hierbas tenían valor a sus ojos, y ya de moza arreglaba huesos y por los que venían torcidos de antemano, preveía sequías y auguraba tormentas. Vivió siempre en esa casa y tuvo también una hija, igual que ella, igual que su madre, todas Lucía de Arechaga, parteras, curanderas, sanadoras. No lo olvides, Manuela, en ellas encontrarás algún día las respuestas que no tengas.

Ya no pudo pensar en otra cosa. Un aborto sería la solución para Juana, muchas lo hacían. Todo el mundo sabía que las hijas de los señores se escondían durante semanas en conventos y monasterios para deshacerse de los vástagos que no querían o no les correspondía parir. Por qué no podía hacerlo una madre que luchaba por salvaguardar la vida de los hijos ya nacidos. Dejarlo en las puertas del hospicio, en Bilbao, no era una solución, era dirigir sus pasos a una existencia miserable, siempre y cuando lograra salvarse de las enfermedades y el hambre que se cebaban con aquellos infelices, abandonados a la caridad y el temor de Dios. Ese sí era un destino cruel.

Esa misma noche le anunció a su señor la intención de asistir ella también a la feria que se celebraba en Zalla por San Miguel. Según le dijo, le interesaba ver el ganado que traían desde el valle de Mena, ya que estaba pensando en invertir los pesos enviados por su hermano Domingo Narciso para aumentar la aparcería.

—Bien pensado, Manuela, es un buen momento para echar un ojo a esas reses. Los caseríos andan apretados con censos y arriendos; está al caer San Martín, día de pago, y muchos van a necesitar los reales que puedan sacar de los animales para cubrir las deudas acumuladas durante el año. Estaré pendiente de lo que se ofrezca en la feria y te ayudaré en la elección.

Las visitas de Txomin se habían frenado repentinamente, hacía casi una semana que no lo veía. Trató de adivinar por Zurrape si el inquilino de Isasi había salido de viaje una vez más, pero éste poco le supo decir salvo que había visto el caballo pastando donde siempre y que nada hacía pensar que no hubiera gente en la casa. Es más, creía haber divisado a un par de mujeres acercarse por allí esa misma mañana. Ella también las había visto, una cargaba con una criatura de muy corta edad, parecía que sólo tuviera días de nacida, y sin embargo ella andaba ligera y muy arrecha. Pasaron por delante de la torre de Urrutia algo antes de las diez de la mañana y enseguida se perdieron de vista por el sendero del monte. Supo que se trataba de las Arza, dos hermanas procedentes del valle de Mena que se habían casado con sendos vecinos de Gordejuela algunos años atrás. Esa misma tarde las había vuelto a encontrar, ya de regreso, conversando animadamente con Fernanda de Otaola a una orilla del camino. Según había sabido Zurrape, eran parientes del señor La Torre.

Las semanas le empezaron a parecer más largas que sus siete días. En más de una ocasión pensó en acercarse hasta Isasi a buscarle, pero se contuvo y logró no ceder ante lo que creía era un impulso demasiado imprudente. Intuía que una vez allí le resultaría imposible deshacerse de su embaucador abrazo. Entretuvo su intranquilidad pensando en Juana, en Lucía de Arechaga y en el próximo viaje a Zalla. No quería coger el camino de Berbiquez que se adentraba por Aranguren, demasiado concurrido en un día como aquel. Esperaba poder ascender hasta Ilso Eguren desde Lanzagorta, ese era el sendero más tranquilo, y si no se equivocaba, el que María de Sollano utilizaría para trasladarse con la mula cargada de hogazas.

Se dieron cita en la curva que el río Aiega hace antes de ascender a Lanzagorta Becoa, cuando todavía era noche cerrada. Manuela caminaba a un lado de la mula; al otro la Sollano marcaba el mismo ritmo lento, pausado y continuo de antaño. El animal, en el centro, cargaba dos cestos rebosantes de pan. Iniciaron el ascenso a Lanzagorta Goicoa todavía sin mucha conversación, tratando de acomodar sus pasos al camino, que en algún tramo más cerrarlo les exigía ponerse delante de la mula y tirar de ella para que continuara avanzando.

La subida a Ilso Eguen fue peor, más dura y escarpada. Se sintió agotada cuando alcanzaron la cima, pero una vez allí el paisaje la sorprendió, pareciéndole inabarcable. Los ríos vertebraban pueblos y valles: a un lado Balmaseda, Zalla, Güeñes, y al otro Gordejuela perdiéndose, adentrándose sigilosa en la tierra de Ayala. Apenas quedaban algunas brumas de la mañana cubriendo con su humedad los rincones más escondidos de los cauces. El día despuntaba despejado y limpio. María sacó una bota de vino del zurrón y ofreció un trago a Manuela junto con un trozo de hogaza antes de reanudar la marcha. Por primera vez descendían, y lo hacían en dirección a la cuadrilla de Sollano, para seguir después, sobre un terreno más abierto,

hasta la de Arechaga. Allí sus pasos se separaron. Cualquier otra persona hubiera sentido curiosidad por conocer los motivos que la detenían en aquel lugar, cualquiera menos la Sollano, que no había dejado de hablar de su vida desde Lanzagorta Goicoa y continuó haciéndolo incluso después de quedarse sola con la única compañía de su mula, habituada ya a la cantinela del ama.

En el trayecto hasta allí le había ido contando cómo su hija, la que tuvo con uno de los descendientes del caserío Lanzagorta, era ya toda una mujer. La había visto crecer de lejos, escondida en la distancia, observando sus pasos por los senderos o el camino de la Iglesia. Durante años se miraron sin hablarse, hasta que un día se presentó en su casa de Sandamendi. *Estaba allí, en la puerta, esperándome*. El susto fue '*morrocotudo*' le confesó, *y durante dos días anduve turulata. Apenas pude decir dos palabras, me quedé paralizada al verla, sin voz y sin resuello. Estaba tan guapa, y más lozana de lo que yo haya estado nunca. No le hubiera podido dar lo que ha tenido. Y no sé qué venía buscando, quizá sólo quería reconocerse en mí, porque se marchó enseguida, se giró y no se volvió a mirarme ni una sola vez. Igual no le gusté, pero eso no me importa, porque ella a mí sí.*

Estuvo hablando de su hija tanto tiempo que Manuela perdió el hilo de la conversación y de pronto se percató que era otro el tema que entretenía los labios de su guía.

—Yo al menos estuve con ella todo el tiempo que pude, la amamanté como hizo mi madre conmigo, pero después o la entregaba a su padre o se me moría de hambre, y ante eso no hay que pensar mucho. Pero esas mujeres que dejan morir a sus hijos por ganar unos míseros reales amamantando a los de otras no son madres ni son nada.

—¿De quién hablas, María?

—¿No te has enterado? Sí, mujer, de la Arza, la del valle de Mena.

—¿Las que son dos hermanas? ¿Qué pasa con ellas?

—Sí. Pues la que está casada con Sebastián de Larrea volvió conmigo de Bilbao hace cosa de unas semanas con otro niño para criar, y no hacía ni diez días que se había muerto el suyo. De verdad que no entiendo a esas mujeres.

—Yo soy la que no te entiende a ti. Esa Arza de la que hablas es ama de cría ¿no?

—Sí, y como tiene más recién nacidos a su cargo que los que puede alimentar, el que se le ha muerto ha sido el suyo. Le ha quitado al propio la leche que por ley natural le pertenecía para dárselo a los que se trae de la Villa. Me contó que le pagan buenos cuartos por mantenerlos hermosos, cuanto más gordos los devuelve más le pagan. No acaba de enterrar al suyo y ya está con otro ajeno en los brazos, dice que para que no se le seque la teta —continuaba la Sollano.

—Mujer, pero no creo que haya matado de hambre a su propio hijo, eso no cabe pensar de ninguna madre. Además, su marido no lo consentiría.

—Su marido está siempre fuera, en vete a saber qué servicios al Rey anda ese.

Aparece por casa de pascuas a ramos, le hace otro crío y ala, ya tiene más leche para engordar a los de Bilbao.

—No puedo creerte, María. Otra cosa será.

—Qué otra cosa ni que nada, los reales, Manuela, los reales que saca con la teta, eso es lo que ésa ve. Dónde crees que tiene a los otros hijos que Dios le ha dado, pues mendigando por el valle día sí y día también. Que parece que no le llega con nada.

Manuela recordó a las Arza pasando por delante de la torre de Urrutia días atrás. Se dirigían a casa de Txomin y una de ellas llevaba en el regazo un recién nacido. Prefirió no mencionarlo. La Sollano continuó con su charlatanería hasta Arechaga, donde finalmente se separaron.

La vieja ermita de San Pantaleón miraba al cielo desde un claro entre los árboles. Estaba deshecha, con las paredes inclinadas y la puerta resquebrajada. A su alrededor los matorrales habían crecido y enraizado en las piedras oscuras y húmedas que trataban a duras penas de mantener en pie la fachada. Manuela sintió una tristeza lejana, un temor por la pérdida que conlleva el tiempo. Cerró los ojos y recuperó la imagen que acababa de ver, el valle desde lo alto, verde y vivo, poblado. El resplandor duró un instante, después un dolor profundo le inundó el alma al imaginar las paredes de Zubiete muchos años más tarde, cuando ella no este aquí, derruidas, las piedras de los Allende amontonadas en el suelo húmedo, cubiertas por la maleza, habitadas por roedores e insectos de la tierra, sin fuego en el hogar, ya sin escaleras que subir y sin el eco de sus muertos. Todo el silencio del tiempo cayendo implacable sobre sus cimientos.

Cuando abrió los ojos, una anciana, doblada por los años, la contemplaba. Sintió el agua de las lágrimas mojando sus mejillas y las retiro con ambas manos antes de empezar a hablar.

—Busco a Lucía de Arechaga.

Las pupilas grises de la mujer se rasgaron en una sonrisa que lleno de luz la triste imagen de la ermita de San Pantaleón. La acababa de encontrar. Siguió los pasos de la anciana hasta la casa más próxima. El fuego del hogar estaba encendido y frente a él dos troncos unidos por una madera formaban un rudimentario banco que parecía esperar desde el principio de los tiempos. Se sentaron muy próximas la una de la otra, y tras un largo silencio Manuela anunció lo que venía buscando: algo que ayudara a quebrar una vida que no debía llegar. Nunca supo cómo fue que pronunció aquellas palabras, cuáles utilizó, con qué argumentos o disculpas trató de aplacar su propio temblor; lo recordó muchas veces durante el resto de su vida, sin embargo nunca volvió a encontrarse con su propia voz. *Un viento suave salió de aquella chimenea y se la llevó con él*, le gustaba pensar ya de vieja, cuando retornaba a su mente la imagen de aquel extraño día de su vida.

La voz de Lucía de Arechaga sonó sorprendentemente cercana, segura y grave.

Para eso no hay otro remedio que el pincho, dijo sin apenas cambiar la expresión de su rostro. Fue Manuela la que abrió los ojos todo lo que daban de sí, y negó una y otra vez con la cabeza la posibilidad que le ofrecían.

—No, eso es demasiado arriesgado, muchas mueren, se desangran por dentro. Tiene que haber algo, algún brebaje, otro remedio… traigo reales con que…

—Sí, hay algo que puede ayudar, pero no siempre funciona.

—Lo que sea.

La anciana se levantó despacio. Vestía de un color oscuro que no era negro, y tampoco gris. Su basquiña caía sin gracia sobre un cuerpo demasiado delgado y violentamente encorvado hacia el suelo. Un pañuelo le cubría la espalda y el corto tramo de pecho que quedaba a la vista. El pelo, blanco y anudado sobre la nuca, lucía descubierto. Su tez era morena, y su sonrisa una expresión imperecedera. Se aproximó a un arcón del que sacó hierbas secas que envolvió con la tela de su propio delantal, después añadió otras, y otras más. Salió de la casa y cuando regresó lo hizo con un buen ramillete de perejil fresco, y lo colocó junto al resto, sobre la misma improvisada mesa.

Ya no pudo ver más. Desde el lugar en el que estaba sentada sólo podía distinguir la silueta menuda y doblada, vestida de aquel color impreciso, machacando algo en un almirez. Cuando la anciana se volvió hacia ella traía consigo un atadillo de tela sin matiz.

—Cuece esto con el agua que entra en cuatro jarras de vino y cuando se quede en la mitad lo cuelas. Esta noche una jarra y media, sin otro alimento y de una vez; mañana, con la luna, bebe lo que sobre. Después a esperar que todo pase, y si esto no funciona sólo queda lo que te he dicho, el pincho.

A Manuela le costó reaccionar. Quiso explicarse, contarle a aquella anciana que no era ella la preñada, hablarle de las razones de evitar una crianza para la que no había sustento, del pan que no llegaba a la mesa a diario, de los otros hijos y sus miradas hambrientas. Pero no le salieron las palabras. En su lugar sintió que las manos le ardían. Observó lo que éstas guardaban y un suspiro se le escapó de lo más profundo de su ser. Antes de que la conciencia tuviera tiempo de inmiscuirse más en este asunto, sacó los reales que traía consigo y los dejó en el banco donde había estado sentada. Salió a la calle y a la luz del día, dejando atrás la oscuridad que inundaba el interior de la casa. Había dado tan sólo unos pasos cuando le pareció escuchar a su espalda la voz de la vieja de Arechaga, se volvió a buscarla y no la encontró, pero unas palabras en la lengua antigua que no entendía llegaron hasta ella antes de que reanudara la marcha.

Puso el pie en Zalla ansiando emprender el camino de regreso. Al abrigo de las ropas guardaba como oro las hierbas que esa noche habría de cocinar para Juana. De buena gana hubiera regresado sobre sus propios pasos, pero sabía que debía dejarse

ver, y así lo hizo, decidida a abrirse camino entre el jolgorio de un día de mercado como aquel.

Se entretuvo dando un buen rodeo por todo el pueblo hasta que dio con ellos. Salían de la taberna con una conversación animada. Su padre apareció envuelto en la capa y con el sombrero que a ella tanto le gustaban. Al verla, se detuvo y la esperó. El resto de la comitiva también frenó la marcha. Braceras inclinó la cabeza con una sonrisa cómplice y Manuela supo que había dado con la res que le convenía. A su lado, Txomin de la Torre, Miguel de Oxirando y Cristóbal de las Casas discutían sobre aranceles y cargas sin detenerse a mirarla. Había otros hombres con ellos. Manuela esperó un instante antes de retirarse, y sólo entonces Txomin abandonó la charla y se aproximó a ella.

—¡Manuela!, ¿te veremos luego en la romería?

Sin hacer mucho esfuerzo por contestar, hizo un movimiento horizontal con la cabeza y comenzó a andar.

—¿A dónde vas tan airosa?

—A Isasi.

—Pero mujer, si apenas es mediodía. ¿Quién te espera? ¡Qué te ocurre!

—Nada, sólo que he de volver. No me entretengas.

—Bueno, bueno, está bien. Si es lo que quieres, pues así sea.

Se quedaron mirándose un instante en que ella no se atrevió a preguntarle por sus ausencias. En su lugar, tomó la dirección de Berbiquez desde donde alcanzaría Isasi, después habría de cruzar Molinar para llegar al fin a Irazagorria y a casa de Juana. Ya tendrían ocasión de solucionar aquello, no era éste momento ni lugar para mostrarse confidentes ante los demás.

—Todavía no ha hablado de matrimonio, Juana, y hasta que no lo haga no podré confiar en él. Si le dejo hacer…

Manuela trataba de entretenerla mientras esperaban los efectos del brebaje. Le fue contando cada detalle del día más extraño de su vida: le puso al corriente de las desventuras de María de Sollano, le describió a la vieja Lucía, y le contó con quién se había encontrado en el mercado de Zalla. Todo era poco para apaciguar la inquietud de una espera como esa.

Cuando la noche se cerraba definitivamente sobre el valle, Juana le pidió que regresara a Isasi. Matías no tardaría en llegar y ella se encontraba normal, podía quedarse sola, insistió, *me vendrá bien descansar, y quizá mañana te necesite más que hoy. Además, has de estar rota de tanto caminar*. Y era cierto, sentía los huesos y los músculos de todo el cuerpo quejarse con dolor. La tensión la había mantenido despierta hasta entonces, pero ahora, sentada al lado del fuego, sus fuerzas se entregaban al cansancio. Le costó decidirse pero al fin se levantó y se despidió, asegurándose de que la haría llamar si la necesitaba.

Al interior de la antigua torre de los Urrutia encontró a Teresa cenando sola en la cocina. Manuela no tenía ganas de comer y mucho menos de entablar conversación. La saludó desde el umbral de la puerta y sin detenerse continuó avanzando por el pasillo hasta alcanzar su alcoba. Incluso el lecho le parecía lejano estando tan cerca. Con un reflejo de la luna filtrándose al interior, se sumió en un profundo sueño que la arrastró por caminos escarbados en la montaña, obligándola a avanzar a gatas. Se descubrió el pelo grisáceo, casi blanco, alborotado y desordenado a merced del viento, la ropa rota, las rodillas ensangrentadas, las manos sumergiéndose en la tierra, sin poder agarrarse a nada. Se despertó ya de madrugada con el sobresalto de una caída al vacío. No se detuvo a recuperar los detalles de las imágenes soñadas, las campanas de San Juan de Molinar se mezclaron con el canto de un gallo cercano y salió de la cama con un único pensamiento: Juana.

Azuzó la lumbre y se sentó a comer algo. El trajín de la víspera la había mantenido prácticamente en ayunas. Teresa y Zurrape entraron en silencio y en silencio salieron a cumplir con sus quehaceres diarios. Manuela quería echar a correr hacía Irazagorria, pero debía ser prudente, su presencia allí a esas intempestivas horas alertaría a Matías, y Juana no le había encomendado otra cosa que mantenerlo al margen. *Suceda lo que suceda, prométemelo, él nunca debe enterarse*, le había rogado, y a ella se le había encogido el alma de miedo y soledad.

Braceras entró en la cocina después de anunciar a Zurrape que debía tener listo el caballo en una hora.

—¿Sale de viaje? —preguntó interesada por saber si disponía de la libertad que necesitaba para abandonar la casa a su antojo.

—Sí, me han convocado a una Junta del Señorío. Esta misma tarde he de estar en Guernica.

—¿Tan apremiante es?

—Sí, al parecer se trata de un asunto de urgencia.

—¿Qué ocurre?

—No sabría decirte con exactitud. Nos llegó aviso ayer a Zalla. También han citado a otros alcaldes de la comarca, regidores y alguaciles. Parece que la Corona de España insiste en abrir por Santander una nueva vía para la lana y corre prisa tomar postura.

—¿Y cuántos días estará fuera?

—Al menos dos o tres. Pero no te inquietes, si demoro más de lo previsto mandaré aviso para informar al Concejo. Sabrás de mí.

Mientras don Manuel ingería algún alimento, ella estuvo preparando la muda que habría de llevar con él. No llegó a sonreírle a la buena fortuna que sentía tenía de su lado, pero sí le agradeció al cielo el poder quedarse sola aquellos días. Apenas había alcanzado Braceras la plaza de Molinar a lomos de su caballo cuando Manuela se

despedía de Teresa con prisa y corría en dirección a Irazagorria. Desde un recodo del camino descubrió a Matías alejarse de su casa. Todo estaba en silencio cuando ascendió por las escaleras y se filtró en las alcobas comprobando que todos, madre e hijos, dormían. Avivó el fuego que la noche había dominado y se dispuso a preparar el pan de talo que traía con ella. El olor a trigo tostado se extendió enseguida y Juana apareció en la cocina. Llegaba cubierta con una manta. La palidez de su rostro alertó a Manuela, que de inmediato se percató de la postura excesivamente arqueada de sus piernas y corrió hacia ella. Cuando la estaba ayudando a tumbarse de nuevo en la cama descubrió la mancha de sangre que ocupaba el centro de su camisa blanca.

—He empezado a sangrar como un cerdo y siento un dolor horrible en el vientre, como si me arrancaran las entrañas.

—No has comido ni bebido nada ¿verdad? La anciana no me encargó otra cosa que te mantuvieras en ayunas hasta que todo termine.

—No estoy para comer, ¡estoy para morirme!

—No digas eso, todo va a pasar, ya lo verás.

—¿Y si no lo logro? ¿Y si no sale?

Juana se retorcía de dolor, aullaba, gritaba y maldecía su suerte en aquella mañana de octubre, más fría de lo que cabía esperar de la estación otoñal. Manuela alimentó a los niños y los mandó a la calle mientras ella trataba de apaciguar el sufrimiento de la madre. Todo en un mismo día que parecía no querer acabar.

Fue al final de la tarde cuando por fin logró expulsar aquel trozo de carne sin vida, más parecido a la cría de un conejo que al bebé en el que ya no se convertiría. Cortó el hilo que les unía, lo envolvió en un trozo de tela oscura y lo dejó a los pies de la cama. Después esperó, recogió los restos que siguieron saliendo del cuerpo exhausto de Juana, la obligó a beber lo que restaba del brebaje, lo limpió todo, y cuando creyó que se acercaba la hora de regreso de Matías se despidió con aquel atadillo entre sus ropas, sintiéndose extraña, exhausta y confusa. Lo enterró bajo una parra ya seca que se perdía por uno de los caminos de la huerta, en su casa de Zubiete, en un lugar que conocía bien, y lloró, lloró por la muerte que le llenaba las manos, por Juana, por ella, por los hijos que no había parido, por la soledad que arrastraba desde tanto tiempo atrás y porque, de repente y sin esperarlo, había sentido con alivio el regreso de Txomin, la proximidad de un cambio, de poder abandonar todo aquello que no le gustaba en su vida, lo que nunca había querido ni podido mostrar.

Las lágrimas corrieron incansables por sus mejillas esa noche, mojaron la ropa, humedecieron el colchón y se enterraron para siempre en algún lugar del sueño. Ya con la mañana abierta regresó junto a Juana. La encontró vomitando y llorando de forma desconsolada, pero era otro su dolor, la hemorragia había dejado paso a la inmensa pena. Se mantuvieron muy juntas todo el día, hasta que al caer la tarde

Manuela sintió un irrefrenable deseo de estar con Nela, de que su sobrina la mirara desde sus ojos de agua, que la hablara con esas palabras de niña, esos cuentos a medio camino entre la realidad y la fantasía. Se detuvo también a sentarse con *aita*, y a hablar con Francisca y Josefa. Y aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no pudo alejar de ella el recuerdo de la noche anterior, que volvió una y otra vez, recordándole el tacto de la tierra aún húmeda entre las manos, escarbada en la noche bajo las raíces secas de la vieja vid.

Lo encontró una vez más en el camino, esperándola, con el sombrero y el caballo apartados a un lado. Estaba de pie, contemplando su figura, el vaivén de sus caderas que avanzaban irremediablemente en la dirección en que Txomin, con gesto inquietante, aguardaba. Cuando llegó a su altura la asió con fuerza de un brazo y tiró de ella hasta esconderla tras la maleza. Allí, a la sombra de la sosegada y apacible vida que transcurría sin sobresalto, la besó. Manuela trató de zafarse, se revolvió furiosa, buscó hueco a un lado y a otro para salir corriendo, pero de nada le sirvió, antes de darse cuenta que ya se había sumergido en la humedad de su boca abierta. Al separarse tuvieron que darse un tiempo antes de cruzar sus miradas, encontrarse y reconocerse en ellas. Sólo después reaccionó.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Definitivamente, te has vuelto loco!

—¿Acaso no te ha gustado?

El gesto de Txomin era tan risueño que consiguió relajar el rostro enardecido de Manuela, pero no así el tono firme de su voz.

—Eso no tiene nada que ver. Puede habernos visto alguien. ¿Es que a ti no te importa nada?

—Mujer, no te enfades. Qué más da quién nos vea, somos mayores para esto.

—Pero tú qué quieres, ¿que me tomen por una fresca? ¿O es que acaso tenemos algo tú y yo que podamos mostrar a la luz del día?

La pregunta fue tan directa que la propia Manuela se sintió abrumada mientras esperaba una respuesta, y al comprobar que ésta no llegaba regresó al sendero y continuó avanzando airosa en dirección a Isasi. Txomin la alcanzó unos metros después, se puso a su altura y en total silencio caminó junto a ella, con el sombrero en la mano y el caballo siguiéndoles los pasos. Así llegaron a la torre de Urrutia, con la confusión reflejada en el rostro. Fue Teresa la encargada de romper el silencio que la pareja traía.

—Ha llegado el señor. Está con Zurrape en la cuadra, al parecer el caballo trae una pata mala. Ha preguntado por ti, dice que viene hambriento y que si le prepararías un guiso de carne para la cena. Le he visto desmejorado, ese hombre no trae buenas noticias.

Manuela y Txomin se miraron sorprendidos. Pocas veces Teresa se extendía tanto

en sus explicaciones. Encaminaron sus pasos hacia donde les había indicado se encontraban Braceras y Zurrape. Manuela entró la primera y le costó acostumbrarse a la oscuridad que envolvía la cuadra, donde quiso ver lo mismo que Teresa en la cara de su señor, un cansancio de días y la expresión contrariada, pero no encontró nada que confirmara el augurio de malas noticias. Le habló con el cariño que le profesaba desde niña, le prometió aseo y una cena digna, y se retiró dejando a los tres hombres alrededor del animal herido. Antes de alcanzar la puerta supo que Txomin compartiría mesa y cena junto a don Manuel esa noche.

Entraron un rato después. Braceras se retiró a su alcoba para asearse y mudarse de ropa, no sin antes dejar a su invitado en el comedor con una buena jarra de vino entre las manos. Hasta que su señor no regresó ella evitó poner un pie en la estancia, no quería levantar intrigas ni sospechas. En cuanto le oyó aparecer se acercó.

—Manuela, he mandado a Zurrape a buscar a tu padre para que nos acompañe, pero mientras llega podríamos entretener el hambre con un trozo de queso y algo de pan. Estoy en ayunas desde que me he levantado.

Solícita, les trajo lo que le habían pedido y añadió más vino a las jarras casi vacías, al tiempo que avivaba el fuego y disponía la mesa.

—En cuanto se le mejore la pata al caballo tendré que acercárselo a Joseph para que le cambie las herraduras, el pobre animal está sufriendo con cada paso que da, y todavía le quedan muchos. En unos días he de regresar a Guernica a otra Junta del Señorío.

—¿En qué causas andáis que os tienen tan entretenidos?

La Torre, como la inmensa mayoría de los vecinos del valle, sentía curiosidad por conocer lo que se estaba tratando en esas reuniones de carácter extraordinario. Los rumores que habían llegado no eran del todo fiables, lo mismo hablaban de bandoleros o de aduanas, que de leyes anti fuero o dispensas eclesiásticas. Nadie sabía o conocía mejor que Braceras lo que allí se había tratado y estaba ansioso por enterarse de los detalles. No sólo él, también Manuela sentía curiosidad, y Antonio de Allende, que cruzaba en ese momento el portal animado por la inesperada invitación. Braceras se alegró al verle y enseguida le señaló el sitio reservado para él en la mesa.

—Ya estamos todos, ahora sí podemos empezar a cenar, si es que el guiso está listo —esto último lo dijo con una sonrisa suplicante.

—Enseguida.

Y así fue. Minutos más tarde colocaba sobre la mesa una bandeja con carne. Los ojos de don Manuel se encendieron de alegría, los de La Torre, sin embargo, estaban puestos en la figura y los movimientos de ella.

—La Corona lleva tiempo queriendo tasar con aranceles castellanos los productos que entran en el puerto de Bilbao, y ante la negativa del Señorío, que se refugia en los privilegios que emanan de la vieja ley foral, ha decidido establecer en Santander el

principal puerto y aduana del norte peninsular. Si lo logran, Vizcaya sufriría unas consecuencias nefastas para su economía, alejándola del comercio marítimo y del de interior.

Braceras trataba de hacerles entender la nueva situación a la que se enfrentaban si la monarquía lograba su principal propósito: eliminar definitivamente los privilegios de la ley foral, que permitía el libre tránsito por tierra de Vizcaya de todos aquellos productos que desembarcaban en el puerto de Bilbao.

—Ahora todas las mercancías que entran por mar circulan por nuestra tierra libres de tasas castellanas. Sólo cuando alcanzan las aduanas, instaladas en puertos interiores como son Orduña o Balmaseda, se les carga los correspondientes impuestos que exige la Corona, entrando en Castilla con un valor, en cualquier caso, muy superior al que tenían en Vizcaya. La monarquía aduce que esta situación de privilegio potencia el contrabando y el bandolerismo en nuestras tierras, creando un espacio de libre circulación a aquellos que viven del robo y otras argucias.

—¿Qué dicen en el Señorío? ¿Cómo vamos a hacer frente a esta situación?

Braceras dejó que Manuela le llenara el plato de carne, los demás no quisieron repetir. Las jarras de vino volvieron a colmarse y la conversación continuó avanzando en dirección a las soluciones propuestas.

—El Señorío quiere abrir un camino para carros por Orduña hasta Pancorbo y unir así Bilbao con Castilla. Si facilitamos el acceso al mar de la lana castellana por una vía cómoda, rápida y segura la monarquía va a optar por ésta para sus exportaciones; el camino castellano a Santander es largo y angosto, de difícil tránsito. Esa es la propuesta más fuerte, y Orduña tiene mucho peso en las decisiones que toma la Diputación. Sin embargo, nos han dejado opción a presentar vías alternativas. En unos días tendremos una nueva Junta en la que se debatirán otras propuestas. Es por ello que me urge convocar una reunión del Concejo, quiero que todos los vecinos acudan a debatir la posibilidad de que nuestro valle opte como vía de paso entre el puerto marítimo de Bilbao y la tierra castellana.

—¿Nuestro valle?

—Si, Antonio, piénsalo bien. El camino para carros ofrecerá un flujo incesante de comerciantes, negocios y dinero a los pueblos por los que transcurra.

—Eso lo entiendo, pero nosotros no somos frontera con Castilla, sino con la Tierra de Ayala.

—Eso es evidente, por eso hemos de convencer al Concejo de Arceniega, para que se una a nosotros y nos acompañe a una junta extraordinaria en el Campo de Zaraobe. Si convencemos a los alcaldes y regidores de la Tierra de Ayala de los beneficios que aportaría el paso de esta vía por nuestros pueblos, tendremos alguna posibilidad de cambiar la idea inicial del Señorío.

Txomin había permanecido en silencio, tratando de hacerse una idea de los

cambios que implicaría algo así para el valle. Una vía de comercio de esas características a buen seguro encarecería el precio de las tierras y los caseríos próximos. Ya tenía puesto el ojo en alguno que le interesaba comprar. Si la propuesta que estaba haciendo Braceras salía adelante, una empresa así era la más segura. Pero además, podría buscar otros emplazamientos nada desdeñables en la cercana Ayala. Entusiasmado con la idea, no perdió oportunidad de mostrar su total apoyo a la aspiración del alcalde de Gordejuela.

—Habría que barajar bien todas las posibilidades, estudiarlo a conciencia y presentar un proyecto alternativo a Orduña que nos pueda convertir en la vía de paso de las mercancías que van y vienen de Castilla —propuso en cuanto tuvo oportunidad.

—Muchacho, no corras tanto, hay que pensar que existen otras opciones también muy interesantes y que se van a presentar buenas propuestas desde Vitoria y Balmaseda, aunque sigo pensando que la que más fuerza tiene para el Señorío es la de Orduña.

Manuela, que permanecía de pie en un borde de la mesa, partiendo queso y pan, alzó la voz sorprendiéndoles a todos y a ella misma. Los había escuchado, como tantas otras veces, por la inercia de una curiosidad innata. Le gustaba saber, conocer los razonamientos de aquellos que manejaban los asuntos de gobierno, que dirigían, opinaban y hasta decidían las normas que regían el pueblo. No lo pensó antes de alzar la voz, quizá porque se sentía en confianza con cada uno de ellos, y cuando se escuchó no pudo evitar un sonrojo por la imprudencia. Aún así, no bajo la mirada al suelo, la mantuvo firme.

—¿De dónde salen los reales para pagar ese camino carretil tan importante para todos? —preguntó.

Los tres hombres la contemplaron atónitos; Antonio con un gesto de reprimenda en los ojos por su atrevimiento de intervenir en una conversación de hombres. La sorpresa en Txomin se dibujó con una sonrisa pícara, le gustaba aquella mujer y su naturaleza impulsiva, veía en ella algo que le seducía, atrayendo irremediablemente su mirada hacia sus caderas. Fue Braceras quien, con una magnánima dulzura, le respondió animándola a participar en la conversación.

—Es acertada tu pregunta y muy juiciosa tu preocupación. No está el pueblo para gastos de tal envergadura. Pero hasta donde yo sé, la Diputación del Señorío pagará, si no es todo, casi la totalidad del gasto que suponga el arreglo y adecuación del camino. Saldríamos beneficiados en cualquier modo ¿no te parece?

Braceras continuaba mirándola mientras hablaba. Estaba acostumbrado a compartir con ella largas charlas sobre lo que sucedía en las Juntas y en otros espacios en los que sólo había hombres y el tema principal era la política. No se extrañó con su pregunta, quizá más fue la mirada juiciosa de Antonio la que la

previno de su actitud confiada en exceso.

—Si ustedes lo dicen será cierto —acertó a decir ella.

Txomin, animado por la intervención femenina, quiso adentrarse más en su pensamiento.

—¿Qué es lo que te hace dudar, mujer? ¿No comprendes que las comunicaciones traen riqueza, movimiento de gentes y reales?

Manuela no quiso continuar la conversación. Sintió la mirada disgustada de su padre, que la incitaba a abandonar el comedor, y así lo hizo. Su pensamiento iba más allá de ese movimiento de gentes y reales de los que hablaba Txomin con tanto entusiasmo. Si no había ni grano para moler difícilmente se podía vender, y mucho menos iba a haber reales con qué comprar. Por más que lo pensaba no encontraba las ventajas de las que tanto alardeaban aquellos hombres con los estómagos llenos y embriagados por el vino.

CAPÍTULO VII

En San Miguel el Grande, Anna caminaba al lado derecho de Domingo Narciso. A pocos metros por delante los padres de ella marcaban el paso y las formas. Acababan de asistir al rezo de la tarde.

—¿Cómo es la casa de Zubiete?

El joven Allende miró a su prometida sorprendido por la pregunta.

—Siempre me cuentas de tu hermana Manuela, de tus padres y del valle, pero aún no sé cómo era tu casa allí —insistió ella.

—Muy diferente a la que estamos construyendo aquí, créeme —respondió con una sonrisa melancólica, y antes de continuar hablando la invitó a ocupar un banco frente a la vieja parroquia.

Domingo Narciso acababa de decidir que no quería sentarse con sus suegros aquella tarde. Estaba cansado de no poder tener un rato de intimidad con su prometida; quería hablar con ella a solas, de nada en particular, pero solos, para poder mirarla con libertad, y si se terciaba la ocasión hacerla reír y sonrojar.

—Mira, desde aquí se ve la fachada principal de nuestra casa, cuando esté completamente levantada será tan alta como la del mayorazgo de La Canal. Pienso hacer que coloquen herrajes en cada ventana, arriba y abajo.

—¿No me vas a hablar de la casa de tus padres?

—Es que no sé qué contarte. Es una casa solariega, pero no como la nuestra, es… diferente. Allí las casas son distintas, son más antiguas, oscuras, y también son frías. Es una tierra muy húmeda, casi siempre llueve o está nevando, y cuando sale el sol no calienta como éste. No creo que te gustaría aquello, Anna.

—Mi padre me ha contado de su caserío en Oquendo, dice que es muy grande, y que dentro viven también los animales, en unas cuadras en la planta baja.

—Sí, así es. Los animales calientan nuestras casas a falta de un sol tan generoso como el que luce en el cielo de la Nueva España. Y hay una tercera planta, la del camarote, donde se guarda la cosecha y la paja. Hay que andar a gatas porque el techo está muy bajo, y no hay paredes, sólo suelo. Me gustaba esconderme entre la paja y las manzanas allá arriba, mientras Manuela me buscaba incansable.

—¿Y dónde recogéis el agua para el aseo y la cocina?

—Hay fuentes y las mujeres llenan en ellas sus herradas. Pero no te preocupes, nosotros podremos construir una pileta al lado de la cocina, bajo una buena sombra, desde la que se vean el patio y los corrales.

—Sí, en la planta alta. Y debemos pensar en una pequeña capilla donde cumplir con nuestras oraciones, con una ventana que mire a la parroquia.

—En ese caso tendrá que dar a la fachada principal.

—Vamos a tener una casa hermosa, hermosísima. Tengo tantas ganas de verla terminada.

Las palabras de Anna sonaban llenas de impaciencia. Domingo Narciso también deseaba ver terminado su nuevo hogar. La boda sería en febrero, apenas quedaban dos meses, y su casa era poco más que un ambicioso proyecto. Vivirían con sus suegros mientras no estuviera terminada y, aunque no tenía ningún reproche que hacer a la familia de ella, la idea no le encantaba.

—En Zubiete la casa de los Allende ha existido desde siempre, allí han nacido y muerto todos mis antepasados. Aquel hogar permanece encendido desde los tiempos más lejanos.

—¿Encendido?

—Sí, nunca lo apagamos.

—¿Tampoco cuando hace calor?

—Nunca hace tanto calor.

Domingo Narciso se sonrió recordando las piedras del hogar, los pucheros colgando de la ganzúa, a su madre extendiendo las manos para calentarse, y soplando una y otra vez los rescoldos para hacer subir las llamas. Pensó en lo rápido que envejecía el tejado por las lluvias constantes, y cómo las nevadas lo quebraban formando agujeros en la madera. *Tendré que enviarles algunos pesos. Sin un hombre joven que suba a repararlo tendrán que pagar a alguien para que lo haga. Manuela no me ha escrito hace tiempo, y no sé cómo se las estarán arreglando para mantener la casa en pie, siempre ha necesitado demasiado trabajo. ¿Quién lo hará ahora, si padre está viejo y no tiene a Gerardo con él? ¿Joseph? No, no creo*.

Los pensamientos de Domingo Narciso se vieron interrumpidos por la voz de su suegro, que les animaba a acompañarles para la cena. Hubiera deseado quedarse un rato más allí sentado, con Anna a su lado, contemplando el hueco en el cielo azul donde su imaginación concluía sin esfuerzo su futuro hogar. Pero ella ya se había puesto en pie y lo esperaba. Tomaron la esquina de la parroquia y bajaron por el camino del Hospital, donde atendían a los indios. Miró la tierra sobre la que se asentaban los cimientos del hogar de los Allende en San Miguel el Grande y pensó en quién de sus antepasados levantaría la casa de su padre en Zubiete. Desconocía aquella parte de su historia, y sintió pena por no tener cerca a Antonio para preguntarle por ella.

La navidad de 1761 empezaba a apreciarse en el bullicio que se apoderaba lentamente de las calles de San Miguel, y el joven Allende trataba de sacudirse la nostalgia alejándose del ruido que envolvía la villa trasladándose a Los Manantiales, junto a don Pedro. Desde que había acondicionado la vivienda de la hacienda, éste acudía cada vez con más frecuencia, alojándose por temporadas largas, cuando el

comercio se lo permitía. No tenía muchos más años que él, pero se comportaba como un padre, protector y generoso. En el último tiempo le gustaba decir que se retiraría a envejecer en aquella casa del campo, siempre y cuando se lo permitiera la nueva señora. Él reía y añadía algo así como '*es usted más dueño aquí que yo mismo*' o '*no ha nacido quién le quite su silla*'.

Los negocios le eran fructíferos, permitiéndole cumplir con holgura los plazos e intereses del préstamo que la Iglesia había tenido a bien concederle. En el último año obtuvo el cargo de abastecedor oficial, y se había dedicado en cuerpo y alma al control de la matanza, la distribución y el mantenimiento de los precios. La abundancia ganadera había convertido a la villa en la mayor proveedora de carne de la ciudad de México.

Anna andaba aquellos días de rezo muy ajetreada con los preparativos del matrimonio. El pequeño comercio que don Balthasar de Sauto mantenía abierto en el centro de la villa se había convertido, de la noche a la mañana, en su lugar de peregrinaje preferido. Era la mejor tienda, la más surtida, donde se vendían terciopelos negros y cintas de seda exportadas desde la mismísima Italia, perlas finas de Oriente o azafrán de Guatemala, a la vez que cacao, mantones de algodón de Sultepec y pergamino. Estaba entretenida y, aunque no entendía bien el imperioso deseo que movía a Domingo Narciso a alejarse precisamente en aquellas fechas tan especiales, lo disfrutaba por la libertad que ello le proporcionaba para decidir y actuar en todo lo referente al día de su matrimonio.

El sólo regresaba en fechas puntuales. Asistió a los oficios religiosos más obligados, y le regaló un Misterio hermosamente tallado con las figuras de San José, la Virgen y el Niño que ella celebró con alegría adolescente.

—Será el que pongamos en nuestra sala de asistencia. Ya me lo imagino, será perfecto, junto al balcón principal. No se lo enseñaré a nadie hasta que lo podamos lucir en nuestro propio hogar. ¿Crees que en las próximas navidades estaremos ya allí? Es difícil que las obras hayan terminado para entonces, lo sé, pero me ilusiona pensar que podríamos colocar…

—Tendrás que tener un poco de paciencia. Las obras no van tan rápidas como tu cabeza. Yo también estoy deseando, pero si queremos la casa que imaginamos habrá que esperar. —Se lo dijo sabiendo que ella comprendería, como siempre lo hacía. Y aprovechando aquella generosidad, continuó hablando—. Tengo que pedirte algo. Quiero que la misa de nuestro matrimonio la oficie también el padre Alfaro. Sé que no es un clérigo de aspecto, digamos, apropiado para una ceremonia, y que el padre Villegas, único beneficiario de la parroquia, se puede sentir violento, pero ya he hablado con don Felipe de Alfaro y está dispuesto a cubrir un segundo puesto en el altar. ¿A ti te parece bien?

—Sí, por mi no hay problema. Además, mejor déjame a mí tratar el asunto

directamente con don Esteban, seguro que no pone impedimento en compartir el oficio.

—Coméntaselo también a tu padre, estoy convencido de que le agradará la noticia.

Domingo Narciso se había hecho muy buen amigo del padre Alfaro, al que conoció gracias a la relación que éste mantenía con Unzaga, su suegro. Don Felipe Neri de Alfaro se había convertido en una leyenda viva en San Miguel, abandonando dos décadas atrás el Oratorio para trasladarse a Atotonilco, a doce kilómetros de la villa, en mitad de unos campos yermos. Y allí, próximo a los ojos de agua caliente donde ricas herederas curaban los desarreglos del parto, se había empeñado en levantar un santuario y una casa de ejercicios espirituales con el dinero de su propia herencia y los generosos donativos de las familias más ilustres y devotas, entre las que se encontraba la de Unzaga.

Domingo Narciso, desde que conoció al padre Alfaro, sintió un respeto y una admiración tal por su obra que no tardó en entregar también buenos caudales a la causa. Pero, sobre todo, había entregado su confianza espiritual a aquel hombre sabio que había recorrido mundo, estudiado y conocido la lejana Italia, y tenía la clemencia de un ser universal. Con él había debatido y confesado los pesares que arrastraba por no haber respondido a la llamada de su padre. Todavía hoy, cuando pensaba en los ornamentos y la amplitud de la casa que construía, la casa que sería de los Allende en la Nueva España, y la comparaba con aquella que había abandonado a su suerte por no regresar a tomar asiento y gobierno de las heredades que se le ofrecían por sangre, se sentía el peor de los hombres y el más ingrato de los hijos.

Atotonilco, aquel lugar extraño que a su beneficiario le gustaba predicar que se trataba de la Jerusalén de la Nueva España, se había convertido en los últimos tiempos en su cobijo, el refugio de sus remordimientos y mayores temores. Y el padre Alfaro en un amigo sincero y exigente, que apaciguaba como nadie los fantasmas de su pasado. Si hubiera sido por Domingo Narciso el matrimonio se celebraría en el santuario dedicado al Jesús Nazareno, de una belleza soberbia. Sin embargo, reconocía que sería una crueldad para Anna sellar en un templo rudimentario como aquel el matrimonio, al son de un único clérigo, humilde hasta el extremo que sacrificaba de forma cruel su propia carne, apareciendo magullado y herido en más de una ocasión ante los feligreses que le acompañaban en sus múltiples rezos. Aquel lugar no era el idóneo para desposar a Anna de Unzaga y Menchaca, así que no discutió el templo, pero sí discutiría la bendición. Cosa que no fue necesaria.

El día catorce del mes de febrero el altar de la parroquia esperaba a los novios para sellar ante Dios y los hombres su unión matrimonial. Ella, una jovencísima criolla de hermosa piel blanca, vistió para la ocasión galas propias de una cortesana. Domingo Narciso, al igual que todos los invitados a la fiesta, no pudo dejar de

contemplarla durante toda la jornada. La dulzura que emanaba del rostro de Anna le embriagó para siempre aquella mañana. Ni la pelea de gallos, una de sus atracciones más vitoreadas, logró desprenderle por completo del candor que desde ese día caminaría a su lado, sonriendo junto a él.

Berrio y Aldama insistieron para llevarle con ellos al circo cruel de las aves. Las apuestas estaban abiertas y los pájaros izaban sus crestas desafiantes. Jugaron, arriesgaron y bebieron. Hubo más de un macho presumido batiéndose a picotazos sobre la arena, los hombres se abalanzaban sobre ellos, vociferaban palabras ilegibles, insultos y grandezas. Decidieron salir de allí cuando todo estaba perdido y ni un mal peso habían cobrado del gallo que se suponía iba a ser el campeón.

Entonces Berrio, animado por el alcohol y la recuperada compañía de los amigos, decidió que sería una buena idea bendecir la casa nueva de Allende, aunque no estuviera terminada.

—Vamos a buscar al padre Alfaro. Él regará sus cimientos con agua bendita, ¡para que nazcan al interior de tu hogar buenos retoños que luchen por esta tierra también bendita!

Domingo Narciso lo miró extrañado un instante para, al segundo siguiente, contagiarse sin remedio de la carcajada de Aldama. El joven Ignacio no dejaba de reír y aplaudir la ocurrencia de Berrio, siempre tan comedido.

—Tienes razón, esta tierra es una bendición. Vamos a buscar a don Felipe. Que nos haga los honores y riegue tu casa, pero sólo eso, Allende, que Alfaro no te haga todo el trabajo…

Todos trataron de ocultar las risas tras una mueca de seriedad confusa. La novia se acercaba vacilante. Saludó, y después de recibir los correspondientes halagos le pidió que la acompañara a donde se encontraba su padre, al parecer éste quería presentarle a alguien importante que acababa de llegar de México. Domingo Narciso no tardó en regresar y comprobar que la idea de bendecir su casa se estaba materializando. Don Felipe Neri de Alfaro mantenía con Berrio y Aldama una conversación de lo más animada.

—Díganos padre, ¿no es demasiada soledad la que se impone? Ya nunca se le ve por San Miguel.

—Aquí estoy, ¿o acaso no me veis? Y ahí viene el novio —anunció el cura.

Este se unió a ellos satisfecho de alejarse por unos instantes del tumulto y deseoso de conocer las impresiones de su amigo Alfaro. El beneficiario de Atotonilco vestía una raída y oscura sotana en la que se acumulaban los años de polvo y tierra que había dedicado a las obras del Santuario y la casa de ejercicios. Delgado, pálido y de aspecto demacrado, se le encendían los ojos como dos luceros cada vez que hablaba de la semejanza entre los yermos campos de Atotonilco y la Tierra Santa. Era un hombre admirado por su entrega y pasión por Cristo, a la que se dedicaba en cuerpo y

alma, día y noche, sin descanso.

—Allende, ansioso estoy por conocer y bendecir tu nuevo hogar. Vayamos cuanto antes porque he de emprender el camino de regreso, mis devotos alumnos esperan a su guía espiritual.

—¿Tan pronto?, ¿no va a comer con nosotros?

—Primero lo primero, amigo Allende, y es la bendición de esos cimientos regios que se alzan frente a esta parroquia y que desde aquí puedo admirar. La comida es secundaria para este cuerpo, que se alimenta de la savia divina de nuestro señor Jesucristo.

El rezo fue breve. El padre Alfaro se situó en una de las esquinas al interior de aquel edificio aún por concluir, con la vieja parroquia a su espalda. En aquel mismo espacio se acabaría erigiendo el oratorio particular de la familia Allende. Alfaro bendijo el nuevo hogar con el deseo explícito de que se llenara de hijos y prosperidad en los años venideros. Después se alejó por el camino que mira a poniente, tan silencioso y callado como había realizado su entrada. Su gran logro había sido la casa de ejercicios espirituales, cuyas habitaciones, refectorio y patio se encontraban junto al santuario. En ella los penitentes pasaban los días bajo su dirección espiritual, dedicando su tiempo a la plegaria colectiva, la meditación, el examen de conciencia y la flagelación penitencial. Cuando llego a Atotonilco, de noche cerrada, una treintena de hombres, ricos y pobres, avanzaban arrodillados por el patio de la casa, envueltos en túnicas sangrantes y coronas de espinas apretadas a sus sienes, alumbrados únicamente por los cirios que portaban en sus manos quemadas por la cera luna tras luna, y aguantando las pesadas imágenes del calvario sobre los hombros. Alfaro se sintió feliz una vez más de encontrarse en el lugar que había elegido como el más Santo de esta tierra de la Nueva España.

A pocos kilómetros otro hombre, éste más mundano y terrenal, trataba de apaciguar los temores de la joven con quien se había unido hasta la muerte. Como dos desconocidos, se buscaron en la penumbra de la alcoba, primero con los ojos y luego con las manos, respetando los lugares más ocultos, dejando que fuera él quien dirigiera los actos para los que se había inventado el matrimonio. Poco a poco los nervios de la dama cedieron a la ternura y un renovado deseo la empujó a las manos del hombre que la poseía. Él olvidó todo lo aprendido, lo vivido y sentido en los brazos de indias y mulatas; en su lecho ya no habría sitio para otro cuerpo. Reconoció en aquella piel blanca, y más suave que la seda que llegaba en barcos desde Filipinas, el amor eterno por otro ser humano. Y fue tanta la impresión que le causó el primer encuentro que rompió la norma que la buena costumbre establecía y, pese al mal humor que ello generó en su severo suegro, nunca yació en otra cama distinta a la de su amada.

Fuera de la alcoba conyugal la boda se había convertido en todo un

acontecimiento. Durante semanas no se habló de otra cosa en las reuniones sociales. Hombres y mujeres trataban de acomodarse a la nueva circunstancia que unía para siempre a Unzaga con su yerno. El primero un hombre de gobierno que ocupaba algunos de los puestos más importantes del Cabildo, y el segundo un joven prometedor que contaba con una de las haciendas más prósperas y fructíferas de la villa.

Una mañana de septiembre llegó un correo a lomos de un caballo veloz. Los vecinos observaban atónitos al jinete dirigirse sin aliento por las calles de la villa. Cuando alcanzó la puerta del colegio de San Francisco de Sales saltó de su montura y corrió al interior. En un instante sacerdotes de todas las órdenes ocuparon la antigua plaza. Corrían de un lado a otro transmitiéndose la noticia, abrumados, nerviosos, sin hallar las respuestas que buscaban. Aquellos momentos de incertidumbre sirvieron para que los habitantes de San Miguel se fueran arremolinando en torno a ellos. En esta villa, como en el resto, nunca se sabía cómo era que las noticias se extendían de manera tan meteórica, pero lo hacían y en esta ocasión no hubo excepción. Cuando los frailes quisieron darse cuenta, la puerta del colegio y el templo de la salud eran el destino de las improvisadas carreras de hombres y mujeres buscando conocer aquello que alteraba la paz de sus líderes espirituales.

Alguien dijo algo de una expulsión, el nombre del Marqués de Pombal salpicaba las frases de muchos curiosos que creían poder descifrar el mensaje no recibido, otros hablaban de Francia, de los Estados Pontificios y hasta del rey de las Españas, Carlos III. Lo que a ninguno de los presentes se le escapaba era que una vez más los jesuitas volvían a verse asediados, perseguidos y barridos. Finalmente uno de los clérigos alzó los brazos al cielo proclamando la noticia: *el Parlamento de París ha abolido a la Compañía de Jesús en Francia y confiscado sus propiedades*. Antes había sido Portugal, ahora Francia, y la duda acechaba a España, ¿habría también expulsión de los jesuitas de los territorios de la Corona? Las murmuraciones, las cábalas, las contradicciones fueron haciéndose grandes y abarcando cada vez más espacio. Parecía que una espada de Damocles apuntaba directamente a la Compañía de Jesús en los reinos españoles. Aquello, si algún día llegaba a suceder, sería una debacle.

Durante días no se habló de otra cosa en San Miguel, en Dolores, en San Luís Potosí. Hasta que las aguas volvieron a su cauce y los detalles de aquel suceso quedaron relegados al interior de claustros, sacristías, salones y despachos. El espacio y poder de la Compañía en los territorios de la Corona española se mantenían intactos, pero la incertidumbre empezaba a transpirar por la piel de aquellos sosegados hombres de religión. Eran muchísimas las riquezas y posesiones que los jesuitas habían acaparado en la Nueva España, pero sobre todo eran muchos los intereses endeudados de españoles y criollos que habían acudido a sus arcas para servirse de créditos a pagar en cómodos y largos plazos. Había muchas haciendas en San Miguel que dependían de préstamos e hipotecas firmados por estos fieles seguidores del Papa de Roma. La incertidumbre sobre el futuro se fue mezclando en las conversaciones de los hombres del Cabildo, y en las charlas amistosas y concurridas que se celebraban en algunas de las salas de estrado más importantes de la villa. Pero aún así, no podían hacer otra cosa que confiar en la sensatez de la monarquía de no desterrar de sus reinos a la valiosa Compañía de Jesús.

En medio de aquella inseguridad que sobrevolaba la fortalecida economía de familias enteras la hacienda de don Balthasar de Sauto volvió a la normalidad. Esta vez era el pequeño de los Aldama, Ignacio, el que se entregaba sin remedio a las pasiones del cuerpo con la negra Jimena. Su romance, o lo que fuera que era aquello, surgió sin aviso, de la mano de una sombra al lado del río, en un inesperado encuentro que llevó al joven al éxtasis bajo las carnes flojas y oscuras de una mujer generosa en todas sus dimensiones, de risa extravagante y manos teñidas en mil colores.

Sauto había recobrado su ansiada libertad en la primavera de 1760, con la condición de que permaneciera en San Miguel hasta nuevo aviso. Nada de viajes, de sorpresas, de actos que pudieran interpretarse de rebeldía. Aún así, el *gachupín* entró con la cabeza alta, el talle del traje cortado por un buen sastre, y a lomos del mejor caballo andaluz que había podido encontrar. Había pasado de la bancarrota al contraataque. Sus enemigos ardieron en cólera al verlo asomar la nariz en las nuevas casas reales, pero no había nada que pudieran hacer salvo esperar una resolución definitiva por parte de la real audiencia que cerrara para siempre el obraje.

El viejo vizcaíno supo manejar aquella situación como nadie, y en lugar de un cierre definitivo, lo que se sucedió en estos años fueron resoluciones contradictorias, quejas, motines y un sinfín de propuestas que nunca llegaron a materializarse. Los problemas de la Corona habían empezado a ser otros, y las circunstancias políticas a cambiar: nuevo virrey, distintos regidores y diferentes intereses. Sauto se fue haciendo fuerte, retomando su posición al frente de los telares más productivos de San Miguel, y distanciándose cada día más de la élite política y social de la villa.

Sin embargo, la contradicción volvía a él una y otra vez. Doña Juana Petra, reconciliada a medias con su pasado y, de igual modo, esperanzada a medias con su futuro, estaba decidida a levantar una casa bien adornada y cómoda en el mismísimo centro de la villa. Sabía de la oposición que encontraría en su marido, así que puso de su parte a la hija de ambos, María Antonia, para que el empeño fructificara y poder dormir su vejez en la misma calle en la que florecían las nuevas casas reales. Desde que su amado Aldama dejó la hacienda, y de eso hacía ya algunos años, había sentido el aguijón de la soledad hiriéndole en lo más profundo, haciendo mella en su frágil espíritu. Odiaba vivir lejos del bullicio, como si fuera una mujer de campo, sin poder compartir con otros que no fueran los criados y serviles peones de Santa María. Sus hijos crecían y ella se sentía aislada en aquella hacienda que se había convertido en la cárcel de todos ellos. Estaba completamente decidida, y sabía bien cómo mover los hilos para que su hija convenciera a su padre de la necesidad de edificar una residencia propia en el centro de la villa.

Lo cierto es que San Miguel bullía de agitación en aquel tiempo. En mitad de una

década convulsa como lo estaba siendo aquella, el nuevo centro social y político de la villa se alzaba con un impulso modernizador. Las nuevas casas reales ofrecían una visión renovadora, rodeadas por las principales familias criollas, que desde unos años atrás habían empezado a construir en torno a la parroquia y el recinto público sus hogares. Surgieron ideas para levantar nuevos templos, llenar de arte el interior de éstos santos lugares, y trazar otros caminos más cómodos y transitables. Todos, sin excepción, arrimaron pesos e ingenio para convertir a San Miguel el Grande en la más hermosa urbe del obispado de Michoacán.

La casa de Domingo Narciso de Allende era una buena muestra de ello. Se estaba convirtiendo en una de las más admiradas y envidiadas de la ciudad, y también en una de las más costosas y mejor ubicadas que se construirían en la villa aquel siglo. Anna se sentía feliz y toda la familia Unzaga celebraba el derroche con entusiasmo. Mientras, Domingo Narciso no veía el momento de trasladarse por fin a su hogar y abandonar las rígidas normas que dirigían su vida en casa de sus suegros. En cuanto la ocasión se terciaba, cabalgaba a lomo partido por los campos hasta llegar a Los Manantiales y recluirse allí durante días. Pero nunca mucho tiempo, ya que no le gustaba estar lejos de ella. A menudo la llevaba con él, pero acababa aburrida y desesperada. *Habrá que esperar a los hijos, ellos la ocuparán el tiempo*, pensaba antes de saber que el primero ya estaba en camino.

La noticia le emocionó, y se decidió a contratar más peones que alzaran por fin aquella interminable estructura que iba a ser su hogar. Y cuando vio la planta baja completamente terminada, con sus arcos, maderas y herrajes, comprendió que el diseño era perfecto. Buena parte de aquel piso lo destinaría al comercio. Tendría su propia pulpería en la que vender los frutos de sus huertas, artículos para el vestido y utensilios de mil formas y usos. Le gustaba la vida que se creaba en torno a estos establecimientos que abrían una puerta de la casa a la calle, al mundo. Tendrían portones de madera y forja. La fragua a su espalda, con otra entrada para el ganado, y un patio cuadrado en el centro, con una hermosa escalera ascendiendo a la planta de la vivienda. Domingo Narciso se precipitaba en su necesidad de cumplir aquel sueño, una casa de los Allende, un hogar para su descendencia, un lugar para su estirpe en aquella América.

Por su parte, Sauto tomó las riendas de su nueva casa y comenzó a idear un hogar digno de su posición social en el centro de la villa. Doña Juana Petra se sentía reconfortada, al fin obtenía una respuesta a sus plegarias. Lo que nunca se hubiera imaginado es que poco tiempo después Domingo Aldama, con una jovencísima esposa que le llenaría la vida de hijos bellos y sanos, levantaría su propio hogar justo en frente.

La boda de este Aldama se celebró con todos los honores la tarde del veintinueve de marzo de 1763. La novia, Francisca González, apenas había alcanzado la edad

apropiada para el matrimonio, mientras que el afortunado novio había dejado atrás, hacía tiempo, los cuarenta años de edad. Era una diferencia bastante común en estas tierras, en las que los matrimonios no dejaban de ser acuerdos sustanciosos.

Lo más sorprendente quizá de aquel enlace fue la presencia de doña Juana Petra. Engalanada como si aquella fuera su última aparición en público, paseaba por los salones de la casa, fumando cigarros y recitando para sí su propia letanía, a la espera de un sobresalto que nunca llegó. Mientras ella perdía sus últimas esperanzas mirando de reojo la calle, deseando escapar de aquella trampa que le había tendido el paso del tiempo y la edad que marcaban los pliegues de su piel, en la capilla particular de la casa la pareja cumplía con el rito del matrimonio.

Tras la bendición, Domingo Narciso de Allende cumplió con los deberes propios de un testigo firmando los documentos que oficializaban el matrimonio. Ignacio también estaba allí, junto a su hermano, pero no se ocupó de firmar nada, ni de decir o añadir cosa alguna a lo que ya estaba escrito. Al menos uno de ellos avanzaba como se esperaba en esta tierra, casándose con una criolla de buena cuna y dote. Ya con la noche cerrándose sobre la villa, Ignacio tomó el camino de regreso a la hacienda del obraje con la esperanza de encontrar aún despierta a su Jimena del alma y perderse en sus carnes frondosas y amplias. Lo que no imaginaba era lo que las sombras de la luna le devolvieron: la imagen del cuerpo de ésta rodeado por los brazos de otro de su casta, fundiéndose ambos en una piel tan brillante y negra como la noche que les acechaba. Un miedo atroz le embriagó el pensamiento, le nubló la vista, le inyectó de sangre agria la mente, los ojos, la piel de todo el cuerpo, y en lugar de acabar con la causa de su dolor a filo de machete, se volvió a subir a su caballo, tomó el camino del puente viejo y no regresó a San Miguel el Grande hasta que las penas ahogaron lo que quedaba de su juventud, algunos años más tarde.

Un mes después del matrimonio entre Domingo Aldama y Francisca González, en abril de 1763, nació el primogénito de los Allende, y lo hizo en la casa de sus abuelos maternos. Domingo Narciso se sintió feliz ante aquel extraño y diminuto cuerpo que sólo dormía y comía en la paz de una primavera sofocante. Habían discutido el nombre del recién nacido hasta la saciedad, y al final asumió que no se llamara Antonio como su padre, pero sí José. Desde que había conocido a Anna se había vuelto un gran devoto de San Pedro Regalado, de hecho, no faltaría una imagen del santo en el oratorio particular de su casa. Finalmente la criatura fue bautizada bajo el extenso nombre de José María de la Luz Pedro Regalado Vital. Siempre lo llamaron José María, y aún siendo un bebé su padre se acercaba sigiloso al moisés y, sin despertarle, le inculcaba su amor por la tierra de Vizcaya, el verde valle de Gordejuela y el caserío de los Allende en Zubiete.

CAPÍTULO VIII

En Vizcaya el hambre se fue haciendo más palpable cada día que se sumaba a aquel otoño frío. Para cuando llegó el tiempo de Pascua muchos niños vagabundeaban por la plaza de Molinar, junto a las ermitas, llamando a las puertas de las casas más alejadas, mendigando un pedazo de pan, una manzana o las sobras de alguna comida ya de por sí escasa. Aquel fue uno de los peores inviernos que se recuerdan en esta tierra, pero no el único, porque habría de llegar todavía otro más, el de 1765, y con él la escasez más extrema.

Se desconocía la procedencia de tantos niños harapientos, sucios y desnutridos, que poblaban ellos solos los caminos y las plazas. Gordejuela y Oquendo se fueron llenando de gentes extrañas que cruzaban por aquí y por allá, buscando no se sabía bien qué y encontrando nada. Las restrictivas leyes prohibían a los forasteros establecerse en el pueblo sin un cometido concreto; la ociosidad tenía un día de vida, una noche en el hospital era toda la caridad que el ayuntamiento estaba obligado a ofrecer a los mendigos. Después, se los devolvía a los caminos, a vagar de pueblo en pueblo.

La primera rogativa a Isasi para pedir a la virgen una primavera soleada y unos campos fértiles se celebró en febrero de 1766. La nieve helaba la tierra desde hacía semanas, y las nubes mantenían el cielo cubierto durante tanto tiempo que casi se había perdido la esperanza de volver a sentir el calor del sol sobre la piel. Manuela, acostumbrada a levantarse antes que el día, no lograba adivinar si lo que veía era un nuevo amanecer o sólo el brillo de una luna escondida. Avivó el fuego del hogar y trató de entrar en calor frotándose las manos sobre las llamas. Hacía meses que no sentía la calidez de aquella casa, por más que tratara de mantener viva la lumbre. Escuchó los pasos de don Manuel encaminándose hacia la cocina. Desayunaron juntos, en silencio, ella le sirvió como hacía siempre y él lo agradeció con el mismo gesto.

—Voy a bajar a Molinar para acompañar a los hombres del Concejo a presidir la rogativa, dicen que es bueno que los alcaides anteriores apoyen al actual. Mi primo, Francisco de Murga, será un buen alcalde, aunque los tiempos le sean adversos. Estaré junto a él cuando se abra la comitiva.

—Eso hará bien a los aldeanos, les dará confianza verlo avanzar junto a las insignias. Después, sólo hace falta que la virgen de Isasi se apiade de todos nosotros.

—Hay que tener fe, Manuela.

—Me temo que cuando las cosas vienen tan mal dadas la fe no sirve de mucho. Ya sé que no está bien que hable así, pero déjeme decirle que no hay día que no haga visita a la ermita y le ruegue a la virgen para que no deje que mueran más niños en

nuestro pueblo, y ni uno solo de los que han nacido en el último invierno ha logrado sobrevivir. Cada vez que veo a otra mujer preñada no puedo remediarlo, se me cae la fe al suelo, porque sólo pienso que es otro pobre infeliz que después de dar su primer sorbo a la vida se quedará sin hálito para seguir aquí. Usted y yo no hemos estado en San Román de Oquendo, pero dicen que allí el último entierro se celebró con las puertas abiertas, aunque la nieve entraba a destajo y cubría los mantos de los penitentes, que, pobre de ellos, hacían lo que podían para taparse las bocas y no respirar la malsana muerte acumulada bajo la tierra del suelo.

—Dios mío, no hables así. Qué otra cosa podemos hacer que rogar a los santos para que esta triste situación cambie. No hay cereal aquí ni en ningún otro lugar, pareciera como si la tierra se hubiera vuelto ceniza, quemada por tantas heladas y el cúmulo incesante de nieve.

—Y el precio, don Manuel, el precio que han adquirido las rentas, los censos y hasta el grano que no tenemos.

Manuela sintió que se ahogaba. Trataba de mantenerse firme, guardar la pena que le llenaba por dentro. Hacía semanas que se sentía extraña, más sensible y vulnerable; la tristeza se había instalado de una forma exigente en su pecho, no le permitía el disimulo, ya no reía, en su lugar había empezado a hacerlo todo con demasiadas pocas ganas. Cuando Braceras se despidió de ella con palabras de consuelo y una caricia rozándole la cintura, ella corrió a su alcoba y desdobló una vez más aquel trozo de tela vieja donde guardaba los tesoros de su vida: un pañuelo de su madre; la cuchara de madera de boj que el abuelo de Arracico le regaló a la abuela una Nochebuena, y ésta se la entregó sin estreno; el alfiler que le había traído Txomin, y que suponía su mayor joya en aquel tesoro escondido; en el que también había una hebilla, que algún día tendría pareja y luciría en unos zapatos nuevos; y las cartas de su hermano. Cogió la última, la que llegó durante el otoño amargo de 1765, y la extendió con cuidado.

Mi muy extrañada Manuela, hace demasiados meses que mantenemos a oscuras nuestras plumas y no quisiera que el paso del tiempo y el avance de la vida nos distancien todavía más de lo que la tierra y el mar lo han hecho. Tu en el valle de nuestra infancia y yo en esta Nueva España, que me ha acogido como a un hijo, hemos de seguir viviendo el uno en el otro como una vez nos prometimos y para toda la vida que nos toque vivir.

Cómo me gustaría saber de ti, de tus proyectos y logros, que imagino cuantiosos. A la espera de tu respuesta contándome con detalle cómo te encuentras y en qué empresas te hallas, me alegra poder anunciarte de mi buena fortuna y mi gran alegría. Nada me gustaría más que conocieras a mi esposa, para saber de lo que te

hablo. Ella es la mujer más hermosa y dulce que puedas imaginar, y a su lado mi existencia es otra, vivo para su felicidad y la de nuestro primogénito, José María de Allende y Unzaga. Ha cumplido ya los dos años, es fuerte e inquieto, y empieza ahora a pronunciar sus primeras palabras. Pronto tendrá con él a su hermano, el nuevo hijo que esperamos nazca este invierno; y no será el último. Anna y yo deseamos llenar este hogar de niños risueños y alegres que nos colmen de dicha y felicidad.

Esta casa es tan diferente a las casas que conoces en nuestro valle, aquí las ventanas son como puertas que dejan entrar al sol y a la luna al interior de las paredes. Luce el sol cada día, sobre un cielo azul intenso, y cuando llueve lo hace con la alegría de una tormenta serena, inundando de brotes y primavera los prados que nos rodean. La mandé construir para convertirla en el hogar de los Allende. Es hermosa y firme, con muchas alcobas y un patio interior que rebosa de flores. Está junto a la parroquia de San Miguel Arcángel, llenándose de bullicio y vida su alrededor los días de rezo y fiesta. A veces creo verte por sus pasillos, perderte entre sus habitaciones y corredores. En mi imaginación sigues siendo la niña que se quedó allí, sobre el puente de Zubiete, envuelta en una vieja manta, y difusa bajo la niebla blanquecina que despedía el río esa mañana.

No he olvidado tu mirada, tus pupilas verdes y con ellas el color de nuestra infancia. La casa de Zubiete, sus piedras anchas y pesadas, el viñedo en la montaña y los juegos y carreras por la Calzada Real. Aquí las cosas son muy diferentes, y mis hijos no conocerán la vida como tú y yo la vivimos en aquellos hermosos años. En esta tierra son otras las grandezas y cada día que pasa me siento más cercano a ellas, aunque nunca dejaré de ser Domingo Narciso de Allende y Ayerdi, el cuarto hijo de la casa de Zubiete y tu amado hermano que por siempre te extrañará.

La vida me ha sonreído en este lugar, mi pequeña Manuela, como nunca hubiera imaginado. Además de la casa en la que vivimos Anna, José y yo, que está en la ciudad de San Miguel el Grande, son dos las haciendas en las que cultivo tierras y crío ganado. Las posibilidades de éxito se han incrementado considerablemente desde mi matrimonio, gracias al buen hacer y la mucha estima en que me tiene mi suegro, Tomás de Unzaga y Alday, que partió del vecino valle de Oquendo siendo muy joven y a día de hoy ha ocupado algunos de los cargos más importantes en el Ayuntamiento de esta Villa, siendo alcalde el mismo año de nuestro matrimonio. Junto a él he ido ascendiendo en la escala social y política de la ciudad y hoy formo parte de las personas que componen su Cabildo, por lo que me siento honrado y halagado, sobre todo ahora que parece que la Corona de España quiere acaparar más poder para la península. Es importante para mí, en estos momentos de incertidumbre y lucha por defender los intereses de los nuestros en estas tierras, pertenecer al pequeño grupo de gobierno de San Miguel.

Desconozco las noticias que os llegan de lo que sucede aquí en estos tiempos, pero hoy hemos de luchar por lo que ayer era nuestro por derecho. Desde el Cabildo municipal tratamos de ofrecer resistencia a las nuevas ideas que los funcionarios enviados por la Corona vienen decididos a imponer. Las cosas ya no son como eran, la Nueva España empieza a sentir en sus entrañas el saqueo incesante infligido por su hermana mayor, la vieja España, bajo la tutela de sus avariciosos monarcas.

Domingo Narciso continuaba narrando en su carta las nuevas circunstancias que rodeaban al virreinato español, las exigencias recaudatorias, el centralismo que se trataba de imponer, despojando a los gobiernos municipales de los privilegios de que gozaban hasta la fecha, y acaparando las decisiones administrativas en manos de nuevos emisarios procedentes de la península. La crispación era palpable; el enojo, como él escribía, ante la injusticia a la que se enfrentaban cada día. Pero Manuela no leía ya esa parte en la que él se desahogaba en continuas quejas que ella apenas podía llegar a comprender. Aquí también habían subido los precios del grano por la actitud de los acaparadores, y los diezmos eran una soga al cuello que quitaba oxígeno y vida a vecinos, amigos y parientes. Esa parte de la carta no le interesaba, pasaba la vista rápido por las letras, reconociendo las líneas tantas veces leídas, hasta encontrarse de nuevo con aquella parte en la que su hermano retomaba los detalles de la vida cotidiana de San Miguel el Grande, volvía a su casa y su familia, a los recuerdos y los sueños. *Qué nombre extraño* —pensó—, *es como si tuviera que haber otro San Miguel, uno más pequeño, en algún lugar*.

Las campanas comenzaron a sonar con insistencia, la comitiva con la rogativa a la virgen asomaba por el camino tras los pasos religiosos del presbítero, beneficiados, vecinos y monaguillos. El vaivén de las amplias ropas de los curas se detuvo en el sendero, una cruz y su estandarte se alzaron sobre las cabezas de los presentes y el rezo, coreado por su largo séquito, acalló el sonido repetitivo de los badajos que desde las alturas les anunciaba. Manuela dejó lo que estaba haciendo y corrió a la ermita a recibir al cortejo, que se aproximaba en un coro casi fúnebre. La virgen parecía mirar desde su pedestal a aquel hatajo de suplicantes bocas sin poder entender sus ruegos de sol y cereal. Todo concluyó con un silencio sepulcral que devolvió a cada uno a su valle, pueblo y casa.

La pequeña de los Allende regresó al interior de la antigua torre de los Urrutia y desde el portal echó de menos el calor de antaño. Hacía frío fuera y dentro de cualquier lugar, también al interior de sus ropas; hacía semanas que no lograba calentarse el cuerpo. Antes de alcanzar los primeros peldaños de las escaleras Zurrape la detuvo:

—¡Manuela, Manuela, corre, ven, tienes que ir rápido a la casa de tu hermano, ha

ocurrido algo grave, un accidente!

Las palabras torpes y atropelladas de Zurrape la dejaron sin respiración. Quién la llamaba, qué accidente, a quién de todos ellos. Pensó en Nela, *no, Nela no, Nela no puede ser*, y luego repaso la imagen de todos los demás, todos y cada uno de ellos, y deseo con todas sus fuerzas que no fuera ninguno. Echó a correr, sin ver nada más, sin mirar a nadie, cruzándose con los caminantes que se alejaban de la ermita de Isasi, cerrada ya a ruegos y rezos. No veía las piedras del camino, no veía la nieve, ni le pesaban las ropas empapadas, no sentía el aire cortante que se cruzaba con su cara ni la compañía de Zurrape, que corría a su lado sin saber qué otra cosa mejor podía hacer. Atrás quedaban las miradas atónitas, el susto en la cara de todos los que abandonaban Isasi tras el estandarte santo y los voluptuosos hábitos.

Llegó sin aliento, presa del pánico. En la puerta Nela la esperaba llorosa. *La tía, ya llega la tía*, gritaba mirando al interior. Cuando alcanzó la estancia encontró a Narcisa, con su tripa tan abultada que parecía a punto de estallar, sentada en una vieja silla. Se balanceaba adelante y atrás, con la mirada perdida en la criatura que sujetaban sus brazos. Manuela se acercó despacio y descubrió la cara blanquecina y rígida del niño que no lloraba, que no respiraba ya. Era Juan Francisco, con sus tres años recién cumplidos y aquel extraño pelo alborotado en un rizo imposible. Un ahogo se quebró en su garganta cuando observó a Narcisa, perdida, olvidada de sí, sin poder dejar de acunarse con aquel hijo muerto apretado a su cuerpo, y todos los demás a su alrededor, llorando en silencio ante la incomprensión de lo que acababa de suceder.

Mandó a Zurrape a buscar a Joseph al monte, donde quiera que estuviera tenía que traerle con él. Y sin detenerse a socorrer a los más pequeños, le pidió ayuda a Nela para que susurrara a su madre palabras de consuelo mientras ella trataba de arrancarle al hijo muerto de los brazos. Fueron llegando algunas vecinas, don Pedro y por fin Joseph, el padre triste que perdía con éste el tercero de sus vástagos. A punto estaba de nacer el octavo, si el disgusto de aquella madre no traía consigo un nuevo quebranto.

La noche fue la más larga y la pena de Narcisa una letanía menos duradera de lo que se esperaba en ella. En las primeras semanas Manuela peleó con el desgobierno que reinaba en la vida de todos ellos, hasta que, poco a poco, las aguas volvieron a su cauce, el llanto cesó, y el color negro del luto se perdió en el cielo oscuro del invierno.

Lo enterraron en Molinar, cubierto con el manto de San Francisco y la tristeza infinita que envuelve la despedida de un niño. Mientras depositaban su pequeño cuerpo bajo la losa del suelo, Manuela trajo a su mente las palabras escritas de Domingo Narciso y el anuncio de un nuevo hijo. Aquel sobrino, como todos los que nacerían en aquella hermosa casa de San Miguel el Grande, no pisaría nunca esta

tierra, ni esta iglesia, ni depositaría una vela encendida sobre la sepultura de sus antepasados. Nadie le mostraría la calzada real ni le dirigiría por el camino de los muertos para despedir a otro Allende que se va. Antes de acabar el sepelio dejó de pensar en ello.

Narcisa parió a su criatura un cinco de mayo lluvioso. Amaneció con ella entre los brazos después de un alumbramiento rápido y limpio, como se les oyó decir a las vecinas que se fueron acodando a su cama. La experiencia de la madre y la delgadez de la recién nacida lograron el milagro de la vida en apenas unas horas. Le pusieron de nombre María Francisca en recuerdo del hermano que le había precedido.

En ese corto tiempo que transcurrió entre la primera rogativa a Isasi y el alumbramiento de la segunda hija de Joseph y Narcisa, comenzaron a llegar noticias acerca de una posible rebelión de campesinos en la cercana tierra de Guipúzcoa. Al principio eran escasas e imprecisas las informaciones que transitaban por tabernas y caminos. Algunas voces señalaban Azpeitia como el lugar donde había comenzado la protesta por la falta de trigo y lo excesivo de los precios. La gente pasaba hambre, y no soportaban ya la penuria que acechaba a sus casas y pueblos.

—No puedo imaginar algo así. Me cuesta creer que el poco grano que tienen se lo quiten al pueblo para venderlo a la marítima. No es de extrañar que acaben sacando las armas que tengan a mano.

Quien hablaba era Antonio que, sentado bajo el emparrado de la fachada, conversaba con su hija mientras aguardaba impaciente la hora prevista para acudir al Concejo Abierto que se había convocado con carácter de urgencia. El nuevo alcalde, Murga, esperaba poder infundir el sosiego entre sus paisanos para que la revuelta que se había encendido en los pueblos guipuzcoanos no contagiara y acabara con la apacible vida del valle. Don Pedro, desde el altar, esa misma mañana, había insistido en la importancia de que todas las casas estuvieran presentes por la tarde bajo el árbol de Molinar. No era día de votación, pero sí de informar y comprometerse a mantener el orden y el sentido común.

Antonio se incorporó y se despidió de Manuela con una leve mirada.

—Mejor me pongo en camino, que hoy estoy más lento que de costumbre. No acaba de acomodárseme este pie desde la torcedura de enero.

—¿Ya se está poniendo el ungüento de árnica?

—Todas las noches, pero este cuerpo está ya viejo y tarda en reaccionar. ¿Vas a casa de tu hermano?

—Sí. ¿Necesita algo de allí?

—Sólo que le recuerdes lo de la reunión. No quiero que falte, es conveniente que él también esté presente.

—Se lo recordaré. No se preocupe.

Cada uno tomó la dirección de su destino. Un lodazal en el suelo dejaba marcadas las huellas de sus albarcas. Cuando Antonio llegó a Molinar ya había varios hombres conversando en el pórtico de San Juan, entre ellos Braceras, que al reconocerle, bajo la capa todavía de invierno, salió a su encuentro.

—Antonio, ¿qué tal va esa pierna? Hace tiempo que no nos sentamos a hablar delante de una jarra de vino.

—Demasiado. ¿Todo bien?

—¿Por qué no te vienes un día de estos a casa y cenamos? Como en los viejos tiempos. Que Manuela nos prepare un buen puchero y…

Braceras dejó de hablar al sentir la proximidad de Txomin y don Pedro. Tanto el joven como el cura les miraban con atención al tiempo que cuchicheaban algo entre ellos. Don Manuel presintió que la conversación versaba sobre Antonio. En ese instante alguien hizo sonar el hierro sobre la piedra y el alcalde abrió el encuentro con la clara intención de abortar cualquier posible intento de alzamiento contagiado por los que se estaban viviendo en algunos pueblos de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava.

—Los alborotadores han extendido sus tentáculos por nuestras tierras, y han conseguido que los hombres más honrados y honestos se levanten en gritos e improperios contra gente de bien y de gobierno. Ese es su mayor logro, ningún otro pueden alcanzar con tales actos de violencia y falta de respeto.

Don Francisco de Murga no esperaba la reacción que obtuvo a sus primeras palabras. La información había llegado como las angulas, deslizándose, sigilosa y resbaladiza río arriba. Pocos de los presentes dieron crédito a sus palabras, hubo otras que les convencieron más. Un hombre de mediana edad se había subido a una piedra, adquiriendo una posición aventajada, desde la que rebatió sin miramientos y con nuevos argumentos las palabras del alcalde.

—Nuestros campesinos se mueren de hambre. Cuando consiguen juntar los reales que les piden por un poco de cereal, se lo niegan, les dicen que no tienen, y así los precios siguen subiendo. Luego, como nadie puede pagar lo que exigen, se lo despachan a la marítima y se quedan tan anchos. ¡Es vergonzoso!

El alcalde quiso intervenir, pero la conversación tomó otras vías y comenzaron a participar, intrigados, los vecinos del pueblo.

—¡Eso también está ocurriendo aquí! —se oyó a alguno de los aglutinados en torno al forastero.

—¡Sí, aquí también falta grano, pero a los pobres, no a los ricos! —se animó otro.

—¡Los molinos están callados la mayor parte del tiempo! —seguían saliendo voces.

Pero no hubo tiempo de escuchar las respuestas del forastero, porque antes de que se dieran cuenta, entre cuatro hombres elegidos a propósito por el alcalde, lo obligaron a descender de su improvisado púlpito alejándolo violentamente del

tumulto que se agolpaba en torno al árbol. Antes de salir de la plaza, Manuela tuvo tiempo de contemplar su rostro un instante.

—¿Qué ha ocurrido en el Concejo con ese forastero? —preguntó a don Manuel nada más verle aparecer por la cocina.

La mirada de Manuela le hizo sonreír. Tenía en los ojos el brillo de la curiosidad. Quería saber, siempre quería saber lo que ocurría fuera del valle, lo que pasaba en las reuniones de las Juntas, en el Señorío, cualquier cosa que la sacara del reducido mundo en el que vivía. Don Manuel sintió deseos de abrazarla, la quería, quizá por eso no le gustaban las rondas que le hacía ese Txomin, y empezaba a recelar de su cercanía, sin saber si lo que sentía eran celos de hombre o temor de padre. Su intuición le alertaba sobre la honestidad de un oportunista como ese, pero no dijo nada, una vez más prefirió callar y se centró en saciar la curiosidad de Manuela.

—Por lo que yo sé, en esos pueblos donde se están produciendo las revueltas lo que ha pasado es que los aldeanos se han cansado del abuso de los acaparadores. Son tierras donde el grano no se da bien, menos en estos tiempos que todos sufrimos la escasez del campo. Apenas les llega el maíz que cultivan para cubrir una parte del año. Mucho menos el trigo. Por eso el comercio con Álava. Los que lo traen de allí, lo almacenan para subir los precios, y así, mientras unos empeñan lo que tienen para poder hacerse con unos granos, otros aprovechan la falta y la carestía para hacer negocio.

—Y siempre salen perdiendo los más pobres.

—Eso es, Manuela. Y también es cierto que no ha sido una revuelta violenta y no es justo que se les trate indebidamente. Hasta la fecha no han quemado ni disparado una sola arma, ni han atacado a nadie. Sólo han alborotado por algunos pueblos para conseguir que bajen los precios, y algunas medidas más que tienen que ver con el diezmo de la castaña y asuntos parecidos. La Iglesia también se lleva su parte, no vayas a creer. Lo que te puedo decir es que todavía no está resuelto, porque sigue habiendo protestas aquí y allá.

—¿Y qué pasará si aquí los campesinos también empiezan a…?

—Eso no va a suceder, aquí es diferente. Aunque te parezca mentira, nuestro pueblo está lejos de una situación así. Y, además, desde que saltó la alarma, todos los gobernantes locales, en todo el Señorío, tienen orden de apaciguar y amedrentar cualquier manifestación de protesta o alboroto. Para qué crees que era la reunión de hoy, con esa intención la convocó el alcalde.

—Pues no es que le haya salido del todo bien.

Manuela sonreía. No le caía bien el primo de su señor, un hombre tan recto y fingido que no había conseguido engañarla nunca en su pose de devoto hombre de Dios. No le gustaban los pusilánimes, y don Francisco lo era, aunque con poder para lograr que su falta de genio tuviera algún efecto en los demás.

—¿Y dice que el forastero está en la escuela?

—Sí, pero le dejarán marchar mañana, a lo sumo pasado, aunque no creo que pueda volver a pisar el valle. Parece que anduvo por aquí hace algunos años, de mozo, trenzando cestos, pero no ha querido hablar mucho de ello.

—¿Se acercará mañana a verlo?

—¿Yo? ¿A santo de qué? No, ese asunto ya no es de mi competencia, este año no soy yo el alcalde, es cosa de mi primo. Dejemos que él resuelva como mejor convenga.

Ella torció el gesto en una mueca de incredulidad.

—No seas así, mujer, hay que dar a los demás un voto de confianza.

Don Manuel abandonó la mesa para retirarse a descansar. Ella, sigilosa, quitó los platos y la jarra de vino. Antes de dejar la estancia extendió las brasas, cogió la lámpara y se encaminó por el pasillo hasta su alcoba. Cuando pasó por delante de la puerta cerrada de la habitación de Braceras, presintió que éste estaba al otro lado, escuchándola. Apresuró el paso, se desvistió y se acurrucó entre las mantas. Antes de dormirse sopló hacia la luz que le había alumbrado y tuvo un pensamiento para el hombre que habían encerrado en la escuela esa tarde. Fue breve, el sueño se la llevó enseguida con él.

—No, Txomin, no sigas insistiendo, no voy a acompañarte. ¿Acaso crees que no me doy cuenta de tus intenciones?

—Pero mujer, si únicamente quiero que estemos solos, lejos de miradas y chismorreos. Además, nos merecemos un rato de intimidad. Si no quieres no nos movemos de aquí, pero luego no te enfades conmigo si nos ven arrejuntados y hablan por ahí. ¿Es eso lo que quieres?

—Lo que yo quiero es que me des tu palabra de matrimonio, bien lo sabes, que desde que llegaste han pasado muchas cosas entre nosotros, pero nada me asegura tus intenciones.

—Pues si es eso lo que quieres eso tendrás, Manuela. No hay más que hablar.

Su espalda se enderezó, se alzaron sus hombros, estiró el cuello, sus ojos se abrieron sin ver más que al hombre que tenía frente a sí. Inmóvil, incapaz de mover un músculo, le miró atónita, incrédula. Después de tanto tiempo, de tantos intentos por arrancarle una promesa, algo que anunciara su intención de casarse con ella, había llegado así, con un '*si eso es lo que quieres eso tendrás*'. Se lanzó a sus brazos sin pensar, agarrándose a aquel deseo hecho realidad en una frase. Él reía con ganas mientras ella dejaba escapar toda su ilusión por las pupilas de sus ojos verdes, en cientos de besos rápidos, en la alegría de su voz entrecortada. Le preguntó desde cuando lo tenía pensado, porqué no le había dicho nada hasta entonces, cómo arreglarían el contrato, y la dispensa eclesiástica a su consanguinidad. Manuela hablaba sin descanso, sin esperar respuestas, como poseída por unas prisas que delataban sus ansias. Él no contestaba a nada, ocupaba sus manos y su boca en convencer a aquel cuerpo para que le siguiera.

Alcanzaron la última casa de Isasi cuando todavía era media tarde. Entraron en silencio. Ella, más serena, caminaba confiada al lado de él. Txomin la contemplaba con una sonrisa complacida, la fue llevando con gestos, con besos y zalamerías, con palabras que sonaban a nuevo, a recién estrenado. Cuando entraron en la alcoba Manuela estaba casi segura de que nadie les había visto. La desnudó al mismo tiempo que se quitaba su propia ropa. La chupa de él sonó al caer al suelo. Eso la sobresaltó y la hizo mirarse, su chambra dejaba entrever buena parte de la camisa que le cubría la piel. Él se entretenía ya con los lazos de su cintura, hasta que el delantal y la basquiña se deslizaron dejando a sus pies un charco de tela del que la invitó a salir, avanzando un paso hasta su cuerpo. Se ruborizó al descubrir sus pies descalzos, no sabía en qué momento se había quitado las alpargatas ni dónde estaban. Perdió la saya justo en el instante en que él se desprendió de faja y pantalón. Con la camisa blanca como única prenda, Txomin la sorprendió alzándola en brazos para después dejarla caer sobre el colchón de lana que ella misma, años atrás, había encargado a Braceras comprar. Le levantó la amplia tela de lino blanco con destreza, y antes de

que se diera cuenta la penetró. Un grito se quebró a mitad del camino en su garganta, sin lograr salir al exterior. No supo cuánto tiempo duró aquello, se concentró en los besos que él le iba dando, en las manos firmes que le apretaban los muslos o el pecho, percibió que sus piernas se alzaban sobre el cuerpo del hombre y se perdió en aquel espacio sin aire, sin palabras, sin nada más que ella y él. Comprendió que todo había terminado al descubrir la piel tibia de él descansando a su lado, somnoliento, callado, y se rió queriendo creer que era suyo y para siempre.

Después de esa tarde se veían casi a diario. Él solía aparecer de mañana, risueño y cantarín. La contemplaba un instante desde la grupa del caballo, alargaba la mano, y si nadie miraba la caricia se deslizaba por el pecho para, acto seguido, continuar su camino por el sendero que le llevaba a la plaza y a sus negocios, que se extendían ya a lo largo y ancho de Vizcaya. Nadie, sabía con exactitud en qué empresas invertía sus caudales, pero no había día en el año que Txomin de la Torre no tuviera algún encargo que hacer o cita que cumplir. Frecuentaba las casas más importantes, recorría los caminos a lomos de un corcel alto y espigado, y a veces regresaba ya de noche, silencioso, envuelto en los claroscuros de la luna. Manuela lo reconocía desde el otro lado de la ventana, escondida en la penumbra de la torre de Urrutia, asegurándose el descanso en aquella enamorada vigilia. Si no lo veía regresar las sombras se hacían largas y pesadas, no conciliaba bien el sueño y despertaba malhumorada y triste.

En ocasiones la alcanzaba a media tarde, por sorpresa, la arrastraba con su verborrea hasta algún lugar escondido, lejos de miradas indiscretas, y la hacía sentir todo el torbellino de su propio cuerpo ávido de ternura, de besos apasionados y manos hábiles. Ya no se resistía, ya nada le impedía disfrutar del idilio que la vida le regalaba, de su compañía, de su exigencia, de las risas que compartían y las palabras que no llegaban a decirse. Fueron semanas de mucho ajetreo, en las que el mundo parecía haber dado un vuelco inesperado. Corrían de aquí para allá, de un escondite a otro, tratando de disimular, evitando que les vieran, ocultándose en las alcobas vacías de una y otra casa, siempre con prisa, con ansia.

Desde los primeros encuentros Txomin le pidió discreción y ella asumió aquello como una parte más del romance que iniciaba. Prefería pasar desapercibida, que nadie pudiera echarle en cara haber roto el pacto tácito de mantenerse intacta hasta el altar. No airear a los cuatro vientos aquellos encuentros protegía de alguna forma su honor y decencia ante los demás.

La primavera les regalaba sus últimos suspiros cuando él le anuncio un viaje largo que le mantendría ausente durante semanas.

—¿Tanto tiempo?, ¿a dónde vas?

A Santander. Tengo algunos asuntos por resolver allí, un envío de las Indias.

—Entonces, ¿vas a recibir algún barco de la Nueva España?

—No, Manuela, eso no es posible, esos llegan a Cádiz. El envío me lo trae desde

allí un militar. Pero, dime, ¿a qué viene tanta pregunta?

—No, a nada, es sólo que…

Y ya no pudo continuar hablando. La boca de Txomin se introducía sigilosa en la de ella una vez más, inundándola de un placer inabarcable.

Aquella noche durmió intranquila, y cuando se levantó supo que él ya estaba lejos de Isasi. En el camino Zurrape conversaba con José de Anieto. Tomasa de Arza, su mujer, era pariente de La Torre y con él había encontrado algún quehacer al marido, poco avispado y escaso de miras. Txomin lo convirtió en su criado fiel en apenas una semana, y ahora ahí estaba, lamentándose de la ausencia del amo y de la obligada residencia temporal junto a su mujer y cuñada, dos arpías con demasiadas argucias y muy pocas contemplaciones.

Manuela avivó la lumbre y se dispuso a preparar algo de almuerzo para Teresa, Zurrape y ella misma. Don Manuel tardaría aún en levantarse. En las últimas semanas se mostraba algo más taciturno, conversaba poco y cualquiera se daba cuenta de que evitaba la presencia de Manuela. Esta invirtió la mañana en la huerta, la casa y todo lo que se le ocurría que pudiera disipar la melancolía que trataba de colarse una y otra vez por los resquicios de su memoria más reciente. Recorrió la ermita de Isasi, le rogó a la virgen que nada cambiara con aquel viaje, visitó a Narcisa, se rió con Nela y olió una y otra vez la piel de la pequeña Francisca hasta llenarse con su nueva vida.

Nadie sabía con precisión la época en que la casa de los Allende se levantó sobre el suelo de Zubiete. Todos los vivos de este valle la habían conocido más o menos tal cual era hoy, sobre la misma tierra llana que se extendía hacia el río acabando en una hondonada de árboles frutales. Aquellos manzanos siempre habían estado allí, nunca hubo otra cosa que no fueran sus troncos espigados en invierno y sus ramas frondosas verdeando el verano. En otoño se recogían las redondas y jugosas piezas de fruta que se consumían durante los meses más fríos y oscuros, hasta que se acababan y empezaba a echárselas de menos.

Los Allende pertenecían a este lugar. Una casa y un nombre, todo en un mismo origen, un mismo hogar alumbrando los dos mundos, el de los vivos y el de los muertos. Aquí nació Antonio de Allende y Villamonte un doce de abril de 1694. Fue el primogénito. Sus padres, Antonio de Allende y Larrea Salazar y María de Villamonte y Mendieta, habían contraído matrimonio apenas dos años atrás. Con ese contrato firmado por las dos familias, los recién casados quedaban sujetos al futuro de aquella casa, una herencia no libre de cargas que habrían de defender y mejorar para transmitirla indivisa a uno de sus descendientes, y así por siempre. Como parte del compromiso la sepultura, en la tercera fila de la Iglesia de San Juan de Molinar, que salvaguardaba los orígenes, las raíces ancestrales de los Allende para la perpetuidad. Esa tierra pertenecía al linaje como las piedras del hogar, con la misma exigencia y generosidad.

Murieron demasiado jóvenes, apenas con tiempo para criar a cuatro hijos que no alcanzaban la edad adulta. En estos recavó entonces la obligación tomada por sus padres al casarse. Debían defender la propiedad para seguir perteneciendo, siendo, participando de un nombre, una raíz, un lugar. No hubo dudas en sus mentes, ni remilgos o excusas para zafarse de la ley de la costumbre. Santiago de Garay actuó como su tutor, curador y legitimo administrador, y Lázaro de Urtusaustegui se convirtió, de la noche a la mañana, en el fiador que necesitaban. Impusieron contra sus personas, cuatro niños, la solicitud a la Capellanía de Hurtado de Ibarguen de un censo de 50 ducados de principal. Para recibirlo hubieron de hipotecar su casa, el terreno que alcanza hasta donde empieza el de Ignacio de Gondra, las tres heredades dedicadas a la siembra del trigo, con sus frutales, y una ladera hacia Padura. Pero no quedaban ahí sus propiedades, también se incluyó en aquel censo otra parcela en Larragorria, otra más en la Llana de Zubiete, un castañar en Mondoño, otro castañar en Zubiete que llamaban Cogucha, un tercero próximo a la casa de Arechederra y otro más que lindaba con los hermanos Villanueva. Y por si esto fuera poco, don Lázaro de Urtusaustegui, en calidad de fiador, debió hipotecar su casa del Ribero.

Antonio de Allende y Villamonte asumió las cargas y los privilegios. Heredó lo que por derecho y obligación le pertenecía, administró con ojo cauto los bienes recibidos, casó y otorgó dote a sus hermanas, proporcionó estudios a su hermano, y siguió cumpliendo, hasta la fecha, los plazos de una deuda interminable. En 1734, un año después de nacer Manuela, añadió un censo más a aquella escritura. En esa ocasión las razones las halló en la reconstrucción de una antigua fragua, para convertirla en accesoria de importante compostura al frente de la casa principal. Y ahora, en 1766, la crisis ahogaba las economías más resistentes y Antonio barajaba la posibilidad de solicitar un nuevo préstamo que liberara de ahogo la maltrecha situación de su hogar.

Manuela recorría la calzada real con el paso apresurado. Tenía ganas de llegar a la casa de Zubiete, revisar el emparrado, respirar el olor del hogar de siempre, escuchar la voz ronca de su padre, y reconocerse en aquel espacio que seguía siendo propio, único, pese a los años vividos en Isasi.

—Buenas tardes, padre, ¿cómo se encuentra? Siento haber tardado tantos días en visitarles, he estado muy ocupada con la huerta —mintió—. El tiempo de siembra es exigente, lo conoce bien, no puede dejarse para más tarde. ¿Qué me cuenta de las vides?, ¿cómo están? ¿Darán buen *txakoli*?

—Hija, dime algo, ¿esa Teresa no sabe nada de siembra?, se te ha echado de menos por esta casa en las últimas semanas, ya pensaba subir yo a Isasi a saber de ti. Tus hermanas en eso andan, en la huerta. Pero ven, siéntate aquí y cuéntame, ¿qué hace don Manuel?, a él tampoco se le ve mucho últimamente.

—Está muy ocupado, siempre de viaje, o a la villa de Bilbao o a las aduanas, cuando a Orduña cuando a Balmaseda. Y el día que no sale, que es cosa rara, vienen gentes del Señorío a entrevistarse con él a la casa. Deben ser cosas de política, algo del comercio con Castilla, creo, pero no me haga mucho caso.

—Las cosas no están bien, Manuela, nada bien. Acabaron las revueltas, pero la situación parece cada día más crítica. Dios sabe hasta dónde podemos aguantar.

—Y en casa, ¿cómo están aquí?

—Difíciles. Los últimos pesos que envió tu hermano de las Indias han alcanzado para poco, son muchas las necesidades. Y lo peor es que las dos mulas están que se nos mueren de viejas. Mejor sería matarlas de una vez, porque sufro cada día al verlas arrastrándose sin fuerzas. Sólo pienso en cómo nos las vamos a arreglar para bajar los granos de uva en otoño, porque esas dos no van a llegar tan lejos. He tenido muchos animales a mi cargo y ninguno me ha durado menos. El pobre Gerardo ya me lo anunciaba, *amo estas mulas se hacen viejas antes que nosotros*. Pobre hombre, y él se fue el primero.

—Quizá podíamos pedir las suyas a don Lope para los días que dure la vendimia. Seguro que no pone impedimento.

—Bastante debemos ya a ese hombre, Manuela, no es buena cosa estirar tanto la cuerda. Ya me las arreglaré, compraré al menos una, aunque tenga que pedir un nuevo censo.

Ella no supo qué decir. El ceño de Antonio se había fruncido ensombreciéndole la mirada. Permanecieron callados largo rato hasta que se decidió a preguntar:

—¿A cuánto asciende la deuda?

—¿Qué deuda?

—La deuda que hay sobre la casa y sus pertenecidos.

—Son varios censos que vienen de muy lejos, desde tiempos de mis padres. Pero eso no debe preocuparte, siempre lo hemos hecho así y al final, no me preguntes cómo, todos acabamos pagando. No hay otra forma, debemos mantener la propiedad tal cual la recibimos, al igual que hacen nuestros vecinos con las suyas. Hay que seguir adelante, Manuela, aunque para eso haya que endeudarse una y otra vez.

Ninguno de los dos continuó la conversación por aquellos derroteros, en su lugar hablaron de cosas más amables como el vino y la cosecha, temas que a Antonio le relajaban el gesto y a ella le parecía cubrían sin tapar una preocupación que empezaba a ser constante.

Francisca se unió rato después. Estuvo un rato participando de la conversación antes de continuar su camino hacia la iglesia, donde cada tarde se entregaba al rezo. Josefa sin embargo no salió de casa. Tuvo que ser su hermana pequeña quien entrara para entablar una breve charla que le supo a rancio, a algo tan viejo como el barníz descascarillado de las vasijas que se calentaban al fuego. Josefa se había convertido

en una mujer huraña y resentida, los años le habían ajado el rostro y vuelto el gesto taciturno y oscuro. Apenas hablaba con las vecinas, pretería evitar cualquier visita, pareciendo incómoda ante el buen humor de los demás.

Para ella, Joseph dejó de pertenecer a la familia el día que se casó con Narcisa. Nunca le perdonó. Antonio visitaba a su hijo, nuera y nietos cada día, y Francisca y Manuela eran hermanas y tías. Incluso *ama* se reconcilió con su primogénito y acunó en su regazo a los nietos que en vida conoció. Pero en cuanto María de Ayerdi falleció, Josefa cerró la casa de los Allende de Zubiete para siempre a aquel hermano mayor *desagradecido e irresponsable*. A Manuela le entristecía esa mujer que en poco o nada se parecía a la compañera de juegos, guía y protectora de su infancia. Apenas tardó en volver a bajar las escaleras que la sacaron de nuevo a la calle. Antonio continuaba sentado en la misma piedra junto a la fachada. Se despidieron hasta el día siguiente y avanzó a Irazagorria, aún tenía pendiente otra visita.

Juana estaba sentada en el portal, con la prole de hijos a su alrededor correteando ruidosos. Se la veía tranquila bajo la luz de la tarde, con algo de costura entre las manos. La pequeña Petra la reconoció en la distancia y echó a correr en su dirección, cuando se encontraron descubrió que la niña sólo llevaba una camisa demasiado grande y ajada cubriéndole el cuerpo. La aupó, la besó y la llevó el resto del trayecto en brazos. Tenía cuatro años y las costillas le abultaban el pecho en una hilera de tablillas finas y arqueadas. Nunca fue una niña rolliza, pero la encontró demasiado delgada. Se fijó en los demás, y todos parecían más flacos, menos robustos. En las manos de Juana se perdía una tela oscura y vieja que se empeñaba en repasar una y otra vez. Manuela buscó entre los hilos del delantal de ésta alguna cosa que coser y se sentó junto a ella.

—Juana, ¿no está demasiado flaca la niña?

—¿Qué niña?, ¿Petra?

—Sí, Petra, y quizá también los demás.

—No sé qué decirte, hago lo que puedo, estiro lo que tengo hasta que ya no tengo más. Matías ya no viene a casa más que a dormir, dice que no puede verles tan flacos y pálidos. Se parte el lomo a diario y nada alcanza. El cereal es un lujo y los animales hay que venderlos para pagar censos y diezmos. Te juro que araño la tierra cada día, trato de sacar de ella lo poco que queda, pero es casi imposible alimentar a tantos hijos en estos tiempos.

—¿Dónde están los mayores, que no los veo?

—Dónde crees, en el monte. Se han levantado esta mañana dispuestos a cazar alguna ardilla o lo que les salga al camino. Las chicas han ido con ellos para ver si encuentran setas, lo importante es que unos u otros traigan algo hoy. No es que no haga puchero a diario, es que no es suficiente, están creciendo y necesitan otros alimentos más consistentes que las sopas que yo les puedo hacer con lo que saco de la

huerta. Y cuando Matías trae algún animal lo estiro tanto que nunca se sacian.

—Parece que es general, Juana, que las cosas están mal para todos. Padre me acaba de decir que quizá tenga que pedir otro censo para poder sacar el *txakoli* de la montaña. Las mulas no van a durar tanto.

—La casa de mi padre tampoco se mantiene. Vino ayer mi hermano Iñigo a preguntarme si yo sabía algo sobre los negocios que se trae Txomin.

—¿Y eso?

—Van a tener que vender las deudas acumuladas sobre la casa a alguien que quiera comprarlas. Ya no se pueden pedir más censos porque no hay fiador que corra con eso y, según dicen, La Torre anda comprando hipotecas y deudas entre aquellos que están más ahogados. Tú sabrás de eso —predijo.

—Está de viaje. Pero… no tenía idea de…

Manuela enmudeció. No sabía qué pensar de aquello que acababa de escuchar a Juana, los propietarios necesitaban que alguien los apoyara, *cualquier cosa antes que perder la propiedad*, había dicho su padre.

—Y ¿dónde dices que está? Iñigo pensaba subir a Isasi esta misma tarde.

—Pues se va a encontrar con la puerta cerrada. Allí no ha quedado nadie, hasta el marido de la Arza ha tomado camino a su casa esta mañana bien temprano, después de que Txomin saliera al trote en su caballo. Según me dijo, piensa demorarse en regresar al menos un par de semanas, si no más. Así que tu hermano tendrá que esperar.

—Manuela, ¿crees que habrá venido con tanto dinero como dicen?

—¿Quién?

—Quién va a ser, La Torre. Dicen que anda por ahí acompañado de algunos comerciantes de Bilbao, de esos que exportan el hierro de las minas, y que parece interesado en más de una propiedad del valle, de las que ya no se pueden sostener solas. Todo el mundo comenta de ello.

—No sé de lo que hablas, pero me puedo imaginar que más de la mitad de lo que oyes es mentira, que en este pueblo hay mucha envidia y en cuanto ven a alguien que no va por el mismo sendero que el resto, se tiran todos a por él como alimañas.

—Sí, puede que haya bastante de eso, pero cuando el río suena agua lleva. Con quien más se le ve parece que es con uno de Sopuerta, creo, un tal De las Casas, que tiene mano en la prisión de Avellaneda.

—Ese hombre estuvo un día en casa con don Manuel, y hablaron de los asaltantes de caminos. Y la verdad, no me pareció una persona muy destacada.

—¿Y qué tiene que ver Txomin con los asaltantes de caminos?

—No lo sé, Juana, yo no sé nada, ya te lo he dicho, pero si dices que anda por ahí comprando deudas, a lo mejor porta muchos caudales con él y quiere sentirse seguro. No es algo que yo conozca.

La conversación sobre los asuntos de Txomin se alargó durante bastante tiempo, incomodando a Manuela hasta un punto insospechado para su amiga. Había llegado decidida a compartir con ella el romance que llevaba escrito en la sonrisa de su cara, pero no encontraba la ocasión, la conversación no salía de los comentarios, rumores y testimonios, según Juana, más que fiables, que se escuchaban en todas las cocinas del pueblo. Finalmente Manuela le cortó.

—Estás hablando del que será mi marido.

Esta vez consiguió que perdiera la voz. La miró a conciencia y sólo entonces comprendió, interpretó aquella sonrisa ancha y clara, los ojos más verdes que nunca rodeados por la luz de una piel más joven, resplandeciente. Manuela vio la oportunidad y la aprovechó.

—Me ha prometido matrimonio, Juana. Todavía no ha hablado con mi padre, no le ha dicho nada, porque hoy he estado allí y ni ha sacado el tema, así que nada ha de saber aún. Yo tampoco le he querido decir, porque es mejor que inicien ellos el acuerdo. Josefa tampoco sabe nada, me lo hubiera echado en cara, conociendo el genio que gasta. Me siento tan feliz. Ha regresado de la Nueva España y ahora está aquí, después de todo, de tanto tiempo, ha vuelto y quiere que nos casemos.

Manuela no podía dejar de hablar. Todas las palabras que se había guardado hasta entonces salieron a borbotones por aquella boca desatada, ansiosa de decir, de contar, de pronosticar y aventurar el futuro más prometedor que podía imaginar. Juana la escuchaba complacida, y esperó a que se vaciara, a que lanzara todas las alabanzas, para intervenir.

—¿Qué crees que le pedirá a tu padre?

—No lo sé, una dote adecuada, supongo. Pero qué problema puede haber, mis dos hermanas ya no se casan, y Joseph está al margen de todo esto, bastante tiene él con sacar adelante a los suyos.

—Ten cuidado, que Txomin siempre fue muy ambicioso, y si dicen que ha regresado con tan grande caudal no va a conformarse con un contrato poco ventajoso.

—No va a cambiar de parecer. Lo que sí puede ser un problema, y eso él no lo ha pensado, es el Tribunal Eclesiástico de Esponsales. Temo que no admitan nuestra consanguinidad.

—Eso no debe preocuparte, ese tipo de cosas tienen arreglo.

—¿A qué te refieres?

—Un donativo generoso, mujer, o cocinar para don Pedro por los siglos de los siglos. Tus guisos pueden casar a hermanos gemelos.

Las dos rieron la claridad con que había resuelto Juana el problema. La Iglesia dejaba de ser un impedimento si había de por medio buenos reales. Eso era tan cierto como que al presbítero de Molinar Manuela le tenía ganada la partida con sus pucheros. Los hijos mayores regresaron de la montaña con algunos pajaritos

envueltos en el delantal de una de las muchachas, y una cesta llena de nísperos sobre la que se lanzaron los más pequeños celebrando la recolecta. Manuela los dejó todavía en la calle, planeando el convite.

Joseph Bernardo de Abasolo y Arechavala salía de la escuela de Unza a una hora todavía temprana. Mientras los demás niños permanecían sentados esperando la señal con la que el maestro daba por concluida la lección, Bernardo se alejaba silencioso del valle, con su paso ligero avanzando por el sendero que ascendía al monte, repasando mentalmente lo que había escuchado ese día. Cuando su vista alcanzaba la imagen de la ermita, echaba a correr hacia el oeste, monte a través, hasta encontrarse con el rebaño que esa misma mañana había dejado pastando en alguno de los terrenos comunales que compartía con el resto de vecinos. Reunía las ovejas y las llevaba hasta el refugio donde se cobijaban de las oscuridades acechantes de la noche. Los lobos andaban cerca y dejar una fuera significaba perderla. Sobre todo en primavera, con los corderos tentando a las fieras. Una vez guarecidas y atendidas, continuaba el camino de regreso a casa todavía de día.

Llegaba cansado, taciturno, sin una sonrisa en la cara. Su madre lo esperaba con una sopa de pan o un puchero de castañas, según la temporada, a veces había queso y otras nueces o manzanas asadas. Ávido, se lanzaba sobre la comida dispuesto a saciar el hambre acumulada durante el día. Era igual que su padre, digno de su nombre y casa. El parecido físico impresionaba, muchos decían que aquel niño había nacido con el medio siglo del progenitor en la mirada. No se sorprendía por nada, ni se inquietaba, no sabía jugar, y las risas eran tan contadas que a su madre se le había olvidado cómo sonreía aquella cara. Tampoco recordaba una expresión alegre en la de su marido desde la que le dedicó el primer día de matrimonio, cuando sus ojos se sonrieron al verla llegar con la carga de la dote. Ilusa y feliz, entonces creyó que lograría dulcificarlo.

Ana María nunca se acostumbró a la vida solitaria en la alta montaña, lejos del bullicio de la hospedería de los Arechavala. Echaba de menos Molinar, el carcajeo fácil de sus hermanas, los sermones fingidos de su madre, y a las otras mozas enfilando con sus herradas la salida de la fuente de Ibarra. No había olvidado los años de juventud vividos en el valle, aunque pronto serían más los que habían transcurrido desde que se instaló en la casa de los Abasolo, en Otaola.

Aquí había parido tantas veces que a menudo se hacía la ilusión de perder la cuenta y no saber cuántos hijos eran los que le habían arrancado de las entrañas. Se volcaba en ellos desde que los sentía dentro y después de nacidos, si vivían, se convertían en su guía y la justificación de su vida. Sin ellos no era, no sentía, no estaba. Así ocurría cuando la puerta de la alcoba se cerraba y él caía sobre su maltrecho cuerpo, encogiéndola, apretándola, sacudiéndola hasta que se saciaba. La dejaba envuelta en aquel olor a resina que tanto aborrecía, la esencia de la madera mezclada con su sudor y su rabia. Sigilosa, se levantaba y aprovechaba el agua que había dejado a propósito por la mañana para mojarse entre las piernas y sentir un

estremecimiento allí donde le escocía el alma.

Una de aquellas tardes de primavera, el joven Nardo, como lo llamaban en casa, dejó de sorber la sopa caliente, apartó el plato en la mesa, miró a su madre y le anunció que al día siguiente comenzaría a trabajar en la construcción de la nueva iglesia de Santa María a las órdenes de un tal Aldama.

—No podré atender el rebaño, madre, deberá mandar a alguna de mis hermanas.

La sorpresa fue mayúscula. Ana María trató de mantener la calma, quiso tomar aquello como una ocurrencia infantil, sin otorgarle mayor importancia, pero sabía que la determinación de su hijo, con tan solo nueve años, no dejaba lugar a la duda. Quiso conocer las razones que tenía para querer trabajar fuera de casa y ver como disuadirle en su idea.

—¿Te falta algo, hijo? ¿Hay algo que necesites en la escuela?

—No, madre.

—Entonces, ¿por qué quieres trabajar?, y ¿quién es ese Aldama? ¿Le conoce tu padre? ¿Sabe él algo de esto?

—No, no sabe nada.

—Lo imaginaba. ¿Y la escuela?

—Seguiré yendo cada mañana, no se preocupe, continuaré aprendiendo, lo que no podré es recoger las ovejas porque voy a regresar más tarde, eso se lo tendrá que mandar hacer a ellas, aunque Catalina es mayor creo que Prudencia tiene más maña.

Quizá lo más sorprendente de aquella charla era la calma, la seguridad y el sosiego con que Nardo había resuelto todo el problema de las ovejas. Lo demás era cosa suya, así lo dejaba entrever el tono de su voz.

—Vamos a ver, que me parece que no te entiendo. Dices que vas a trabajar después de la escuela y, ¿cuándo piensas comer, hijo?

—Tendré que llevarme algo de comida, eso sí, madre, cualquier cosa que usted tenga a bien prepararme.

—Por Dios, Nardo, si aún eres muy joven. Espera que llegue tu padre y hablas con él de esto.

—No, es mejor que no se entere de momento.

—Eso ni lo sueñes, esta misma noche se lo hago saber. No quiero que luego caigan sobre mí todas las desgracias de esta casa.

—Pero se enfurecerá, y no voy a cambiar de opinión. Ya me he comprometido con Aldama.

—¿Y se puede saber qué trabajo vas a hacer con ese señor? ¿Ya sabes lo que te va a pagar?

—Me va a enseñar a hacer paredes, a elegir las piedras, atarlas y colocarlas.

—Ah no, hijo, no te he criado para que con los huesos a medio hacer te pongas a arrastrar piedras como un mulo. Vamos, sólo me faltaba eso, que te me quedes lisiado

de por vida.

—Madre, no me deja terminar. No voy a arrastrar nada. Yo sólo voy a trabajar de ayudante del señor Aldama. El necesita alguien que se mueva por la obra y las ruinas de la antigua iglesia, que localice las piedras que mejor le convengan, que lleve el agua y atienda a los bueyes. Es un trabajo fácil, y además de aprender voy a poder sacar unos reales.

La mirada de Ana María se detuvo a escudriñar la figura que se desdibujaba detrás de su hijo. A la espalda de éste, apoyado en la pared, escondido en la penumbra, escuchaba su marido, que al saberse descubierto salió de la oscuridad interrumpiendo la conversación.

—¿Y cuántos reales te pagará?

Nardo se giró con brusquedad y a punto estuvo de derramar con el brazo los restos de comida que se enfriaban sobre la mesa. La voz de su padre sonó como un cuchillo afilado a su espalda.

—Padre, no sabía que estaba usted ahí —dijo, con un leve tartamudeo.

—Contesta, ¿cuántos reales?

—Medio real por semana.

—Eso es una miseria, ¿lo sabes?

—Es lo que ganan otros muchachos.

—¿Y no vas a dejar la escuela?

—No, eso ya está apalabrado, la escuela no la dejo. Iré a la obra después.

—¿Y cuándo pensabas contarme tus planes, hijo?

A Nardo aquella voz tan suave acercándose despacio lo despistó, llenándolo de desconfianza. Miró a su madre con los ojos envueltos en miedo, temeroso de la represalia. Ana María intervino sin pensarlo, queriendo evitar un impulso desproporcionado en el hombre que se mantenía rígido en mitad de la estancia.

—Te lo pensábamos contar esta misma noche, Bernardo. No iba a ir sin tu consentimiento. Es más, yo creo que no debe empezar a trabajar sin que hables con ese señor, ese tal Aldama. No quiero que nadie se aproveche de nuestro hijo.

—¿Y quieres que piensen que no tenemos con qué alimentarlo y por eso lo mandamos a trabajar a la obra? ¿Es que no hay tierras en esta casa para labrar y ganado que atender? Si quiere trabajar que se venga conmigo al monte mañana, ¡antes del amanecer puedo empezar a enseñarle lo que cuesta ganar los reales de que habla!

—Por favor, Bernardo, no levantes la voz que vas a despertar al pequeño.

Pero ya era tarde, Antonio Benito, que no alcanzaba el año de edad y hasta ese momento había dormido plácidamente en un canasto junto a la lumbre del hogar, se revolvía lloriqueando. Ana María se agachó para recogerlo y acallarlo mientras ahuyentaba con gestos y susurros al resto de sus hijas para que salieran de la cocina.

Agradeció para sí que no estuviera allí ninguna de las mujeres de la familia de su marido. Nardo había sido listo, había sabido sacar el puntilloso tema del trabajo cuando creía que estaban solos. Una sonrisa se le dibujó en el corazón al pensarlo, al fin y al cabo, en la que más confianza seguía depositando era en ella. Ante el temor de que su marido cumpliera la promesa y se lo llevara al monte para convertirlo en alguien como él, sacó fuerzas y continuó hablando con la voz más firme y tranquila de que fue capaz.

—Bernardo, yo no quiero que trabaje, que se deslome por unos míseros reales, no le he criado para que con nueve años salga de casa a ganarse el pan, pero si eso es lo que quiere que lo haga, otros muchos como él se afanan en las obras de la iglesia. Lo único que le pido es que no deje la escuela, ni este año ni ninguno hasta que aprenda todo lo que le puedan enseñar aquí, y después, si es listo y sabe aprovechar lo que tiene y lo que gane, en donde sea lugar. Que al menos uno de nuestros hijos aprenda a vivir de otro modo, y por qué no él si tiene voluntad. Mañana bajas a Oquendo y hablas con ese Aldama, indagas y preguntas, te enteras de lo que te tengas que enterar, y a partir de ahí, cada quien a sus asuntos. Las hijas podrán recoger las ovejas, o yo misma si es necesario.

Bernardo no abrió la boca, la observaba pasmado, era la primera vez que la voz de su mujer se imponía a la de él. Ana María se quedó esperando, temerosa, sin saber cuándo estallaría, mientras Nardo, incrédulo, miraba a su madre con la sorpresa en la cara. En ese momento entró la abuela en la cocina. Había escuchado toda la conversación. Minutos antes, alertada por los gritos de su hijo subió las escaleras y se quedó en un recodo bajo la ventana hasta descubrir qué pasaba. No lo dudó, miró a Bernardo y le advirtió: *tu mujer tiene razón. Mañana vas a Oquendo a hablar con ese señor*. El hombre salió de allí con el rostro contrariado, bufando como un animal atado; en dos pasos llegó a la calle y se lanzó a la nocturnidad de la montaña. Ana María retuvo las lágrimas que trataban de salir y, meciendo al pequeño Benito que volvía a dormirse en su regazo, sonrió al hijo que la miraba aturdido, orgulloso y feliz.

Asensio Aldama Eguia sujetaba con fuerza las cuerdas sobre los cantos de una piedra. Era una pieza clave para el ascenso seguro de la pared sur de la iglesia. Los bueyes esperaban pacientes el golpe que indicara sobre su lomo la orden de avanzar. Deslizar las sogas bajo el peso de las rocas no era una tarea sencilla. Había que atar, ajustar y asegurar cada bloque por varios extremos con cuerda y hierro, y después obligar a los animales a marchar despacio, arrastrando la roca desde Unza hasta la pared sur del nuevo templo. Era un trabajo fatigoso que, con la colaboración de varios hombres, Asensio dirigía con seguridad y experiencia.

Le gustaba contemplar el muro, las paredes anchas y angulosas de la nueva

iglesia. Calibraba el espesor, la dimensión de la próxima piedra, elegía la que consideraba más apropiada, a veces hasta dos, y no le temblaba el pulso cuando debía cambiar de opción y volver atrás después de haber tomado una decisión. Se sentía contento, orgulloso de estar entre todos aquellos hombres, añadiendo algo de fuerza y trabajo a la construcción del templo.

La primavera estaba tocando a su fin en el valle de Oquendo. Hacía ya varias semanas que la actividad había vuelto al pueblo. Durante los fríos meses del invierno tuvieron que abandonar las obras; el lodo acumulado, la incesante lluvia y las constantes nevadas imposibilitaban cualquier avance. Por el contrario, eran buenos meses para las fraguas de las ferrerías. El sonido de sus martillos y del agua del río salvando los saltos de las presas se mezclaba con el de los aldeanos y animales que cargaban mineral en una y otra dirección, de la montaña al valle y de éste al puerto de Bilbao. En estas casas, al calor incesante de sus hornos, los hombres se ennegrecían quemando carbón hasta lograr barras de grueso hierro. El mineral, desde que salía de las tripas de la montaña hasta que alcanzaba su forma final en hornos de última generación en las ciudades del norte de Europa, lo tocaban, lo trabajaban y lo bendecían las manos de hombres cansados, con la piel teñida y el cuerpo exhausto. Las ferrerías, las herrerías y otros fuegos, surtían, asimismo, de clavos, puntas y herramientas a los maestros artesanos, que trabajaban a destajo en la construcción de la nueva parroquia de Santa María.

El primer día que el joven Bernardo se puso a las órdenes de Asensio Aldama supo de la visita temprana de su padre a la obra.

—Un hombre interesante. Nunca antes le había visto por aquí —le anunció.

—Es que no baja mucho al pueblo, señor fue todo lo que alcanzó a explicar Nardo, que se quedó esperando el resultado de aquel encuentro con los puños apretados y el ceño fruncido.

—Hemos llegado a un acuerdo. El primer día que faltes a la escuela se acabó tu trabajo, ¿lo has entendido bien? No hay trabajo sin escuela.

Los músculos se le aflojaron un poco, volviendo a su estado natural, tensos sin apretarle demasiado. Allí y entonces comenzó un nuevo tiempo en el que el joven Abasolo se sintió más vivo y feliz de lo que había sido nunca. Aprendía en la escuela y en la obra con el mismo empeño y rapidez. Era avispado y tenaz, y a su patrón le gustaba el interés que mostraba por el trabajo. Se tomaron confianza enseguida, y a los pocos días Asensio ya conocía las ocultas razones que movían a aquel taciturno muchacho a trabajar sin descanso: soñaba con la Nueva España, ese era su anhelo y su destino, tal y como le confesó en secreto.

Asensio no perdía la ocasión de añadir algún dato nuevo al escaso conocimiento que Nardo poseía acerca de la lejana tierra de Indias. Disfrutaba viendo acrecentarse su deseo con cada nuevo detalle, haciéndose firme a cada real que ganaba. Sus padres

nada sabían de las intenciones del hijo, y no estaba en él desvelar un secreto como ese. Muy al contrario, se convirtió en guía y confidente de su pupilo, patrón, maestro y amigo.

Asensio Aldama Eguia era un hombre avejentado, fortachón, a quien le gustaba la conversación y, a menudo, el vino. Presumía de buena charla y de haber sido el mejor en el juego de pelota. Siempre había vivido en la montaña alta de San Román, y aunque estaba casado, su matrimonio no le había traído los hijos que tanto ansiaba. Ahora ya, con más de cincuenta años arañándole la espalda, no sabía si el no tenerlos era cosa de alegrarse, viendo las penurias que pasaban las familias vecinas. Vivía en una casa que había construido con sus propias manos, aledaña a la troncal de los Aldama. Había trabajado aquí y allá, siempre por los montes, haciendo carbón con Cosme Ulibarri, su amigo del alma, y forjando hierro en Mayorga. Sabía hacer barquilleras, fuelles para los fuegos más extensos, pero lo que más le gustaba era la construcción de algo nuevo. Las obras del templo de Santa María eran el colofón a su desmesurado anhelo por levantar paredes, tabiques y fachadas.

Conocía de las vicisitudes de otros vecinos por aquellas tierras de la Colonia gracias a las noticias que llegaban de los hijos que Ignacio Aldama, su difunto padre, había tenido con su segunda mujer. Dos de ellos hacían fortuna en la Nueva España, y daban fe de ello los caudales y las noticias que llegaban por San Román. Lo último fue un plato de plata para la parroquia de San Nicolás de Bari, en Zaldu, donde yacían los restos del viejo. Lo había traído uno de Gordejuela, un tal Txomin de la Torre, uno de los pocos que había regresado de aquellas tierras. Aunque no habló con él, le pudo observar de lejos, y después su hermano Juan le puso al corriente de su historia. *Un hombre extraño*, recordó que había pensado.

Txomin regresó de su viaje a Santander semanas más tarde. Lo hizo de noche y arreando un carro. Nadie lo supo hasta el día siguiente, cuando el humo de la chimenea de la casa del alto de Isasi alertó a Manuela. Desde ese momento esperó impaciente un nuevo encuentro. La mañana transcurrió sin sobresaltos, pero las horas se le empezaron a hacer demasiado largas cuando la tarde perdía sus primeras luces, y quiso enviar a Zurrape a indagar el misterio de tanto silencio.

—Voy a pedirte que te acerques a la casa de Isasi a ver quién ronda por esos parajes. Durante todo el día hay fuego en aquel hogar y, por lo que yo sé, su señor se encuentra de viaje.

—No, ya no. Llegó anoche, muy tarde.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Porque esta mañana me he cruzado con él. Iba con prisa. Al parecer tenía asuntos que atender en Oquendo. El fuego debe haber sido cosa de su criado, porque ha pasado poco después con un bulto al hombro y muy sonriente. Ese José de Anieto,

cualquier cosa con tal de alejarse de las Arza, dicen que le tienen a palo limpio todo el día.

—¡Qué cosas se te ocurren, Zurrape! Y dime, ¿te ha dicho algo más La Torre?

—No, Manuela, qué iba a decirme. De refilón me ha saludado. El que me ha dicho que su señor había ido a arreglar unos asuntos a Oquendo ha sido el criado.

Durante su ausencia, Txomin había recorrido el camino real de Reinosa. La actividad comercial del puerto cántabro se había incrementado un año atrás gracias al enfrentamiento que vivían el Señorío de Vizcaya y la monarquía de España.

Los vizcaínos, a través de su Consulado, luchaban por mantener las aduanas en los puertos interiores, en las villas de Orduña y Balmaseda. Tierra adentro los productos se tasaban con aranceles castellanos al cruzar la frontera. El trasiego de sal, tabaco, cacao y especias había enriquecido a una importante clase social, la de los comerciantes, que no estaban dispuestos a perder los privilegios proteccionistas que les otorgaba el Fuero.

La Corona española trató durante años de acabar con esta situación, pero la vieja Ley Foral superó con creces todas las pruebas a las que fue sometida y el Señorío continuó comportándose como una bisagra en el paso y precio de los productos que llegaban por mar. En represalia, la monarquía prohibió a Vizcaya cualquier comercio con sus colonias de ultramar, reduciendo sus negocios al hierro, que en enormes cantidades se enviaba a los países fríos de la vieja Europa.

Las razones que llevaron a Txomin a Santander no tenían tanto que ver con el comercio como con la recepción de una cuantiosa cantidad de dinero procedente de la Nueva España. Un par de meses antes a su repentino viaje a la villa cántabra le habían mandado recado de la presencia en Cádiz de un importante envío a su nombre. Varios vizcaínos afincados en el puerto del sur continuaban ejerciendo de mensajeros de noticias y caudales hacia las tierras del Señorío. Los puertos españoles se habían abierto al comercio con Ultramar, sin embargo, el comercio con la Nueva España continuaba siendo exclusivo de Cádiz. Ningún barco procedente o con destino a Veracruz arribaba su casco a otro puerto que no fuera el gaditano.

Allí llegaron los últimos pesos fuertes que La Torre recibiría de su paso por la tierra de las oportunidades. Definitivamente, sus negocios se habían cerrado en el Nuevo Mundo. Así se lo hacía saber Ignacio de Aldama en una extensa carta en la que le explicaba la crítica situación política que se estaba viviendo en la Nueva España.

Impuestos, control y poder han pasado de la noche a la mañana a manos de los emisarios de la Corona, apartándonos a un lado sin la menor contemplación. Nuestras opiniones, decisiones y votos ya no sirven, no son buenos para los

españoles de la Península. Evitan que tomemos parte, y nos han convertido en los enemigos del rey.

Sus reformadores, amparados en el ejército, sólo se mueven por la recaudación. Han incrementado la producción de las minas, de las plantaciones y del ganado, absolutamente de todo. Y también han aumentado los impuestos, cobrando unas tasas muy por encima de las reales. El pueblo se siente desbordado y nosotros, que una vez tuvimos gobierno, relegados a un segundo plano frente a los uniformes militares y las órdenes que desde la lejana Corle se nos imponen.

El Consulado de Comerciantes está en peligro y se sabe que el último visitador enviado por la Corona trata de dividir el virreinato en Intendencias, al modo de la Península, todo su objetivo es implantar nuevos gobiernos dirigidos por funcionarios del rey, personas que no conocen ni sienten esta tierra como los que la hemos luchado y engrandecido con esfuerzo y trabajo.

La Corona pide más y más, y los criollos ya no quieren seguir dando su sangre y la de esta tierra para engrandecer a la vieja España. Las dos son hermanas y han de ir de la mano, no subordinada ésta, la americana, a los caprichos de un monarca lejano e injusto. Ahora entenderás porqué la decisión de vender tus últimas posesiones, ante la incertidumbre de que puedan producirte aquí más beneficio que en nuestra querida patria, donde espero hayas encontrado en buena salud a padres y hermanos…

Regresó de Santander con un buen caudal con el que agrandar sus miras de futuro. Al día siguiente cabalgó hacia el valle de Oquendo demorándose en los caminos, reconociendo las veredas y saludando a aldeanos y arrieros. Visitó a algunos conocidos en sus casas y huertas, almorzó en una taberna que regentaba una muchacha desproporcionada en tamaño y palabras, y alcanzó la construcción de la nueva iglesia después del mediodía.

Nardo recibía las primeras órdenes de Asensio. Acababa de salir de la escuela, y llegaba comiendo el talo y la cecina que su madre le había preparado. El primero en fijarse en el alto caballo fue el muchacho, que distrajo su atención de las cuerdas para contemplar aquel ejemplar de cuatro patas. El maestro no se percato de la presencia de La Torre hasta que éste estaba va frente a él.

—Busco al cura, ¿sabes dónde podré encontrarlo?

La extrañeza se reflejó en la cara del viejo Asensio, que se llevó una buena sorpresa ante la familiaridad de su interlocutor.

—¿Ha estado ya en la taberna? Es allí donde calientan la sotana los hombres de Dios.

—Si, pero no se hallaba. El caso es que necesitaría dar con él, le traigo encargo de la Nueva España.

Txomin miró hacia adelante, tratando de encontrar a alguien más que pudiera ayudarle. Entonces la voz del joven Abasolo se alzo por encima de la grupa de aquel hermoso caballo.

—Yo sé dónde puede estar. Deje que lo acompañe.

Y miró a su patrón pidiendo un permiso que daba por concedido de antemano.

—¿Y tu quién eres? —quiso saber La Torre.

—Bernardo de Abasolo, para servirle a usted y a mi patrón.

Y así, sin más preámbulos, comenzó a caminar por delante de la excepcional cabalgadura. La Torre agradeció con un gesto a Asensio Aldama el improvisado guía y avanzó despacio tras la pequeña figura que se adentraba ya por el sendero de Jandiola. Desde una curva le señaló el caserío en la montaña donde se encontraba el beneficiario del pueblo, dando consuelo a un moribundo, y regresó corriendo a su trabajo con una sonrisa en la cara y una moneda apretada entre los nudillos de la mano izquierda.

—No he tardado, ¿cierto?

—Cierto.

—Ese hombre dice que ha estado en la Nueva España, y que conoce a los Aldama.

—La Torre, así se llama. Cuentan que ha traído consigo buena fortuna y mucho brío. A saber qué se le ha perdido con el cura de Oquendo. Dios sabe en qué negocios andan esos dos. ¿Le has llevado hasta Jandiola?

—No, sólo hasta donde se ve la casa de Antobe. Luego ha seguido él.

—Bien. Vayamos a lo nuestro ahora. Tenemos que levantar una pared, hijo.

—Sí señor.

Y comenzaron a preparar las cuerdas y ramales que más tarde sujetarían las rocas que hombres de gran envergadura moverían al ritmo lento que les marcaba Asensio. Nardo no preguntó nada más acerca del visitante, pero su rostro y la breve historia de aquel día alimentaron su imaginación durante años, acercándole un poco más a su destino, en la Nueva España.

Txomin terminó su cometido en Oquendo después de entregar al beneficiario los pesos que le enviaban desde México. A media tarde volvió a pisar los mismos senderos que le habían llevado hasta el valle vecino, y casi al final del día, cuando creía que ya alcanzaba la cima de Isasi, sin esperarlo, se encontró con Manuela. Estaba con los brazos en jarras y una expresión cómica en el rostro, a medio camino entre el enfado y la emoción. Se acercó a ella, despacio, risueño, descarado.

—¿Qué cara es esa para recibirme? ¿Acaso no merezco una sonrisa? Pues siendo así, habré de guardarme el presente que traigo para otra que me espere con más ganas,…

El gesto de ella se fue dulcificando poco a poco hasta la risa. Descubrió ante sí a un Txomin de piel tostada, más reluciente que nunca, con traje nuevo y aires de hombre importante. Se había atado el pelo a la nuca, y durante el viaje la barba le había cubierto gran parte del rostro.

—Me gusta más tu risa, Manuela, no te quepa duda.

Saltó del caballo y se puso frente a ella, contemplándola. No la besó ni la acarició, como esperaba que hiciera, en su lugar le anunció una visita más formal y adecuada para otro día. Y volvió a subirse al animal. Desde esa repentina altura le informo con un guiño y una sonrisa ancha: *antes he de resolver algunos asuntos que urgen*. Ella quiso pensar que iba en busca de don Pedro para tratar la dispensa a su consanguinidad, o quizá de su padre para iniciar las conversaciones del contrato matrimonial; él estaba decidido a cortarse al fin el pelo y rasurarse la barba, que le hacía sudar y le irritaba la piel.

Volvieron a encontrarse al día siguiente, pero de nuevo se mostró presuroso e inquieto, y lo mismo ocurrió una y otra vez a lo largo de aquella primera semana de su regreso. Fueron varios los días que transcurrieron sin noticias antes de que llegara finalmente a buscarla. Traía con él una tela envuelta en el brazo. Sin decirle nada la extendió y se la colocó con cuidado sobre los hombros, era un mantón oscuro, con hilos de color verde cruzados en el centro, dibujando algo que no alcanzaba a ver. Era grande, ligero, pesado, precioso, inesperado. Era todo a la vez.

No lograba recordar cómo habían llegado hasta allí. Su alcoba era la que estaba al final del pasillo, y alguien les podía haber visto entrar. Prefirió pensar que no, que nadie rondaba la casa a aquella hora temprana de la tarde. El mantón colgaba a un lado de la cama, a medio camino entre los pies y la almohada. Lo podía tocar con solo estirar el brazo, pero en lugar de eso prefirió cogerlo y acariciarlo, olerlo, jugar con su tacto dejando que le rozara la piel de la cara. Estaba casi desnuda, tan sólo la camisa blanca cubriéndole el pecho. Las piernas escondidas bajo las mantas ocultaban lo que acababa de ocurrir.

La habitación estaba oscura, la ventana cerrada, el silencio envolvía ahora el mismo espacio que poco antes llenaban de jadeos, susurros y risas entrecortadas. Txomin la miraba jugar con el mantón, enredar sus dedos entre flecos, hilos y tela.

—¿Te gusta?

—Cómo no ha de gustarme, es lo más bonito que he visto nunca. Santander será una villa importante, vendiendo telas como ésta para las mujeres.

—Lo será, pero no procede de allí, sino de Madrid.

—Yo creía… ¿no me dijiste que ibas a Santander?

—Sí, pero es un encargo que hice a un amigo que venía de Madrid.

—¿Lo encargaste para mí?

La mirada de Txomin descendió por el cuerpo de Manuela. Un rubor se encendió en las mejillas de ella cuando comprendió que las manos del hombre querían desprenderla de la camisa que la protegía de la desnudez más impúdica.

—No, eso no —alcanzó a decir sin demasiado ímpetu.

El forcejeo duró un instante. Txomin logró subir aquel tejido tosco que la envolvía por encima de sus pechos. Manuela trató de cubrirse, estirando el lino blanco de la camisa sin lograrlo. El mantón cayó al suelo mientras él se abría paso entre sus piernas por segunda vez aquella tarde. Cuando quisieron darse cuenta el día se había perdido por completo tras la montaña. Sigilosa, abrió la puerta de la alcoba y se deslizó por el pasillo con la esperanza de que Teresa se hubiera entretenido en la huerta. Pero no era así, la criada ocupaba sus manos en los pucheros de la cocina.

—¡Manuela!, qué susto me has dado, no te he oído entrar. ¿Dónde andabas? Te he estado buscando, Juan de Villachica ha estado por aquí.

—¿Y qué quería?

—¿Quién?

—Villachica, ¿qué quería?

—Ah, necesitaba una *laia*, o eso creo, no estoy segura. Zurrape ha estado con él en la cuadra, imagino que se la habrá prestado. ¿Dónde te has metido, mujer? Me tenías preocupada.

Manuela no pensaba contestar a esa pregunta. Trató de entretenerla con una conversación sin mucho sentido acerca del guiso que hervía en el fuego, mientras escuchaba a Txomin deslizarse por las escaleras hasta el portal. Se las tendría que arreglar él solo para salir sin que lo viesen. Poco después, desde la ventana abierta de la cocina divisó la sombra de su silueta desaparecer por el sendero del monte. La próxima vez que se vieran tendrían que hablar del contrato y del permiso eclesiástico, se prometió a sí misma. Eso ya no debía tardar.

Nada hacía presagiar que el año acabaría como lo hizo. Las penurias del hambre y la sequía de otro verano se vivieron con resignación, intercalada con momentos de ferviente fe que se manifestaba en rogativas y peregrinajes a las ermitas más alejadas en la montaña. La escasez llevó a muchos caseríos a la desesperación por sobrevivir a arriendos y censos. Un año más, el once de noviembre, fecha de vencimientos en el calendario de esta tierra, se volvió contra muchos propietarios, que ante la imposibilidad de cumplir con los pagos se veían obligados a un nuevo endeudamiento.

Fue éste el motivo que arrastró a Iñigo de la Presa hasta Isasi. Trató de evitarlo mientras tuvo algo a lo que agarrarse, pero la posibilidad de perder la casa paterna, muy próxima a la de los Allende, apenas cien suelos de tierra las distanciaba, le había obligado a pensar en Txomin como un nuevo prestamista. Bernabé de Romarate era quien habitualmente asumía las deudas de sus vecinos cuando éstos no alcanzaban a pagar los censos que tenían concedidos. Siempre se hizo cargo de las casas y heredades, asumiendo el papel de salvador, que finalmente le encaminó a apropiarse de un buen número de heredades en las que seguían viviendo los mismos moradores, pero en calidad de inquilinos y no ya de propietarios.

Iñigo no aceptaba las condiciones que previsiblemente le podrían convertir en arrendado de su propia casa. Pensó en La Torre evitando a Romarate. Después, confiaba que el tiempo y las cosechas pondrían los reales sobre la mesa preservando el hogar de sus ancestros para las generaciones venideras. No tuvo que convencerle, Txomin sabía lo ventajoso del negocio que le proponían. Se hizo cargo de todos los censos y deudas acumuladas durante décadas, y estableció un pago anual que Iñigo, su hijo y hasta su nieto habrían de cumplir a lo largo de más de medio siglo si no querían perder la casa que ahora lograban salvar.

Ese era el negocio al que dedicó sus caudales. Aquí y allá se fue haciendo con deudas de otros, con tierras que se malvendían o casi regalaban por unos pocos reales. De esta forma, su hacienda fue creciendo en unos tiempos que para él sí fueron del todo favorables. Visitaba a Manuela con una asiduidad que marcaba ya las pautas de un noviazgo formal. A menudo ella le exigía el cumplimiento de la palabra dada y él trataba de hacerla entender la demora a la que se ajustaban los asuntos previos a cualquier enlace. Le aseguró haberse entrevistado con don Pedro y que la dispensa a su consanguinidad ya había sido solicitada.

—Es algo que va a tardar, ten en cuenta que se tiene que recurrir a la diócesis de Calahorra. El cura me ha advertido de que allí las cosas van despacio, incluso más que en la diócesis de Valpuesta. Pero nos corresponde la de Calahorra, como a la tierra de Ayala, y no podemos hacer nada salvo aguardar y tener paciencia.

Ella se sentía perdida. Empezaba a vislumbrar lo urgente de una unión en firme,

de un contrato de matrimonio que le asegurara el futuro ahora que pertenecía en cuerpo y alma a aquel hombre. La espera la inquietaba. Del contrato apenas hablaban, Txomin no quiso que supiera en qué circunstancias se estaban dando las negociaciones con Antonio, y nadie le contó a Manuela que su prometido no había aún entablado conversación directa con su padre. En su lugar, envió al presbítero de Molinar y al reverendo Fray Francisco de Garay a la casa de Zubiete para que establecieran la dote que determinaría el contrato matrimonial.

—Hemos de tratar contigo, Antonio, asuntos de importancia para la posición de esta casa.

Cuando Antonio los vio aparecer por la calzada real, avanzando bajo el paso lento de las sotanas que los envolvían, creyó que se dirigían a Arracico, previsiblemente a ultimar algunos asuntos con el escribano real, su sobrino Juan de Ayerdi. Enseguida descubrió su error, comprendiendo que eran su persona y su casa el destino que tomaban. Sintió un nudo en la garganta que sólo se aflojó con un largo trago de *txakoli*, les ofreció asiento y se resignó a escuchar lo que venían a decirle en la mejor de las disposiciones.

No hubo muchas ceremonias, ni grandes saludos. Antonio no sentía especial interés por los hombres de religión y el párroco lo sabía bien. No era necesario fingir un encuentro agradable y duradero. Harían lo que habían venido a hacer y se marcharían en cuanto todo estuviera dicho.

—Existe un hombre de bien interesado en establecer contrato matrimonial con Manuela, la menor de tus hijas, a día de hoy sin haber tomado estado.

Antonio sintió un hormigueo dulce recorriéndole el estómago. Sabía que la pequeña Manuela andaba en tratos con su primo, después de que éste se estableciera en Isasi a su regreso de la Nueva España. Pero quería asegurarse, y esperó a conocer todos los detalles que los clérigos traían con ellos.

—Imagino que ya sabes de quién te hablo, no es otro que Txomin de la Torre. Dios te ha bendecido con una unión así, Antonio, que has de valorar y aceptar como la más apropiada para tu casa y familia. El referido, conociendo la situación poco holgada de la heredad de los Allende, y haciendo alarde de su amplia generosidad, se ha ofrecido a formalizar la relación con tu hija y pide como dote la casa con todos sus pertenecidos. De esta forma quedarás a salvo de deudas e hipotecas que con tanta dificultad te ves obligado a pagar, y Manuela podrá regresar al seno de su hogar, del que siendo tan joven tuvo que salir para ganar unos reales al servido de otra casa y hacienda.

Don Pedro continuó su discurso sobre la grandiosidad del hombre que había puesto sus ojos en la hacienda de los Allende, mientras su acompañante, Fray Francisco, asentía con la cabeza y sorbía tragos pequeños de *txakoli* que iban encendiendo su semblante. Antonio los observaba en silencio sin atreverse a

intervenir. Sólo cuando el presbítero agarró la jarra de vino con ambas manos y sumergió en ella gran parte de su redonda cara, tomó la palabra.

—No puedo olvidar que uno de mis hijos, Domingo Narciso, fue nombrado propietario de esta heredad aún en vida de su madre.

—Pero eso es absurdo, Antonio, Domingo Narciso nunca regresará de la Nueva España. La Torre sabe que donasteis en su persona toda vuestra hacienda, él mismo llevó la carta en la que le pedías a tu hijo el regreso a casa. Entonces no lo hizo y ya no debes esperarlo, hombre de Dios. Asegura Txomin que su hacienda es más grande que las de muchos otros que llegaron allí mismo décadas antes. Su esposa y sus hijos pertenecen a aquel lugar. Debes pensar en los hijos que te acompañan en tu vida, no en aquellos que se alejaron para labrarse su propio futuro.

—No le espero, don Pedro, ya no le espero. No piense usted que soy un hombre iluso hasta ese punto. Pero sí sé que he de tratar este asunto con sumo cuidado, que he de proteger a otras dos hijas que tengo y que aquí viven.

—Y La Torre lo sabe, Antonio. Pero esa es su exigencia para comenzar a establecer los términos del contrato matrimonial, todo debe pasar a sus manos. Piénsalo bien, hombre, toma el tiempo que requiera la cuestión, y ya continuaremos hablando en lo sucesivo. Estos asuntos son lentos, todo el mundo lo sabe.

—Dígame, don Pedro, ¿y de la consanguinidad qué se ha dicho? No olvidemos que son primos.

—Eso está en mis manos, y no será un problema. Si hay acuerdo entre las partes habrá matrimonio.

La conversación había terminado. Una sombra femenina se retiró con sigilo de la ventana de la cocina mientras las dos sotanas regresaban a paso lento a la calzada real. Antonio se quedó solo de nuevo, sentado en la piedra que sobresalía de la fachada de su casa, viendo desaparecer la tarde al otro lado de la montaña.

Faltaban pocos días para que sonaran los *txistus* anunciando una nueva feria de San Andrés. La plaza de Molinar empezaba a vivir las vísperas de unas jornadas animadas y alegres pese a la escasez. Finalizaba noviembre y se abría paso el último mes del año con el regalo de breves y tímidos rayos de un sol lejano. La feria, que inevitablemente se alargaba hasta la Concepción, podía prolongarse durante diez y doce días en los que el bullicio y la vida ociosa se apoderaban de Gordejuela. Molinar era el centro neurálgico de aquella mercadería que, sin saber bien su procedencia, se acumulaba y ofrecía voz en grito a cualquiera que prestase un mínimo de interés. Las parejas de bueyes ocupaban el centro de la plaza, de obligada visita para todo viandante. A un lado, las tejavanas abrían sus puertas a los comerciantes que necesitaban un espacio para ofertar sus productos y, al otro, la hospedería Arechavala también permanecía abierta para deleite de comensales y jugadores de naipes. Las

campanas anunciando las oraciones, el *txistu* abriendo la comitiva y dando la bienvenida a los visitantes, los milagreros y los vendedores de soluciones para todos los males, castradores y hasta pastores mezclaban sus voces desde que abría el día hasta que llegaba la noche y, entonces, con mayor o menor suerte, cada uno buscaba acomodo a sus huesos en lugar seguro.

Este año la mala situación de la economía había logrado atraer, junto a vendedores y visitantes, a un alto número de mendigos y forasteros que se arremolinaban en torno al pórtico de San Juan cada noche, buscando algo de refugio. Normalmente el hospital se hacía cargo de los vagabundos que llegaban al pueblo y, durante una noche, a lo sumo dos, se daba obligado cobijo a aquellos que poblaban los caminos; después desaparecían y no volvían, al menos durante el tiempo que mareaba su propia prudencia. Esta vez el hospital no podía acoger a nadie más. Sus puertas cerradas atesoraban cada noche a varios hombres buscando algo de calor y comida en un refugio antes seguro y ahora incapaz de cubrir una demanda de tales dimensiones.

El Señorío tildaba a los mendigos, mayormente forasteros, de vagos y ociosos, y ordenaba prisión para los que tuvieran edad para las armas y su posterior envío a los regimientos. Pero, por lo general, y salvo medida expresa, no se solían cumplir las órdenes, se les daba cobijo una noche y se les dejaba marchar al pueblo vecino sin otra represalia. Vagabundeaban por los valles buscando dónde pasar las horas más frías y oscuras, y si había suerte y se cruzaba en su camino una sopa caliente o un mendrugo de pan hacían lo imposible por alargar la estancia, nunca más de dos días, que era lo que por misericordia se les concedía.

Pese a todo, las primeras jornadas de feria resultaron muy alegres. El año estaba siendo especialmente duro con la población del valle, y escuchar las notas del *txistu* perderse en el aire disipó por unas horas las necesidades más acuciantes. Hasta que llegó la víspera de la Concepción y la melodía se resquebrajó. El 7 de diciembre de 1766, toda la alegría se desvaneció, desapareció en una cuneta al lado del puente de Oxirando, donde se halló el cuerpo de un hombre con la cabeza abierta, y varias heridas repartidas por piernas y brazos.

Antes de que las autoridades se pusieran en marcha e hicieran acto de presencia en el lugar, el pórtico de la iglesia y el propio hospital se habían quedado vacíos. Nadie se dio cuenta hasta horas después, de que ningún vagabundo, mendigo o maleante transitaba aquel día por los caminos y plazas del valle de Gordejuela.

Costó varias horas poder reconocer al muerto. Las autoridades, alertadas por la milicia, trataron de que los comerciantes se acercaran a identificar, si era el caso, el cadáver. Hasta que la impresión se la llevó un muchacho, apenas un chiquillo, que al verlo así, tan quebrado y sangrante, se descompuso. Según narró, cuando lograron calmarle la congoja, se trataba de su vecino. Habían venido los dos desde la localidad

cántabra de la Vega de Pas para echar un vistazo a los bueyes, porque conocían de la fama de éstos por otras gentes. Encontraron el animal que buscaban, pero no les alcanzaban los caudales que traían y decidieron regresar a casa a la mañana siguiente, antes de lo previsto. Dejó al compañero en la taberna después de cenar, animado ya por la bebida y la charla, y no había vuelto a saber de él hasta este momento. Se llamaba Andrés Cano y tenía cuatro hijos, añadió, mientras se lamentaba por lo que habría de decirle a la pasiega que esperaba su regreso. Enseguida se corrió la voz de que era aficionado a los naipes y pecaba de vinoso. Las hermanas Arechavala reconocieron que habían dado de cenar a uno y a otro, y que aquel, el muerto, estuvo jugando y bebiendo hasta que se cerraron las puertas de la posada. *Después, quién sabe, ellas no acompañaban a sus huéspedes a dormir*, concluyeron airadas.

El pueblo quedó ensordecido por los murmullos de sus habitantes. Se cerraron las tejavanas, los carros avanzaron por la calzada sin despedidas y sin las repetidas promesas de regresar el año próximo que siempre se perdían a sus espaldas. Las parejas de bueyes abandonaron la plaza, y en su lugar sólo se oían las campanas de la iglesia anunciando la muerte del pastor. Este descansaba desde hacía horas sobre las maderas frías de un carro esperando para que le devolvieran a su casa. A la mañana siguiente, en los momentos previos a que comenzara la misa, las autoridades pedían sigilo y prudencia, tratando de apaciguar al vecindario con la promesa de que se castigaría a los culpables. Nadie los creyó.

La muerte de Andrés Cano pesaba como una losa. Resultaba difícil olvidar el suceso porque día sí y día también se llenaba la plaza y el pueblo de gentes extrañas, militares y diligencias, que preguntaban una y otra vez lo mismo. La torre antigua de Urrutia, en Isasi, se convirtió en lugar de encuentro y reunión de muchas de estas gentes, que llegaban hasta allí buscando al señor y acababan acomodándose en torno a la mesa que Manuela servía diligente. El alcalde había hecho sede de aquella sala, y a menudo traía consigo a otros como don Miguel de Oxirando, un militar por todos conocido, que lo mismo alababa el buen guiso de la cocinera que se lamentaba de la ineficacia del Señorío.

—Esto ya lo sabíamos, don Manuel, no sirve de nada echarse ahora las manos a la cabeza. La tierra de Vizcaya se está convirtiendo en un nido de contrabandistas y malhechores. Si me dejaran actuar a mí, con unos cuantos centenares de hombres al monte, bien armados, el problema estaba resuelto.

Opinaban, comían, discutían, bebían. Siempre había gente en aquel comedor, y Txomin le cogió gusto a estar presente en las largas charlas y conversaciones que sobre política y gobierno se fueron prolongando en esos días. Al principio Manuela se alegraba sabiéndole tan cerca, hasta que se dio cuenta del cambio, estaba allí pero no con ella, casi no la miraba y apenas le dirigía la palabra. Llegó a pensar que la evitaba, buscando compañía para entrar y para salir de la casa. Pero, de vez en

cuando volvía a ser el mismo, y entonces ella retomaba la ilusión y se dejaba querer en súbitos encuentros que le birlaban a la noche y a la concurrencia.

El domingo anterior a Navidad, después de mucho hablar y poco hacer, llegó la única respuesta a aquel horrible crimen. Tras la misa mayor, el cura invitó a los presentes a escuchar lo que su alcalde, don Francisco, tenía que decirles. Muchos creyeron que se trataba de los culpables, se los imaginaban ya con los grilletes cerrados alrededor de pies y manos. Pero nadie había dado con los asesinos. En su lugar, el espíritu poco alegre de aquel Murga, que cumplía ahora el final de su mandato, traía a sus vecinos un Bando de Buen Gobierno que se leyó en todas las iglesias del valle clavándose después en sus puertas, para que nadie evadiera el acatamiento de las nuevas leyes que imponía bajo su propio criterio. El texto, que recogía hasta 28 artículos concisos, establecía las premisas de una moralidad y conductas intachables bajo pena de prisión y multa.

Los ya bien vapuleados vecinos recibieron aquellas órdenes como un jarro de agua fría y a escondidas, casi en silencio, fueron criticando una a una todas las medidas establecidas con mano firme por su último mandatario.

—Dicen que si blasfemas te encierran, y hasta multa de 15 reales te pueden poner si el que te oye es el alcalde.

—Ese hombre está loco, ¿no sabe que no hay qué comer? Esto lo han preparado entre él y el cura, que quiere llenar las arcas de la iglesia a toda costa.

—Tendrá miedo de pasar hambre en invierno.

—Ese no ha pasado hambre en toda su santa vida, no hay más que ver lo abultada que lleva la sotana.

—El alcalde también está bien gordo, y no será de comer lo que se cocina en nuestras casas. Ha escrito que no se puede andar rebuscando bajo los árboles hasta que no se haya cosechado la castaña y la uva. ¿Y qué hacemos con los cerdos?

—¡Que ellos también paguen!

—Y para las mujeres dicen que también hay multa y castigo si dejan que se vea el lienzo blanco de la ropa que lavan en el río.

—Es el colmo, ¿y cómo quiere que lo laven, envuelto en las basquiñas?

—Los naipes están prohibidos, ¿lo habéis oído?

—Y las apuestas. Dice que cerrará las tabernas si se permite el juego en ellas.

—¿Qué hora es? ¿Faltará mucho para el toque de Avemarías? —preguntó uno de ellos.

—Todavía falta un rato, hombre, no tengas tanta prisa.

—No es prisa, es que no traigo los reales para pagar al alcalde y al cura si me pillan en la calle después de la hora que dicen hay que estar en casa.

—Tu mujer se va a sorprender, nunca antes habías llegado tan temprano —concluyó irónico Ochoa.

Y así fue. Con el repique de Avemarías los taberneros obligaron a todos a salir a la intemperie para cerrar sus puertas a cal y canto. Nadie podía transitar por los caminos después del último rezo, y las despedidas animadas o las discusiones imprevistas también se convirtieron en razón de multa o encierro. La Navidad de 1766 Gordejuela vivió presa del oscurantismo, el temor a las represalias y la escasez del campo. El año que estaba a punto de empezar traía nuevos cambios y aquel Bando de Buen Gobierno quedó enseguida olvidado en los viejos cajones de las sacristías. Nunca volvió a ver la luz, aunque algunas normas perduraron en el tiempo.

Todos alzaron la mano, sin excepción, cuando se propuso a don Manuel de Braceras y Urrutia para repetir en el cargo. El nuevo Concejo quedó establecido bajo el árbol de Molinar. El primer día del año de 1767 caía del cielo una lluvia fina. La hospedería de los Arechavala se llenó de hombres sedientos y con ganas de celebrar. Entre ellos, uno sentía el aguijón de la envidia haciéndose sitio entre sus vértebras: aquel hombre lo tenía todo y sus paisanos no dudaban en otorgarle el gobierno también de su Ayuntamiento, pensaba. Txomin era ducho en el disimulo. Alzaba la voz elogiando la buena elección, y reía con todos entre largos tragos de vino. Pero la acidez le ardía en el estómago, quería para él lo que el nuevo alcalde tenía por cuna y apellido.

—¿Todo bien, hijo? —quiso saber el cura.

—Sí, don Pedro, ¿por qué lo pregunta?

—Veo una sombra en tu entrecejo, ¿quizá algo que confesar?

Txomin sabía que el presbítero sospechaba de sus tratos ilícitos con Manuela, previos a una respuesta de Antonio sobre la dote y los términos del contrato matrimonial. En absoluto era eso lo que le preocupaba, en este momento su mente estaba absorta en asuntos más acuciantes.

Celebraron, rieron y se prometieron cambios en aquel largo brindis en honor al Concejo recién formado. La siguiente celebración era la de la eucaristía. A media mañana cruzaban de nuevo la plaza para guarecerse de la lluvia fina tras las frías piedras de San Juan. El cura, desde el altar, anunció los nuevos cargos y aventuró tiempos más armoniosos para el pueblo tras los avatares y restricciones sufridos en la última época.

Habían transcurrido algunos de los años más duros que viviría el siglo. La escasez campaba a sus anchas por los reinos peninsulares de la España de Carlos III, los altos precios habían sembrado motines y éstos duras represalias. Proliferaron los bandoleros, el contrabando y peores vidas. El río Ibalzibar se había teñido con la sangre de una muerte violenta durante la última feria, y a falta de culpables y castigo, el alcalde había propuesto una serie de medidas restrictivas e impopulares que acabaron de arruinar la poca alegría que se respiraba en el valle.

Don Manuel se enfrentaba a un mandato difícil. Sintió la presión del cargo antes incluso de comenzar a ejercerlo. Y, sin embargo, esa noche, mientras cenaba acompañado por Manuela, no eran los asuntos del Concejo los que le preocupaban. Su mirada no se apartaba de la figura de la mujer que le servía. Ella sonreía insegura.

—Don Manuel, ¿no se siente feliz por la elección?

—Si te he de decir la verdad, no mucho. Supone una gran responsabilidad y me encuentro algo cansado. Pero lo que ahora me ocupa es otra cosa bien distinta.

Manuela esperó en silencio a que continuara hablando. El hombre se tomó unos segundos antes de seguir.

—Tengo que preguntarte algo, Manuela: ¿qué intenciones tienes con Txomin?

Manuela no pudo reprimir una amplia sonrisa. Sabía que ya se hablaba de ellos en el pueblo, que a nadie se le escapaba que habían iniciado relaciones de noviazgo y más de uno presuponía encuentros ilícitos sobre los que se empezaba a murmurar.

—Me ha pedido matrimonio. Pensamos casarnos en cuanto se establezca el contrato. No tiene por qué preocuparse, sus intenciones son del todo claras, está esperando a que llegue la dispensa eclesiástica a nuestra consanguinidad. Don Pedro ya la ha solicitado a la diócesis de Calahorra, y mi padre ya está al tanto del…

Manuela no pudo acabar la frase. Sabía que al casarse tendría que dejar a don Manuel e irse junto a Txomin. Se confundía al pensar que eso era lo que le preocupaba a su señor.

—Teresa sabrá cómo atenderle, no debe preocuparse, le he enseñado con dedicación todo lo que concierne a la casa y a su cuidado. No le faltará de nada, y cuando llegue el momento buscaremos a una muchacha que la ayude…

—No, Manuela, no es eso lo que me inquieta —interrumpió él.

—¿Y qué es entonces?

—No sé qué decir. ¿Tú quieres casarte? Porque si no quieres casarte no tienes por qué hacerlo, sabes que nunca te va a faltar de nada mientras permanezcas en esta casa. Y tienes las aparcerías, podemos aumentarlas, ver nuevas vacas que produzcan más cabezas,…

—No lo entiende, casarme con ese hombre es lo que más deseo en este mundo. Mi vida ya está unida a la de Txomin, y no podré vivir si no cumple su promesa. Sólo espero que sea lo antes posible.

—Confiemos en ello, entonces, Manuela, confiemos en él.

Braceras no quería ser pájaro de mal agüero, pero no se fiaba de la palabra dada por La Torre. No le gustaban sus negocios, sus relaciones y sus falsos halagos. No era un hombre limpio, pero de eso no le iba a poder convencer a la mujer que tenía enfrente. *Ojalá tengas razón, y ese hombre te cumpla con lo apalabrado,* pensó para sí. Se levantó despacio, apoyó una mano en la mesa y con la otra acercó la cintura de la muchacha a su cuerpo. Con un beso sincero y amistoso le deseó el mejor de los

matrimonios antes de retirarse a descansar.

Manuela se sintió intranquila durante unos breves segundos, pero no los suficientes. Su imaginación corrió veloz a encontrarse con los besos que aún no había dado, las caricias que se escondían tras los lazos del matrimonio y los hijos que podían llegar a llenarle el vientre un día no muy lejano. Aquellos pensamientos se prolongaban por horas y días, y entre ellos recibió la noticia de la próxima boda que uniría a su prima Josefina de Ayerdi con Miguel de Palacio y Amabiscar. Nada había sabido del contrato que se estaba apalabrando entre dos casas importantes del valle, pero Teresa le puso enseguida al corriente de los términos de aquel provechoso matrimonio.

—Dicen que ella aportará, además de un arreo muy completo, mil cien ducados y trescientos reales de vellón, y en una sola paga.

—Un buen pellizco en los tiempos que corren. Sus padres, que eran mis tíos, en paz descansen, dejaron muy bien dotadas a todas sus hijas.

—Pero no sólo es eso, he oído decir que le corresponde una parte de las remesas que envíe su hermano el de Indias, y tres vacas y un novillo que dispusieron sus progenitores en aparcería.

—Va a entrar en casa importante, ha de ser una unión apropiada.

—Sí, es cierto, los Palacio y Amabiscar no vienen precisamente descalzos a este mundo.

Manuela quiso recordar la casa que tenían éstos en Berdugal. Hacía tiempo que no pasaba por aquel sendero, pero sabía que era un caserío grande y soleado, con una buena cuadra y mucho terreno.

—El emparrado era inmenso, lo recuerdo bien, y solían tener hasta dos parejas de bueyes. También oí decir, hace ya algún tiempo, que habían comprado alguna otra heredad en Sandamendi, y que el arbolar que poseen en Pericote es impresionante.

—Todo es poco. Tu prima ha hecho un contrato ventajoso, de eso estoy segura. Residirán en la casa troncal después de la firma.

—¿Cuántos hermanos son, Teresa, lo sabes?

—Hay por lo menos otro, o quizá otros dos, fuera. Y en Berdugal, que yo sepa, quedan una hermana, que la pobre ha salido la menos agraciada de todos, y mira que son guapos en esa familia, con buena planta y el pelo claro, como pocas veces se ve por aquí; y el otro es un joven al que llaman Francis, que no se sabe muy bien a qué se dedica, pero tiene a las solteras del pueblo revueltas por lo buen mozo que parece.

Manuela ya no escuchaba la explicación de Teresa. Desde el portal divisaba a Txomin acercándose a caballo junto a otro hombre que creía reconocer. Cuando los dos llegaron a su altura saltaron del animal casi al unísono.

—Hola, ¿está tu señor en casa?

La voz de Txomin le sonó algo lejana.

—Sí. Ahora mismo le doy aviso.

La presencia de aquel individuo, al que reconocía sin saber con certeza de qué, le impidió mostrarse más cercana. Subió las escaleras del portal con ligereza, y al llegar al comedor anunció a don Manuel la visita.

—Y dices que es La Torre con otro señor, ¿no te ha dicho el nombre?

—No, pero yo sé que ha comido en esta mesa al menos en otra ocasión, recuerdo haberle servido un buen plato de guiso de carne. No estoy segura, pero creo que procede de alguno de los pueblos encartados. Es de poca estatura, fornido y no parece mayor.

—Ha de ser Las Casas. Desconozco los tratos o negocios que se traen La Torre y él, pero he oído decir que se les ve mucho juntos. Veamos para qué puedo ser bueno. Que suban, y sácanos un poco de queso y vino. Con eso será suficiente.

Braceras no quería alargar aquella reunión más de lo estrictamente necesario. Una vez que ocuparon la estancia los visitantes, Manuela se ausentó dejando a Teresa encargada de cubrir cualquier necesidad que surgiera. Los observó salir de la casa rato después. Zurrape les acercó los caballos al portal y ambos emprendieron el camino de regreso por la senda de Isasi. Txomin no se giró, ni la buscó con la mirada, no se fijó en ella, que se encontraba a un lado, próxima a las zarzas que tantas veces les habían servido de escondite y refugio. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y regresó corriendo al interior del hogar, muerta de frío.

—¿Era él, don Manuel?

—Sí, era él, Cristóbal de las Casas. Quería asegurarse de que asistiré a la Junta de Apoderados que se celebrará la semana próxima para tratar la situación de las Encartaciones con el Señorío. Todos saben que no estoy de acuerdo con la separación que vivimos con el gobierno de Vizcaya. Tenemos claras desventajas en las Juntas de Guernica, donde sólo se admite un voto y en casos excepcionales que afectan al Fuero. Somos demasiados valles y pobladores como para no poseer voto propio. Esta situación debería cambiar cuanto antes.

Manuela absorbía las explicaciones que Braceras le daba, aunque a veces le costaba entender o sentía que le faltaban datos, información que cambiaba de la noche a la mañana sin que ella alcanzara a conocer. Tenía idea de que los pueblos de las Encartaciones habían formado su propio gobierno, y eso les excluía de algunos beneficios y decisiones del Señorío. Don Manuel siempre había sido contrario a esta situación, creía a todas luces en la ventaja de que cada pueblo participara de forma independiente y activa en las Juntas de Vizcaya, manteniendo, eso sí, una Junta de Apoderados dirigida por un Teniente General o Alcalde Mayor que protegiera los intereses de los diez pueblos que formaban la merindad de las Encartaciones. Por lo visto, había cada vez más personas interesadas en que la situación cambiara, entre ellas el señor que había venido acompañando a Txomin, ese tal Cristóbal de las

Casas.

La boda entre Josefina de Ayerdi y Miguel de Palacio fue un acontecimiento social que reunió a todo el pueblo un domingo de febrero en torno a la iglesia de San Juan de Molinar. Cuando los recién casados llegaron a la plaza con todo el séquito de familiares, testigos y apoderados a sus espaldas, los presentes ovacionaron la unión con gritos y cánticos. Hubo misa, música y vino. Y entre todas las novedades que aquel domingo se pudieron ver en Molinar, y que posteriormente fueron comentadas en cocinas y tabernas, destacó una: el alfiler que ataba el mantón nuevo que lucía la pequeña de los Allende. Desde que supo de la celebración de aquella boda, Manuela no lo dudó, sabía que era el día apropiado para lucir los regalos de su prometido, los que guardaba entre los tesoros de su alcoba. Quería parecer quien se sentía ser, la mujer del único hombre que había regresado de las Indias con una fortuna que despertaba la envidia de todos. Txomin la descubrió de lejos. Radiaba seguridad y arrojo, y le gustó más que nunca. Reconoció el mantón cubriendo su pecho con aquella amalgama de hilos verdes que destacaban sobremanera con el color de sus ojos. En el centro, el alfiler sujetando la tela. La perla que lo adornaba, tan poco común entre estas mujeres, acaparaba toda la atención.

Sólo la vio dudar un instante. Salía de la iglesia cuando sus miradas se cruzaron. Manuela no sabía qué camino tomar. Entonces él, en un impulso inconsciente y aventurado, ante la expresión atónita de los presentes, se aproximó a ella y le tendió el brazo. El paseo duró tan sólo unos segundos, apenas unos pasos necesarios para alcanzar a los recién casados. Allí se separaron y no volvieron a encontrarse. Cuando Manuela abandonaba la plaza él mantenía una conversación acalorada con otros hombres en la hospedería de los Arechavala. Había sido, sin duda, la mejor presentación, el reconocimiento público de que habría un contrato y un futuro matrimonio.

Esa tarde, mientras se entregaba sin remilgo en los brazos de él, en su casa de Zubiete se desataba una fuerte discusión. Antonio trataba, una vez más, de que su hija mayor aceptara la nueva circunstancia que envolvía el futuro de la heredad de los Allende.

—Tenemos que ser razonables. Es lo mejor para esta casa y para tu hermana. Si no accedes a que Manuela reciba todos los bienes no habrá matrimonio, y Txomin posee un largo caudal con el que defender y acrecentar esta propiedad. Más vale entregárselo a él que esperar…

—No cuente conmigo, padre, no lo voy a permitir. Ya se lo he dicho, la última voluntad de madre era otra, o es que se le ha olvidado. Si Domingo Narciso no regresa, por derecho me corresponde a mí, y a falta de hijos, la próxima propietaria será Francisca. Así son las costumbres de esta tierra, y así está establecido en el

testamento que dejó escrito madre antes de morir. No puede torcer su voluntad.

—Josefa, ésta casa necesita un hombre que la gobierne, y Txomin es tan bueno o mejor que cualquier otro. ¿Tú qué dices, Francisca, qué opinas? ¿Por qué no hablas, hija? A ti también te concierne.

—No sé qué decir, padre. Creo que Josefa tiene razón, pero me apena pensar en Manuela, se la ve tan feliz en los últimos tiempos. ¿Qué va a decir ella? Tarde o temprano tendrá que saber lo que ocurre, preguntará y entonces ¿qué explicación le va usted a dar?

—La única que tengo, la verdad. Pero, de momento, no sabe nada. Primero hay que establecer el acuerdo, así lo estipuló La Torre. Manuela no ha de enterarse de lo que se ha pedido como parte del contrato matrimonial.

—Pues va a tener que quitarse la idea del matrimonio de la cabeza si esa es la condición. Si Txomin quiere esta casa que empiece a pensar en matrimoniarse conmigo, ¡a día de hoy su única propietaria!

Josefa salió enfurecida de la cocina. Había dado por terminada la discusión. Antonio y Francisca se miraron, no había lágrimas en sus ojos pero una inmensa pena ensombrecía el gesto de sus semblantes.

—Tu hermana va a sufrir por esto. La he visto hoy, estaba radiante. Se merece un matrimonio, una familia,…

—Josefa no va a cambiar de opinión, padre. Definitivamente, tendrá usted que hablar con el presbítero para que le dé la respuesta a Txomin.

—Quizá si esperamos un poco más entre en razón.

—Padre, lleva meses intentando que acepte las condiciones de ese matrimonio, y no hay nada ya que no le haya dicho para convencerla. Y si le soy sincera, yo pienso como ella.

—Ay, hijas, ojalá las cosas hubieran sido de otra manera y alguno de vuestros hermanos…

—No mire atrás, padre, no miré atrás —fueron las últimas palabras de Francisca.

CAPÍTULO IX

En el puerto de Veracruz se respiraba otro malsano día de calor húmedo. En sus muelles se iniciaba el desembarco, de forma más o menos ordenada, del primer ejército permanente que pisaba la tierra de la Nueva España. Militares peninsulares, oficiales del rey, hombres descompuestos bajo los rígidos trajes acomodados para el primer encuentro con su destino, caminaban todo lo erguidos que el mareo y las náuseas les permitían. Costaba tiempo hacerse al ambiente sofocante y pútrido de la ciudad portuaria.

Indios, negros, mulatos y todas las castas que poblaban la Colonia se arremolinaban en torno a aquella turba de soldados indispuestos y afligidos. Frente a ellos un capitán, un hombre de rango, dirigía con voz de mando militar al resto hasta los barracones donde encontrar acomodo, aseo y alimento. Juan de Villalba y Angulo lucía una edad madura, aspecto severo, estatura media y pelo crespo. También él llegó a sentir las primeras náuseas del inevitable mareo, pero enseguida las retiró del pensamiento. Bajo sus órdenes avanzaba nada menos que el Regimiento de América, y el solo orgullo de ser él quien lo dirigía eliminaba de cuajo cualquier atisbo de debilidad física. Tenía una misión que cumplir y nada ni nadie podrían alejarle del camino trazado. Ni siquiera la enfermiza atmósfera que se respiraba en Veracruz.

Ese era su primer objetivo, la defensa del puerto de entrada a la Nueva España. La Corona temía la incursión de potencias extranjeras en sus territorios de ultramar, más concretamente la amenaza de Inglaterra de querer apropiarse de los tesoros españoles. De pronto las ideas ilustradas de reforma cobraron sentido y Carlos III se despertó de un letargo dinástico que había durado décadas. Abandonadas a su suerte, las Colonias españolas habían ejercido casi con total libertad su administración y gobierno, pero eso era algo que el nuevo rey estaba dispuesto a cambiar. Con una Castilla cada día más pobre, al borde de la bancarrota, y unos ejércitos diezmados por las continuas contiendas, el monarca oteó en sus tierras americanas la recuperación del orgullo perdido y el caudal que necesitaba para poner de nuevo en pie a la gran España.

Al capitán Villalba no le amilanó el reducto de enfermedad, muerte y desolación al que se enfrentaba. El puerto, al que antaño arribaban las mejores velas, había transformado el olor dulce de su brisa en algo pegajoso que no se soltaba de la piel del cuerpo ni con agua bendita. Si hubo alguna tierra en esta Tierra donde los hombres mezclaron sus castas, sus colores y sus destinos fue en la triste Veracruz. Desde estos diques salían a diario buques cargados de brazos para levantar una fortaleza defensiva en torno a la recién recuperada Habana de manos inglesas. Hacinados y malnutridos, muchos de aquellos hombres enfermaban hasta morir sin alcanzar el destino de trabajo encomendado. Veracruz era un foco de enfermedad y

desahucio para los propios americanos, mucho más para los hombres del rey. Aquel puerto y la perspectiva de vivir en zonas tropicales e inhóspitas vaciaban en pocos días cuerpos enteros. Las continuas bajas por muerte y deserción obligaron al monarca a modificar el proyecto inicial: la exportación completa de las tropas desde España. No había dinero para pagar tal ejército ni hombres que cubrieran tantas bajas.

La necesidad de recursos era impostergable, y la Colonia se aparecía ante los ojos reales enriquecida, madura, salvadora. Por eso su defensa se convirtió en el pilar de aquel nuevo sistema de gobierno de las Américas, mientras los apetitos triunfantes de Inglaterra requerían prepararse para un nuevo ataque. Para asegurar tanta riqueza, el capitán Villalba habría de formar un considerable numero de milicias provinciales a las órdenes de las tropas veteranas que habían llegado con él desde España. El fin último era controlar, no sólo la defensa de la Colonia, sino a los propios colonos que hasta ahora habían campado a sus anchas en cuestiones de negocio y gobierno.

Mientras Juan de Villalba tomaba tierra en el insano puerto de Veracruz, al interior, el pueblo vivía ajeno a la nueva estrategia monárquica. Se aproximaba la feria de San Juan de los Lagos, cada año más afamada y concurrida, donde la peregrinación religiosa confluía con el estallido comercial de la localidad. Aquel pueblecito pequeño, triste y árido de otro tiempo, que veneraba con extenuante devoción a su milagrosa virgen de la Concepción, se estaba convirtiendo en centro neurálgico del comercio interior. Cada año, durante los primeros quince días de diciembre, españoles, criollos, indios y vendedores ambulantes de todas las castas y mestizajes transitaban sus escasas calles en busca de mercancías nuevas. También era la de San Juan la mejor feria de ganado vacuno y caballar que se celebraba al norte de México.

Domingo Narciso, padre ya de un hijo y a punto de abrir las puertas de su nueva casa, estaba decidido a hacerse con un buen número de reses. Acompañado por Salvador y un par de vaqueros, decidió partir en busca de ganado con que convertir la Trasquila en uno de los mejores ranchos de la comarca. Pero no eran los únicos que llenaban alforjas y morrales, otros criollos hacían trotar ya a sus cabalgaduras por el camino real, tropezándose con los muchos caminantes que transitaban la misma vía, incansables, en dirección a San Juan de los Lagos. Buena parte de ellos acabaría hincando las rodillas en el suelo para sumarse a la procesión de la milagrosa virgen en el último tramo del trayecto.

Llegaron cansados, polvorientos y enfebrecidos por la muchedumbre que se agolpaba en las vías públicas, a merced de los arrieros que controlaban el mundo de las posadas y los caminos.

Las luces del día iban cediendo a una noche fría y oscura. Apremiaba encontrar una habitación, pero no resultaría fácil con el hervidero de gentes que se agolpaban

en las plazuelas, frente a la iglesia o en las mismas calles. La recomendación que su suegro le había dado lo llevó directamente a las casas reales, y allí pudo hallar quién le indicara el lugar en que habrían de facilitarles cena y cama.

Una hora más tarde, cuando se asomó a la puerta para despedirse del largo día, la línea de la luna se divisaba a un lado de aquel cielo color negro, tanto que enseguida dejó de distinguir la figura de Salvador adentrándose en los establos. En dirección contraria alguien se aproximaba a la casa de comidas, un hombre alto, fuerte, de cabeza grande, que hizo un gesto con la mano, arrastrando el pelo hacia la nuca, que le resultó del todo familiar. Esperó un instante a que la luz de una lámpara próxima iluminara su rostro y entonces lo reconoció.

—¡Aldama!

La figura, hasta ese momento silenciosa y taciturna, se giró con todo su cuerpo en la dirección que lo llamaba y descubrió frente a sí a un sonriente y feliz Allende que había visto la luz del día en plena noche. Ignacio de Aldama tenía un aspecto saludable, aunque había envejecido en aquellos largos meses, casi dos años, en que había estado recorriendo los caminos, lejos de San Miguel.

—Nunca imaginé… ¿Has venido solo?

Ignacio echó la vista a un lado y a otro de aquella sala llena de hombres que inclinaban la cabeza sobre sus platos humeantes. Buscó a su alrededor con la esperanza de hallar entre los desconocidos a alguien más, quizá, si la fortuna se ponía de su lado aquella noche, a su hermano mayor.

—No busques, amigo. Tan sólo me acompañan mi criado y dos vaqueros que se han quedado en el camino de entrada al pueblo con unos arrieros. Pero ven, siéntate conmigo, ¿has cenado ya?

Ocuparon de nuevo la misma mesa, que enseguida volvió a llenarse de tortillas de maíz, frijoles y carne para el recién llegado. Hambriento, Aldama engullía mientras Allende se felicitaba una y otra vez por el fortuito encuentro, reconociendo haber sentido un atisbo de nostalgia ante la algarada que inundaba aquel lugar, viéndose solitario y lejano, con la mitad de su sentimiento en San Miguel y la otra mitad, la más vieja y arraigada, en el verde valle de Gordejuela.

—¿Recuerdas la feria de San Andrés? También es por estas fechas. Estarán todos en Molinar, y sonarán los *txistus*, y olerá a castañas…

La voz de Domingo Narciso sonó triste, apagada, y su rostro dibujó los trazos de una melancolía añeja, profunda y despiadada a la que enseguida se sumó Aldama.

—A veces pasan semanas sin que me acuerde de la tierra de mis padres, y luego, de pronto, durante mucho tiempo no puedo dejar de recordarla un día tras otro. ¿Cómo crees que estarán las cosas por allí? ¿Habrán cambiado mucho?

—Quiero creer que no, que todo permanece como lo dejamos. Aunque se me han borrado las caras de los míos, y por más que me esfuerzo no encuentro sus facciones,

sus gestos están mezclados con los de la gente de esta tierra. Sólo conservo el color de los ojos de la pequeña Manuela, ese verde intenso, oscuro y luminoso como el valle.

—Tus ojos también se ven verdes.

—Sí, pero no como los de ella. Mi hermana tenía en sus pupilas la profundidad de las montañas reflejada en el agua.

Ignacio tragó el último trozo de carne y se sirvió más pulque. Le gustó la mezcla del licor con el zumo de la fruta fresca. Enseguida los efluvios de la bebida se aliaron con el cansancio acumulado por el viaje y ambos se retiraron a descansar, no sin antes perderse en sus recuerdos.

La mañana siguiente llegó demasiado pronto. Domingo Narciso trató de desperezarse una y otra vez, sintiendo la edad adulta en todo su cuerpo como nunca antes. Logró recobrar las fuerzas con un copioso almuerzo que de buen grado habría compartido con Aldama de haberlo encontrado, pero éste sí había madrugado y a esas horas recorría San Juan buscando un buen negocio con que acrecentar los caudales que tintineaban en su bolsa de cuero.

Ignacio continuaba siendo el más joven de todos ellos y también el más taciturno y solitario. Salió de San Miguel tras la boda de su hermano, sin apenas despedirse y mucho menos explicarse, y desde entonces había recorrido los alrededores buscando un lugar en el que echar raíces alejado del obraje y de la traición de la negra Jimena.

Volvieron a encontrarse dos noches más tarde, en torno a otra mesa repleta de comida humeante. Domingo Narciso se mostraba excitado como un niño ante la experiencia de aquella feria caótica y entrañable, donde todos los hombres, mestizos o no, ofrecían voz en grito sus artesanías al mejor precio. Lo deslumbró la facilidad del pequeño negocio, los arrieros que funcionaban como diseminadores de novedades, la cantidad de artículos variados que se utilizaban en las operaciones de trueque. Pero lo que más llamó su atención y en lo que no podía dejar de pensar era en las fervientes gentes que atravesaban las calles de rodillas, sufridores sangrantes, devotos fieles en peregrinación a la capilla del milagro.

—Nunca había visto algo igual. Muchas son ancianas famélicas, con la piel pegada al hueso, arrastrando su eternidad por las pedregosas callos de este pueblo loco, arrodilladas, envueltas sus sienes en espinas, esperando no imagino qué milagro de vida.

—Sí, yo también las he visto, y a hombres bien grandes mezclados entre ese gentío. El fervor de estas tierras no tiene igual. No recuerdo algo así en nuestros valles, aunque no faltaran sotanas y procesiones.

—Sí, pero no así. Más bien diría que lo que allí hacemos son romerías, con los santos presentes y todo lo que haga falta, no digo que no, pero aquello no es tan…

¿tan doloroso?

—Supongo que es la costumbre en las Américas, sólo hay que ver al padre Alfaro. Por lo que sé, en su casa de ejercicios, debe ocurrir algo similar a esto de aquí. Pero mejor cuéntame de San Miguel, ¿cómo están todos? ¿Qué hay de mi hermano?, ¿Y del obraje?

Ignacio empezaba a impacientarse. La curiosidad se había apoderado de él dos días atrás, cuando encontró a Allende en aquella misma casa de comidas. Los dos hombres se pusieron al día de sus vidas y de las de aquellos más cercanos. Hablaron de Domingo, de Sauto, de la familia de Domingo Narciso y de la villa, de los cambios y mejoras que la transformaban día a día.

—¿Sabes si Balthasar ha contratado otro administrador para el obraje?

—Sí, me dijeron que tenía a alguien, pero desconozco quién. ¿Habías pensado volver a trabajar para él?

—¡Quién sabe! Aún no he pensado mucho en nada.

Ignacio se reconoció un hombre de campo, y de telares. Echaba de menos la lana, los tintes y la vida en el obraje, y sobre todas las cosas echaba de menos la vida en San Miguel. Fiel a su estilo, apenas compartió con Domingo Narciso la experiencia vivida en el largo recorrido por las tierras del norte, pero sí le contó de los indios que se adentran en la oscuridad de la mina por infernales agujeros y salarios inexistentes, y de los cuatreros y contrabandistas que proliferaban. Y no dejó de anunciarle las últimas noticias recibidas sobre un ejército que llegaba desde la vieja patria para instalarse definitivamente en la Nueva España.

Algunos días más tarde se unió al traslado del ganado adquirido por Allende y comenzaron a recorrer juntos el camino de regreso a casa. Rodeados de maguey y nopal, por veredas secas y polvorientas, avanzaron sin apenas descansar hasta alcanzar la Trasquila, y una vez allí los vaqueros tomaron el mando. Horas después los dos jinetes entraban por el camino real a San Miguel, a tiempo aún para disfrutar de los preparativos de otra Navidad. Llegaban con la ropa hecha jirones, la piel curtida por la arena de los campos atravesados, y las marcas de un profundo cansancio surcando sus caras.

El joven que dos años atrás había abandonado todo sin decir porqué ni a dónde iba, dejó tras de sí una larga retahíla de suspicaces sospechas. Su última imagen, la de un jinete sonámbulo, casi crepuscular, cruzando el puente viejo, adquirió tintes novelescos e incluso había indios que aseguraban haberlo visto muerto y que aquella era su ánima, que deambulaba por los cerros buscando venganza.

La negra Jimena tuvo mucho que ver en aquellos inespecíficos relatos. La repentina ausencia de su amante blanco desencadenó en ella un sentimiento de culpa que paliaba con continuas heridas que se auto infligía en brazos y manos. El líquido vital que manaba de aquellas grietas luchaba a muerte con los tintes que a diario

aplicaba a la lana, consiguiendo unas tonalidades nuevas, de sangre y dolor, que la negra celebraba con cánticos tan lúgubres que volvían acuosos los ojos de todos los que la escuchaban.

La noche de su regreso, mientras Ignacio trataba de conciliar el sueño en aquella casa desconocida y nueva que su hermano había abierto de par en par para él, creyó escuchar un grito, un aullido lejano, y supo que era la forma que ella tenía de llamar a su perdón. Sin embargo no se movió del catre, continuó allí tendido, esperando al alba y a la luz del día, convencido de que nunca podría perdonar la traición. Tres noches y tres días más tarde, con aspecto recuperado, se presentó ante Sauto, en la misma hacienda de Santa María, para pedir su readmisión como administrador en el obraje. No hizo mención de asomarse a mirar a la negra que tintaba las lanas de llanto y pena, y que tres días después moría sin sangre en las venas, junto al río, a la sombra de un frondoso *pirul*, delgada como una india hambrienta. Ese mismo día él se instaló en Santa María definitivamente, sin remordimientos y sin recuerdos. Continuó administrando la hacienda del obraje como si nunca hubiera dejado de hacerlo, en la misma alcoba que ocupó cuando llegó, años atrás, junto a su hermano mayor. Ni siquiera cuando los patronos se trasladaron a la casa nueva en el centro de la villa quiso él cambiar de catre.

Ignorantes de las líneas que el destino trazaba sobre su futuro, los habitantes de San Miguel el Grande se habían prometido una generosa y feliz Pascua. Desde hacía tiempo sentían muy propio el orgullo de una villa que se reinventaba y mejoraba cada día, con las grandes fortunas de españoles y criollos asomando a los cantos de casas engalanadas por adornos de todo tipo, las fuentes se empezaban a contar por pares, y el bullicio alegre de las gentes ocupaba las plazas públicas desde el alba hasta el anochecer.

En un ambiente próspero como aquel, las noticias sobre un regimiento militar arribando al puerto de Veracruz resultaban alarmantes. El nombre de Villalba sonaba para entonces en las plazas de todo el Bajío; la comarca entera conocía de las pretensiones del monarca de defender la Colonia con un ejército completo a las órdenes del tal capitán español. Fue durante la formación del nuevo ayuntamiento cuando Aldama y Allende dieron buena cuenta de lo escuchado a feriantes y camineros.

—Al parecer, la Corona tiene previsto instaurar un ejército permanente en la Colonia para defenderla del ataque de los ingleses.

—Ese es el miedo del rey a perder otra vez La Habana.

—No sólo es La Habana. Es que teme a Inglaterra más que al mismísimo demonio.

—Los que han llegado con Villalba son unos pocos mandos oficiales y algo de

tropa; el verdadero ejército lo piensan formar con milicias provinciales.

Poco a poco se iban sumando voces a aquella explosión de noticias recibidas por uno y otro canal, al mismo tiempo que aumentaba la incertidumbre por su veracidad. Francisco de Lanzagorta, un hombre sobrio y no muy dado a la exposición pública, tomó la palabra para posicionarse en contra de la milicia.

—No habrá tal. No hay criollo que yo conozca que no sienta aversión por un ejército liderado por funcionarios españoles.

—Pero no sólo quieren criollos, el reclutamiento es forzoso también para mulatos, y mestizos que hayan cumplido los dieciséis.

—Dicen que habrá que tragar con lo que venga, que nadie se puede negar a formarse a las órdenes de ese capitán Villalba.

—También han dicho que esos oficiales recién llegados están por encima de nuestros ayuntamientos.

—Eso es una majadería. ¡No van a venir aquí a decirnos cómo gobernarnos!

El ayuntamiento era el máximo poder, nunca habían dado razón de nada a funcionarios que llegaran desde España. Los asuntos de la Colonia se resolvían en ésta y ni el virrey se atrevía a inmiscuirse demasiado. Qué era eso de un mando militar por encima del propio Alcalde Mayor. Los vecinos más influyentes de San Miguel no estaban dispuestos a ceder ni un ápice del control comercial y político que ejercían sobre su población, y esa idea era común al resto de villas y pueblos.

—¡Nadie vendrá a decirnos cómo hemos de vivir! —atajó el mismo Lanzagorta desde el fondo de la sala.

—Si lo que dicen es cierto y las arcas están sin caudal, querrán que financiemos su ejército y llenemos las despensas de la vieja Castilla.

Sauto había hablado con serenidad, queriendo alertar al resto de las últimas noticias recibidas en Santa María. Mantenía buenos contactos en México, y por ellos sabía que España estaba vacía, se había quedado sin riquezas y sin poder frente a sus enemigos europeos, y estaba poniendo los ojos por primera vez después de mucho tiempo en las tierras americanas. Durante largos minutos todos los presentes trataron de hablar a un mismo tiempo, después un silencio espeso se apoderó de la sala. Eran más bien escasas las ocasiones en que Balthasar de Sauto intervenía en debates y reuniones, pero en los últimos meses había cogido la costumbre de no perderse uno.

Las órdenes no tardaron en hacerse explícitas y las murmuraciones cesaron para convertirse en palabras de incredulidad y desasosiego. Los criollos, vecinos aptos, estaban obligados desde ese momento a armarse para la defensa de la lejana patria, y sus ayuntamientos a cooperar en su formación y equipamiento. El augurio de Sauto no había hecho más que asomarse. Aquella primera notificación dejó patente la obligación del Cabildo de reclutar a los milicianos para ponerlos y ponerse a las órdenes de un mando español, que a partir de ese momento ostentaría el máximo

poder en la villa.

Sin embargo, aquel ambicioso plan resultaría del todo inalcanzable. La tierra a la que arribaron aquellos hombres, vestidos de uniforme y de los principios de lealtad, obediencia y servicio a la Corona, no conocía la carrera de las armas y la vida y funcionamiento de un ejército profesional como el que ahora se le imponía, mucho menos iba a formar parte de sus filas por menos de nada. Sólo en algunas ciudades cercanas a Veracruz y en la capital del virreinato consiguió Villalba cumplir con su cometido. El primer objetivo era fortificar la ciudad de entrada y asegurar el camino desde ésta hasta México, y en parte lo logró. Pero no dejó de ser una respuesta demasiado pobre a las pretensiones del rey. En su lugar, los hijos de esta tierra y los que habían venido a ella años atrás empezaron a ver a los funcionarios españoles como extranjeros; *gringos* los llamaban.

Ajena a todo, Anna extendía la colcha sobre la cama donde yacía cada noche junto a Domingo Narciso. Le gustaba arreglar ella misma el lecho, estirar y contemplar los colores vivos de la lana absorbiendo el sol que entraba por el patio. Cuando ya había decidido salir de la habitación, sintió la primera náusea y el balanceo de sus piernas, que se doblaban sin remedio. Trató de agarrarse a la colcha para no caer de golpe al suelo, y desde allí, a los pies del jergón casi nuevo, comenzó a llamar a las criadas para que vinieran en su ayuda. Vomitó una primera vez, y luego otra, sin que nadie asomara a la alcoba, y permaneció allí, quieta, encogida, acurrucada en los tonos alegres que cubrían la cama, hasta mucho después, cuando una jovencísima india la encontró en aquella postura que se asemejaba a la de un animal malherido.

Se habían trasladado a la casa nueva poco después del regreso de Domingo Narciso de la feria. Aún faltaba mobiliario, cortinas y telas con que cubrir paredes, pero era una casa regia, admirada por su buena hechura y los herrajes de sus ventanas; una casa de un valor muy superior al de la mayoría de las casas de hacendados de la villa.

Anna se incorporó con la ayuda de aquellas indias asustadizas que le ofrecían todo tipo de brebajes capaces de levantar el animo de los más muertos. Alguien se ocupó de avisar a su madre, y fue ésta quien trajo al médico. Para cuando llegaron su marido y su padre el diagnóstico ya estaba hecho, la joven debía guardar reposo y recuperar las fuerzas para poder traer al mundo al niño que llevaba en sus entrañas.

Transcurrido un tiempo prudencial que mantuvo a Anna en un absoluto reposo, se puso fecha a la celebración de la buena nueva. La sala del estrado se estrenaba al fin para congratular la gestación del segundo vástago de los Allende. Las familias más influyentes se reunieron en torno a la lujosa habitación, donde fumaron, jugaron a naipes y tomaron chocolate servido en mancerina de plata. Quizá fue el aroma

intenso del chocolate, o el humo blanco de los cigarros que fumaban las señoras, pero algo hizo que la atención se dirigiera en algún momento de aquel festivo día a la complicada situación política a la que se enfrentaba la Colonia. El regimiento capitaneado por Villalba luchaba por afianzarse en un territorio hostil y ajeno, mientras otro nombre, el de José de Gálvez, comenzaba a sonar vinculado a las palabras de represión, impuestos y lucha de poder. Con autoridad comparable a la del propio virrey, Gálvez llegaba amparado por el mismísimo Carlos III para recaudar y administrar todos los recursos que ofrecía la Nueva España.

Lo que se supo aquel día en casa de Allende fue la efectiva intervención iniciada por este Gálvez en la creación definitiva de un estanco del tabaco, que de momento se dedicaba exclusivamente al control de la producción y venta del tabaco en rama. Más adelante se obligaría a reducir el cultivo a cuatro provincias y a los agricultores a vender toda la producción a la administración de la Renta del Tabaco, y a los precios señalados por ésta.

1765 se mantuvo agitado desde el principio hasta el final. Cuando parecía que Villalba y su Regimiento perdían presencia, la falsa calma chicha traía consigo una nueva alarma provocada por las severas medidas impuestas por José de Gálvez. Si no se trataba de un nuevo impuesto recaudatorio, se anunciaba el derrocamiento de otro criollo de los puestos de control y poder ejercidos por éstos desde siempre, y que ahora sustituían por algún joven inexperto recién llegado de la península.

Las cartas que Allende y Aldama enviaron a Gordejuela y Oquendo aquellos meses apenas lograban reflejar una ínfima parte de los hechos o circunstancias que asolaban la tierra que los recibió con los brazos abiertos una década atrás. La Colonia se enfrentaba a un tiempo de cambios y renuncias, a una era de desprendimiento y lucha. Todo había girado en la dirección más inesperada, y de la noche a la mañana la vieja España imponía su voluntad a hierro y fuego sobre sus hermanos americanos.

El tiempo corría demasiado rápido. Antes de darse cuenta llegó el nacimiento de María Josefa de Allende y Unzaga, que un año más tarde recibiría a su hermano menor, Domingo, justo medio año después de que naciera Manuel Aldama González. Aquella generación que empezaba a llenar de nueva vida los patios de las casas solariegas, las calles y los jardines de San Miguel el Grande, sintió en carnes propias el agravio de la dominación española. Décadas más tarde acabarían luchando sin concesiones por la libertad del pueblo americano.

Por las calles de la Aduana y el Portal de Guadalupe corría un gentío como pocas veces antes se había visto. Las noticias eran claras y llegaban de todas partes: el rey había firmado la orden de expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios españoles, sin excepción y sin demora. El ejército, capitaneado por Villalba y bajo las órdenes expresas de Gálvez, se estaba encargando de hacer cumplir la ley.

Apenas era mediodía. En San Miguel el Grande los pocos jesuitas que había acataron sin rechistar un decreto que les conducía directamente al exilio. Abandonaron la villa en silencio, custodiados por jinetes uniformados, llevándose con ellos un morral vacío de libros y la tristeza de dejar tras de sí una parroquia devota. Pisaron por última vez las calles sabiéndose acompañados, a pocos metros de distancia, por una procesión de hombres y mujeres, de todas las condiciones y castas, que avanzaba lentamente tras los cascos militares. En el último tramo el reducido grupo de sacerdotes, que soportaba una de las pocas mañanas de lluvia de la Nueva España, se volvió para despedirse de aquellos rostros que reflejaban un común sentimiento de temor, incertidumbre y pérdida.

En la colorida Guanajuato, la hermosa ciudad minera que tanto había deslumbrado a Ignacio de Aldama, al conocerse la noticia de la expulsión de los jesuitas, un gran número de trabajadores de las minas y de las haciendas de beneficio se amotinaron y apedrearon las sedes de la Caja Real, y de los monopolios del tabaco y de la pólvora. Enseguida llegaron gentes de toda la región para apoyar la revuelta que, sin embargo, fue suprimida con brutal vigor por el visitador general. En los días siguientes al inicio de esta rebelión, José de Gálvez envió desde la ciudad de México un regimiento español que acabó encarcelando a 600 rebeldes para interrogarlos. Guanajuato, teñida de mil colores, florecida en sus cerros y en sus aguas, perdió tras la batalla a nueve hombres que fueron ahorcados y exhibidos como medida ejemplarizante; unos treinta más terminaron sus días tras los largos muros de la cadena perpetua; y casi un centenar y medio cumplieron prisión durante años.

La incipiente lucha contra los españoles, protagonizada por los mineros y las comunidades indias, se extendió por varias ciudades y provincias, donde la respuesta militar fue devastadora hasta lograr sofocar cualquier atisbo de subversión. Los pueblos indios de San Luis Potosí y de Michoacán perdieron algo más que vidas y libertad, perdieron el gobierno municipal, y toda la Nueva España vio cómo se rompía su historia. Hasta entonces nunca antes hubo establecimiento militar alguno, ni necesidad de él; los ciudadanos principales o el clero, que salía a la calle con el estandarte del Santísimo Sacramento, eran suficientes para sofocar las conmociones populares.

Y mientras al interior del país se vivía con desolación el cierre de colegios y misiones jesuitas, en la ciudad de México se esperaba con expectación a los

sacerdotes que, escoltados hasta el puerto de Veracruz, llegaban desnutridos, cansados, humillados y, aún así, orgullosos del hábito que les cubría el cuerpo.

El mes de junio intensificó el olor de las flores. Mientras la villa se acomodaba con falsa normalidad a la ausencia de los sacerdotes, en la casa de Domingo Narciso se colgaba de la pared del oratorio una imagen de San Ignacio de Loyola, que a partir de entonces acompañaría a la familia en el rezo privado. El de los Allende era un hogar lleno de juegos infantiles, con tres niños acaparando toda la atención y agotando las fuerzas de Anna que, aunque joven todavía, empezaba a sentirse débil y cansada. La tienda de abastos era el otro centro neurálgico de la casa, por donde entraba la vida de la villa cada día; y, puntualmente, las fiestas o reuniones que Domingo Narciso celebraba con cualquier pretexto y la oculta intención de alegrar la vida de su joven esposa.

Seguían utilizando la misma cama y, aunque disimulaba, le escuchaba sollozar y quejarse dormida. Cada noche, cuando la tomaba por la cintura y la hacía suya, sentía los huesos debajo de su piel, podía contarle las costillas una a una, y a menudo temía lastimar aquel cuerpo desmejorado, lánguido y sin vida. Por las mañanas la observaba antes que nadie, antes de que la ropa y los adornos escondieran su cara desencajada y blanquecina. Sólo la preñez aliviaba aquellos síntomas, devolviéndole una energía que nadie entendía, apareciendo joven y bella de nuevo, alegre y dispuesta. Entonces, en los meses que estaban esperando un nuevo hijo, hacían el amor como al principio, como antes, como siempre debió haber sido.

Lo supo por su manera de responder a las caricias, por cómo lo buscaba bajo la cobija, porque se le llenaba de nuevo el hueco que había entre su mejilla y su boca. Lo supo antes incluso que ella misma, lo intuyó como una matrona vieja, con la experiencia de tres hijos anteriores y de un amor incondicional y maduro. Y Anna no pudo por menos que sorprenderse cuando él se lo anunció.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque te conozco más que tú misma. Tendremos otro hijo a finales de año.

Ella le ofreció su cuerpo para asegurarse la alegría que le producía un nuevo embarazo, y confirmó las sospechas de su marido aquella misma mañana al echar cuentas. Fue por la tarde cuando llegó la imagen de San Ignacio de Loyola y Domingo Narciso la colgó junto a la de San Pedro Regalado y la Virgen de la Luz.

A la mañana siguiente le despertaron los golpes de la aldaba. Alguien tenía prisa porque se abriera el portalón de entrada a la casa. Se vistió y bajó las escaleras dejando tras de sí los llantos del más joven de sus hijos, y los olores y humos nuevos que a esas tempranas horas ya salían de la cocina. Aldama lo esperaba impaciente en el patio.

—Perdona que te moleste tan temprano, pero quería verte antes de que abran las

casas reales, necesito que estés atento a una nueva ordenanza que se ha establecido para los obrajes.

Domingo Narciso ocupaba cargo ese año en el ayuntamiento de la villa, y aquella misma mañana se iba a celebrar una reunión.

Tras una década de odios y luchas, el caso del obraje de Sauto continuaba sin resolverse. Los últimos años habían transcurrido sin grandes novedades en torno al tema que separaba radicalmente a la facción de los criollos, incitada por un difunto conde de Casa de Loja, del único integrante del otro bando: Balthasar de Sauto, el *gachupín*.

El pleito continuaba enquistado y las relaciones se mantuvieron frías y distantes durante años. Sauto, amenazado por el inminente cierre del obraje, vivió durante mucho tiempo al margen de la vida política de la villa, dirigida por sus principales enemigos. Sin embargo, la orden no llegaba y la actividad de los telares mantenía el brío del pasado. En 1765, y nuevamente en 1767, el Consejo de Indias ordenó terminar con el caso Sauto tan pronto como fuera posible. En su lugar, acababan de enviar a San Miguel una serie de ordenanzas para gobernar los obrajes. Nada decía este documento en particular del obraje de Balthasar de Sauto, que continuó a la espera de noticias que dieran por cerrado el caso definitivamente. Por lo pronto, la nueva ordenanza, que obligaba a todos los obrajes a adoptar nuevos hábitos en la contratación y manejo de los trabajadores, evitando los tan consabidos abusos, no pudo ser menos efectiva.

Cuando Domingo Narciso conoció el contenido del documento, decidió ir en persona hasta Santa María. Ignacio lo esperaba impaciente, acababa de saber del nacimiento del hijo de su hermano y nada le urgía más que la llamada de la sangre.

Regresaron al paso hasta alcanzar la casa del mayor de los Aldama, casi en frente de la nueva de Sauto. Domingo Narciso prefirió felicitar a los nuevos padres en otra ocasión, y continuó camino hasta su propio hogar para almorzar junto a Anna, que estaba más alegre y hermosa que nunca luciendo una tripa ligeramente abultada.

Otra Navidad se apoderaba del espíritu de la villa. Las noticias que llegaban desde México no eran nada halagüeñas. Pese a que Domingo Narciso y Anna esperaban impacientes el nacimiento de su cuarto hijo, las circunstancias empezaban a quebrantar el espíritu emprendedor y osado de su hogar. Don Pedro había dejado Los Manantiales después del verano para residir de nuevo en San Miguel. Cada noche cenaba con su sobrino, y con el último cigarro del día analizaban la situación.

—Te digo que esto no ha hecho más que empezar. Soy perro viejo, y veo de lejos las intenciones de ese bucanero.

Así es como llamaba a Gálvez. Fiel a su estilo, don Pedro se mantenía suspicaz frente a todo lo que venía de la vieja patria. En su opinión, España y los españoles no

eran otra cosa que *saqueadores de mercado, hambrientos piratas de tierra adentro*. En ocasiones algún criollo se atrevía a recordarle su procedencia, y entonces se le llenaba de distancia la mirada mientras una mueca irónica se le dibujaba en la boca. Hacía tantos años que no se sentía de la tierra vieja que ya no lo recordaba.

Reunidos, bien fuera en las salas de estrado de las mejores casas de la villa o en las propias casas reales, Landeta, Lanzagorta, La Canal, Unzaga y Allende, entre otros muchos, trataban de descifrar las señales de un futuro que se anunciaba, cuando menos, enrevesado. Tras los sucesos violentos vividos en Guanajuato, Gálvez prohibió a los mineros que portaran armas de fuego y a los indígenas que se vistieran a la española. Trataba de impedir nuevos disturbios, y en cierta manera lo consiguió, al menos durante algunos años. Pero, sobre todo, su objetivo era consolidar un nuevo régimen, un alto Gobierno al que todo el pueblo, sin excepción, debiera respeto y obediencia. El ejército era su mejor arma.

Su intervención en las minas, en la agricultura o en las instituciones locales provocó un rechazo constante hacia los peninsulares recién llegados. La última sorpresa la trajo la presentación de un plan de intendencias que, siguiendo los modelos europeos, pretendía dividir el territorio según su conveniencia. Un espíritu de rebeldía se estaba apoderando de la Nueva España, y hasta se hizo saber al rey de la oscura intención de un plan de insurgencia, apoyado por Inglaterra, en México. Sin embargo, Carlos III no prestó oídos a las advertencias de sus funcionarios y continuó inmerso en la expoliación de los recursos y las reformas administrativas, que ya habían empezado a levantar ampollas entre los criollos. Aquellas ideas revolucionarias acabarían siendo la semilla del futuro movimiento insurgente que liberaría un día al pueblo del yugo colonial.

Cuarta parte:

LA VIDA

CAPÍTULO X

Antonio de Allende tardó meses en dar una respuesta a la propuesta de contrato matrimonial que le había transmitido Txomin de la Torre a través del presbítero de Molinar. No le gustaba entablar conversación con el párroco, y quizá por eso fue escueto y tajante, al fin y al cabo no había argumentos para el desproporcionado egoísmo que sentía había nacido en el corazón de su hija Josefa con los años. Echó de menos a María, la mujer con quién se unió en matrimonio y para siempre y, aunque le hubiera gustado, no pudo torcer la voluntad de sus últimos ruegos, y cargó sobre sus cansados hombros la pena de ver perderse la oportunidad definitiva para restablecer la buena hacienda que siempre acompañó a los Allende.

Después de la misa mayor, el último domingo de marzo, don Pedro se sorprendía ante las palabras, parcas y secas, que uno de sus feligreses lanzaba al aire para que él las recogiera:

—Avise al interesado de que no habrá contrato matrimonial, casa y hacienda pertenecen ahora a mi hija mayor.

El párroco quiso decir algo, pero el padre de Manuela alcanzaba con sus largos pasos el pórtico de la iglesia dirigiendo, sin ver, los ojos a la taberna. En la hospedería de los Arechavala don Manuel, cabeza del Concejo, tenía la palabra:

—Es como os digo, el rey culpa a los Jesuitas de instigar los últimos amotinamientos y ha decretado su expulsión de los reinos de España. Los militares se están organizando para sacar a los miembros de la Compañía de sus feudos. Es una actitud ruin y poco inteligente por parte de Carlos III, que va a dejar a los estudiantes huérfanos de maestro.

Así transcurrió el año de 1767, con un nuevo alcalde que repetía por segunda vez en el cargo, la implantación de las recién estrenadas reformas borbónicas, y una amalgama de hilos trasparentes que cosía las relaciones de los habitantes de estos valles. Oquendo y Gordejuela vislumbraban algo de luz en el radiante sol de mayo, una primavera fértil tras las cuantiosas lluvias anunciaba una cosecha de cereal capaz de recomponer los maltratados esfuerzos de los agricultores. El sol brilló aquel verano, derritió nieves y absorbió el agua que volvería a tiempo para mojar los campos. La uva olía a azúcar y la carretera que uniría el Señorío de Vizcaya con la meseta sobrepasaba por entonces la peña de Orduña.

Con el contrato de matrimonio roto, Txomin relajó los encuentros con Manuela, pero no la disuadió de su error, manteniendo su palabra frente a cualquier infortunio, que reforzó sumando regalos, besos y caricias. El ajetreo se apoderó de la antigua torre, con un alcalde dado al diálogo, la información y el gobierno participativo, lo que entretuvo a la joven buena parte del tiempo entre los fuegos de la cocina y el

comedor.

Nela, su sobrina, creció tanto aquellos meses en que regresó el sol al valle que su tía contaba con ella cada vez que emprendía viaje a la villa de Bilbao. Juana había olvidado la pérdida de aquel hijo que no nació con la rapidez con que sus hijas dejaban pequeñas las basquiñas. Con la boda de su prima Josefina, Manuela comenzó a visitar la casa de los Palacio Amabiscar, en Berdugal, y no fueron pocas las tardes que entretuvo sus horas en la compañía de sus habitantes. Le gustaba Josefina, y a menudo se unían a sus tertulias el marido de ésta y el joven Francis, un veinteañero alegre y despreocupado a quien en más de una ocasión Manuela sorprendió observándola de soslayo.

También vivía en Berdugal Rosa de Cruziaga. Su casa era apenas un hogar encendido sobre una piedra en la mitad de una estancia. Alrededor, sin separación, las camas se extendían en hilera, sin otro mueble que un par de arcones viejos y las bacinillas que aliviaban las necesidades nocturnas. Debajo, una cuadra casi desértica se perdía en la oscuridad más absoluta. A Manuela le gustaba sentarse con Rosa, hilar en silencio junto a ella, pero lo que más las unió al cabo de los años fue la virgen de Isasi; casi a diario coincidían o se esperaban para limpiar la ermita de polvo y telarañas.

Y sin que los habitantes del valle se dieran cuenta, el otoño regresó con sus noches heladas y la escarcha pintando blanquecinos los caminos. El alcalde cayó enfermo por aquellas fechas, y la antigua torre de Urrutia se volvió silenciosa por un tiempo, alejada al fin de las acaloradas reuniones que hombres de todo orden habían mantenido al cobijo de sus sólidas paredes y la generosidad de su dueño. Manuela se entregó en cuerpo y alma al cuidado de su señor, afectado por una deficiencia respiratoria que lo mantuvo al margen de la vida social y política durante semanas.

Txomin se apresuró en aprovechar el hueco que dejaba aquella convalecencia en el gobierno local. Mientras Braceras permaneció en cama, él encontró la manera de estar presente y participar con autoridad en cada una de las reuniones, debates y decisiones que se celebraban en el valle. Con la estimable ayuda del presbítero, consiguió que su voz se alzara sobre la del resto y fuera escuchada con la mayor de las atenciones.

Manuela empezaba a desconfiar de aquel hombre que un día la amaba con la pasión desatada de un adolescente y otro la evitaba ignorándola. Podían pasar semanas sin verse ni hablarse, y no fue una única vez que se decidió a tocar la aldaba de la última casa de Isasi. Pero siempre encontró la cara arrugada y descolorida del fiel criado, José de Anieto, al otro lado, quien la recibía y la despedía sin otro argumento que aquel que repetía incansable una vez tras otra: *el amo no se encuentra aquí*. Entonces se alejaba con la vergüenza de haberlo ido a buscar y la duda de si

sería cierto que no estaba en su casa tampoco en aquella ocasión. Después, cuando menos lo esperaba, aparecía jovial y seguro de sí mismo, a menudo con algún regalo que Manuela recibía intrigada y anhelante. En aquel año le llovieron dulces, pañuelos de hilo, telas y unas alpargatas nuevas. Pero también obtuvo desaires y mentiras que tragaba a medias sin saberlo.

Fue ese invierno de 1767 cuando comenzó a despertar de su propio ensimismamiento y a abrirle las puertas al engaño que estaba viviendo. Sabía que no se habían cerrado los acuerdos del contrato matrimonial; su hermana Josefa no dudó en explicarse cuando ella preguntó, pero prefirió creer las palabras de Txomin cuando le pidió que no se afligiera, *tarde o temprano tus hermanas entrarán en razón, qué otra cosa pueden hacer*. Sin embargo, no hubo más encuentros con los Allende, ni reclamos, ni intenciones por su parte de arreglar un contrato matrimonial que quedaba lejos de ser el más conveniente. Aún así, siguió viendo a Manuela, y ésta continuó reclamando el cumplimiento de su promesa.

—Mejor no me busques más hasta que no traigas contigo un acuerdo firmado por mi padre y el cura.

—Está bien, como quieras. Al fin y al cabo, yo no tengo la culpa de que tus hermanas sean unas arpías que no piensan más que en ellas. No me pidas a mí lo que tu sangre te niega, Manuela. Yo no puedo hacer más que lo que hago.

A menudo sus encuentros eran eso, el cruce de frases agrias que alejaban de inmediato a Txomin de su lado. Cuando no podía soportar más sus ausencias lo acogía de nuevo, se dejaba llevar por la esperanza y volvía a querer creer en sus palabras, en las promesas que algún día se cumplirían.

Ese invierno, sin embargo, algo cambió definitivamente. Fue quizá la autoridad que iba adquiriendo en el pueblo, los hombres con que se hacía acompañar, y las prósperas empresas que emprendía y vitoreaba frente al resto, todo apuntaba a que se estaba convirtiendo en el que siempre soñó, un floreciente hombre al que sus iguales empezaban a llamar señor.

El primer día de enero de 1768 Txomin de la Torre y Ugarte se convirtió en alcalde de Gordejuela por primera y única vez en su vida. Tenía entonces 36 años, las deudas de dos caseríos y haciendas cubiertas, y una promesa de matrimonio hecha a Manuela de Allende y Ayerdi que ya no pensaba cumplir.

Cuando los síndicos y regidores anteriores terminaron de presentar las cuentas anuales correspondientes a lo producido por las tabernas, la mistela, el aguardiente o las hierbas y licores, Joseph pidió la palabra.

—Hace años reclamé la regencia de la taberna de El Pontón y, tras esperar paciente el turno apalabrado por otros, deseo tomar al fin mi puesto como tabernero para este año que comienza. Asumo y acepto las ordenanzas establecidas y la

costumbre de no vender vino foráneo mientras haya una cántara de *txakoli* en nuestras bodegas.

Los arrieros también hablaron, esta vez para defenderse de la acusación que caía sobre ellos por retener y esconder el vino castellano para contrabandear después con él. Su argumento no convenció a nadie, pero ante la falta de pruebas el último alguacil decidió dejar en manos del recién estrenado Concejo la solución a problemas que se postergaban con los años. No hubo muchas más intervenciones, se aclararon algunos conceptos claves para el buen funcionamiento del ayuntamiento y los elegidos juraron su cargo bajo el cobijo que les ofrecía la vieja encina de Molinar. Se apagaron las últimas velas y todos ellos se encaminaron sin excepción hacia la hospedería de los Arechavala para celebrar nombramientos y año.

No lejos de allí, en la ermita de Isasi, Manuela barría con determinación la tierra polvorienta que se levantaba del suelo mientras esperaba la llegada de Rosa. Cuando sintió el crujir de sus pasos sobre el hielo del camino, soltó la escoba y corrió al exterior del templo.

—Dime, ¿quiénes han salido?

—No te lo vas a creer, tu Txomin es el nuevo alcalde de Gordejuela.

Eso era todo lo que había podido saber acerca de la reciente votación, que ya corría de puerta en puerta anunciando los nuevos cargos. Pero Manuela no escuchaba lo que le decía, se había quedado en aquella palabra, la de alcalde. ¡Txomin era el nuevo alcalde de Gordejuela! Y lo que más le extrañaba es que no se sentía feliz, algo muy dentro de sí le advertía del peligro de aquel cargo en un hombre con tanta ambición.

—Manuela, ¿me estás escuchando? Te has quedado como pasmada. Yo pensé que te pondrías a saltar de alegría. Ahora sí debes apresurarte con lo de tu matrimonio y casarte este mismo año.

Rosa se alegraba realmente de que a su amiga las cosas le fueran bien. Desde que se conocieron, bajo una tormenta intempestiva que las obligó a cobijarse en la ermita de Isasi, ésta no había dejado de ayudarla. Tenían más o menos la misma edad, pero mientras la pequeña de los Allende vivió una infancia cubierta de atenciones y cariño, Rosa perdió a su madre siendo aún una niña. Desde entonces había tenido que luchar con uñas y dientes por no perder también la casa que ésta le dejó en herencia, mientras su padre, casado de nuevo y aficionado al vino más que al trabajo, la había ido hipotecando una y otra vez.

—Sí, Rosa, claro que te escucho.

—Y entonces dime, ¿qué te parece eso de ser la mujer del alcalde de este valle?

—No seas niña, Rosa, todavía no se puede decir algo así. Ya veremos lo que…

Manuela no pudo terminar la frase. Frente a ellas hacía su aparición la mueca risueña e irónica de Fernanda de Otaola:

—Manuela ¿estás contenta o preocupada?

—¿Por qué he de estar una de las dos cosas, si se puede saber?

—¿No te has enterado? Tu queridísimo Txomin se ha convertido de la noche a la mañana en el nuevo alcalde.

—¿Y en qué me afecta eso a mí?

—Bueno, no sé, quizá no esté bien visto un matrimonio entre un alcalde y una criada.

—No me busques la boca, Fernanda, que no estoy para perder la paciencia contigo. En nada te incumbe lo que sucede en mi vida, ¿me has entendido? Así que mejor te vas con viento fresco a acallar lo que se oye por ahí de ti y de los tuyos.

Y sin darle opción a réplica, empujó hacia el interior de la ermita a Rosa y con un certero golpe atrancó la puerta del templo y dejó tras ella la mueca ácida de la vecina más quisquillosa que había tenido nunca.

—No la puedo ni ver, Manuela, esa mujer es el demonio en persona. Y mira que es joven, pero nada, ni por esas se atreve a sonreír sin sorna. Mejor no le hagas ni caso, que si Txomin te ha dado palabra habrá de cumplirla, no creo yo que se le vaya a subir el cargo a la cabeza y de pronto tú le parezcas poco. Tonto sería, mira lo que te digo, muy tonto.

—No te fíes, que ni yo no las tengo todas conmigo. Pero mejor hablemos de otra cosa. ¿Qué tal ha ido el asunto del arriendo?, ¿ha entrado tu padre en razones?

—¡Qué va a entrar en razón ese zopenco! Ayer, sin ir más lejos, le tuve que ayudar a subir las escaleras porque según llegó al portal allí mismo se dejó caer a dormir la borrachera. Un día de estos se queda en la calle, mira lo que te digo, en la mismísima calle, y no mando a nadie a buscarlo.

—¿Y lo del pago?

—Retrasado, como siempre. No tengo nada que vender salvo la mula, pero es la única que me sirve para sacar algunos dineros, si me deshago de ella nos arruinamos definitivamente.

—No la vendas. Te he traído los reales, a mi no me hacen falta ahora. Y no pongas esa cara, mujer, que cuando saques buen precio a las castañas me los devuelves, como hiciste el año pasado.

Rosa agarró con fuerza aquel saquito de tela que le entregaba Manuela. Pesaba, y dentro las monedas se movían y tintineaban anunciando un pago que año tras año ponía en peligro su casa. Se lo agradeció con la más sencilla de las sonrisas, y una voz sincera que aseguraba pagaría hasta el último céntimo del nuevo préstamo. Volvieron a abrir las puertas para que el polvo saliera fuera, y barrieron y quitaron las telarañas, que insistentes regresaban día tras día a la oscuridad fría de la piedra.

Al igual que en Gordejuela, en el valle de Oquendo también se celebraba el

primer día del año la votación de un nuevo Concejo. En la campa de Escoriaza, abrigados por las ramas frondosas del viejo roble, los vecinos propietarios se afanaban en cumplir los pormenores de un ritual heredado desde tiempos remotos. Las velas se encendían cuando comenzaba la elección, y mientras la luz se mantuviera erguida cabía la deliberación, la discusión y el diálogo. Una vez extinguida la llama la votación tocaba a su fin y el anterior en el cargo alzaba la voz con el nombre de su sucesor. Aquel primer día de enero de 1768 los elegidos fueron José María Ospin, Benito de Laburu y Martín de Udaeta.

Asensio Aldama sintió la mirada de alguien que lo observaba a su espalda. Quiso moverse sin brusquedad, y trató de disimular al encontrarse con la expresión severa y sombría de Bernardo de Abasolo apenas unos metros detrás. Cuando regresó a su posición anterior, Asensio pensó que aquel hombre nada tenía que ver con su hijo, el mismo que trabajaba a su lado cada día en las obras de la nueva iglesia. Ni siquiera le había saludado cuando le alzó la cabeza.

A la votación le siguieron las cuentas y vencimientos de los arriendos del último año, los traspasos y arreglos apalabrados, y un largo debate sobre los elevados costes de la construcción del nuevo templo. Los regidores, tratando de ceñirse a los caudales que Juan de Ibarrola había dejado en donativo para tal empresa, decidieron reducir algunos gastos para no desbordar el presupuesto inicial. Asensio sabía lo que eso significaba, nada de herramientas nuevas al menos en medio año. Tendría que cuidar bien las cuerdas y ramales que todavía conservaba y dejar de ser tan dadivoso con el resto de maestros canteros. Había completado su trabajo en la pared sur y debía avanzar con la misma prontitud en el resto de muros. Volvió el rostro hacía donde, poco antes, se encontró con la expresión inerte de Abasolo, pero ya no estaba. Miró alrededor hasta descubrir su figura avanzando a paso lento hacia el pueblo, con la cabeza inclinada, mirando el suelo. De pronto, se sorprendió al comprobar que un muchacho joven salía de detrás de un matorral y se sumaba al caminar del hombre. Era Nardo, no le cupo duda. Pero, ¿por qué lo había dejado allí, tan lejos de todo, si había decidido traerlo con él en un día como aquel?

Un par de horas más tarde la campa de Escoriaza perdía el eco bullicioso de la primera votación del año. En la taberna, Bernardo esperaba a Asensio.

—No quiero que le meta esas ideas de la Nueva España a mi hijo en la cabeza.

Ni siquiera había saludado. Se dirigió a Aldama con la autoridad de la que solía hacer gala. Nardo, a su espalda, miraba al suelo sin levantar los ojos hacia el maestro cantero.

—Buenos días —le saludó sereno—. ¿De qué ideas me habla?

—De todo lo que usted le cuenta de las Indias. Ya sé que sus parientes se hacen prósperos allí, o eso es lo que dicen, pero usted y yo sabemos que no siempre ocurre de esa manera. Nardo está albergando esperanzas de viajar algún día a aquellas

tierras, y no quiero que sea así.

—¿Y qué problema hay? Es un chico despierto y curioso, y puede…

—Le ruego que no le llene la cabeza de pájaros. Si quiere que siga trabajando con usted, no le hable más de las bienaventuranzas de aquel lugar. Cada uno debe saber el espacio que ocupa en la vida tras su nacimiento, y mi primogénito tiene ya un cometido en la casa de su padre. Si he permitido hasta ahora que trabaje con usted es porque eso le enseñará a valorar su heredad más que ninguna otra cosa.

Con estas palabras Bernardo Abasolo dio por concluida la conversación y dejó a Asensio Aldama de pie, paralizado, incapaz de añadir nada más. Los vio reunirse con el resto de la familia y tomar con decisión el sendero que asciende a Otaola. *Esto que me pides, Abasolo, va a ser difícil, muy difícil* —pensó mientras se mezclaba con el resto de hombres del valle.

A las hermanas Tomasa y Maricruz Arza se las veía siempre juntas. Caminaban de igual modo, vestían las mismas oscuras y gastadas ropas, se cubrían la cabeza con pañuelos remendados, y cuando hablaban era difícil distinguirlas si no se las tenía en frente. Tomasa era la más joven, y aunque la mueca de su sonrisa resultaba tan ofensiva como la de Maricruz, carecía del ingenio dañino y malsano de su hermana mayor. Eran altas pero no esbeltas, la largura de sus piernas se veía desproporcionada bajo un tronco sin formas ni cuello. Tenían la nariz aguileña, y la pequeña lucía la desdicha de una verruga oscura y rugosa al final de su ojo izquierdo.

Procedían del valle de Mena y, pese a ser dos mujeres realmente feas, habían logrado casarse con dos mozos libres de Gordejuela, que sin carácter ni gobierno vieron cambiar sus vidas en un santiamén. Ellas mismas se encargaron de buscar una casa con dos puertas en la cuadrilla de Ibarra, e instalaron allí su nuevo hogar. Tomasa encontró un trabajo a medida para su marido, José de Anieto, como criado fiel de un pariente, que por sorpresa había regresado de las Indias con buenos caudales. Lo puso al servicio de Txomin de la Torre sin miramientos, compartiendo las ausencias junto a su hermana Maricruz, cuyo marido, Sebastián de Larrea, pasaba la mayor parte del tiempo lejos de Gordejuela, ofreciendo no se sabía bien qué asistencia al rey. Como resultado de aquello, las dos hermanas siguieron gobernándose solas pese a estar casadas.

La noticia de que su primo Txomin había salido elegido primer alcalde debió de producir un gran alboroto en sus descalabrados cuerpos, porque no esperaron ni dos días para acercarse a Isasi a prodigarse en atenciones con el nuevo dirigente del Concejo. Empezaron a revolotear por allí como dos cuervos hambrientos, paseando a cualquier hora por los caminos de la fuente y fisgoneando sin otro cometido en las huertas y portales de los vecinos. En una ocasión Zurrape las sorprendió husmeando en la cuadra de su señor, y no dudó en alzar la hoz amenazante hasta verlas correr bien lejos.

A decir verdad, las Arza no cultivaban buenas relaciones entre los habitantes de Gordejuela, como probablemente tampoco lo hicieran en su valle natal mientras crecieron. Sin embargo, sus largas lenguas, dadas a la habladuría y el chismorreo, atraían con facilidad a los interesados en la vida ajena, que, por otro lado, no escaseaban en estas tierras. Para Fernanda de Otaola la aparición de las dos hermanas por los senderos de Isasi supuso una novedad interesante que no dudó en aprovechar, mientras que para Manuela resultaban incómodas e inoportunas. La primera vez que Rosa la oyó llamarlas ‘*las urracas*’ estalló en una carcajada que no dejó bicho vivo al interior de la ermita que se afanaban en limpiar.

Por aquellos días Manuela se sentía agitada. Esperaba impaciente que Txomin apareciera de un momento a otro en la puerta de la casa de Urrutia, o en los senderos, la ermita o cualquier lugar que antes frecuentaban con tanto entusiasmo. Vigilaba el camino, escuchaba con atención el sonido de algún caballo que se acercaba, y, sobre todo, espiaba a las Arza, porque de algún modo se sentía observada por ellas, como si esperaran que cometiera una imperdonable imprudencia.

Txomin tocó la aldaba de la torre de Urrutia una de las últimas tardes de aquel enero. Venía con un chaleco muy ceñido, un pañuelo nuevo al cuello y un sombrero más alto de lo que acostumbraba a usar. Manuela, al abrir la puerta, no pudo reprimir una risa burlona por la apariencia de estrenado señor que traía con él. Txomin tomó con buen talante aquella expresión sincera y la empujó hacia el interior del portal, cerrando tras de sí la chirriante madera.

—He de conversar con tu señor. Se que se encuentra convaleciente aún, pero urge conocer algunas cifras concernientes al grano del año anterior. ¿Crees que me podrá recibir? ¿Cómo está su salud?

—Está mejor, seguro que se alegra de verte, hoy ha amanecido con ganas de charla. Pero yo también estoy aquí y necesito hablar contigo.

Él la abrazó con ligereza, la besó, y mientras ascendía los peldaños de dos en dos y alzaba el brazo con el sombrero en la mano, le dedicó una amplia sonrisa y le prometió que después tendrían todo el tiempo del mundo, *ahora he de entrevistarme con mi antecesor. Dime, ¿se encuentra en el comedor?* En ese instante Manuela creía haber recuperado la confianza en él, en él y en aquel romance que bailaba melodías impredecibles.

Les sirvió vino y sopa, y mientras hablaban junto al fuego sobre los cobros del grano, los molinos y la siembra, ella se retiró a la cocina a esperar paciente. La entrevista entre los dos hombres apenas duró una hora, tras la cual Braceras dijo sentirse cansado y se perdió al interior de su alcoba. Fue entonces cuando Txomin invadió la cocina con su nueva presencia de hombre de gobierno, y sin darle oportunidad para reaccionar, aprovechando la oscuridad que la tarde de invierno le regalaba, se abalanzó sobre ella, la alzó en brazos y con un único movimiento la sentó en la mesa. Allí mismo, en el silencio más sórdido, con la prisa de un ladrón, se abrió paso entre sus ropas, retiró basquiña y saya, apretó su cuerpo al de la mujer y se desahogó con una urgencia atolondrada. En tan sólo ese instante ella volvió a perder la confianza recobrada apenas un par de horas antes. Lo miró bajar las escaleras, calándose el sombrero y atándose la capa al cuello, y no pudo decirle una palabra porque el que salía por la puerta no era Txomin, sino el aliento que ella necesitaba para seguir adelante con aquella farsa.

Nunca pudo olvidar esa tarde, y aunque trató de esconderla entre los claroscuros de la memoria, volvía una y otra vez acompañada por una arcada de orgullo y rabia.

Pasó la noche en vela, y apenas llegó el amanecer un sudor frío le empapó por completo la piel, haciéndola enfermar. Cuando Teresa, alarmada por la tardanza, tocó sigilosa en la puerta de su alcoba, Manuela le pidió que entrara y la ayudara. Apenas se podía incorporar, el temblor de un escalofrío que no acababa se había apoderado de ella, agitándola. Los ojos le escocían tanto que no se atrevía a abrirlos; le dolían las encías, los dientes y la garganta; los brazos le caían a los lados del cuerpo, inertes, sin fuerza ni vida, y una quemazón intensa germinaba en sus entrañas retorciéndola de dolor.

Quiso asirse al brazo de la criada pero tuvo que desistir, sus manos no llegaron a separarse del viejo colchón. Teresa, alarmada, anunció que avisaría al señor, pero Manuela exprimió sus últimas fuerzas para impedirlo.

—No, Teresa, no es para tanto, sólo necesito descansar unas horas.

—Está bien. Te voy a preparar un caldo caliente.

—Sí, pero antes echa algo más de ropa a esta cama para que no muera de frío.

—¿Tanto frío tienes? Quizá te haya subido la temperatura, convendría avisar al cirujano.

—Déjate de sustos y hazme una manzanilla para aliviar la sequedad de mis ojos, que niegan la claridad del día. Y atiende a don Manuel, no te olvides de él.

Teresa corrió a la cocina, donde encontró a Zurrape agazapado todavía junto al fuego. El frío del exterior le retenía al calor de la lumbre.

—¿Y Manuela?

—Ha caído enferma, le arde el cuerpo. Igualito que el señor.

—¿Enferma? Manuela nunca se ha puesto enferma, nunca le he oído una tos o quejarse de un dolor.

—Pues le ha llegado todo de golpe, porque hoy no puede ni levantarse.

—Entonces voy corriendo a por el cirujano.

—Eso pienso yo, pero ha dicho que ni hablar, que para esta tarde estará mejor. Ya la conoces. Y nada de alarmar al señor, ¿me has entendido?

—Está bien, como queráis, pero vigílala de cerca. Estaré en las cuadras, avísame para lo que pueda ser bueno.

Zurrape salió por la puerta de la cocina y regresó apenas un segundo después, con la cara contrariada y la duda instalada en el frunce de su ceño.

—¿Será que ya lo sabe, Teresa? Porque eso sí sería motivo para que se enfermara.

—Yo también lo he pensado, pero no veo cómo ha podido enterarse, no he visto por aquí a nadie últimamente, y ella tampoco ha salido.

Manuela no se movió de su cama durante días. Teresa entraba y salía de la alcoba a cada rato, le traía caldos, le daba friegas para bajarle la calentura, le limpiaba los ojos con agua de manzanilla y se sentaba a su lado hasta que la sentía dormir.

Después se alejaba más silenciosa aún de lo que había entrado, con la bacinilla en la mano, apresurada por las horas que transcurrían y los quehaceres diarios que se le acumulaban. Zurrape y don Manuel la asaltaban por los pasillos para preguntarle por el estado de la enferma, le insistían con la posibilidad de traer con ellos al cirujano, y volvían a esperar.

Poco a poco la temperatura de aquel cuerpo repentinamente enfermo comenzó a descender, dejaron de dolerle los músculos, podía levantar los brazos con suavidad y abrir los ojos para ver la luz de la mañana filtrarse por una rendija que dejaba la ventana. Se fue recuperando, pero no del todo, porque la arcada de orgullo y rabia estuvo con ella hasta el final del invierno, y volvería muchas veces durante su vida a recordarle aquel encuentro, el gesto obsceno y las manos frías de él robando la tibieza de su cuerpo.

Se levantó cinco días después y don Manuel lo celebró con la alegría de un padre que recupera la salud de un hijo. Profuso en atenciones, vigilaba lo que comía, abrigaba sus tardes con buena conversación, y le prohibió cualquier tarea que no fuera la de su propia recuperación. Y así febrero la encontró sonriente y fuerte, aunque sólo fuera disimulando ante los que la habían cuidado con tanto celo.

Cuando Teresa conoció las intenciones de Manuela de acudir a misa al siguiente domingo, decidió que había llegado el momento de hablar con ella y desvelarle lo que con tanto esfuerzo guardaba en silencio.

—No te vayas aún a tu alcoba, que tengo que conversar contigo esta misma noche a más tardar.

Obediente, esperó a que todos se acostaran para quedarse a solas con la criada. Se sentaron junto a la lumbre que se consumía lentamente en el hogar y se miraron pensativas, Teresa tratando de encontrar las palabras más adecuadas, y Manuela intrigada por conocer aquello tan urgente que no podía esperar a la mañana siguiente.

—Verás, parece que se están diciendo cosas feas en el pueblo, cosas bien feas.

—¿Qué cosas?

—Cosas sobre ti.

—¿De mí? ¿Y qué dicen?

Teresa empezaba a dudar si había sido una buena idea, pero ya no podía dar marcha atrás, la mirada curiosa de Manuela no le dejaba más opción que continuar con aquello que había comenzado.

—Creo que se trata de algo grave y tienes que saberlo. Ya no puedo ocultártelo más, sobre todo ahora que dices que vas a ir a Molinar…

—Por Dios, Teresa, me estás poniendo nerviosa. No es tan difícil, sólo dime qué hablan de mí.

—Que has tenido tratos ilícitos con varios hombres, antes incluso que con La Torre.

Manuela se puso de pie, miró a Teresa desde unos ojos incrédulos, la tez pálida y los puños cerrados. Y, al contrario de lo que hubiera deseado, su voz sonó apagada, como un susurro quedo, haciendo esfuerzos para salir.

—¿Quién puede decir una cosa así?

—No sé de dónde ha salido esa blasfemia, Manuela, pero todos lo comentan, hablan de ello, ya sabes cómo es la gente en el pueblo.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo?

—Sí, Teresa, ¿desde cuándo hablan?

—Pues, desde hace días, desde antes que enfermaras.

—¿Tanto tiempo? ¿Y nadie me ha dicho nada?

—Te lo pensaba decir entonces, pero no tuve valor. Te lo digo ahora, antes de que salgas por esa puerta, porque sé que es mejor que vayas prevenida, por lo que te puedas encontrar fuera de estas paredes que te protegen.

—¿Quién más lo sabe? En esta casa, digo, ¿quién más lo sabe?, ¿está enterado de esto el señor?

—Sí, Manuela, él también está al tanto, y Zurrape, y yo creo que no hay nadie en todo el valle que no lo haya oído. Pero no todo el mundo lo cree, no vayas a pensar eso…

—Y Rosa, Juana o mi prima, ¿por qué ninguna me ha dicho nada?

—Por la misma razón, porque necesitabas reponerte. ¿Qué podías hacer, si no tenías fuerzas ni para hablar?

—¿Y desde cuándo dices que se comenta algo así?

—No lo sé bien, yo me enteré el día anterior a que enfermaras.

Los ojos verdes de Manuela se quedaron fijos en las llamas que se restablecían en el hogar. En ellos brillaba la sangre de la última estocada recibida.

—Pero eso es mucho tiempo para no haber reaccionado, para no haberme defendido ante las injurias de los otros. Han tenido tiempo y libertad para difamarme a gusto, para deshonrar a los míos. *El que calla otorga*, habrán pensado, y yo aquí, encerrada al mimo de mi señor, ignorante de todo. No es justo, me teníais que haber dicho lo que pasaba, alguno me tenía que haber contado… Padre también ha estado aquí, a visitarme, y no me ha dicho nada, y trajo a Nela con él, a mi Nela, quizá ella también haya oído algo y tampoco se ha atrevido a contármelo. Nadie, nadie me ha dicho nada,…

Se agarró con fuerza a la silla para no caerse. Un mareo prolongado le hizo perder la visión, la fuerza y el ánimo. Teresa gritó el nombre de Zurrape alertada por la palidez que adquiría su rostro. Entre los dos la llevaron a la cama y cuando el hombre salió de la alcoba la enferma se asió como pudo al brazo de la criada y, con un hilo de voz, le exigió que le contara todo, sin dejarse nada.

—Mañana, Manuela, te prometo que mañana lo sabrás todo. Pero, por favor, ahora descansa.

Esa noche la que no logró conciliar el sueño fue Teresa quien, sentada en una silla, junto a la cama de la enferma, vigiló con atención cada respiración y movimiento de la mujer que dormía a su lado. La mañana las sorprendió con el sonido del crepitar del fuego en la habitación próxima. La criada se levantó y trató de estirar los huesos entumecidos por la mala postura. Antes de salir al pasillo escuchó la voz firme y serena de Manuela:

—Espérame en la cocina, no tardo.

Encontró a Zurrape azuzando el luego del comedor. La luz de las primeras llamas se reflejaba en su rostro, y en el pelo que le caía sobre la cara, haciéndole parecer alguien lejano, de otra tierra, con la tez color cobre, brillante.

—¿Cómo está? —le preguntó al verla.

—Bien, está bien. Se está levantando.

—Se lo contaste todo.

—No, no pude, mira cómo se puso. Pero tiene que saberlo, no me pienso callar nada, tiene que saberlo todo.

—Anoche nos dio un buen susto.

—Sí, pero hoy ya es ella, su voz no miente, no habrá más desmayos. ¿Hay buen fuego en la cocina?

—Sí. Ese es el primero que he avivado.

Teresa se adelantó hasta el hogar. Un escalofrío la hizo agitarse al sentir el calor de la lumbre próxima a la piel. Miró por la ventana, al exterior se percibía la escarcha cubriendo el campo, una niebla blancuzca emanaba del suelo húmedo tratando de ascender hasta disiparse. Estaba amaneciendo en el valle. Manuela entró en la cocina y se sentó en la misma silla que siempre ocupaba, vestía una basquiña oscura y una prenda de lana que le cubría el pecho y los hombros. El pelo recogido en la nuca, la cara lavada y la mirada otra vez clara. Comieron en silencio y fue ella misma quien atendió a su señor cuando éste se presentó ante ellos.

—Al fin solas, Teresa. Deja eso y siéntate aquí conmigo.

La criada se secó las manos con el delantal, y sin dejar de enroscarlas con la tela ocupó el lugar que le indicaban.

—Cuéntame todo lo que sepas.

—No te enfades conmigo, sé que tienes razón, que debí decírtelo antes, pero temí por tu salud.

—Eso ya no importa, pero ahora necesito saber todo lo que está pasando ahí afuera, tengo que saber qué blasfemias son esas que caen sobre mí.

—Dicen que tuviste tratos con dos hombres mayores que tú, con uno de ellos cuando sólo eras una jovencita, viviendo todavía en casa de tu padre.

—¿En casa de mi padre? ¿Con quién?

—Con Romarate.

—¡Con Romarate! ¿Y con quién más?

—Con el señor de esta casa. Pero eso siempre ha estado ahí, ya lo sabes, siempre se ha dicho que el señor y tu…, pues eso, que a todo el mundo le llama la atención cómo te trata y el cariño que muestra por ti.

—No tienen más que envidia, eso es lo que les pasa.

—También dicen que te has encerrado en más de una ocasión con La Torre en su alcoba, y en la tuya, y que has tenido tratos inconvenientes con él. El caso es que han inventado cosas, te tachan de fresca y deshonrosa,…

—Pero, ¿quién ha podido hacerme algo así? ¿Por qué quieren perjudicarme tanto? Sólo puede ser la envidia de verme en acuerdos de matrimonio con Txomin, y ahora que es alcalde no lo toleran.

—El otro día escuché algo, y yo creo que no me confundo si digo que esa ha sido Maricruz Arza, que de tanto pulular por aquí como una gallina clueca algún trapo sucio tenía que llevar con ella.

—¡La *urraca*!

La voz de Manuela sonó estrepitosa, y acto seguido se tapó la boca con la mano, como queriendo guardar en secreto el nombre de quien la difamaba. Se le llenó la cabeza de imágenes de las Arza hablando mal de ella con cualquiera que se encontraban, paseando por Isasi, haciendo partícipe a Txomin de sus charlatanerías, sembrando dudas sobre su honor y su honra. Sintió que la sangre le hervía, se enfureció consigo misma, estaba rígida, tensa, erguida sobre las puntas de los pies, queriendo respirar un aire que no encontraba. Y entonces Teresa, decidida a llegar hasta el final, la remató.

—Manuela, hay algo más. No sólo hablan de tratos con hombres, dicen que has parido dos hijos y que los has enterrado bajo las parras de tu casa de Zubiete.

—¡Santo Dios, qué barbaridad!

En ese momento Zurrape entró en la cocina. Traía la cara enrojecida y el cuerpo encogido de haber estado agazapado tras la pared, esperando el momento de interrumpir aquella conversación que le hacía doler las entrañas.

—Pienso ir a buscarlas y les pediré cuentas. No voy a dejar ni un pelo en la cabeza a esas malditas brujas, te lo juro —aseguró santiguándose.

Manuela se levantó, se acercó despacio hasta la ventana y observó a través de ella la mañana fría que se extendía sobre el valle, el sendero hasta la ermita, los árboles cristalizados por la reciente helada, y el reflejo de un sol tímido que hacía esfuerzos por asomarse.

—No harás nada, Zurrape, nada. Yo me entiendo. Y ahora a trabajar, que parece que se ha instalado la holgazanería en esta casa y eso no lo voy a consentir. ¡Todo el

mundo a sus quehaceres!

El sol acabó por animarla a salir de casa. Todavía quedaba escarcha entre la hierba, y las zonas más sombrías de algunos árboles parecían de piedra, pero los tímidos rayos que lograban filtrarse hasta alcanzar su desmejorado cuerpo la calentaban lentamente, fortaleciéndola. Abrió la ermita y entró a visitar a la virgen de Isasi, a ella se encomendó antes de iniciar el descenso a Molinar, y de allí a la casa de Joseph. Lo había pensado mucho, le había dado mil y una vueltas en su cabeza, y siempre volvía la misma idea: su hermano sabría qué debía hacer. A buen seguro, él y Narcisa también estarían al tanto de todas las habladurías de las que le había informado Teresa. Entre los dos le ayudarían a tomar una decisión para enfrentar a *las urracas*, y al pueblo entero si era necesario.

Desde que cogió el relevo de la taberna de El Pontón, Joseph y su familia se habían trasladado allí por un año, buscando aligerar deudas y emprender nuevas empresas. Quedaba lejos de Zubiete, siguiendo la calzada real y dejando atrás Molinar, en dirección a Irazagorria. Una rama de laurel asomando a la fachada le indicó que ya había llegado. Uno de sus sobrinos, al verla traspasar el umbral de la puerta abierta, la anunció al resto con gritos de alegría, y enseguida toda la familia se arremolinó en torno a ella. Manuela se sentó a la mesa y quiso ponerse al día de las nuevas cosas que les había traído la taberna. Joseph se mostraba contento, seguro de que aquella decisión aportaría al fin tranquilidad a su maltrecha economía. Sin embargo, Narcisa, sin desdecir a su marido, acabó por añadir algo de realismo a la idílica presentación que éste estaba haciendo de sus vidas.

—Sí, estamos contentos, eso es cierto, como también lo es que todo es poco para sobrellevar estos tiempos. No faltan reclamos de deudas pendientes y hay que seguir sacando a estos hijos adelante, cueste lo que cueste…

Así se fueron haciendo cada vez más visibles los muchos pesares que oprimían la vida diaria. En la última semana el escribano de Oquendo, don Antonio de Castillo, había promovido autos contra Joseph sobre la paga de 453 reales de vellón que faltaban para la liquidación de una mula que compró años atrás. En aquella ocasión el escribano había actuado como fiador, y ahora reclamaba la parte que faltaba para completar lo que había costado el animal. Las cosas en casa de Joseph iban como siempre, envueltas en escasez, y con un nuevo alumbramiento a la vista. Narcisa restaba ya las semanas que le faltaban para parir una nueva criatura con que agrandar, todavía más, la larga lista de hijos que había traído al mundo. Hablaron de todos y cada uno de ellos, y también de Antonio, y del malogrado contrato matrimonial que no había llegado a resolverse. Joseph y Narcisa no se explicaban la actitud de Josefa, dispuesta a dejar que la hacienda de los Allende se arruinara antes de entregársela a su hermana pequeña. *Si al fin y al cabo, tuyo será tarde o temprano, porque esas dos*

no se casan, bien lo sabe Dios, y cuando ellas mueran acabará en tus manos por ley natural, se quejó su hermano.

Manuela ya no podía retener por más tiempo las palabras que sabía corrían de boca en boca por el pueblo, y les preguntó sobre lo que ellos sabían. Joseph tomó aire, miró a Narcisa primero y después a ella, y volvió a sentir la rabia que le había producido el comentario que escuchó allí mismo, en su propia casa, una tarde de domingo, en la voz de unos hombres que dudaban de la doncellez de una moza del pueblo. Por descuido de uno de ellos pudo oír el nombre de La Torre y después el de Braceras, y enseguida supo quién era la mujer de la que se hablaba con tanta ligereza. Aquella noche cerró la taberna antes de lo que acostumbraba, con los puños heridos y las jarras rodando por el suelo. Desde entonces nadie se había atrevido a contarle nada de lo que se decía en el pueblo, ni siquiera su mujer.

Manuela les narró con detalle lo que había sabido por Teresa y aunque en un primer momento creyó que no podría frenar a su hermano, que parecía decidido a arrollar a *las urracas* con su furia, entre las dos mujeres lograron calmar su genio y hacerle pensar en una salida más hábil y fructífera.

—Lo que podría solucionar todo esto es el matrimonio. Aunque resulte difícil por la testarudez de Josefa de no ceder al contrato que pide, tienes que hacer que Txomin te cumpla la palabra que te ha dado. Es la única manera de callar las habladurías.

La charla se alargó todavía durante un rato, hasta que los clientes empezaron a requerir la presencia de los taberneros. Nela quiso acompañar a Manuela en el camino de regreso. El resto del sendero lo recorrió con las fuerzas justas para llegar a la torre de Urrutia, sentarse en su silla al lado de la lumbre y dejar que la criada le abrigara el cuerpo con vieja ropa de lana. En su mente, la idea de hacer cumplir a Txomin la palabra dada se iba haciendo fuerte, tomando presencia, exigiendo su espacio.

Las noches se volvieron largas, insomnes, caprichosas. A ratos lograba conciliar un sueño ligero, insuficiente, lleno de recuerdos que se mezclaban sin orden ni sentido, pero la mayor parte del tiempo rodaba a un lado y a otro sobre el colchón, se incorporaba, paseaba por la habitación hasta quedarse fría, entumecida, agotada. Una de aquellas tardes retomó el rezo del rosario en la ermita de Isasi, y a la primera mirada acusadora que se enfrentó fue a la de Fernanda de Otaola.

—Buenas tardes, Manuela, ¿cómo te encuentras de tu enfermedad?

—Recuperada.

—Claro, ¡con tantas atenciones como te brinda tu señor!

Sus ojos verdes miraron a un lado y a otro antes de posarse en las insípidas pupilas de la mujer que hablaba, y no hizo falta ni un gesto más, porque Fernanda se giró sobre sus talones y regresó al lado de su madre desenroscando las cuentas del

rosario que se le habían enredado entre los dedos.

Dos días después se vestía para asistir a la misa mayor en Molinar. Acudió temprano y entró en la iglesia antes que los demás. Francisca, ocupada desde niña en arreglar y preparar el oficio parroquial, la recibió con una sonrisa al verla arrodillarse junto a la sepultura familiar, con una vela encendida y un pañuelo negro cubriéndole la cabeza. Al salir a la plaza el brillo del sol le nublo la vista un instante, y cuando logró al fin distinguir las caras de los presentes tenía frente a ella la sonrisa de Juana.

—Por fin te has restablecido. Estas más delgada, y más pálida, ¿cómo te encuentras?

—Bien, estoy mejor. ¿Te acompaño hasta tu casa?

—Sí, y quédate a comer con nosotros, hace días que los niños preguntan por ti.

—No, a comer no me quedo, pero sí te acompaño, así me puedes contar…

Manuela no logró acabar la frase. La imagen de las hermanas Arza cruzando la plaza la paralizó. *Mira a esas urracas, Juana, míralas bien porque no les queda mucho tiempo en este valle*. Lo dijo para sí, tan bajito que la propia Juana apenas la entendió, pero quien sí pudo oírla fue el párroco, que se había acercado a ellas con intención de preguntar por su salud y la de su señor. Manuela comprendió, por la cara de don Pedro, que él sí la había oído.

—No me mire así, ¿acaso desconoce las blasfemias que echan sobre mí esas dos falsas devotas? Si estuviera en mi mano andarían bien lejos de aquí.

—Hija, el odio no es un buen compañero.

—¿Y la blasfemia si lo es?

La repentina presencia de su padre suavizó la expresión de Manuela y ahuyentó al presbítero. Nela, seguida de sus hermanos menores, también se acercó a su tía, y ésta se olvidó de las miradas, las habladurías y hasta de las Arza durante aquel breve momento. Después, mientras acompañaba a Juana a su casa, compartió con ella el consejo de su hermano mayor y ambas concluyeron que esa misma tarde debía buscar a Txomin y hablar con él.

La puerta de la última casa de Isasi estaba cerrada. Fuera no había nadie. Se aproximó a la aldaba, pero antes de hacerla sonar retrocedió unos pasos, y se paró a contemplar la fachada que miraba al valle desde lo más alto. Allí terminaba el único camino, alrededor sólo había montaña, montaña espesa y cerrada de arbolado. Recordó los días en que trabajó a contrarreloj para acomodar la vivienda al nuevo inquilino, habían pasado sólo cuatro años y, sin embargo, le parecía su vida entera. La mente se le llenó de besos, de caricias recibidas al cobijo de aquellas piedras, sobre un colchón que ella misma había mandado comprar. Lo sintió de nuevo, con el pecho desnudo, señalándole las casas del valle desde el interior de esa misma fachada, tumbados sobre la paja del camarote, asomados al frío de la tarde; y se contempló a sí

misma, envuelta en un mantón de hilos verdes, jugando a adivinar las chimeneas humeantes de los vecinos lejanos, riendo y soñando con tiempos largos, muy largos y cálidos.

No llegó a tocar la aldaba. Cuando estaba a punto de dejar caer sobre la madera el frío trozo de hierro que pendía de una argolla en el centro de la puerta, Txomin apareció por el camino de Isasi. Se bajó del caballo con una mueca de extrañeza, sorprendido por la inesperada visita.

—¿Ocurre algo?

—Sí. Tengo que hablar contigo.

—No será tan urgente, mujer. No hay nada que no pueda esperar. Ahora tengo varios asuntos que atender y no puedo perder ni un…

—Esto no puede esperar. He venido a pedirte que cumplas la palabra de matrimonio que me diste hace ya tiempo.

Txomin creyó intuir de dónde procedía el tono de esa exigencia y la invitó a entrar. Se sentaron junto a la lumbre encendida del comedor y esperaron a que la criada los dejara solos para seguir hablando.

—¿A qué viene esto, Manuela?

—Has de cumplirme la palabra que me diste, ya no se puede esperar más.

—¿Estás preñada? Porque si es eso puedo ayudarte a buscar una solución más conveniente. ¿Cuántos reales necesitas para deshacerte de ello?

Manuela torció el gesto y miró hacia otro lado para decidir que no prestaría atención a aquellas palabras que acababa de oír. Alejó la respuesta que luchaba por abrirse paso, ya pensaría en ello más tarde, y centró sus energías en las razones que le habían llevado hasta allí. Llevaba días queriéndose convencer de que Txomin, una vez al tanto de todo lo que se murmuraba, accedería sin reservas a cumplir su palabra. Sin embargo, la propuesta que le acababa de ofrecer a una posible preñez empezaba a sembrar serias dudas sobre lo que obtendría de aquella conversación. Tomó aire y comenzó a hablar.

—Han levantado injurias sobre mi doncellez y mi honra, todo el pueblo habla de nosotros como dos amancebados, dicen que ando en tratos ilícitos contigo en esta casa y en la de mi señor, y Dios sabe cuántas cosas más que no llegan a mis oídos. Cuanto antes se celebre este matrimonio antes callarán las malas lenguas.

Trataba de no temblar, de no encolerizarse, pero según avanzaba su discurso perdía serenidad mezclando ira y angustia en la misma frase; lo mismo se acercaba al cuerpo de él suplicando su consuelo que se alejaba airada y enfurecida, culpándolo de una situación tan violenta y desagradable. Txomin, a su vez, trataba de ganarla de nuevo, la calmaba y la escuchaba, quería, necesitaba que se sintiera segura, que confiara en él para no tener que ceder ni un ápice del plan que su mente había urdido hacía mucho tiempo. Manuela hablaba de las Arza sin disimulo, con el odio

impregnando su voz, sus gestos, su mirada, y le exigía que respondiera por ella, que la llevara del brazo ante todos y le cumpliera de una vez y para siempre la promesa que le había hecho y por la que ella se entregó sin recelo. Le detalló lo que Teresa, Narcisa o Juana se habían atrevido a contarle, e imaginó en voz alta lo que, avergonzadas, no le llegaron a decir para no desesperarla. Habló de su padre, del buen nombre de su familia, y de la deshonra que se ceñía sobre el recuerdo de su difunta y santa madre. Dijo tanto y tan alborotado que acabó ofreciéndole, además de la dote que por cuna le correspondía, sus aparcerías y los pesos que Domingo Narciso añadiría generoso a un buen contrato de matrimonio. Cuando al fin se quedó callada, la tarde había empezado a oscurecer.

—Manuela, mi pequeña Manuela, todo lo que dices es cierto. No soy hombre de palabra. Hace mucho tiempo que debí cumplirte, pero las negociaciones del contrato se rompieron definitivamente, tus hermanas no van a donarte la heredad de los Allende y yo, con mi posición, no puedo pretender ya menos. Lo que me ofreces es honroso por tu parte, pero no suficiente. Déjame pensar qué podemos hacer, cómo acallar esas habladurías insidiosas sobre tu doncellez. Piensa que todo tiene remedio en la vida, todo menos la muerte. Buscaré una solución a lo que te aflige, la mejor solución para todos…

—¡Txomin, sólo hay una solución para esto!

—Ten calma, mujer, no es momento de matrimonios.

—¿Y cuándo ha de llegar ese momento?

—No lo sé, quizá no pueda llegar, quizá no estemos hechos para formalizar un contrato así. Piensa lo que dirían si ahora nos casamos, eso confirmaría lo que ya sospechan, que nuestros tratos han sido de incontinencia. Estaríamos en boca de todos y…

—¡Pero ya lo estamos!

—Sí, pero no es conveniente, nada conveniente para mi carrera, piénsalo bien. Estoy tratando de llegar más alto, abrirme sitio en el Señorío de Vizcaya. No puedo entretenerme ahora en contratos matrimoniales, en casamientos y enredos similares.

Manuela se levantó de un salto de la silla que ocupaba y comenzó a caminar a un lado y a otro de la habitación, andaba como fiera enjaulada, buscando un resquicio en su razón para no abalanzarse sobre aquel despreciable hombre que la estaba abandonando desde la cobardía más absoluta.

Txomin vio la furia enrojecer la cara de ella. Se levantó y, cogiéndola de los brazos, trató de aproximarla a su cuerpo para calmarla. Lo que obtuvo fue un mordisco en un antebrazo que le hizo gritar, más por la sorpresa que por otra razón.

—Te has vuelto loca, definitivamente loca.

—No, loca no, desesperada. Vas a cumplir esa promesa aunque sea lo último que hagas, Txomin, ¡lo último!

—Espera, siéntate, no es forma ésta de solucionar las cosas. No me has entendido bien, lo más importante ahora no es pensar en un matrimonio, sino en demostrar tu doncellez, y eso podemos hacerlo.

No daba crédito a lo que escuchaba. Tardó en recuperar el ritmo de su respiración, tomó un sorbo de la jarra de vino de él, y por fin se sentó. Lo miraba como aturdida, con extrañeza. Si había una forma de demostrar algo que ya no era, necesitaba saberlo. Txomin apuró la jarra de vino hasta el final antes de empezar a hablar.

—Se me ocurre que te ofrezcas a prueba con matronas para que todo el pueblo sepa que eres una mujer sin falta ni tacha, entera en tu doncellez y honra.

—Ahora sí, no entiendo nada. ¿Acaso he soñado las intimidades en que hemos caído?

—No, claro que no. —Y no pudo disimular la sonrisa que le trajo el recuerdo de los buenos momentos vividos—. Pero si te ofreces para que las matronas te revisen da por hecho que asegurarán haberte encontrado inmaculada, para eso son buenos mis reales. Tú sólo tienes que sugerir que te realicen un examen para poder defender tu honra, del resto me encargo yo y asunto resuelto, nadie volverá a creer una palabra a esas, cómo es que las llamas, *¡urracas!* —Y siguió sonriendo, convencido de que había encontrado una salida a aquella engorrosa situación.

—Dios mío, qué idea tan retorcida. No pienso prestarme a eso, Txomin, ni soñando voy a dejar que me urgen buscando lo que no hay. Tú me lo quitaste con tu palabra de matrimonio y habrás de cumplirme, como me llamo Manuela de Allende que habrás de cumplirme, ¡habrás de cumplirme!

Salió de aquella sala despacio, dejando tras de sí las últimas palabras dichas sin gran esfuerzo, sin alzar la voz, sin esperar respuesta. Llegó a la antigua torre de Urrutia sin prisa, confiando que el frío de la noche, que se instalaba definitivamente en la loma de Isasi, la despejara del velo de confusión que se adueñaba de su mente. Recordó a Lucía de Arechaga, el día que Juana abortó, el hoyo que cavó bajo la vieja parra de Zubiete, y un escalofrío le recorrió la espalda erizándole la piel; eso mismo era lo que Txomin esperaba que hiciera si engendraba un hijo de él.

Don Manuel anunció repentinamente su viaje. Un hombre a caballo había traído con él esa misma mañana un mensaje desde la Real Chancillería de Valladolid. El requerimiento lo realizaba su único hijo, Vicente, para tratar asuntos de familia y futuro.

Cuando su esposa murió, Braceras no supo cómo enfrentar la crianza del hijo que le había dejado. Muchos solucionaban un problema así casándose de nuevo, y no faltaron candidatas de buen nombre dispuestas a cumplir con el papel de esposa y madre. La primera en ofrecerse, y también la más adecuada, fue su propia cuñada, la hermana menor de la difunta, pero para don Manuel resultaba impensable acomodar en su casa y en su cama a otra mujer. La joven hermana se entregó a la crianza del pequeño Vicente con la esperanza de que el tiempo le daría un espacio junto al padre, pero no fue así. Este dejó la casa de Güeñes a los pocos meses de enviudar, para instalarse de una vez y para siempre en la antigua torre de los Urrutia, en Isasi. Y dejó al hijo con su tía hasta cumplir la edad de ingresar en el colegio de Orduña, al cuidado de los padres Jesuitas. De allí pasó a Madrid para concluir sus estudios y convertirse en un licenciado de las cortes españolas al servicio del rey. Hacía algunos años ya que había instalado su residencia en la ciudad de Valladolid, donde ejercía con suma devoción los cometidos de la abogacía. Ahora requería la presencia de su padre para negociar el contrato de matrimonio que lo uniría definitivamente con la nobleza española. La elegida era de inmejorable cuna madrileña y algunos años mayor que él.

A lo largo de su vida, Vicente había pisado la tierra de su progenitor en tan sólo seis ocasiones, en que residió por periodos relativamente cortos en la torre de Urrutia. De estatura media, delgado y muy pálido, no parecía hijo de su padre. Aparentaba pobreza de espíritu, falta de brío y escasez de ánimo, pero todos alababan su gran inteligencia para los asuntos de letras. En aquellas escasas ocasiones en que lo tenía en casa, don Manuel lo recibía con entusiasmo, le proponía cacerías, le llevaba a recorrer las muchas heredades de la familia, le presentaba amigos y hombres de ley, y por todos los medios trataba de atraerle con la esperanza de que algún día ocupara el lugar que le correspondía en la línea sucesoria de su linaje.

Manuela no supo qué hacer cuando su señor le anunció su partida inmediata a tierras castellanas. No había calculado que don Manuel se ausentaría dejándola sola. Se sentía vulnerable, insegura, dolida, y temía necesitar de él y de la protección que sólo su presencia le brindaba. En las semanas que siguieron al encuentro con Txomin, se vio enfrentada a algunas vecinas que la increparon con preguntas insidiosas, sentía que la miraban de reojo, e incluso el presbítero, don Pedro, había ido a buscarla una

tarde para pedirle prudencia con sus palabras y actos, dadas las habladurías que sobre ella y el nuevo alcalde se escuchaban en el valle.

—Y dígame, don Manuel, ¿estará ausente por mucho tiempo?

—No lo sé, eso sí que no puedo decírtelo. Pero, ¿a qué viene esa voz afligida? Tú quedas al cargo de la casa y los criados, como siempre, todo está bajo tu mando, Manuela.

—No es nada, será el resfriado aquel, que me ha dejado endeble. Vaya tranquilo, que su casa queda a mi orden y gobierno.

Y así fue como Braceras cruzó las tierras que le separaban de su único hijo y se instaló por varios meses en Valladolid, hasta lograr arreglar los entresijos de un contrato matrimonial acorde a su fortuna y la de su futura nuera. Vicente lo recibió con una inusitada alegría, impropia de su actitud en encuentros anteriores, y su padre comprendió que era el enamoramiento lo que había desencadenado al fin la emoción por la vida en su inexpresivo vástago. Conoció a la familia con la que irremediablemente emparentaría, aceptó las condiciones que se trataron por adecuadas y beneficiosas, y descubrió satisfecho a su hijo feliz y más que dispuesto a regresar un día no muy lejano a establecerse definitivamente en el valle de sus antepasados, y tomar posesión de las propiedades que por nombre y ley le correspondían.

Mientras Braceras ejercía su deber como padre, Manuela vivía una pesadilla continua entre las novedades que Teresa o Zurrape le traían, y las noches en vela que no lograba dominar pese a las infusiones de tila y valeriana que ingería como si fueran agua. Después de varios tropiezos y palabras malsonantes con sus vecinas, había optado por salir cuanto menos, mientras trataba de encontrar la forma de desenrollar aquel ovillo de mentiras y desagravios que se había formado en torno a ella. La idea que le había dado Txomin de prestarse a revisión por parteras no la desechaba, pero tampoco la convencía, porque debía confiar de nuevo en él y, eso sí, no estaba segura de poder hacerlo. Aun así, seguía empeñada en que le habría de cumplir con la palabra de matrimonio, y allí donde la ocasión se le presentaba lo decía con la voz bien alta para que todos la oyeran: *el día de mi boda se os caerá la lengua a trozos, podrida de la mala sangre que la riega*.

La primera tarde de calor de aquel año mantuvo una fuerte riña con Ignacia de Sasia. Había estado entretenida en la casa de Zubiete, en compañía de Francisca y Josefa. Después de mucho tiempo sin hallar un punto de unión, las tres hermanas encontraron en Domingo Narciso la conexión que necesitaban. Imaginaron lo que podría significar verle una vez más, observarle en aquel lugar de la Nueva España que tenía nombre de un santo grande. Hablaron de Anna de Unzaga, la cuñada que nunca conocerían; de los sobrinos que crecían tan lejos de su tierra y casa; y de los

pesos que iban llegando como llovidos del cielo, para solucionar los problemas que se acumulaban. Evitaron hablar de Txomin y de las habladurías que corrían de boca en boca por el valle, sólo rieron con nostalgia las carencias que empezaban a sumar y, sin haberlo pretendido, volvieron a sentirse hermanas durante ese breve rato que les brindo la añoranza.

Cuando Manuela dejó atrás la casa paterna, la había recorrido con palabras y pasos, había revivido algunos fragmentos olvidados de su infancia, y llevaba con ella la tristeza de no encontrar consuelo a la ausencia de Domingo Narciso que tanto le pesaba.

Apenas había caminado doscientos metros cuando Ignacia, una mujer corpulenta y achatada, le salió al paso.

—Manuela de Allende, contigo tengo algo pendiente que de una vez por todas vamos a resolver.

La voz de aquella mujer sonó exigente y autoritaria, como quien reclama una deuda prorrogada durante años.

—¿Acaso ésta que está aquí te debe algo, Ignacia?

—Sí, el honor que le robaste a mi marido cuando malpariste un hijo suyo y lo ocultaste bajo las vides de tu casa.

Manuela sacudió la cabeza tratando de entender lo que estaba ocurriendo, y entonces encontró una mínima respuesta a su aturdimiento: aquella mujer era la viuda de Iñigo de la Presa, el hermano de Juana. A lo lejos vio aparecer a su padre, que caminaba en dirección a ellas ignorando lo que estaban tratando. Reaccionó con rapidez. Se agachó un instante como quien recoge algo caído y se levantó con una piedra en la mano y la determinación en la mirada.

—¡Si sigues hablando te mato!

Ignacia comprendió que la amenaza se cumpliría, y, aun así, bajando el tono de su voz, en poco más que un susurro, tuvo valor para añadir algo más.

—¿Todavía crees que ese La Torre se casará contigo? Eres una ingenua si piensas que alguien así te tomará por esposa. A saber con qué malas artes le hiciste creer que te había desflorado, si hace más de quince años que tú no tienes doncellez ni honra.

Manuela alzó la mano con la piedra, y cuando la viuda empezó a correr se la lanzó con todas sus fuerzas. Suerte que aquella vez la puntería no fue certera. A pocos metros Antonio la observaba sin entender.

—¿Qué ocurre, hija? ¿Qué ha sido eso?

—Nada, rencores que arrastramos de niñas, nada grave. ¿Cómo está?

—Bien, bien. ¿Te vas?

—Sí, he de volver a Isasi. Suba mañana a comer conmigo, le prepararé un buen guiso.

—Allí estaré. ¿Ha regresado ya?

—Si pregunta por don Manuel, no, aún demora.

—Qué pena, con la falta que hace ese hombre por estas tierras.

Manuela continuó su camino con el eco de aquella frase retumbando en sus oídos. Sabía a lo que se refería su padre, y ella también estaba de acuerdo, nadie se atrevería a agredirla de esa manera estando su señor cerca. En Molinar tomó el sendero que transcurría hasta Irazagorria, donde Juana la escuchó paciente y la tranquilizó, segura de lo que decía.

—No debes hacer caso de Ignacia, desde la muerte de mi hermano esa mujer no está cabal.

—Pero es que me ha amenazado con decirle a Txomin esa locura que se le ha ocurrido. Y todo eso es mentira, Juana, te juro que yo con tu hermano nunca…

—Sí, lo sé, a mí no me tienes que convencer que ya recuerdo lo poco que te gustaba que nos siguiera hasta la fuente, y que te vigilara en tu casa. Pero en una cosa tienes razón, puede que Ignacia hable con Txomin y se lo cuente. Nadie en su juicio haría caso a esa mujer, pero aún así debes estar prevenida.

—Te juro que me siento desnuda ahí afuera. Todos me miran, me juzgan, y cada día pienso cuál será la siguiente barbaridad que digan. Esas *urracas* me van a pagar por esto, Juana, me van a pagar hasta la última de las injurias que han levantado.

—Según dicen, la menor ha enfermado de gravedad.

—Ya será el demonio, que se le ha metido en el cuerpo. La pena será que no se la lleve con él, y de paso a la otra también. Aunque a esa no la quiere ni el mismísimo Satanás.

—No hables así, Manuela, no les desees la muerte, eso no es de buena cristiana.

Dos días después Txomin hacía sonar con fuerza la aldaba de la puerta que cerraba la antigua torre de Urrutia. Manuela bajó presurosa las escaleras para atender aquella urgencia, ignorando lo que le traía.

—Buenas tardes.

—¡Txomin! A qué vienen esas prisas, me has dado un susto de muerte.

—¿Ha regresado ya tu señor?

—No, aún no.

—Mejor, así podemos hablar tranquilos ahí adentro. ¿Me vas a dejar pasar o quieres que me quede en la puerta para que todos nos vean? Porque de eso se trata ¿no?, de que todos piensen que habrá boda tarde o temprano. Pues voy a darte una sorpresa, y si no me dejas pasar va a tener que ser aquí fuera, a la vista de todos los curiosos que se quieran acercar a ver y escuchar.

Manuela sintió que la sangre se le enfriaba en las venas. Retrocedió dejándole entrar. Traía el semblante serio, aquel sombrero demasiado largo entre las manos, y un aire de superioridad que le caía grande. Subió tras él las escaleras y lo vio avanzar

hasta la cocina.

—No, ahí no, mejor hablamos en el comedor.

—Siempre tan altanera, Manuela.

—No sé si eso es bueno o malo. Antes te gustaba, ¿ahora me lo reprochas?

Le ofreció un asiento junto a la puerta, sirvió una jarra de vino que dejó sin más intención sobre la mesa, y se sentó frente a él. Ambos habían renunciado a ocupar el lugar que por costumbre usaba don Manuel. Ella rompió el silencio que amenazaba con congelarle por dentro.

—¿Se puede saber qué te ocurre, a qué viene esa cara de enterramiento?

—Viene a que debes entender que no habrá matrimonio, que no es posible, así que deja de decir por ahí que está por celebrarse la boda más elegante que se haya visto en este valle, y cosas por el estilo. No voy a casarme contigo.

—¿Ah, no? —Y la voz de Manuela sonó burlona sin quererlo.

—No, no pienso cometer ese error. Me has engañado como a un niño, parecías mujer de buenas prendas y, sin embargo, eres, eres…

—¿Qué soy? ¡Dime, dime lo que has oído y a quién para que pueda defenderme!

—Eso da igual, lo que importa es que no voy a cubrir yo las faltas de otros.

—¡No ha habido otros!

—¿Ah, no? ¿Y qué me puedes decir de Iñigo de la Presa, Romarate o de tu propio amo? Qué más da cuál fuera el primero, lo que importa es que no fui yo. Así que no me pidas a mí cuentas ajenas, porque por ahí no, mi querida embustera, por ahí no transijo.

—Tienes que creerme, son bulos, infamias que esas *urracas* han desperdigado sobre mí no sé a qué fin. Las voy a denunciar y voy a demostrar a todos que no soy lo que dicen. A la cárcel las van a llevar presas, y después me tendrás que cumplir tu palabra.

—No digas tonterías, mujer, déjate de pleitos y de matrimonios. Acabarás enfermando de tanto nerviosismo…

Manuela empezó a alzar la voz por encima de la de Txomin. Los dos gritaban sin escucharse, hasta que ella dejó de hablar y pudo oír las últimas palabras que esperaba aquella tarde.

—… está bien, vamos a tranquilizarnos, y trata de comprender lo que te digo. Si las denuncias se va a levantar un tremendo revuelo y, al contrario de lo que te conviene, se hablará todavía más. Te he ofrecido ayuda para que las matronas te revisen y atestigüen tu doncellez, pero si con eso no es suficiente, puedo darte una dote para que entres al convento de Santa Isabel, al menos por un tiempo, hasta que se apacigüen los ánimos. No me mires así, es algo bueno para ti, estoy convencido de que tu hermano Domingo Narciso aplaudiría mi disposición. Yo no te abandonaré, Manuela, siempre podrás contar conmigo e, incluso, convencería a don Pedro para

que arregle las visitas y así poder mantener nuestros encuentros…

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

El estruendo de aquel grito traspasó las puertas y ventanas, las paredes de dura piedra, hasta llegar al campo donde Teresa y Zurrape dejaron caer los aperos y echaron a correr en dirección a la casa. No habían alcanzado la puerta cuando vieron salir a Txomin dando pasos de gigante, rabioso, mascullando palabras ininteligibles. Arriba encontraron a Manuela rompiendo leña con las manos, agresiva, sudorosa, violenta. No los vio hasta mucho después, cuando las fuerzas le flaquearon y cayó rendida en el suelo.

El convento de Santa Isabel era una institución en Gordejuela. Allí se acunaban los sueños de niñas y mujeres entregadas sin otro remedio al oficio del rezo. Casi todas las buenas familias del valle destinaban una hija a Dios. Junto con una dote generosa y una actitud sumisa, las muchachas, niñas todavía, recibían el hábito de por vida para instalarse al interior de aquel edificio sólido y austero, frío y silencioso, que vigilaba con estrechez la buena moral impuesta por los hombres de religión. Una opción para muchas familias que la Santa Iglesia sabía bien cómo rentabilizar. Los buenos caudales, que sumaban las mejores dotes, servían después para préstamos y capellanías que proliferaban en años de sequía.

Muchas veces aquellas paredes vestidas de virtud escondían faltas de honor y hasta embarazos no pronosticados. Una buena dote habilitaba la más lúgubre de las celdas, fuera quien fuera la inquilina que llegara a ocuparla. Manuela sabía eso y mucho más, sabía que no quería encerrarse tras cuatro paredes con un hábito gris y deforme cubriendo su cuerpo y un rosario deslizando sus cuentas una y otra vez entre sus manos. Ella había conocido el placer de abrirse para recibir al otro, se había sometido ya a la exigencia del propio cuerpo cuando se aleja de uno, buscando por sí solo y encontrándose pleno en las cavidades desconocidas y nuevas de la piel ajena. *El convento es la vida sin aire, es la muerte más ridícula, es negarse a uno mismo*. No, no pensaba ni acercarse a Santa Isabel, ni dejarse ver por aquellos parajes. No pensaba esconderse tras las piedras frías de la religión, asumir una culpa que no tenía, asentir con la cabeza y reconocer con su cuerpo la falta que había cometido: la de creer, creer ciegamente en la palabra de un hombre sin palabra.

Sintió que la vida se le rompía. Aquella noche creyó morir envuelta por un dolor espeso, pegajoso, que tardaría en desprenderse de sus poros, un dolor que la rasgaba por dentro, la pinchaba en el pecho exigiendo una atención que le mermaba las fuerzas. No pudo llorar, el miedo se lo impidió. Pasó la noche en vela, caminando por la casa como un alma en pena, envuelta en aquella manta que arrastraba tras los pies, buscando sin encontrar dónde arrojar su tormento. Porque, de pronto, sin quererlo, había descubierto que la vida también podía continuar sin Txomin, y aquella

posibilidad, el mundo, su mundo sin él, la aterró, y quiso ser niña de nuevo, volver a refugiarse en la casa de Zubiete, donde los Allende eran alguien, donde todavía estaban Domingo Narciso, y su madre, y aquel criado que llamaban Gerardo, que la hizo cómplice y le dejó al fiel e incondicional Zurrape velando por ella. La casa de Zubiete, la casa de los Allende… y así, de un pensamiento a otro, llegó a una rabia inmensa, que la hizo levantar la mirada hacia la ventana y observar el valle, las sombras de la noche, adivinar el emplazamiento de la Iglesia de San Juan, y reconocer las chimeneas despertándose con sus bostezos de humo blanco. Y quiso creer que una de ellas era la de los suyos, y se sintió iracunda con aquellos que blasfemaban manchando el buen nombre de su familia, de sus antepasados, de Antonio, su padre, el hombre más bueno del mundo.

Horas después entraba de nuevo en la torre de Urrutia, envuelta en lana, la cara despejada, la mente clara y una expresión de arrojo y valentía que dejó a Teresa quieta sobre la fregadera. Había estado en Zubiete, sentada en la vieja silla de su madre, junto a la lumbre de aquel hogar que no había visto nunca apagar, callada, pensando, hablándole a sus entrañas, durante mucho, mucho tiempo en que nadie se atrevió a molestarla. Hasta que Antonio partió un trozo de pan y, como hiciera antaño, cuando todos eran niños y se sentaban a la mesa hambrientos y risueños, se lo tendió y comió en silencio junto a ella. Aquel gesto fue suficiente para saber que podría con lo que estuviera por llegar.

Los badajos de las campanas que coronaban San Juan de Molinar comenzaron a danzar en un baile de muerte que no dejó ajeno a ningún habitante de éste y otros pueblos colindantes. Enseguida se sumaron a aquel coro de repiques constantes otros bronces lejanos, que expandieron la noticia sin dejar un rincón desprovisto de su sonido sobre las tierras encartadas y el noble valle de Ayala.

Gordejuela se llenó de hombres de Dios, de civiles y de militares, de mujeres, niños y ancianos que en los días sucesivos se fueron acercando a cumplir con la costumbre de despedir a los señores principales. Y durante los nueve días en que se celebraron en Molinar las solemnes exequias por el alma de don Miguel de Oxirando, reconocido Caballero de la distinguida Orden de Santiago y Alguacil Mayor de las Ordenes Militares, el pueblo entero se sumergió en una procesión de hábitos, uniformes y crespones negros.

Murió el tres de septiembre de 1768, una fecha que a Manuela de Allende no se le olvidaría mientras le quedara un hálito de vida. Con los primeros repiques de Molinar llegaron a la cocina de la torre de Urrutia el sonido de los golpes que la aldaba propinaba bajo una mano diestra y fuerte contra la puerta de entrada.

Con cada peldaño que pisaba en dirección al portal y al reclamo que llegaba del exterior imaginaba una razón diferente para tanta llamada. En el primer escalón que

bajó quiso creer que era don Manuel, o el anuncio de éste que por fin regresaba a Isasi; a mitad de la escalera imaginó a Txomin exigiendo Dios sabía qué; pero cuando la melodía de las campanas de Molinar se elevó sobre el sonido seco de la aldaba, se unieron a ellas las segundillas de Berbiquez y sonaron como nunca antes las había escuchado, entonces pensó que venían buscándola porque el muerto era suyo, y de nadie más.

Al abrir de par en par la puerta y encontrar tras ella a un joven de aspecto desconocido con un documento en la mano, sintió una breve sensación de alivio. Tras el muchacho, vestido a medio camino entre aldeano y militar, un caballo viejo buscaba alimento en el suelo con la mayor de las desganas.

—El señor de Braceras no se encuentra en la casa, actualmente está viajando por las tierras de España y me resulta difícil hacerle llegar ningún documento salvo que sea de suma importancia, ¿me entiende?, tendría que ser una cuestión de vida o muerte.

—No señora, no es algo así, Dios nos libre, pero tampoco es a don Manuel de Braceras a quien reclaman estas letras, sino a su ama de gobierno, ¿la conoce?

Manuela abrió los ojos, como si hasta entonces los hubiera tenido cerrados, con una intención exagerada; la comisura de los labios quebrando una mueca indescifrable, dejando entrever breves fragmentos de sus dientes; las manos extendidas, abiertas, como el que espera la tormenta largamente anunciada por el cielo empedrado.

—Señora, ¿es usted, acaso, doña Manuela de Allende y Ayerdi?

La voz del muchacho se percibía lejana pero clara. El sonido incesante de las campanas no deslució su dicción, y sílaba a sílaba Manuela recompuso el mensaje para acabar asintiendo con la cabeza mientras le interrogaba:

—¿Quién me busca?

—El provisor de Calahorra y la Calzada.

Y mientras le extendía el documento le anunció, con el mismo tono lejano de su voz, que lo que le entregaba respondía a una demanda interpuesta contra su persona. Manuela miró el documento en sus manos, trató de buscar alguna palabra, algo que le diera una pista rápida de lo que ocurría, y sólo cuando alcanzo a leer el nombre de La Torre, alzó la vista, los ojos más verdes que había en este valle, y miró al forastero como si mirara a su caballo, sin verle, hasta que escuchó sus últimas palabras:

—Señora, ¿necesita que le ayude a leer el escrito?

Manuela hizo una señal con el brazo a Teresa para que se acercara, con un simple gesto le encargó que atendiera al joven y a su montura, y subió a su cuarto olvidándose por completo de ellos y de lo que había dejado cociendo en el fuego. Sola en la alcoba, sentada sobre la cama, con una vela oscilante alumbrando las letras largas y estiradas de aquel provisor de Calahorra, trató de comprender lo que era una

demanda de Jactancia, y por qué Txomin había elegido aquella manera tan cobarde de librarse de ella y de la promesa de matrimonio que le tenía dada. Según pudo entender en aquellas lineas que bailaban en sus manos, el que de pronto se hacía llamar por su nombre de bautismo, Domingo de la Torre y Ugarte, la demandaba por haber tratado de casarse con él, por haber divulgado una falsa promesa de matrimonio y, sin base ni fundamento, haber puesto en entredicho su palabra, su honor y su honra.

Esa tarde se vistió para ir a misa a Molinar sin mayor esmero, sin saber muy bien hacia dónde se dirigía. Apenas una basquiña oscura sobre la saya, una chambra cubriendo la camisa, y el mismo pañuelo y delantal que se hubiera puesto para acudir al rosario de Isasi. Pero la iglesia estaba repleta, todos lucían sus mejores atuendos para despedir al muerto, todos menos ella, que siempre había sido la más distinguida de las mozas libres del pueblo, *la más altanera de las criadas*, como anunciaba la envidia de sus vecinas. Sus ojos no vieron nada, sus manos no sintieron el frío de la piedra cuando se apoyó en la pared de la iglesia; sólo sus oídos agradecieron el silencio de las campanas, que cesaron al menos durante aquel breve tiempo en que los cuatro hombres que presidían el altar, envueltos en sus hábitos más distinguidos, destacando sus colores sobre el negro que envolvía a sus feligreses, expusieron las razones divinas de una muerte tan natural como la vida. Durante nueve días la iglesia recibió misas, ofrendas, oficios, rezos y toda serie de artificios en los que se pudiera envolver el fallecimiento de un hijo influyente. Así era en estos valles, uno se moría con la parafernalia que le había acompañado en vida. Y Miguel de Oxirando había sido un hombre de armas, un militar de mando, un caballero, y un hijo de torre y capilla.

Don Manuel también lo era, pero no había llegado su hora y tampoco él alcanzó a la novena de su amigo y compañero de batallas políticas. Cuando entró en el valle la vida trataba de recobrar la normalidad, y aunque el luto se mantendría al menos durante algunas jornadas más, las campanas habían cesado sus repiques apabullantes y un silencio de paz envolvía la calzada real.

No se detuvo hasta Isasi. En la puerta de casa, bajo la higuera, estaba Manuela, ensimismada sobre unos documentos que ya no leía, sólo miraba. Cuando lo sintió ya cerca, aproximándose por la ermita, un rayo de luz nueva atravesó su mirada y sus manos despejaron raudas dos lágrimas que se deslizaban sigilosas por su cara. Llamó a Zurrape y a Teresa, y ella misma se acercó al carruaje para abrir la puerta. Don Manuel llegaba radiante y feliz a casa, y ella, ella lo esperaba como nunca antes lo había hecho, con la necesidad de apoyarse en sus manos viejas, en sus palabras pausadas, en su mirar cauto y en su incondicional forma de prestarle ayuda siempre que la necesitaba.

CAPÍTULO XI

Ignacio de Allende y Unzaga nació el 20 de enero de 1769 en la casa de sus padres, en San Miguel el Grande. Aquella mañana amaneció tras la descarga de una gran tormenta que se alargó durante gran parte de la noche. Domingo Narciso la contempló desde el balcón de su sala de asistencia. Asomado a la balaustrada de hierro forjado esperó paciente a que terminara otro parto, y a que las matronas que atendían a Anna le dieran permiso para reencontrarse con su mujer y conocer al fin a su quinto vástago.

Miraba resbalar el agua por las piedras de la parroquia, deslizarse hasta el suelo y acumularse allí donde encontraba hueco. Le gustaba aquella lluvia que se agitaba enloquecida bajo un corredor de nubes imparables. Las candelas de la iglesia iluminaban los cantos de la fachada vieja. Ni un alma cristiana transitaba la calle a esa hora. Domingo Narciso volvió a la habitación de la que hacía horas le habían despachado. Se acercó a la puerta tratando de averiguar algo, alguna señal que le indicara que todo iba bien, pero sólo oyó el murmullo impreciso de mujeres que se hablaban entre silencios. Regresó al balcón, a mirar la noche que se acababa.

Mientras, en otra tierra más verde y húmeda, su hermana tampoco lograba conciliar el sueño que tanta falta le hacía. Llevaba semanas sin dormir, apenas tres o cuatro horas tras las cuales le resultaba imposible permanecer al abrigo de las mantas. Se levantaba sigilosa, confiando en no despertar a nadie, se colaba en la cocina, avivaba la lumbre, se cubría con toquillas y comenzaba a coser. Había hecho basquiñas para las hijas de Juana y de Narcisa, y remendado prendas viejas de su casa de Zubiete y todo tipo de encargos que Teresa o Rosa agradecían con timidez.

Después de que llegara a sus manos aquel documento enviado por el provisor de Calahorra anunciándole el Pleito de Jactancia interpuesto por Txomin contra su persona, Manuela se sintió tan traicionada que la casa de Urrutia donde vivía se le hacía pequeña para esconder tamaño agravio. Quería enfrentarle, ponerse delante de él y escupir en su cara las palabras que le ardían en la boca, que le quemaban la garganta y le avinagraban cada comida. Pero don Manuel había llegado poco después que aquel documento, y supo persuadirla y frenar su primer impulso. No quedaba mucho para que acabara el año, y él mismo se encargaría de que Txomin no saliera reelegido alcalde. Convenía esperar, le dijo, y así lo habían hecho. Hasta el día de hoy, la fecha que tenían señalada para actuar.

Amaneció en San Miguel el Grande bajo un cielo azul impecable. La villa aparecía rejuvenecida tras la tormenta. Domingo Narciso, somnoliento en la silla desde la que contemplaba, con el balcón abierto, la calle, recibió el nuevo día con la satisfacción de saber que su mujer y el recién nacido estaban bien, sanos y fuertes. Apenas le habían dejado verlos un instante; Anna, aunque cansada, sonreía y contemplaba a aquel hijo como si fuera el primero que traía al mundo. En verdad era un niño hermoso, con abundante pelo negro, la nariz ancha y la boca ávida de leche materna. Desde el primer momento se agarró a la vida con hambre inusitada.

Había regresado al balcón, y allí, satisfecho por el encuentro con la vida, se había adormecido viendo despertar el día. Apenas un par de horas más tarde la casa bullía de voces infantiles. El mayor de sus hijos tenía seis años, y entre éste y el que había nacido esa noche de lluvia había otros tres. Le hizo gracia verlos a todos en la habitación de su madre, poniendo caras extrañas a aquel nuevo miembro que había traído la tormenta.

—Se llama Ignacio José de Jesús Pedro Regalado —dijo, respondiendo a las preguntas del primogénito, y Anna lo miró complacida. Aquel nombre, el de Ignacio, le recordaba a los frailes expulsados.

—¿Ignacio? —volvió a preguntar José María—. ¿Ese no es el nombre del santo que…? —y no llegó a terminar la frase.

—Sí, Ignacio de Loyola. Es la imagen que hay colgada en la capilla de esta casa y al que todos nosotros guardamos devoción. No lo olvidéis nunca —trató de explicarse Domingo Narciso—. Ya os he contado su historia en más de una ocasión, ¿no la recuerdas, hijo?

—Sí, padre, es un vasco que se hizo militar, y como le hirieron en la guerra y ya no podía montar a caballo se volvió un hombre santo. Pero yo no quiero que a mi hermano le disparen…

Domingo Narciso sonrió la ocurrencia de José María. No había pensado en la carrera militar para ninguno de sus hijos, pero sí que habrían de instruirse, todos irían al Colegio de Sales a formarse en las letras, ese era su primer objetivo, el resto aún estaba por llegar. Anna, desde el lecho, rogó casi en un susurro que la dejaran descansar. El pequeño yacía plácido junto al cuerpo caliente y laso de su madre, cuando todos los demás salieron de la alcoba.

Manuela se vistió despacio, añadió una segunda basquiña a la ropa que la cubría, se anudó a la cintura el delantal, abotonó la chambra sobre la camisa, y antes de salir de la alcoba se echó sobre el cuerpo la mantilla y la ciñó al pecho con el alfiler que también le había regalado él. Era noche cerrada y don Manuel ya la esperaba al

interior del carruaje. En contadas ocasiones había tenido ella oportunidad de subirse al carro con su señor, y le resultaba extraño estar sentada junto a él en un espacio tan reducido, cubierto de telas, escondida de las miradas ajenas. Cuando llegaron al Tribunal Metropolitano de Burgos, un día después, un revoloteo insistente se había apoderado de su cuerpo y no acertaba a dar paso sin tropezarse y a decir palabra sin tartamudeo. Bajo la mirada atenta de Braceras, Manuela de Allende y Ayerdi interpuso una Causa de Esponsales contra Domingo de la Torre y Ugarte. Al oírse a sí misma decir el nombre completo del que había sido su sueño y su anhelo más profundo, una punzada se le instaló en el lado izquierdo del pecho y no desapareció hasta dejar la ciudad y volver a tomar el camino de regreso. Allí, delante de aquellos hombres de Dios, Manuela contestó al Pleito de Jactancia y expuso y justificó las razones de la Causa que traía con ella. Allí pudo comprobar finalmente de qué se le acusaba, nada menos que de abrigar falsas expectativas sobre un compromiso que Txomin había calificado de inexistente.

Sentía a don Manuel a su espalda, sentado al final de la sala, sin intervenir, y se maldecía por no haber escuchado tiempo atrás sus advertencias, por haber sido la más necia de las necias y haber seguido creyendo que Txomin se casaría con ella. La rabia la inundaba por dentro, como esos torrentes de agua que de vez en cuando se salen del curso del río para anegar las tierras y las casas cercanas. Ya no tartamudeaba, ni le temblaban las piernas; dejó de mirar al suelo, en su lugar alzó sus ojos verdes, que resaltaban sobre el lúgubre atuendo de los presentes como dos valles inmensos, y dio cara a los hombres que la interpelaban. Habló con serenidad por primera vez en aquel largo día, respondiendo a cada una de las preguntas que le hacían, y no dudó en exponer los detalles de un noviazgo que había sido público a ojos de la iglesia y de todo el pueblo. Mostró los presentes que él le había entregado como prueba de su amor, y que a propósito llevaba encima, y sacó a colación el nombre del presbítero de Molinar, don Pedro de Basoco, como el hombre que mejor podía testimoniar la relación de compromiso que se había establecido entre la que hablaba y Domingo de la Torre y Ugarte. Narró sin interrupciones cómo don Pedro se había encargado, meses atrás, de solicitar la dispensa eclesiástica a la consanguinidad que existía entre ellos, sin la cual el matrimonio no se podría celebrar. Y aunque entre pensamiento y pensamiento se le mezclaban algunas imágenes vividas con el hombre con el que creía se casaría, logró mantener la cabeza erguida y añadir que también el presbítero de Molinar había sido el intermediario utilizado por La Torre para tratar los términos del contrato matrimonial con su padre, y que aunque éste no se había resuelto favorablemente, dejaba constancia de la intencionalidad y del compromiso adquirido para con ella.

Con la resolución pendiente, Manuela volvió a subir al carruaje junto a Braceras para tomar el camino de regreso a casa. Fueron muchas horas de viaje, y por primera

vez en su vida la presencia de aquel hombre tan generoso y paternal que la observaba desde el asiento de enfrente le resultó incómoda. Hubiera dado medio reino, si lo tuviera, por estar sola en aquel trayecto.

El camino carreteril que tenía como destino unir definitivamente el Señorío con la Meseta había vencido ya la peña de Orduña, pero aún no alcanzaba Pancorbo. Para estas fechas, la ciudad de Vizcaya se había convertido en un lugar bullicioso, efervescente, e impredecible. En sus viejas calles de piedra, estrechas, oscuras y frías, se juntaban los caminantes, bandidos y peregrinos de esta tierra y otras vecinas o lejanas. Orduña impresionaba, deslumbraba y atemorizaba. Todo en la misma medida.

Despertó al oír chirriar la rueda del carro y sentir que se vencía a un lado. Enseguida les avisaron del exceso de lodo en la vía, y de la necesidad de que abandonaran por unos metros la cómoda travesía al interior para poder sacar la rueda del barro. Se bajaron todavía somnolientos y sintieron el frío de la sierra en la cara. Era casi de noche, hacía dos días que habían salido de casa y no veían el momento de volver a cruzar la puerta de Urrutia y sentarse junto al fuego del hogar. Sentir la tierra de Ayala tan cerca les insufló energía nueva. Don Manuel se acercó a ella y le preguntó si percibía el alma de la montaña.

—Sí, y es gélida como el aire de un nevero le respondió.

Habían avanzado apenas unos metros antes de poder refugiarse de nuevo al interior. Desde dentro Manuela se sintió tentada a mirar hacia atrás y ver una vez más aquella roca inmensa extenderse a lo largo del firmamento. Era una pared que acotaba la tierra que ella conocía, la tierra de Ayala, una pared que superaba una y mil veces a los árboles y a los montes, una pared de piedra fría, dominante, con sus puntas y redondeces, como dedos de una mano abrazando al cielo brillante del invierno. Sintió un escalofrío, como si verdaderamente la sierra tuviera alma. Braceras la observaba en silencio. No se dijeron nada durante todavía un largo rato, hasta que alcanzaron Quejana. Allí la noche ya era todo lo oscura que podía ser en Ayala.

—¿Qué sucederá ahora? —le preguntó al fin ella.

—Nada. La resolución tardará algunos meses.

—¿Y después?

—¿Qué quieres que suceda, Manuela?

—¡Quiero que cumpla la palabra que me dio!

—Creo que deberías hacerte a la idea de que ese matrimonio está perdido. —Braceras le habló con toda la serenidad de que fue capaz. Conocía de la tozudez de Manuela, y que no descansaría hasta lograr que la cumplieran, pero reconocía tanta mezquindad en la actuación de Txomin que consideraría un acierto que se cancelara definitivamente el matrimonio—. Aunque ganes la Causa de Esponsales, una vez que te den la razón, ese hombre habrá perdido el poco crédito que tenga. Si no se es

hombre de palabra en esta tierra no se es nadie. Y Domingo de la Torre no tiene palabra.

Manuela volvió a quedarse callada. Sabía que tenía razón, pero escuchar su juicio sobre el hombre con quien aún quería unirse, olvidar esta pesadilla y casarse al fin, le arañaba las entrañas. Sabía que era mezquino, y cobarde, y un interesado que la había utilizado para sus desahogos y ahora la dejaba humillada, y se lo decía a sí misma una y otra vez, un día tras otro se repetía la misma letanía, y ardía el odio en ella, lo sabía porque lo sentía encendiéndole las mejillas e inyectándole los ojos. Sin embargo, en algún lugar de su ser, aún perduraban las caricias, los susurros, los gemidos y el calor del hombre.

La lluvia se instaló definitivamente. Con un cielo gris plomizo y unas montañas que habían dejado de verse, escondidas como estaban tras una blanquecina y húmeda niebla, el día a día se volvió cansino, tedioso, largo y oscuro. Manuela entretuvo gran parte de aquellos tiempos muertos en Berdugal. Había encontrado en la casa de los Palacio Amabiscar un espacio cercano y un interés nuevo. Francis, el más joven de la saga, se mostraba alegre y le transmitía la imprudencia de unos años que sentía lejanos, ausentes de su vida y tiempo.

Había regresado de Burgos con la esperanza de que Txomin se amedrentara, retrocediera en su empeño por abandonar las intenciones de matrimonio con ella. La Causa de Esponsales que había puesto contra él debía hacerle reaccionar, y cada mañana amanecía deseando que ese fuera el día en que se presentara en la casa de Urrutia con una disculpa en los labios y la mano tendida. Pero cada noche, cuando abandonaba el calor de la lumbre y se dejaba abrazar por las frías mantas, sentía una amargura nueva, algo que no conocía, una especie de abandono, de enferma soledad que la hacía odiarse a sí misma más que a nadie, odiarse por esperarlo, odiarse por haber confiado en el más cobarde de los hombres y, a la vez, seguir amándolo.

No puedo dejar de pensar en él, es como una astilla metida bien adentro, en la uña de un dedo, es como si siempre estuviera ahí, no lo puedo remediar. Quiero encontrarlo, verlo, encararlo, pero también temo que ese momento llegue, porque no sé si seré capaz…

Frente al altar de Isasi, arrodillada a los pies de su virgen, se confesaba confiando sus sentimientos a la Santa, que la observaba impávida desde sus ojos de madera tallada. Sólo en aquel rincón, sintiendo la tierra helada bajo las rodillas, era capaz de expresar la confusión que se había apoderado de su entendimiento, y se atrevía a flaquear sin reservas y a reconocer en alta voz el amor que aún albergaba hacia el hombre que ya la había abandonado.

Rezó un Avemaría rápido y salió pellizcándose las mejillas y frotándose las manos para hacerlas entrar en calor. En la puerta, una figura suspendida en las sombras del nuevo día la observaba silenciosa. Sintió un escalofrío antes de adivinar la sonrisa de Francis invitándola a salir a la calle. El primer reflejo de la primavera caía como una luz divina sobre la cima de la montaña.

No tuvo tiempo de saber si lo que había dicho en voz alta al interior del templo había llegado a oídos de él, porque el galope presuroso de un caballo interrumpió el primer saludo que se hacían. Ambos miraron en dirección al camino que ascendía desde Molinar. Por la curva cerrada de entrada a Isasi llegaba un jinete agitado, que Manuela reconoció por el alto sombrero que se dibujaba sobre su cabeza. Txomin pasó tan cerca de ella que su basquiña se agitó como un sonajero al tiempo que un escalofrío la erizó por dentro. Fue un segundo, un instante helador, hasta que la ira le encendió la cara y las manos le ardieron como si estuvieran entre llamas. Entonces la boca se le abrió, y cuando pensaba que por ella saldrían palabras que no había pronunciado nunca en su vida sintió la proximidad de Francis y se calló antes de empezar a hablar.

Fue el joven de Berdugal quien tomó la iniciativa ofreciendo una excusa con la que acompañarla hasta casa.

—Necesitaría hablar con Zurrape acerca de la poda de unos arboles. Creo que no he hecho… ¿lo encontraré en las cuadras?

Ella asintió y comenzó a caminar en dirección a Urrutia. De vez en cuando miraba de reojo a su acompañante. Era alto, y fuerte, y joven, muy joven, y también muy atractivo y sonriente. Siempre la miraba con aquellos ojos tan dulces, tan alegres… Se toparon con Zurrape en el portal de casa, y mientras ella subía las escaleras escuchó cómo el joven Francis comenzaba una charla, no de árboles, sino de caballos y herrajes. Aquello le sacó la primera sonrisa después de tanta lluvia.

Esa misma tarde bajó a Zubiete. No sabía si había sido la visión del jinete o la presencia constante del de Berdugal junto a ella inyectándole nueva vida, pero decidió que era el momento de enfrentar una vez más a Josefa y tratar de hacerle entrar en razón. Hubiera querido contar con la presencia de su hermano Joseph, pero sabía que eso empeoraría las cosas.

—No podemos esperar eternamente a Domingo Narciso, no va a regresar —le respondió Manuela una vez más a su insistencia por respetar la voluntad de la madre.

—Eso es lo que tú dices, pero él en ningún momento ha rechazado la donación que le hicieron los padres.

—Lo ha de tener olvidado, mira lo que te digo, con tantos hijos y dos haciendas. Sería una locura pensar que va a regresar a esta tierra, Josefa, por más que nos complacería.

—Parece mentira, se te llena la boca cuando hablas de nuestro hermano lejano, y luego le quieres quitar lo que por derecho le pertenece. Esta heredad es suya por ley, ¿por qué no lo quieres comprender?

—¡Porque la estamos perdiendo! Eres tu quien no comprende que así no vamos a salvar la casa de censos y más censos.

—Claro, y tu matrimonio con La Torre es la solución.

—Es lo que tenemos, una oportunidad de mantener el nombre de los Allende donde le corresponde, donde siempre ha estado.

—El nombre de los Allende estaría donde tiene que estar, al interior de la pared de cal y canto que bordea estas tierras, si no fuera por tus devaneos y pretensiones. Siempre tan altanera y tan… Mírate, Manuela, ya no tienes nada que ofrecer. No es la falta de dote lo que te ha alejado de Txomin, es la falta de honra.

Aquellas palabras se clavaron en el pecho de Manuela como una daga. Sabía que Josefa desaprobaba su relación, pero lo que acababa de decirle era demasiado hasta para ella. Miró por toda la habitación hasta encontrarse con los ojos de Francisca.

—¿Tú también crees eso?

—No importa lo que nosotras creamos, Manuela, lo que importa es lo que se dice y se cree en el valle.

—Pero a mí sí me importa lo que en mi propia casa se piense. He cometido errores, como cualquiera, pero no soy una fulana, no podéis aceptar las habladurías, no podéis darme la espalda. —Y en ese momento se le quebró la voz.

Francisca miró a Josefa y comenzó a hablar de nuevo.

—Tienes que entender que está siendo difícil también para nosotras. Ayer estuvo aquí la mujer de Gondra, el de la ferrería, y nos contó algunas de las cosas que había oído en Molinar. Ella nos trajo el cuento de buena fe, para que estuviéramos prevenidas, pero en verdad te están difamando y no sabemos qué razones tiene nadie para deshonrarte de esa manera.

—¿Qué os contó la de Gondra?

—¡Barbaridades! —gritó Josefa—. Tienes que hacer algo, tienes que parar esto. Padre está con el corazón en un puño, no habla casi con nosotras, y temo lo que le hayan podido decir en la taberna.

—¿Pero qué os pudo contar?

—Dicen que has dormido con tu señor casi a diario, y que con Txomin te has revolcado en la misma mesa de comer de tu amo. Te dicen puta y deshonrosa, paridora de criaturas que entierras tu sola en estas tierras, y ni sé cuántas cosas más. No sé cómo puedes parar esto, Manuela, pero tienes que hacer que pare.

—¡Casándome con La Torre!

—Cásate con él si eso es lo que quieres, ojalá con eso se solucione, pero no esperes la dote que pide, eso es imposible.

Y con esas últimas palabras Josefa salió airosa por la puerta. Manuela y Francisca se miraron y la siguieron. En el portal, Antonio observaba el atardecer tras el brillo acuoso de sus cansados ojos de hombre viejo. Se despidió de todos y comenzó a ascender por el sendero de Berdugal. En la casa de los Palacio Amabiscar recuperó un poco del aliento perdido antes de continuar.

El sonido de la aldaba golpeando la puerta lo despertó de su ensimismamiento. Txomin estaba sentado frente al fuego, apoya da la cabeza en la mesa donde acababa de cenar una sopa de ajo y pan. La noche aún no había cubierto el valle, señal de que un nuevo verano estaba cada vez más cerca. Se sentía satisfecho de la conversación mantenida con Cristóbal de las Casas, con el que por fin había logrado establecer las bases de un futuro en común. Su primogénita aún no había cumplido los catorce años, pero prometía convertirse en una joven esbelta y educada. Y si no era así, igual le daba, lo importante eran sus apellidos y la dote que con ellos acarreaba. Teresa de las Casas Escobal era la mejor esposa que podía considerar.

Manuela entró en la estancia como un animal desbocado, apartando a un lado a la criada. Traía con ella una brisa de tarde que hizo estremecerse a las llamas que inundaban a esa hora el hogar. Txomin la miró entre extrañado y complacido; fuera como fuese aquella mujer le movía a la lujuria. Se levantó de un salto y se puso frente a ella, frenándole el paso.

—Manuela de Allende y Ayerdi, ¿qué haces en mi casa a esta hora?

—¿Y tú, Txomin de la Torre, qué fechoría has hecho para tener esa mirada? —Él no pudo evitar una risotada. La suspicacia de ella, su descaro y toda la redondez de sus caderas le parecían un pecado andando sin dueño por las cimas de Isasi. Quiso acercarse más a su cuerpo, pero se contuvo—. He venido porque ya es tiempo de que tú y yo aclaremos. Sabes que tarde o temprano tendrás que cumplir tu palabra de matrimonio, los tribunales eclesiásticos se ocuparán de ello, pero lo que ahora urge es hacer que paren los infundios y patrañas que esas Arza se han empeñado en extender por todo el valle.

—¿Yo? ¿Pero qué voy a poder hacer yo contra esas mujeres y sus lenguas?

—Tú eres su pariente, das trabajo al marido de una de ellas, y seguro temen tus represalias.

—Aunque eso fuera cierto, no es aquí donde hablan. Yo no puedo contener sus iras; ni las tuyas, por lo que veo. —Ahora sí, Txomin aproximó una mano a su cuerpo, y la tomó del brazo acercándola hacia sí—. Si tú quisieras, Manuela, yo…

No logró besarla. Ella se zafó de aquel falso abrazo y se alejó airada hasta el otro extremo de la mesa. Desde allí, recobrando la respiración que sentía le traicionaba, volvió a percibir el deseo en la piel. Se serenó y retomó finalmente el hilo del razonamiento que traía con ella.

—No puedo permitir que hablen así de mí. Si Domingo Narciso llega a enterarse de lo que está ocurriendo me moriría de vergüenza…

—Él no tiene forma de saberlo. Y tú no deberías hacer caso a las *urracas*, o como sea que las llames.

—Eso es fácil decirlo desde tu posición, pero a mí me quitan la honra cada vez

que abren la boca.

—Nadie te puede quitar la honra, Manuela, salvo tu misma. —Y tras una larga pausa, que se volvió incómoda, Txomin siguió hablando. Hay algo que sí puedes hacer: defenderte con la ley en la mano, como has hecho conmigo y esa Causa de Esponsales que me has puesto. Dime una cosa, ¿acaso piensas ganarla?

—Esa Causa responde a tu pleito de Jactancia. ¿Pensabas que me iba a quedar callada?

—Admito que sabes pelear. Eso es lo que tienes que hacer con las hermanas Arza. Yo te ayudo, cuenta conmigo, a mí tampoco me gusta estar en boca de todos. Lo que hay o no hay entre nosotros no es cosa de nadie. Yo te puedo ofrecer los reales para presentar una querella ante el Teniente de las Encartaciones. Eso las frenará.

—No seré yo quien te deba dinero.

—Digamos que tu hermano Domingo Narciso cubrirá esa deuda.

—Tengo que pensar en ello. Pero sí, siempre puedo pedir a mi hermano los reales que me falten para cumplir con tu ayuda.

Txomin se acercó a la lumbre para añadir algunos troncos y al incorporarse la agarró por la cintura y la acercó a la mesa. Manuela se debatió contra aquellos brazos fuertes sólo un segundo antes de ceder a la caricia que le ofrecían. Cuando sintió la mano de él abriéndose paso por entre sus faldas, dio un respingo empujándole lejos de ella. En la calle ya había oscurecido, tanto que no se distinguía el camino que había de llevarla de vuelta a Urrutia.

La casa taberna de Francisco de Lanzagorta y Juana de Landeta adquirió por entonces un inusitado protagonismo. El suyo era uno de los caseríos más viejos del valle, situado en un claro del bosque que se adentraba por el camino de Arceniega. No era un lugar muy transitado por los vecinos de Molinar, pero sí servía para quitar la sed a los viajeros y a los habitantes del Valle de Mena, que solían acudir a la taberna a concretar los negocios que se traían con según qué vizcaínos. Por lo general, éste era un lugar discreto.

Fue Maricruz de Arza, la mayor de las *urracas*, la encargada de dar la voz y difundir entre los parroquianos que alzaban sus jarras de *txakoli* algo que, según su versión, ya era público y notorio en la villa de Bilbao.

—¿Y qué es eso que se dice en la villa? —le increpó el mismo tabernero.

—Que Joseph de Allende es un ladrón al que buscan por haber robado una buena cantidad de dinero a un comerciante que…

—Cierra el pico, mujer, que esos cuentos que tu traes no son bien recibidos en esta casa. Dios sabe qué has de sacar tú de tanta leña como estás haciendo de esa familia.

Pero las palabras de Lanzagorta no pudieron con las intenciones de la Arza. Pocos

días después todo el valle se hacía eco de la narración, en la que se contaba cómo Joseph de Allende y Ayerdi había robado un saco de dinero de la casa de un comerciante, y que este le había buscado durante meses por toda la tierra de Vizcaya. A partir de ahí, la invención fue creciendo, y fue Narcisa quien hizo llamar a Manuela para ponerle en conocimiento de aquello, y para que le ayudara a frenar los deseos de venganza de su hermano, quien no dejaba de repetir, a quien quisiera escucharle, su intención de acabar con aquella Maricruz de Arza.

Sin embargo, no sólo Joseph albergaba sentimientos de venganza hacia las *urracas*. Zurrape, preguntado por su amo y la misma Manuela acerca de los comentarios que se decía habían salido de su boca sobre el amancebamiento de éstos, no dudó en expresar su deseo de matar a aquellas que habían extendido mentira tan ruin.

—Alguien habrá de acabar con ellas, para que así callen sus lenguas. Y si ese he de ser yo pues bienvenido sea. Esta misma noche me adentro en su casa y le atizo a esa Maricruz hasta que escupa todo el veneno que lleva dentro.

—De eso nada, Zurrape. Tú te quedas tranquilo que yo sé bien lo que hay que hacer.

Al amanecer del día siguiente partieron ambos hermanos hacia la Avellaneda, decididos a presentarse ante el Teniente General de las Encartaciones, el Licenciado don Antonio Caballero. Allí, bajo los muros fríos de una casa torre que decían guardaba a los reos y presos de todas las tierras encartadas, Manuela se querelló contra las hermanas Tomasa y Maricruz de Arza. Cuando aquel hombre de letras la miró desde la otra punta de la sala y le preguntó las razones de su causa, Manuela tuvo que tomar aire antes de poner voz a sus pensamientos:

—De hace unos meses a esta parte, esas mujeres han sembrado la voz por todo el valle de que años antes he tenido tratos ilícitos de incontinencia con dos sujetos, de cuyos respectivos accesos parí dos veces.

—Si eso no es cierto, estamos ante una causa de injurias.

—Tanto que me ofrezco a registro de matronas para que quede constancia de mi integridad y doncellez.

Manuela no se podía creer lo que acababa de decir. No contaba con esas últimas palabras que habían salido de su boca. Fue idea de Txomin que se ofreciera a la inspección por matronas, pero había decidido no hacerlo. Sin embargo, los nervios la habían traicionado. Ahora ya estaba dicho y no sabía cómo dar marcha atrás. Miró de reojo a su hermano y se alegró de verlo en conversación con Fernández de Maruri, el abogado que, gracias a la intervención de Braceras, aceptó de buen grado el cometido de defender ante los hombres y su ley la inocencia y buenas prendas de la más pequeña de los Allende.

Tras el breve interrogatorio, salieron al patio por el que habían entrado en aquella

estancia cuadrada, de piedra gris. El viejo roble foral presidía el espacio en el que se encontraban, frente a la casa del corregidor; la montaña se alargaba, ascendía y bajaba mirara donde mirara. Entonces, un grito de espanto salió del interior de la torre, y Manuela se encogió asustada. La cárcel estaba en la primera planta del mismo edificio, paredaño a la ermita del Ángel Custodio, que trataba de dulcificar aquella escena sobreexcedida sin conseguirlo. Se asomó a la puerta del templo y se adentro al interior. Mientras estuvo de rodillas frente al altar dudó de todos los pasos que había dado hasta llegar donde se encontraba. Pero al regresar a la misma sala cuadrada y gris, y escuchar las palabras de su abogado, recuperó la seguridad en sí misma. Al fin y al cabo, probar su honra era deber para con su nombre y casa, para con sus hermanas y su padre. Y era la única forma de que Txomin no pudiera zafarse de la palabra de matrimonio que le tenía dada.

Fernández de Maruri expuso ante el escribano y el Teniente General de las Encartaciones los hechos con todo tipo de detalles. Culpó a las acusadas de haber divulgado voces de incontinentes tratos entre su defendida y sendos hombres casados.

—De los que llegaron a decir resultaba tener un hijo estudiante y una hija adulta, y que los mismos tratos habían continuado con su amo, don Manuel de Braceras, con embarazos y abortos procurados por un cirujano. Rematando con el último improperio de ser Manuela de Allende y Ayerdi, mi defendida, una vil prostituta, cuando es probado que es nacida hidalga, vizcaína originaria de ilustre y distinguida familia, doncella virtuosa, honesta y recogida. Estas voces difamatorias las llevaron hasta el sujeto que había tenido inclinación de casarse con ella, don Domingo de la Torre y Ugarte, y que con motivo de tales difamaciones ha desestimado su primera intención de contraer matrimonio con la susodicha.

No transcurrieron ni cinco días desde que Manuela estuvo en Avellaneda, cuando Zurrape le trajo la noticia de que habían encarcelado a las hermanas Arza. Era el veintisiete de noviembre de 1769, vísperas de San Andrés. La feria se convertiría en un escenario idóneo para los rumores y el chismorreo. Todo el valle, sin excepción, supo con mayor o menor acierto del pleito interpuesto contra las Arza por injurias y difamación. Maruri también se presentó en Urrutia aquel mismo día. Con él traía la noticia del auto firmado por el Teniente General, que mandaba poner presas a Tomasa y Maricruz, y que se les embargasen sus bienes y efectos, guardándolos en depósito seguro.

Manuela se sintió aliviada, reconfortada por la resolución y porque aquello evitaría la temida revisión por matronas que ella misma había propuesto. El licenciado le contó cómo los testimonios de los testigos presentados habían sido claves en la resolución del auto.

—¿Y ahora qué sucederá? —quiso saber.

—Tenemos que estar prevenidos.

—¿Prevenidos?

—Sí, Manuela. Es bueno que el auto las haya mandado directamente a la cárcel, pero con eso no será suficiente. He sabido que están preparando su defensa con un abogado, Antonio de Santelices.

—¿Pero no se habían declarado pobres de solemnidad?

—Así es.

—¿Y cómo han podido contratar los servicios de un abogado?

—Y no un abogado cualquiera —añadió Braceras—. Yo conozco a ese licenciado, tiene causas en las Juntas Generales y está bien visto y mejor cotizado. Habría que saber qué hace en este pleito, ¿no le parece? —y su voz se dirigió exigente a Fernández de Maruri.

—No sólo está Santelices —confirmó éste algo temeroso—. Hay otro nombre que me llama la atención firmando el acta de la defensa, el de Cristóbal de las Casas.

Braceras y Manuela se miraron en silencio. Cada uno por su lado trataba de establecer una conexión entre Las Casas y las Arza. Manuela le había conocido en esta misma estancia de Urrutia, comiendo junto a su señor y a Txomin. Con éste último era con quien más le había visto, y había oído decir que mantenían estrecha relación. Por un momento pensó que quizá eso le convendría, que Txomin estaba moviendo sus hilos para favorecerla. Pero la intuición le llamó a la prudencia y no añadió nada más sobre el tema. Nadie lo hizo, y de ahí pasaron a hablar de los nuevos testigos que habrían de declarar a favor de sus buenas prendas llegado el caso. No tenía ninguna duda de que todo el valle estaría con ella, al fin y al cabo era hija de la casa de Allende y Ayerdi, pertenecía a Zubiete, mientras que las *urracas* habían llegado desde Mena a buscar marido, y mendigar y amamantar a hijos ajenos. Manuela se sintió tranquila, y así se lo expresó al hombre de letras y leyes que tenía en frente.

—No hay duda de que esas dos van a pagar bien caro el atrevimiento de venir a buscarle pleito a personas honradas y decentes. De hecho, ya lo están pagando, durmiendo en el presidio como vulgares ladronas. Y por mí, ahí se les van a pudrir los huesos y la lengua.

Antes del anochecer Nela alcanzaba Isasi por el sendero de Berdugal. Traía el semblante frío y risueño. Aquel trayecto, recorrido tantas otras veces, hoy le parecía distinto, nuevo, diferente. Se sentía mayor, feliz, otra persona. Recordó que en febrero cumpliría ya dieciocho años. Se miró la basquiña, era casi nueva, apenas la había usado. La tenía reservada para las ocasiones y hoy era la mejor de todas las que se le habían presentado en los últimos tiempos. Pasaría la feria de San Andrés ayudando a su tía en la casa de Urrutia. Había visto aquellas habitaciones otras veces,

en las visitas continuas que hacía a Isasi, y siempre le habían parecido de otro lugar. Le costaba imaginar una casa tan grande y bien acomodada en Gordejuela. Había otras, como la de Oxirando o la de Urtusaustegui, pero ella no había estado nunca en ellas. En la de Urrutia sí, y ahora podría vivir allí, ver sus manteles y la vajilla colocada sobre la mesa, y a los señores que llegaban de Valladolid.

La puerta estaba entreabierta y se animó a subir las escaleras. Llegó a la cocina guiada por el resplandor de la lumbre. Antes de entrar le pareció escuchar voces y se detuvo dubitativa. Zurrape y Teresa hablaban de las Arza.

—No dicen más que disparates. No hay quien se crea nada de esas —sentenciaba Teresa.

—Lo último que he oído decir es que el difunto Romarate tuvo tratos con Manuela cuando ésta aún era moza, en la misma casa de su padre, en la mesa de la cocina de Zubiete.

—Válgame Dios, esas mujeres hasta en la cárcel sacan cuentos.

En ese momento Manuela subía las escaleras y descubrió a su sobrina parada en la entrada de la cocina, indecisa, e intuyó lo que estaba sucediendo.

—¡Nela! Ya has llegado —dijo en voz alta, esperando que los que debatían dentro se dieran por enterados. Les había prohibido hablar constantemente de las Arza y del pleito, pero no había tenido éxito.

Entraron las dos juntas, y Manuela no pudo evitar una mirada acusadora. La criada fue la primera en reaccionar.

—Lo siento, pero deberías conocer lo que se dice.

—No quiero saber nada. Y permaneced callados al menos por hoy, que tenemos a Nela con nosotros.

—Pero, ¿no se queda?

—Claro que se queda —respondió con una sonrisa satisfecha—. Se quedará todo el tiempo que haga falta, mientras estén aquí el hijo del señor y su esposa.

Zurrape y Teresa dieron la bienvenida a Nela, que se mostraba dichosa. Manuela la miró orgullosa. La sensación de comer todos los días junto a ella, dormir en el mismo jergón, trabajar una pegada a la otra, escucharla, enseñarla, tenerla, le hacía olvidarse por un instante de cualquier cosa que no fueran ellas dos.

Estaba previsto que don Vicente apareciera en Isasi de un momento a otro, y que lo hiciera con su mujer, doña Bernarda. En principio, venían a pasar la feria de San Andrés con su padre, pero éste le había confesado a su ama de gobierno que confiaba en poder convencerles para que se quedaran hasta pasada la Navidad. Aquella noticia se apoderó de los nervios de Manuela; una visita de días estaba bien, pero no deseaba que ésta se alargara. Desde que se instaló en Isasi, casi veinte años atrás, ella había sido la única mujer con mando y gobierno en aquella casa. Contempló a Nela un instante y se recordó a sí misma llegando a la puerta de Urrutia. Recordó a su padre,

joven y fuerte aún, dejándola por primera vez en aquella enorme casa. Nela no se sentiría sola ni temerosa, porque ella estaría siempre muy cerca.

Cuando los caballos desaceleraron el paso frente al portalón de entrada, nadie en Isasi había visto un carruaje tan significativo y engalanado. Tras las cortinas que cubrían a los viajeros se intuía la presencia de señores de gran abolengo. Manuela lo había visto aparecer por el sendero de Molinar desde la ventana de la cocina, y enseguida apresuró a todos en la casa para bajar a recibir a los recién llegados. Braceras se acercó al carruaje y ayudó a descender a sus ocupantes ante la vista atónita del resto. Vicente, aquel joven taciturno y pálido que antaño visitara esta misma casa, se había convertido en un hombre corpulento y con cierto parecido a su progenitor. Tras él, una mujer excesivamente delgada, sin un ápice de color en las mejillas, avanzaba lentamente sujetando la prominencia de su preñez. La sorpresa fue mayúscula.

Al interior todo estaba listo. Nela se encargó de acompañar a la señora a la alcoba que le habían preparado para que se refrescara y recuperara el aliento tras el largo viaje. La miraba avanzar por el pasillo, escuchando el frufrú de sus ropas, y no acababa de creerse la suerte de poder estar tan próxima a persona de esa calidad y prendas. Manuela ofreció el calor del comedor a padre e hijo, y se dispuso a acomodar los equipajes que en ese instante Zurrape subía a hombros por las escaleras. Baúles de todos los tamaños fueron ocupando el largo pasillo de la planta principal. Al verlos allí, expuestos, Manuela no tuvo más remedio que convencerse de que aquella visita duraría más que la feria de San Andrés y la Inmaculada juntas. Aquella mujer había venido a parir a las tierras de Vizcaya, como tantas otras que no dudaban en cruzar las montañas con los hijos ya saliéndoseles de las entrañas.

Josefa de Allende caminaba despacio por entre las parras. Toda aquella extensión de tierra fértil pertenecía a una sola casa, que oteaba las vides madurar desde la loma. Don Lope de La Puente permanecía sentado en la portalada del viejo caserío y, desde allí, observaba a la mujer perderse y volver a aparecer entre los sarmientos desnudos que había dejado el otoño. Josefa se agachaba, tocaba la tierra, olía la madera, y comprobaba las cuerdas del emparrado; si tenía que ocuparse de cuidar y sacar el zumo a aquellas vides, más le valía comprobar que se encontraban en buenas condiciones. Don Lope asentía con la cabeza desde la distancia. Le gustaba la forma en que ella hacía, cómo las hileras se la tragaban y ella volvía una y otra vez hasta dominarlas. Y la manera en que lo lograba: con caricias, susurrándoles palabras, sonriendo al viento.

Regresó a donde el hombre la esperaba mucho rato después. Cuando lo alcanzó, en el portal de entrada a aquella casa aún extraña, se giró para contemplar lo que acababa de tocar, de sentir, de saborear. Y desde allí, con el emparrado más grande que jamás hubiera imaginado contemplar, dijo que sí.

El contrato se firmó dos días después en presencia del escribano real y de Antonio de Allende. En él se establecía el compromiso adquirido por Josefa de Allende de vender, en su casa de Zubiete, el *txakoli* que don Lope de La Puente, vecino de Oquendo, poseía en los pertenecidos de su caserío del barrio de Ibarra, en Gordejuela. Josefa encontraba así una salida a la precaria situación económica en que se hallaba su hogar. Los censos adquiridos con los años agrietaban las fuertes y viejas paredes, y cada vez era más difícil cumplir con los plazos de los pagos contraídos.

Esa Navidad, mientras Manuela procuraba todos los caprichos a una dama española, su hermana mayor ascendía por el camino de Ibarra con los últimos brillos de la luna. Arriba, los inquilinos de la casa que presidía el emparrado, ya trabajaban entre las hileras. Con las primeras luces del día se iban sumando los hijos y allí permanecían hasta que anochecía. Así un día tras otro. Josefa era la primera en irse, a mediodía recogía sus trastos de la poda y volvía a Zubiete, hambrienta y cansada. De vez en cuando supervisaba las vides que su padre y Francisca arreglaban con escaso brío, pero tanto esmero que apenas necesitaban de su ayuda.

Todos sintieron cómo el carácter de Josefa se iba aplacando. Cuanto más trabajaba en Ibarra más tranquila se mostraba. Manuela fue la más sorprendida por aquel cambio. Finalizaba diciembre y desde que habían llegado los señores de Valladolid ella no había pisado Zubiete. Ni la noche de Navidad se pudo ocupar de los suyos. En su lugar, mandó a Nela con la nogada y el encargo de regresar lo antes posible a su lado. Aquella mujer, Bernarda, resultó ser más inquieta y exigente de lo que las buenas formas recomendaban, y sólo Nela había conseguido apaciguar sus desaires con la dulzura de su carácter.

Josefa llegó a la cocina de Urrutia siguiendo los pasos de Teresa. Era mediodía y en la mesa frente al hogar comían Nela y Manuela. Cuando éstas vieron a su tía y hermana apoyarse en el quicio de la puerta de aquella casa se les encogió el corazón, y sin quererlo pensaron en la prematura muerte de Antonio. Pero no era eso lo que trajo a Josefa aquella tarde.

—Hacía años que no estaba aquí, todo sigue tal y como lo recuerdo, nada ha cambiado —dijo a modo de saludo.

—Josefa ¿qué ha sucedido?, ¿padre está bien?

—Tranquila, no ha sucedido nada. Sólo es una visita.

—¿Una visita? —Manuela no daba crédito a lo que estaba escuchando. En los últimos años los encuentros con Josefa habían sido escasos y desagradables. Incluso se evitaban la una a la otra para no enfrentarse—. ¿Has comido? —le ofreció—. Coge una cuchara y siéntate con nosotras.

No se lo pensó dos veces. Estaba hambrienta. No había probado bocado desde que había salido de casa aquella madrugada. Se sentó y comió hasta terminarlo todo y untar un mendrugo de pan en el fondo de la cazuela. Manuela y Nela la observaban impacientes, pero incapaces de preguntar por las razones que la habían llevado hasta Isasi.

Hablaron de su padre, de Francisca y también de la casa de Zubiete. Les describió la hermosura de los *txakolis* de Ibarra, y mencionó las necesidades, pagos y censos que la habían llevado a ocuparse de aquel emparrado. Y cuando Nela se tuvo que ausentar para atender algún arreglo en los vestidos de doña Bernarda, Manuela interrogó con sus ojos verdes como el valle a aquella hermana que de la noche a la mañana se había convertido en la más sociable de las mujeres.

—No me mires así, Manuela, no sé de qué te extrañas. Si tú no vas por casa tendremos que venir a encontrarte aquí.

—¿A qué has venido, Josefa? No es que no seas bienvenida, no me malinterpretes, es que sé que traes algo contigo y temo lo que pueda ser.

Josefa tomó un trago de vino antes de empezar a hablar.

—Vengo a felicitarte por tu acierto. —Las pupilas de Manuela parecían salírsele de las órbitas—. Sí. Ya sé que no es propio de mí que te felicite. Pero he de reconocer que has sabido defenderte de esas víboras, aunque desconozco la procedencia de los reales que te lo han permitido —y su voz sonó irónica—. Aún así, has logrado meter a las *urracas* en prisión, y que ese teniente te declare recatada y honesta doncella, y eso sí es un buen castigo. Pero incluso desde allí siguen hablando de ti, ahora te quieren amancebar con Romarate, en casa, en Zubiete, cuando todavía eras moza. Yo no sé lo que hay de cierto o no en todo eso, pero no quiero que el nombre de los Allende esté en boca de todo el valle. Tienes que hacer que esto pare, y cuanto antes mejor. Padre ya está muy viejo, y sufre callando la deshonra que acecha a una de sus

hijas…

Josefa siguió hablando y contradiciéndose. Por un lado decía sentirse orgullosa de Manuela y de que ésta hubiera llevado a las Arza a la cárcel de Avellaneda. *Ojalá se pudran*, había dicho. Pero no dejaba de ser quien era, había algo en ella que le impedía ser generosa con sus pensamientos. Mañuela dejó de escuchar aquel soliloquio sin mucho sentido mientras una tristeza infinita se instalaba en su espíritu. Cuando Nela regresó a la cocina Josefa se estaba levantando de la silla.

—Bueno, he de regresar a Zubiete o de lo contrario se preocuparán. ¿Has entendido lo que te he dicho, Manuela?

Esta respondió que sí con la cabeza, mientras trataba de fijar la mirada en aquella figura que avanzaba por las escaleras hasta el portal. Nela se ocupó de acompañarla y despedirla, mientras Manuela avivaba la lumbre y escondía en ella los pensamientos que empezaban a apoderarse de su entereza. *Lo que yo daría por ver muerta a esa Maricruz de Arza. La tierra de la iglesia es demasiado santa para tanta inquina, el caudal del río es más propio para los de su calaña. Si yo sola pudiera…* Decía aquello entre dientes, mirando al fuego, sin saber que su vecina, Fernanda de Otaola, la escuchaba desde la puerta. Teresa fue quien la anunció.

—Ha venido a traer una gallina a la parturienta. Le he dicho que mejor meterla con el resto, en el corral, pero se empeña en dársela ella misma a doña Bernarda —trató de explicarse Teresa.

Fernanda permanecía de pie a su lado, con un saco que se agitaba nervioso a la altura de sus rodillas, y una mirada que no anunciaba nada bueno.

—¿Deseando el bien ajeno, Manuela? —se atrevió a decir la visitante con mucha sorna.

—Todavía me quedan deseos, cuidado no vaya a tocarte tu parte, Fernanda. En cuanto a esa gallina, si lo que querías era ver a la señora, mujer, no tenías que traer nada, porque nada vas a ver. Se encuentra descansando y una gallina no la va a hacer moverse.

—¿Y no puedo ir yo a presentarle mis respetos?

—Espera que se lo preguntamos. —Manuela miró a Teresa, y sin más añadió—: no, dice que no quiere que la molesten.

—¡Pero, si no le has preguntado nada! —protestó Fernanda, que comprendiendo que era motivo de burla, y sin soltar la gallina que se removía inquieta dentro del saco, se volvió por donde había venido, más airada que en otras ocasiones en que tampoco había logrado que la desdichada ave llegara a su destino.

El alumbramiento estaba previsto para las primeras semanas del año que entraba. Nadie imaginó que se demoraría hasta febrero, en un día frío y lluvioso en el que los gritos de la primeriza hicieron estremecerse hasta a los animales guardados en las

cuadras, de donde Zurrape había decidido no salir hasta que todo aquello acabara.

La casa se llenó de mujeres a la hora más temprana de la mañana. Manuela, que aún recordaba su primera experiencia, cuando vivía con su hermano en Santurce, dispuso agua, linos y sopas calientes para todos. Ella se encargó de atender las primeras contracciones mientras llegaban las matronas. Después se retiró a un lado, a esperar paciente el resultado del parto, del que sabía nacería un vástago con la fortuna de hacerlo bajo el manto protector de su abuelo, que pondría en sus diminutas manos todo lo que necesitara, sin estrecheces, sin recato ni reserva.

Nela no había salido de la habitación de la señora desde que comenzaron los primeros dolores. Se apostó en su cabecera, retirándole el sudor de la frente, ayudándola a empujar, sin temer los gritos ni el dolor. Había visto parir a su madre tantas veces que nada extraño le parecía todo aquello, si no fuera porque cada vez que doña Bernarda observaba a sus pies a aquellas mujeres vestidas de riguroso negro, metiendo sus manos donde ella sentía se le rompía la carne, una repugnancia extrema se apoderaba de todo su ser, haciéndole vomitar hasta desalojar de su estómago el último alimento ingerido días atrás. No fue un parto complicado, sino una parturienta difícil de contentar. Sólo se consolaba al mirar a Nela a su lado. Le había cogido confianza, y hasta la había vestido a su gusto y usanza. Ya casi nunca se ponía la basquiña oscura que trajo el primer día, su señora le había proporcionado una más clara, de un azul que, según decía, le recordaba a las olas del mar cuando la veía moverse por la casa.

Manuela esperaba ver aquella falda llegar a la cocina en cualquier momento. Sabía de la inquietud que reinaba en el corazón de Braceras, y quería ser ella quien le llevara la noticia. Finalmente, se acercó a la puerta de la alcoba y la abrió. Desde una esquina le anunciaron que ya casi habían terminado. Esperó hasta que la vio aparecer con aquel bebé entre los brazos. Nela se lo ofreció con cuidado, arrimándolo al pecho de su tía y confirmándole lo que ésta ya celebraba: era una niña. Manuela contempló a la criatura, y después a su sobrina, y comprendió que no podría quererla más. Se alejó de ella con la pequeña recién llegada entre los brazos. Mientras Braceras y su hijo la observaban, la casa se quedó en silencio, hasta que el primer llanto lo llenó todo y tuvo que regresar corriendo a dejarla junto al pecho de su madre.

La pequeña fue bautizada en Molinar con el nombre de Carmen, y durante sus dos primeros meses de vida se convirtió en el centro de la vida de Isasi. Pero al llegar la primavera, una despedida que nadie deseaba se aproximaba por la ladera. Con los primeros brotes, don Vicente, su esposa y la recién nacida partieron hacia las tierras de España, dejando atrás una casa que se sentía vacía y la promesa de regresar apenas se terciara una oportunidad.

Don Manuel entró abatido hasta la cocina y se sentó junto a la lumbre. Manuela

lo acompañó en silencio, con el hilo y la aguja jugando entre sus manos. Nela se había ido también aquella mañana y, aunque la sabía cerca, intuía que su ausencia se le iba a hacer extraña. Apenas transcurrió un momento bajo ese silencio atronador cuando la aldaba repicó de nuevo y Zurrape se anunciaba por las escaleras con la visita del licenciado Fernández de Maruri, que traía noticias de Avellaneda.

—¿Qué velatorio es éste, señores? —dijo nada más verles.

—Ninguno, no tema. ¿Qué noticias son esas que trae en este primero de abril? —se apresuró a preguntar Manuela, deseando no ahondar en la despedida que acababan de vivir.

—Una y buena. —Anunció misterioso, queriendo generar en ellos curiosidad—. Por fin las reas han declarado a tu favor, aceptando que eres mujer sin falta alguna, que has vivido virtuosa y honesta, con atención al gobierno de esta casa, aún en días festivos de romerías y ocasiones de recreación, absteniéndote con particular distinción,… —dijo recitando una sucesión de adjetivos positivos—. En fin, que han dicho muchas cosas, y todas en honor de tus buenas prendas y calidades.

—Lo que quieren es que las liberen.

—Sí, no tengo duda de que ese es su objetivo. Y de que algo debemos responder ante el Teniente de las Encartaciones.

—Pero, entonces ¿se sabe el por qué de las injurias?

—Esa es una buena pregunta, Manuela, que ha quedado sin respuesta.

—¿Y del contrato de matrimonio se ha sabido algo?

—No, sobre eso tampoco ha habido pronunciamiento. Pero si ellas se retractan, La Torre habrá de cumplirte la promesa dada.

Braceras, que había permanecido en silencio hasta entonces, no pudo evitar un carraspeo al tiempo que alzaba la cabeza para mirarles de frente. Maruri observó a Manuela, que se removía inquieta.

—¡No quiero que las suelten! ¡Que se pudran en el infierno!

—¿Estás segura de eso?, ¿no crees que ya han pagado por lo que han hecho?

—Lo que creo es que no se han arrepentido en ningún momento, han continuado sacando bulos y extendiendo nuevos rumores, y siguen perjudicándome incluso presas. Si las sacan será todavía peor.

Braceras no quiso intervenir. La conocía bien, no cambiaría de idea, la ofensa había sido demasiado grande. Cuando el licenciado se dio por vencido, establecieron la petición que habría de hacer ante el Teniente de las Encartaciones. Solicitaría que las reas permaneciesen en cárcel pública hasta que doña Manuela de Allende recibiera, en alta voz y ante todo el valle, las disculpas al agravio cometido contra su integridad y persona.

Antes de concluir el mes de abril las hermanas Arza ya se habían retractado de la

generosa declaración que habían hecho, y en su lugar alegaron abiertamente haber revelado a Domingo de la Torre todos aquellos hechos ilícitos sobre Manuela, con el fin de *evitar un casamiento entre su pariente y la mayor de las prostitutas*. Apoyaron su declaración en testigos que, según sospechaba el licenciado Maruri y la misma Manuela, habían sido sobornados para que dieran por ciertas todas las calumnias que se les ocurrió.

—Lo que no comprendo es cómo esas dos pueden andar con sobornos, de la naturaleza que sean —le advirtió Braceras aquella tarde, cuando le contó de las sospechas que albergaban.

—Se dicen pobres.

—Por oso lo digo, Manuela, por eso mismo, y porque, ni aun teniendo reales, sabrían cómo comprar el testimonio falso de nadie.

Aun así, con testigos a su favor, las Arza permanecieron a la sombra de aquellas viejas piedras de Avellaneda por orden expresa del Teniente de las Encartaciones, que no se convencía de tantos cambios y peticiones. Mientras tanto, Manuela comprobaba en carnes propias lo que era sentir la falta de libertad. El círculo se le estrechaba, trataba de caminar como antes, con ligereza, por las mismas sendas de siempre, y no lo lograba. Se había convertido en el objeto de todas las miradas, cuchicheos y blasfemias. En una ocasión, el alpargatero le había cerrado la puerta al verla pasar, y en la iglesia había percibido una distancia en torno a ella que no era habitual. Cuando le preguntó a don Pedro, éste le remitió a algún pasaje bíblico sin prestarle más atención. Dejó de ir a Molinar. En el mes de mayo el único sendero que se atrevía a transitar era el de Isasi a Berdugal. A veces se aventuraba hasta Zubiete para encontrarse con su padre y sentarse un rato bajo la parra de la fachada. Si veía a Josefa sólo se saludaban, pero casi nunca la encontraba por casa.

—Tu hermana está en Ibarra —le anunciaba Antonio, sabiendo que así se relajaba y perdía la prisa.

Francisca era más benévola con ella. Se interesaba por saber cómo iba aquello del pleito, y la animaba a asistir a misa mayor el siguiente domingo. Ella la consolaba asegurándole que no faltaba a ningún rezo en la ermita de Isasi. Con las tardes más soleadas se adentraba por el camino real hasta el barrio del Pontón y buscaba a Nela. Había sido fácil acostumbrarse a ella mientras estuvo en Urrutia.

Fue por entonces cuando llegó la carta de Domingo Narciso en la que anunciaba el nacimiento de otra hija.

Y hemos puesto por nombre a ésta, nuestra sexta descendiente, el de mi recordada y querida Manuela. Al nacer trajo con ella la luz a esta casa. Apenas tiene semanas de vida, pero sus ojos son vibrantes y profundos como nuestro valle. Ansío

verla crecer y poder hablarle de la tierra que dejé atrás y de todos ustedes, sobre todo de ti, mi tan añorada hermana, que le has dado su nombre y espero también tu fuerza.

Ella, Nela y la pequeña que acababa de nacer en América; ya eran tres Manuela de Allende. Se sintió llena por dentro de una alegría triste. Domingo Narciso también enviaba algo de dinero con que aliviar las necesidades de un hogar, el de Zubiete, que ya no se sostenía por sí sólo. Añadía algunos pesos más para ayudar a solventar el pleito que mantenía con las Arza, y le desaconsejaba cualquier trato de favor hacia Txomin.

Le conozco bien y sé que ambiciona el poder. Ignoro los detalles del compromiso adquirido por ambos, pero no deberías pecar de confiada en lo que a nuestro primo se refiere. Espero que los pesos que te remito te sirvan de alivio en los litigios en que te ves envuelta, y si en algo más puedo serte de utilidad…

Un par de líneas después Manuela se estiraba y encogía, recuperaba el aliento, y se despedía a su vez del hermano lejano con aquella alegría triste que parecía querer quedarse junto a ella.

Nardo Abasolo miró al pequeño que se agitaba en el capazo, a un lado de la lumbre. Era muy temprano aún para salir de casa, pero el recién nacido se había pasado la noche llorando y le había desvelado. Su madre también estaba en la cocina, entregada en atenciones con su nuevo hijo. Este tenía una buena mata de pelo negro cubriendo su diminuta cabeza, y los brazos largos y muy movidos. Era escuálido, delgaducho, alargado. Lo contemplaba con una mirada que Nardo no recordaba haber visto en ella nunca antes, ni cuando tuvo en el regazo a alguna de sus hermanas. Sonreía todo el tiempo, la veía incluso más joven y alta.

—Es la ternura que despiertan las criaturas, hijo. No te des a engaño —le corrigió ella.

Pero él sabía que había algo más, que era otra cosa la que se leía en sus pupilas acuosas, viejas ya. Ana María celebraba sus cuarenta y cuatro años, y aquel último hijo había sido un regalo que no esperaba, el último que le daría la vida, y por ello se sentía agradecida y feliz.

Hacía meses, años quizá, que Nardo no le hablaba de la Nueva España, desde que su padre bajara a Oquendo a advertir de la mala influencia que estaba ejerciendo sobre su hijo a Asensio Aldama. Guardaba en secreto, desde entonces, todo lo referente a Indias. Así lo intuía ella. Aquella madrugada, mientras su primer hijo varón le hacía compañía en el cuidado del último nacido, quiso saber lo que escondían sus pensamientos y enfrentarse, de una vez por todas, al temor que sentía de perderlo.

—Dime hijo, ¿ya no piensas en la Nueva España? —La voz dulce y serena de su madre le obligó a alzar la cabeza y mirarla de frente.

—Sí, sigo pensando en aquella tierra y en los que se van a ella. —Ana María se quedó callada, esperando que continuara—. Pero, por favor, no le diga nada a padre, no quiero que baje de nuevo al pueblo a buscar al señor Aldama. No me cuenta ya nada, se lo aseguro, nunca quiere hablarme de los hijos de su padre, los que viven allí y a veces escriben cartas, y…

Bernardo se dio cuenta de que estaba hablando de más, y se calló de repente. Su madre lo sonrió, reconociendo en él los rescoldos de la inocencia.

—No temas hijo, que nada le diré a tu padre.

Allí, en mitad de aquel silencio, hubiera querido acercarse a ella y dejarse envolver por sus brazos, pero eso ya no le correspondía a él, que aunque no era un hombre, a sus casi trece años no le faltaba tanto. Eso era para el pequeño Jacinto Roque que acababa de nacer, o para las hermanas, a las que todavía veía de vez en cuando cobijarse en los brazos de aquella mujer tan entrañable.

—¿De verdad no le contará nada? —quiso asegurarse.

—Nada.

—¿Sabe que han celebrado en Gordejuela los oficios fúnebres de un hombre que se marchó cuando tenía mi edad?

—¿De Gordejuela? Nadie me ha dicho nada. ¿Conoces su nombre?

—Sí, Castañiza.

—Su casa está en Molinar, junto a la hospedería de tu abuelo, hijo. ¿Y por qué han celebrado tanto en el pueblo?

—Porque hizo mucha fortuna en la ciudad de México, y de allí ha mandado los pesos para fundar una escuela de gramática o algo así.

—¿Otra escuela?

—Una para los que quieran ser sacerdotes. Todos dicen que es una oportunidad para el valle, que por lo visto se ha llenado de curas estos días.

Ana María sonrió la expresividad de Nardo. Lo veía guapo, buen mozo, y fuerte. Cómo le gustaría que aceptara un buen contrato matrimonial y viviera con ella en esta casa. Pero, había algo, una tonta intuición de madre, que le decía que aquello no sucedería. Miró al pequeño, que se revolvía en el cesto, y lo tomó entre los brazos para consolarlo. Debía tener dolor de tripas o algo que lo mantenía molesto, sin dejarlo descansar.

—¿Quién te ha contado lo de ese Castañiza?

—Cualquiera. En Oquendo son muchos los que pasan por la obra de la iglesia. Pero al primero al que se lo he oído ha sido al maestro. Él también bendijo al hombre que se acordaba de los suyos en el lecho de muerte.

—¿El maestro? Dios bendito, más vale que no se entere tu padre. —Hizo una pausa antes de continuar hablando—. Dime una cosa, hijo, ¿por qué te interesa tanto lo que ocurre en esa tierra tan lejana de nuestra casa y de nuestras montañas?

—Porque… porque algún día yo también habré de ir a la Nueva España. —Los dos se quedaron unos segundos en silencio, contemplando la lumbre, sin poder mirarse—. Iré aunque ustedes no quieran.

—¿Y quién te pedirá desde allí para que no encuentres impedimento en el camino?

—Los Aldama están buscando un destino para mí. Pero no se angustie, madre, aún es pronto para pensar en ello. Aunque le aseguro que cuando esté en aquel lugar sabré cómo hacer fortuna y les enviaré todos los pesos que gane, para que ustedes aquí puedan vivir mejor de lo que viven.

—Los últimos tiempos han sido malos para todos, hijo. No es mala casa la nuestra.

—Con los caudales que les mande volverá a ser de las mejores de Oquendo.

—¿Sabes lo que he pensado antes, cuando te he visto asomar a la puerta de la cocina? —Nardo la miraba con ojos interrogantes—. Que iba a pedirte que cuando yo falte te ocuparas del pequeño Jacinto Roque, para que siga tus pasos y estudie.

Nardo movió la cabeza de adelante a atrás, asumiendo la responsabilidad que se le encomendaba. Ana María sabía que su primogénito vivía aquello de la Nueva España con la ilusión de un niño y el convencimiento de un adulto. Sin embargo, necesitaría reales y el consentimiento de su padre, y algo más que la buena intención de los Aldama para que alguien reclamara sus servicios allí. Pero no quiso aguar sus expectativas, aquello le mantenía vivo y alegre, y era bueno que confiara de nuevo en ella.

Minutos después el joven Abasolo se santiguaba al pasar por la puerta de la ermita. Llevaba un caminar rápido, debía llegar a Oquendo cuanto antes. Hacía semanas que había dejado de acudir a diario a la escuela. Ya no había mucho más que el maestro pudiera enseñarle, así que se saltaba los días que más le convenía. En su lugar, llegaba de los primeros a la vieja iglesia de Unza y recogía piedras, las apilaba, las movía con ayuda de animales de carga y esperaba a que vinieran a buscarlas. El primero en llegar era el que tenía acceso a más y mejores cantos. Para cuando se encontraba con Asensio Aldama en la obra, ya estaba cansado, pero no se quejaba. A veces éste le preguntaba por las letras, y Nardo mentía y ocultaba que trabajaba por las mañanas para Valentín de Sojo en Unza. Así se fue haciendo con un poco más de capital, que guardaba como un tesoro en las tablas agrietadas que había bajo su cama.

Y de pronto, sin esperarlo, su destino vino a buscarle. La tarde siguiente a la conversación con Ana María sintió un vértigo desconocido en la boca del estómago, cuando Asensio le informó del contenido de una carta recién llegada desde un lugar llamado Querétaro. En ella se solicitaba su presencia en la Nueva España de la fecha en un año, para ponerse al servicio de don Marcos de Alday, un comerciante de fortuna que poseía negocios en varias ciudades del virreinato. El solicitante se identificaba como el hijo de un ayalés, procedente de las tierras de Murga, y buen amigo de Ignacio Aldama.

Aquella misiva abrió un horizonte de dudas y miedos que Nardo tuvo que ir venciendo día a día. El primero y más fuerte de todos ellos era su padre, al que necesitaba de su parte para conseguir la limpieza de sangre y el dinero para el viaje. En aquel largo tramo de un año en que habría de salvar los peores baches del recorrido que iniciaba, se le olvidó algo que le costaría más que nada: dejar atrás a su madre y al pequeño Jacinto Roque, con apenas un año de vida.

Manuela no quería saber mucho de nada por aquella época. Se ocupaba poco de la gente, apenas conversaba, y su espíritu, siempre alegre, se mostraba taciturno y pensante. Zurrape no lograba acostumbrarse a aquel cambio. Trataba de provocar en ella la risa, antes fácil y generosa, y en su lugar no obtenía más que una mueca

cansada y desairada.

La peor noticia llegó el tres de septiembre, cuando el licenciado Maruri se presentó sin previo aviso, e informó a su defendida de la inminente puesta en libertad de las Arza.

—El auto firmado por el Teniente General les otorga la libertad bajo fianza carcelera.

—¿Y han pagado? ¿Con qué?

—Esto es algo que no te va a gustar oír, pero debes saber que su benefactor no es otro que Txomin. Es él quien ha presentado los reales necesarios para la suelta de las reas.

Manuela se tapó la cara, tratando de cubrir la vergüenza que sentía.

—¿Tiene eso algún sentido? Dígame, ¿tiene algún sentido?

—Por lo que yo intuyo, he oído y sé, ese hombre es el artífice de todo. Ha encontrado la forma de desembarazarse del compromiso adquirido contigo, desacreditándote ante el valle y haciendo creer que no eres la mujer honrada que se espera. Eso le libera de la obligación de cumplir con el matrimonio apalabrado.

—¿Todo esto para no cumplirme su palabra? —preguntó con una voz casi inaudible, deseando escuchar otra respuesta distinta a la que esperaba.

—Sí, así es. Él ha influido en esas mujeres para que divulguen y desacrediten tu honor y decencia, por eso ha tomado a su cargo la defensa de éstas, costeándola de su bolsillo.

—Claro, de ahí que apareciera una y otra vez la firma de ese De las Casas, son uña y carne desde que él regresó de la Nueva España —descubrió ella en voz alta.

—Manuela, no sólo eso, sino que hay testigos que, inducidos por él, y en muchos casos pagados con buenos reales, han declarado a su favor y en tu contra.

—¿Quiénes?

—La lista es larga.

—No importa lo larga que sea.

Y antes de que Maruri terminara de recitar los nombres ella le interrumpió con prisa para saber cuál sería su siguiente paso.

—¿Y qué podemos hacer ahora?

—Presentar una alegación al comunicado exponiendo las tachas de los testigos.

Tardaron días en elaborar aquel documento, en el que se establecían las conexiones que unían a los testigos con la causa de Txomin. La mayoría eran parientes de él o de su ama de gobierno, y en su defecto, personas pobres, que habían aceptado unos reales a cambio de una declaración en la que admitían lo que se les preguntaba. Otros, como Fernanda de Otaola, sólo eran amigos de la envidia y la lengua mordaz.

Juana de la Presa tardó poco en llegar a darle aviso desde que soltaron a las Arza.

Tres días después las había visto pasear alegremente por Molinar, y a la mañana siguiente ya estaba sentada en la cocina de Urrutia con Manuela a su lado. Su primera intención fue la de apaciguar los ánimos de ésta, pero ella también necesitaba el refugio de la amistad para enfrentar miedos y preocupaciones.

—Hace semanas que Matías no aparece por casa. Lo último que he sabido de él me lo mandó por recado a través de tu hermano. Por eso necesito que hables con él, para que le preguntes si ha ocurrido algo, si sabe algo que yo debería saber.

—No digas tonterías, Juana, ¿qué puede saber Joseph?

—Cualquier cosa, puede saber cualquier cosa. ¿No ves que él también es uno de los que anda por el monte?

—¿Estás diciendo que mi hermano pasa tabaco?

—Por Dios, Manuela, ¿en qué mundo vives? Tu hermano hace años que lo hace, como mi marido y muchos otros. ¡Cómo crees que sobrevivimos con tantos hijos que alimentar! —Manuela no daba crédito a la claridad con que su amiga hablaba del contrabando de tabaco, cómo lo vinculaba con ellos, con sus familias, y cómo parecía estar al tanto de los recorridos y escondrijos—. Joseph me dijo que Matías estaba aprovechando las obras del camino carretil que cruza la sierra, el paso de Orduña. Pero imagino que aquello anda muy vigilado, así que me ha entrado un miedo que ni te imaginas. Tengo un nudo en la garganta desde hace un par de días, y no me atrevo a ir sola a preguntar a tu hermano.

—Y quieres que te acompañe —añadió todavía atónita Manuela.

—Casi prefiero que vayas tú en mi lugar. Ve y pregúntale, y luego me cuentas. Es más fácil así, porque podría ser llamativo que me vean a mí por allí y no quiero…

—Por favor, estás haciendo una montaña de nada, seguro que Matías está por ahí, buscando algo que vender. Puede que alguna vez hayan pasado tabaco, pero así de seguido no lo creo, de verdad que no.

—Pues lo que tu digas, supongamos que sólo ha sido alguna vez y que mi marido se entretiene en la montaña porque está mal herido. ¿Podrías ahora preguntar a tu hermano si sabe algo de él?

Manuela comprendió que estaba impacientándose y accedió a acercarse a casa de Joseph esa misma tarde, a cumplir con su encargo. No quería creerlo, pero intuía que todo aquello del contrabando era cierto, que su hermano también estaba involucrado y que era un negocio peligroso. Tendría una respuesta al terminar el día, y Juana no dudó en ir a buscarla.

—Me ha dicho que se ha quedado al otro lado.

—¿Cómo que al otro lado?

—Sí, al otro lado. Eso es lo que me ha dicho. Y que espera que en unos días pueda volver a pasar. Si no es por la peña vieja, ya encontrará por dónde. Dice que te quedes tranquila y que no preguntes mucho. Eso me ha dicho.

Juana se sintió vencida, agotada, pero también algo más sosegada. Al menos sabía que su marido estaba en algún sitio, al otro lado de cualquier lugar.

—Quién sabe cómo es eso del monte, por mucho que una quiera imaginárselo no se puede —dijo al fin.

—Mira, te voy a decir lo mismo que le he dicho a Joseph. Hay cosas que no quiero saber y eso del monte y el contrabando es una de ellas. Es una locura que anden por ahí pasando tabaco, ¿no lo entiendes? Cualquier día los pillan y los cuelgan en la plaza mayor.

—Cómo se nota que tú no tienes hijos, Manuela le contestó con voz triste.

—Pues sí, así es, aunque otras se empeñen en decir lo contrario. ¿Sabes que entre todas las cosas que han dicho esas *urracas* de mí, también me han inventado un hijo en la escuela y una hija trabajando en la ciudad? —y según lo decía no pudo evitar echarse a reír—. Y lo mejor de todo es que Txomin está detrás de cada palabra.

—¿Cómo Txomin?

—Sí. El muy cobarde utilizó a las Arza para que hablaran mal de mi, para que me pusieran de puta para arriba hasta arrastrar mi honra y el honor de mi casa. Esa es su forma de librase de un contrato matrimonial que, por lo visto, ya no le conviene.

—¡No te puedo creer! —gritó Juana.

—Sólo espero no cruzármelo, porque creo que no voy a contenerme. Ojalá se muera hoy mismo, y esa Maricruz con él. El licenciado y Braceras me ruegan que no diga ni haga nada, pero esa mujer, esa *urraca* malnacida tendrá que pagarme, y bien caro, cada palabra que ha salido de su boca. Y si no puedo yo sola con mis manos, buscaré quién me ayude a mandarla al mismísimo infierno. —Manuela sentía cómo la ira volvía a ella, incontrolable, desbordada, incapaz de pararla.

—No hables así, no blasfemes que te puede oír alguien.

Pero Juana llegó tarde con aquella prudente advertencia. Zurrape, agazapado en la sombra que dejaba la puerta, escuchó las últimas palabras de Manuela y sintió muy dentro de sí el deber de defender a quien debía algo más que la vida, un hogar y una familia. Pasó por su mente la imagen de aquella niña en Lartundo que lo miraba desde el interior de la ermita, más curiosa que asustada, y luego en el camino, caído sobre la nieve, indefenso ante aquellos miserables. Pensó en Gerardo, el viejo que le cuidó y le enseñó a vivir de otra manera, y que se murió dejándolo con ella. La recordó en Zubiete, defendiéndole, y en el camino a Santurce, acompañada por María de Sollano y su mula. Y antes de darse cuenta ya estaba en la calle, avanzando de prisa por una orilla del camino. Sabía dónde encontrarla, la casa en la que vivía. Y a esas horas estaría sola, con el marido lejos, como siempre, prestando servicios al rey. Le daría un buen escarmiento a esa Maricruz de Arza, se lo merecía, y nadie más volvería a hablar mal de Manuela de Allende, nadie se atrevería a decir una palabra después de esa noche.

Juana dejó la casa de Urrutia media hora después. La luna, casi llena, iluminaba el sendero hasta Irazagorria. Al tomar la última curva vio una sombra en la fachada de casa que le hizo frenar el paso. Primero sintió temor y después sosiego, y entonces echó a correr hacia él. Matías había regresado al fin.

La noticia no tardó en extenderse por todo el valle. Alguien había atacado a Maricruz de Arza en su propia casa y de noche. La habían apaleado hasta dejarle el cuerpo amoratado y más de un hueso quebrado.

El relato resultaba grotesco. Manuela trató de serenarse y no reírse, pero no lo pudo evitar y una expresión de júbilo se escapó de su boca. Fernanda de Otaola se calló y la miró de frente. La ermita de Isasi estaba casi vacía.

—Te alegras —afirmó.

—Claro que me alegro. Qué esperabas, alguien tenía que poner en su sitio a esa *urraca*.

—Qué poca vergüenza tienes, confesarte así.

—¿Qué insinúas?

—Qué has sido tú y no otro el que ha apaleado a esa pobre mujer. Guardas más odio en tu corazón que *txakolis* tu hermana en Ibarra. Das miedo.

—Deja a mi familia en paz, Fernanda, no vayamos a tenerla tu y yo. Y a mí no me acuses de lo que desconoces, que yo nada he hecho, aunque no me hayan faltado ganas —le dijo amenazante.

Rosa, que estaba presenciando la discusión desde una prudente distancia, se acercó a Manuela y trató de persuadirla para que abandonaran la iglesia.

—Sí, Rosa, mejor que te la lleves, que por aquí no es bienvenida —la animó la de Otaola.

Ya en la puerta, Manuela sintió el canto de una piedra bajo la alpargata y se agachó a recogerla. Alzando el brazo y sin pensarlo dos veces la lanzó con toda su fuerza al interior del templo. Fernanda no se quitó a tiempo. El golpe lo recibió en un hombro, y debió de ser fuerte, porque desde el exterior se pudo escuchar un alarido de dolor.

Antes de entrar en casa se metió en las cuadras y comenzó a llamar voz en grito a Zurrape hasta que éste apareció.

—¿Has sido tú? Dime que no has sido tú.

—¿Yo, qué? —le contestó desconcertado.

—¿Dónde estuviste anoche, Zurrape?

—Aquí, como siempre.

—No, aquí no estabas, porque mandé a Teresa a buscarte para la cena y no te

encontró.

—Es que llegué tarde.

—¿Dónde anduviste?

—Dime primero a qué viene tanta pregunta. ¿Qué es lo que sucede?

—Qué alguien ha apaleado a la *urraca* y… —Zurrape no le dejó terminar.

—¿Y por qué crees que iba a ser yo? Aunque no puedo decir que no me alegre. Bien por el que lo haya hecho —añadió golpeando el lomo del caballo que tenía a su lado.

Manuela se derrumbó ante la franqueza de Zurrape y esbozó una sonrisa.

—Sí, yo también me alegro, no lo puedo negar. Entonces, ¿no has sido tú?

—Qué cosas se te ocurren. Pero dime, ¿cómo está la vieja? ¿Acaso la han matado?

—No, pero poco ha debido de faltar.

Maricruz de Arza tardó días en recuperarse. Pero en cuanto pudo hablar, pese a los dientes partidos y la mandíbula hinchada, pidió a su hermana que trajera ante ella al licenciado.

—Manuela de Allende no se va a salir con la suya. Le voy a poner una querella por haber intentado matarme en mi propia casa.

—Pero, ¿cómo vas a demostrar que ha sido ella, si todos los vecinos que corrieron a socorrerte vieron huir a un hombre, y no a una mujer? —quiso saber su hermana.

—¡Tú haz lo que te digo! —le ordenó.

Apenas dos semanas después, Fernández de Maruri acudía a Urrutia con un documento entre las manos. Preguntó a Teresa por su señor, Manuela y Zurrape, y esperó a todos ellos en el comedor de la casa. Braceras fue el primero en aparecer, y el licenciado no tardó en ofrecerle el escrito que traía con él. Don Manuel leyó:

Debía de mandar y mando que ésta Manuela de Allende y el mencionado Jacinto de Pereda sean presos. El reducido a la cárcel pública de las Encartaciones, y ella por ahora lo esté en calidad de tal en casa del precitado Don Manuel de Braceras su amo, al que se le notifique no la quebrante ni salga de ella con pretexto alguno, pena de 200 ducados. Y que se le secuestren y embarguen todos sus bienes y réditos, derechos y acciones que les correspondan…

Cuando levantó la vista, Manuela estaba frente a ellos.

—¿Estoy presa? ¿Esta casa es mi cárcel? ¡Están todos locos! ¿De qué se me acusa?

—De intentar matar a Maricruz de Arza.

—¿Yo? Pero si yo…

—Y Zurrape. Dicen que tú le mandaste a hacer lo que hizo, a golpearla hasta

matarla, y que si no lo consiguió fue por el socorro que le ofrecieron los vecinos al oír sus gritos.

—¡Pero eso no es cierto! —exclamó Manuela.

—¿Dónde está Zurrape? ¿Por qué Teresa no le ha traído aquí como le he pedido? —preguntó Maruri, con impaciencia en la voz.

Manuela se asomó a la puerta y llamó a la criada, que llegó exhausta de la calle.

—He recorrido los establos, la huerta, todo, y no lo encuentro, no está por ninguna parte, es como si la tierra se lo hubiera tragado.

Los dos hombres que escuchaban detrás de Manuela se miraron y esperaron a que ella se volviera. Tenía el ceño fruncido. *Maldito Zurrape, no debí confiar en sus palabras*, pensó, pero no lo dijo. En su lugar trató de apaciguarse y ganar tiempo a aquella situación de la que no lograba entender casi nada.

—Bien, pues no saldré de casa, si eso es lo que quieren. ¡Ni a misa!

—Hay que buscar a ese hombre, porque si tú no tienes nada que ver, él es el único que puede aclararlo.

—¿A quién se le ha podido ocurrir esa idea? ¿A Maricruz de Arza? —añadió con ironía—. No le parece que es muy evidente que quiera culparme a mí de todos sus males.

—No sólo ha sido ella. Son muchos los testigos que han añadido fundamento a sus acusaciones —dijo Maruri—. Al parecer, has ido pregonando a los cuatro vientos tus deseos de verla muerta.

—Pero, eso era por… yo no he… ¿cómo pueden acusarme de algo así? No lo entiendo, ¿es que ya nadie me conoce?

Braceras intervino.

—Yo te conozco, y sé que nunca harías ni pedirías algo así. Pero tiene razón Maruri, necesitamos a Zurrape, hay que encontrarlo para que confiese.

—¿Por qué están tan seguros de que ha sido él?

—Ojalá no haya sido él, pero… ¿por qué no aparece?

—Es extraño que no esté en las cuadras a esta hora, pero quizá le ha surgido algo, a veces sale a cazar y tarda en regresar. Démosle tiempo.

—Está bien —dijo al fin Maruri, cansado de esperar—. Mañana vendrán a buscarle desde las Encartaciones. Ponedle sobre aviso. Y tú, Manuela, no salgas de la casa —fue su última advertencia antes de desaparecer por las escaleras seguido de Teresa.

No hizo falta mucho esfuerzo para comprender que había huido. Manuela contempló el catre vacío unos rato más, hasta que decidió volver al calor de la lumbre. La mañana estaba fría, había caído la primera helada fuerte anunciando el invierno inminente. Cuando aquellos extraños llegaron en busca de Zurrape, salió a la puerta y les dijo que no estaba en la casa desde el día anterior, en realidad hacía dos noches que nadie lo había visto. Le expusieron sus razones, que había sido acusado de intentar dar muerte a palos a Maricruz de Arza, y Manuela escupió en silencio aquel nombre fuera de casa. Concluyeron advirtiendo que Jacinto Pereda debía presentarse en la cárcel pública de Avellaneda en los próximos dos días, de lo contrario se le declararía prófugo de la justicia. Cerró la puerta a sus espaldas sin saber si la decisión de Zurrape había sido un disparate o la más acertada. Al principio se sintió decepcionada, no esperaba de él una huida, pero ahora que sabía que ella misma no podría salir de aquellas cuatro paredes hasta Dios sabía cuándo, empezaba a pensar que había sido lo más inteligente y acertado. ¿Cómo sería eso de estar presa en la propia casa de una?

—Nada me han dicho de ir o no a misa mayor. ¿Podré ir? Es una obligación que el presbítero no va a perdonar tan alegremente. ¿Tú qué crees, Teresa?

—En un instante tendrás la respuesta. Por ahí llega don Pedro con su cara de hambre y su cuerpo de galleta —le anunció ésta con una risa socarrona, sabiendo que a Manuela no le gustaba el cura.

Aquel mismo día se enteró de que su penitencia no sólo sería no poder salir de casa, sino recibir cada tarde al cura para acompañarla en el rezo del rosario y ofrecerle la comunión. Teresa se rió durante toda la cena por los aspavientos que hacía a aquel añadido a su presidio. Acabaron riendo las dos y contagiando a Braceras, que en cierta forma se sentía satisfecho de poder proporcionarle su casa para el obligado encierro, siempre más propio que una cárcel pública.

—He pensado que mañana puede venir tu padre a comer con nosotros. Prepara un buen puchero. Antes de que te des cuenta volverás a ser libre de transitar todos los senderos —la animó.

—Si no vuelve Zurrape a confesar que yo no he tenido nada que ver en todo eso del intento de muerte de la Arza, va a estar difícil verme libre.

—Maruri ya está hablando con los vecinos que le indicaste. Uno a uno irán declarando en tu favor. Tienes que tener paciencia, apenas hace dos días que no sales y…

—Y ya me subo por las paredes. Es cierto, no debo quejarme, a saber en qué cueva anda escondido el desgraciado de Zurrape. ¿Por qué haría algo así? Sé que tenía ganas de castigar a la *urraca*, pero nunca imaginé que llegaría a intentar matarla a palos.

—A veces el dolor ajeno nos escuece más que el propio —soltó de pronto Teresa, dejándoles boquiabiertos—. No me miren así, para él Manuela era algo más que el ama de gobierno de esta casa, era una hermana, una benefactora, un ángel de la guarda. ¿Cómo no defenderla de tanto escarnio?

Antonio llegó al día siguiente con la preocupación en los ojos. Le dolía aquella hija vilipendiada y ahora rea en la casa de su amo. Se sentía viejo para tanto atropello. Su hija lo miró despacio, desde sus pupilas verdes, queriendo sentir en cada poro aquel calor cercano.

—¿Cómo está todo por casa?

—Más o menos, hija. Tus hermanas se pasan el día trabajando, y yo ayudando en lo que puedo, que cada vez es menos.

—¡No diga tal cosa!

—Y dime, ¿hasta cuándo te van a tener presa en esta casa?

—Eso no lo sé, pero no hay de qué preocuparse, acabarán aceptando que yo no he hecho nada.

—¿Y Zurrape? ¿Lo habéis encontrado?

Manuela dibujó una sonrisa con la boca.

—Zurrape debe estar muy lejos ya de todo esto. De lo cual me alegro.

—Pero, si ha huido es por algo, es que fue él quien…

—Sí, y si llega a quedarse hoy le estarían juzgando, y mañana igual ahorcando. Mejor está dónde sea que esté, en una cueva en la sierra o cruzando Castilla, pero lejos de esta locura.

—¿Y qué ocurrirá contigo?

—Conmigo no puede ocurrir nada, porque yo no he hecho nada. No hay ninguna prueba que me culpe. Es mejor guardar la calma y esperar a que la tormenta pase, no hay que precipitarse. ¿Qué dicen mis hermanas?

—Imagínate. Josefa rabiosa, y Francisca más devota que nunca. Dice que reza por ti cien veces al día, y la creo.

Manuela volvió a sonreír. Tomó a Antonio del brazo y le acercó a la lumbre para enseñarle el contenido de la olla. Después lo acompañó al comedor donde Braceras fumaba tabaco. Les sirvió vino antes de regresar a la cocina y a la comida.

El encierro fue convirtiéndose en un tiempo muerto. Sentía que todo le llegaba distorsionado, hasta la luz del día que entraba tímidamente por la ventana. Mucho más las noticias que le traían. Fue su amiga Rosa la que entró una tarde muy excitada, tropezándose con todo y tratando de soltar de un golpe todas las palabras que venían con ella.

—Lo que te voy a contar es tan cierto como que mi padre es el más vinoso de los hombres. No hay día que no le tenga que recoger del portal de casa, eso ya lo sabes. Pero de quien te vengo a hablar es del cirujano, que ha declarado haber oído decir a Fernanda de Otaola cómo tú habías tratado por diversos medios de quitarle la vida a la *urraca*. Dice que conoce a ésta, a la Arza, por haberle asistido como cirujano, una vez que le sobrevino cierta indisposición, cuando criaba a hijos de forasteros y dejó morir al suyo. Lo mejor es que ha declarado haberle curado unas úlceras sórdidas que tenía en las partes impúdicas, ¡la muy guarra!

La carcajada fue estrepitosa. Teresa perdió el equilibrio y se cayó de la silla en la que estaba sentada. Manuela las miraba y se contagiaba de aquellas carcajadas descontroladas.

—¡Bien por el cirujano!, pero te había entendido que era testigo de la Arza.

—¡Así es! —soltó Rosa antes de estallar en nuevas risas que encontraron eco en las otras dos mujeres que había en la cocina.

Francisco de Palacio y Amabiscar, el joven de Berdugal, era otro de los habituales por Urrutia en ofrecer conversación a Manuela y a Teresa a cambio de un rincón al lado de aquel hogar. Solía llegar a última hora de la tarde, cuando sabía que el presbítero ya descendía hacia Molinar. A él tampoco le gustaban los curas. En su casa habían querido enviarlo a estudiar y lapidarlo tras las paredes de la iglesia, pero *nunca pudieron con su espíritu libre* solía añadir siempre que se le terciaba ocasión. Era muy alegre y eso alimentaba la esperanza de Manuela, que empezaba a acusar la falta de espacio, la calle, y las montañas a sus pies. Cuando Francis se alejaba de Isasi, ella se asomaba a la ventana y lo observaba hasta que perdía por completo su silueta, y entonces se imaginaba que era ella la que bajaba por el sendero hacia Zubiete. Recreaba cada rincón hasta divisar de lejos la terrería y el molino de Salcedo, con su casa Mayor, al poniente de la de los Allende, y corría desbocada a sentarse en la piedra de la fachada y ver perderse la tarde tras la montaña. Era, sin duda, la mejor sensación del día, y cuando se acostaba trataba de abrigarse con ella hasta que amanecía.

Joseph golpeaba el hierro con un martillo viejo y pesado que le hacia sangrar las manos. A su lado, Juan Antonio trataba de prestar atención a lo que su padre le decía. El parecido físico entre ambos era asombroso. Juan también usaba el pelo largo, y cuando se lo ataba lo hacía exactamente igual, con la misma agilidad en los dedos. Era alto, un buen mozo, que pronto se embarcaría para la Nueva España. Así lo habían decidido hacía mucho tiempo, cuando todavía no era más que un niño de medio metro de altura. Él iba a ser el requerido por su tío Domingo Narciso. Pero

mientras le llegaba la edad para iniciar su viaje tendría que aprender y ayudar.

Se habían trasladado a la cuadrilla de Zubiete después de dejar la taberna del Pontón. La casa en la que ahora vivían tenía una pequeña fragua a un costado que fue la que encandiló a Joseph, que por un tiempo se atrevió a soñar con la idea de vivir del oficio que aprendió con el maestro Taramona. Pero los tiempos no estaban de su parte, y el horno permanecía más días apagado que encendido. A estas alturas de su vida había sido mulero, herrero, y ahora él y los suyos comían gracias al contrabando de tabaco. De vez en cuando se echaba al monte y sacaba unos buenos cuartos llevando y trayendo mercancía. Era bueno en eso, sabía negociar, y muchos confiaban en sus habilidades y en el buen tiro de su escopeta.

Los dos regidores de Zubiete avanzaron por el sendero que unía la casa con el camino real. Narcisa los atajó a la altura de la huerta y les indicó la fragua, donde podrían encontrar a su marido. Allí se perdieron al interior, y cuando salieron Joseph lo hizo con ellos. Entraron los tres en casa y la que apareció en el portal fue Nela.

—¿Qué ocurre ahí dentro, hija? —quiso saber Narcisa.

—No lo sé, me han despachado. Y he tenido que dejar la olla en el luego. Sólo espero que no tarden mucho o de lo contrario hoy no comemos.

—Voy a entrar —decidió Narcisa en voz alta.

—Ha dicho padre que no quiere a nadie en casa. Que esperemos todos aquí.

Largo rato después, cuando los dos hombres abandonaron el hogar, su mujer y sus hijos lo encontraron en la cocina, echando agua en la olla que se consumía sobre las brasas.

—¿Qué querían esos? —preguntó impaciente Narcisa.

Joseph la miró con tristeza. Tenía al pequeño en brazos y se la veía cansada.

—¡Nada bueno! Tengo que ir a Isasi a hablar con Manuela —le contestó.

—¿Qué le ocurre a la tía? —preguntó entonces Nela.

—Nada, a la tía no le ocurre nada, es sólo que tiene que saber en qué andan esas Arza con las que pleitea. Ahora me han denunciado a mí también, y han mandado hacer embargo de todos nuestros bienes, aquí y en la casa de mi padre.

—Pero, ¿qué se han llevado? —se angustió Narcisa.

—Ninguna cosa, porque nada hay, no temas. Sólo papeles de deudas, eso se han podido llevar. Ahora iban a por la legítima que nos dejó nuestra madre. La mía ya está más que perdida, pero no sé cómo ande con eso Manuela. Voy a darles aviso a unos y a otros.

—¿De qué te acusan?

—De intención, de tener intención en matar a esa *urraca*, como le llama mi hermana. Al parecer, al no dar con Zurrape, me buscan a mí.

—Pero, ¿te van a meter preso?

—Aún no se sabe qué resolución tome el Teniente General de las Encartaciones.

Lo de hoy sólo ha sido el anuncio de la querella que me ha puesto esa… Falta que declaren los testigos.

Narcisa no quiso saber nada más. El bebé lloriqueaba de hambre en sus brazos y se dispuso a amamantarlo. Joseph dirigió sus pasos a Isasi, donde llegó con frío. Había empezado a llover. Su hermana le ofreció una cuchara y compartieron la comida mientras se secaba la raída capa que traía.

Allí supieron, horas después y por boca del licenciado Maruri, que los testigos presentados por la Arza en la causa interpuesta contra Joseph no resultaban muy fiables. Francisca de Aspuru había regresado hacía pocos meses de la villa de Laredo, donde había estado sirviendo de criada; Francisca de Lambarri declaró tener 73 años de edad y su memoria era tan frágil como su vista; o Miguel de Puga, que era conocido por su afición al juego y sus continuas embriagueces desde que enviudó. Hubo más testigos, y todos coincidieron en que lo que sabían acerca de los deseos de muerte de Joseph de Allende hacía Maricruz de Arza era por terceros, al igual que conocían por otros *su ilícita labor como pasador de tabaco y protector de defraudadores, y que los más prudentes le temen por su manejo y uso de la escopeta*.

El invierno se instaló por tiempo indefinido en estas tierras. Manuela continuó presa en la casa de su amo, a la espera de un auto que la librara de aquel encierro para poder correr hacía Zubiete, a calentarse en el hogar de sus antepasados y sentir el abrigo de sus piedras de siempre. Por mil años que viviera en Urrutia, su casa estaba en aquellas tierras de los Allende, en los antuzanos que se extendían hasta el caudal del Ibalzibar, hasta la pared de cal y canto que otros antes que ella levantaron para defender sus dominios.

El obligado encierro la consumía por dentro. Más si cabe desde que su hermano también era centro de atención de las Arza. Los días se le hacían largos, y las noches interminables, con esa oscuridad cenicienta que traían los meses más húmedos y fríos del año. Hacía semanas que había dejado las ventanas para asomarse a la puerta de la calle. Necesitaba el aire libre en todo su cuerpo, que el día la envolviera con su escasa luz. Solía asomarse al portal y quedarse allí durante largo rato, abrigada bajo sus toquillas, desafiando a la helada temprana o a la lluvia que arreciaba.

Allí se descubrieron una vez más. Él cabalgaba sobre un soberbio animal negro que brillaba bajo el agua que se deslizaba por sus lomos. Al descubrirla tan cerca tensó las riendas. Manuela lo reconoció bajo el sombrero, con la capa anudada al cuello, y todo él empapado, y se irguió levantando la cabeza para mirarlo de frente. Todo se paralizó alrededor de ellos una vez más, pero en esta ocasión, en lugar de hervir se les heló la sangre. Unos segundos después, sin haber mediado una palabra, Txomin espoleaba al caballo, que salió disparado. Hacía semanas que Manuela no pisaba las piedras del camino, pero no lo pensó y corrió tras él lanzando y gritando

todo lo que su boca quiso. Cuando regresó al interior de Urrutia lo hizo empapada de sudor y lluvia, cansada, y mucho más feliz y tranquila de lo que había estado aquella misma mañana. Le sentaron bien el frío, la carrera, y los insultos que arrojó al jinete que huía de ella. Esa tarde, cuando el presbítero llegó con la letanía de un rosario repetido hasta la saciedad, ella insistió hasta lograr su permiso para, al menos, poder acudir a la misa de los domingos.

—Está bien. Lo pondré en conocimiento del Teniente de las Encartaciones. Siempre y cuando tu señor se comprometa a que regreses a casa nada más terminar la eucaristía.

—Así se hará —le aseguró Braceras desde el quicio de la puerta, con una sonrisa que miraba de perfil a Manuela.

—¡Y evitar cualquier tropiezo con ninguno de tus vecinos! —añadió rápidamente el presbítero de Molinar—. De otro modo éste seguirá siendo tu único sitio de rezo.

—Me volveré muda desde que salga de esta casa hasta que entre de nuevo a ella, si eso es lo que quiere —le prometió Manuela.

—Muda no, hija, que lo que tienes que hacer es rezar, y conviene que los otros te oigan.

Al fin Manuela consiguió acudir a Molinar los domingos, pero nunca como ella hubiera querido. En lugar de Braceras, el que venía a buscarla era el mismo cura, lo hacía a primera hora de la mañana, arrastrando los hábitos por el barro que se acumulaba en el camino, y la llevaba directamente a la iglesia, a limpiar los santos y el suelo. Y después de la misa la obligaba a esperar en un rezo más largo que los días, hasta que él estaba listo y dispuesto a acompañarla de regreso a casa, donde, por supuesto, se sumaba a la mesa. Aún así, ella no perdía la entereza, y con motivo de aquellas salidas se vistió con sus mejores galas, entre las que se encontraban la mantilla y el alfiler que Txomin le regalara tiempo atrás. Lucía aquellas prendas con la mejor de sus sonrisas, desafiante y provocadora.

Su hermano solía visitarla junto con el licenciado Maruri. Le traían las últimas novedades desde Avellaneda. El abogado de las Arza no cesaba en su petición de que trasladaran a Manuela a la cárcel pública junto a los demás reos, en lugar de permitir el encierro en la casa de su amo. Por el momento no lo conseguía. Habían embargado su legítima, eso sí lograron las *urracas*, pero poco más hasta que, pasado enero y casi febrero, un día después de que Nela subiera a Urrutia a celebrar con su tía su decimonoveno cumpleaños, todo se precipitó en la dirección más inesperada.

Era domingo y lucía un sol blanquecino que recordaba a otro más cálido. La plaza se llenaba de gente, que se arremolinaba en torno al pórtico en conversaciones livianas y corrientes. Manuela les escuchaba desde el interior del templo, reconociendo las voces una a una. Don Pedro se vestía en la sacristía para oficiar la misa. Había cuatro o cinco mujeres ya sobre las sepulturas de sus casas, arrodilladas

ante el altar, rezando sus plegarias. Todo parecía seguir el ritmo habitual, y los badajos comenzaron su baile de recibimiento. Entraron media docena de beatas más y después nadie. Un alboroto inexplicable que llegaba del exterior dejó vacía la casa de Dios. El párroco torcía el gesto desde, su elevada posición en el altar mayor, alargando el cuello, intentando adivinar qué era aquello que entretenía a sus feligreses. Manuela miró hacia las puertas que en ese instante se abrían para dejar paso a tres hombres, uno de ellos era don Manuel de Braceras. Este se dirigió a ella y la instó a que los acompañara en silencio hasta la sacristía.

—El alguacil acaba de fijar en las puertas de esta iglesia una sentencia de llamamiento para Manuela y Joseph de Allende.

—Eso no es posible, no sin previo aviso al dueño y señor de esta santa casa —protestó el presbítero.

—Ya ve que sí es posible. Ahí lo tiene. Los reclaman en la cárcel de Avellaneda, ante el Teniente General de las Encartaciones, para que declaren.

—¿Y por qué no se les ha avisado en sus casas? —insistió Basoco.

—Para hacer más daño todavía —sentenció Manuela.

—Es mejor salir de aquí por la puerta de la eucaristía. Hay que evitar enfrentamientos, todavía estás bajo encierro en mi casa, y debemos cumplir las órdenes para que te puedas defender con garantías —le dijo Braceras.

Manuela no contestó. Nadie dijo nada. La iglesia se empezaba a llenar de gente y el presbítero les urgía a que salieran de sus dependencias cuanto antes para así poder comenzar con el rezo. Braceras acompañó a su ama de gobierno de regreso a Urrutia.

Esta apenas se había cambiado el atuendo por otro más sencillo cuando se encontró con su hermano y Nela entrando en la cocina. Maruri llegó a caballo un par de horas después, acompañado por el escribano real, Juan Antonio de Ayerdi, y por Antonio de Allende.

Como siempre hacía, compuso como pudo comida para todos y finalmente, acabó sentándose en el comedor junto al resto de hombres. Al fin y al cabo, ella era la más interesada en conocer lo que allí se estaba debatiendo. Se acomodó entre su padre y su hermano y esperó a que le hablaran. Fue Braceras quien se dirigió a ella.

—Algunos de nosotros tememos que si os presentáis en Avellaneda seréis puestos presos de inmediato.

—¡Pero yo ya estoy presa aquí!

—Sí, pero lo que quieren es encerrarte en la cárcel pública. Es una petición constante de Santelices, el abogado de Maricruz —se explicó Maruri.

—¡Maldita *urraca*! —dijo entre dientes—. Y si no vamos a testificar, ¿qué nos sucederá?

—Que perderéis el derecho a defenderos según está establecido en nuestro Fuero, y se os declarará en rebeldía —apostilló su primo, el escribano real.

Manuela los miró uno a uno tratando de encontrar en aquellas caras tan conocidas una salida. Joseph, a su lado, se observaba las manos, sin levantar la cabeza; era el único que no había hablado, además de Antonio, su padre. Entonces sintió la mano de éste apoyarse sobre su brazo izquierdo y se volvió hacia él. Tenía los ojos cansados, algo nublados, y la expresión muy vieja. Manuela le sonrió con tristeza.

—Hija, está claro que sólo hay una solución a este entuerto. Debéis partir cuanto antes a la ciudad de Valladolid.

Manuela dejó de sonreír. Aquello le había sonado demasiado extraño. *¿Qué podría hacer ella en ese lugar para evitarse la cárcel?* Y sin preguntar nada, volvió sus ojos a Joseph que ahora si la observaba.

—Sí, Manuela. Hemos de presentarnos en la Real Chancillería y ofrecer allí nuestra declaración. Eso nos evitará la cárcel y nos dará las garantías que aquí no tenemos.

¿Estás seguro, Joseph? Ese viaje tardará semanas, y tu familia…

—No hay mucha elección, si no es eso será la prisión aquí. No te preocupes por Narcisa, ella sabrá ocuparse.

Se quedó callada. No quería discutir con su hermano delante de aquellos hombres, pero no entendía cómo iba Narcisa a proveer para toda la prole que tenía en casa. Y de pronto se dio cuenta de que tampoco ella disponía de los reales necesarios para emprender viaje. Un nudo le cerró la garganta y ya no pudo hablar más. A ratos sentía un ahogo que le ponía roja la cara, entonces tomaba agua y contemplaba la mano de su padre, que continuaba apoyada en su brazo, transmitiéndole un valor y una serenidad que ella sentía perdidos.

—Llevarás una carta a mi hijo. El sabrá ocuparse de lo que necesitéis. No temas, es sólo cosa de unas semanas. Lo importante es preparar una buena defensa —trató de tranquilizarla Braceras desde el otro lado de la mesa, pero ella seguía con el ceño fruncido, incapaz de hablar y decir todo lo que sentía—. Con unos reales se podrán arreglar viaje y hospedaje, después vemos eso, no será gran cosa, estoy seguro. Lo más importante es que salgáis cuanto antes hacia Valladolid y os presentéis en la Real Chancillería a la mayor brevedad posible.

—¿Y quién cuidará de esta casa? —logró decir ella.

—Nela lo puede hacer mientras estés ausente. Eso no es algo que deba preocuparte.

Poco a poco todos fueron añadiendo datos, consejos y apoyos que les serían necesarios para enfrentar aquella nueva etapa. Joseph fue el primero en irse, debía cerrar algunos asuntos, trabajos pendientes dijo, antes de partir al día siguiente. Antonio también se despidió y salió de la casa con él. Escribano y licenciado se retiraron tras dejar sendos documentos firmados sobre la mesa. En ellos exponían su versión de los hechos, defendiendo a capa y espada la inocencia de quienes los

portaban.

Finalmente se quedaron solos Braceras y Manuela ante una noche que no dormía. Todos los temores de ella los fueron quemando poco a poco en el fuego que iba languideciendo dentro de aquella estancia cálida y segura.

CAPÍTULO XII

Entraron en la ciudad de Valladolid por la Puerta del puente. Era media tarde del día diez de marzo de 1771. El sol caía sobre las aguas del Pisuerga. Un paso adelante y las sombras de aquel arco de triunfo se ciñeron sobre sus espaldas. El puente los llevó directamente al interior de la ciudad. Ya antes se habían topado con centenares de iglesias y humilladeros, pero ahora las calles estaban salpicadas por todas partes de edificios santos, capillas, ermitas y conventos. Un entresijo de callejuelas estrechas se extendió ante ellos y, sin darse cuenta, siguiendo el curso de un riachuelo maloliente, llegaron a la calle de su mismo nombre, la Esgueva. Allí, junto al hospital de Santa María, les llamó la atención una posada con caballo a la puerta.

Joseph hizo sonar la aldaba antes de entrar. Mientras él pasaba al interior de un corredor, siguiendo al hombre que respondía a sus preguntas sobre un posible alojamiento, Manuela se quedó observando cómo una mujer, desaliñada hasta la indecencia, sacaba agua de un pozo que había en el centro de aquel patio abierto al cielo raso.

Su hermano regresó a por ella y la acompañó a su cuarto, en un piso alto, donde una ventana se abría a la calle por la que transcurría el río con su pestilente cauce. Joseph se acomodó en un espacio compartido con otros hombres que estaban de paso. Apenas cenaron. El jergón se pegó a la espalda de Manuela como una segunda piel, y no fue hasta catorce horas después que se despertó hambrienta y desconocida.

Bajó indecisa las escaleras, dudando sobre lo que encontraría en el patio. Observó cada puerta y corredor. Había una planta completa para hombres. La entrada estaba cerrada. Trató de descender más deprisa por aquel tramo, hasta que por fin alcanzó el portal. Una mujer usaba el lavadero que había junto al pozo. La miró de reojo y le preguntó su nombre.

—Manuela de Allende y Ayerdi —dijo en voz queda.

—¿Vizcaína? —quiso saber la mujer.

—Así es —le confirmó.

La desconocida se presentó entonces como la Teófila. A Manuela aquella forma de decir su nombre le resultó simpática. No era la dueña de la posada pero como si lo fuera. Llevaba trabajando más de treinta años para una anciana sin hijos ni sobrinos, doña Isabel, que había cargado en ella toda la responsabilidad de un negocio próspero pero sacrificado como pocos. Gracias a que tema un marido que era como dos soles en uno, le dijo, *capaz de resolver cualquier entuerto y arreglar un cuarto por menos que canta un gallo*.

Manuela quiso saber si aquella mujer sabía del paradero de Joseph.

—¿No habrá visto por casualidad a mi hermano, el hombre que me acompañaba ayer tarde?

—Sí. Salió temprano y dijo que lo esperara usted sin moverse de aquí. Que vendrá a buscarla antes del mediodía.

Y así fue. Alcanzaron la puerta de la Real Chancillería a primera hora de la tarde. Adornada con docenas de clavos del tamaño de una mano cada uno, aquel portalón exigía respeto y recato a los visitantes. Joseph golpeó con insistencia y enseguida se presentó ante ellos un alguacil vestido de uniforme. Pidieron entrevistarse con el Juez Mayor de Vizcaya para dar su declaración. No les hicieron esperar demasiado. La sala en la que los recibió apenas dejaba entrar la luz exterior. Iluminados por ceras encendidas, entregaron los documentos que traían con ellos y, ante la pregunta de por qué habían optado por viaje tan largo para prestar declaración, expusieron con detalle las reservas que tenían respecto al Teniente General de las Encartaciones, quien creían mantenía inclinada la balanza hacia el lado contrario, el de las hermanas Arza.

Fueron varias horas las que duró el primer encuentro. Manuela respondió a cada una de las preguntas que le hicieron, sin estar segura de que aquel viaje resolvería en algo su situación en el valle. Al terminar, el mismo Juez firmó una licencia a nombre de Joseph, la cual le permitiría regresar a Encartaciones a recoger la remesa de Autos anteriores presentados ante el Teniente General. En cuanto a Manuela, le concedió la ciudad y sus arrabales por cárcel.

Al salir a la calle la noche se había echado sobre el suelo que pisaban. Manuela sintió un escalofrío al descubrir frente al edificio de la Real Chancillería las teas encendías que iluminaban el convento de San Juan de Dios. Al pasar por delante de la iglesia de San Martín se santiguó, mientras trataba de acomodar su paso al de Joseph. Estaban ya en la calle de los Moros, a escasos diez metros de la posada, cuando su hermano le anunció que partiría a primera hora del día siguiente.

—Yo hablaré en la casa de huéspedes para que no haya problemas. Estaré de vuelta lo antes posible, y traeré conmigo todo lo que piden. No temas, es cuestión de semanas que esto se arregle.

—No tengo miedo por mí, Joseph.

—Por mí no has de tenerlo. Sabré cuidarme por esos caminos.

—Lo sé. Pero…

Ya no se dijeron más. Un relincho de caballo les anunció que habían llegado. Cenaron lo que les ofrecieron en la mesa de la posada y, sin apenas decir otra palabra, se retiraron a descansar cada uno a su habitación. Antes del alba Joseph cruzaba el puente y atravesaba la Puerta de la ciudad dejándola atrás, y tomando el camino del norte hacia las tierras de Vizcaya. Era trece de marzo, el mismo día que el Teniente General de Encartaciones les declaró culpables en rebeldía por haberse cumplido el plazo en que debían presentarse a prestar declaración en la cárcel publica de

Avellaneda.

La cueva de Lartundo fue el primer lugar que le vino a la mente cuando sintió la imperiosa necesidad de esconderse. Aquel refugio en la tierra ya le había servido en otra ocasión, muchos años atrás. Ahora que sabía que lo buscarían y lo culparían por la paliza que le había propinado a esa Arza, lo único que podía hacer era echarse al monte. Ya encontraría la manera de sobrevivir, siendo apenas un mozo logró aguantar buenos meses entre la maleza y las peñas.

Sin embargo, aquella primera noche en Lartundo fue más dura de lo que imaginaba. El viejo Gerardo se llevó todos y cada uno de sus pensamientos. Fueron pasando los días, y los montes se acostumbraron a su presencia y él al sigilo de sus propias pisadas. Encendía hogueras donde creía que nadie podría olerías, huía de los senderos marcados en la tierra, y cazaba conejos cada vez con más destreza. El valle de Oquendo se extendía a sus pies y, aunque pocas, había ocasiones en que aquella inmensidad de bosque y agua le hacía sentir libre y feliz.

Fue una noche, por los altos de Menagaray, cuando su suerte empezó a cambiar. No imaginaba haber andando tanto hasta que divisó a lo lejos Quejana y aquella fortaleza que se perdía tras las copas de frondosos árboles, donde los Señores de Ayala habían asentado su feudo cientos de años atrás. Sintió miedo y desolación al saberse tan lejos de Gordejuela y de casa.

La cabaña estaba vacía, sólo un manojo de pajas cubría una parte del suelo de barro. Abrió el zurrón y extrajo de él una manta raída y sucia, con la que se cubrió casi entero. Tiritaba de frío, pero no se atrevía a encender una hoguera sabiendo que le delataría. Pensó en Manuela, y rezó para sí una plegaria que la protegiera. Temía que la culparan cuando había sido él quien había atacado a esa endemoniada mujer, esa Maricruz. Pero lo hizo porque sabía que era algo que ella quería, que alguien le diera un escarmiento para que dejara de difamarla. Una vez le dijo que si se le terciaba la ocasión no dudara en darle de bofetones y golpes, pero fue un día en que estaba muy enfadada, cuando se enteró de algo que aquella mala lengua había añadido a la sarta de infamias que ya arrastraba con ella. Recordó cómo Manuela, con las manos en jarras, le invitaba a *apalearla, eso es lo que habría que hacer con ella, por embustera*. Y cómo continuó diciendo: *a más que la mates no tengas cuidado, que aquí estoy yo para sacarte de todo.*

Tales pensamientos lo entretenían cuando notó el frío del acero junto a la piel de la oreja. Se quedó paralizado, esperando sentir el cuchillo abriéndole la carne, hasta que una voz ronca le exigió que se levantara y pusiera las manos bien a la vista. Había media docena de hombres dentro de la cabaña. Trató de conocer sus caras, pero las llevaban medio tapadas con pañuelos. Dos de ellos dieron vuelta al saco, comprobando con desgana que no había nada de valor en su interior.

—Otro mendigo de mierda. Maldita suerte la nuestra.

—Calla, deja que hable. ¿Qué escondes entre las ropas?

Zurrape miró de frente al hombre que le hablaba, el mismo que le señalaba con el filo del sable.

—Nada. No traigo nada conmigo, ni armas ni reales. Llevo días por el monte, sin probar apenas bocado. He entrado en esta cabaña para guarecerme, pero…

—Sí que tienes cara de hambre. Y de frío. ¿Por qué no has encendido una hoguera?

—Para que no me encuentren.

—¿Quién te busca?

—La justicia. Debí presentarme en Avellaneda hace más de dos semanas. En lugar de eso me eché al monte.

—De qué se te acusa.

—De intento de asesinato. —El alfanje se tensó en la mano de su dueño. Todos los presentes se quedaron quietos y en silencio a la espera de que Zurrape continuara el relato que había dejado en suspense—. Pero no quería matar a nadie, sólo dar un escarmiento a una vieja —se explicó al fin.

Una sonora carcajada relajó el ambiente, y el sable que hasta entonces lo apuntaba descendió y se quedo mirando al suelo. Zurrape respiró todavía inquieto, observando, ahora sí, las caras de aquellos hombres que se descubrían para reír a mandíbula partida.

Poco después se calentaba junto a ellos alrededor de un fuego y comía el tocino viejo que traían en sus talegos. Esa noche supo que se encontraba en compañía de una banda de salteadores, forajidos y contrabandistas, y que entre todos sumaban años y años de historia delictiva a sus espaldas.

Un tal Pedro de Ugalde llevaba la voz cantante. Era alavés, y aunque no era ni muy fornido ni muy alto, su mirada paralizaba hasta el relinchar de los caballos. Habían emprendido viaje en Bilbao, y se dirigían a la Vega del Pas y a Asturias, por Arcentales y Villaverde. Iban cargados de tabaco en polvo que pensaban vender fuera de Vizcaya a un precio muy superior al que lo habían adquirido. El contrabando formaba parte del día a día en aquellos tiempos de escasez. Muchos de los integrantes de la banda eran segundones sin oportunidad en el caserío, también hombres casados y con quehacer que se echaban al monte por unos meses o años, y otros hombres sin oficio ni beneficio, que reconocían en esta vida la más libre y cómoda que podía procurarse.

Entre ellos había un muchacho, probablemente el más joven de todos, pero no por ello inexperto en el uso de las armas, que pertenecía a una familia de Respaldiza, Olabarria. Respondía al nombre de Joaquín y llevaba colgado un trabuco al cinto. Había ingresado en el ejército con apenas quince años, pero no duró ni veinte meses

antes de unirse a un grupo de desertores. Hacía cosa de un año que se había enrolado con la banda, y él les había traído por las tierras de Ayala para pasar al otro lado sin tocar la vía de Balmaseda. Zurrape lo observó queriendo reconocerse en él. Era delgado y valiente, un crío demasiado arriesgado que si no aprendía a frenarse acabaría cayendo. El resto no parecían tampoco muy mayores, pero sus caras reflejaban una vida a la intemperie.

Estuvieron dos días merodeando por Menagaray, a la vista de todos gracias a la complicidad del pueblo, que funcionaba bajo una extraña ley del silencio. La última noche uno de ellos trajo con él un par de gallinas de las que dieron buena cuenta entre tragos y risas. La velada se alargó hasta que la oscuridad se comió las llamas. A media mañana ensillaron sus caballos y emprendieron camino. Pensaban dejar Arceniega a un lado, y antes de llegar, a la altura del sendero de Retes, una pareja de aldeanos se tropezó con ellos, y más que por necesidad por costumbre, Ugalde les apuntó con el arma y les quitó en un instante los reales que llevaban encima. En el Santuario de la Encina tuvieron la primera sorpresa. Apostados bajo el arco de entrada, guareciéndose de la lluvia incesante, tres militares a pie los observaban con inquietud en la mirada. Murua dio orden de avanzar sin hacer el mínimo gesto. Les triplicaban en número y monturas; no se atreverían a increparles en tan clara desventaja. Tenía los ojos puestos en la cima de la montaña, allí se repartirían la mercancía y se separarían.

Habían pasado algunas semanas desde que su hermano partió de regreso al valle. Manuela trataba de ajustar los nuevos tiempos de su vida a aquellas calles de piedra blanquecina regadas por el agua sucia de un río que olía a telares y a cloaca. En el caudal del Esgueva se mezclaban todas las inmundicias de la ciudad. Cada mañana lo observaba desde la ventana de su habitación pasar pausado hacia otro puente bajo el que esconderse, y recordaba la cristalina agua del Ibalzibar, sus saltos y sus recovecos. Había visto sacar cangrejos de un río y del otro, pero mientras los del valle le parecían irresistibles, en toda su estancia en la ciudad de Valladolid fue incapaz de probar uno de aquellos animales con patas y tenazas que a menudo se servían a la mesa como uno de los más sabrosos platos locales.

A los cuatro días de estar sola en la posada ya no soportaba la inactividad de sus manos. Recorría las calles en busca de algo que la entretuviera, y regresaba cansada y hambrienta a una alcoba extraña y solitaria. En cuanto caía la tarde y una luna fría y distante, como nunca antes la había sentido, tomaba posición en el firmamento, la nostalgia la empujaba hacia la pluma y retomaba la carta en la que ponía al día a Domingo Narciso de las nuevas circunstancias que envolvían su vida.

Hoy he aceptado finalmente la propuesta de la mujer que regenta esta buena casa, la pensión del Caballo, en que me hallo hospedada, de cubrir mi gasto en pan y cama con trabajo. Las ferias y el buen tiempo atraen a los comerciantes de la comarca, llenando mesas y habitaciones. Cuando no estoy en la cocina trajinando con los pucheros, mis manos remiendan sábanas, manteles y cortinas que se rasgan por el uso. En eso entretengo las tardes, cada día más largas y luminosas. El sol alumbra estas tierras como no lo hace en nuestro valle, donde la lluvia es constante y aquí, sin embargo, se ausenta durante jornadas y jornadas.

He de confesarte —escribía otro día— *que no había conocido sol como este, aunque sea primavera y todavía perdure algo de escarcha sobre las tejas de las casas, es el sol más caliente y radiante que nunca imagine. Se podría parecer al que me describes en tus cartas, un sol que entra al interior de las casas, llenándolas de luz y calentando sus estancias.*

Ahora veo cuán difícil tuvo que resultarte el viaje que emprendiste siendo tan joven y que te llevó al lugar en el que hoy eres dichoso esposo y padre. Pero entonces, apenas un niño que no había visto ni vivido otra cosa que el valle, tuviste que sentirte angustiado y triste. Cada noche que transcurre en esta posada pienso en ti, y en todos nosotros, en Zubiete y en la casa de los Allende, pienso y pienso mucho más de lo que he pensado nunca, en lo diferente que hubieran sido nuestras vidas de no haber partido tú entonces.

Siguió escribiendo cada noche hasta la última que durmió en la posada de El Caballo, cuando, sin esperarlo, vinieron a buscarla desde la Real Chancillería para trasladarla a la cárcel. Ese día entregó la carta a la Teófila, que la miraba atónita sin comprender lo que ocurría en su propia casa.

La castellana, incapaz de articular palabra, asintió con la cabeza repetidas veces ante el ruego de que enviara aquellas letras a su destinatario. Después vio a la rea dándole la espalda, acompañada por el mismo alguacil, que vestido de capa y sombrero, había pasado a apresarla poco antes. Como cada tarde, Manuela estaba sentada en el patio, con la labor entre las manos, cuando el hombre, uniformado de pies a cabeza, le leyó un documento en el que se la acusaba de agresión e intento de asesinato a Maricruz de Arza. Le informó de su nueva condición de presa de la Real Chancillería y de su nuevo destino en la cárcel que ésta institución poseía en la ciudad. En silencio, como si lo que acababa de oír fuera algo que conocía, subió las escaleras que separaban su alcoba del patio central de la casa y, a la vista de aquel alguacil que la esperaba a escasos dos metros de distancia, cogió la mantellina y se cubrió la cabeza para salir finalmente de la posada. Teófila les observó desaparecer en dirección a la plazuela vieja y, con un mutismo inesperado, resolvió aquella noche

una cena fría que ni ella ni los comensales disfrutaron.

No había salido el sol y ya estaba en la puerta de la Real Chancillería preguntado por la vizcaína. Todo lo que le dijeron es que ésta se encontraba presa en la cárcel aledaña, y no recibiría visitas hasta después de dar declaración ante el Juez Mayor.

—¿Y cuándo será eso, si puede saberse?

—Esta misma tarde.

—Pues aquí estaré, para cuando acaben. Por si me la ponen libre, que es trabajadora como no hay otra.

Y con esas palabras soltadas al aire, salió corriendo hacia la posada para poner en marcha un día que Manuela empezaba con el temor de tener que pasar una noche más en aquel infierno que era la prisión.

Los apresaron aquella misma tarde, en la cima del monte, antes de que pudieran repartirse la mercancía y separarse. Cayeron todos, desde el más experto hasta el recién llegado, Jacinto Pereda, Zurrape, que fue trasladado de inmediato a la cárcel pública de Avellaneda, donde tuvo que responder por la acusación que pendía sobre él de intento de asesinato a Maricruz. El resto, a la villa de Bilbao.

Zurrape declaró ante el Teniente General cómo había ido hasta la casa de Maricruz de Arza después de ver a Manuela de Allende desencajada de disgusto por una nueva charlatanería que había inventado aquella. Declaró haberle pegado con un palito que llevaba en las manos un golpe o dos hacia la cabeza, y que habiendo dado voces la susodicha él la dejó y se retiró a echar un cuartillo de vino a la taberna de Antonio Lanzagorta. Tras su declaración es que se mandó el traslado a la prisión de la Real Chancillería de Manuela de Allende y Ayerdi, en la misma ciudad de Valladolid donde se encontraba.

Fueron exactamente cincuenta y dos días con sus noches los que tuvo que pasar encerrada, al cobijo de unas piedras gélidas y durmiendo sobre el barro del suelo. Se sintió enferma desde la primera noche, enferma de náuseas, de miedo y de ira. La sacaban de aquel inframundo para el rezo diario, y en las ocasiones en que debía prestar declaración ante juez y escribano. Allí supo que Zurrape había sido apresado junto a bandoleros y contrabandistas, y que había mencionado el deseo de ella de ver caer a golpes a la Arza. Preguntó por su hermano en varias ocasiones pero nada le dijeron, lo que si supo fue de la constancia de la Teófila, que le trajo alguna manta y pan en los días más oscuros.

El doce de agosto un sol abrasador caía sobre la ciudad de Valladolid. Era mediodía y Manuela cruzaba la puerta de la cárcel de la Real Chancillería al no haberse encontrado culpa alguna en ella sobre el intento de asesinato. Llegó a la

posada con el paso rápido y la cabeza gacha. No quería dar mala imagen, pero sabía que sus ropas olían, que ella entera resultaba impropia a la vista de los caminantes. Se sentía sucia, hambrienta y cansada. Aún así, cuando la Teófila la vio corrió a abrazarla como si se tratara de una hermana.

Y volvió a correr para sacar agua y preparar una tinaja. En dos horas Manuela comía a dos papos, sin descanso, ante la mirada cálida de la mujer de la posada y su marido, que no dejaba de tararear algo entre sus roídos y oscuros incisivos. Cuando se sintió saciada, retiró el plato y comenzó a hablar. Les contó que aunque estaba libre de la cárcel, a la que no pensaba regresar ni muerta, antes se echaba al monte, no podía salir aún de Valladolid mientras quedaran autos por revisar y declaraciones que tomar. Y les preguntó por Joseph. Manuela guardaba la esperanza de que en la posada supieran algo de su hermano, pero no fue así. Esa misma noche escribió a Gordejuela una carta en la que mostraba su preocupación por la tardanza y pedía que le enviasen algo de dinero con que cubrir los gastos más imprescindibles. A la mañana siguiente fue la primera en ponerse en pie. La Teófila la encontró en la cocina, con la lumbre prendida y las manos en el lavadero.

El verano se fue rápido, bajo aquel cielo azul y el ajetreo de las calles llenas de gente. Con el otoño se sintió nostálgica, y aumentó la frecuencia de visitas al hijo de Braceras y a su familia, en parte también gracias a la atención que la pequeña Carmencita había puesto en ella. Y por fin llegó el invierno. El día anterior a la Navidad de 1771 el Juez Mayor de la Real Chancillería declaró a Manuela *inocente, por todas buenas prendas y calidades de moderación y recato,* condenando a las hermanas Arza a pagarle con cincuenta ducados cada una, y a Domingo de la Torre con doscientos en razón de perjuicio.

La respuesta no tardó en llegar. El cinco de enero Txomin se presentó ante la Audiencia de Valladolid para evitar un castigo que no estaba dispuesto a cumplir. Su testimonio obligó a Manuela a permanecer en la ciudad por año y medio más, hasta que se firmó el auto definitivo que exigía a La Torre el pago de la multa impuesta. En todo aquel tiempo que duró el encierro, Joseph no se presentó. Envío los autos que había ido a buscar, pero él se mantuvo desaparecido, sin dar señal de vida. A su hermana no se le escapaba que andaba entretenido, como tantos otros, en contrabandear con el tabaco del Señorío.

Por aquel mismo tiempo, en las cimas de Oquendo, los brazos de una madre se agarraban al cuerpo escurridizo de un hijo que se alejaba. La sintió tan próxima que imaginó que así debió ser, siendo él un recién nacido, cuando ella le dormía en el regazo después de amamantarle, como hacía todavía con el pequeño Jacinto Roque. Ana María no quería soltarse de aquel abrazo y Nardo se dejaba llevar por el balanceo triste de la mujer que le dio la vida. A sus pies un hatillo de ropa le

aguardaba para salir de casa. Comenzaba el viaje a un lugar del que ya nunca regresaría.

No tenía quince años, pero sus músculos se habían formado en los últimos tiempos como los de un hombre, asemejando su aspecto al de su padre. Mantenía la expresión rígida y distante con que nació, al igual que mantenía el convencimiento de que su destino no estaba en aquel caserío, tan grande como viejo, que sus ancestros habían construido en Otaola en el principio de los tiempos. Iría a la Nueva España y construiría allí el hogar de los Abasolo, una casa nueva, con otra luz y otra vida.

Observaba por la pequeña ventana el color del campo cuando se dio cuenta de que no era ella la que le acunaba a él, sino él quien mecía aquel cuerpo desvalido y viejo que guardaba a su madre o lo que quedaba ya de ella, y sintió una tristeza que no le cabía en el pecho. En un fallido intento por disimular las lágrimas que le resbalaban por la cara, miró el bosque, las hayas y los robles que casi parecían meterse en casa, vio el agua del riachuelo y a una ardilla trepar veloz por un viejo tronco hasta la copa del árbol. En ese instante se sintió agradecido de haber nacido y vivido allí, en las cimas de las montañas más frondosas y misteriosas, en el valle de Oquendo, donde siempre estaría su patria, su única y amada patria, por muy lejos que le llevaran las aguas del océano.

Al fin sus cuerpos se despegaron y ambos padecieron el mismo instante de frío que les estremeció. Una sonrisa asomó a los labios de Nardo, y los ojos de su madre se vaciaron de aquel infinito amor en un torrente de lágrimas que ya no quiso contener. Antes de alejarse de ella, recogió del suelo al pequeño Jacinto Roque y ofreciéndoselo le dijo: *yo me encargaré de que nada le falte, se lo prometo, pero debe cuidarlo usted primero*.

Se despidió del resto con la mano y salió de casa acompañado por los hermanos. Al pasar por delante de la ermita, se santiguó como cada día y se alejó finalmente de todos ellos. Antes de comenzar el descenso echó una mirada a su espalda. A lo lejos le pareció ver la figura de su padre observándolo y supo que no podría regresar nunca a él, porque no lo recibiría.

Juan de Allende lo esperaba impaciente en la escuela de Oquendo acompañado por su progenitor. Joseph había decidido caminar con ellos hasta Orduña y pasar a Castilla por la sierra. Después, los dos jóvenes tendrían que arreglárselas solos, y podrían tomar alguna diligencia en otras tierras, donde el riesgo a perderse y a encontrarse con forajidos y facinerosos fuera mayor. Hasta entonces, su escopeta siempre dispuesta espantaría a los atrevidos que se asomaran al camino.

Los primeros kilómetros se llenaron de un silencio ensordecedor. Ninguno de los tres quiso interrumpir la última despedida, la más íntima, la que no se puede expresar en palabras, gestos o lágrimas. Joseph observaba de reojo a su hijo avanzar a su lado, y en cierta forma lo envidiaba. Después de todo, cuán diferente hubiera sido su vida

si le hubieran elegido a él y no a Domingo Narciso para la carrera de Indias. En Guaza quiso hablarles, contarles alguna cosa que disolviera aquellas caras de pena, que aligerara la nostalgia que cargaban sobre los hombros abatidos, pero aún era pronto y no obtuvo respuesta. Avanzaban cabizbajos, con una tristeza ligera que probablemente olvidarían poco después de pasar la sierra, pero comprendió que había que darles al menos ese tiempo.

Un tiempo que para Asensio Aldama empezaba a ser una larga agonía que nunca acababa. Desde que supo de la partida de su aprendiz comprendió que tendría un enemigo para siempre; a Dios gracias Bernardo Abasolo abandonaba los altos de Otaola en contadas ocasiones. Cuando el joven Nardo ya estaba decidido, comenzó su particular lucha para lograr de su padre el consentimiento que necesitaba, su firma en los documentos de limpieza de sangre y el dinero que le correspondía por la legítima. Entonces, lo primero que hizo Abasolo fue presentarse en la obra buscando a Aldama para ajustar cuentas con él. Le culpaba de la decisión de su primogénito de querer abandonar el caserío y embarcarse en un buque para América. En aquella ocasión varios trabajadores lograron frenarle y evitar la paliza, pero no fue así una semana más tarde, cuando Aldama dejaba la taberna a última hora del día y, con la vista algo nublada, trataba de acomodar a la mula para encaminarse a casa. A escasos diez metros de Olabeaga, en un tramo del sendero donde los matorrales se espesan en verano e invierno, sintió el primer golpe y trató de huir, pero no lo logró. Toda la furia de aquel hombre cayó sobre él, demoledora. Tardó semanas en recomponer los huesos magullados, pero no se quejó ni dejó que los suyos fueran a pedir cuentas por el agravio. En el fondo, él también se odiaba un poco al ver alejarse de su lado al joven Nardo. *Cómo culpar al padre de la rabia que siente, si yo también estoy contagiado. Mejor que me golpee a mí y no al hijo*, le decía a su mujer cada noche, mientras ella suspiraba de impotencia al comprobar que la bondad del marido sólo traía más hambre a su casa.

Aún así, en cuanto se sintió con fuerzas, regresó a la construcción decidido a llevar a Nardo a la villa de Bilbao antes de que partiera definitivamente a la Nueva España. *Había cosas que un hombre debía conocer y saber antes de dejar la casa de su padre*, pensaba, y, aunque nadie le había pedido nada, eso es lo que él haría si tuviera un hijo del que despojarse.

Apenas faltaban dos días para su partida cuando Nardo subió a un carro que cruzaba por el valle de Oquendo en dirección a Bilbao. A su lado viajaba Asensio Aldama, más orgulloso de lo que nunca se había sentido. Cuando llegaron, las calles de la villa bullían. Asensio no hubiera imaginado que aquel día era precisamente el del ajusticiamiento de unos bandoleros apresados poco tiempo atrás en las cimas encartadas, pero sí era cierto que aquella noticia había corrido de boca en boca por todo el pueblo.

Todo estaba preparado para la ejecución, que tendría lugar ante sus ojos apenas media hora más tarde. Los acusados vestían con túnica, y una capucha les cubría el rostro. Avanzaban subidos a sendas mulas, que les llevaban de la cárcel de la villa directamente al patíbulo. En aquel último tramo de la travesía, hombres y mujeres, poco antes exultantes por la emoción de lo que iban a presenciar, enmudecieron sobrecogidos por la tenebrosa estampa que ofrecían los condenados a muerte. Asensio trató de esconder la mirada pero no pudo; Nardo se agachó hasta el suelo y se quedó allí, sobrecogido y asustado, tapándose la cara con ambas manos. Al paso de las mulas, las masas vitoreaban enardecidas el espectáculo. Llegaron a la plaza empujados por una ola humana que no dejaba espacio para la retirada. En el centro había un patíbulo del que colgaba una soga.

Todo fue muy rápido. De pronto, el cuerpo de un hombre pendía sin voluntad alguna de la horca. No eran ni las once de la mañana. La multitud cedió un instante al silencio, roto únicamente por los badajos de la cercana iglesia de Santiago, y por la respiración de quienes ocupaban el tablado: verdugo y ahorcado.

—Un andaluz —le dijo Asensio a Nardo en un susurro, tratando de transmitir una serenidad que en ese instante no poseía.

—¿Por qué lo sabe? —quiso saber éste.

—Porque a los del Señorío no se les cuelga, se les da garrote. ¡Mira, mira!

Nardo comprobó entonces cómo sentaban a un hombre a la fuerza y tan sólo un rato después la cabeza de éste, tapada por la capucha de San Antonio, colgaba a un lado sin tensión, y todo el cuerpo perdía su equilibrio natural.

—¡Ese es vizcaíno! —le aseguró entonces Asensio.

—¿Y por eso le matan sentado? —se extrañó Nardo.

—Sí, así es. Los Fueros nos protegen, pero solo hasta donde pueden. El rey nos condena pero no está permitido colgarnos como animales, eso no es para nosotros, nuestra hidalguía nos concede una muerte más honrosa, por así decirlo. —Nardo le escuchaba atentamente y eso animó a Asensio a añadir algo más mientras le empujaba retirándole del lugar que habían ocupado en la plaza—. Y nos prohíbe ser ejecutores de la pena capital. ¡El verdugo también ha de ser andaluz!

Horas más tarde, mientras los cuerpos de los ajusticiados se enfriaban en el patíbulo de la plaza de la villa, Asensio y Nardo regresaban a Oquendo sin haber logrado pasar el día que tan felices se prometían. Apenas se dieron tiempo para contemplar el agua, los barcos y las arenas de la orilla. No quedaba alegría en el cuerpo para lo que Asensio traía intención y reales, así que ni mención hicieron de acercarse al lugar donde las mujeres se dejaban hacer. Comieron cerca de la plaza, un mal talo que pagaron bien caro a un ambulante que andaba ofreciendo insistente por aquellas calles, y regresaron con la bota de vino vacía y la pesadumbre del día sobre los hombros encogidos. Dos días después, Nardo Abasolo Arechavala salía de la casa

de su padre, en Otaola, y se unía al caminar de Juan de Allende y La Puente. Alguien en San Miguel el Grande los aguardaba.

No lejos del valle de Oquendo, en Gordejuela, Zurrape terminaba otra jarra de vino. Lanzagorta lo animaba a salir de una vez a la calle para que le diera el aire, pero no lograba hacerse entender. Jacinto Pereda había recobrado la libertad gracias a la intervención de Braceras y a que no tenía en su haber más muerte que la de los cerdos que cada invierno le tocaba desangrar; ni una mala gallina se había atrevido a robar en el tiempo que estuvo deambulando por el monte. Esa mañana en que en la villa de Bilbao se daba garrote a los bandoleros se levantó dispuesto a perder el sentido llenándose de vino por dentro, pero le estaba costando conseguirlo. Su mente no podía dejar de traerle las peores escenas. Pasó dos días embriagado por el alcohol y el miedo, y cuando por fin se espabiló quiso saber lo que a ciencia cierta había ocurrido con los condenados que él mismo había conocido, y con quienes había compartido cobijo y tocino. Salió para Bilbao a primera hora de la mañana. Deambuló por las calles, en las que no quedaba ni rastro del espectáculo vivido tres días atrás. Al menos a primera vista, porque las gentes del lugar no hablaban de otra cosa. En la primera taberna en la que entró le pusieron al día sobre el ajusticiamiento, y lo hicieron sin escatimar en detalles, cosa que Zurrape hubiera preferido ahorrarse, pero la parroquia llevaba jornadas recreándose en la sangre derramada por la justicia, y ya nadie ponía freno a la narración.

—Los cadáveres permanecieron durante todo el día en el patíbulo y a eso de las diez de la noche los cofrades de la caridad y la misericordia se llevaron el cuerpo de Iturbe para darle sepultura en la iglesia de Santiago. Pero no les dejaron enterrar a Cortés; la sentencia incluía la orden de que se hicieran cuatro cuartos de éste pobre andaluz, y que fueran colocados en los caminos más transitados del Señorío —contaba uno antes de que le quitara la palabra otro, y luego otro.

—Esa madrugada, el verdugo, que había venido con tal cometido desde Valladolid, tres alguaciles y un carpintero, echaron su cuerpo a un carro y lo taparon con paja antes de comenzar la ruta que les habían asignado. Según tengo entendido, dejaron una pierna y un brazo en un puente a la entrada de Begoña, pero yo no lo he visto, porque no he querido ni acercarme por allí.

—Pues yo sí lo he visto, y aquello es un hervidero de moscas. Pero eso no es lo peor, porque la otra pierna la dejaron a la entrada del monte Gumuzio, y en el cruce de caminos de Amorebieta el resto; y la cabeza también separada, puesta sobre una estructura armada, que para eso se llevaron con ellos al carpintero.

—A las seis de la tarde dicen que entraba el carro en Bilbao, y lo hacía de vacío.

—Pobre miserable, menos mal que era de bien lejos y su familia nunca sabrá lo que fue de él, porque si a mí me cuentan que han hecho con uno de los míos algo

semejante, yo…

Después de oír aquello, Zurrape regresó a Gordejuela y trató de buscar serenidad en las cuadras del amo. Pero no lo logró. Semanas más tarde se echaba de nuevo al monte, sin dejar aviso y sin rumbo fijo.

Quinta parte:

LA CASA

CAPÍTULO XIII

La vio asomarse desde la calzada, por detrás de la accesoria. Le pareció la casa más hermosa, con el emparrado cubriendo la piedra de la fachada, el portal abierto, y la luz del sol calentando cada teja. Sintió un escalofrío al reconocerse en ella, al saberse parte de sus paredes y ventanas, de la lumbre que humeaba por la chimenea.

Avanzó por el camino de servidumbre, y cuando posó sus pies en la primera escalera el llanto apareció en sus ojos sin haberlo llamado. Se sentó un momento hasta que logró serenarse, y sólo entonces subió a encontrarse con el hogar encendido de su infancia.

En la vieja silla de su madre se acurrucaba ahora un anciano triste y pálido. Manuela corrió hacia él y, al abrazarlo, la lluvia de agua de su interior volvió a aparecer para empaparlos a los dos. Durante largo rato no dijeron ni una sola palabra, sólo se miraron y sintieron juntos de nuevo, cercanos, confiados. Habían pasado dos largos años desde la última vez, y Antonio había padecido por aquella hija cada uno de los días que duró su ausencia, languideciendo como un mueble sin uso.

Le pareció que todo estaba más viejo. La falta de cuidados había estropeado la casa por dentro. Las piedras se mantenían pero, aquel no era el hogar que conocía. Había grietas, maderas astilladas, ventanas por las que entraba el aire, y cuando quiso subir al camarote a reconocer lo que había hecho con él el paso del tiempo, comprobó con disgusto que se traslucía el cielo. Había ollas aquí y allá, esperando pacientes a las próximas lluvias para contenerlas. Josefa se apresuró a decir que ese verano arreglaría aquellos huecos en el tejado, buscaría la manera de componer las tejas rotas y arreglar las maderas y las grietas en la chimenea, ese verano, sin falta, compondría aquel hogar ajado por el paso del tiempo y la falta de vida en él.

La oscuridad del día la encontró todavía en la cocina de los Allende. Se despidió y salió a la calle contrariada. Se sentía dichosa por su regreso, por volver a respirar la brisa de las montañas, a sentir el aire fresco y húmedo del valle en la piel de la cara, pero no sabía qué pensar de la dejadez de sus hermanas, de cómo estaban permitiendo que todo se ajara y volviera gris, triste y roto.

Rodeó el que siempre fue su hogar y avanzó por el sendero de Berdugal en dirección a Isasi. Francis fue el primero en verla. Todavía no era noche cerrada y el joven arrimaba hierba a la ventana de la cuadra. La reconoció enseguida y corrió en su dirección gritando y riendo. La manifestación de tanta alegría hizo que Manuela se sintiera por un instante cohibida, contagiándose enseguida. Aquel recibimiento le confirmó que ya estaba en casa. Apenas le dijo un par de palabras, le rió las gracias y se despidió apremiada por la prisa repentina de encontrarse con su amo, su cocina y

la habitación en la que había pasado más de media vida.

Braceras tampoco la esperaba. Lo encontró fumando en el comedor, silencioso, concentrado en un documento que leía con los ojos. Los mismos ojos que se le humedecieron al sentir la mano de ella sobre el hombro, su olor y el calor de aquella voz que tanto había añorado. Cenaron sin reparar en lo que ingerían, solo sabiéndose, hablando, contándoselo todo, como hicieron siempre. Aquella noche Manuela supo de Zurrape, cómo fue apresado junto a una cuadrilla de bandidos, y su confesión como autor de la paliza a Maricruz. Después de la cárcel ya no fue el mismo, y aunque había regresado a su trabajo, no aguantó mucho tiempo. Un día se levantaron y ya no estaba, se había ido de nuevo. Nadie lo había visto desde entonces, y no tenían noticias de su paradero. De esto hacía meses.

También hablaron de Valladolid, de la posada, de la cárcel de la Real Chancillería, y del hijo de Braceras y familia. Manuela traía con ella algún presente para el orgulloso abuelo y un par de documentos que su hijo había escrito con ocasión de su regreso.

Dejó las cartas a un lado de la mesa, para cuando se quedara a solas con sus pensamientos, y continuaron hablando y hablando hasta el final de la velada. Rieron, y en más de una ocasión asomaron a los ojos verdes de ella las angustias vividas, los miedos y las aprensiones.

Braceras tomó un último trago de vino antes de mirarla de frente y ofrecerle la jarra también a ella, que percibió que había llegado el momento. Habían hablado de casi todo y todos, pero faltaba un nombre y, aunque hubiera preferido no dedicarle ni un minuto de aquella noche, necesitaba saber qué era de él.

—Se va a casar, Manuela.

La voz de Braceras le sonó lejana, como si llegara de otro lugar, de una estancia al final de la casa. No podía creer lo que acababa de escuchar de aquellos labios tan cercanos, siempre tan prudentes en las palabras que pronunciaban y que ahora le clavaban esta daga sin aviso alguno, sin prepararla. Intentó hablar pero no pudo, no lograba que las palabras salieran de su boca, seca y paralizada. Tomó la jarra de vino y bebió con ansia, con furia, tratando de abrirle paso a la voz que empujaba por salir.

—¿Con quién? —pronunció a duras penas momentos después.

—Con Teresa Casas Escobal, la hija de Cristóbal de las Casas. Has de recordarlo, el mismo que lo acompañaba en sus…

—Sí, sé quien es —le interrumpió—. Pero ¿cuándo?

—Según tengo entendido será en otoño. Lo tienen todo apalabrado y ya están preparando el contrato.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó entonces—. Esto lo tiene pensado desde hace años. Por eso negó la palabra de matrimonio que me tenía dada, y por eso hizo que las *urracas* me difamaran. Era una argucia para aparecer como hombre de honor ante

Las Casas y procurarse una dote aún mejor, y…

Su mente corría más que sus palabras, sus pensamientos se agolpaban, trataban de salir todos a la vez sin conseguirlo. Su discurso se volvió incomprensible, atolondrado, agotador. Braceras no quiso parar aquel torrente de ideas, comprobaciones, conclusiones y descubrimientos que le transformaban el gesto de incrédulo a más incrédulo. Esperó paciente, y cuando por fin se quedó sin más que decir le ofreció un poco de vino y su viejo hombro para arropar tanto desengaño.

Al amanecer sintió el deseo irrefrenable de correr a la cocina. No sabía por dónde empezar, no quería que la criada se sintiera invadida pero necesitaba recuperar su espacio, sentir que no se había ido, cansarse hasta caer rendida. Probablemente fuera el olor penetrante de la masa madre con que había hecho pan desde niña, o su tacto, pero las lágrimas regresaron a sus ojos una vez más. Se sentía tan en desventaja respecto a Txomin, incluso cuando ganaba. Había salido airosa del pleito contra las Arza, y recibido buenos reales por difamarla, sobre todo de él, que aunque logró reducir la multa, aquellos cien ducados serían más que suficientes para mantener en pie la casa de los Allende, arreglar las tejas y las grietas, y hasta la madera de las escaleras que también empezaba a resquebrajarse.

No soportaba la idea de que se casara con otra. Desde que lo supo, la noche anterior, no podía imaginar mayor burla, peor final para la pelea que había comenzado años atrás. Había ganado el pleito por difamación, pero la Iglesia le daba la razón a él y le permitía casarse con aquella mujer, apenas una niña, porque eso era la novia prometida, una joven de menos de veinte años a la que su padre había sabido sacar partido, antes incluso de que ella misma se conociera y supiera de su valor.

Los días siguientes transcurrieron sin apenas darse cuenta. Las visitas se sucedieron una tras otras. La primera en llegar fue Nela. Cuando Manuela la vio comprobó cómo el tiempo había seguido sin ella. Su sobrina se había convertido en una moza interesante a los ojos de cualquier adulto. No era tan alta como ella, pero se la veía lozana, con esa piel sonrosada de las casaderas. Por un instante se sintió mayor, y muy cansada. Pero no permitió que aquel pensamiento se adueñara de su espíritu. Corrió a abrazar a la muchacha que le abría los brazos y la miraba embelesada. Poco después llegaron Juana y parte de su buena prole, Rosa acompañando a Francis, primos, tías y conocidos que habían sabido por boca de unos y de otros la noticia de su definitivo regreso. Y los que no llegaron a Urrutia la pudieron ver en la iglesia de Molinar durante la misa mayor, ataviada con prendas de vestir totalmente nuevas, y una sonrisa de triunfo que no permitió que nada se la nublara.

Dos días después se sentaba en la cocina de Juana, su amiga de la infancia, para compartir con ella la rabia que escondía tras su serena fachada.

—No voy a permitir que me haga esto. No quiero que se case con ella. Eso le hace parecer inocente cuando no lo es, y hasta el mismo juez le ha hecho pagar por sus malas artes.

—Pero no lo vas a poder evitar, las cosas están así. Hace meses que anunciaron ese contrato de matrimonio, y tienen el beneplácito de la iglesia.

—Ha de haber pagado buenos reales para que la causa de esponsales haya dado sentencia a su favor. No tengo duda de que hay buen dinero de por medio.

—Yo también lo creo, pero no hay nada que puedas hacer.

—Tampoco puedo dejar que se convierta en un hombre de honra, casado, intocable, y que la duda sobre mi honor siempre me esté acechando. ¡Si yo he de seguir soltera, él también!

—¿Y por qué has de seguir soltera?

—No seas ingenua, Juana. Nadie querría casarse con una mujer de mi edad y pleitos como los míos a la espalda. Si él no me cumple, nadie querrá hacerlo.

—En eso voy a tener que darte la razón, no están los caseríos para arriesgar el futuro de un hijo. Pero no sé yo si ese Francis…

—¡Pero si es un crío, por Dios, qué cosas se te ocurren!

—Es un hombre. Aunque he de reconocer que mucho más joven que nosotras. ¿Te imaginas lo que dirían? —añadió riendo la ocurrencia.

—Sí, lo que me hacía falta —le acompañó Manuela—. Aunque he de confesarte que cada vez me resulta más agradable su compañía, es alegre, y muy buen mozo.

—Y de buena casa. Pero a buen seguro sus padres han pensado en todo ello antes que nosotras.

—No lo dudes, y no he de ser yo su candidata. Pero el que me preocupa es Txomin y esa maldita boda. Tengo que intentar pararla.

—¡Estás loca! No puedes hacer nada, es mejor que lo dejes correr. Ya te ha hecho sufrir bastante.

—Voy a denunciarle de nuevo.

—¡Tú no tienes remedio! ¿Y por qué?, si puede saberse.

—¡Por estupro!

—No sigas Manuela. Piensa en los años que has estado en Valladolid, en el tiempo que te metieron presa en una cárcel, con asesinas y ladronas. Piensa en tu padre, y en la casa de los Allende. ¿De dónde sacarás los reales para otro pleito?

—De la multa que el mismo Txomin tuvo que pagarme.

—Pero eso era para arreglar tu casa, el hogar de los tuyos.

—Llegará para todo y habrá más. Tendrá que pagarme más por lo que me hizo.

—No lo hagas, por favor te lo pido, no lo hagas.

El ruego de Juana se perdió en el aire cálido de aquella tarde de primavera. Por más que lo intentó no llegó a Manuela, no encontró el camino hasta donde estaban sus pensamientos.

—Al menos, medítalo un tiempo. Piensa en todo y en todos, piénsalo bien antes de hacerlo —le dijo ya en la puerta, cuando la despedía.

El veinticuatro de abril de aquel mismo año en que regresó al valle, Manuela quiso iniciar un pleito criminal contra Txomin por estupro. El Teniente General de Encartaciones no admitió la acusación, pero eso no la detendría. Aguardó con paciencia a que los meses transcurrieran, hasta encontrar la forma y el momento de hacerle pagar por el deshonor de su nombre.

Mientras tanto la vida continuaba su rumbo. Juana dio en matrimonio a una de sus hijas aquel mismo verano, y en Oquendo también se celebró una boda, la de una Abasolo con un Otaola. Con ocasión de aquel contrato, Bernardo y Ana María dejaron por unas horas las cimas altas del valle para encontrarse con vecinos y parientes. Aquel día Asensio Aldama no quiso dejar su casa en San Román para no tener que enfrentar la mirada desafiante del único enemigo que había cosechado a lo largo de sus más de cincuenta años de vida.

Y antes de que el *txakoli* ocupara todas las manos, el hogar de los Allende se sumergió en los arreglos que tanto necesitaba. Fue poco después de terminar la vendimia, un diez de noviembre, cuando se celebró el matrimonio entre Domingo de la Torre y Teresa de las Casas. La firma del contrato y la ceremonia del sacramento se llevaron a cabo en Sopuerta, y del enlace se supo en todos los pueblos y valles de Encartaciones y más allá. No se habló de otra cosa en los días precedentes y posteriores. La pareja, formada por una jovencísima muchacha, pálida y escuálida, y uno de los pocos hombres que, después de hacer fortuna en Indias, había regresado a su tierra, se rodeó de señores de gobierno y damas de inmejorable aspecto. No todos los nobles y señores de Vizcaya estuvieron invitados al contrato, pero sí gran parte de los que poblaban los valles más próximos. Entre ellos don Manuel de Braceras.

Manuela vio partir a su amo con el corazón oprimido, hecho un nudo en el pecho. Trataba de contener la rabia que le producía aquella boda y todo el revuelo que había levantado entre los vecinos, pero sobre todo que don Manuel se sintiera obligado a acudir. Su ausencia llamaría demasiado la atención, le había dicho, al fin y al cabo seguía siendo su inquilino, y habían compartido Concejo, y debatido en el Señorío.

Txomin nunca dejó por completo la casa de Isasi. La mantuvo abierta durante años después de su matrimonio. Él compartía vivienda en Sopuerta con su joven esposa, pero le gustaba tener aquel lugar desde el que otear Gordejuela, y muy de vez en cuando se trasladaba hasta allí por unas horas. Nadie sabía a qué. Pero probablemente fue aquel empeño suyo por seguir presente en la vida del valle lo que

le permitió convertirse el primer día del año 1774 en regidor por la cuadrilla de Irazagorria.

Manuela y él no volvieron a encontrarse de frente, y mucho menos a dirigirse la palabra. Si en alguna ocasión, durante la misa mayor, se sabían presentes, ambos trataban de evitarse la mirada. Mientras él se confiaba en el final de aquella lucha interminable que les había llevado ante los Tribunales de la Real Chancillería, ella no soportaba la idea del engaño sufrido, menos cuando las caras de algunos vecinos la daban por vencida y los comentarios sobre su deshonra no concluían.

La primera vez que intercambió un saludo con Martín de Beraza, prior de causas en los Tribunales de Encartaciones, era el mes de septiembre, con ocasión de una comida que ella misma había preparado para deleite de los invitados de su amo. Ya entonces se sintieron cómodos el uno frente al otro, y mientras el prior alababa las buenas manos del ama de gobierno de aquella casa, ésta adelantaba una segunda ocasión en que ofrecerle un buen plato de caza.

La olla se volvió a llenar dos semanas después en que, con permiso de su señor, Manuela quiso que regresara a aquella casa el prior de causas. Entonces no desaprovechó la ocasión. Con mucho cuidado y el apoyo incondicional de Braceras, Manuela fue poniendo en antecedentes a Beraza. Le contó de los autos, de la resolución última, la indemnización, su absolución, y de la imperiosa necesidad que sentía de acusar a aquel que la deshonró quitándole la doncellez con mentiras de matrimonio y privándola de un futuro contrato, y por ende de familia propia.

No hizo falta mayor empeño por su parte. Don Martín mostró una comprensión y una sensibilidad a las que Manuela no estaba acostumbrada. En su voz escuchó palabras cercanas, calidez y apoyo. Con menos edad que ella misma, que ya sobrepasaba los cuarenta años, aquel hombre transmitía seguridad, serenidad y confianza. Cuando esa noche se acostó sobre el colchón todavía se encontraba extasiada por la impresión que había causado en ella.

El nueve de noviembre, la víspera del aniversario de boda de Txomin, Manuela firmó ante el escribano real del valle un poder para castigar a quien la deshonró y quitó la virginidad con promesas de matrimonio. En este documento, Manuela daba todo su poder a Martín de Beraza para que, representando su persona, siguiera y prosiguiera la acción y queja criminal ante el Señor Alcalde y Juez Ordinario de Gordejuela.

Al día siguiente, mientras en Sopuerta una joven esposa recibía los primeros envites de la mañana de aniversario que su marido se procuraba, en el valle, bajo un sol radiante, el Alcalde Mayor recibía la declaración jurada y sumaria de Manuela de Allende, que acusaba a Domingo de la Torre de estupro, y exigía cuatro mil ducados de vellón como indemnización por los daños ocasionados en su persona. Comenzaba entonces un nuevo pleito criminal que se alargaría durante toda una década.

No se encontraron hasta el primer día del año, cuando Txomin acudió al Concejo a nombrar a Francisco de Lambarri su sucesor como primer regidor de Irazagorria. Salió a caballo de Molinar en dirección a Isasi. Llegó a Urrutia sofocado por la carrera. Se apeó presuroso y golpeó la puerta con todo su ímpetu esperando que fuera ella y no otro el que se asomara a recibirle. Y así fue. Manuela le enfrentó allí mismo, en su propia casa, con el orgullo de saber que esta vez él era más débil, menos firme.

—¿Qué quieres? —le preguntó sin esperar a nada.

Txomin la miraba sin lograr hablar. Aquella soberbia de ella le hacía flaquear. Se sentía humillado después de que en el Concejo le comunicaran el nuevo pleito criminal al que debía enfrentarse. Se lo dijeron en público, delante del padre y el hermano de Manuela, y también estaba Braceras, y él no había sabido qué contestar. Se había quedado callado, con la mente en blanco, sólo pudo pronunciar el nombre de su sucesor y desear que aquella votación terminara cuanto antes para desaparecer. Y cuando por fin pudo hacerlo no se le ocurrió otro camino que el de Isasi y la casa de Urrutia, ir a buscarla y encontrar en ella cualquier explicación que aliviara el ardor que sentía le quemaba las entrañas.

—Nunca voy a confesar, no lo esperes. Será tu palabra contra la mía.

—Así sea. Que te condenen entonces por perjurio, pero que te condenen.

—¿Tanto odio me guardas? —le dijo entonces con aquella voz queda que le recordaba a los tiempos en que aún existían susurros entre ellos.

No le pudo contestar, sintió que las palabras se apagaban en su interior. Empujó con ambas manos la puerta hasta que la cerró dejándole al otro lado, quieto, mirando la aldaba como si quisiera deshacerla. Y entonces, mientras ascendía por las escaleras al piso de arriba, le escuchó gritar desde la calle:

—Maldita seas Manuela de Allende, maldita embustera. Nunca diré que hubo nada entre nosotros, ¡nunca vas a conseguir eso de mí!

Lo vio alejarse en su caballo, iba al galope, como un loco, desenfrenado, y volvió a sentir aquella angustia que le producía la pérdida.

El invierno trajo nieves y más nieves, tantas que las cimas altas de las montañas no se despejaron hasta casi terminada la primavera. La noche del martes veinte de junio, después de días de incesantes lluvias, el caudal del río Ibalzibar se desbordó llevándose consigo parte del camino real y el puente de Zubiete. En mitad de la tempestad, con el temor encogiendo los cuerpos de todos los habitantes del valle, Manuela creyó ver aquella señal antigua que anunciaba algún peligro, una sábana blanca cubriendo la fachada de su casa, y corrió por Berdugal a encontrarse con los suyos. Entró empapada como una sopa, arrastrando a duras penas la basquiña, que le impedía el paso a causa del peso del agua absorbida durante el trayecto. En el portal

aguardaban su padre y sus hermanas a la luz de un candil, y con los ojos abiertos como platos. Acababan de ver desprenderse la pared de cal y canto, y el agua del río ya llegaba a la puerta de la accesoria.

—Manuela, estamos aquí, estamos aquí les escuchó decir repetidamente antes de descubrirlos.

—Tenemos que salir fuera. Rápido, tenemos que ir contigo a Isasi —dijo Francisca con la voz más asustada que le había escuchado nunca.

—No es fácil regresar por Berdugal, baja demasiada agua por el camino y el lodo nos puede arrastrar. Además está padre, que no se si podrá…

—¿Y por Molinar?

—Peor —aseguró Manuela—. Lo único que podemos hacer es ir a casa de Joseph. Hasta allí si llegamos, y después ya se verá.

—¿Y la casa mayor de Salcedo? —propuso Josefa evitando un encuentro con su hermano—. Apenas hay unos metros y así padre no se fatigará tanto.

—Intentémoslo, don Felipe ha de estar pendiente de lo que surja.

Entre las tres ayudaron a levantarse al padre, que parecía más viejo y cansado que nunca, y que rehuía dejar el caserío al capricho de las imprevisibles aguas.

—¿Por qué hemos de salir?, parece que nunca habéis visto llover. Esta casa ha aguantado firme todo lo que el cielo ha querido echar sobre ella, no se va a caer ahora. Lo que hay que hacer es no asustarse tanto. ¡Qué falta me hace alguno de mis hijos para controlar a tanta mujer!

Las tres hermanas se miraron entre confundidas y ridículas. Probablemente Antonio tenía razón y aquella inundación no se iba a llevar el caserío de sus ancestros, pero la visión del agua tan próxima, amenazando con entrar y apoderarse de todo, les hacía temblar. Tuvieron un momento de indecisión en que se quedaron mirando al exterior, sin saber bien qué hacer, comprobando el nivel que alcanzaba el caudal del río, que ya se filtraba con toda libertad al interior de la accesoria. Entonces lo vieron llegar. Venía cubriéndose con una manta que levantaba con los brazos, y aún así calado de agua hasta los huesos. Cuando pisó el umbral del portal se sacudió como un animal, salpicándolo todo a su alrededor. Fue el grito de sus hermanas lo que le alertó.

Antonio se irguió ante la presencia de su hijo.

—¿Cómo está todo ahí afuera, Joseph?

—Mal, muy mal. Baja mucha agua del deshielo, y trae todo tipo de maleza. He visto árboles enteros arrastrados por el río como si se tratara de simples varas. La calzada ni se vislumbra, está cubierta, y el puente ha desaparecido. Pero al menos parece que cede algo la lluvia, ya no es tan intensa. Hay que esperar a que salga el día, entonces comprobaremos los destrozos.

—Sí, pero mejor al lado de la lumbre. Subamos —les animó Antonio—. ¿Y cómo

están los tuyos?

—Bien, padre, hasta mi casa es seguro que no llegan las aguas. Están inquietos, pero fuera de todo peligro.

—¿Y aquí crees que alcancen?

—No lo sé, pero es posible que lleguen hasta la cuadra si continúa lloviendo. Esperemos que no más que eso.

—¿Y si vamos a la casa mayor de Salazar? —insistió Josefa.

—Imposible llegar, el agua ha anegado la entrada. Lo mejor es que esperemos arriba, al lado de la lumbre. Ya no falta mucho para que amanezca.

El día trajo consigo un nuevo sosiego. Ya no llovía, y las aguas se habían quedado quietas cubriendo la tierra, incapaz ésta de tragar una gota más. La inundación se había llevado puentes y caminos, y en su lugar trajo ramas, piedras y lodo en grandes cantidades. Francisca y Joseph salieron a comprobar los muchos destrozos que habían sufrido la accesoria, la pared y el camino de servidumbre. Al otro lado no se veían ni la calzada real ni el puente de Zubiete.

Manuela y Josefa subieron al camarote. Los oportunos arreglos del pasado verano habían evitado consecuencias peores. Comprobaron que todo estaba más o menos en orden, y entonces la escuchó, oyó aquella voz como si llegara de muy lejos. Josefa se había apoyado con las manos en el suelo, y avanzaba de rodillas, evitando toparse con el techo. Desde el ventanuco que miraba al norte, contemplando la estampa triste que habían dejado aquellas aguas enloquecidas, lo mencionó:

—Ahora sí, ya no habrá vendimia. Se ha perdido todo, no queda nada.

—Pero, ¿desde ahí ves Ibarra? —quiso saber Manuela entre sorprendida y confusa.

—No, pero no me hace falta. Veo lo suficiente para saber que este año no habrá *txakoli*.

La voz de Josefa había sonado como el susurro de un rezo que se continúa en silencio. Manuela se arrodilló en el centro de la estancia y avanzó hasta donde estaba su hermana mayor. Trataba de no tropezarse con el tejado que iba descendiendo casi hasta el suelo conforme se aproximaba a ella.

—No sé cómo voy a hacer para pagar el censo. Esas vides eran todo lo que tenía para cubrir la deuda —se confesó por fin Josefa.

—¿Y no darán uvas? —insistió incrédula Manuela.

—Quizá, pero de qué crees que servirán. Es el final, el final de todos nosotros, de esta casa, de esta familia…

—No digas eso, Josefa, no es cierto, eso no es cierto —le corrigió Manuela, sin saber lo que venía a continuación.

—Sí, es el final, ¡no lo ves porque tú nunca quieres ver nada!

—Pero…

Ninguna de las dos pudo continuar con aquella conversación. Enmudecieron al escuchar el mugido de una vaca que se debatía a muerte con las zarzas y el ramaje que le impedían moverse. A su lado un perro yacía inerte, sin expresión, en una postura tan impropia del animal que resultaba grotesca. Su pelo alguna vez fue blanco, y suave. Ahora el barro lo cubría casi por completo.

Las dos hermanas retrocedieron a gatas hasta donde el techo les permitía ponerse en pie y bajaron las escaleras a toda prisa. Llegaron al lado de la vaca armadas con azada y pala. Tardaron más de una hora en liberar al animal. Cuando se volvieron a sentar para descansar, Josefa retomó la conversación que había quedado pendiente bajo el tejado.

—Padre se está muriendo, no creo que falte mucho para que nos deje —y no esperó a ver la expresión en la cara de su hermana pequeña, prefirió seguir hablando hasta terminar—. No hace muchos días estuvo en casa el cirujano, dice que no hay solución, que sus bronquios están perdidos. Y yo lo veo cada día más cansado, le cuesta dormir, se ahoga y apenas come. Los paseos que antes daba hasta Molinar son un recuerdo del pasado, ahora le cuesta bajar las escaleras para sentarse al sol en el banco de la fachada. Hay censos que pagar, hipotecas sobre la casa, y las uvas de Ibarra serán un sueño si las vemos, todas las parras del valle deben haberse perdido. No tenemos hijos, ni Francisca ni yo, y tú parece que tampoco vayas a parirlos, ni matrimonio tendrás ya con tanto pleito y tanta monserga que te traes con La Torre. Maldita la hora en que regresó de allá. Y Domingo Narciso, ni qué decir de él, salvo que ya se ha olvidado de todos nosotros, nunca pensó en regresar, y esta casa quedará vacía, sin gobierno y sin…

—No, no sigas, no vuelvas a decir una cosa así. No se ha olvidado, óyeme bien, no se ha olvidado de ninguno. Escribe, escribe continuamente y manda dinero, y seguirá mandando. Y además están Joseph y sus hijos, y estoy yo, y todavía está padre, y… estamos nosotras tres.

Manuela se había levantado, por sus mejillas corrían lágrimas y más lágrimas. La miraba con disgusto, decepción, y mucha tristeza, pero no pudo decir ni una palabra más. La dejó sentada en la cuadra y salió corriendo de casa, tratando de encontrar la manera de llegar a Isasi por aquel lodazal que se desprendía de la montaña. Al día siguiente bajó de nuevo a Zubiete con todas las cartas que su hermano le había escrito, pero no tuvo oportunidad de echarle en cara aquellas amargas palabras a su hermana. Antonio sufría un episodio de fiebre que le mantenía delirante, enfermo hasta la casi inconsciencia. El puente perdido de Zubiete no permitía el paso del cirujano, así que las tres hermanas se apostaron a la cabecera de su cama durante los tres días siguientes, hasta que la fiebre empezó a ceder y el enfermo a hablar y respirar con un poco de soltura. En aquellas largas noches Manuela releyó una a una

las cartas de Domingo Narciso en voz alta.

Después escribiría una muy extensa rogando su ayuda una vez más para poner en pie la pared de cal y canto, arreglar el emparrado, los campos y la accesoria. Nada le dijo todavía del censo que habría que pagar antes de terminar el otoño. Pensó que encontrarían la manera. Pero el doce de octubre de aquel mismo año amargo como pocos, volvió a coger la pluma para anunciarle con letra temblorosa la reciente muerte de su padre, Antonio de Allende y Villamonte.

En San Miguel el Grande,

A mi más querida y estimada hermana Manuela de Allende.

Hace ya algún tiempo que recibí tus cartas, pero no ha sido hasta ahora que he podido desprenderme de toda la desdicha de que me llenaron para empuñar la pluma y decirte lo mucho que me apena no poder acompañarte en el duelo por la pérdida de nuestro padre. Amén de lo que me relatas, de tu mismo puño y letra, sobre las cuantiosas aguadas que han destrozado caminos, puentes y campos; la falta de reales con que hacer frente al deterioro de la hacienda de los Allende; y el continuo pleito en que te ves envuelta por culpa de la mala actuación de nuestro primo Txomin.

Domingo Narciso trataba una y otra vez de completar aquella carta sin saber cómo expresar sus sentimientos. La muerte de su padre la vivía desde una gran distancia, la que le imponía el espacio, pero también la que había marcado el tiempo. Un tiempo de más de veinte años en que no se habían visto ni escuchado. Un tiempo que se manifestaba en la falta de conocimiento. Quizá fue eso lo que más le espantó, lo que más dolor le causó, la ignorancia de lo vivido por los suyos, los que permanecían en el lugar de su inicio, donde comenzó la vida, el lugar al que todavía hoy sentía que pertenecía.

Los oyó revolotear por el patio, llenando con el sonido de su eco las habitaciones, siempre risueños, curiosos, ágiles, y reconoció una vez más el largo recorrido que le separaba de sus hijos. Mientras él no podía desligarse de aquel lejano verde valle de su infancia, de aquella casa de piedra fría y aquel hogar siempre humeante, sus hijos eran de esta tierra de sol y maguey, eran sobre todas las cosas americanos.

A menudo conversaba con Domingo Aldama de esas sensaciones que constataban una distancia infranqueable entre los que habían llegado, como ellos, años atrás, y sus descendientes. Ni qué decir de los nuevos españoles que se avecindaban en la villa adueñándose de todo sin preguntar a nadie. Ellos, Aldama, él y muchos otros, ya no se sentían tan extraños en este lugar, no como lo eran los recién llegados, los enviados por la Corona para gobernar esta Nueva España desde y por sus intereses, sin importar la tierra y las gentes que explotaban. Aldama, él y los otros amaban esta villa, la habían forjado palmo a palmo, alimentado, cuidado y adornado, y le habían dado hijos para que la defendieran. Por eso se sentía dividido entre dos mundos. Y aunque enseñó a sus hijos a amar Vizcaya, a saber del verde valle, de las montañas y de sus habitantes, siempre los guió para que trabajaran y lucharan como lo que realmente eran: americanos.

Me agrada saber que nuestro padre fue llevado a su sepultura con todos los honores que su persona merece, acompañado por las insignias y las cuatro hachas de la Santa Vera Cruz, usando los ornamentos mejores para su descanso eterno en la sepultura de la tercera fila de nuestra iglesia de Molinar. Ello me hace sentir más orgulloso si cabe del cargo que recientemente ostento como mayordomo de la misma

cofradía de la Santa Vera Cruz y Señor de la Conquista aquí, en San Miguel el Grande. Sé bien que vosotras, mis hermanas, os encargaréis de cumplir sus deseos de misas, ceras y obleas para que su alma descanse en la gloria y la paz que merece.

Aquella muerte le traía el recuerdo vivo de quien había partido al mundo de los muertos tres años atrás. Don Pedro de la Puente vivió sus últimos días en la villa, al cuidado de sus criados y de su sobrino y confidente. Repartió sus cuantiosos beneficios entre capellanías, iglesias y fundaciones, destacando entre sus herederos al pequeño Domingo José Pedro Regalado de Allende, de apenas siete años de edad, a cuya capellanía destinó la cantidad de tres mil pesos. Y no se olvidó de dónde procedía ni en el lecho donde yacería difunto.

Aprovecho la ocasión para enviar junto a estas letras y remesas los trescientos pesos fuertes que por última voluntad quiso mi tío, don Pedro, fueran entregados al señor cura de Sodupe para que los distribuya en alhajas para el Santísimo. Junto a estos, han de llegaros otros cincuenta pesos más con que aliviar la mala situación en que ha quedado la hacienda de los Allende después de las últimas lluvias que lo inundaron y destrozaron todo. Confío en que sea suficiente. Además, envío una remesa de doscientos pesos para repartiros entre los cuatro hermanos, a partes iguales.

Domingo Narciso pensó en Juan. Su sobrino había llegado a San Miguel hacía meses. Aún se sentía impactado por su imagen. La primera vez que lo vio creyó tener delante a su hermano, con la melena cayéndole sobre los hombros, y aquella voz inconfundible, la misma forma de hablar, de expresarse, de decir nada y decirlo todo. Hasta sus silencios le recordaban a los de Joseph en los tiempos en que todavía ambos vivían bajo el techo de sus padres.

Había llegado junto a otro mozo, un tal Bernardo Abasolo, que se había establecido en Querétaro, al menos por el momento. Juan estaba viviendo en La Trasquila. No le había resultado fácil la vida en la villa, se sentía perdido entre tanta gente, y con sus primos no llegó a conectar como a Domingo Narciso le hubiera gustado. Al fin y al cabo, procedían de mundos muy diferentes. En cuanto conoció el rancho supo que aquel era el lugar donde quería instalarse, y allí vivía, aprendiendo rápido, conociendo a los animales y descubriendo la nueva tierra que pisaban sus pies.

Regresaba a San Miguel en contadas ocasiones. La última, con motivo de un funeral, el de Sauto. Y lo hizo obligado, porque Domingo Narciso mandó a buscarlo para hacerle participar con todos en las distinguidas exequias que se le ofrecieron al viejo *gachupín*. Balthasar de Sauto dejó el mundo de los vivos un catorce de octubre, bajo un cielo azul intenso, y lo hizo acompañado en todo momento por Ignacio de Aldama, que en los últimos tiempos trasladó su residencia a la casa del amo, en el

centro de la villa, desde donde acudía a diario a supervisar la labor que se realizaba en el obraje.

Recibí no hace pocos meses la grata venida de mi sobrino Juan, un buen mozo que en mucho tiene parecido con su padre, mi hermano. Es un joven sereno, trabajador y muy responsable, que cuida como un hombre el rancho de La Trasquila donde crío ganado. Me llena de orgullo contar con su presencia aquí y saber que así ayudo en algo a su futuro, y haceros saber quisiera que mientras yo viva velaré por él como si de un hijo propio se tratase. Como yo tuve quién me recibiera y guiara en esta tierra, mi sobrino Juan habrá de encontrar en mí a un padre.

Desde que llegó, Juan fue añadiendo datos a los que componían el reducido relato que tenía de Gordejuela. Hablaron de cada rincón de la casa de los Allende, de sus primeras escaleras de piedra, desgastadas hasta el infinito por el centro, donde más se usaban, donde lucían un brillo negro y resplandeciente en la noche más oscura, bajo la luz que entraba por una ventana pequeña, baja y estratégica como ninguna. De allí se pasaba a las cuadras y a las habitaciones. Domingo Narciso recordó cómo la pequeña Manuela siempre escogía aquel hueco para esconderse. Todos lo sabían y, aún así, pasaban por delante como si no la vieran. Aquello la hacia reír y ella sola se descubría. Con Juan pudo recordar algunas escenas, paisajes y vivencias que creía tener olvidadas. Llegó a sentirse nostálgico y triste, hasta que se acostumbró a la presencia del sobrino, entonces volvió a saberse acertado con su destino.

Hoy no sólo he perdido al padre que tuve en aquella mi amada patria, sino que antes perdí a quienes me trataron y dirigieron como si fueran tales. El primero, el que me abrió las puertas de su casa y de este mundo de la Nueva España, mi amado tío don Pedro, que en paz descanse. Y hace tan sólo unos meses al padre espiritual que todos necesitamos, al hombre más santo entre los santos, Felipe Neri de Alfaro. Las magníficas exequias celebradas en su honor aún retumban en mi conciencia.

Mi casa es un lugar acogedor y lleno de vida ahora que mis hijos tienen edad para entrar y salir. Corretean por sus patios y habitaciones ajenos a lo que acontece en el virreinato, donde el criollo pierde poder frente a los funcionarios y militares que envía la Corona. Aún así, San Miguel es una villa digna de vivir en ella, hermosa por dentro y por fuera. En sus ranchos y haciendas se cría el mejor ganado y no hay lana como ésta. Pero algo está cambiando, nadie quiere participar de la milicia ni cumplir con los altos gravámenes que se nos imponen desde fuera. Pero no deseo afligirte, aunque los negocios no son tan rentables como lo fueron en un tiempo pasado, es buena y estable la renta de mi hogar. Más me preocupa la vuestra. Según he podido deducir de las escasas palabras que le ha dedicado al tema mi sobrino Juan, son varios los caseríos del valle que se han visto obligados a vender para poder pagar censos y deudas acumuladas. Espero que los pesos que os envío sirvan

para evitar, al menos en parte, una catástrofe así con la casa de nuestros padres.

Las remesas se habían convertido en salvaguarda de la hacienda de muchos caseríos de Gordejuela y Oquendo. Aquellos pesos fuertes que se enviaban desde la Nueva España recorrían un largo camino hasta alcanzar las manos necesitadas de sus parientes en la península. Siempre eran necesarios, bien empleados y mejor recibidos. Servían para una dote, la carrera militar de un hijo y, en los últimos tiempos sobre todo, para mantener en pie la maltrecha economía de los propietarios. Todos cumplían con devoción aquella parte del trato, no estaban solos, habían dejado casa y familia al otro lado, y por muchos años que hubieran pasado siempre había a quién enviar los pesos que aliviaran el peso del caserío. En el caso de Domingo Narciso, aquella obligación se convirtió en doble cuando rehusó a los beneficios de una herencia que no deseaba. Desde que puso el pie en aquel carro que le alejaba de Zubiete y de Manuela envuelta en niebla y llanto, supo que ya no regresaría. Mandaba remesas siempre que sentía que las podían necesitar, y más cuando eran ellos quienes las pedían. Entonces, como ahora, duplicaba el gasto para no correr el riesgo de una pérdida que dependía de él tanto o más que del resto de los miembros de su familia.

En cuanto al nuevo pleito que me anuncias has comenzado contra nuestro primo, y para el que solicitas mi ayuda y consejo, no tengo razones que me hagan dudar de que lo que haces es lo que ha de ser. Desde aquí poco puedo comprender de las circunstancias que envolvieron en su día la palabra de matrimonio que os disteis, pero si ésta se te dio debe ser cumplida, y si no es así compensada por la falta que conlleva. Para que logres tu cometido y limpies tu nombre y honra añado otros cincuenta pesos fuertes que han de ayudarte con los gastos de este nuevo proceso criminal que has iniciado.

Dejó la carta sobre la mesa para atender a los niños que entraban corriendo en la sala de asistencia donde se encontraba. Miró a Ignacio, siempre pendiente de los movimientos de su hermano Domingo José, al que imitaba blandiendo una espada de madera con la que jugaba día y noche, sin separarse de ella. Simulaban una pelea entre españoles y reían por la ágil torpeza del pequeño, que no llegaba a tocar a su contrincante y sin embargo no cejaba en el empeño. Domingo Narciso se estremeció al reconocer incierto el futuro que esperaba por ellos.

Como siempre, te llevo en mi corazón y recuerdo cada día.
Tu amado hermano, Domingo Narciso de Allende y Ayerdi.

Selló el documento y lo guardó antes de seguir los pasos cortos y acelerados de Ignacio, que lo animaba a bajar a ver el nuevo caballo que acababan de traer. El sol lucía una jornada más en la Nueva España llenando de calidez la tierra americana.

CAPÍTULO XIV

El pórtico de San Juan Bautista, en Molinar, se iba llenando de gente. Parientes y vecinos se arremolinaban en la entrada de la iglesia, en torno a la mesa donde descansaban los documentos que habrían de firmarse. José Antonio, a sus veinticuatro años, se sentía nervioso e ilusionado ante la perspectiva de convertirse en un hombre casado, el primero de sus hermanos en contraer matrimonio, y con la descendiente de una familia propietaria, los Mendibil. Aguardó paciente hasta que Micaela llegó a su altura. Le pareció bonita bajo el pañuelo que le cubría media cabeza, dejando a la vista el nacimiento de una melena oscura y abundante. Era un sábado de septiembre de 1778 en que las nubes se abrían para dejar paso al sol del verano. Se inclinó sobre la mesa y plasmó su firma donde el escribano le indicó. Seguidamente lo hicieron el padre de la novia y los testigos. Después entraron todos juntos a la iglesia, donde don Pedro bendijo la unión también ante Dios.

Manuela los observaba en silencio recordando la última carta de Domingo Narciso. Él había hecho posible aquel contrato con los Mendibil Iñarritu; gracias a los últimos pesos que había mandado, Joseph pudo formalizar el acuerdo. Se sintió orgullosa. Ella y sus hermanas no tendrían hijos, muy probablemente no tendrían matrimonio, pero sus sobrinos se unirían a casas fuertes y prósperas. En realidad sólo faltaban Nela y María Francisca por casar, porque Domingo, el otro hijo varón de Joseph, hacía meses que andaba de marino Dios sabía dónde. Apenas habían llegado noticias suyas, un par de cartas desde algún puerto muy al norte, y después nada.

Su hermano le ofreció una pavía. Desde el primer mordisco el sabor dulce de la fruta le llenó los sentidos de ternura.

—Esos dos pronto te harán abuelo, Joseph le dijo risueña.

—Aún no lo soy y ya me siento como tal.

Manuela lo miró detenidamente. Estaba más viejo. Pensó que por ella también había pasado el tiempo, ya no se encontraba tan enérgica y las ojeras se le marcaban con demasiada facilidad.

—¿Cómo va la herrería?

—Con trabajo. ¡Ahora hasta el cura me envía clientela! —respondió con ironía.

—Querrá ganarte para la parroquia, nunca ha llevado demasiado bien tu falta de cumplimiento —le dijo ella riéndose.

—Tanto cura y tanta misa no es cosa buena, la gente se emboba con tanto rezo y no piensa.

—¿Y qué hay que pensar, Joseph?

—¡Cómo sobrevivir!

—¿Sobrevivir?

—Sí, sobrevivir. Los campesinos no tenemos nada, ni tierras ni casa donde cobijar a los nuestros. Todo lo que trabajamos se lo quedan otros, ¿no te das cuenta? Los arriendos y los censos nos ahogan hasta que no podemos más, y entonces volvemos a endeudarnos, y detrás de nosotros nuestros hijos. Así por los siglos de los siglos.

Manuela se quedó callada mientras contemplaba a los novios, que se entretenían en una conversación animada con Nela y otras mozas del pueblo, al tiempo que revisaban las prendas y enseres con que había llegado el carro de la dote. Reconoció en ellos la juventud que les empujaba, sus rostros sonrosados y las manos bien abiertas, dispuestas a coger lo que fuera que la vida les deparase.

—Siempre ha sido así —añadió al fin.

—Pero algún día todo esto cambiará —concluyó él con firmeza.

Francisca y Josefa se acercaban y Manuela aprovechó para despedirse, debía regresar enseguida a la casa de Molinar. Caminó por el sendero con la cabeza envuelta en los pensamientos que habían puesto en ella las palabras de Joseph. Reconocía en su hermano mayor a un hombre de ideas libres, inquieto y atormentado por sus muchos empeños y fracasos, pero siempre se las había arreglado para salir adelante sin dar su brazo a torcer. Recordó los tiempos en que su amor por Narcisa le hizo desprenderse de todo, pero no era sólo Narcisa, era él quien tenía sueños que perseguir lejos de Zubiete y del valle. Pensó en los días que vivió en Santurce, y rememoró las caminatas con María de Sollano y su eterna mula. Por lo que sabía de ellas, todavía recorrían los caminos.

La casa de Molinar donde vivía desde la pasada primavera asomó al sendero y Manuela se sintió reconfortada, tenía ganas de llegar. Sabía que Martín de Beraza y su señor aguardaban para hablar con ella sobre el pleito por estupro que había puesto contra Txomin cuatro años atrás, y que a día de hoy continuaba sin resolverse. Desde que posó el primer pie en el portal escuchó sus voces arriba, en el comedor, y decidió darse un tiempo para sí, para llenarse de paciencia una vez más ante las palabras del prior de causas, que a buen seguro volvía con más requerimientos, documentos que no se cerraban, y Dios sabía qué actuaciones por parte de Txomin para demorar cuanto más el final de aquella pesadilla que empezaba a consumirla.

Se sentó en la piedra de la fachada y contempló el monte. Una tímida ráfaga de viento sur le movió la basquiña y sonrió a las nubes que se extendían a lo lejos, en un cielo casi azul. Hacía cuatro meses que habían dejado la casa de Urrutia para instalarse en ésta de Molinar, también propiedad del amo. Era una casa grande, con numerosas habitaciones que calentar en invierno y amplias escaleras. Tenía más claridad que la de arriba, la que habían dejado al otro lado de la iglesia de Isasi. Le empezaba a gustar y mucho, aunque reconocía haberse sentido cómoda desde la

primera noche, cuando guardó sus cosas en el arcón de una habitación que miraba hacia San Juan. La cocina era un lugar práctico, bien repartida en torno a la lumbre, que ocupaba un espacio principal en el suelo, elevada sobre un peldaño, bajo una chimenea sólida. Era una buena cocina, y tenía un rincón que Manuela había hecho propio. Ni Teresa ni el amo se atrevían a ocupar la silla en que se sentaba cada noche a coser, a la luz de las llamas, frente a la ventana.

Finalmente se decidió a entrar. En el comedor, con sendas jarras de vino, Braceras y Beraza comentaban acerca de las obras que se estaban realizando en la casa de Urrutia.

—Están arreglando también el suelo del portal y las cuadras, que buena falta les hacía. Cuando llegue mi hijo no va a reconocerla —comentaba orgulloso Braceras al invitado cuando la descubrió en el quicio de la puerta—.

—Por fin llegas. Te estábamos esperando.

—Buenas tardes —les saludó ella—. Siento haberme retrasado, pero Joseph y…

—No te aflijas, nosotros apenas hace un rato que estamos. Ha sido un matrimonio muy acertado, al menos a los novios se les veía contentos —fueron las primeras palabras de Beraza.

—Sí, yo también lo creo. ¿Qué nuevas hay en el Tribunal?

—No mucho, pero algo hemos avanzado. En breve se tomará declaración a los testigos. Se les citará para que se presenten a dar su testimonio ante el Alcalde Mayor.

—¿También he de declarar yo?

—Salvo que te citen no, tú ya has hecho tu declaración jurada.

—¿Y Txomin?

—Por lo pronto, rehúsa la obligación de prestar testimonio. Todo lo que dice es que mientes, y te acusa de calumnia. Por ahora se ha desestimado su intervención, aunque no se librará, créeme.

—Entonces, tengo que seguir esperando.

—Sí.

Un silencio espeso los distanció por unos instantes. Manuela se sentía cansada y desilusionada por el tiempo que transcurría sin que Txomin fuera declarado culpable y pagara por los daños que le había causado. Por lo que sabía, se había convertido en el brazo derecho de su suegro, y junto a él adquiría una reputación intachable a la vista de todos.

—¿Has pensado, que la toma de declaración de los testigos te expondrá de nuevo al comentario vecinal? —le advirtió Beraza.

—Sí, y no me importa. Todos saben que me prometió matrimonio y no pueden decir lo contrario. Sólo quiero aclarar eso, que nadie pueda poner en duda mi falta de integridad sin conocer al causante de la misma. Una vez que se aclare eso me quedaré tranquila, pero mientras tanto siempre habrá una duda sobre mí, y no estoy dispuesta

a quedarme callada. Txomin tendrá que pagarme por su falta de palabra.

—Sea como dices, entonces. No hay más que hablar. Seguiremos adelante hasta conseguirlo. Sólo una pregunta más, Manuela: ¿continúas pensando en ofrecerte a revisión por matronas?

—Es la única manera que tengo de demostrar de lo que hablo.

Nadie añadió nada. Manuela se levantó de la silla y se dirigió a la cocina mientras los hombres se quedaban solos, envueltos por el humo de sus tabacos. Todavía estaban allí cuando llegaron don Pedro y Francisco de Artecona, que en los últimos tiempos mantenía una estrecha relación con Braceras. Según anunciaron, venían de visita, pero lo que traían era el anuncio de un altercado en Güeñes.

Aquella misma mañana, en la localidad vecina, se había celebrado un Concejo Abierto, al haberse hallado una niña expósita en Sodupe, en el pórtico de la Iglesia. Lo que en un principio se daba por una reunión sencilla, abierta a todos los vecinos, en la que tomar una decisión en beneficio de la criatura, se convirtió en un debate de opiniones encontradas acerca de las entradas de vino foráneo.

Un tal Jartun, casero en propiedad y carpintero, apoyado por otros artesanos, defendía la venta en las tabernas de vino riojano durante el despacho del *txakoli*, aludiendo a la igualdad de todos de poder gastar sus reales en lo que mejor dispusieran. Pero no sólo provenía de ahí el enfrentamiento, sino también de las diferencias de impuestos sobre los que compraban al por mayor y los que consumían al detalle. Frente a éstos, Lejarza y Romarate, principales del pueblo de Güeñes, defendían a ultranza la necesidad de mantener las medidas proteccionistas, que hasta la fecha habían prohibido vender vino foráneo en las tabernas mientras durara el *txakoli* o patrimonial del Concejo. Tal y como se hacía en el resto de los pueblos del entorno.

—¿Y cómo ha terminado todo? —quiso saber Braceras después de que le narraran las circunstancias del enfrentamiento.

—En un cruce de amenazas que ha puesto en vilo la tranquilidad de los principales —le informó Artecona.

—Pero, esos artesanos ¿qué razones traen con ellos?

—Defienden que tanto los ricos como los pobres sean iguales en poder beber vino foráneo durante el despacho de *txakoli*.

—No es mala cosa. Pero no veo cómo ha de hacerse eso posible. Si se permite vender vino en las tabernas todo el año, el *txakoli* se perderá y con él las vides y la economía de muchas casas.

—Eso es lo que aduce Romarate, que en esto pone todo su empeño, en que ha de seguir siendo primero el consumo del patrimonial.

—Sin embargo, algo de razón no les falta, ¿no creen ustedes? —se atrevió a decir el prior de causas, Martín de Beraza.

—Cierto es que si en las casas de los señores podemos beber el caldo riojano todo el año, ¿por qué en las tabernas ha de prohibírsele a los campesinos y artesanos? —añadió el principal de aquella.

—Siempre han sido los Romarate y los otros quienes han llevado la voz y el voto de los Concejos, y siempre lo han hecho velando por el bien común. Vigilemos porque así siga siendo. Es una sinrazón que ahora unos sujetos nada facultados quieran convertirse en dirigentes. ¡No entra en razón de nadie!

Las palabras del cura retumbaron en la estancia. Ninguno de los presentes quiso entrar en polémica con el presbítero, que sabían se agarraba a la ley de la tradición y la costumbre como un naufrago a una tabla. Lo cierto era que en los últimos tiempos llegaban noticias de altercados, exigencias, opiniones contrarias y pensamientos nuevos que se hacían hueco en los Concejos y ayuntamientos de los pueblos vizcaínos.

—En cualquier caso, no es de recibo que hayan de temer por su vida.

—Habrá que ver cómo se enfrenta en el valle este asunto, porque ya se sabe que las protestas de este tipo se extienden como pólvora.

—Tengamos paciencia, las cosas se calmarán —volvió a insistir el señor de la casa ante las palabras de advertencia de Artecona.

Pero no estaban seguros de que así ocurriera. Y si en Gordejuela se alzaban voces a favor del consumo de vino foráneo de forma igualitaria y durante todo el año, muchos caseríos se verían abocados a la ruina. Eran numerosas las fachadas que lucían una rama de laurel en el tiempo del *txakoli* para anunciar que lo ponían a la venta de paseantes y vecinos. Si en las tabernas había clarete riojano, escasa competencia podría hacerle el sabor agrio de las uvas del valle.

Las obras en la casa de Urrutia avanzaban por encima de lo previsto y Braceras comenzó a anunciar la inminente llegada de su hijo para instalarse con su familia y por tiempo indefinido en el hogar de sus antepasados. Aquello que el amo tanto deseaba no tardó en suceder. Vicente se presentó en el valle incluso antes de que su padre lo esperara. Lo hizo un sábado, bien de mañana, y trajo consigo a su mujer y a su hija, acompañadas por una criada y un equipaje que sobrepasaba lo razonable.

Se instalaron todos en Molinar ese mismo día, y Manuela se rindió a una desenfrenada carrera por mantener todo a gusto de los señores hasta que se dispusiera lo necesario en la vieja casa de Urrutia. En cuanto los vio reconoció las piedras de Valladolid en sus gestos, en sus rostros bañados por un frío seco y soleado, y tuvo más de un pensamiento que la llevó de vuelta a aquella posada en la que vivió durante dos largos años. Recordó la risa de la Teófila, sus caldos aguados y sin gracia con los que era capaz de alimentar a un regimiento si se lo pedían.

Nela llegó a socorrerla esa misma tarde. Su tía la miraba y se veía reflejada en

ella, como si fuera su segunda piel. No tenía el color verde de sus ojos ni la buena puntada de su hilo, pero era la viva imagen de ella veinte años atrás. Sabía cómo desenvolverse, y no tardó en hacerse imprescindible en las habitaciones, la cocina, y sobre todo con doña Bernarda.

Pasaron en Molinar por lo menos dos meses, en los que Manuela deseó más de un día y de dos estar sola de nuevo, gobernar su casa como había hecho siempre, sin una señora que quisiera dirigir lo que no conocía, con la autoridad que sólo le daba el nombre de su marido. Bernarda había venido dispuesta a ganarse un puesto en su casa y en el valle. Enseguida hizo amistad con el párroco y con las mujeres de otros principales, y cada día trataba de poner en práctica ideas nuevas que se le ocurrían u oía, como mandarla en busca de telas con que forrar las arcas que había en las alcobas, o que cocinara cangrejos al menos dos veces por semana porque nunca los había probado tan exquisitos.

—¿Es que quiere que se seque el río, señora? —le preguntó irónica ante petición tan desproporcionada.

—¿Y por qué ha de secarse?

—Porque si nos comemos todo lo que tiene dentro, no tendrá razón de existir y se secará —le dijo ocultando la risa que su propia ocurrencia le había provocado.

Desde la puerta, Braceras y Carmencita, la niña, también se reían, pero estos sin recato hasta lograr contagiar a Bernarda, que aunque no entendía muy bien la razón de tanto alboroto se sentía halagada de haber sido ella la causante del mismo.

Poco a poco se iba acercando la fecha del traslado y Manuela se mostraba cada día más nerviosa e impaciente. No sabía qué era lo que le provocaba aquel estado, pero no lograba contener el genio, y se impacientaba por todo. Fue entonces cuando se presentó en la casa su sobrina María Francisca, la hermana pequeña de Nela. Era bien temprano, apenas había amanecido. Oyó llamar a la aldaba desde la cocina y echó a correr escaleras abajo pensando que nada bueno traían los golpes del alba. La muchacha estaba encogida por el frío de la noche, que todavía no se iba, y las lágrimas le caían a borbotones por la cara. En cuanto escuchó el nombre de Joseph en la voz de su tía sólo tuvo que asentir para confirmarle la peor de sus sospechas.

Se cubrió con algo de ropa y dejó encargo a Teresa de despertar a Nela, antes de correr a Zubiete. Para cuando llegó, el cuerpo sin vida de su hermano estaba frío y rígido sobre la cama. A su lado, la luz de varias velas iluminaba el rostro contraído de Narcisa. Manuela se aproximó al muerto y se dispuso a arreglar el cuerpo, no sin antes mandar a buscar al hijo que vivía en el caserío Mendibil y a las tías de Zubiete, y de paso dar aviso al presbítero para que comenzaran a sonar los badajos de Molinar.

Lo lavaron con agua de romero y lo vistieron con las ropas que Narcisa guardaba en un arcón, en aquella misma alcoba, y que Manuela creyó recordar eran las mismas con las que se casó aquel lejano día de su juventud, en la iglesia de Sodupe, a la

espalda de sus padres y su herencia. Cuando terminaron la labor era media mañana y las plañideras comenzaban a asomar sus pañuelos por la alcoba del muerto. El presbítero llegó algo después, con la calma que le proporcionaba saber que Joseph había muerto en la paz del señor, en su cama, mientras dormía junto a su mujer y madre de sus hijos, sin emitir más sonido que el del ahogo y última respiración. Habría cumplido cincuenta y cinco años el próximo mes de junio, y conocido a su primer nieto apenas unos días después.

Don Pedro llegó a Zubiete con un documento sellado bajo el brazo: el testamento firmado ante él por el fallecido apenas dos semanas atrás. En él declaraba ser muy cortos sus bienes y no poder obligar a su mujer e hijos el funeral, aunque sí a darle limosna de hábito, sepultura y entierro decente al uso del país.

Sin embargo, aquello no hizo falta. Antes de que Narcisa pudiera poner objeción alguna, sus cuñadas dispusieron, por unanimidad y sin discusión, un entierro acorde a los ornamentos que siempre habían acompañado a los Allende de Zubiete, por el cual Joseph descansaría eternamente junto a sus progenitores, en la sepultura correspondiente a su casa y nombre, en la tercera fila de San Juan de Molinar. Al acompañamiento de su cuerpo salieron las insignias de la Santa Vera Cruz.

En el resto del documento, apenas un legajo con cuatro anotaciones, declaraba tener por hijos a Manuela, Juan Antonio, Joseph, Domingo y María Francisca.

De estos, Juan Antonio está permanente en el Reino de Indias en compañía de su tío Domingo Narciso, y mi hijo Domingo en el curso del mar. A este último le dejo, para en caso de no seguir la marítima u otro éxito que tuviere por conveniente y volviese al país, le dejo la ropa del adorno de mi cuerpo. Y a Manuela y a Francisca, mis hijas, la mitad de mis bienes para que los distribuyan entre sí por el orden siguiente: las tres partes de cuatro de expresada mitad a Nela, en atención al cariño, amor y asistencia que siempre me ha tenido y tiene, y la otra parte a Francisca. Y que lo mismo se haga con cualesquiera remesa que me sea dirigida por mi hermano Domingo Narciso o mi hijo Juan del Reino de Indias en que se hallan. De la otra mitad y del resto de dichos mis bienes y herencias dejo y nombro por mi única y universal heredera a Narcisa de la Puente, mi mujer.

En el documento, Joseph hacía referencia a las deudas contraídas en el pasado con Bartolomé de Respaldiza por la compra de una mula, y que no había logrado saldar. Así como la cuenta que tenía de años atrás con María Gutiérrez, viuda y vecina del valle.

Los primeros pasos que dio le parecieron cortos y lentos. Reconoció que le costaba alejarse de Zubiete, dejar solas a Narcisa, Nela y María Francisca. En lugar de dirigirse a Molinar eligió el camino de Berdugal con la esperanza de encontrar a

Francis, y escuchar su voz alegre y esperanzada de siempre. Tuvo suerte, parecía que la estuviera esperando. Se unió a su paso y la acompañó hasta Isasi. Hacía semanas que no subía a Urrutia y cuando vio la casa le pareció más bonita, y más grande. Él empujó la puerta y Manuela entró. El silencio le resultó acogedor. No había nadie al interior. Subió deprisa las escaleras, buscando señales que le indicaran que aquel era su hogar. Recorrió una a una las habitaciones y entonces lo entendió, al ver los arcones forrados de telas, baúles que no conocía en los suelos de las alcobas, objetos extraños, que sin duda alguna pertenecían a Bernarda del Collao. Subió al camarote, desde donde se divisaba la casa de los Allende, y desde allí se despidió del hogar en el que había vivido la mayor parte de su vida. Cuando salió a la calle ya tenía una decisión tomada. Miró al hombre que la esperaba sentado en un tronco, calentándose al sol, y recibió su sonrisa como una buena señal. Llevaba años rondándola, buscando una grieta en su coraza para adentrarse, hacerse imprescindible, para que lo valorara como un posible candidato a matrimonio. Pero ella nunca le había prestado demasiada atención en ese sentido, siempre pensó que eran chiquilladas, hasta hoy, que al verlo, había vuelto a sentir aquel pequeño rubor de juventud que don Manuel le sacaba al principio, cada vez que la miraba.

No le dijo nada, sólo le pidió su compañía para ofrecer un rezo a la virgen de Isasi. Cuando ya salían del templo, Rosa entraba.

—Dichosos los ojos, Manuela. En los últimos tiempos no te he visto nada. Siento la pérdida de tu hermano. Dios le acompañe a él y a su familia en estas fechas tan difíciles.

—Gracias Rosa, ¿cómo estás?

—Bien, como siempre. Si no fuera por ese padre que todo me lo echa a perder, estaría mejor, pero hay cosas que no llevan remedio. Y ahora que me acuerdo, yo tenía que hablar contigo. El pasado día me vinieron a buscar a casa para que fuera a dar declaración acerca de tu noviazgo con Txomin. Te juro que no he pasado más nervios en mi vida, Manuela. Aquellos hombres tan serios preguntándome cosas sobre ti y ese… Creo que contesté todo lo que querían saber, y que te dejé en buen lugar. Eso le pido a la virgen cada día, no haber dicho nada que te perjudique.

—Sólo tenías que decir la verdad, nada más.

—Y la verdad dije, que ese sinvergüenza vino aquí de las Indias buscándote y pidiéndote para mujer de él, y que después de convencerte y regalarte buenas cosas se desdijo, dejándote… —de pronto se dio cuenta de la presencia de Francis entre ellas y se calló.

—Bueno, ya me contarás en otra ocasión, pero no te preocupes, me informó mi defensor que habías dicho bien.

—Ay, ojalá tengas razón.

Se despidieron en la puerta. Rosa entró al interior del templo mientras la pareja se

alejaba en dirección a Molinar. Por el camino, Francis quiso saber sobre el proceso contra La Torre pero Manuela rehusó hablar de ello.

—En otra ocasión. Hoy tengo algo más inmediato en la cabeza. Deja que solucione lo que me traigo entre manos y después te cuento lo que quieras saber. Por lo pronto, he de aclarar un asunto que me urge con el amo.

—Entonces no te entretengo. Algo me dice que lo que sea que arregles hoy, mañana ha de llevarnos al altar de San Juan. —Lo dijo de sopetón, sin haberlo pensado, pero con una sonrisa tan grande en la cara que sembró una vez más la duda en ella acerca de la seriedad de la propuesta.

Entró en casa buscando a Braceras, con la urgencia de algo que no puede hacerse esperar. Teresa le anunció que lo encontraría en el camino a la fuente, con Carmencita. Salió a la calle de nuevo y tomó la dirección indicada por la criada. Cuando los encontró, estaban sentados los dos, abuelo y nieta, bajo las ramas de un viejo roble.

—No deberían sentarse ahí, el suelo está muy húmedo —les advirtió anunciándose.

—Manuela, que bien que hayas llegado. ¿Cómo están Nela y su madre?

—Como cabe esperar en estos casos. Le he dicho a Nela que no vuelva en unos días.

—Has hecho bien. Nos arreglaremos. Aunque vamos a necesitar más brazos para el traslado. La casa de Urrutia ya está lista, y mi nuera y mi hijo están deseando instalarse en ella.

—Sí. He venido por allí y la he visto. De eso quería hablarle, del regreso a Urrutia —dijo quedándose un instante callada, como queriendo asegurar sus palabras—. Sé que lo que voy a decir va a sonar extraño pero estoy pensando en quedarme en la casa de Molinar, instalarme aquí indefinidamente.

—¿Qué? —Braceras no le dejó terminar, aquello le sonaba demasiado raro. ¿Cómo es eso, estás pensando en abandonarme? ¿Qué error he cometido para que me dejes ahora, dime? —quiso saber al tiempo que asomaba una profunda tristeza a sus ojos.

—No, no, nada de eso. Yo seguiré gobernando su casa si ese es su gusto, pero viviré en ésta. Teresa sabrá cuidar de las necesidades diarias de su familia, y buscaremos otra criada para que ayude, y yo las dirigiré. Puedo pasarme por Urrutia todos los días, y estar al tanto de todo, pero…

—Creo que ya te entiendo, empieza otro tiempo para ti.

—Algo así.

—¿Y has pensado cómo mantener esta casa?

—Se la arrendaré, y le iré pagando con mi trabajo y con las aparcerías. Pero

además, he hablado con el cura. Empiezan ahora las obras de la sacristía de Molinar, y el maestro necesita un lugar en el que hospedarse. Estoy pensando en acogerle como pupilo.

Manuela se quedó callada, observando la expresión de Braceras, que no dejaba de ser la de un hombre mayor, anciano ya, que recibía una noticia que no sabía bien cómo concebir.

—Mi pequeña Manuela, la vida es lo que nosotros hacemos de ella. Si lo que buscas es mi bendición, sabes que la tienes. Sea como sea, no deseo a nadie más que a ti cerca de mi lecho de muerte, cuando ésta llegue. Prométeme que cuidarás de mí hasta el final.

Una sonrisa de gratitud y cariño se dibujó en el rostro de ella.

—Descuide, nunca le voy a dejar. Aunque viva en Molinar y haya de subir arrastrándome hasta Isasi para velar por su salud, así lo haré, aunque me falten el aire y las fuerzas, me tendrá siempre cerca.

—Con eso me basta. La casa de Molinar queda a tu entera disposición desde este momento —concluyó sin necesidad de otra explicación.

—Avisaré para que preparen el contrato de arrendamiento cuanto antes. Y ahora, volvamos a casa, que a esa niña la ha de andar buscando su madre.

Ortiz de Saracho salió de la estancia dejando tras de sí a los hombres de leyes que acababan de tomarle declaración. En su testimonio dijo que en otro tiempo había corrido la voz de que el acusado, Txomin de la Torre, había solicitado para mujer suya a Manuela de Allende, y que entre ambos hubo mucha amistad y correspondencia, frecuentando sus casas y estando en ocasiones a solas. Añadió que varias veces les vio ir juntos al monte, y más de uno tenía recelos de que anduvieran en tratos ilícitos.

Manuela avivó el fuego, comió algo, y salió hacia Isasi. Braceras había enfermado en los últimos días, y su ama de gobierno acudía cada mañana y cada noche a comprobar su leve mejoría y supervisar el trabajo de las criadas. Aquella casa le traía recuerdos lejanos, recuerdos de un lugar distinto al que parecía ser hoy. Bernarda, la nuera del amo, era una mujer que gustaba de visitas a falta de más hijos que entretuvieran sus días. Mientras Vicente atendía los asuntos de la hacienda familiar y del Señorío, siempre fuera de casa, ella organizaba encuentros con señoras, viajes a Bilbao y un sinfín de entretenimientos que le hicieran la vida más llevadera. A menudo solía decirle a Manuela o a alguna de las criadas con las que se tropezaba por los pasillos: *no sé cómo podéis vivir así, encerradas en estas cuatro paredes, como si no hubiera nada más*. Su queja se quedaba siempre con ella, sin respuesta.

Al cruzar la puerta de la casa se encontró con el cirujano, que acababa de examinar al enfermo. Allí mismo le informó del delicado estado de salud de su señor. Sus pulmones empezaban a obstruirse y eso le producía una fatiga que a menudo se convertía en agotamiento. El invierno había sido húmedo y gris como tantos otros, pero había que poner la esperanza en la primavera, *eso o un viaje a tierra más seca que la de los montes de Gordejuela*, le dijo.

Su hijo Vicente no lo dudó y enseguida propuso la conveniencia de pasar un tiempo en Valladolid. Él aprovecharía para arreglar asuntos pendientes, y doña Bernarda se mostró entusiasmada con la idea de disfrutar de nuevo de amigos y familiares. Eran el propio enfermo y su nieta quienes más reticencias ponían a aquella precipitada idea que finalmente triunfó. La primavera que ellos esperaban no llegaría a Vizcaya hasta casi el principio del verano, así que mientras tanto tomarían el sol castellano.

Esa separación le encogió un poco el espíritu. Eran muchos los que se le habían marchado en los últimos años, y no podía concebir la idea de que la enfermedad de Braceras acabara por vencerlo en aquella ciudad sin estar ella a su lado. Pero a los pocos días de su marcha recibió una carta en la que el señor de Urrutia le encomendaba su casa, sus cuadras y antuzanos, para que todo estuviera como debía a su regreso, que dada su mejorada salud no tardaría en producirse.

Pocos días después de la declaración tomada a Ortiz, le llego el turno a Josefa de Unzaga, quien en otros tiempos fuera criada de Txomin. Tenía sesenta años, y un aprecio especial por Manuela después de que su sobrina, la que vivía en Indias, se casara con el hermano de ésta, con Domingo Narciso.

—Recuerdo cómo una tarde de entonces, en que se quedó por horas escondida en mi cuarto, al entrar gente en la casa, sin preguntarle yo nada, me confesó que después de haberla gozado carnalmente retrocedía de su promesa de matrimonio. Enseguida supe que hablaba del amo.

Uno detrás de otro, todos los solicitados fueron dando su testimonio acerca de la relación que hubo entre ambos en los años siguientes al regreso de éste de la Nueva España. El objetivo era esclarecer si se produjo o no delito de estupro. Cada nueva declaración ponía a Manuela en alerta, más que por lo que se dijera ante los hombres de leyes por lo que luego se hablara en las cocinas y fuentes del valle. Sin embargo, no hubo tanto como esperaba de críticas y socarronerías. El Alcalde y Escribano se encargaron bien de prohibir a los testigos hablar de la denunciante en casa o con los vecinos. Lo que se estaba jugando allí era una cuestión de honor, y nadie debía, pero tampoco podía, echar más leña al fuego sin correr el riesgo de ser multado y, en caso grave, detenido.

Juana Galíndez, que a su vez fue criada de Txomin mientras vivió en Isasi, atestiguó las largas conversaciones que éste y Manuela mantenían en un cuarto de la casa.

—En una ocasión en que ella insistía mucho para que se efectuase el matrimonio proyectado, él se negó a casarse y le ofreció una dote para que entrara de religiosa, y pude escuchar cómo le aseguraba que si tomaba tal estado siempre la mimaría.

Durante aquel año de 1781, fueron varios los que ofrecieron su declaración a favor y también en contra de Manuela. Detrás de sus testigos llegó el turno de los propuestos por Txomin, comentándose en cocinas y tabernas que estos se los había proporcionado el mismo párroco, amigo inseparable y defensor a ultranza de su fundamento y razón.

El prior de causas tocó la aldaba de la casa de Molinar con ligereza, como si en realidad no quisiera que nadie lo oyera. Venía acompañado por el escribano, el síndico del valle y dos mujeres de aspecto lúgubre, viejas y oscuras como las ropas que las cubrían. Manuela no las había visto en su vida, pero enseguida comprendió de lo que se trataba. De hecho, sabía que aquel momento estaba por llegar, aunque evitaba pensar en ello. Las invitó a subir las escaleras y ofreció algo de beber a los hombres, que se quedaron en la cocina mientras ella indicaba a las ancianas el camino a seguir hasta su alcoba.

Una vez en el interior, las dos matronas esperaron en silencio a que se tumbara sobre la cama y se levantara la camisa. La última imagen que vio antes de cerrar los ojos fue el pañuelo, aparentemente blanco, que una de ellas envolvió en torno a los dedos índice y medio de su mano derecha. Después, el dolor de algo que se abría paso en el interior de sus entrañas, un desgarro que la hizo estremecer, y otra mano sobre su vientre, apretándolo hacia dentro. Respiró hondo y se dejó hacer. Cuando terminaron, se bajó las faldas y abrió los ojos, por ese orden. Las dos mujeres miraban con detenimiento el lienzo. Se puso en pie y se dirigió a la puerta, invitando a aquellas intrusas a salir de su alcoba, y si fuera posible de su casa, lo antes posible.

A un paso de entrar en la cocina tomó aire, trató de acomodarse el pañuelo sobre la cabeza y el delantal que cubría la parte delantera de la basquiña. Los hombres aguardaban en silencio. Entonces, la mujer que no la había explorado, la que había venido de acompañante, habló. Tenía una voz ronca, seca, de esas que parece no asomar a menudo al mundo.

—Queda probado que esta mujer no es doncella. Y también que no ha parido hijo alguno.

Los tres hombres que había en la estancia se pusieron de pie de inmediato. Martín de Beraza asentía con la cabeza mostrando su conformidad con lo expuesto y miraba a Manuela con cariño y reconocimiento, como si aquello hablara bien de ella. El escribano pidió la firma de la mujer, que por no saber tan sólo garabateó una cruz sobre el papel, y todos salieron de la casa sin que su anfitriona pudiera pronunciar una palabra más aquella mañana.

Esa misma tarde volvió a sonar la aldaba. Era Juana, a quien Beraza había mandado recado para que pasara a visitar a Manuela. Por alguna razón intuía que la compañía de ésta le vendría bien a su defendida, y acertó, aunque a medias. Juana traía con ella la noticia del nacimiento de un niño, nada menos que el primer hijo de Txomin.

—Eso de que es su primogénito lo dirás tú. A saber lo que ha dejado ese por el mundo. Más de una andará pasando penurias mientras él se engrandece. Pobre *escoba*, ahora ya no la necesita para nada, demasiado pronto le ha dado el vástago que esperaba, el que será su heredero —comentó Manuela sin mucho ánimo.

—*¿Escoba?* —fue la sorpresa de Juana, quien comenzó a reír la ocurrencia del nombre.

—Es lo que me pareció el único día que la vi, una escoba estirada y con poco brío.

—Es una niña, por Dios, Manuela, no la tomes con ella.

—No, de veras que no es con ella —añadió con una leve sonrisa asomando a sus labios.

Hablaron durante mucho tiempo de aquel niño, que por supuesto llevaría el

nombre de su padre, Domingo Eulogio de la Torre, para pasar después a hablar de Txomin y del proceso contra él.

—¿Crees que lo lograrás?

—No descansaré hasta que lo consiga.

—Pero ya no va a ninguna parte —insistió la amiga.

—Sí va, Juana, sí va. Él me deshonró, me indujo a tener tratos ilícitos con él con falsas promesas de matrimonio. ¡Eso en esta tierra se paga!

Y tenía razón. No eran pocas las familias que acudían a los tribunales en busca de la restauración del honor de una hija demasiado confiada. Los accesos carnales no estaban bien vistos, y la sociedad se encargaba de condenarlos con sus propias leyes, pero cuando había dada una palabra de matrimonio, ésta se debía cumplir so pena de multa y cárcel.

Muy al contrario de lo que ella esperaba, la causa se detuvo en esa parte del proceso, tras someterse a la revisión de las matronas. El mismo Alcalde le informó de la necesidad de atender otros litigios urgentes y, por consiguiente, de la demora que se produciría en la causa de estupro que ella tenía interpuesta contra La Torre.

—No van a conseguir que me lleve esto a la tumba. Seguiré intentándolo hasta que me muera.

Manuela no se había creído del todo la excusa que le habían dado. Más bien parecía que no había interés por continuar adelante con el proceso criminal, muy probablemente porque Txomin estaba adquiriendo posición entre los principales de Sopuerta y Avellaneda. Su nombre sonaba con bastante frecuencia junto al de alguaciles, alcaldes y jueces. Quizá por eso no acabó de creerse lo que le decían, aunque las palabras de Martín de Beraza terminaron por convencerla de que lo más aconsejable era dejar pasar un tiempo, dar espacio a otros procesos, antes de regresar en busca de una resolución definitiva.

Fue durante este tiempo de espera cuando Francis le hizo su propuesta. Se presentó una tarde en casa y, sin previo aviso, le extendió un papel vacío que anunciaba el próximo contrato de matrimonio entre don Francisco de Palacio y Amabiscar y Manuela de Allende y Ayerdi. Al principio se quedó muda, impactada por la determinación que demostraba. Quiso preguntarle si lo había pensado bien, qué opinaban sus padres de un contrato con una mujer diez años mayor, y otras muchas dudas que le inundaban la mente. Pero entonces él se aproximó hasta ella, le acarició la cara con ambas manos y se la acercó a sus labios. Manuela reacciono alejándose, tratando de esconder el acaloramiento que había sentido con aquella caricia suave.

Dos días después Francis regresó y ella le contestó que sí, que aceptaba su propuesta. Aquello renovó su entusiasmo. Había sentido tentaciones de fantasear con él desde que éste mostró el mínimo interés por ella, pero su empeño por hacer pagar a

Txomin la falta cometida la había mantenido al margen. De pronto se sintió liberada. Era una mujer libre con un contrato de matrimonio entre las manos.

El noviazgo apenas duró unos meses, que Manuela entretuvo entre muchas puntadas y trabajo de casa. Pero también yendo y viniendo por los senderos más visibles, dando a conocer sus intenciones a un pueblo que, tras los muros de los caseríos, comentaba en voz queda la diferencia de edad que ella le sacaba a él, y la inconveniencia que los padres del novio veían en semejante unión.

—Después de tanto ruido que ha metido, mírala ahora, a sus cincuenta años y con un hombre más joven bebiendo los vientos por ella. No me lo explico, Dios sabe que yo no me lo explico. ¡Qué será que tiene esa mujer bajo la saya!

—Muy poca vergüenza, qué otra cosa ha de tener.

—Envidia es la que nos da a todas nosotras. Ya me gustaría a mí. Pero me he de conformar con ese borrico con el que me casaron. Esa unión está más que bendecida, que bien merecido tiene un hombre que la aprecie y le cumpla, no como el otro.

Los comentarios se sucedieron. No había nadie que no tuviera una opinión al respecto. Sin embargo, cuando la pareja aparecía en público no se atrevían a decir una palabra, ni a mover el gesto. Francisco dejó claro que se iba a casar con ella por puro convencimiento, pese a la mucha edad que los distanciaba y a los bienes que no poseía. Manuela, por su parte, se dejaba querer.

Entonces sucedió algo inesperado que acaparó la atención del vecindario, dejando a un lado el comentario sobre el enlace. Desde el púlpito, don Pedro anunció la inminente llegada de un retablo procedente de la ciudad de México y que un hijo de este valle, don Juan de Castañiza, había regalado a su iglesia principal años atrás, cuando se leyó su testamento. Este Castañiza, que recibió todos los honores en el valle por su fallecimiento, siempre profesó amor a su patria, dejándola beneficiada de la fortuna que en vida llegó a poseer. El retablo, que había demorado años en llegar a Gordejuela, se colocó definitivamente en el altar de San Juan de Molinar. Se trataba de la Virgen de Loreto, tan venerada en la tierra de Indias.

Frente a ella fue que Manuela se casó con Francis el dos de marzo de 1783. El veintidós de febrero de ese mismo año los contrayentes habían firmado su contrato matrimonial en la casa de Urrutia de Gordejuela, ante don Manuel y el nuevo escribano del valle, don Ignacio de Palacio.

En el documento Francis se comprometía al matrimonio con quinientos ducados que le correspondían por su legítima materna y paterna, y también de las posibles remesas de dinero que desde Buenos Aires pudieran mandar sus hermanos a su nombre. Por su parte, Manuela aportaba al matrimonio trescientos ducados que le correspondían por sus legítimas y que le debía entregar su hermana Josefa como heredera usufructuaria. Además de los once mil reales y dos maravedíes de vellón por bienes muebles de ropa de seda, lino y lana, adquiridos y conquistados por ella

misma. Sumó las partidas enviadas por Domingo Narciso y una última condición: *si el matrimonio se disolviese o no hubiera sucesión, vuelva para sí y su tronco y línea lo que así corresponda a la legítima de cada uno.*

Comenzó un tiempo bueno. Vivían en Molinar, desde donde Manuela seguía atendiendo las necesidades de Braceras, como había hecho siempre. Cada día subía a la casa de Urrutia y gobernaba a las criadas, visitaba a la virgen de Isasi y paseaba hasta Zubiete. Se sentía ociosa, con tiempo para la charla. Francis se ocupaba de la leña, los frutales de Braceras, y de ser su marido. Era generoso, más de lo que hubiera imaginado se podía ser en la intimidad de un cuarto cerrado, y la hacía reír, y a veces enfadar, cuando lo encontraba sin hacer nada, tirado bajo un árbol. Esa inactividad la exasperaba, pero sólo hasta que él corría tras ella y la llevaba de la mano a la alcoba, a cualquier hora, como un chiquillo que acaba de descubrir lo que hay bajo la ropa.

Al final del verano siguiente terminó la luna de miel. Fue después del matrimonio de Nela. Narcisa había logrado un contrato bastante arreglado para la mayor de sus hijas y se sentía feliz por ello, aunque la alejaría del valle. El nuevo matrimonio se instalaría en Galdames. Manuela la observó frente al altar, estaba resplandeciente con aquel traje nuevo que puntada tras puntada habían cosido las dos, en los muchos ratos que pasaron juntas en los últimos meses. El hombre que había a su lado era un auténtico desconocido, y aunque Nela ya no era una jovencita, él resultaba de un aspecto ajado, viejo quizá, sin vida. Se marcharon esa misma tarde de su matrimonio. Cuando Manuela llegó a casa, Francis estaba en la cama, su boca y sus ropas olían por primera vez a vino.

No bebía a diario, pero cuando lo hacía ella prefería no verlo, no sentirlo, no olerlo. Le asqueaba la actitud de las gentes embriagadas, su desaliño y el desagradable tono de sus voces entrecortadas. La primera noche que le prohibió dormir en su cama hasta ella misma se sorprendió, pero cuando a la mañana siguiente lo encontró limpio y aseado, fresco y dispuesto a cualquier cosa por su perdón, se alegró de haberlo despachado. Sin embargo, aquella no sería la última vez.

Francisca de Allende y Mendibil nació el primer día del último mes. Era una niña hermosa y muy despierta. Sus padres, José Antonio y Micaela, la bautizaron en Molinar ante los ojos de todo el pueblo. Era la segunda hija del matrimonio, y su abuela, Narcisa, se volcó en ella.

Teniéndola en brazos, contemplando aquella carita de placidez y confianza, Manuela sintió el aguijón de la maternidad perdida, la ausencia de hijos propios, el vacío que había dejado ya su sangrado mensual. La miró con dedicación, con anhelo oculto, y desde la silla en la que estaba sentada, en la cocina de los Mendibil, junto a su cuñada Narcisa, recordó el pleito criminal que tenía puesto a Txomin, y decidió que ya era tiempo de que se castigara al que la estupró. Habían pasado dos años desde

que las matronas la revisaron.

Sólo lo supo Braceras. Cuando se subió al carro que la llevaba a la villa de Bilbao, volvió a asegurarse de tener con ella el documento que el amo le había dado para que sirviera de vínculo con el escribano Elorrieta. Lo encontró en la dirección indicada, y hablaron largo rato sobre la relación que había mantenido con La Torre. También le preguntó por su estado actual y ella aseguró encontrarse casada, y mintió cuando dijo que su marido no le había acompañado por hallarse enfermo en cama.

Pocos días después, el escribano, en nombre de doña Manuela de Allende, recurrió ante el Corregidor del Señorío de Vizcaya, apelando ante el Juez Mayor, para que fuera llamado a declarar don Domingo de la Torre, residente en San Miguel de Basauri, por los daños de estupro sufridos en doña Manuela, pidiendo se le castigara con una multa de cuatro mil ducados.

La declaración tuvo lugar ante el Alcalde Mayor de Gordejuela, y en ella Txomin trató de limpiar su imagen a la vez que manchar la de Manuela: *desde mi regreso de Indias me he mantenido en estado de celibato hasta mi matrimonio, con doña Teresa de las Casas Escobal, sin recaer nunca en mala nota ni trato ilícito con doña Manuela, siempre ejercitándome en actos de virtud y honor*.

Mi relación con ella se debió, por una parte, al vinculo de sangre que tengo con su familia y, por otra, a la amistad e igual correspondencia con su hermano el de Indias. Además de la próxima vecindad y amistad con su amo, así como a un trato frecuente y de armonía con ella, que me llevó a darle algún regalito.

Declaró que había sido la misma Manuela la que había inventado esta historia hasta presuponerle de falsos esponsales, y que su padre le diera su casa y hacienda en contrato matrimonial, haciendo así creer a los demás que él estaba dispuesto a casarse con ella.

Y añadió que *Manuela, a pesar de ser ama de llaves y tener un salario de criada de servicio que no alcanza más que para vestirse humildemente y como el resto, al uso del país, se ha portado y ostenta tan distinguida como alguna de las más principales, y socorrida con facultades para gastar en pleitos. Hasta poner por su cuenta aparcería de ganados y otras negociaciones que inducen a pensar en que no ha sido adquirido por lícito arbitrio, sino, según voz y sospecha, de sus reprobados tratos con terceros*. Y como muestra, dijo ser notoriamente sabido que, antes y después del tiempo que le atribuye, Manuela había vivido con otros solteros y no solteros, teniendo tratos ilícitos con ellos.

Finalmente, concluyó su testimonio pidiendo, *para dejar saldado el pleito, que se sirva vuestra señoría absolverme enteramente, imponiendo a la susodicha perpetuo silencio y plena condenación de costas*.

La causa criminal quedó pendiente del auto final, que dos meses más tarde daba

la razón a doña Manuela, a quien don Domingo debió pagar por los daños de estupro causados la cantidad de tres mil ducados.

La noticia la recibía al poco de dar sepultura, en la tercera fila de San Juan de Molinar, a su hermana Francisca, y al escucharla en la voz de Martín de Beraza un leve escalofrío le recorrió el cuerpo, como si se hubiera sacudido algo que le venía estorbando desde hacía tiempo. Aquella noche se dispuso a contestar la última carta que había recibido desde aquel lejano lugar, aquel San Miguel el Grande, donde su hermano seguía lamentando la muerte de Joseph. Sintió que había demasiada distancia ya entre ellos. No daba tiempo a contar tantas pérdidas en las misivas que se enviaban. Ahora debía hablarle de otro fallecimiento, el de Francisca; ya sólo quedaban Josefa y ella para mantener en pie aquella casa que inevitablemente se vaciaba. Había ganado a Txomin, había demostrado a todos que ella tenía razón, que era una mujer honrada y de ley, y que él la engañó. Sin embargo, no sentía ganas de celebrar nada, no se alegraba, no le salía la risa que esperaba explotara en ella al conocer el auto. No mientras viera a Josefa subir las escaleras de Zubiete con la parsimonia de una anciana que ya no quiere quedarse más tiempo entre los vivos, que ya no quiere estar.

Francis la observó un instante, con la pluma entre los dedos, y se acercó a abrazarla. Tampoco encontró consuelo en él, en sus brazos fuertes y aún jóvenes. A media noche, a la luz de un candil oscilante, releía fragmentos de la última carta de su hermano más querido.

Son tiempos duros en estas tierras, donde el hambre acecha como nunca antes lo había visto. Los precios del cereal se han duplicado, las malas cosechas se suceden una tras otra y no hay pastos para el ganado. Somos caldo de cultivo de enfermedades y epidemias, como la peste o la viruela, que diezman las poblaciones de indios y nuestras haciendas. Y mientras tanto, el gobierno se fortalece y enriquece devastando una tierra que ya no aguanta más. En esta vorágine de hambre y enfermedad he perdido a muchos amigos y compañeros de patria, el último Domingo de Aldama, que en paz descanse.

Aquellas palabras le hicieron llorar. Recordó los tiempos en que también en el valle se pasaba hambre, a los pobres pidiendo en los pórticos y las plazas, la mano dura de la iglesia y muchos principales. Y entonces un pensamiento se cruzó en su cabeza, Txomin tendría que pagarle una cantidad importante de reales, y por primera vez se rió para sus adentros disfrutando del triunfo.

Y mientras el hambre se apodera de todos y de todo, José de Gálvez, el ministro de Indias, dividirá la Nueva España en Intendencias, donde gobernarán españoles cargados de codicia y falta de humanidad. Saqueadores que manda el rey para llenar las arcas de Castilla mientras vacía de riqueza esta América.

Manuela pensó que debía leer esa parte de la carta a Braceras. Él sabría qué querían decir aquellas letras desilusionadas que escribía su hermano.

Mi querida Manuela, no quiero entristecer tu espíritu con mis rencores. Aunque mis riquezas materiales disminuyen día a día y no hay mucho que se pueda hacer por mantenerlas en pie, cuento con otras, las de mi sangre, que son inabarcables y crecen en la misma medida en que empequeñecen aquellas. Te hablo de tus sobrinos, mis hijos, la joya de mi casa y de mi vida. En ellos pongo la esperanza de un tiempo mejor para esta hacienda y esta villa.

Manuela observó la letra oscilante, alargada en exceso, inclinada hasta casi tumbarse, desordenada como nunca lo había estado. La comparó con algunas cartas anteriores, donde se apreciaba cada línea como una recta inquebrantable, ordenada, elegante, con la curvatura precisa, y sintió que la aflicción de Domingo Narciso debía ser más grande de lo que confesaba. Aún así, acompañaban a aquellas palabras los pesos fuertes que siempre enviaba.

Serían los últimos, al igual que lo fueron éstas sus últimas letras para su amada hermana Manuela. Falleció el día veinticuatro de febrero de 1787, en su casa de San Miguel el Grande, tierra de la Nueva España. Su cuerpo tomó sepultura en el primer tramo de la parroquia de San Francisco, de la que siempre fue devoto. Viudo como era de Anna de Unzaga, dejó como albacea de su casa y hacienda, así como al cuidado y protección de sus hijos, a su fiel amigo don Andrés de Berrio.

Manuela cruzó la puerta de San Juan con la cabeza cubierta. Ella era la encargada de llevar las ceras a su sepultura, así como el pan y las misas que habían de ofrecerse por el alma de don Manuel de Braceras, su amo y señor. Había pasado sentada a los pies de su cama el último mes que estuvo con vida. En ese tiempo él discurrió y mandó escribir sus últimas voluntades, y la benefició hasta donde pudo para que su existencia no quedara sujeta a los criterios de otro. La había amado por encima de sus leyes y sus normas, por encima de sus instintos, pero no se lo dijo. Ni en el lecho de muerte pudo dejar de ser un noble señor de Vizcaya, el mismo que la necesitaba a su lado para poder ir en paz con Dios y con el mundo.

Manuela posó la cera sobre la piedra y se arrodilló frente al altar. Allí estaba aquella virgen de Loreto, la que les había regalado el difunto Castañiza, observándola, acompañándola en su pérdida. Pensó en Domingo Narciso, en lo que sería de él a aquellas horas del día, sin saber que había muerto semanas atrás. Le recordó de niño, se recordó a sí misma dibujando letras con un palo en la tierra de la casa de Zubiete.

No le oyó acercarse, ni mover su sotana al lado de ella, no lo sintió hasta que le tocó el hombro con su mano.

—Hija, no estés tanto tiempo de rodillas, hay mucha humedad y los huesos se resienten con facilidad.

Era el párroco, tan anciano que la sotana se alargaba por el suelo, arrastrando con ella la tierra y el barro de años de muertos. Se incorporó agradeciendo la mano que don Pedro le tendía, una mano arrugada y llena de manchas que asomaba bajo las anchas ropas que la guardaban.

—Gracias, padre —le dijo.

—Se te ve afligida, hija. No debes estarlo, la muerte forma parte de la vida. Dios nos la da y Dios nos la quita.

No le contestó, sólo le miró desde la profundidad de sus ojos verdes y se sonrió. Si Dios era justo y te quitaba lo que te había dado, porque no les quitaba ya la visión de aquel viejo párroco. Se avergonzó a medias de ese pensamiento, no podía olvidar que don Pedro había sido el mejor aliado que siempre tuvo Txomin en el pueblo.

—No es nada, no hay que preocuparse.

—Quizá sí haya que preocuparse, hija —soltó de pronto el cura con un tono de voz algo más elevado.

Manuela lo miró atónita, esperando que continuara aquello que había empezado. Entonces escucharon ruido, la puerta comenzó a abrirse y numerosas personas entraron al interior del templo. Le increpó con los ojos, tratando de que le aclarara aquellas últimas palabras.

—Tras la eucaristía os informo a todos, ahora he de ir a prepararme para el oficio

—y se dirigió a la sacristía con paso corto. *Como si no quisiera llegar nunca*, pensó para sí Manuela.

Después del rezo les leyó una Cédula Real por la cual el mismísimo rey Carlos III prohibía, a partir de ese momento, dar sepultura a los cadáveres al interior de los templos. Entre las razones que aducía destacaba la de higiene y salubridad de la población.

—¡Eso son ideas francesas!

El grito llegó de un grupo de hombres que se arremolinaban en torno al árbol de Molinar. Estaban todos frente al pórtico, desde donde don Pedro trataba de hacerse oír.

—Francesas o no, son las leyes. Pero si vosotros no las queréis cumplir menos he de querer hacerlo yo —gritó tranquilizando a los parroquianos, que no esperaban menos del viejo cura.

—¡Entonces nuestros finados descansarán en recinto sagrado, como se ha hecho siempre!

El descontento general se hizo manifiesto en todos los pueblos y valles. Nadie estaba dispuesto a enterrar a sus muertos fuera del abrigo de Dios.

—¡La casa de Dios es la nuestra y a ella iremos a descansar cuando él lo dicte!

—Aseguran que es causa de enfermedad y contagios el tener a los muertos bajo los pies en el templo, y que llevándolos al exterior quedará libre la iglesia de hedores y pestes —sonaba de vez en cuando la voz de los cirujanos más avanzados.

—¡El primero el rey, que le entierren a él a las puertas del reino, y después ya veremos!

—¡El rey es un ateo!

—¡Igual que los franceses!

—No blasfeméis, por favor, que la guardia anda lista para arrestar a cualquiera —susurró Juana a su marido, que había sido el último en alzar la voz.

Aquella circunstancia enturbió los últimos años de vida de Josefa, quien no veía posible la sepultura de su cuerpo fuera del recinto de la iglesia, donde descansaban los restos de todos sus antepasados. En 1790, cuando llegó al final de su existencia, se seguía enterrando a los difuntos según era costumbre de la tierra. El rey y su ley tuvieron que esperar a que terminara el siglo para convencer a un pueblo que vivía en comunión con el mundo de los muertos.

Aquella misma noche, cuando las campanas de Molinar tocaron la última Avemaría para despedirla, Manuela se convirtió en la única y legítima propietaria de la casa de los Allende de Zubiete. Heredera universal de la diezmada hacienda de su familia, se enfrentó entonces a la ardua tarea de levantar, uno a uno, los censos e hipotecas que caían sobre ella.

Cruzó la puerta de entrada y se quitó el pañuelo con el que se cubría mientras el perro salía a su encuentro. Lo acarició con desgana. A un lado de aquella puerta de entrada había una habitación pequeña, oscura y fría, de cuyas paredes colgaban sierras, guadañas, y cestos viejos. Recordó a su padre ablandando las varas de castaño, afilando la hoz, serrando o simplemente fumando su tabaco allí dentro.

Se sacudió los fantasmas del pasado soltándose el pelo que llevaba anudado a la nuca en un moño más gris que negro. Nela la encontró mucho rato después, sentada en la vieja silla de la cocina, mirando la lumbre extinguirse; apenas quedaban cenizas en el hogar.

—¿Qué piensa, tía?

—Que a veces las cosas llegan demasiado tarde —le contestó con tristeza. Después se levantó y se acercó al arcón—. Mira, Nela, aquí están los cubiertos de plata que te dije. Mi madre, tu abuela, los trajo de Arracico, formaban parte de su dote, que no fue pequeña. Y aquí están sus platos, recuerdo que sólo los sacaba en días de celebración. Ella siempre usaba éste, el que luce más oscuro, el mismo que utilizó Domingo Narciso la última noche que cenó en casa, con todos alrededor de esta mesa. A veces contemplaba ese plato como si pudiera ver a su hijo a través de él.

Se hizo acompañar por su sobrina en la revisión que realizó de cada habitación y cada mueble. Todo seguía ocupando el mismo espacio, nada había cambiado. Antes de salir a la calle se ató el pelo y cubrió la cabeza.

En Oquendo, la nueva iglesia de Santa María tomaba el nombre del lugar que un día ocupó su predecesora y comenzó a llamarse Santa María de Unza. A sus puertas llegó un hombre a caballo preguntando por el lugar de Olaola y la casa de los Abasolo. Traía con él una misiva que uno de sus hijos, afincado en la tierra de Indias, quería hacer llegar a su padre. En ella se leía lo siguiente:

Amado padre y Señor mío. Ha querido Dios que mi hermano Antonio me haya dirigido una carta desde Madrid comunicándome la deseada noticia de la salud de vuestra merced y estado de mis hermanos y hermanas, la que al paso de haberme servido de bastante complacencia, me ha enternecido porque me ha referenciado las memorias de mi amada madre, que de Dios goce, y que no merecí usted me diese la noticia de su muerte.

Un tiempo atrás le escribí a dicha mi Señora madre por mano de don Juan Nicolás de Acha, de Cádiz, una carta bien prolija en la que le comunicaba mi estado tranquilo y aumento de bienes de fortuna. Pero tampoco recibí respuesta de ésta, lo que me ha tenido contrariado. Sé que ningún alivio le he dado a vuestra merced hasta el presente, y para empezar a sufragar este descuido el próximo enero le

remitiré, por la conducta más segura, cuatrocientos pesos fuertes. Cien de ellos para que ministre a Antonio, mi hermano, en caso de que sea hombre de bien y que lo dedique a examinarse de cirujano como me asegura es su deseo. Que con otros cien pueda habilitar a Roque y despachármelo a ésta su casa con la mayor brevedad posible, pues si fuese hombre de bien yo lo haré gente. Y lo restante lo reserve usted para sus menesteres, sabiendo que no me olvidaré anualmente en socorrerlo para que disfrute de algún descanso en su vejez.

Sírvase vuestra merced de comunicarme las novedades de esa mi amada patria. María Micaela, mi esposa, se encomienda a usted y a todos mis hermanos y hermanas con el mayor afecto, en compañía de dos niñitos que tengo y que desean la venida de Roque con ansia.

Su amartelado hijo, Bernardo de Abasolo y Arechavala.

En Dolores. Septiembre 19 de 1789.

Manuela entró en la casa del nuevo escribano del valle, el mismo que en otro tiempo fue prior de causas, Martín de Beraza. Éste la esperaba en compañía de don Lope de la Puente. Los dos hombres la observaron con detenimiento, después de los años seguía siendo una mujer vistosa, de porte altivo y traje destacado. Se sentó junto a ellos y escuchó callada la lectura de la carta de pago por la cual ella, doña Manuela de Allende, liquidaba las deudas que dejó su hermana Josefa a don Antonio de La Puente, con quien mantuvo negocios de viñas y *txakoli*. En total, la suma ascendía a seis mil ochocientos cinco reales y veintiún maravedíes de vellón. Una a una depositó sobre la mesa las monedas de cuño nuevo por las que recibió la carta de pago y finiquito que cancelaba la escritura de obligación heredada de su hermana.

Había terminado. Aquella era la última deuda que le llegaba de manos ajenas. Recorrió el corto tramo que la separaba de su casa de Molinar pensando en lo que vendría a partir de ahora. Ya había apalabrado Sebastián de Villanueva una nueva hipoteca por su casa de Zubiete, una heredad y la viña. Aquella sería su deuda, la que iba a contraer y pagar ella. En octubre firmaron el documento que la obligaría a sufragar anualmente la deuda hasta que el censo quedara redimido y quitado. Para poder hacerlo todavía tenía que conseguir algo más: arrendar la casa. Fue en 1792, cinco días después de cumplir cincuenta y nueve años, cuando Manuela abrió las puertas de su hogar de Zubiete a los Urbieta y Salazar, que vivieron en ella durante cuatro largos años. Era la única forma que tenía de saldar la deuda contraída y salvar definitivamente de hipotecas y censos la heredad de los Allende.

Subió por el camino de Berdugal hasta Isasi. Antes de entrar a rezarle una oración a la virgen quiso acercarse a la casa de Urrutia. Encontró a Teresa empequeñecida, vieja tras la puerta que abría con lentitud. Vivía sola guardando una casa que sus dueños ocupaban únicamente los meses más cálidos. Don Vicente y su mujer habían regresado a la ciudad de Valladolid, donde pasaban la mayor parte del año desde que Carmencita se casó. El matrimonio se celebró por todo lo alto en Molinar, y en él la nieta de don Manuel, y su heredera universal, se unió al mayorazgo de los Villodas, del lugar de Respaldiza, en la tierra de Ayala. Después desplazaron su residencia a la ciudad castellana, y don Vicente y doña Bernarda no tardaron en tomar el mismo camino. Las dos mujeres se presentaron frente a la virgen de Isasi y comenzaron un largo rezo, tras el cual se despidieron y cada una tomó la dirección que le llevaba de vuelta a casa. La noche acechaba y traía con ella signos claros de una buena helada.

Un día de agosto, tras la firma de la paz de Basilea por el General Godoy, Nela llegó a la casa de Molinar. Después de diez años de un matrimonio sin sobresaltos, se había quedado viuda y sola en un caserío que no le pertenecía. Antes de iniciar el

camino de regreso, zanjó una a una las deudas que su marido le había transmitido con el resto de la herencia. Limpia de pasado y sin hijos que le detuvieran el andar, dejó Galdames más feliz de lo que nunca hubiera imaginado. El verde valle y su tía Manuela la estaban esperando.

La encontró enfrascada en una conversación animada con el escribano y su marido. Los franceses empezaban a marcharse. Durante meses habían ocupado las habitaciones de la casa de Manuela y comido en su mesa, pero en cuanto tuvieron oportunidad se fueron y apenas quedaban algunos pares desperdigados por el valle.

—A Dios gracias que ya no están entre nosotros. No aguantaba más esa forma de hablar tan pegajosa que tienen —se burlaba Francis.

—No podemos quejarnos, al menos nuestros huéspedes han sido hombres de mando, oficiales bien instruidos que algo han pagado, aunque sea poco —quiso añadir ella—. Por lo que he sabido, en la hospedería de los Arechavala han acabado con todo.

—Razón tienes. Parece que un batallón completo hubiera pasado por aquella casa. No les han dejado ni las migas del pan viejo, y por lo que me contaron, no han visto un real en todo el tiempo que han tenido allí al ejército —comentó Beraza.

—¡Malditos franceses! —volvió a quejarse Francis.

—Hay muchos de los nuestros que apoyan sus teorías revolucionarias, así que cuida tu lengua, mejor no digas eso en la taberna —le advirtió su mujer.

—Dicen que no tardarán en volver, y que entonces no les va a temblar la mano.

El discurso del escribano quedó interrumpido cuando Nela entró en la cocina y Manuela hizo ademán de incorporarse, sin conseguirlo del todo hasta que Francis le ofreció su mano y con fuerza empujó de ella hacia arriba. Observó a la recién llegada detenidamente, y la encontró más delgada y más pálida de lo que nunca la había visto. Hizo que se acercara, quiso contemplarla a poca distancia para reconocerla mejor. En los últimos meses la vista se le emborronaba, le resultaba difícil distinguir las facciones de nadie a más de dos metros de distancia.

—Ahí la tienen, señores, no me digan que no es mi vivo retrato —dijo al fin orgullosa de la mujer que la miraba sin descanso—. Mañana vamos tu y yo a Zubiete, a avisar a ese Urbieta de que ya es tiempo de dejar libre la casa de los Allende.

—¿Y se va a trasladar allí, tía?

—No hija, que cosas se te ocurren, yo ya no me muevo de aquí. Pero los pocos años de vida que me queden voy a disfrutar de ella como lo que es, la casa de Manuela de Allende y Ayerdi.

Esa última frase la dijo con tanto orgullo y solemnidad que todos guardaron silencio. Si vaciaba de inquilinos el hogar de su infancia era porque había logrado acabar con los censos e hipotecas que siempre ahogaron su economía.

Y mientras las aguas del Ibalzibar se agitaban despidiéndose del verde valle en su búsqueda incansable del océano, en la otra orilla, en la que llamaban la Nueva España, los hijos de Domingo Narciso se reunían en la sala de asistencia de la casa paterna. Ignacio se asomó al mirador, desde donde lo vio aparecer a lo lejos. Berrio entraba a caballo por San Francisco. Se apeó a la puerta y subió presto las escaleras para encontrarse con ellos.

—Está confirmado, ahora sí se va a crear un auténtico Regimiento aquí en San Miguel. El Alguacil Mayor está más que empeñado y ha organizado todo lo necesario para ponerlo en marcha. Narciso de la Canal y el Conde de Casa Loja están de acuerdo, y andan buscando más apoyos —les dijo a toda prisa nada más entrar.

—Así que es cierto, ya están en ello. ¿Y qué dice la Corona? —quiso saber Domingo José.

—Al parecer al rey ya no le queda más paciencia, o puede que se sienta más amenazado que nunca ahora que ha entrado en guerra con Francia. Sus enviados son incapaces de formar una milicia que defienda el virreinato, así que ha decidido conceder el poder político a quienes lo logren —añadió Berrio.

—¿Eso qué significa?

—Adiós a los ayuntamientos; bienvenido el ejército —sentenció Ignacio con una sonrisa cargada de intención—. Si el Regimiento nace del mismo Cabildo, si lo crean los mismos que dirigen el ayuntamiento, qué necesidad puede haber ya de éste. Es la mejor forma de poseer el poder político, social y económico de esta tierra, y no dejarlo en manos de españoles que no la entienden, la conocen ni la han de defender.

—Ni yo mismo lo hubiera dicho mejor —añadió Berrio—. La Corona no tiene hombres, pero tampoco tiene con qué financiar el ejército que necesita. Lo que se propone es enviar cuanto antes al virrey una comunicación con el ofrecimiento de equipar y formar un Regimiento aquí, en San Miguel. Narciso de la Canal ha donado ya veinticuatro mil pesos para el vestuario, armamentos y montura de trescientos hombres, y según tengo entendido Lanzagorta para vestir y armar a ciento cincuenta. A partir de ahí, cada uno hemos de añadir nuestra cantidad, vosotros también muchachos, en nombre de vuestro padre. Domingo Narciso de Allende hubiera querido formar parte de ese Regimiento, de eso no tengáis duda, y en su nombre vosotros debéis hacer lo propio.

—Y lo haremos. Calculo que podremos aportar hasta doscientos cincuenta pesos por la casa mortuoria de nuestro padre —dijo José María.

No sólo eso. Sus hijos se sumaron a las filas de oficiales que habrían de tomar el mando. El 9 de octubre de 1795, se fundó el Regimiento de Dragones de la Reina. El mando se le dio a don Narciso de la Canal como su coronel, y a don Juan María de Landeta como su teniente coronel. Domingo y José María de Allende se convirtieron

en Teniente de la primera Compañía y Capitán de la séptima respectivamente. La recomendación que extendió el Ayuntamiento de la villa para la admisión de Ignacio, inclinado desde muy joven a la carrera de armas, como Teniente de la Tercera Compañía del Regimiento, decía así: *Ignacio de Allende, como de veintisiete años de edad, soltero, robusto y apto para la carrera militar*.

Las aguas se detuvieron un instante. La noche iniciaba su ronda cuando los badajos abrieron el compás de su baile más fúnebre, aquel veintidós de mayo de 1803 en que Manuela cerró sus ojos verdes como el valle para siempre.

Yo, Manuela de Allende y Ayerdi, encomiendo mi alma a Dios y pido se me entierre en la sepultura en que lo están mis padres y es la que ofrenda mi casa de Zubiete. Y se lleve de oblada tres celemines de pan, según y cómo se ha usado con los antepasados de mi casa, y con dos velas de a libra sobre mi sepultura, pagándose todo de mis bienes, y el que a mi entierro se lleven las insignias de la Santa Vera Cruz.

Al sonido de las campanas de Molinar se sumó el de las de Isasi, Irazagorria, Berbiquez. No hubo templo a lo largo y ancho de estas montañas que no se entregara al cántico de la despedida.

Yo, Manuela de Allende y Ayerdi, declaro haber heredado de don Manuel de Braceras, mi amo y señor, varios efectos, y también de mi hermana doña Josefa de Allende, la casa y casería que en el barrio de Zubiete poseía, con su accesoria, tierras, viñas y montes que la pertenecen y que fueron de mis padres.

Nela avivó el fuego del hogar de sus antepasados. Desde la ranura que se abría en la pared de la cocina miró al monte. Un silencio helador inundaba la casa de Zubiete. Había vivido en ella a su regreso de Galdames, hasta que su tía enfermó y entonces se trasladó a Molinar, a cuidar de ella y de los huéspedes que se alojaban en aquella casa. Sopló un poco más y las llamas comenzaron a bailar.

Mando a Francisca de Allende, mi sobrina, mujer legítima de Antonio de Ugarte, un arca de las que están hechas en Oquendo, con dos sábanas usadas, ni las más nuevas ni viejas, tres colchones y un cabezal de los blancos que heredé de mi hermana. Lo mismo a mi sobrino Joseph Antonio de Allende. Y a Manuela de Allende, que se encuentra conmigo, mando se le den mis hebillas de plata y zapatos de pana, y a María de Larrazabal, mujer de Juan de Iñarritu, la chambra verde de paño y los zapatos nuevos en agradecimiento por lo que me ha servido.

Recorrió una a una las estancias de aquella casa que en parte se le mostraba extraña. Creyó escuchar un rumor en las escaleras y se asomó a preguntar quién era. Nadie contestó. Retrocedió temerosa un instante, hasta que reconoció el sonido del perro aullando en la cuadra. Bajó, lo acarició, y juntos apaciguaron la zozobra que les inundaba el corazón.

Declaro que tengo mis propias cuatro vacas, tres de ellas en aparcería, en poder de Juan Ignacio de Miranda, morador de Zabalburu, y tengo entregados a dicho

Miranda cien reales en dinero y nueve azumbres de vino. Y en el lugar de Menagaray, tierra de Ayala, en poder de Domingo de Arrazuria, una vaca cuya calda no está ajustada, pero valdrá como dieciséis ducados. Declaro que en esta casa en que vivimos existe una pareja de bueyes de trabajo y valor de veinte doblones, cinco caballos, más varios rebaños y otro ganado que posee mi marido.

Nela salió a la calle a sentarse en la piedra de la fachada, bajo el emparrado. Ya era noche cerrada. Un rocío suave caía sobre la tierra de Vizcaya humedeciéndola hasta la última entraña. Trató de abrigarse sujetando con fuerza la manta que la envolvía. El perro la miraba suplicante, esperando el momento de volver a entrar en la cuadra.

Instituyo, dejo y nombro por mi único y universal heredero de mi casa y hacienda de Zubiete, a José María de Allende y Unzaga, mi sobrino, hijo legítimo de don Domingo Narciso de Allende, mi hermano difunto, vecino que es de la villa de San Miguel el Grande en la Nueva España, verificándose venir a vivir el susodicho a este valle, y no en otra forma, en el término de seis años. Y no llegando este caso, sustituyo, elijo y nombro por tal heredero de todos los dichos mis bienes raíces a mi sobrina, doña Manuela de Allende y La Puente, que se halla en mi compañía.

Las llamas del hogar comenzaron a danzar de nuevo. Una brisa fría se filtró por las rendijas de la vieja casa, aireando sus rincones, ventilando sus recuerdos. Manuela había establecido las últimas condiciones con que salvaguardar el futuro de su nombre y casa.

Que la citada, mi sobrina Nela, no sea más que mera usufructuaria de dichos bienes, sin que los pueda vender, empeñar ni acensuar, a no ser para un caso fortuito de fuego o agua que necesitase de reparo para la conservación. Y fallecida la susodicha, dichos bienes pasen a Francisca de Allende y Mendibil, su sobrina, para que recaigan en ella o sucesión si la tuviere, y con la misma prohibición de no enajenar los bienes que recibe. Y que si no llegase a tener descendencia, éstos pasen a los hijos de su hermano.

Así lo deseo y lo ordeno, en esta casa de Molinar en que me hallo, yo, Manuela de Allende y Ayerdi.

EPÍLOGO

José María de Allende y Unzaga, el primer heredero de la casa de Zubiete, nunca tomó posesión de ella, por lo que pasó directamente a Manuela de Allende y la Puente, Nela, quien no se volvió a casar y murió sin descendencia. La siguiente heredera de la casa fue su sobrina, Francisca de Allende y Mendibil, tal y como había previsto Manuela en su testamento. El hijo de ésta, Manuel Gallarreta Allende, vendió la casa y heredad de sus antepasados a José de Otaola y Urruchi el 17 de enero de 1831.

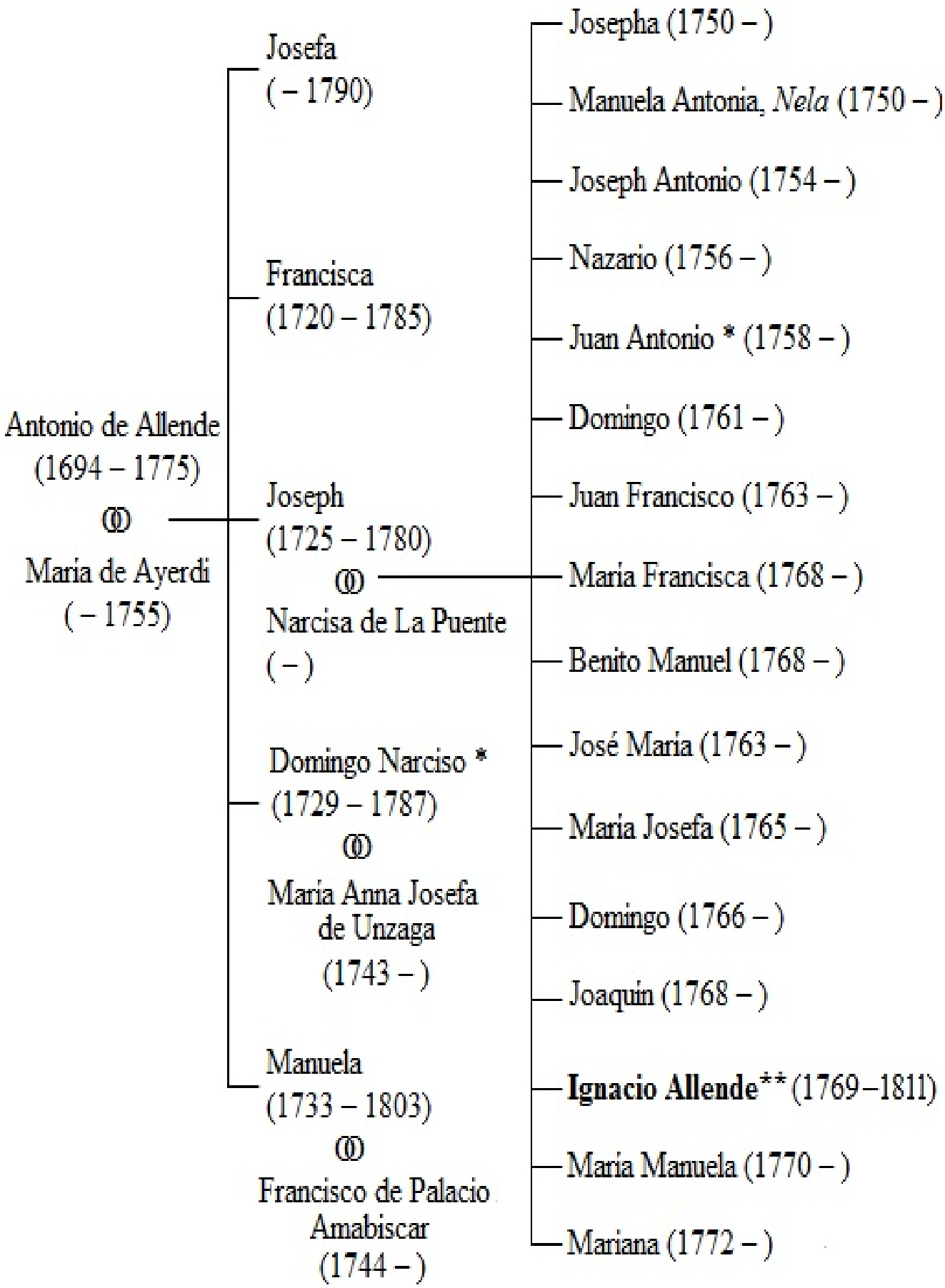
La madrugada del 16 de septiembre de 1810 Ignacio de Allende, Miguel Hidalgo y Juan de Aldama iniciaron el movimiento de Independencia y Libertad que terminaría con la Nueva España. A la cabeza de un Regimiento que encaminó sus pasos hacia San Miguel el Grande, surgía la Patria Nueva, la Patria Mexicana.

El Capitán del Regimiento de Dragones Provinciales de la Reina, don Ignacio de Allende, fue el primer instigador de la Independencia Nacional de México. Avivó la llama de la patria, reivindicó la herencia de los criollos, y luchó por la liberación mientras tuvo un hálito de vida. A su lado conspiraron y lucharon otros insurgentes: sus hermanos Domingo y José de Allende, Juan e Ignacio de Aldama, Mariano Abasolo, Francisco de Lanzagorta, Luis Malo…

El 26 de junio de 1811, en la villa de Chihuahua, Ignacio de Allende murió fusilado por las fuerzas militares realistas junto a su amigo de toda la vida, Juan de Aldama. Sus cabezas serían trasladarlas y exhibidas públicamente, con las de Miguel Hidalgo y José Mariano Jiménez, en los cuatro ángulos de la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato. No fue hasta el 28 de marzo de 1821, diez años después, cuando les bajaron de aquel escenario en lo alto para descansar finalmente en suelo santo.

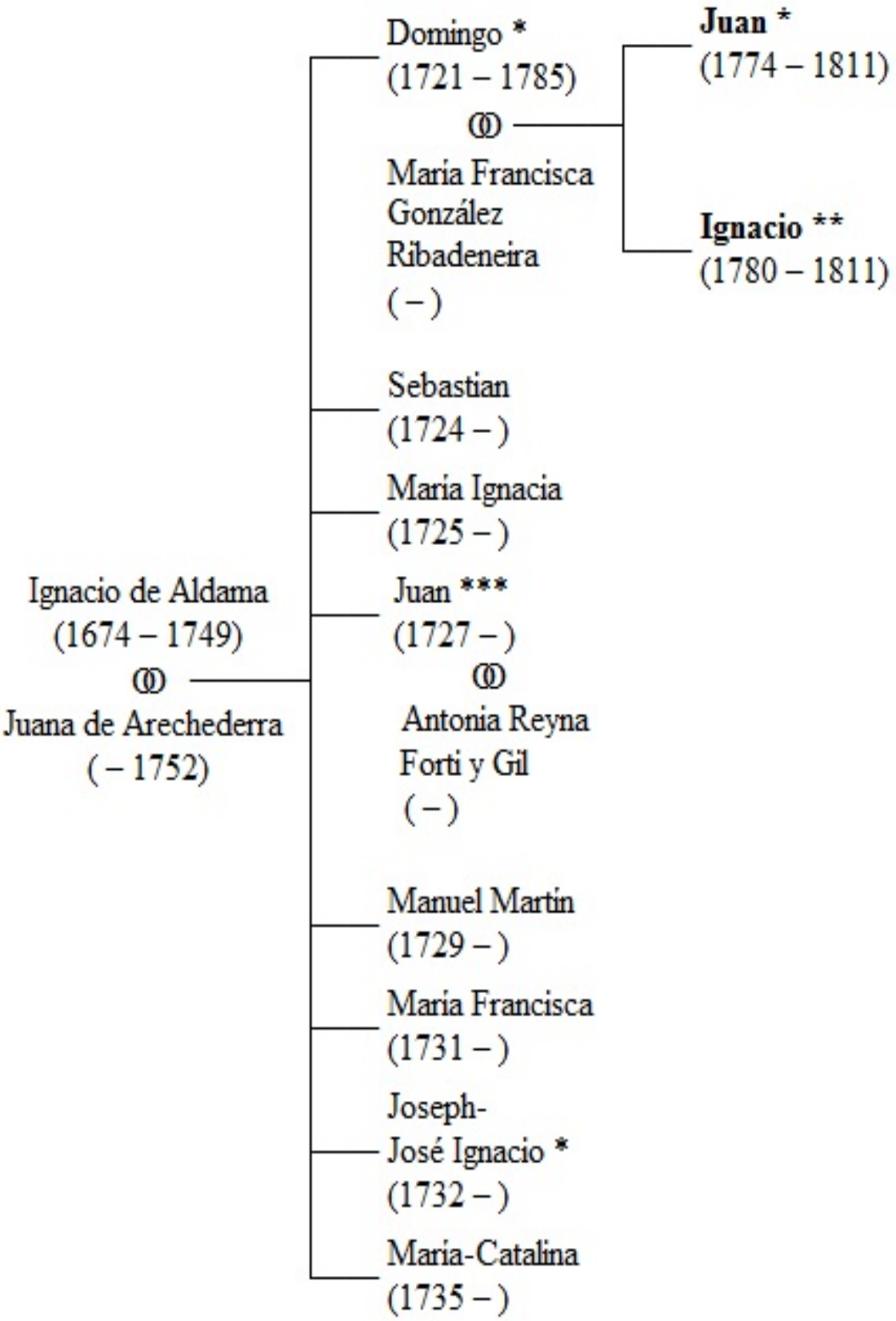
La villa que entonces se llamara San Miguel el Grande, lleva con honor y gloria, desde el 8 de marzo de 1826, el nombre de San Miguel de Allende.

TABLAS GENEALÓGICAS



* Emigró a San Miguel el Grande, México

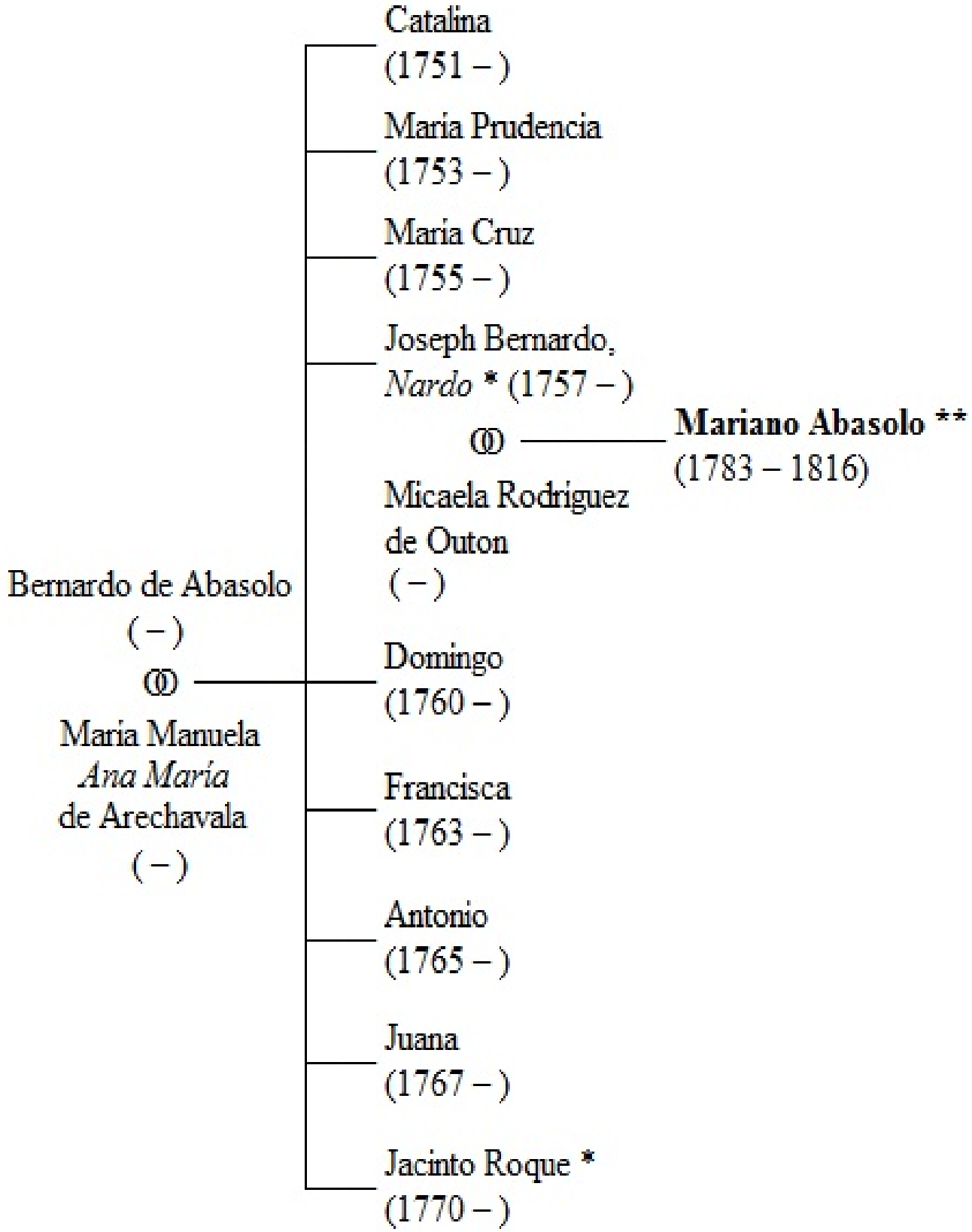
** Insurgente



* Emigró a San Miguel el Grande, México

** Insurgente

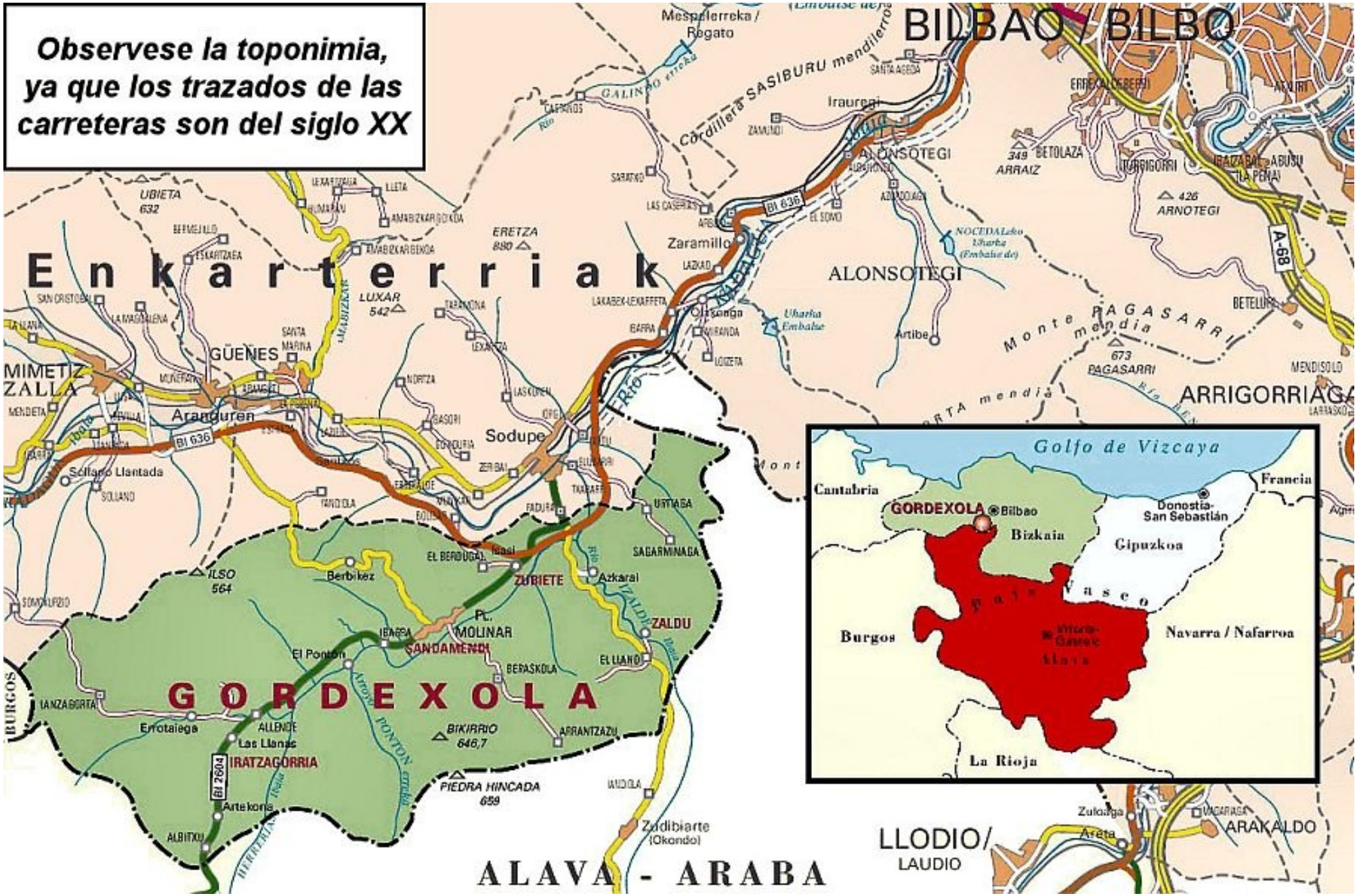
*** Emigró a Cádiz y regresó a Oquendo



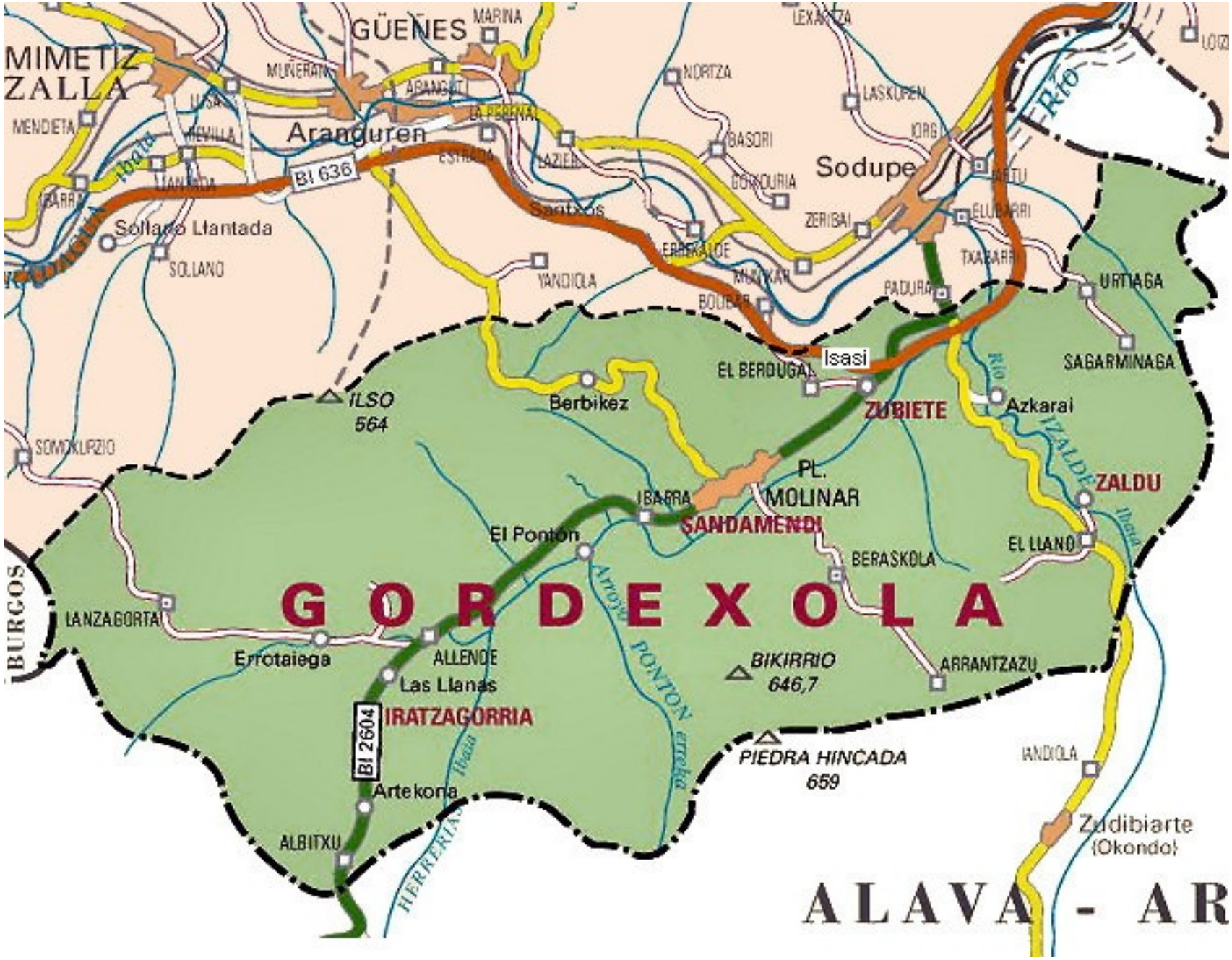
* Emigró a Dolores, México

** Insurgente

MAPAS



www.lectulandia.com - Página 390



www.lectulandia.com - Página 391

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Mª Jesús, Fernando, Sara, José, Tamara y Alfonso, que leyeron el texto e hicieron comentarios útiles. Quiero expresar mi deuda con los muchos amigos que no nombro y los extraños que me inspiraron. Por encima de todo, gracias a mis padres por sus muchos cuidados y por enseñarme a amar y cultivar esta tierra como lo que es, parte fundamental de mí.

Gracias a Charo por su acompañamiento, su confianza y contagioso entusiasmo; por otorgarme el germen de una historia que contar y dejar que utilizara para ello buena parte de su trabajo.

Gracias de corazón a todos aquellos que desde las salas de los archivos han hecho posible la conservación y fácil el acceso a los documentos que nuestros antepasados dejaron escritos: el Archivo Histórico Provincial de Vizcaya, el Archivo Histórico Eclesiástico de Vizcaya y el Diocesano de Vitoria-Gasteiz, el Archivo Histórico Foral de Vizcaya y el Provincial de Álava, el Archivo Histórico de Oquendo y el Archivo Parroquial de San Miguel de Allende, en México.

Gracias a los historiadores y estudiosos de la historia, tanto del País Vasco en un siglo de profunda transformación, como de México y su proceso de independencia de la España Colonial. Muy especialmente a Graciela Cruz, historiadora y cronista de la Ciudad de San Miguel de Allende, a la escritora Maruja González y a Guadalupe Jiménez por compartir su tiempo y proyectar sobre estas líneas sus vastos conocimientos.

Gracias a ellos y a otros muchos estudiosos, que habrán de perdonarme por no ceñirme a los datos incuestionables y tomarme la libertad de añadir secuencias, desplazar otras, inventar apodos, y transformar y rellenar lagunas de los archivos con la imaginación.

Gracias también a Cristina Abiega y a Jokin Inoriza, que desde su trabajo en el Ayuntamiento de Gordejuela han abierto un inmenso abanico de posibilidades a los escenarios de esta novela, entre ellos la que fuera la casa de los Allende de Zubiete, hoy propiedad de Iñaki y Loli, quienes no dudaron en abrirme sus puertas y con ello abrírselas a mi imaginación y a la historia de Manuela.



INMA ROIZ ULIBARRI. Nació en Okondo, Valle de Aiala (Araba), en 1971; aunque actualmente reside en Bilbao. Periodista, licenciada en Antropología y especialista en migraciones, trabaja y colabora en diversos medios de comunicación, labor que compagina con la escritura. Ha pasado tres largos años de trabajo de investigación y documentación para escribir su primera novela, *Manuela*. Se trata de una relato histórico, ambientado a mediados del siglo XVIII, donde se cuenta la historia de un joven vizcaino que embarca rumbo a la Nueva España.